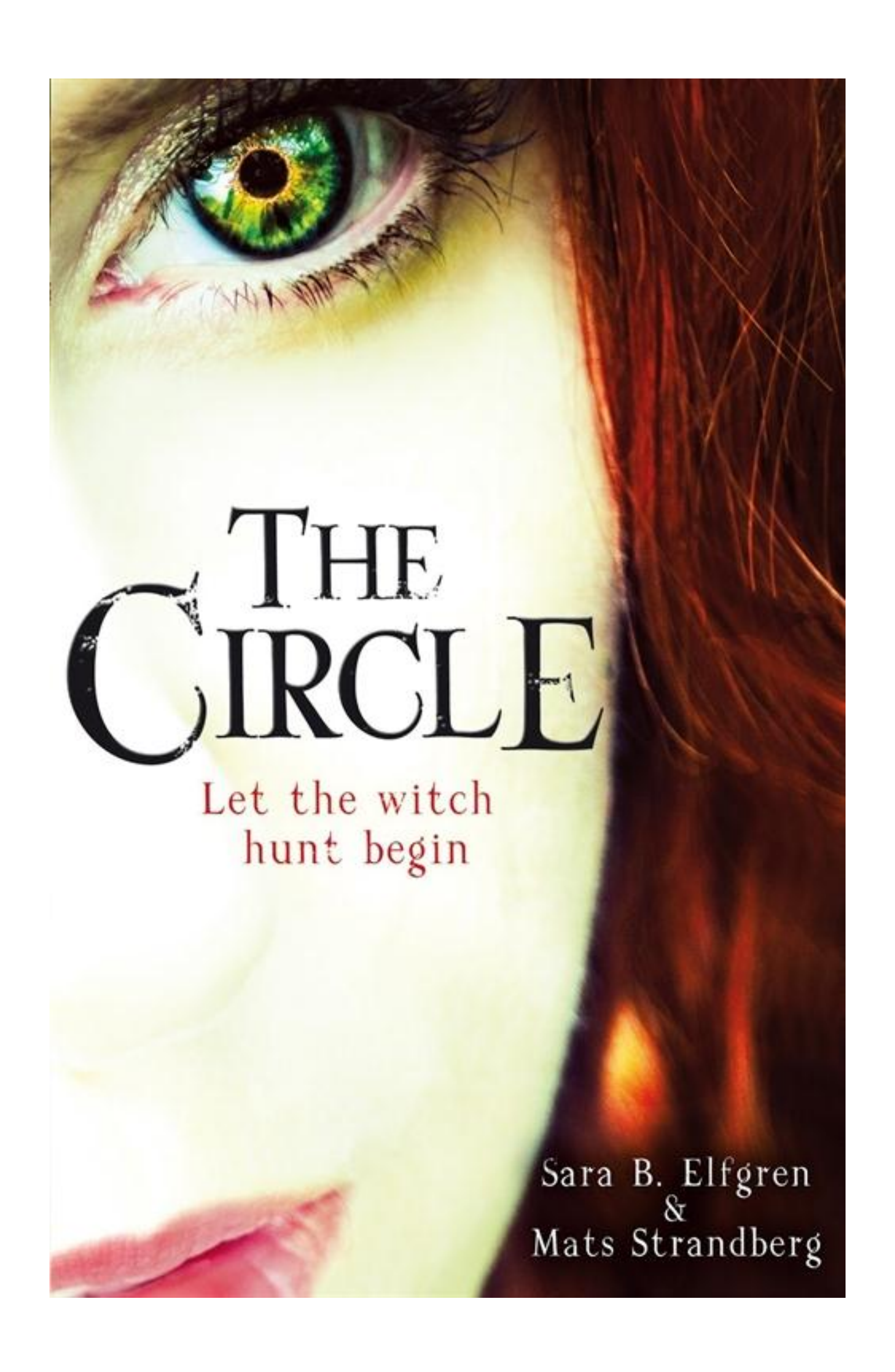

THE CIRCLE
Let the witch hunt begin
Sara B. Elfgren
&
Mats Strandberg

EL CÍRCULO

Te quiero presentar a Rebecka, Minoo, Ida, Linnéa, Vanessa y Anna-Karin, las protagonistas de El círculo, el primer volumen de la trilogía Engelsfors; 512 páginas inquietantes que hablan de amor, magia, estudios, relaciones entre padres e hijos, muerte y amistad.

Estas seis adolescentes descubren, tras la muerte de un compañero, que no son como las demás. Desde la primera página nos metemos en sus mentes y nos convertimos en testigos de sus miedos, sus frustraciones, sus secretos, sus obsesiones y sus sueños. Las entendemos cuando se debaten entre la desconfianza y el deber, entre el orgullo y la necesidad de pedir perdón, entre el miedo y la lealtad, entre los secretos y la sinceridad.

Gracias a estas seis voces, El círculo es una novela aparentemente muy realista, nada edulcorada, y absolutamente contemporánea y universal. Una urban fantasy inteligente y verosímil que se ha convertido en un auténtico fenómeno editorial en Suecia, donde ha arrasado entre los lectores y la crítica, algo que no sucedía desde la publicación de Millenium. Y, que sin duda alguna, arrasará también en los otros veinte países en los que se publicará la trilogía.

Traductor: Carmen Montes Cano
Autor: Mats Strandberg y Sara B. Elfgren

Mats Strandberg y Sara B. Elfgren

EL CÍRCULO

Traducción Carmen Montes Cano

I

1

ELLA espera una respuesta, pero Elías no sabe qué decir. No hay nada que pueda contentarla, así que él se queda allí, mirándose las manos. Las tiene tan pálidas que se le marcan las venas a la luz de neón.

—¿Elías?

¿Cómo soporta trabajar en este despacho minúsculo y patético, con todos esos archivadores, plantas mustias y vistas al aparcamiento del instituto? ¿Cómo lo aguanta?

—¿Podrías explicarme cuál es tu modo de razonar? —pregunta la mujer.

Elías levanta la vista y mira a la directora. Claro que aguanta. La gente como ella encaja en este mundo con toda naturalidad. Siempre hacen lo que se espera de ellos, lo normal. Ante todo, están convencidos de que poseen la solución a cualquier problema. La solución número uno: «adáptate y sigue las normas». Como directora, Adriana López es la reina de un mundo fundamentado en esa filosofía.

—Esta situación me preocupa muchísimo —dice, pero Elías se da cuenta de que, en realidad, está enfadada porque él es incapaz de esforzarse—. No llevamos ni tres semanas de curso y ya tienes un cincuenta por ciento de absentismo. Y prefiero hablarlo contigo ahora porque no quisiera que perdieras el hilo por completo.

Elías piensa en Linnéa. Eso suele ayudarle, aunque ahora solo recuerda los gritos de la discusión de la noche anterior. Le duele pensar en sus lágrimas. No podía consolarla, dado que fue él quien las causó. Quién sabe si Linnéa no lo odiará a estas alturas.

Linnéa es la persona que ahuyenta la oscuridad. La que lo aparta de las vías de escape. La cuchilla que le proporciona el control sobre la angustia por un rato. Fumar, que le permite olvidar esa angustia. Pero ayer no tuvo fuerzas para oponer resistencia y Linnéa se dio cuenta, naturalmente. Y ahora lo odia, seguro.

—En el instituto la cosa es diferente —prosigue la reina—. Tienes más libertad, pero es una libertad responsable. Nadie andará dándote la lata. Tú decides cómo quieres que sea el resto de tu vida. Es aquí donde se resuelve. Tu futuro se decide en este lugar. ¿De verdad que quieres echarlo todo a perder?

A Elías casi le da un ataque de risa. Ni ella se cree ese rollo. Para la directora, él no es una persona, solo un alumno que «se ha desviado un poco». Le resulta impensable que tenga problemas ajenos a los de «la pubertad» y «las hormonas». Lo único que sirve son las «reglas fijas» y los «límites bien definidos».

—Bueno, está el examen de acceso a la universidad.

Le sale así, sin pensar. La boca de la directora dibuja una línea fina.

—Ya, pero también para eso hace falta hábito de estudio.

Elías deja escapar un suspiro. Aquella reunión empieza a ser demasiado larga.

—Lo sé —dice sin mirarla a la cara—. La verdad, no quiero echarlo todo a perder. Pensé que el instituto sería para mí una oportunidad de volver a empezar, pero es más difícil de lo que yo creía… Tengo un nivel mucho más bajo que los demás, pero lo conseguiré.

La directora parece sorprendida. Luego se le dibuja en la cara una sonrisa, la primera sonrisa natural de toda la reunión. Elías acaba de decir exactamente lo que ella quiere oír.

—Bien —responde—. Te darás cuenta de que, una vez que te decidas y empieces a esforzarte, todo irá rodado.

Se inclina hacia Elías, le quita un pelo que tenía en el jersey de color negro y lo gira entre los dedos. El pelo brilla al sol que entra por las ventanas. Algo más claro en la raíz de un centímetro, que ya le ha crecido con su color natural. Adriana López lo observa fascinada, y a Elías se le ocurre la absurda idea de que se lo va a meter en la boca y de que empezará a masticarlo.

La directora se da cuenta de que la está mirando y lo deja despacio en la papelera.

—Perdona, soy un poco perfeccionista —se disculpa.

Elías sonríe de un modo que puede significar cualquier cosa, porque no sabe muy bien qué contestar.

—Bueno, pues creo que, por hoy, ya hemos terminado —dice la directora.

Elías se levanta y sale del despacho. La puerta no se cierra del todo a sus espaldas. Se da media vuelta para cerrarla y alcanza a entrever a la directora.

Ve que se inclina sobre la papelera y saca algo entre los dedos finos y estilizados. Luego introduce ese algo en un sobre pequeño y lo cierra.

Elías se queda allí pasmado, dudando de lo que acaba de ver. Ya no confía del todo en sus sentidos, después de los sucesos de los últimos días. Si no fuera tan incomprensible, creería que lo que había metido en el sobre era el pelo que acababa de quitarle del jersey.

En ese preciso instante, la directora levanta la vista. Se le endurece la mirada hasta que consigue obligarse a esbozar una sonrisa.

—¿Querías algo más? —pregunta.

—No —susurra Elías antes de cerrar la puerta.

Se encaja con un clic y Elías siente un alivio desproporcionado, como si acabara de librarse de un peligro mortal.

El instituto aparece ahora vacío y desierto. Es antinatural. Hacía tan solo media hora, cuando entró en el despacho de la directora, estaba lleno de alumnos en movimiento.

Elías marca el número de Linnéa y sus pasos resuenan mientras baja la escalera de espiral. Linnéa responde cuando él acaba de llegar al pie de la escalera y ya está abriendo la puerta que da a la galería de la planta baja.

—Aquí Linnéa.

—Soy yo —responde Elías.

Le duele todo de puro nerviosismo.

—Sí, ya lo veo —responde ella al fin, como siempre.

Elías se relaja un poco.

—Perdón —dice—. Siento mucho lo de ayer.

En realidad, habría querido decírselo por la mañana, en cuanto se vieron. Pero no hubo ocasión. Linnéa anduvo rehuyéndolo todo el día. Y se marchó antes de la última clase.

—Ya —replica ella.

No parece enfadada. Ni siquiera triste. La voz suena hueca y resignada —como si se hubiera *resignado*—, y no hay nada que le cause a Elías más pavor.

—No es que… No es que haya caído otra vez. No pienso empezar otra vez. Ha sido solo un petardo.

—Eso ya me lo dijiste ayer.

—Pero me dio la impresión de que no me creías.

Elías va caminando junto a la hilera de taquillas, pasa por delante de los asientos de madera atornillados al suelo, por delante del tablón de anuncios, y Linnéa sigue sin decir nada.

De repente, percibe otro sonido. Pasos que no son los suyos.

Se da media vuelta. No ve a nadie.

—Me juraste que lo habías dejado —se oye la voz de Linnéa.

—Lo sé. Perdona. Ya sé que te he fallado…

—No —lo interrumpe ella—. Joder, te has fallado a ti mismo. No puedes hacerlo *por mí*. Así nunca…

—Ya lo sé, ya lo sé —responde Elías—. Todo eso ya lo sé.

Ha llegado a su taquilla, la abre, mete unos libros en la bolsa de tela negra y vuelve a cerrar la endeble puerta metálica. Justo a tiempo de oír los otros pasos, antes de que cesen. Una vez más, se vuelve a mirar. Allí no hay nadie. Y aun así, se siente observado.

—¿Por qué lo has hecho?

Linnéa le hizo la misma pregunta ayer, la repitió varias veces. Pero él no le contó la verdad. Es demasiado aterradora. Una locura. Incluso para un caso clínico como él.

—Ya te lo dije. Tenía ansiedad —responde intentando no desvelar la irritación en la voz, no provocar la discusión otra vez.

—Sé que hay algo más.

Elías duda.

—Vale —se rinde al fin en voz baja—. Te lo contaré. ¿Podemos quedar esta noche?

—Bueno.

—Saldré sin hacer ruido en cuanto se hayan dormido mis padres. Linnéa…

—Sí.

—¿Me odias?

—Lo que odio es que hagas esas preguntas tan estúpidas —responde ella irritada.

Por fin. Esa es la Linnéa de siempre.

Elías cuelga el móvil. Sonríe en medio de la galería. Aún hay esperanza. Mientras no lo odie, hay esperanza. Tiene que contárselo a Linnéa. Ella es su hermana en todo, menos de sangre. Y no tiene por qué pasar por aquello solo.

En ese momento se apagan las luces. Elías se queda helado. Un resplandor débil se abre paso por las ventanas del fondo de la galería. En algún lugar, cerca de donde se encuentra, se cierra una puerta. Luego se extiende el silencio como un manto.

No hay por qué tener miedo, se dice, tratando de convencerse.

Se encamina a la salida. Se obliga a caminar con paso lento, firme. A no ceder al pánico que comienza a crecer en su interior. Dobla la esquina por una hilera de taquillas.

Hay alguien.

El conserje. Elías solo lo ha visto un par de veces, pero es imposible de olvidar. Esos ojos grandes, de un azul hielo. Unos ojos que se le clavan como si pudiera entrever todos sus secretos.

Elías baja la vista cuando pasa por delante. Aun así, nota la mirada ardiéndole en la nuca. Las náuseas afloran a la boca del estómago. Es como si el pulso le latiera en la garganta con tal fuerza que le produce el cosquilleo típico de las arcadas. Elías aprieta el paso.

Los últimos seis meses todo ha ido a mejor. Han pasado cosas en su interior y ha cambiado. La nueva psicóloga de psiquiatría infantil y juvenil no es una imbécil como la anterior, y, la verdad, parece que lo comprende un poco. Pero, sobre todo, tiene a Linnéa. Ella lo hace sentirse vivo, le ayuda a querer salir de esa oscuridad asfixiante pero familiar.

De ahí que resulte tan difícil de entender que le esté ocurriendo esto *ahora*; ahora que por fin puede dormir más o menos por las noches, ahora que incluso es capaz de sentirse contento.

Tres días antes vio cómo le cambiaba la cara en el espejo. Se le estiraba y se le

desencajaba hasta lo irreconocible. Y comprendió que estaba volviéndose loco de verdad. Que oía voces y alucinaba como un chiflado. Y eso lo acojonaba.

Durante tres días, resistió la tentación de las cuchillas y de las sustancias de Jonte. Consiguió evitar los espejos. Pero ayer se vio en un escaparate, vio cómo le temblaba la cara, la vio extenderse como el agua. Y entonces llamó a Jonte.

Se te irá de las manos.

Un susurro extraño en la cabeza. Elías mira a su alrededor y se da cuenta de que ha vuelto a subir la espiral de la escalera y de nuevo se encuentra en la galería, delante del despacho de la directora. No sabe por qué ha ido allí.

Las luces parpadean de pronto y se apagan. La puerta que da al rellano se desliza despacio a su espalda. Y antes de que termine de cerrarse, lo oye. El sonido blando de una suela de zapato en la espiral.

Escóndete.

Elías echa a correr por el pasillo en penumbra. Después de cada hilera de taquillas, teme que aparezca alguien *o algo*. Acaba de doblar una esquina cuando oye a lo lejos que se abre a su espalda la puerta del rellano. Los pasos se aproximan, lentos pero seguros.

Elías alcanza la gran escalera de piedra que constituye la médula espinal del instituto.

Corre escaleras arriba.

Las piernas de Elías obedecen, suben los escalones de dos en dos. Una vez arriba, sigue corriendo por el estrecho pasillo hasta llegar a la puerta cerrada con llave que da al desván del instituto. Es un callejón sin salida, uno de los pocos lugares olvidados del edificio. Hay unos servicios que nadie usa. Linnéa y él suelen verse allí.

Los pasos se acercan.

Escóndete.

Elías abre la puerta de los servicios y se cuela dentro. Cierra con cuidado e intenta respirar tan despacio como puede. Aguza el oído. El único sonido que se oye en el mundo entero es el de una moto que acelera para desaparecer en la lejanía.

Elías pega la oreja a la puerta.

No oye nada. Pero lo sabe. Hay alguien ahí. Al otro lado de la puerta.

Elías.

El susurro se oye más alto ahora, pero Elías está seguro de que solo existe en su cabeza.

Ya está, me he vuelto loco, se dice. Y enseguida oye la voz:

Sí, te has vuelto loco.

Mira hacia la ventana, hacia el pálido azul del cielo que se ve fuera. Relucen blancos los azulejos. Hace frío allí dentro. Lo inunda una soledad inmensa.

Date la vuelta.

Elías no quiere, pero se vuelve lentamente. Es como si ya no tuviera poder sobre su propio cuerpo. Es esa voz la que lo gobierna, como si él fuera una marioneta de carne y hueso.

Ahora se encuentra delante de los tres lavabos, cada uno con su espejo. Al ver aquella cara pálida allí reflejada, quiere cerrar los ojos, pero no puede.

Quiebra ese cristal.

El cuerpo de Elías obedece. Cierra el puño agarrando con fuerza la bolsa negra de tela y la hace ondear en el aire.

El ruido resuena con un eco entre las paredes alicatadas cuando se quiebra el espejo. Cae roto en fragmentos grandes, que se vuelven a romper en pedazos más pequeños al estrellarse en el lavabo.

Ha tenido que oírlo alguien, piensa Elías. Por favor, que lo haya oído alguien.

Pero nadie acude. Está solo con la voz.

El cuerpo de Elías se acerca al lavabo y coge uno de los fragmentos de mayor tamaño. Sabe lo que va a ocurrir. El pánico le produce vértigo.

Estás roto. Imposible de reparar.

Muy despacio, retrocede hasta uno de los servicios.

Pronto habrá pasado todo. Ya no volverás a tener miedo nunca.

La voz suena casi como si estuviera consolándolo.

Elías cierra la puerta y se sienta en el retrete. Lucha por abrir la boca, lucha por lanzar un grito. Agarra el cristal con más fuerza y las aristas le cortan la palma de la mano.

No hay dolor.

Y Elías no siente dolor alguno. Ve la sangre que mana de la herida y cae goteando en las losas del suelo, pero no siente nada. Tiene el cuerpo adormecido. Solo existe el pensamiento. Y la voz.

La vida no va a ser mejor. Más vale acabar ya. No tendrás que sentir dolor. No tendrás que enfrentarte a la decepción. Las cosas nunca irían a mejor de todos modos, Elías. La vida es una lucha humillante, nada más. Los muertos sí son felices.

Elías ya no trata de oponer resistencia cuando el cristal le atraviesa la gruesa manga del jersey y deja al descubierto las cicatrices de la piel que hay debajo.

Mamá, papá, piensa. Ellos lo superarán. Tienen su fe. Y creen que volveremos a vernos en el cielo.

Os quiero, piensa al mismo tiempo que el afilado fragmento del espejo traza el primer corte en la piel.

Espera que Linnéa comprenda que no fue elección suya. Todos los demás creerán que se quitó la vida, y eso no importa. Con tal de que no lo piense Linnéa.

Elías corta de un modo totalmente distinto a como lo había hecho hasta ahora. Corta en profundidad y a conciencia.

Pronto habrá pasado todo, Elías. Solo un poco más. Y todo habrá pasado. Será mejor así. Has sufrido tanto…

La sangre le sale del brazo a borbotones. Él la ve, pero no siente nada, y ahora divisa unos puntos negros flotando delante de los ojos. Bailan y se expanden y se funden creciendo hasta que todo el mundo es un gran punto negro. Lo último que oye son las pisadas en el pasillo. Quienquiera que esté ahí fuera no intenta disimular. Ya no tiene por qué.

Elías trata de aferrarse a Linnéa. Como cuando era pequeño y confiaba en que, si lograba retener un solo pensamiento amable cuando se perdía en el sueño, se libraría de las pesadillas.

Perdóname.

Elías no sabe si es él o si es la voz quien ha pronunciado aquella palabra.

Y entonces, en ese momento, siente el dolor.

2

CUANDO recupera la conciencia, se encuentra enroscada en el rincón en el que la dejaron.

En el sótano reina una oscuridad compacta. Le duele todo el cuerpo.

Se sienta, flexiona las piernas bajo el camisón y se las abraza. Sigue sin oír nada por el oído derecho y siente como un latido sordo en el ojo, pegado por el pus y la sangre coagulada.

Resuenan pasos en el pasillo de fuera y la pesada puerta se abre de pronto. El resplandor de una antorcha ilumina la habitación y aparta la mirada al verse las heridas de los pies, inmovilizados por una gruesa cadena. Dos guardas la levantan del suelo y le atan las manos a la espalda, bajo la mirada del portador de la antorcha. Las cuerdas se le clavan en las muñecas, pero ella se niega a mostrarles lo mucho que le duelen.

El hombre de la antorcha se le acerca con una sonrisa altanera. No tiene dientes y le hiede el aliento a carne podrida. Ella siente el ardor en la cara y él le acerca la llama un poco más.

—Hoy vas a morir, furcia —le dice acariciándole la cara con la mano, que va bajando hasta el pecho.

El odio que la colma le infunde fuerza y valor.

—Maldito seas —le susurra—. Que se te pudra la polla y se te caiga a pedazos. Satanás, mi señor, irá a buscarte a tu lecho de muerte y sus demonios te torturarán por siempre.

El hombre aparta la mano como si se hubiera quemado.

—Dios nos proteja —murmura uno de los guardas.

Siente cierto alivio al verlos tan asustados.

Alguien le pone un saco en la cabeza y acto seguido la arrastran por pasadizos laberínticos. Se abre una puerta cuyas bisagras chirrían.

En el exterior. Huele al frescor del rocío. Ella se prepara para crecerse ante los alaridos y el odio de la muchedumbre, pero lo único que oye es el trino de los pájaros. La luz rosácea del alba se filtra por el tejido del saco. Un cuco canta por el sur. El cuco del sur anuncia la muerte.

Un instinto oscuro y animal se apodera de ella. Tiene que huir. Ahora.

El pánico la impulsa a correr a ciegas. Los grilletes le lastiman los tobillos mientras corre. Nadie intenta detenerla. Saben que no es necesario. No llegará muy lejos y caerá de bruces en la tierra húmeda. Los guardas se ríen y gritan a su espalda.

—Vaya, se diría que tiene prisa en llegar ante Satanás, su señor —oye decir al desdentado.

Unas manos fuertes la levantan cogiéndola por debajo del brazo y otra persona la levanta por los pies. Entre los dos la arrojan brutalmente por los aires. Ella flota libre un instante, antes de aterrizar sobre algo duro; se queda sin aliento. Un caballo resopla y el mundo empieza a balancearse. Está tumbada en una especie de carro, hasta ahí alcanza a comprender.

—¿Hay alguien ahí? —susurra.

Nadie responde.

Bueno, mejor así, piensa. Todos estamos solos ante la muerte.

Minoo se despierta temblando. Está helada, como si hubiera dormido toda la noche con la ventana abierta. Le resulta difícil respirar, es como si algo grande y pesado le aplastara el pecho.

Se sube el edredón hasta la barbilla y se acurruca hasta convertirse en una bola. Antes tenía montones de pesadillas, pero ninguna que le causara un dolor físico. Nunca había sentido

tanto alivio al ver su habitación de siempre con el papel pintado en blanco y oro.

Al cabo de un rato empieza a resultarle más fácil respirar y el calor vuelve poco a poco.

Echa una ojeada al móvil. Cerca de las siete. Hora de levantarse.

Minoo sale de la cama y abre el armario. Le gustaría tener un estilo definido, en lugar de aquellos vaqueros anodinos y las camisetas y las chaquetas de siempre. Descuelga de la percha un jersey azul marino y siente asco de sí misma. Es tan lamentablemente… inofensiva… Ni siquiera ha cambiado de peinado. Nunca. Pero ¿qué diría la gente si un buen día llegase al instituto con algo distinto? Los alternativos del instituto, cuyo estilo tanto le gusta en secreto, dirían que es una quiero y no puedo.

Además, ella detesta ir a comprar ropa. Se siente como un analfabeto en una librería. Cuando se trata de los demás, sí es capaz de decir si la ropa es bonita o fea, si les queda bien o mal, pero si hojea un catálogo en busca de algo para sí misma, solo apuesta por lo seguro. Negro. Azul marino. Jerseys largos. Vaqueros no demasiado ajustados. Sin mucho escote. Ningún estampado. La indumentaria es como una lengua que ella comprende, pero que no sabe hablar.

Coge la ropa y llega al pasillo. La puerta del dormitorio de sus padres está cerrada y ve la cuchilla de afeitar de su padre en el lavabo, en un charco de agua. Minoo supone que ya se encontrará en el trabajo. La toalla de su madre está húmeda, así que se habrá levantado aunque hoy no trabaja.

Minoo deja la ropa en un taburete, se mete en la bañera y corre la cortina de baño.

De repente, toma conciencia del olor a quemado. Coge un mechón de su larga melena negra, se lo lleva a la nariz y lo olisquea.

Tiene que enjabonarse el pelo dos veces para que desaparezca aquel hedor inexplicable. Luego se enrolla la melena en una toalla y se cepilla los dientes. Se queda mirando el plano antiguo de Engelsfors que cuelga enmarcado junto al espejo. El año pasado llegó a creer que sus padres la dejarían mudarse a Estocolmo con la tía Bahar para ir allí al instituto. Detesta ver el plano todas las mañanas, porque le recuerda que sigue estancada en aquel lugar.

Engelsfors. Un nombre precioso para una birria de ciudad. En medio de la nada, rodeada de densos bosques donde la gente se extravía y desaparece. Trece mil habitantes y un 11,8 por ciento de desempleo. Hace veinticinco años que cerraron la fundición. En el centro se alzan los edificios vacíos. Solo sobreviven las pizzerías.

La carretera nacional y el ferrocarril atraviesan la ciudad trazando una frontera. Al este se extiende el lago Dammsjön, gasolineras, talleres, la fundición cerrada y algunos barrios de bloques deprimentes. Al oeste, el centro, la iglesia y la casa parroquial, barrios de viviendas adosadas y el caserío, hace tiempo abandonado, y el barrio «elegante» de chalés junto al idílico canal.

Allí es donde vive la familia Falk Karimi, en una casa de dos plantas de diseño funcional. Tiene las paredes cubiertas de lujoso papel pintado y la mayoría de los muebles proceden de tiendas de diseño de Estocolmo.

Cuando Minoo baja la escalera, ve a su madre sentada a la mesa de la cocina. Los diarios que su padre lee a conciencia cada mañana están allí pulcramente apilados. Su madre está absorta en una revista médica y tiene delante el desayuno de siempre: una taza humeante de café solo.

Minoo se sirve un cuenco de yogur de fresa y se sienta enfrente.

—¿Eso es todo lo que vas a desayunar? —pregunta su madre.

—Mira quién fue a hablar —responde Minoo, que recibe una sonrisa por respuesta.

—Yogur, cereales, tostadas; yogur, cereales, tostadas. Al cabo de un tiempo resulta muy aburrido.

—Ya, en cambio el café no es aburrido, ¿verdad?

—Un día lo comprenderás. —Su madre sonríe, y de pronto la mira con esa mirada suya, como si la viera por dentro—. ¿Has dormido mal?

—He tenido una pesadilla —explica Minoo.

Entonces le cuenta lo que ha soñado y cómo se sentía al despertarse. Su madre alarga el brazo y le toca la frente. Minoo se aparta.

—No estoy enferma, no era ese tipo de tiritona.

Minoo ve perfectamente cómo su madre entra en el «modo doctora». Le cambia la voz: un poco más seria y profesional. El lenguaje corporal se vuelve más rígido. Incluso cuando Minoo era pequeña ocurría lo mismo. Era su padre quien se ocupaba de ella y la mimaba con golosinas y tebeos cuando estaba enferma. Su madre se comportaba como el médico que va a visitar al enfermo.

Minoo se ponía muy triste. Ahora ha llegado a sospechar que lo de abandonar el papel de madre y adoptar el de profesional es un mecanismo de defensa. Puede que la preocupación materna normal y corriente resulte imposible de combinar con los conocimientos médicos de todo aquello que puede atacar al cuerpo humano.

—¿Tenías el pulso acelerado?

—Sí, pero se me pasó.

—¿Te costaba respirar?

Minoo asiente.

—Podría ser ansiedad.

—Yo no tengo ansiedad.

—No sería de extrañar, Minoo. Acabas de empezar el instituto. Es un cambio importante.

—Que no era ansiedad. Tenía que ver con la pesadilla.

Incluso a ella le resulta extraño al oír la explicación, pero esa era la verdad.

—No es saludable guardarse todos los sentimientos —dice su madre—. De un modo u otro, terminan saliendo. Cuanto más intentes controlarlos, más incontrolado es el desenlace.

—¿Qué pasa? ¿Has dejado la cirugía por la psicología? —le chincha Minoo.

—Que sepas que hubo un tiempo en que me planteé ser psiquiatra —responde la madre un tanto mordaz. Luego, se le transforma la mirada—. Ya sé que no he sido un gran modelo para ti.

—Mamá, déjalo, anda.

—No. Fui la típica niña perfecta. Y no quiero imponerte esa actitud.

—No me impones nada —responde Minoo bajando la voz.

—Prométeme que me avisarás si vuelve a ocurrir. Prométemelo.

Minoo asiente. Aunque su madre puede ser bastante pesada a veces, le gusta que se preocupe por ella. Y además, la comprende casi siempre.

Dios, qué patético, piensa Minoo tragando la última cucharada de yogur. Mi madre es mi mejor amiga.

Vanessa se despierta con el picor del humo en la nariz.

Retira el edredón, sale corriendo hacia la puerta y la abre de golpe.

Pero, en el salón, todo está en calma. No hay llamas lamiendo las cortinas. Ni negras nubes tóxicas saliendo a oleadas de la cocina. En la mesa del sofá hay una caja de pizza y unas latas de cerveza. *Frasse*, el pastor alemán, está amodorrado en el charco de sol que calienta el suelo. Su madre, Nicke y Melvin, su hermano pequeño, ya están desayunando en la cocina. Una

mañana normal y corriente en el número 17A de la calle Törnrosvägen, quinta planta, primera puerta a la derecha del ascensor.

Vanessa menea la cabeza y entonces se da cuenta: el olor emana de su propio cuerpo. El pelo le apesta. Como cuando era pequeña y se quedaba observando la ridícula hoguera de mayo en el parque de la colina de Olsson.

Vanessa cruza el salón, pasa por la cocina y ve a Melvin jugando con dos cucharas, las hace bailar sobre la mesa. A veces es tan mono. No se explica que el cincuenta por ciento de sus genes procedan de Nicke.

Se quita la camiseta con la que ha dormido, la deja en el suelo del cuarto de baño y abre el grifo. Las tuberías emiten un carraspeo y enseguida sale disparado un chorro de agua fría. La ducha no resulta nada fiable desde que Nicke se empeñó en cambiar él mismo unas piezas y poner un nuevo grifo monomando. Mamá protestó un poco, pero al final siempre lo deja hacer su voluntad.

Vanessa se mete en la ducha y por poco se escalda, hasta que localiza el punto de la temperatura adecuada. Se lava el pelo con el champú de su madre, que tiene un olor dulzón y como a coco. Aquel olor a humo tan misterioso sigue allí. Coge un buen puñado de champú y se lo lava otra vez.

Cuando vuelve a su habitación, envuelta en el albornoz, pone la radio. Las voces histéricas de los anuncios publicitarios imprimen a todo un toque de normalidad. Entonces sube las persianas y enseguida se pone de mejor humor. No hay duda, hace tiempo de llevar poca ropa. Quiere salir al sol cuanto antes.

—¡Que bajes el volumen ahora mismo! —ordena Nicke desde la cocina con la típica voz de madero.

Vanessa no le hace el menor caso.

Si tienes resaca no es mi problema, piensa mientras se pone desodorante.

Se viste, coge la bolsa del maquillaje y se dirige al espejo de cuerpo entero que hay apoyado en la pared.

Pero su imagen no aparece allí dentro.

Vanessa se queda mirando el espejo vacío. Levanta una mano y la sostiene delante de los ojos. Allí está, perfectamente visible. Vuelve a mirar al espejo. Nada.

Tarda un rato en comprender que sigue durmiendo.

Sonríe. Una vez que se tiene conciencia de que se trata de un sueño, uno debe de poder gobernarlo.

Deja la bolsa de maquillaje y se dirige a la cocina.

—Hola —saluda.

Nadie reacciona. Realmente, *es* invisible. Nicke dormita sentado con la cabeza apoyada en la mano. Huele a cerveza revenida. Su madre parece como mínimo igual de cansada que él, y se está tomando una tostada con jamón mientras hojea el catálogo de una tienda que llaman Kristallgrottan, la caverna de cristal. Tan solo Melvin gira la cabeza, como si hubiera oído algo, pero es obvio que tampoco la ve.

Vanessa se coloca al lado de Nicke.

—¿Con resaca? —le susurra al oído.

Ninguna reacción. Vanessa suelta una risita. Siente una alegría de lo más extraña.

—¿Tú sabes cómo te odio? —le dice a Nicke—. Eres un pringado de mierda. Tanto que ni tú mismo te das cuenta de lo pringado de mierda que eres. Yo creo que eso es lo peor, que te crees que eres perfecto.

De pronto nota algo húmedo y áspero en la mano. Baja la vista y allí está *Frasse*, lamiéndole la mano.

—¿Qué hace *Frasse*? —pregunta Melvin con su vocecilla.

La madre mira al perro.

—Eso nunca se sabe —responde—. Estará cazando moscas o algo así.

—¿A qué voy y hago pedazos esa mierda de radio? —grita Nicke dirigiendo la vista a la habitación de Vanessa.

Ella se ríe otra vez y pasea la mirada por la cocina. En la encimera ve la taza favorita de Nicke, una jarrita azul con una placa de la Policía americana y las siglas «NYPD» en letras blancas. Seguramente, se habrá creído que la vida de poli en Engelsfors puede compararse con patrullar las calles de Nueva York.

Vanessa arrastra la taza con un movimiento del brazo y la tira al suelo. La jarrita se quiebra en dos mitades con un sonido que la llena de satisfacción. Melvin da un respingo y empieza a llorar. Y Vanessa siente enseguida remordimientos por él.

—¡Pero qué coño! —grita Nicke levantándose con tal ímpetu que la silla se vuelca y cae al suelo.

—Qué lástima que esta vez no puedas echarme la culpa —dice Vanessa en tono triunfal.

Nicke le clava la vista. Sus miradas se cruzan. Vanessa nota pequeños impulsos eléctricos que le recorren la espina dorsal.

Nicke puede verla.

—¿Y a quién puñetas iba a echarle la culpa si no? —gruñe entre dientes.

Melvin llora a pleno pulmón y Nicke lo coge, le acaricia el pelo enredado de color chocolate.

—Vamos, chiquitín, vamos —lo consuela sin dejar de mirar a Vanessa con rencor.

—Pero Vanessa, ¿qué haces? —pregunta su madre con el tono de voz más cansino del mundo.

Vanessa no tiene respuesta razonable a esa pregunta. ¿Dónde empezará y dónde acabará este sueño?

—¿Lleváis viéndome todo el tiempo? —pregunta.

Su madre la mira ahora totalmente despabilada.

—Oye, ¿te has *metido* algo?

—¡Sois todos retrasados! —grita Vanessa y echa a correr hacia el vestíbulo.

Tiene miedo, ahora está muerta de miedo, pero no piensa permitir que lo noten. Así que se pone los zapatos y coge la mochila de un tirón.

—¡Tú no vas a ninguna parte! —le grita su madre.

—¿Es que quieres que me salte las clases? —le grita ella a su vez antes de cerrar de un portazo que retumba por toda la escalera.

Baja los peldaños a la carrera, sale a la calle, cruza hasta la parada del cinco y llega justo a tiempo de cogerlo.

Menos mal que no conoce a ninguno de los que viajan a esa hora. Se sienta al fondo.

Solo existen dos explicaciones de lo ocurrido aquella mañana tan rara. Una, que se haya vuelto loca. La otra, que haya vuelto a andar en sueños. Cuando era pequeña le ocurría con mucha frecuencia. A su madre le encanta avergonzarla contando el día en que se sentó a hacer pis en la alfombra de la entrada. Vanessa aún recuerda lo que sentía al encontrarse en aquel estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Pero en el fondo sabe perfectamente que lo de esta mañana ha sido algo completamente distinto.

He ido sonámbula por la casa, se dice resuelta.

La otra explicación es demasiado espantosa.

Vanessa mira por la ventanilla y, cuando el autobús entra en el túnel, atisba su reflejo en el cristal. Dos ojos sin maquillar la miran fijamente.

—Vaya puta mierda —murmura al tiempo que rebusca en el interior de la mochila.

Lo único que encuentra es un brillo de labios. Se ha dejado en casa la bolsa del maquillaje, tirada en el suelo. Desde los diez años, nunca ha ido a la escuela sin maquillar y no le apetece nada empezar ahora. Con *un* trauma ya tiene bastante por hoy.

El autobús continúa a través del polígono industrial desierto. Su madre se pone pesadísima cuando cuenta que la fábrica era el orgullo de la ciudad cuando ella era pequeña. Vamos, que uno podía sentirse orgulloso de ser de Engelsfors. Vanessa no comprende de qué había que estar orgulloso. Seguramente, aquella ciudad era igual de fea y aburrida por aquel entonces.

El autobús cruza las vías del tren y entra en la zona oeste. Al otro lado de la ventanilla discurre lo que su madre suele llamar irónicamente «el Beverly Hills de Bergslagen». Grandes chalés de colores claros rodeados de jardines esplendorosos. Se diría que el sol brilla con más alegría a este lado de la ciudad. Aquí viven los que tienen dinero. Los médicos. Los escasos propietarios de negocios rentables. Los vástagos de los patronos de la fundición.

Aún falta un trecho hasta el instituto. Por raro que parezca, se encuentra en un lugar bastante alejado del centro.

Como una cárcel, aislado del resto de la civilización, piensa Vanessa.

3

ANNA-KARIN quiere que llegue el otoño.

Está junto a la verja, mirando el patio del instituto donde los alumnos, vestidos con ropa veraniega, van de un lado para otro. Piernas y brazos bronceados, escotes por todas partes. Ella, en cambio, solo quiere poder encogerse en la trenca desgastada, encajarse un gorro y esconder las manos en los guantes de lana del abuelo, hechos a mano.

Hoy lleva una sudadera amplia, una camiseta grande y vaqueros. Ya están a veinte grados. Claro que más vale pasar calor que enseñar la piel.

Naturalmente, no es un equilibrio fácil, porque tampoco quiere pasar *demasiado* calor. Así que ha separado un poco los brazos, para que no se le formen manchas de sudor. Cuando estaba en séptimo curso, un día, en el comedor, alguien le dio un empujón y se puso el jersey chorreando de agua. Erik Forslund, que estaba a su lado, empezó a gritar que le sudaban las tetas. Le pusieron «la puta apestosa», y el apodo tuvo tanta aceptación que la siguieron llamando así durante toda secundaria. No pensaba darles la menor oportunidad de que siguieran usándolo en bachillerato.

El patio empieza a vaciarse de gente. Anna-Karin sigue la corriente con la cabeza gacha y los brazos cruzados tapándose el pecho. Ha empezado a usar un sujetador con el que se supone que se le verá más pequeño, pero ella no aprecia la menor diferencia cuando se mira en el espejo.

Nada más entrar en el instituto, divisa a Rebecka Mohlin, de su mismo curso, y a su novio, Gustaf Åhlander. Están abrazados junto a la barandilla de la escalera. Anna-Karin aparta la vista y se siente abrumada por la autocompasión más negra y agobiante. Ningún chico la mirará jamás a ella como Gustaf mira a Rebecka.

—Hola —la saluda Rebecka cuando la ve pasar.

—Hola —resuena también la voz de Gustaf.

Anna-Karin no responde.

Hasta que no entra en el aula y se sienta en su sitio, en primera fila, pegada a la pared, no empieza a relajarse un poco. Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y nota el cuerpecillo cálido y las garras diminutas y afiladas de *Peppar*. Tiene el pelaje suave como la seda. Cuando le acaricia la cabeza, increíblemente minúscula, el animal empieza a dar vueltas y se ve que algo se mueve en el bolsillo. La sensación de negrura empieza a despejarse y la sustituye el cariño.

Anna-Karin sabe que no debería llevarse al gato al instituto, pero si va sola no se siente lo bastante fuerte. Todavía no. Quizá después del fin de semana.

Hasta ahora todo ha ido bien, la verdad. Ha superado dos semanas de clase y la tercera acaba de empezar. Por el momento, nadie se ha reído de ella. Nadie le ha tirado la mochila por la ventana. Nadie ha intentado empujarla y tirarla rodando por las escaleras. Nadie le ha aplastado el pecho hasta hacerla llorar de dolor. Erik Forslund e Ida Holmström han pasado a su lado sin mirarla siquiera.

Lleva nueve años soñando con eso, y por fin ha ocurrido.

Por fin se ha vuelto invisible.

Minoo odia ser adolescente. Más que nada, porque eso implica que siempre la meten en el mismo saco que a los demás adolescentes. Llegar al instituto era como si te deportaran todos los días a un planeta extraño. No tiene nada que decir a sus habitantes. Ni siquiera es capaz de fingir que es uno de ellos, porque no sabe cómo se hace.

En el bachillerato todo iba a ser distinto. Con eso se consolaba cuando aún estaba en secundaria. Los demás terminarían alcanzándola, al menos, los que eligieran ciencias.

Ahora, al principio de la tercera semana de curso, empieza a comprender que no era más que un sueño.

Hasta el edificio le recuerda a secundaria: una construcción de ladrillo rojo, de cuatro plantas con el tejado plano. Una sola portería de fútbol sin red constituye el único elemento de diversión del patio de asfalto. Una vez intentaron animarlo un poco plantando árboles. La mayoría de ellos están hoy muertos. Los troncos y las ramas se ven grises.

Las puertas del edificio están abiertas para que pueda penetrar el aire fresco. Aun así, cuando entra, nota que todo exhala ese olor familiar a polvo y al linóleo del suelo. El olor es el mismo. Lo primero que ve Minoo es a Vanessa Dahl colgada de Jari Mäkinen, que está en tercero. Él le habla con mucho entusiasmo, pero ella parece más bien irritada.

Vanessa. El polo opuesto de Minoo: guapa, ruidosa, teñida, la número uno de la lista de las más *sexies* de la escuela cuando estaban en noveno. Lleva pantalón corto blanco y zapatos del mismo color. Y el encaje del sujetador *push-up* asoma por el escote de la camiseta.

Evelina, una de las amigas de Vanessa, aparece corriendo, se le sube a Jari a la espalda de un salto y se agarra al cuello con los brazos. Entonces saca el móvil y hace una foto de los dos. Jari trata de zafarse de ella, pero Evelina se agarra más fuerte y le pega el pecho a la nuca mientras se ríe a carcajadas y todos los que hay en el pasillo se vuelven para ver qué pasa.

¿No han tenido bastante protagonismo los nueve últimos años?, piensa Minoo apretando el paso y alejándose de allí.

La primera clase de lengua. Vanessa entra en el aula con Evelina.

Michelle ha pillado varios sitios en la última fila, y ahora está empolvándose la nariz.

—Mierda, ¡qué cansada estoy! —dice Evelina desplomándose en la silla al lado de Michelle.

—Y yo —responde Michelle bostezando y mirándose en el espejo empañado y brillante de la polvera—. Hoy parezco una enana de trece años, joder.

Vanessa deja escapar un suspiro. Michelle tiene la misma pinta de siempre. Claro que tiene que oír que está fantástica un millón de veces al día. Michelle se coloca un rizo de la reluciente melena oscura y junta los labios ante el espejo.

—Oye, que la capa de polvos que llevas tiene unos cinco centímetros de grosor, me parece que ya vale —le recrimina Vanessa.

Michelle baja despacio el espejo de bolsillo y se la queda mirando.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunta Evelina.

—Estaba de broma.

—Pues no lo parecía —replica Michelle con su calma habitual.

—¿Estás ovulando o qué? —pregunta Evelina—. ¿O es que te has peleado con Wille?

—Ajá —responde Vanessa—. Me he peleado con Wille.

Responde así porque es lo más sencillo. ¿Cómo iba a explicarles lo que había sucedido aquella mañana? «Resulta que me hice invisible, y si no, es que estoy loca, claro.» Sin embargo lo de los problemas con los chicos es un lenguaje que Michelle y Evelina comprenden bien. Las dos parecen aliviadas. Todo vuelve a ser como siempre.

—Anda, ya se os pasará —dice Evelina, y le rodea los hombros con el brazo.

Michelle asiente. Vanessa sonríe aliviada y le pregunta que si le presta el maquillaje.

Al fondo del aula hay un grupo de chicos escuchando hip-hop en el móvil. Kevin Månsson rapea la canción con su inglés lamentable. Minoo se ríe para sus adentros.

Saluda a Anna-Karin Nieminen, que se ha sentado en primera fila, pero ella no le contesta. Como de costumbre, Anna-Karin está encorvada sobre la mesa, con la maraña de pelo tapándole la cara como un velo.

Tiene un aspecto desgarrador de desesperanza. Minoo intentó hablar con ella varias veces cuando estaban en secundaria, pero Anna-Karin se quedaba callada, pegada a la pared, como si quisiera fundirse con ella. Es de una pasividad casi provocadora. Minoo siente un alivio vergonzoso cuando piensa que, después de todo, Anna-Karin no se encuentra *tan* por debajo en la escala social.

Minoo saca el libro de mates. Por ahora, ha ido entendiendo todas las explicaciones durante las clases, pero sigue estando nerviosa. Siempre ha sido la primera de la clase, sin tener que esforzarse demasiado, y aun así —o quizá precisamente por eso—, el mayor de sus temores es precisamente que, un buen día, todos descubran que es una impostora.

Suena el timbre que indica el inicio de la clase y Minoo levanta la vista automáticamente.

Max aparece en el umbral con una taza de café en la mano. Tiene veinticuatro años. Se mudó a Engelsfors a principios de verano. Que alguien se mude allí por voluntad propia es algo que supera la capacidad de entendimiento de Minoo.

Max cierra la puerta. Y un segundo después, alguien se pone a aporrearla.

—Llegar tarde es lo que tiene —dice Max, dejando la taza en la mesa.

—¡Venga ya! ¿Aunque tenga una excusa? —grita Kevin con esa voz nueva tan profunda, que le ha cambiado durante el verano.

Minoo no se hace a la idea de tener que aguantar a Kevin tres años más. ¿Por qué habrá elegido la modalidad de ciencias naturales? Si cuando estaban en octavo creía que la cebra era un cruce entre un caballo y un tigre.

Max mira a Minoo un instante. En sus ojos se lee perfectamente lo que piensa de Kevin. Es como si comprendiera que ella es la única capaz de interpretar esa mirada. Minoo tiene que clavar la vista en el pupitre.

La gente dice que siente mariposas en el estómago cuando se enamora. Pero ella no. Ella nota primero un cosquilleo en las muñecas. Luego se le van las fuerzas de los brazos y se queda como un monigote de trapo.

La primera vez que vio a Max fue como sentir un calambrazo en las manos. Con lo increíblemente patético que es enamorarse de un profesor. Sobre todo de uno como Max, que es guapo del modo banal que gusta a las chicas como Vanessa Dahl: ojos verdes, pelo oscuro y rizado y brazos nervudos.

Tienen dos horas seguidas de mates y Minoo se abalanza sobre los problemas que tiene delante. Le chiflan las matemáticas. Reglas claras. Respuestas clarísimas. Correcto o incorrecto, nada de zonas intermedias.

De vez en cuando, levanta la cabeza para echarle un ojo a Max.

Piensa en lo que le dijo su madre: que no es bueno guardarse los sentimientos. Pero ella nunca en la vida le contará a nadie lo que siente por Max. Y mucho menos a él.

Al final de la primera hora, Max apura el café, cierra el maletín y sale del aula. Minoo lo sigue con la mirada.

Diez minutos de descanso. Diez minutos sin nada que hacer. Estar sola y tristona delante de todos. Minoo se levanta y sale al pasillo.

Están en la tercera planta. Un piso más arriba hay un pasillo que conduce a la puerta

cerrada de la escalera del desván. Es un callejón sin salida y Minoo se ha dado cuenta de que nadie utiliza los servicios que hay allí. Es un lugar perfecto para estar tranquila. Sube corriendo la escalera y dobla la esquina.

Cuando abre la puerta de los servicios le da en la cara el olor a tabaco. Uno de los espejos está roto. Hay cristales esparcidos por el lavabo. La ventana está abierta de par en par y, acurrucada en el alféizar, hay una chica fumando.

Lleva una camiseta negra brillante, una falda de campana hasta la rodilla, también negra, con calaveras de color rosa y calcetines largos blancos. Tiene en las piernas un cuaderno de color negro. Está escribiendo algo con un rotulador, muy concentrada.

No levanta la vista hacia Minoo hasta que la puerta no se ha cerrado. El largo flequillo casi le tapa los ojos, muy marcados con lápiz negro. Lleva el resto de la melena oscura recogido en dos coletas onduladas.

Es Linnéa Wallin.

En séptimo estaban en la misma clase. Todos sabían que el padre de Linnéa era alcohólico y que su madre había muerto. Linnéa se saltaba las clases casi a diario y un día, al principio de octavo, el maestro dijo que no iba a volver. Corrían rumores de que se había mudado a casa de unos familiares que vivían lejos, de que estaba muerta. Luego resultó que había estado en un centro juvenil. Y entonces empezaron a circular nuevos rumores: que había intentado suicidarse, que su padre era pederasta, que Linnéa vendía drogas, que se prostituía por internet, que era bollera. Desde entonces, Minoo solo la había visto en el centro, junto con otros alternativos.

Y allí estaba ahora, mirándola con decepción en los ojos.

—Hola… —saluda Minoo.

—Creía que eras otra persona —dice Linnéa.

Minoo mira de reojo hacia el espejo roto.

—Yo no he sido —advierte Linnéa.

—No pensaba que hubieras sido tú —miente Minoo.

Se le ponen las orejas coloradas, como siempre que algo le da vergüenza. Coge el picaporte de uno de los servicios con tanta indiferencia como es capaz de fingir.

La puerta está cerrada con llave.

—Parece que está estropeado —le advierte Linnéa.

Minoo no responde y abre otra puerta.

Entra, cierra tras de sí y apoya la frente en los azulejos, que están fríos. A través de la puerta, que es bastante endeble, oye que Linnéa enciende otro cigarrillo.

Minoo deja pasar un rato antes de tirar de la cadena del váter, que no ha usado, y vuelve a salir. Se mira en el espejo mientras se lava las manos. Echa un vistazo a Linnéa y siente una punzada de envidia. Sí, es guapa y delgada, pero lo peor es esa cara sin una sola espinilla. Ella, en cambio, sufre erupciones de acné regulares desde que cumplió los trece años. En octavo, Erik Forslund le preguntó si le habían pegado un tiro en la cara con una escopeta de perdigones. Los adultos siempre dicen que esas cosas mejoran con la edad. Como tantas otras cosas de las que dicen, eso tampoco parece cumplirse.

—Oye, no tienes que fingir —dice Linnéa interrumpiendo sus pensamientos.

A Minoo se le ponen las orejas coloradas otra vez.

—¿Qué?

Linnéa ha dejado el cuaderno.

—Tú has venido aquí a esconderte, ¿verdad? —le pregunta.

—Me gusta estar sola —responde Minoo en un susurro.

La sonrisa de Linnéa no es fácil de interpretar. Se quedan mirándose unos instantes.

—No te chivarás, ¿verdad? —le dice señalando el cigarrillo.

—Por mí puedes hacer lo que quieras.

—Pues sí, eso mismo pienso yo —responde Linnéa. Lanza al lavabo la colilla, que chisporrotea al apagarse sobre el esmalte mojado.

Baja de la ventana de un salto. El bolígrafo se cae, pasa rodando por delante de Minoo y se cuela por debajo de la puerta cerrada con llave.

Minoo se agacha para mirar por la rendija.

El bolígrafo está en medio de algo oscuro y pastoso. Y al fondo se ven una bolsa de tela y unas zapatillas negras. Hay alguien sentado en el váter.

Minoo se incorpora demasiado rápido y se marea un poco.

—¿Qué pasa? —pregunta Linnéa.

—Me parece que hay alguien ahí dentro…

Se le ocurre de pronto que podría tratarse de una broma o algo así. Puede que tengan alguna cámara oculta en algún sitio y que la estén filmando, y no tardarán en colgar la grabación y aparecerá ella comportándose como una idiota.

—Aunque no sé…

Linnéa entra en el servicio contiguo y se sube en el váter. Se asoma por la pared medianera, que no llega hasta el techo. Minoo aguarda su reacción, pero no pasa nada. Los segundos pasan, uno a uno.

—¿Qué es?

Linnéa se baja del váter y desaparece del campo de visión de Minoo.

—¿Qué has visto?

No hay respuesta. Una ráfaga de viento mueve la hoja de la ventana abierta. Minoo se acerca al servicio, donde encuentra a Linnéa con la espalda apoyada en la pared y la vista clavada en la de enfrente.

—Es Elías —dice al fin.

¿Elías Malmgren? Minoo lo ha visto en el centro con Linnéa en varias ocasiones. Tiene que ser él.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien o…? —pregunta Minoo, aunque ya conoce la respuesta.

Linnéa se arrodilla y vomita en el váter, sigue hipando entre arcadas hasta que no sale más que saliva pastosa y transparente. Minoo se queda como paralizada hasta que Linnéa se vuelve hacia ella. Se le ha corrido el maquillaje alrededor de los ojos llorosos. Sus miradas se cruzan y Minoo comprende que Linnéa está a punto de venirse abajo.

—Ven —le dice tendiéndole la mano.

Linnéa la coge y se levanta. Mira a su alrededor con los ojos desorbitados.

—Tenemos que ir a buscar a alguien —dice Minoo.

Linnéa se queda mirándola fijamente. Niega con la cabeza.

—No podemos dejarlo ahí.

—Yo me quedo —dice Minoo, que se arrepiente enseguida.

—Tenemos que sacarlo de ahí.

—Claro, y lo sacaremos —responde Minoo sin saber cómo ha conseguido aparentar tanta serenidad.

Linnéa se va corriendo. Al abrir la puerta, la corriente cierra la ventana de golpe y, por un instante, Minoo toma conciencia del *olor*, antes de que la ventana vuelva a abrirse. Es un olor

totalmente nuevo para ella, pero enseguida se da cuenta de lo que es. Es el olor a muerte. Aunque no debería pensar en eso. No en un momento como este.

Observa la puerta del servicio. Cuánta sangre.

El pánico se va apoderando de ella poco a poco cuando ve los fragmentos de vidrio en el lavabo.

Minoo da un respingo cuando se abre la puerta. El conserje del instituto entra con una caja de herramientas en la mano. Tendrá unos cuarenta años y el pelo, que ha empezado a encanecer, totalmente revuelto. Clava en Minoo los ojos de un azul hielo. Luego murmura unas palabras inaudibles, deja la caja en el suelo y empieza a buscar algo.

Linnéa entra después, se acerca a Minoo. Le coge la mano y se la agarra convulsamente. Un minuto después entra la directora.

Minoo solo ha visto a Adriana López en una ocasión, cuando dio la bienvenida a los nuevos alumnos. Estará entre los treinta y los cuarenta, lleva el pelo negro cortado a lo paje, con flequillo. Viste una falda negra por la rodilla y una camisa blanca abotonada hasta arriba.

No es la típica directora a la que uno acude para contarle sus problemas, Minoo se da cuenta enseguida.

—Chicas, aquí no podéis quedaros —les dice.

—Yo no pienso irme —afirma Linnéa.

La directora la mira a los ojos.

—Sal de aquí ahora mismo —le ordena.

—Nos quedamos —interviene Minoo.

El conserje saca un destornillador. Esas puertas son fáciles de abrir desde fuera. Seguramente las han hecho así a propósito. Linnéa se pega a Minoo y le aprieta la mano más aún.

—No mires —le susurra.

Y Minoo quiere cerrar los ojos. Quiere irse. En cambio, se queda allí, con los ojos como platos cuando la puerta se abre.

El conserje aparta la vista y la directora contiene la respiración. Minoo es incapaz de moverse. Es como si una lluvia helada le recorriera todo el cuerpo.

Elías tiene la cabeza echada hacia atrás y los ojos abiertos de par en par clavados en el techo. Los brazos le cuelgan inertes a los lados. En la mano derecha aún sostiene un gran trozo de cristal. En el brazo izquierdo se ve un corte profundo como una boca abierta.

Minoo y Linnéa se abrazan. Así, sin más. Minoo no es de las que dan abrazos, y sospecha que Linnéa tampoco. Pero en aquellos momentos necesitan sentir muy cerca a otra persona, a una persona viva.

A lo lejos, en el mundo real, se oyen las sirenas.

4

PRÁCTICAMENTE todos los alumnos están en el patio. Se empujan y se dan codazos. Conversan acaloradamente, pero en voz baja. Nadie sabe con certeza quién ha muerto, pero se rumorea que se trata de Elías Malmgren. Los profesores les han dicho que se vayan a casa, pero es obvio que nadie piensa irse hasta que no saquen el cadáver.

El cadáver. Rebecka se estremece. Ella y Gustaf están ante la entrada principal del instituto. Él detrás de ella, rodeándola con los brazos.

—Prométeme que a ti nunca te pasará nada —le dice ella con un hilo de voz.

Gustaf la abraza un poco más fuerte y, con los labios muy cerca, le dice al oído:

—Te lo prometo.

Le da un beso en la mejilla.

A veces le ocurre todavía, no se explica que estén juntos. Gustaf siempre ha sido el chico más solicitado del instituto. Aquel cuyo nombre todas las chicas escriben una y otra vez en el cuaderno durante las clases. Rebecka era una de esas chicas, y jamás pensó que se fijaría en ella. Siempre fue una más del montón. La certeza de que jamás podría tener a Gustaf le infundía cierta seguridad. Un as del fútbol local. Un año mayor. Tan guapo como un actor de Hollywood y casi igual de inaccesible.

Pero en el baile de primavera de noveno todo cambió de repente. Estuvieron morreándose y, una semana después, la noche de fin de curso, volvieron a enrollarse. Rebecka se había tomado dos sidras y estaba lo bastante pedo como para atreverse a preguntar:

—Entonces, ¿estamos saliendo?

—¡Pues claro que sí! —respondió él con aquella sonrisa suya tan preciosa—. ¡Claro que estamos saliendo!

Este verano su vida ha cambiado por completo. Ahora todo el mundo sabe quién es Rebecka; pero, sobre todo, ella también ha cambiado. Casi le da miedo lo mucho que depende de Gustaf. Es tan guapo. No se harta de mirarlo. No se cansa nunca de besarlo.

Está más indecisa ahora que es alguien. Siente como si fueran a arrebatárselo todo en cualquier momento. Se lo imagina perfectamente: cómo todos, un día, se darán cuenta de que no es ni tan lista, ni tan divertida ni tan guapa. Y sobre todo, tiene miedo del día en que Gustaf lo descubra.

Un rumor recorre la muchedumbre. Se abren las puertas del instituto y los conductores salen con una camilla cubierta con una manta. Mientras avanzan hacia la ambulancia, todos se agolpan y los rodean por detrás. Los alumnos estiran el cuello, intentan divisar algo, ver quién está debajo de la manta. Los conductores de la ambulancia meten la camilla dentro y cierran las puertas. Luego se dirigen tranquilamente a la cabina y entran. Las sirenas empiezan a aullar.

Probablemente, para que se aparte la gente que hay amontonada alrededor, piensa Rebecka. No será porque tengan prisa en llevarlo a ningún sitio.

—Es él. —Se oye una voz jadeante.

Allí está Ida Holmström con sus dos lapas, Julia y Felicia. Juntas constituyen la versión rubia de Jaimito, Juanito y Jorgito.

—Es Elías Malmgren —continúa Ida.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunta Gustaf.

—Se lo hemos oído decir a uno de los profesores —dice Julia.

Ida la quiere matar con la mirada, claramente molesta porque la hayan interrumpido. Allí

ella es la protagonista. Luego mira a Gustaf con ojos perrunos.

—¿No es triste?

Antes de que Rebecka empezara a salir con Gustaf, Ida la trataba como si no existiera. Al día siguiente de la fiesta de fin de curso, Ida llamó a Rebecka y le preguntó si quería ir con ella a bañarse a Dammsjön. Como si llevaran toda la vida siendo amigas. A pesar de que Rebecka comprendía lo absurdo de aquella situación, no se atrevió a decir que no. Y es que Ida le inspira un miedo atroz.

—Pues yo no entiendo cómo nadie puede quitarse la vida —dice Felicia.

Ida asiente, ella piensa lo mismo.

—Es de un egoísta… Piensa en sus padres, ¿no?

—Supongo que se sentía mal —dice Rebecka, y se habría dado de tortas por parecer tan blanda.

—Pues claro, estaba deprimido —aclara Ida—. Pero problemas los tiene todo el mundo. Y no hay que ir y suicidarse por eso. Si todos nos compadeciéramos de nosotros mismos, no quedaría nadie vivo.

—Yo creo que era marica —dice Felicia.

—Ya, yo he leído que muchas veces se suicidan —la apoya Julia.

—Joder, si todo el mundo le hacía el vacío —ataja Gustaf.

Ida lo mira a los ojos y le dedica la más encantadora de sus sonrisas.

—Ya sé, Ge…

Rebecka se esfuerza para no poner una mueca de desprecio. «Ge» es un apodo que se ha inventado Ida. Solo ella lo utiliza.

—… pero, sinceramente —continúa—. Nadie lo obligaba a vestir como vestía ni a maquillarse en el instituto.

Julia y Felicia están de acuerdo, Ida prosigue, animada al ver que tiene apoyo.

—O sea, si tan terrible le parecía, podría haberse adaptado y haber sido un poco más normal. No digo que fuera culpa suya que lo acosaran, pero tampoco hacía mucho que digamos por evitarlo.

Rebecka se queda mirando a la descarada de Ida. Casi parece esperanzada cuando mira a Gustaf.

—Joder, Ida —dice Gustaf—. ¿No es un esfuerzo tremendo ser tan bruja como tú todo el rato? Podrías tomarte unas vacaciones.

Ida parpadea. Luego suelta una risa forzada.

—Pero qué gracioso eres, Ge —dice volviéndose a Julia y a Felicia, que se miran desconcertadas—. Los tíos tienen un sentido del humor tan bestia…

Rebecka le coge la mano a Gustaf. Se siente orgullosa de él, pero la agobia no haber dicho nada ella también.

Minoo y Linnéa están sentadas en el viejo sofá verde oscuro del despacho de la directora. Ella está en la habitación contigua, el despacho del subdirector, hablando con un policía de uniforme.

Linnéa le da vueltas al móvil, como si estuviera esperando una llamada. Minoo hace lo que puede para no quedarse mirándola. Su lenguaje gestual deja muy claro que no quiere que la molesten.

El despacho es sorprendentemente pequeño. Hay una estantería llena de archivadores de varios colores. Unas plantas mustias en la ventana. Las cortinas de cuadros verdes y blancos

están llenas de polvo y las ventanas necesitan una limpieza. En el escritorio se apilan pulcramente documentos junto a un ordenador prehistórico. La silla es fea pero ergonómica, con toda probabilidad. Lo único que destaca es una lámpara con una pantalla de mosaico cuyas teselas forman libélulas.

Es la primera vez que Minoo entra en el despacho de la directora.

Solo te mandan al despacho del director si has hecho algo malo o si ocurre algo terrible.

Cuando estaba en primaria, Minoo soñaba despierta con que ocurriera algún suceso dramático. Que la escuela empezara a arder, que un ladrón de bancos que se hubiera dado a la fuga los tomara a todos como rehenes. A medida que se hacía mayor, comprendía lo pueril que era entonces. Pero solo ahora ha tomado conciencia de lo lejos de la realidad que se encontraban sus fantasías.

Las cosas terribles que suceden en la realidad no se parecen a las cosas terribles de las películas. No son emocionantes, solo son aterradoras y sucias. Y, sobre todo, no puedes borrarlas. Minoo sabe que la imagen de Elías la perseguirá toda la vida.

Si al menos hubiera cerrado los ojos, se dice.

—Yo ya había visto a un muerto —dice Linnéa de pronto.

Minoo la mira. Los ojos de Linnéa siguen fijos en el móvil, que hace girar entre los dedos manchados de rotulador. Tiene las uñas perfectamente pintadas de laca rosa.

—¿A quién? —pregunta Minoo.

—No sé cómo se llamaba. Era una mujer. Una borracha. Le dio un infarto y murió. De repente, sin más. Yo tenía como cinco años o así.

Minoo no sabe qué decir. Su vida no tiene nada que ver con todo eso.

—No se olvida nunca —murmura Linnéa.

Se le ha corrido la pintura de los ojos. De repente, Minoo cae en la cuenta de que ella no ha llorado. Linnéa debe de pensar que es la persona más insensible del mundo. Pero la mira y le dice:

—En séptimo estábamos en la misma clase, ¿verdad?

Minoo asiente.

—¿Cómo te llamabas? ¿Minna?

—Minoo.

—Eso.

Linnéa no dice su nombre. Bien porque no le parece importante, o porque da por hecho que Minoo lo sabe. ¿Y cómo no iba a saberlo? En secundaria, todo el mundo hablaba de Linnéa Wallin.

—Chicas… —Se oye la voz de la directora, y Minoo levanta la vista—. La Policía quiere hablar con vosotras.

Minoo mira a Linnéa con el rabillo del ojo y se sorprende al comprobar el odio que irradia su mirada, que tiene clavada en Adriana. La directora también parece haberlo notado, porque se detiene de repente.

—Tú eras amiga de Elías, ¿verdad? —le pregunta.

Linnéa guarda silencio. La directora se da media vuelta y murmura una pregunta al policía que acaba de entrar.

—Puedes quedarte —le dice el policía, y los dos se sientan.

El policía, al que Minoo reconoce, es el padrastro de Vanessa Dahl, y batalla un poco por encontrar una postura cómoda en la silla plegable. Al final, levanta la pierna y apoya el pie en la otra rodilla. No inspira demasiado respeto.

—Me llamo Niklas Karlsson. Empezaré por anotar vuestros nombres.

Saca un cuaderno pequeño y un lápiz. Minoo ve que tiene el extremo mordisqueado. Un policía que muerde los lápices. Un roedor de uniforme.

—Minoo Falk Karimi.

—Ajá. Y a ti te conozco —dice dirigiéndose a Linnéa.

Puede que haya querido ser amable, pero no lo parece. Minoo se pone tensa cuando observa que Linnéa aprieta tanto el teléfono que el plástico de la carcasa cruje.

No digas nada, piensa Minoo. Por favor, Linnéa, no hagas ninguna tontería. La única que sale perdiendo eres tú.

—Comprendo que esto ha debido de ser terrible para vosotras —continúa Niklas volviendo a adoptar el papel de policía comprensivo—. Y si queréis ayuda psicológica, la tendréis.

—Hay psicólogos en el instituto —interviene la directora—. Podéis hablar con uno ahora mismo si queréis.

—Yo ya estoy yendo a un psicólogo —replica Linnéa.

—Ah, pues eso está muy bien —asegura el poli Niklas—. ¿Conocíais a Elías?

—Yo no —musita Minoo.

Niklas se vuelve hacia Linnéa. Resulta tan obvio que está haciendo un esfuerzo por ocultar el desprecio que le inspira aquella chica de pelo negro y cara embadurnada de maquillaje…

Más le valdría mostrarlo abiertamente, piensa Minoo.

—Bueno, pero vosotros dos erais amigos, ¿verdad?

—Sí —responde Linnéa bajando la vista.

—Si no me equivoco, Elías tenía muchos problemas, ¿no es así?

Un gesto de asentimiento es lo que obtiene por toda respuesta.

—¿Y había intentado suicidarse antes?

—Una vez —responde Linnéa.

—Vaya —dice el policía—. Bueno, entonces no hay más que añadir. Como es lógico, lo examinará el forense, pero la cosa está bastante clara.

Habla con un tono tan despectivo que Minoo siente deseos de gritar. Si a Elías lo hubieran asesinado y el asesino lo hubiera amañado para que pareciera un suicidio, la Policía no se enteraría.

Porque así son las cosas en esta mierda de ciudad, se dice. Eres quien los demás creen que eres.

—Ajá —repite Niklas poniéndose de pie—. ¿Llegaréis bien a casa?

Minoo ni siquiera ha pensado en eso.

—Voy a llamar a mi madre —dice.

—¿Y tú? —pregunta a Linnéa la directora.

—Yo me las arreglaré —responde.

Pero la directora aún no ha terminado. Minoo la ve vacilar mientras busca las palabras adecuadas. Antes de que empiece a hablar, Minoo sabe que piensa decir algo de Elías, y sabe que meterá la pata por completo.

—Linnéa —comienza—. Lo siento muchísimo. Elías parecía una persona muy especial.

La voz de Linnéa suena ronca y tensa cuando le responde.

—¿Y por qué no se lo dijiste a él?

La directora se queda de piedra. Tiene la boca medio abierta, pero no pronuncia una

palabra.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos, ¿no? —dice el policía mirando a la directora de reojo, con gesto protector.

Linnéa se levanta y sale del despacho sin mediar palabra.

Minoo mira insegura a la directora.

—Puedes irte —le dice.

Minoo vuelve al aula para recoger la mochila. Las sillas están ya boca abajo en los pupitres. Las motas de polvo revolotean en el aire a la luz que se filtra por la ventana. Se acerca a su sitio, pero no ve la mochila.

—¿Minoo?

Se da media vuelta. Allí está Max, en el umbral, con la mochila en la mano.

—Te la estaba guardando.

—Gracias.

Le roza la mano cuando le entrega la mochila, y a Minoo casi se le cae. Vuelve a sentir esa debilidad en los brazos.

¿Es que estoy completamente loca? ¿Cómo puedo sentir esto, con la situación tan horrible que acabo de presenciar?, se dice.

—¿Cómo estás? —pregunta Max.

—No lo sé —responde Minoo, sorprendida de lo fácil que le resulta responder con toda sinceridad.

Max asiente comprensivo.

—Cuando yo tenía tu edad, una persona con la que tenía una relación muy estrecha también se quitó la vida.

La voz suena tranquila, pero Minoo advierte cómo cierra el puño izquierdo con fuerza. Ciertas clases de dolor no terminan de extinguirse nunca.

—Yo no conocía a Elías —dice Minoo—. Pero Linnéa sí.

De repente nota la mano de Max en el hombro. El calor la abrasa a través del jersey.

—Si quieres hablar, aquí me tienes. Quiero que lo tengas presente.

—Vale —responde Minoo.

Y ya no se atreve a decir nada más. Teme que se le quiebre la voz.

—Lo siento mucho, de verdad. Nadie debería ver lo que tú has visto hoy. Cuídate, ¿vale? —dice Max, y le da un apretón más antes de retirar la mano.

De repente, Minoo se da cuenta de que está temblando. El pánico le clava sus garras en el pecho y nota que le cuesta respirar. Tiene que salir de allí.

—Tengo que irme —se disculpa—. Gracias.

Sale corriendo de la clase y baja precipitadamente la escalera. La luz del sol la ciega cuando abre la puerta y sale al patio. Linnéa está sentada con las piernas cruzadas como un escriba, fumando, junto a la entrada.

Minoo tiene el corazón desbocado y llega jadeando de tal modo que le cuesta hablar. Ve el coche rojo de su madre aparcado en la calle. Adivina aquel perfil tan familiar a través de la ventanilla.

—¿Quieres que te llevemos? —consigue articular al fin.

—No —responde Linnéa.

—¿Seguro?

—¿Por qué has venido corriendo?

—Pues… no lo sé. De repente, tenía que salir de ahí inmediatamente.

Linnéa catapultó el cigarrillo.
—Elías no se ha suicidado —dice luego.
—¿Qué quieres decir?
—Estuve hablando con él poco antes. Iba a venir a mi casa esta noche. Quería que habláramos… —Calla un instante—. Habíamos discutido. Pero no éramos… Quería contarme algo… Y no iba a…
Linnéa no termina la frase.
No es capaz de reconocerlo, piensa Minoo. Que su mejor amigo la haya abandonado así. En voz alta le dice:
—¿Por qué no le has dicho nada a la Policía?
—*A la Policía* —resopla Linnéa.
De repente, la mira con dureza.
—Ya, pero ¿no deberían saberlo? —insiste Minoo.
—¿Qué mierda sabrás tú? Tú, que solo has conocido una casa agradable y una familia agradable.
Minoo la mira a los ojos. Siente vergüenza. Porque sabe que es verdad.
Al mismo tiempo, piensa que la verdad de Linnéa quizá no sea la única verdad. Si bien es cierto que Minoo apenas ha visto otra cosa que el lado luminoso de la vida, Linnéa ha sufrido sobre todo el lado oscuro. Pero ¿es la realidad de la una más verdadera que la de la otra?
Linnéa la mira con una sonrisa burlona.
—Corre con tu madre, ¿no?
De repente, Minoo se enfada muchísimo.
—Me das pena —le dice antes de encaminarse al coche.
—¡Ni se te ocurra! —le grita Linnéa mientras Minoo se aleja.

5

ANNA-KARIN se levanta del asiento y se dirige dando tumbos por el pasillo al ritmo del traqueteo del autobús, enfilando la puerta. Está tan harta del miedo permanente a que alguien la insulte al pasar… O peor aún, a oír risitas ahogadas a su espalda. Incluso aunque no ocurra nada de esto, oye en su cabeza el eco de las voces anteriores. Voces que le susurran lo gorda que está y cómo apesta a granja.

Sin embargo, hoy la gente ni siquiera levanta la vista. Murmuran en el autobús, pero no es sobre ella. Hoy todo el mundo habla de Elías.

El autobús toma la última curva, se detiene de golpe y Anna-Karin tropieza. Se le encoge el estómago durante la décima de segundo en que cree que va a caerse y que todos se reirán de ella, pero recupera el equilibrio sin que nadie se haya dado cuenta. Se abren las puertas y baja rápidamente a la acera.

Anna-Karin respira hondo varias veces mientras el autobús se aleja por la carretera. En cuanto ve la dehesa, se le ensanchan los pulmones. Allí puede respirar libremente.

La gravilla cruje bajo sus pies mientras se dirige a casa. Cuando entra en el prado, se acerca a saludar a uno de los animales de grandes ojos marrones.

—Buenos días, preciosa —le dice, como acostumbra a hacer el abuelo.

La vaca le da un lametón en la mano con su lengua enorme. Las moscas zumban a su alrededor. Sí, huele a granja, y a ella le encanta.

En casa es una persona totalmente distinta. Se le endereza la espalda y ya no le preocupa sudar. Allí no tiene que pensar en si le sale papada cuando baja la cabeza o si, debajo del jersey, el pecho se le balancea con un movimiento asqueroso.

Llega a la explanada. Dos casas de madera pintadas de rojo, una de dos plantas y la otra, de una sola, perfectamente alineadas entre sí. Un poco más allá está el cobertizo, y varias casetas.

Anna-Karin se acerca a la casa de dos plantas y abre la puerta, que no está cerrada con llave. Se quita los zapatos y saca a *Peppar* del bolsillo. Se ha dormido, pero se retuerce un poco cuando lo deja en el cesto de la entrada, donde le ha preparado una cama con los restos de una alfombra vieja.

En la sala de estar se oyen sonoras carcajadas. Anna-Karin se asoma y ve a su madre en el sofá, durmiendo profundamente, con la boca abierta. En la pantalla del televisor se ve una sala de estar americana. Anna-Karin se plantea por un instante coger el mando a distancia y bajar el volumen, pero no quiere despertar a su madre y que le regañe.

De modo que entra de puntillas en la cocina. Saca del frigorífico una caja de bolas de chocolate y una bolsa de panecillos de la panera. Luego saca la miga de cuatro de los panecillos, mete una bola de chocolate y los aplasta hasta que se convierten en una pieza. Se los come de pie, dando grandes tragos de leche. El efecto de saciedad le proporciona una agradable sensación de adormecimiento.

Anna-Karin mira hacia la ventana de la cocina que da a la casa del abuelo. Lo ve allí dentro, encorvado, y lo saluda. El abuelo la llama por señas. Anna-Karin deja encantada la casa donde la gente ríe histérica en la tele.

La puerta de la casa del abuelo da paso a un recibidor minúsculo y, colgado de una percha, ve uno de sus monos de trabajo. A la izquierda se encuentra la cocina. Junto a la puerta hay un banco de madera de color gris azulado. Allí suelen sentarse los amigos del abuelo cuando

van a verlo, antes de pasar a la mesa a tomar café. Y allí está sentado ahora el abuelo, mirando por la ventana mientras se bebe un café hirviendo.

A Anna-Karin no le gusta el café, pero le encanta el olor. En la casa del abuelo siempre huele a café, a leña recién cortada y a animales. Ahora, además, huele a ropa recién planchada. Junto a la puerta del dormitorio hay una cesta con ropa pulcramente doblada.

—Hola, cariño —la saluda el abuelo.

—Hola —responde Anna-Karin sentándose a la mesa.

El abuelo lleva una camisa de cuadros rojos y verdes típica de leñador y un pantalón de pana. Siempre se quita el mono antes de entrar en la casa. No quiere mancharlo todo.

La estudia con la mirada.

—¿Ya has terminado las clases?

—Hoy hemos salido antes.

—¿Y eso?

Es una oportunidad de hablar, pero Anna-Karin nota que se le cierra la garganta. No quiere hablar de Elías, ni siquiera pensar en él.

De repente, piensa que le gustaría ser pequeña otra vez. Cuando se caía y se hacía daño, siempre quería que el abuelo la cogiera en brazos. Ahora quisiera volver allí. Así tal vez se atreviera a llorar, a soltar todo lo que se le ha acumulado y se le ha endurecido en el pecho. Anna-Karin lleva sin llorar de verdad desde primaria. Y es que tenía demasiadas cosas por las que llorar. Ahora ha llegado a un punto en que se diría que las lágrimas están encerradas en un pozo.

—Y mi madre, ¿ha salido hoy? —pregunta.

—No ha tenido fuerzas.

—Bueno, por lo menos, se ha levantado de la cama —observa Anna-Karin notando la ira dura y afilada que tenía alojada en el pecho.

—Mia no lo tiene nada fácil.

Anna-Karin se arrepiente de haber sacado el tema. En realidad, su madre ha heredado la granja, aunque es el abuelo quien se sigue encargando de las tareas más duras. Hay días en que se lo deja todo a él. Aun así, al abuelo no se le oye nunca una crítica hacia su hija.

A veces, Anna-Karin siente unos remordimientos terribles por estar tan enfadada con su madre. Comprende que sufre algún tipo de depresión, que quizá no tuviera ningún interés en hacerse cargo de la granja, pero que, en cierto modo, se ha quedado atrapada en ella. Al mismo tiempo, tiene la sensación de que su madre vive para quejarse. Porque, ¿qué sería su madre si no se quejara? Ella es siempre la más humillada, la más afectada, siempre es la persona más digna de lástima en el mundo entero. Y así ha sido desde que Anna-Karin tiene uso de razón.

Observa al abuelo, que está mirando por la ventana. Puede pasarse allí sentado horas enteras. Ella se pregunta qué buscará ahí fuera.

El abuelo cumplió setenta y siete años la primavera pasada, pero no empezó a parecer viejo de verdad hasta este último año. Anna-Karin no quiere ni pensar en lo que ocurrirá cuando él se haya ido.

Vanessa extiende la toalla en el césped, delante de la casa de Jonte.

Es una toalla muy gastada, con un estampado de flores marrones y amarillas de colores desvaídos, y no parece del todo limpia. Qué más da. Ella solo quiere tumbarse y olvidarse de todo sin mancharse la ropa de verde.

Echa una ojeada a la casa roja de dos plantas, que también parece desvaída. El sol se ha

comido el color y la pintura se está cayendo. El ruido de un bajo que resuena en el interior hace temblar los vidrios de las ventanas. A través de la ventana del salón, divisa el televisor gigante y las siluetas de Wille, Jonte y Lucky, que se recortan sobre la luz de las explosiones en la pantalla.

Se tumba, se sube la camiseta hasta el borde del sujetador para calentarse la barriga al sol.

Wille estaba de mal humor hoy cuando fue a recogerla al instituto.

—Oye, que no soy tu puto chófer —le dijo.

—¡Pues pasa de llevarme! —le espetó ella abriendo la puerta del coche en marcha.

Wille dio un frenazo y faltó un pelo para que se les empotrara el coche que venía detrás. Vanessa se lo quedó mirando con la sensación del peligro aún fluyéndole por todo el cuerpo.

—Cierra la puerta —le dijo en voz baja, y ella obedeció enseguida.

—Viejo de mierda.

Ahí le dolió, Vanessa se dio cuenta. Wille tiene veintiuno y ella sabe que le da vergüenza la diferencia de edad.

Cuando empezaron a salir, ella acababa de cumplir los quince y llevaba tiempo oyendo hablar de Wille. Vanessa no tardó en reconocer en él algo de sí misma. Wille quería más. Sentir más. Vivir más experiencias. Y creyó que la vida con él se convertiría en una aventura.

Y ahora toma el sol tumbada en el césped mientras que él juega al ordenador con los colgados de sus amigos.

Sin embargo, para ella sigue siendo el más guapo de todos. Y la besa con decisión, como a ella le gusta.

Vanessa espanta irritada una mosca que se niega a comprender que no piensa permitirle que se le instale en la cara. El sol calienta bastante, pero ya se presienten los primeros fríos otoñales. En el horizonte empiezan a arremolinarse nubes gigantescas.

—¿Vanessa? —se oye llamar a Wille.

Ella levanta el brazo y agita la mano.

—¿Nessa? —resuena de nuevo la voz del chico.

—¡Síí! —responde ella alzando la voz—. ¿Qué quieres?

No responde. Vanessa se incorpora en la toalla. Wille la mira asomado a la ventana.

No. No, está mirando *a través de mí*, como si no existiera, piensa Vanessa. Ya estamos otra vez.

—¡Wille! —grita presa del pánico.

No hay reacción. Wille se estira para ver mejor.

—¿Dónde demonios te has metido?

—¡Estoy aquí! —exclama Vanessa agitando los brazos.

Pero no la ve, ni tampoco la oye. Vanessa coge la toalla y la agita en el aire. Él no ve nada y ella la tira al suelo con un gesto de frustración.

Wille casi se cae de espaldas, literalmente. Pero sigue sin mirarla a ella, sino solo la toalla, que está en el césped hecha un lío.

—Qué demonios… Joder, mira.

—¿Qué pasa? —pregunta Jonte indolente acercándose a la ventana.

Lucky intenta hacerse un hueco entre los dos.

—La toalla —dice Wille—. Ha aparecido ahí, en el césped, como por arte de magia. Te lo juro. Antes no estaba ahí.

Jonte y Lucky se lo quedan mirando. Luego dirigen la vista a la toalla, y otra vez a Wille. Y luego se echan a reír a carcajada limpia.

—Wille, joder, ¡que solo era medio canuto! —le advierte Lucky a voces.

Jonte dice algo y cierra la ventana de golpe.

Vanessa se queda un instante de pie a la luz del sol. Ella se ve las manos perfectamente. Las piernas bronceadas. Pero falta algo. Hay algo que no encaja.

Casi se echa a llorar cuando cae en la cuenta de qué es.

Su cuerpo no proyecta ninguna sombra en el césped.

Entra en la casa a hurtadillas y el olor dulzón del humo le da en la cara. Wille está sentado en un sillón, con la vista clavada en la pantalla y fumándose un porro. La luz del sol le da por detrás de modo que el color rubio del pelo brilla como una aureola. Vanessa siente que el corazón le salta de alegría. A veces se sorprende al verlo.

Siente deseos de acercarse y acariciarlo, pero no se atreve. Esa cosa tan rara que le está pasando es algo que debe mantener en secreto, hasta que averigüe qué es.

—¿Vanessa? —pregunta Jonte de pronto.

Ella se da la vuelta. Jonte no la ve, pero la busca con la mirada por la habitación. Tiene los ojos intensamente despiertos bajo el gorro azul oscuro que lleva encajado tapándole las cejas.

—Aquí hay alguien —dice—. Joder, estoy seguro.

—Paranoia —murmura Lucky convencido.

Está medio tumbado en el sofá con el mando de la consola bien agarrado. La barriga le apunta por debajo de la camiseta, que lleva el texto «El orgullo de Engelsfors» en la pechera. Lucky, que en realidad se llama Lukas, estaba en la misma clase que Vanessa en secundaria, pero él no continuó con el bachillerato, sino que se pasa los días haciéndole a Jonte de chico de los recados, le compra cerveza, le pide las pizzas y le ayuda con el cultivo que tienen en el sótano.

—¿Os habéis enterado de lo del hijo del pastor? —dice Lucky sin dejar de pulsar frenéticamente los botones del mando.

Vanessa ve cómo Jonte se pone tenso, solo un poco. Wille expulsa lentamente el humo que ha estado reteniendo en los pulmones.

—¿Qué? —pregunta.

—Elías Malmgren. El hijo del pastor. Se ha suicidado. En el instituto. Lo han encontrado hoy.

—¿Estás seguro de que era él? —pregunta Wille.

Trata de parecer indiferente, pero el tono de voz deja traslucir cierta preocupación, y Vanessa lo nota.

Lógico, piensa. Se conocían. Elías solía venir a comprar hierba. Pero de eso hace ya mucho, fue como por Navidad, cuando estábamos en noveno.

—Al cien por cien —responde Lucky.

—¡Joder! —dice Jonte—. Pero si estuvo comprando aquí anteayer.

—¿Creéis que se le fue la olla o algo así? —pregunta Lucky.

—*¿Que se le fue la olla?*

Jonte y Wille están muertos de risa. Lucky sonríe de ese modo tan pelota que saca de quicio a Vanessa.

—Ya lo había intentado antes, más de una vez —dice Jonte—. Seguro que quería fumar para estar puesto mientras lo hacía.

Pero tiene remordimientos. Vanessa se da cuenta. Y se pregunta por qué. Jonte no suele preocuparse de nadie más que de sí mismo.

—Sí, iba de víctima —dice Lucky—. Se hacía cortes en los brazos y toda esa mierda. Yo creía que eso solo lo hacían las tías.

—Cierra el pico —ordena Jonte de pronto.

Wille y Lucky se quedan quietos mirándolo fijamente.

—Aquí hay alguien —susurra.

Los otros dos miran a su alrededor. Vanessa contiene la respiración.

—Será el fantasma de Elías —dice Lucky, y se lleva un manotazo de Wille en la nuca.

Vanessa siente que se le eriza la piel. El aire se mueve ondulante a su alrededor. Es como una corriente. Jonte se la queda mirando.

—¿De dónde cojones has salido tú?

Wille levanta la vista y suelta una risa nerviosa.

—Nessa, no puedes presentarte así. Jonte está mayor y un día le va a dar un infarto.

Lucky también se ríe, quizá demasiado. Vanessa hace un esfuerzo por sonreír condescendiente.

Se acerca a Wille y se le sienta en las rodillas. Necesita sentir su abrazo. Necesita sentir que *ella está ahí*. Wille esconde la cara en su cuello. Y ella se le pega más todavía.

Fuera empieza a llover.

6

LA lluvia repiquetea contra la ventana de la cocina. A Minoo le gusta el ruido, la sensación que le produce, de estar resguardada en una casa segura. La voz de Billie Holiday se abre paso hasta la cocina desde los altavoces del salón. La lámpara de la cocina, que cuelga bastante baja, arroja un cálido destello sobre los rostros preocupados de sus padres.

—¿Cómo estás, cariño? —pregunta el padre.

Es la tercera vez que formula la misma pregunta desde que llegó.

—Bien —responde ella parcamente.

Ante todo se siente víctima de un cansancio terrible, está reventada. Lleva varias horas hablando con su madre. Pero a la pregunta de «cómo estás», no sabe muy bien qué contestar. Lo único que sabe es que no tiene fuerzas para averiguarlo.

—¿Vais a escribir sobre el tema? —pregunta.

Su padre se rasca el caballete de la nariz y las gafas suben y bajan.

—Hemos estado hablándolo. Si el pobre chico se hubiera quitado la vida en su casa, no lo habríamos hecho, pero como ha ocurrido en el instituto… A estas alturas lo sabe ya toda la ciudad.

Su madre mueve la cabeza con preocupación.

—Os criticarán si escribís sobre ello.

—Y si no escribimos, también.

El padre de Minoo es redactor jefe del periódico local, que solo sale un par de veces por semana y que, por lo general, publica en primera página noticias tan sensacionales como «Nueva rotonda en Gnejsgatan». Tres cuartas partes de los hogares de la ciudad están abonados al *Engelsforsbladet*. Y todo el mundo sabe quién es el padre de Minoo.

—Cissi ha escrito un artículo —continúa—. Y tuve que tachar la mitad, naturalmente. Eliminar los detalles más melodramáticos y sangrientos. Ya la conocéis. Pero lo de los suicidios es un asunto delicado, por discretos que queramos ser.

Minoo clava la vista en el plato. Apenas ha tocado la comida y, de repente, la salsa de carne picada le resulta repugnante.

—Y la Policía, ¿están seguros de que ha sido suicidio? —pregunta.

—No les cabe la menor duda —responde su padre—. Pero… Esto que quede entre nosotros, ¿eh? En el instituto, ni una palabra al respecto.

—No, claro, ya lo sé —suspira Minoo.

Nunca le ha dado motivos para dudar de que sabrá guardar silencio. Minoo aprendió muy pronto que la mayoría recaba información solo para poder difundirla después, pero que la única manera de conseguir información *verdaderamente* interesante es saber guardar el secreto y ser fiable.

—Elías murió ayer en algún momento después de las cuatro y media. Acababa de tener una reunión con la directora. Presentaba un alto índice de absentismo y la directora quería pillarlo a tiempo, según ella misma dijo. Estuvieron hablando media hora.

De repente, Minoo comprende lo que quiso decir Linnéa al acusar a la directora. ¿Qué ocurriría en aquella reunión?

—¿Y qué dice la directora? —pregunta Minoo.

—Está destrozada, como es lógico.

—¿No detectó ningún indicio de que presentaba tendencias suicidas? —pregunta su

madre.

—Pues sí, es una de las cuestiones que se plantearán, sin duda; cómo es que no se dio cuenta.

—Pobre mujer. No hace ni un año que vino a trabajar aquí y pasa esto.

—Desde luego se discutirá acerca de la responsabilidad del centro. Sobre todo porque el modo en que Elías se suicidó parece implicar algo así como un mensaje al instituto.

—Erik —dice la madre de Minoo—, no creo que quieras recordarle a Minoo…

—Joder, no era mi intención —protesta su padre.

—¿No podemos cambiar de tema? —sugiere Minoo.

Sus padres la observan preocupados e intercambian una mirada.

—Es que no soporto seguir oyendo hablar de Elías —murmura Minoo.

—Lo comprendo —dice la madre tranquilamente.

Durante el resto de la cena hablan de los recortes que amenazan al periódico. Minoo hace algún que otro comentario. Aun así, después, no recuerda una sola palabra de la conversación.

La madre de Anna-Karin enciende un cigarrillo cuando aún tiene el último bocado en la boca. Siempre igual de ansiosa por meterse nicotina y alquitrán. La comida es algo con lo que quiere acabar cuanto antes, para así poder fumarse el mejor cigarrillo, el de después. Hace ya mucho tiempo que Anna-Karin ha renunciado a quejarse del humo. Su madre considera que el tabaco es el único lujo que se permite, y por eso «me cago en todo, pienso seguir fumando sin remordimientos».

La lluvia azota la ventana. En la explanada han empezado a formarse charcos parduzcos.

A Anna-Karin le crecen en la boca la ensalada de patata y la chuleta ahumada. Es como si en el estómago solo hubiera cabida para el estrés. Intentó estudiar un rato antes de la cena y se sorprendió leyendo el mismo párrafo una y otra vez.

Tiene miedo de no ser capaz de estudiar el bachillerato de ciencias naturales. Si quiere ser veterinaria, tiene que sacar las mejores calificaciones. No puede quedarse atrás al principio del primer curso.

—Hoy me ha llamado Åke —dice de pronto el abuelo mirando a Anna-Karin—. Su hijo es conductor de ambulancias. Me ha preguntado si estabas bien y si conocías al chico.

—¿De qué estás hablando? —pregunta la madre entre nubes de humo.

Los dos la miran. Más vale contárselo cuanto antes.

—Ha muerto un chico del instituto. Elías. Se ha suicidado.

La madre da una calada profunda y, acto seguido, envuelve de golpe toda la mesa en un humo ultravioleta.

—¿Y no me lo habías dicho hasta ahora?

Anna-Karin mira al abuelo con expresión de impotencia.

—¿No era el hijo de Helena? —continúa la madre.

—¿Qué Helena?

—¡La del pastor! ¿Cuál era el apellido del chico?

Resulta fácil olvidar que su madre tuvo sin duda una vida social en el pasado. Anna-Karin solo cae en la cuenta cuando se pone a hablar de sus antiguas amistades y de los conocidos de sus conocidos.

—Malmgren —responde Anna-Karin.

—Por Dios, sí, es él.

La madre apaga el cigarrillo antes de encender el siguiente. Parece animada. Como

siempre que se produce una tragedia o un accidente. Son las únicas ocasiones en que deja de regodearse en su propia desgracia.

—Pobre Helena —dice—. No me digas que no es típico, se dedica a aliviar las almas de los demás, pero no ve lo que tiene en su propia casa. ¿Y cómo lo hizo?

—No lo sé.

—Ya, pero ¿lo hizo en el instituto?

Su madre está entusiasmada. Por una vez, la ve totalmente despabilada y atenta a la conversación. Se inclina hacia Anna-Karin, como si fueran dos amigas cotilleando mientras toman café.

—¿Quién lo encontró?

—Dos chicas del instituto. Una de ellas, Minoo, está en mi clase.

—Vaya, la hija del dueño del periódico —dice su madre.

El abuelo no ha dicho una palabra en todo el rato. Ahora alarga el brazo por encima de la mesa y le da a Anna-Karin una palmadita en la mano.

—Cariño —le dice—, ese tal Elías, ¿era amigo tuyo?

—No, pero lo conocía.

—Los jóvenes tienden a creer que el mundo entero gira a su alrededor y que ninguna desgracia puede compararse a la suya —dice la madre—. No son conscientes de que se encuentran en una situación privilegiada, de todas las responsabilidades con las que aún no tienen que cargar.

—Los jóvenes de hoy en día no lo tienen nada fácil —opina el abuelo.

—No, claro, como que esperan que se les sirva todo en bandeja —protesta su madre.

A Anna-Karin le cuesta tragar otra vez. Se le ha formado una bola de ira en la garganta. Deja los cubiertos en la mesa.

—Cuando tienen toda la vida por delante —continúa su madre—. No consigo comprenderlo.

Anna-Karin tiene ganas de gritar: ¡Pero yo sí!

Porque, ¿cuántas veces no ha pensado en lo fácil que sería acabar con todo? La primera vez tenía ocho años. Fue en aquella ocasión en que le contó al maestro el infierno que estaba viviendo. Él intentó hablar con los acosadores, y acabó en que estos la desnudaron y la dejaron en el patio en bragas y camiseta, en pleno invierno. «La próxima vez te matamos a palos, granjera», dijo Erik Forslund. Cuando su madre fue a recogerla, Anna-Karin le dijo que había sido jugando.

Si su madre hubiese insistido un poco más, le habría contado la verdad. En cambio, lo que hizo fue reñirle por haber tenido que ir a buscarla a la escuela.

Sí, Anna-Karin sabe lo que es tener el deseo de morir. Lleva ocho años pensándolo a diario. Y desistiendo, solo porque está el abuelo. Y los animales. Y las vacaciones, entonces no tiene que bajar al centro. Y a veces, cuando se atreve a pensar tan a largo plazo, atisba el espejismo de otra vida futura, una vida en la que ella es veterinaria y puede comprarse su propia granja, en medio del bosque, lejos de Engelsfors.

—Yo creo que no sabemos casi nada de cómo lo estaba pasando ese chico —afirma el abuelo con su diplomacia habitual.

—Ya, claro, muy fácil no debía de tenerlo, con esos padres —dice la madre sin comprender lo que quiere decir el abuelo, como siempre.

Anna-Karin se pregunta a veces quién la irrita más, si el abuelo, que no es capaz de juzgar a nadie, o su madre, que juzga a todo el mundo.

—Me refiero a que Helena siempre estaba trabajando y de Krister mejor no hablar —continúa su madre—. El pez gordo municipal, cómo va a tener tiempo para algo tan mundano como su familia, ¿no? En fin, que no todo es tan perfecto como parece.

La madre no hace nada por ocultar cómo disfruta cuando les va mal a quienes ella considera «afortunados».

—Y no estoy diciendo que sea culpa de los padres, pero vamos, que siempre está la duda. Cuando vienen al mundo, los niños son como hojas en blanco. Y somos los adultos quienes las llenamos. Por ejemplo, cuando tu padre nos dejó, me dije «Anna-Karin no tendrá que…».

La madre sigue hablando, pero Anna-Karin no tiene ganas de escuchar. *Joder, si eres una bruja*, eso es lo que le gustaría gritar. *No sabes nada de la familia de Elías. Ni siquiera sabes nada de tu propia familia. No tienes derecho a decir una palabra. ¡¡¡Cierra el pico!!!*

El corazón le bombea en el pecho. De repente, se da cuenta del silencio que reina a su alrededor.

Su madre ha apagado el cigarrillo. La colilla está aplastada en forma de uve en el borde del plato, pero aún sigue humeando un poco. Se ha quedado mirando a Anna-Karin con los ojos como platos. Carraspea un poco e intenta decir algo, pero solo logra emitir un sonido sibilante.

Anna-Karin mira al abuelo de reojo. Parece preocupado.

—¿Qué pasa, Mia? ¿Te has atragantado? —le pregunta.

La madre de Anna-Karin alarga el brazo para coger el vaso de agua y toma un buen trago. Vuelve a aclararse la garganta, pero sigue incapaz de pronunciar palabra.

—¿Mamá? —dice Anna-Karin.

—He perdido la voz —les dice con gestos.

Se levanta y sale de la cocina arrastrando los pies, con el paquete de tabaco en la mano. Un instante después, se oye el televisor en la sala de estar.

El abuelo y Anna-Karin se miran atónitos. Y ella empieza a reír con una risita incontrolada.

—No tiene ninguna gracia —la reprende el abuelo, y Anna-Karin guarda silencio.

Pero sí la tiene, le gustaría decir. Tiene muchísima gracia.

Minoo escupe la espuma de la pasta de dientes, enjuaga el cepillo y se seca la boca con la toalla. Se mira al espejo y nota un escalofrío a lo largo de la espina dorsal. El cristal del espejo es duro, liso y brillante. ¿Sería capaz de quebrarlo con la mano? ¿Fue eso lo que hizo Elías?

No, tiene que dejar de pensar en eso.

Sale del baño y se dirige a su habitación. La lamparita redonda con la pantalla de color verde da una luz acogedora desde la mesita de noche. Minoo lleva pijama, bata y zapatillas. Aun así, tiene frío. Se acerca a la ventana para comprobar que está bien cerrada.

Se queda inmóvil.

Las copas de los árboles y los arbustos se mecen al viento. Ha dejado de llover. El asfalto brilla húmedo a la luz de las farolas. Uno de los arbustos arroja sobre la calle una sombra extraña.

No, se dice Minoo cayendo en la cuenta. Hay alguien ahí. En la oscuridad, fuera del haz de luz de la farola.

Echa las cortinas y mira por la estrecha rendija. Está segura. Entre las sombras hay una persona que mira hacia su casa.

La figura empieza a alejarse del edificio. Cuando alcanza el mástil de la farola siguiente y pasa por el cerco luminoso, Minoo le ve la espalda. Una sudadera negra, la capucha puesta.

Minoo se queda petrificada hasta que la figura se desvanece.

De repente, oye el crujir de unos pasos a su espalda.

Y el pánico que ha estado conteniendo todo el día estalla en ese momento. Grita aterrorizada. Cuando se da la vuelta, ve a su madre en el umbral.

—Minoo… —dice.

Y en ese momento, Minoo empieza a llorar. Un segundo después, nota el calor del abrazo, aspira el olor maternal. Llora hasta que no le quedan lágrimas.

—*Bashe azizam* —le dice su madre consolándola.

Esa noche, su madre se queda sentada en el borde de la cama hasta que Minoo se duerme.

Vanessa sueña con Elías.

La observa desde delante de los árboles muertos del patio del instituto.

Se siente triste al verlo. Elías Malmgren está muerto y en adelante se lo recordará como el chico que se quitó la vida en los servicios.

Vanessa se despierta al oír el móvil de Wille vibrando en el suelo. Mierda. Se han quedado dormidos en un colchón, en la casa de Jonte. ¿Es de noche? No resulta fácil de decir, han bajado las persianas y la habitación está en penumbra.

El teléfono de Wille sigue sonando cuando ella lo coge para comprobar qué hora es. Corta la llamada, pero no sin antes haber visto un nombre en la pantalla.

Wille se ha llevado todo el edredón, como siempre, y Vanessa se estremece de frío. Pone la mano en la cintura de Wille y nota el calor de su piel. Se mueve nervioso en sueños. Cuando duerme tiene un aspecto diferente. Es como si Vanessa pudiera verlo de niño y de anciano al mismo tiempo. Se tumba pegada a él y tira un poco del edredón para taparse.

«Linnéa W», se leía en la pantalla.

Linnéa Wallin.

La mejor amiga de Elías Malmgren.

La ex de Wille.

7

EL carro va por el camino traqueteando, inclinándose. Ella está de rodillas y por fin se ha librado del saco con que le habían cubierto la cabeza. El aire de la mañana le refresca la cara sudorosa. Echa un vistazo a la espalda arqueada del cochero, que lleva un sombrero de fieltro negro.

Se estira un poco y tironea de las cuerdas. Están demasiado apretadas.

A una orilla del camino discurre un bosque oscuro y silencioso. En la otra se extienden prados inmensos salpicados de pequeños cobertizos grises que se acurrucan bajo el cielo despejado. Brilla por el este la estrella de la mañana sobre el esplendor del horizonte que amanece.

Intenta hacer acopio de valor para saltar del carro. Pero, con el cuerpo molido y los pies encadenados, ¿llegaría muy lejos? ¿Acaso sobreviviría al golpe siquiera? Tampoco podría amortiguar la caída con las manos atadas.

Pero lo que de verdad la retiene es el sentimiento de resignación.

¿Qué vida le esperaría si lograra huir hacia el corazón del bosque?

Una vida de soledad y aislamiento. Perseguida por aquellos en quienes ella creía que podía confiar. Las traiciones de quienes le habían prometido protegerla siempre.

En el horizonte aparecerá en cualquier momento el sol rojizo.

Pronto habrán llegado a su destino.

Rebecka abre los ojos. El olor a humo le pica en la nariz, más intensamente que la mañana anterior.

Siente el suelo frío bajo los pies. Se pone los calcetines del día anterior, el sujetador de deporte, una vieja camiseta desgastada y unos pantalones de chándal. Luego sale de la habitación sin hacer ruido y cierra la puerta con cuidado.

Se asoma a la habitación de sus hermanas pequeñas. Alma y Moa aún están dormidas. Rebecka oye la respiración apacible de las dos niñas de cinco y tres años y siente un amor inmenso y ese instinto protector que siempre le inspiran sus hermanas y que elimina la pena y el temor que la embargaban en el sueño.

Una vez en la entrada se da cuenta de que no son más que las seis. Lo único que se oye son los tenues ronquidos de su madre al otro lado de la puerta cerrada del dormitorio y el zumbido entrecortado del frigorífico. En el dormitorio de sus hermanos no se oye una mosca. Rebecka se ata las zapatillas, coge del perchero la sudadera gris y sale del apartamento.

En cuanto empieza a correr escaleras abajo nota las endorfinas fluyendo por la sangre. Una vez en la calle la embarga la alegría. Hoy también hace buen tiempo. El sol arroja una luz amable sobre los tristes ladrillos de los bloques de tres plantas que hay en el barrio. Rebecka saca el mp3 desconchado del bolsillo de la sudadera y se pone los auriculares.

Va corriendo hasta el final de la calle y luego gira a la izquierda. Aumenta la velocidad. Solo siente que le gusta su cuerpo cuando corre, cuando nota la sangre fluyendo por las venas. El cuerpo se convierte en una máquina cuando quema calorías y oxígeno.

Le gustaría ver su cuerpo como Gustaf le dice que lo ve. Pero para ella, todas las superficies brillantes son como entrar en la Casa de los Espejos. Todo empezó en sexto, cuando ella y unas amigas decidieron adelgazar. Las demás abandonaron al cabo de unos días, pero Rebecka se dio cuenta de que a ella se le daba muy bien. Demasiado bien. Desde entonces no ha

transcurrido un solo día en el que no piense en qué come y cuánto corre. Hace los cálculos mentalmente varias veces al día: poco para desayunar, poco para almorzar, un poco más para cenar, a cambio de una carrera algo más larga, ¿cuántas calorías son?

La peor época fue el otoño de noveno, cuando menos comía y mejor lo ocultaba. Algunos fines de semana se zampaba bolsas enteras de golosinas y de patatas fritas para que sus padres no sospecharan. Y para compensarlo, comía menos aún la semana siguiente. Una de esas semanas se desmayó en la clase de gimnasia y el profesor la mandó a la enfermería de la escuela, donde confesó a medias que no había comido «demasiado bien». Pero habían sido solo unas semanas. Seguro. Y la enfermera la creyó. Rebecka era una chica tan sensata, no era la típica susceptible de sufrir trastornos alimentarios, según la enfermera.

El segundo cuatrimestre la cosa mejoró un poco. Y luego conoció a Gustaf. Ahora ya no pasa hambre, pero la idea sigue viva en su cabeza. Aunque el monstruo se mantenga tranquilo la mayor parte del tiempo, sigue ahí siempre, susurrando, al acecho.

El barrio de adosados se convierte en barrio de chalés. Frente a ella se extiende la colina de Olsson, donde todos los años encienden la gran hoguera de mayo. Sube corriendo la pendiente larga y empinada. Según alcanza la cima, aminora la marcha hasta que se detiene.

El corazón le late desbocado aporreándole el pecho. Le arde la cara. De repente, la música le resuena en los oídos a todo volumen. Se quita los auriculares.

Allí abajo va discurriendo el agua del canal. Y al otro lado se alza la iglesia. El cementerio. Y la casa parroquial, donde vivía Elías.

Con su habitación, ahora vacía. Con unos padres que han perdido a su hijo.

Rebecka cae en la cuenta de que verán su tumba cada vez que miren por la ventana.

De pronto nota que está llorando. ¿Cuánto rato lleva así?

No conocía a Elías, no quiere recrearse en la desgracia ajena como Ida Holmström y sus amigas. A pesar de todo, un dolor tremendo le atenaza el pecho. Porque lo que ha ocurrido es absurdo. Porque, si hubiera resistido un poco más, quizá hubiese podido ser feliz. Y por otra razón que no sabe explicar con palabras.

Se seca las lágrimas con la manga de la sudadera y se da media vuelta. Al pie de la colina hay alguien sujetando una bicicleta por el manillar. Quienquiera que sea lleva una sudadera negra y la capucha puesta, como ella, más o menos. Rebecka no le ve la cara pero *sabe* que la persona en cuestión la está mirando fijamente.

Al cabo de lo que se le antoja una eternidad, la figura de negro sube a la bicicleta y se aleja pedaleando. Rebecka aguarda unos minutos más antes de empezar a correr de vuelta a casa.

Cuando llega, Alma y Moa ya empiezan a removerse inquietas en sus camas. Pronto darán las siete y Rebecka se pone a preparar el desayuno, en silencio, para no despertar a su madre, que llegó a casa cuando amanecía, después del turno de noche en el hospital.

Rebecka pone en la mesa leche, cereales, pan y mantequilla. Desde que su padre se queda en Köping durante la semana, hay más mañanas así, y Rebecka se encarga de que Anton y Oskar vayan al colegio y Alma y Moa, a la guardería. Por lo general, sin problemas. A veces se siente como Cenicienta *antes* de la transformación. Pero ahora que no puede quitarse de la cabeza a la figura de la sudadera negra, es un placer poder dedicarse a cosas normales y corrientes.

Rebecka entra en el dormitorio de sus hermanos. Oskar arruga la nariz y gruñe cuando se extiende sobre la cama la luz del pasillo. Acaba de cumplir doce años y ese verano ha crecido y ha adelgazado bastante. Aunque aún tiene cara de niño, Rebecka puede imaginarse cómo será de mayor. A Anton, que es tres años menor, no le queda mucho para el cambio. Pero cuando los ve

dormir así, le siguen pareciendo pequeños. Indefensos.

Rebecka se dirige a la ventana y sube las persianas.

Pueden existir mil razones para que la persona de la sudadera negra estuviera al pie de la colina, mil razones, ninguna de ellas tiene por qué ser que la estuviera siguiendo. Rebecka no se cree ni una sola de esas razones.

—¿Estás segura de que quieres ir a clase? —pregunta su padre en el desayuno.

Él y Minoo están solos, su madre está en el hospital. Las voces de la emisora P1 informan sobre la situación mundial. A su madre no le gusta oír la radio por las mañanas, de modo que su padre aprovecha cuando no está.

—Cuanto más tiempo deje pasar, más difícil va a resultarme.

El padre asiente como si lo entendiera, pero no tiene ni idea. Si Minoo se quedara hoy en casa, empezarían a circular los rumores enseguida. La gente diría que se había vuelto loca. O que también se había suicidado. Y cuando volviera a clase, se la quedarían mirando unas mil veces más de lo que lo harán hoy.

—Cuanto antes, mejor —dice.

—¿Te llevo?

—No, gracias.

Su padre la mira preocupado y Minoo siente que necesita cambiar de tema.

—¿Has decidido ya si vais a escribir o no sobre el asunto?

—Esperaremos un poco a ver cómo evoluciona. Seguramente se investigará la responsabilidad del centro. Puede que los padres del chico lo exijan. Y entonces la situación será muy diferente.

Minoo se siente aliviada. En primer lugar, por razones totalmente egoístas: cuanto antes se olvide todo, antes volverá al anonimato.

Se cepilla los dientes y entra en el dormitorio para coger la mochila. Echa una ojeada a la ventana y se queda helada al pensar en la noche anterior. En la figura que vio en la calle.

Su padre la espera en el recibidor, con las manos cruzadas sobre la barriga, que le ha engordado una barbaridad en los últimos años.

—¿Estás segura de que quieres ir andando?

—Que te he dicho que sí —contesta Minoo, y se arrepiente en el acto de haber respondido tan irritada.

Se acerca a su padre y le da un abrazo.

Minoo se preocupa por él: duerme demasiado poco, trabaja demasiado y toma demasiada comida basura. El abuelo, al que ella no llegó a conocer, murió de infarto a los cincuenta y cuatro años. Su padre tiene cincuenta y tres. Su madre y él se pelean por eso de vez en cuando. Suelen llamar a esas peleas «discusiones», que mantienen acaloradamente y en voz baja, porque se supone que Minoo no debe oírlas, pero a veces su padre pierde los estribos.

—¡Deja eso para el trabajo! ¡Yo no soy uno de tus pacientes! —le grita.

Minoo lo odia cuando reacciona así. Si a él no le preocupa su salud, al menos debería cuidarse por ella y por su madre.

—Llámame si quieres algo —le dice su padre.

Minoo asiente y lo abraza de nuevo. Esta vez, un poco más fuerte.

Minoo no tiene que oír los susurros en el patio para saber que todos tratan de lo mismo: Elías. De cómo lo hizo. De quienes lo encontraron.

—Mira, ahí viene —dicen unos chicos de segundo cuando la ven pasar.

Ella se coloca bien la mochila y entra en el instituto. Baja la cabeza y trata de hacerse tan invisible como puede cuando se cuela por entre la gente agolpada en el vestíbulo de la entrada. Deben acudir todos al salón de actos, donde guardarán un minuto de silencio por Elías.

Las miradas y los susurros la siguen todo el camino. Las orejas se le van poniendo cada vez más rojas. Minoo no lo soporta. Baja corriendo las escaleras del sótano, donde está el comedor. A esa hora no hay nadie, salvo los cocineros. Encamina sus pasos hacia los servicios de chicas.

No respira tranquila hasta que no ha cerrado la puerta tras de sí. Mira el reloj. Si espera unos minutos, se mete en el salón de actos cuando la ceremonia esté a punto de empezar y se sienta al fondo, nadie debería darse cuenta.

Se acerca a uno de los espejos y se queda mirándose.

¿Como Elías, tal vez, antes de… antes de hacerlo?

Se convierte en una idea fija que se le viene a la cabeza cada vez que se mira al espejo. Cierra los ojos y los abre otra vez. Trata de verse la cara desde fuera, como la vería Max.

Si no fuera por todos esos granos asquerosos, quizá sería guapa, se dice. O por lo menos, estaría bien.

Luego le vuelve la inseguridad. ¿Cómo puede nadie pasar tanto tiempo todos los días delante del espejo y no saber cómo es?

Piensa en el rato que estuvo en el aula a solas con Max. En el calor de su mano. Vuelve a sentirlo y nota que se extiende por todo el cuerpo. ¿Por qué se marchó? ¿Qué habría ocurrido si se hubiera quedado?

Se abre la puerta y Minoo gira la cabeza. Es Linnéa.

—Hola —saluda Minoo preguntándose si no llevará escrito en la frente lo que estaba pensando.

—Hola —dice Linnéa, y entra.

Lleva unos vaqueros negros y una sudadera también negra muy larga, con capucha. Observa a Minoo de arriba abajo.

—¿Otra vez escondiéndote? —le dice con un amago de sonrisa.

Minoo debería enfadarse con Linnéa, pero no puede. Las palabras tan duras que se dijeron el día anterior no cuentan. Son demasiado banales en comparación con lo sucedido.

—¿Y si olvidamos lo que te dije ayer? —pregunta Linnéa, como si acabara de leerle el pensamiento.

—Claro. —Minoo trata de encogerse de hombros con la indiferencia suficiente. Se pregunta qué debería decirle a Linnéa—. ¿Cómo estás? —le suelta al final.

No es la pregunta más inteligente que se le puede hacer a una persona que acaba de encontrar a su mejor amigo muerto en unos servicios.

Linnéa parece ir a darle una respuesta sarcástica, pero al final se ablanda.

—No pensaba venir hoy —dice en voz baja—. Pero sentí que debía hacerlo. Por Elías.

Minoo piensa en sus razones para no quedarse en casa y se alegra de que Linnéa no la esté mirando a ella. Tiene la vista perdida en otro lugar, como si estuviera mirando dentro de sí misma. Se muerde la uña, pintada de rosa fuerte.

—Me habría gustado que lo hubiera conocido más gente —dice—. Era tan divertido. Y tan considerado.

Minoo no sabe qué decir.

—¿Vamos? —sugiere al cabo de unos instantes.

Linnéa asiente y sale antes que ella.

El vestíbulo de la entrada está desierto, solo se ve a algunos rezagados que corren hacia el salón de actos.

—¿Estás bien? —pregunta antes de entrar.

El rumor que recorre la gran sala recuerda a una colmena gigantesca.

—No —responde Linnéa con esa sonrisa suya tan afilada—. Pero yo nunca estoy bien.

8

REBECKA y Gustaf se han sentado juntos casi al final de la sala.

Prácticamente no ha cambiado desde que se construyó el instituto. Un gran salón con un suelo en pendiente que desemboca en un escenario elevado de listones de madera. El sol se filtra por los altos ventanales sucios y proyecta sombras irregulares en la pared de enfrente. Hay un micrófono en el escenario. Las hileras de bancos están llenas de gente.

Rebecka mira hacia atrás y ve que Minoo Falk Karimi y Linnéa Wallin entran sin hacer ruido y se sientan en la última fila. Les sonríe tímidamente. Linnéa no parece verla siquiera, pero Minoo le responde.

A Rebecka siempre le ha gustado Minoo, pero no es muy accesible. Le parece tan madura que siempre se siente un poco infantil y, en cierto modo, en situación de inferioridad. Además, Minoo es sistemáticamente superlista. En secundaria, durante los debates, era inexorable, capaz de exponer argumentos clarísimos, uno tras otro. Nadie que discutiera con ella tenía la menor oportunidad, ni siquiera los profesores. A veces, después del debate, Rebecka se daba cuenta de que la argumentación de Minoo presentaba ciertas lagunas. Pero cuando Minoo exponía sus razones, todo sonaba tan obvio que no cabía más que aceptarlas.

Tiene que ser estupendo ser así, piensa Rebecka. No dudar nunca de uno mismo.

—Está todo el instituto —dice Gustaf bajito.

—Es terrible —susurra Rebecka—. Ahora, de repente, a todo el mundo le importa.

—Ya, porque todos quieren demostrar que no son ellos quienes lo acosaban —responde Gustaf.

Rebecka observa la cara de Gustaf, su seriedad, el perfil recto y el pelo rubio y revuelto. Muchos creen que no es más que un jugador de fútbol guaperas, pero no lo conocen. Es inteligente, mucho más inteligente que la mayoría de las personas que Rebecka conoce, pero no en el sentido de listo para las matemáticas, sino listo para vivir. Rebecka le coge la mano cálida y seca y la aprieta con fuerza.

El rumor cesa en cuanto la directora sube al escenario.

—En este centro ha tenido lugar una tragedia —comienza.

Se oye el primer sollozo en una de las primeras filas, pero Rebecka no puede ver quién llora.

—Elías Malmgren falleció aquí, en el instituto. Su familia y sus amigos están pasando por algo terrible. Cuando una persona joven decide quitarse la vida, nos afecta a todos.

Se oyen más sollozos. Rebecka nota un vértigo repentino. El aire se vuelve denso y pesado de respirar.

—¿Rebecka? —susurra Gustaf.

La voz de la directora suena cada vez más lejana, como si estuviera hablando debajo del agua.

—Tengo que… —musita Rebecka.

Gustaf la comprende. Como siempre, él la comprende. Le ayuda a levantarse y la acompaña discretamente a la salida. Ella nota que todas las cabezas se vuelven hacia ellos, pero no le importa. Necesita aire.

Ya fuera del salón de actos siente que se le pasa el vértigo. Respira hondo.

—¿Quieres que salgamos al patio? —pregunta Gustaf—. ¿Te traigo un vaso de agua?

—Gracias —responde Rebecka, le da un abrazo y, con la nariz hundida en su cuello,

inspira el olor—. Ya me encuentro mejor. Es que estaba un poco aturdida.

—¿Has comido algo esta mañana?

—Sí —responde—. ¿Por qué lo preguntas?

No han hablado nunca de su problema, aunque Rebecka está segura de que Gustaf se lo imagina. Lo ha notado en ciertas miradas, ciertas pausas que hace como si tomara impulso para preguntar, pero al final no sabe cómo.

—Es que… como estabas mareada…

No debería enfadarse. Lo único que le demuestra con el comentario es que se preocupa por ella.

Pero ¿no podrías preguntarme directamente?, piensa. ¿No puedes preguntarme algo que llevas meses queriendo saber? ¿Será verdad lo que dicen de Rebecka? ¿Que después del almuerzo del comedor va y vomita la comida? ¿Que se mareó en clase de gimnasia a principios de noveno porque no comía nada?

¿Y por qué no puedes contárselo tú sin que te pregunte?, le dice una vocecilla interior. Es tu novio. Y os queréis.

Rebecka ya sabe la respuesta.

Tiene miedo de que la deje. Porque, ¿cómo iba a poder seguir con alguien tan rollo? Que está tan mal de la cabeza que dejó de comer, luego empezó a comer de más y a vomitar, y luego ha vuelto a no comer nada… Alguien que siempre teme volver a perder el control. A los chicos no les gustan las chicas con problemas de ansiedad. Quieren tías normales y alegres, que se rían mucho. No ha resultado nada difícil comportarse así con Gustaf, porque él la hace tan feliz… Y ese lado oscuro ha podido ocultarlo hasta ahora.

¿Por qué no iba a gustarle a él ese lado también?, le pregunta ahora la misma voz. Deja que pase y lo vea, así lo sabrás. Cuéntale lo que nunca le has contado a nadie.

Rebecka saborea las palabras. El alivio que sabe que experimentaría. Y la angustia que vendría después. Contar los secretos es hacerse vulnerable. Recuerda cuando estaba en secundaria, cómo se utilizaban los secretos cual armas arrojadizas en guerras que estallaban una y otra vez. Incluso lo más inocente se transformaba en veneno en manos de otros.

Pero Gustaf no actuaría así, ¿no?

No, conscientemente no, desde luego. Pero basta con un comentario imprudente en presencia de alguien en el campo de fútbol; si dice algo de que está preocupado por ella, por ejemplo, y enseguida se pone en marcha el carrusel de los cotilleos.

No, decide al fin. Más vale que me lo guarde. Solo así podré estar segura de que el secreto sigue siendo un secreto.

—Me temo que el desayuno ha sido más ligero de la cuenta —dice—. Salí a correr antes de desayunar, así que habría debido comer un poco más.

Así no hablaría una persona con problemas alimentarios, ¿verdad?

Gustaf parece aliviado, aunque no del todo convencido.

—Tienes que cuidarte —le aconseja—. Significas tanto para mí…

Rebecka le besa los labios, increíblemente suaves.

—Tú lo significas *todo* para mí —le susurra ella pensando que, en realidad, eso no es completamente cierto, porque claro, los demás también son importantes para ella: su madre, su padre, sus hermanos. Pero es bonito decir algo así. En cierto modo, encierra el sentimiento inmenso que le inspira Gustaf que, en el fondo, no puede expresarse con palabras.

—¿Quieres que entremos otra vez? —pregunta Gustaf.

Rebecka asiente. No se sentiría bien largándose.

Cuando entran de nuevo en la sala, ven que la directora sigue en el escenario. Ahora llora todo el mundo. Los de primero, los de segundo, los de tercero. Gente que ni siquiera sabía de la existencia de Elías. Nadie mira a Rebecka ni a Gustaf, que vuelven a ocupar su sitio.

—Ahora vamos a leer un poema y luego guardaremos un minuto de silencio por Elías —dice la directora con voz dulce—. Después saldremos al patio y arriaremos la bandera a media asta.

La directora abandona su lugar, y una figura de melena rubia que acaba de subir al escenario ocupa su puesto.

A Rebecka se le queda la boca totalmente reseca. Es Ida Holmström quien está en el escenario.

—Esa chica es increíble… —murmura Gustaf.

Pero nadie más parece reaccionar. Y claro, ¿por qué habían de hacerlo? Ida fue la representante de los alumnos en el consejo escolar y delegada de los compañeros durante toda secundaria. Una de las favoritas de los profesores.

Nadie lo obligaba *a vestir como vestía ni a maquillarse en el instituto*.

Las palabras de Ida resuenan en la cabeza de Rebecka. La joven se inclina y respira sin querer demasiado cerca del micrófono. El sonido se acopla en los altavoces y se van acallando los sollozos.

—Me llamo Ida Holmström y fui compañera de Elías durante nueve años. Era un chico estupendo y todos intentamos apoyarlo cuando se sentía mal. Su ausencia nos ha dejado un vacío. Por eso me gustaría leer este poema, en nombre de todos sus amigos.

Rebecka mira de reojo a Gustaf, que se está mordiendo la lengua de tal manera que se le han tensado las mandíbulas.

«Cuando haya muerto, amado / no entones tristes preces / ni rosas a mi lado plantes / ni umbríos cipreses.»[1]

Ida se aclara la garganta, le tiembla la voz. ¿Estará conmovida? ¿O estará fingiendo? Los sollozos se reanudan. Es un poema muy bonito, pero nada encaja tan poco como que sea Ida Holmström quien lo lea por Elías.

O sea, si tan terrible le parecía, podría haberse adaptado y haber sido un poco más normal.

Rebecka gira la cabeza discretamente y mira a Linnéa, de todas las personas que se encuentran en la sala abarrotada, tal vez la única amiga de verdad que tuvo Elías.

Linnéa no trata de ocultar el odio tan inmenso que siente. Rebecka nunca le ha visto una mirada como aquella, y enseguida se da cuenta de que ocurrirá algo.

«Sé la verde hierba sobre mí, húmeda de lluvia y de rocío. Y si quieres, recuérdame, y si quieres, olvídame.»

«Cuando haya muerto, amado / no entones tristes preces», termina de recitar Ida, y mira al público, como si esperase un aplauso. Luego añade:

—Vamos a guardar un minuto de silencio por Elías.

Y el silencio se cierne sobre los presentes, pero solo dura unos segundos. Rebecka oye a su espalda el asiento plegable que se cierra ruidosamente cuando Linnéa se levanta de golpe.

—Eres una hipócrita de mierda —dice sin levantar la voz.

Varios cientos de alumnos se vuelven a mirar con estruendo.

—Te has plantado ahí como si Elías te hubiera preocupado lo más mínimo. Tú, que te dedicabas a acosarlo como los demás.

Ida se ha quedado helada en el escenario. La directora se levanta.

—Linnéa… —comienza.

Pero Linnéa se encamina al pasillo lateral, se va acercando a la tarima y eleva la voz para acallar la de la directora:

—En octavo, Erik Forslund, Robin Zetterqvist y Kevin Månsson le cortaron el pelo a Elías… —Continúa hablando mientras se dirige resuelta al escenario, donde sigue Ida, convulsamente aferrada a la tribuna—. No le dejaron más que unos mechones y le sangraba la cabeza. ¡Y las tijeras se las diste tú, Ida! ¡Fuiste tú! ¡Yo te vi! ¡Y vosotros también, asquerosos hipócritas de mierda!

Se oyen voces de asentimiento en el fondo de la sala, donde se han sentado otros alternativos que también están indignados.

Ida se inclina hacia el micrófono.

—Es horrible que Elías sufriera aquí ese tipo de acoso —dice con voz extrañamente chillona—. Pero lo que acabas de decir no es verdad.

Todo ocurre tan rápido que nadie alcanza a reaccionar. De repente, Linnéa se planta en el escenario y empieza a caminar hacia Ida, que deja la tribuna y retrocede despacio.

—¡Linnéa! —se oye gritar a la directora, presa del pánico.

Y Rebecka piensa que va a ocurrir algo terrible. Hay que parar aquello. Hay que pararlo ya.

Un segundo después se oye un tintineo procedente del techo. La viga metálica a la que están atornillados los focos del escenario tiembla y se desploma sobre la tribuna, aterrizando en el suelo con estrépito, entre Linnéa e Ida. Fragmentos de cristal se arremolinan en el aire al estrellarse las bombillas contra el suelo.

Los altavoces emiten unos pitidos terribles y todos se tapan los oídos con las manos hasta que el conserje logra desconectar el cable. Luego se impone el silencio. Un silencio sepulcral. Todo el mundo retira las manos de las orejas. Nadie dice una palabra.

Linnéa e Ida se miran fijamente. Sin pestañear. Al final, es Ida quien pierde aquella batalla muda. Echa a correr y baja del escenario para buscar la protección de sus amigas, que se encuentran en las primeras filas.

Crece una vez más el rumor de antes. La directora trata de decirle algo a Linnéa, pero esta baja del escenario de un salto y sale corriendo hacia la salida.

Rebecka ve el polvo que sigue flotando en el aire. Los fragmentos de las bombillas esparcidos por el parqué.

He sido yo.

Es una idea absurda, pero no le cabe la menor duda. Ella ha hecho que suceda. Es imposible y, aun así, es lo que ha ocurrido. Y ha ocurrido delante de todos.

—Bueno, vamos a calmarnos —se oye la voz de la directora desde la tribuna—. Los de las primeras filas saldréis primero. Y los demás los iréis siguiendo. Nos reunimos en el patio.

Rebecka no puede dejar de mirar la viga metálica. Nunca ha creído en lo sobrenatural. Nunca se ha tomado en serio las historias de fantasmas ni los horóscopos.

Ahora no es que crea que son verdad. Es que lo *sabe*.

Anna-Karin es de las últimas en dejar el salón de actos. Estaba sentada al fondo, al fondo del todo, para que nadie se fijara en ella. Hoy era más importante que ningún otro día, puesto que se había dejado a *Peppar* en casa. O más bien, se diría que la decisión fue del propio *Peppar*. Cuando fue a cogerlo, el animal se lanzó a esconderse debajo del sofá, y allí se acurrucó hasta que ella tuvo que salir para no perder el autobús.

Anna-Karin se sintió herida y asustada.

Siempre ha tenido buena mano con los animales. La adoran. Siempre ha sido así.

Pero ahora, toda su realidad se ha desvirtuado. Piensa en *Peppar*. En su madre, que perdió la voz y todavía no la ha recuperado. En esos sueños tan extraños que tiene y en que lleva dos mañanas seguidas despertándose con el pelo oliéndole a humo. El caos que han presenciado en el escenario guarda algún tipo de relación con todo eso.

Se mueve como un autómata escaleras abajo y sale al patio. Ve por entre la multitud que el conserje se acerca al asta de la bandera. Al fondo divisa a la directora. Tiene una expresión severa.

Izan la bandera hasta lo alto y luego la bajan y la detienen a dos tercios del asta. Y ahí la dejan colgando lánguidamente.

Se quedan allí unos minutos, sin saber qué hacer. Algunos se ponen a llorar otra vez, pero resulta un poco forzado, después del drama que han presenciado en el escenario. La directora dice algo y los que se encuentran más cerca de la bandera empiezan a retirarse en grupos hacia el interior del edificio. Ha llegado el momento de la charla en cada aula, con el profesor y con los psicólogos. «Cuando ocurre algo así, es importante identificar todos los sentimientos y procesarlos», había dicho la directora en su discurso. Como si los sentimientos desagradables fueran tan fáciles de eliminar como la basura del patio.

Anna-Karin contempla la bandera.

Pobre Elías, se dice. Aunque, al menos, tenía varios amigos que eran como él.

Anna-Karin nunca ha formado parte de un grupo. Nunca le ha gustado un tipo de música concreto ni tampoco ha tenido un estilo en particular. No hay en ella ningún tipo de singularidad.

—Esa puta de Linnéa…

La voz que resuena a su derecha le resulta muy familiar. Dirige la vista hacia ese lado y ahí está Erik Forslund. A su lado se encuentran Kevin Månsson y Robin Zetterqvist. Los que atacaron a Elías con las tijeras en aquella ocasión. Y a los que Linnéa acaba de delatar delante de todo el instituto.

—Deberíamos darle una lección a esa bollera de mierda —dice Robin entre dientes.

Los otros dos asienten. Anna-Karin nota aflorar una ira repentina. Sigue mirándolos hasta que Erik Forslund se da cuenta. Anna-Karin toma conciencia de que es la primera vez, desde primaria, que Erik y ella se cruzan la mirada. Entonces aún no había aprendido a bajar la vista por dondequiera que fuese, creyendo que solo así saldría adelante en la vida.

—¿Y tú qué coño miras, puta apestosa? —gruñe Erik.

Es como si la embargara la ira de todos aquellos años. Solo que ahora no la vuelve contra sí misma por ser tan fea y tan desgraciada y tan torpe y tan gorda y tan asquerosa y tan patética. Ahora está furiosa contra Erik. Lo odia. Es una sensación muy agradable. Le recorre el cuerpo burbujeante como el ácido carbónico.

¡Méate encima!

Y en los ojos de Erik ve que está ocurriendo. Percibe en ellos un cambio. Una gran mancha oscura se extiende por sus vaqueros.

Erik mira aterrado a su alrededor. Por ahora, nadie se ha dado cuenta de lo sucedido. Aún hay tiempo de salvar la situación.

Y en ese momento aparece Ida con Julia y Felicia pisándole los talones. Ida, que acaba de sufrir una humillación tan grande delante de todo el instituto, y que ahora ve la oportunidad de desviar la atención hacia otra persona. Contempla a Erik. Baja la vista un instante y vuelve a

mirarlo a la cara. No puede reprimir una sonrisa.

—Pero chico, ¿qué has hecho? ¿Te has hecho pis en los pantalones? —exclama con fingida compasión. Lo dice lo bastante alto como para que los que están más cerca se vuelvan a mirar. La gente empieza a reírse. Una de esas carcajadas liberadoras, justo lo que todos necesitaban.

—¡Joder! —se oye una voz.

Anna-Karin registra cada instante al ver cumplido uno de sus sueños más secretos. Erik mira a Robin y a Kevin desesperado, pero ellos también se ríen, tan burlones como los demás. En su desesperación, vuelve una vez más la vista hacia Anna-Karin.

—Erik el meón —dice ella tranquilamente.

Erik echa a correr. A cada zancada que da oye el chapoteo en los zapatos. Anna-Karin lo sigue con un sentimiento de triunfo en la mirada. Es como si mil coros de ángeles se hubiesen arrancado a entonar un canto.

Lleva toda la vida oyendo las historias de fantasmas y de fenómenos sobrenaturales que le cuenta el abuelo. Varillas de zahorí, el tambor de los lapones y el viejo capaz de detener el flujo de la sangre. ¿Por qué no iba a poder ocurrirle a ella? ¿Quién merece ese poder mágico más que ella, precisamente, Anna-Karin Nieminen? La víctima permanente del acoso escolar. ¿No respondería eso a una justicia perfecta?

9

VANESSA se desnuda despacio, prenda tras prenda. Se le ve el cuerpo incandescente al resplandor de la hoguera. Lucky lanza un silbido de admiración y Wille le da un golpe en el brazo, algo más fuerte de lo necesario. Vanessa sonríe.

Dios, cómo le gusta estar borracha. Desaparecen las aristas y los problemas se vuelven insignificantes. Aquella cosa tan extraña que había ocurrido delante del espejo, y lo que pasó en casa de Jonte, carece por completo de importancia. Que Linnéa Wallin haya llamado a Wille carece por completo de importancia. Pronto todo carecerá de importancia. Dentro de dos años será mayor de edad. Y dentro de tres, habrá terminado el instituto. Entonces cogerá un coche, dejará la ciudad y no mirará una sola vez por el retrovisor. Y hasta entonces, piensa disfrutar de la vida todo lo que pueda.

Vanessa se ha quedado en bragas y sujetador. Coge la botella de absenta y refresco de cola que Wille tiene en la mano y da varios tragos generosos. Empieza a bailar despacio, como si estuviera oyendo en la cabeza una melodía *sexy* y no pudiera contener las ganas de moverse a su ritmo. Le gustaría que Michelle y Evelina estuvieran allí pero, por otro lado, está bastante bien ser la única chica.

—Joder, no tienes que dar un espectáculo porno —protesta Wille.

Ella no le hace caso y se vuelve hacia los demás.

—¿Alguien tiene un cigarro?

Los cinco empiezan a rebuscarse en los bolsillos. Mehmet, un chico guapo aunque bajito, le ofrece uno encendido. Al cogerlo, Vanessa le roza los dedos como por casualidad. El chico sonríe nervioso y ella casi puede oír cómo se empalma.

—¿Es que no va a venir Jonte? —pregunta Lucky sin apartar la vista de Vanessa.

—No tenía ganas —refunfuña Wille.

—Mejor —responde Vanessa—. Estoy *más que* harta de Jonte.

Risas dispersas de los chicos. Wille parece irritado.

—Bueno, yo pienso bañarme —dice Vanessa dirigiéndose al agua.

La luna llena brilla como un foco enorme sobre el lago. Las noches son ahora de una oscuridad otoñal de boca de lobo, y el aire huele a tierra y a bosque repleto de setas.

Vanessa tira el cigarrillo, que se apaga con un ruido sibilante al caer en la superficie. Luego se quita las bragas y el sujetador, los deja caer en la orilla y mete el pie en el agua. Está más fría de lo que había calculado, pero continúa adentrándose en el lago. Cuando el agua le llega por la cintura, se sumerge entera.

El lago la envuelve. El frío que nota en la cara le despeja la cabeza, y da unas brazadas. Allí abajo todo está negro y silencioso. El agua le acaricia el cuerpo mientras se desliza hacia la superficie y la atraviesa.

Vanessa respira hondo. Se sacude el agua y se pasa los dedos por el pelo para alisarlo. Luego mira hacia la orilla. El fuego forma una mancha de luz diminuta en medio de la oscuridad circundante. El bosque es una masa compacta que se mueve despacio al amor del viento.

La camiseta blanca de Wille brilla en la oscuridad mientras él baja al borde del agua.

—¡Ven aquí! —le grita Wille.

—¡No, mejor ven tú! —le responde ella espantando los mosquitos que le zumban alrededor.

—¡Y una mierda, con lo fría que está!

Vanessa no responde, se sumerge otra vez. Su cuerpo ya se ha habituado al frío. Da volteretas, gira y gira hasta que no sabe distinguir qué es arriba y qué es abajo. Cuando se le agota el aire de los pulmones, enfila la superficie y casi le entra el pánico poco antes de alcanzarla. Estaba más al fondo de lo que creía. Vuelve a mirar la orilla.

Wille ya se lo ha quitado todo, menos los calzoncillos, y el agua le llega por las rodillas.

—¡Jooooder! —ruge protestando, y Vanessa se ríe.

—¡Eres un blando! —le grita ella.

Wille se adentra un poco más, hasta que el agua le llega por los hombros, sin dejar de maldecir.

—Luego estarás super a gusto, te lo prometo —le dice ella, provocadora.

—Ya, a ti te gusta prometer cosas que no puedes cumplir.

Y entonces Vanessa piensa en Linnéa. En que Wille le había prometido no volver a tener contacto con ella.

En realidad, no es celosa. Solo cuando se trata de Linnéa. Porque sabe que fue ella la que le dio puerta a Wille. De no ser por eso, tal vez seguirían juntos. Pero Vanessa no piensa decirle nada de la llamada telefónica. Se niega a demostrar que Linnéa le infunde inseguridad. Además, desprecia a las chicas que husmean en el móvil del novio.

Wille nada con grandes brazadas. Ya puede distinguir sus rasgos. Acaba de alcanzarla y la abraza. Los dos tienen la cara mojada, se acercan y ella lo besa. Sus cuerpos se frotan suavemente bajo el agua.

—Eres tan *sexy*… —le susurra Wille con ese tono de voz que sabe calentarla por dentro.

—Pues anda que tú… —susurra ella a su vez, deslizando un dedo por el interior de los calzoncillos—. Ve a buscar una manta.

—¿Al sitio de siempre? —pregunta Wille sonriendo como embriagado.

Ella asiente, y se besan otra vez.

—Date prisa —le advierte, antes de dar unas patadas en el agua y varias brazadas de espalda.

Wille suele meterse con ella porque siempre tiene ganas de acostarse, pero, por supuesto, Vanessa sabe que a él le encanta que sea así. Cree que es por él, que es tan increíblemente bueno en la cama que por eso ella siempre quiere. Pero a Vanessa siempre le ha encantado el sexo. Incluso la primera vez que, según dice todo el mundo, iba a doler tanto. El sexo es como estar borracho. La hace olvidar todo aquello en lo que no quiere pensar. La hace sentirse como el centro del universo.

Vanessa se estremece al salir del agua. El cuerpo le pesa una vez en tierra, fuera del agua. El efecto del alcohol no se le ha pasado tanto como creía. Se tambalea al agacharse a recoger la ropa interior y se la pone.

Levanta la vista y vuelve a fijarse en la luna. Está de color rojo sangre. Jamás ha visto nada igual.

Wille la espera tumbado en la manta cuando ella llega al bosquecillo. Su lugar secreto.

—¿Has visto la luna? —pregunta Vanessa.

Wille no responde, simplemente da una palmadita en la manta, a su lado. Ella se tumba y él se le echa encima enseguida. El mundo entero se balancea de pronto.

—No me encuentro bien —le dice ella apartándolo.

Un instante de vértigo y al momento siente que algo se apodera de su cuerpo. Se incorpora, pero no ha sido ella.

—¿Pero qué haces? —pregunta Wille como de lejos.

Vanessa vuelve a sentir vértigo. Lo ve todo desvirtuado. Es como mirar por el lado contrario de unos prismáticos. Nota que su cuerpo se levanta y se hace con la manta de un tirón tan fuerte que Wille sale rodando. Luego se envuelve con ella y se aleja caminando. Sus pies la guían perfectamente, a pesar de la oscuridad y de que el terreno está plagado de piedras y baches. Siente las piernas bien firmes.

Wille la coge por el hombro y hace que se dé media vuelta para verle la cara. Parece preocupado, y ella quiere tranquilizarlo, pero no puede pronunciar una sola palabra. Se suelta y echa a andar en plena noche. En algún lugar cercano grazna un cuervo.

—¡Vale, tía, pues nada! —grita Wille a su espalda.

Esta debe de ser la peor cogorza de mi vida, piensa Vanessa.

Anna-Karin está en su cuarto, delante del ordenador. Tiene la vista fija en la pantalla, en la conversación que está teniendo lugar.

Cuando estaba en primaria, se creó un perfil en una de las páginas más populares. Hoy, al pensar en ello, se indigna consigo misma, ¿cómo pudo ser tan tonta y creer que conseguiría amigos aunque fuera por esa vía? Como es lógico, ellos la encontraron. Ida y Erik Forslund le sonsacaron la contraseña. Jamás olvidará las fotos que colgaron allí. Ni las cosas que escribieron.

Aquel perfil sigue activo. Ellos cambiaron la contraseña para que Anna-Karin no pudiera entrar y borrar la cuenta. A veces entra a mirar para recordarse a sí misma que nunca debe confiar en nadie. Es como la costra de una herida que no puede dejar de rascarse.

Más de una vez entra en diversos blogs donde la gente cuenta su vida. Gente que piensa que lo que han cenado ese día o qué ropa se han puesto es tan importante que tienen que comunicárselo a todo el mundo.

A veces, cuando alguien se queja demasiado de sus problemas inexistentes, se indigna tanto que tiene que escribir algo con saña. Luego se queda despierta durante horas, aterrada ante la idea de que el propietario del blog logre dar con su pista.

Ahora está en el blog de Evelina, la amiga de Vanessa Dahl. En la última entrada ha escrito lo tristísimo que es que un chico de su mismo curso se haya quitado la vida. En la entrada siguiente, ha puesto una foto suya con Jari Mäkinen. Tienen las caras tan pegadas que les tuvo que doler. Evelina parece subida a la espalda de Jari y sujeta a él. Se parece a una de las negras guapas que salen en los vídeos de hip-hop, piensa Anna-Karin.

MI AMIGO JARI Y YO ……….….…, 2 HOT 4 SCHOOL?????: P

Anna-Karin nota que le arden las mejillas por la luz de la pantalla. Evelina es tan pava, siempre anda detrás de los chicos de tercero. Aun así, no hay cosa que Anna-Karin desee más que ser Evelina precisamente en esa foto.

A solas y encerrada en su habitación, sin que nadie la vea, examina cada píxel de la cara de Jari. Así lleva años mirándolo. Mirándolo, observándolo, contemplándolo cuando estaba convencida de que nadie la veía. El padre de Jari ayuda de cuando en cuando en la granja al abuelo y a su madre, y cuando Jari era pequeño, a veces lo acompañaba. Entonces Anna-Karin se encerraba en su habitación hasta que se iban.

Anna-Karin está a punto de escribirle una maldad a Evelina en el campo de los comentarios cuando nota un hormigueo en las piernas, como si se le hubieran dormido.

Un segundo después, se levanta con tanto ímpetu que la silla sale rodando al otro lado de la habitación.

No he sido yo, piensa aterrorizada. No he sido yo.

Cuando se despierta, Minoo se encuentra en el jardín, en pijama.

Lleva puestas las zapatillas. Lo último que recuerda es que estaba estudiando en la cama. Debió de quedarse dormida.

El pánico empieza a brotarle en el cuerpo cuando nota que los pies echan a andar por sí solos. Cruza el jardín y sale a la calle.

¿Será un sueño? No. Está segura de que no. Trata de detenerse, de retroceder, de darse la vuelta, de correr en dirección contraria. Pero su cuerpo se mueve implacable hacia delante.

Las calles están desiertas. Reina el silencio en la noche. Lo único que se oye es el ruido de las suelas de goma sobre el asfalto y su respiración. Intenta gritar, pero solo consigue emitir un débil lamento.

Es raro esforzarse por pensar de forma lógica en una situación tan extraña, pero es lo único que Minoo es capaz de hacer para que el pánico no se transforme en una especie de locura. Intenta recordar si ha leído algún libro sobre algo parecido, pero las ideas discurren por derroteros que la asustan más aún. Locura. Obsesión.

Al final, trata de no pensar en absoluto.

Minoo llega a la carretera nacional y ve que un camión se acerca tronando por la izquierda. Su cuerpo ni siquiera aminora el paso, sino que sale derecho a la carretera. El camión toca el claxon. Minoo grita por dentro. La tierra le vibra bajo los pies, que continúan su obstinado avance. Ella se prepara para el instante en que su cuerpo recibe el impacto, queda aplastado y extendido por la calzada.

Pero ese instante no se produce.

No es capaz de determinar si es el monstruo de metal o tan solo el viento lo que le roza la espalda. El camión toca el claxon desesperadamente sin aminorar la marcha, pero Minoo está a buen recaudo, al otro lado de la carretera.

Sus pies empiezan a trepar por el empinado terraplén que se extiende junto a la carretera. Se resbala sobre la hierba húmeda y se le escapa una zapatilla. Nota la tierra fría bajo los pies mientras continúa hacia arriba. La luna brilla en el cielo negro. Es de un rojo sobrenatural.

No puede ser, piensa.

Cuando alcanza la cima, comienza a seguir las vías del tren. Al cabo de un rato, pierde la otra zapatilla.

El bosque se adensa en torno a las vías. El resplandor de la luna brilla intensamente iluminando los raíles. Minoo piensa que es extraño que la luna sea roja, pero que brille como siempre.

Afina el oído por si se acercara un tren.

El ferrocarril apenas se usa por la noche, pero a veces pasan largos trenes de mercancías que se oyen desde su casa.

Atisba un riachuelo susurrante y el viejo sendero de gravilla. Casi nadie lo usa desde que construyeron la carretera por el centro de Engelsfors. Tan solo algunas personas que van a recoger setas o a montar a caballo lo frecuentan.

De repente, Minoo cambia de dirección. Baja deslizándose por el terraplén que hay al otro lado de la vía hasta el sendero. Siente las piernas extenuadas, pero siguen caminando.

Se le clava la gravilla en las plantas de los pies. En algún lugar, sobre su cabeza, se oye el azote de las ráfagas de viento. A lo lejos divisa Kärrgruvan, el teatro al aire libre, cerrado desde hace mucho. La cerca de rejilla metálica que rodea la zona está rota por varios sitios. Los altos arbustos, que antes podaban con formas llenas de imaginación, han crecido libremente.

Minoo atraviesa el arco de la puerta coronado por un letrero que dice

«KÄRRGRUVAN», y pasa por delante de la vieja taquilla, cerrada con listones claveteados alrededor de la ventanilla. Ve la pista de baile circular, cuyo tejado puntiagudo le recuerda a la carpa de un circo. Más allá hay una caseta desportillada de color rojo con una ventanilla cerrada. Encima se lee «SALCHICHAS», en grandes letras blancas.

Curiosamente, aquel lugar se le antoja más desierto y amenazador cuando piensa que hubo un tiempo en que estaba lleno de vida, de risas y de expectativas.

Pero no está abandonado del todo, acaba de verlo.

Hay alguien entre las sombras, junto a la pista de baile.

Los pies de Minoo se paran en seco. La figura se aparta de las sombras y adquiere una forma concreta. Minoo la reconoce enseguida.

Es el conserje del instituto.

10

—ME llamo Nicolaus —dice el conserje con voz solemne.

Lleva un traje negro algo anticuado, camisa blanca, una corbata de rayas rojas y azules y zapatos recién lustrados. Como si se hubiera vestido de gala.

—Bienvenida, oh tú, la Elegida —continúa—. ¡Tú, que has acudido a este lugar sagrado la noche en que la luna se ha teñido de rojo!

Alza las manos al cielo. Minoo descubre que ha recuperado el control del cuerpo cuando, instintivamente, da un paso atrás.

Está claro que este hombre está loco de atar, ahora casi aúlla:

—¡La profecía se ha cumplido!

—¿Perdón?

El conserje sigue salmodiando sin tomar nota de su pregunta.

—Nos han arrancado del sueño. ¡Y ahora se nos abren los ojos! ¡Pronto asistiremos al instante en que se cumplirá nuestro destino!

Nicolaus observa a Minoo esperanzado.

—Debes de haberte equivocado de persona —dice ella en voz baja.

Él le clava la mirada.

—Dime, ¿has venido por voluntad propia? ¿O te ha guiado hasta aquí una fuerza misteriosa que supera la razón humana?

Minoo no sabe qué decir. ¿Cómo puede estar enterado el conserje?

Nicolaus asiente satisfecho.

—Pero ¿quién eres tú, en realidad?

—Mi nombre es Nicolaus Elingius. Soy tu guía. Tú eres la Elegida.

—¿Elegida, para qué? —pregunta Minoo.

—Aún no lo sé —responde Nicolaus con impaciencia.

—Vamos que, en el fondo, no sabes más que yo acerca de lo que está ocurriendo, ¿no?

La duda asoma a la mirada del conserje.

—No. Quiero decir… Debemos tener paciencia. Estoy tratando de aprehender los recuerdos, pero es como atrapar con la mano un rayo de sol. Como el cordero recién nacido que abre los ojos a la luz, que lo ciega, también nosotros…

—Pues yo me voy a casa —ataja Minoo.

Nicolaus la manda callar. Ahora tiene la mirada fija en un punto detrás de Minoo. Un viento gélido se abre paso por debajo de la chaqueta del pijama.

—Hay alguien rezagado en las sombras —dice Nicolaus.

Minoo piensa en la figura que vio bajo el resplandor de la farola y se estremece.

De pronto, oye el crujir de la gravilla a la entrada del parque del teatro, resuena bajo los pies de alguien. Se da la vuelta despacio.

En un primer momento, Minoo no la reconoce. Vanessa tiene el pelo mojado y pegado al cuero cabelludo. El maquillaje de aquellos ojos castaños, que siempre lleva perfecto, se le ha corrido por las mejillas. Va envuelta en una manta de lana de color gris y, con gesto de irritación, se retira unas hojas que se le han quedado prendidas en los rizos. Minoo atisba bajo la manta las bragas con estampado de leopardo y el sujetador a juego.

—No comprendo… —balbucea Nicolaus contemplando a Vanessa con horror.

—¿Qué está pasando y quién coño eres tú? —pregunta Vanessa.

Es obvio que quiere ocultar que está muerta de miedo.

—Yo soy Nicolaus. El guía que va a… guiar. A la Elegida —añade con la escasa autoridad que es capaz de demostrar.

Vanessa se balancea un poco para mantener el equilibrio. Debe de estar borracha. ¿Por qué, si no, iba a andar por el bosque medio desnuda?

—Espera, ahora caigo —dice Vanessa—. Tú eres el repulsivo del conserje.

Nicolaus responde con una mueca.

—Sí, también soy el conserje —asegura.

Vanessa mira a Minoo, como si acabara de darse cuenta de que ella también está presente.

—¿Qué habéis venido a hacer aquí?

Minoo se siente ridícula al darse cuenta de que le duele que Vanessa la asocie con Nicolaus. Ella se encuentra en la misma situación, ¿es que no se ha dado cuenta?

A Vanessa se le desliza la manta de los hombros y el sujetador queda a la vista.

—Hija mía, ¡cúbrete! —grita Nicolaus espantado.

—¡Pues deja de mirar, so pervertido! —exclama entre dientes Vanessa tapándose otra vez con la manta.

El hombre retrocede con una expresión de asombro.

—Nadie siente más respeto que yo por un sexo debidamente cubierto… Pero, responde solo a una pregunta, ¿has venido aquí por voluntad propia? ¿O acaso te ha guiado una fuerza misteriosa y de gran poder? ¿Algo que supera la razón humana?

La misma pregunta, pero formulada de un modo distinto, piensa Minoo. Se da perfecta cuenta de que Nicolaus espera que diga no.

—Si has sido tú, te mato —dice Vanessa.

Nicolaus queda presa del desánimo.

—A mí me ha pasado lo mismo —le dice Minoo a Vanessa—. Ha sido como si algo se hubiese apoderado de mí.

De nuevo se oye el crujido de la grava en la entrada.

Vanessa y Minoo se vuelven a mirar.

Es Anna-Karin. Lleva un camisón de franela con el borde desgarrado. Tiene los pies cubiertos de tierra y de barro y Dios sabe qué más. Sigue avanzando por el terraplén. Va jadeando angustiada y tiene las mejillas encendidas por el esfuerzo.

Es Anna-Karin, sí, pero al mismo tiempo no lo es. Parece muy animada, Minoo nunca la había visto así.

Nicolaus tiene los ojos como platos.

—¡Que Dios me ayude! —exclama en un susurro—. Son tres.

—Cuatro —corrige Vanessa señalando a Rebecka Mohlin, que aparece detrás de Anna-Karin.

Rebecka lleva pantalón de chándal y un forro polar. Se coloca encogida junto a las demás, mirándolas de reojo.

Minoo nota que algo le roza el brazo y se vuelve con un gritito patético. Detrás de ella está Linnéa. Aún lleva la sudadera negra. Tiene los ojos inyectados en sangre y la mirada nerviosa.

—Minoo, ¿qué está pasando? —pregunta—. ¿Está sucediendo de verdad?

—Eso parece —responde Minoo.

—Creo que estoy flipando… —susurra mirando con el rabillo del ojo a Vanessa y a

Nicolaus.

—No estás flipando…

Linnéa no le hace caso. De pronto, ve algo detrás de Minoo y se aferra con fuerza a su brazo.

Minoo gira la cabeza y ve que Ida Holmström camina hacia ellas. Lleva la melena rubia suelta sobre los hombros, y el camisón blanco de encaje va aleteando al ritmo de sus pasos. Parece sacada de una película de terror antigua en blanco y negro. El corazón de plata que lleva colgado lanza un destello. Tiene la mirada vacía como la de un zombi.

Minoo observa a Nicolaus, que está salmodiando algo muy bajito al tiempo que se mesa el cabello abundante y canoso.

—¡Solo tenía que haber una! —declara a voz en grito—. Así está escrito. La Elegida llegará caminando hasta el Lugar Sagrado al resplandor de la luna de sangre. Y allí debía encontrarme con ella y guiarla… —Su letanía se convierte en un susurro—. Solo puede ser una de vosotras. ¿Cómo voy a saber ahora…?

Guarda silencio y Minoo comprende que alguien tiene que empezar a formular las preguntas adecuadas.

—¿Todas habéis llegado aquí como robots teledirigidos?

El silencio que sigue a su pregunta es bastante elocuente. Minoo siente un alivio inmenso. No importa lo que esté ocurriendo, ahora sabe que ella no es la única.

—Vale, en ese caso, todas nosotras «hemos llegado caminando al resplandor de la luna de sangre».

—Espera… —interrumpe Nicolaus.

El conserje habla con esfuerzo, como jadeando. Minoo ve perfectamente cómo trata de combatir la nebulosa que le domina el cerebro. De repente, surgen las palabras de sus labios.

—Existe una razón por la que se nos ha arrancado de nuestro sueño. La Elegida debe dirigir la lucha contra el mal, y yo debo guiarla. La Elegida posee fuerzas inauditas y solo *ella* puede salvarnos a todos de la destrucción.

Anna-Karin se aparta un mechón de pelo de la cara y mira fijamente a Nicolaus.

—Ya podéis iros a casa —dice tranquilamente—. La Elegida soy yo.

Todas las miradas se vuelven hacia ella y le late el corazón tan fuerte que cree que le va a estallar en el pecho. Nicolaus acaba de hablar del mal y de la destrucción, pero a ella la asusta *más* hablar delante de estas chicas. Aunque ahora tiene que ser valiente. Sabe que lo que acaba de decir es verdad.

—Puedo obligar a otros a hacer cosas. Me ocurrió ayer, y hoy ha vuelto a pasar —dice, y nota que está hablando demasiado deprisa y que ha sonado ridículo.

—Yo creo que alguien debería llamar al psiquiátrico —dice Ida soltando una risita forzada.

Espera que las demás la secunden, pero nadie se ríe con ella. Nadie se ríe de Anna-Karin. Solo Ida. La cerda, la muy cerda de Ida.

Y vuelve a ocurrir. El miedo se apaga y el odio puro hace acto de presencia, un odio terriblemente duro e intenso. La Elegida. Ya les enseñará ella.

DI LA VERDAD, le ordena. *DI LA VERDAD, DI POR QUÉ HAS LEÍDO HOY ESE POEMA EN EL SALÓN DE ACTOS*.

Ida palidece, la boca empieza a moverse. Intenta cerrar los labios, retener las palabras, pero surgen de su garganta como si las vomitara.

—He leído el poema para que todos creyeran que Elías me importaba. Pero no es así, y pienso que lo mejor es que la gente como Elías se suicide.

Minoo y Rebecka agarran a tiempo a Linnéa, antes de que se abalance sobre Ida.

—Yo no quería… —susurra Ida llevándose la mano a la garganta. Mira a Anna-Karin—. ¡Tú me has obligado a decirlo, friki de mierda!

—¡Tú! —exclama Nicolaus aliviado dirigiéndose a Anna-Karin—. ¡Tú eres la Elegida!

—Perdona que te diga —dice Vanessa—. Pero yo el otro día me volví invisible.

Anna-Karin se enfada otra vez. ¿No comprende Vanessa que ya es tarde? Ahora le toca a ella ser el centro de atención.

—No lo hice a propósito —continúa Vanessa—. Simplemente, sucedió. Dos veces.

Nicolaus la mira aterrado. Todavía no puede decirle que se vaya.

—Pues… Yo no sé explicarlo —dice Rebecka despacio—. Pero el accidente de hoy en el salón de actos… Lo he provocado yo.

A Anna-Karin le resulta más difícil enfadarse con Rebecka, puesto que ella sí le cae bien.

—¿Vosotras habéis notado alguna otra cosa extraña? —pregunta Minoo—. Bueno, aparte del hecho de que estemos aquí, claro. —Nadie responde, de modo que continúa—: Yo soñé que estaba encerrada en una especie de mazmorra, como de otra época. Y en el sueño siguiente, iba en un carruaje. Y cuando me desperté, el pelo me olía a…

—… a humo —la interrumpe Linnéa.

—Pero, por lo demás, no he notado nada extraordinario —añade Minoo en un susurro.

Minoo está acostumbrada a ser la mejor en todo, y Anna-Karin advierte que se siente decepcionada por no poseer ninguna capacidad fuera de lo común. Seguramente cree que puede ocultarlo, pero Anna-Karin la está viendo por dentro. Es experta en eso. Cuando siempre estás en la sombra, te conviertes en un observador muy atento.

—Yo tampoco —reconoce Linnéa.

Todas miran a Ida.

Por favor, que ella no tenga ningún poder, ruega Anna-Karin para sus adentros. Si lo tiene es que no hay justicia.

—Yo me largo —dice Ida.

—Espera —intenta retenerla Rebecka.

—Pues no, no pienso esperar. ¡No pienso participar en esto! No quiero tener nada que ver con vosotras, ¡víctimas de mierda!

—¿Tú no has tenido ningún sueño raro? —pregunta Rebecka.

Anna-Karin no comprende por qué Rebecka pierde el tiempo con Ida. Allí nadie quiere tener nada que ver con ella.

—¡Puede que sí! —responde Ida con voz chillona. De repente, se le endurece la mirada—. Rebecka, todavía podemos ser amigas, si te vienes conmigo *ahora…*

Rebecka no lo duda ni un instante.

—Yo pienso quedarme —responde.

—Pues espera y verás cuando se lo cuente a Ge —dice Ida, y echa a andar.

Pero no llega muy lejos.

Parece una escena de una película de dibujos animados, piensa Rebecka. Ida se detiene con un pie en el aire, como si se hubiera dado con una pared. Rebecka oye perfectamente el *boooooing*, como cuando el lobo de los dibujos se estrella en plena carrera contra una puerta pintada en la viñeta. Casi espera ver las estrellas alrededor de la cabeza de Ida.

Esta pierde el equilibrio y se queda de pie, aún dándoles la espalda.

—¿Ida? —la llama Rebecka.

Ida no responde. Se ha quedado totalmente inmóvil.

Y luego, todo lo contrario.

El cuerpo de Ida se ve arrastrado hacia ellas. Se ha quedado suspendida en el aire, a unos centímetros del suelo, sujeta por una mano invisible. Los dedos de los pies rozan la grava mientras ella se mueve en el aire.

Rebecka da un paso y se acerca a Minoo. Vanessa está asustada y Linnéa retrocede unos metros. Anna-Karin se aproxima con cautela a Nicolaus.

Han formado un círculo más o menos definido en cuyo centro está levitando Ida.

Le cuelga la cabeza floja sobre el pecho y tiene la cara totalmente relajada. De la boca entreabierta exhala humo, como si en el punto en que ella está flotando hiciera mucho frío. Todo queda en silencio. Un escalofrío extraño recorre el cuerpo de Rebecka. Se le eriza la piel y se le pone el vello de punta. Parece que el aire se hubiera vuelto eléctrico.

Ida levanta la cabeza despacio.

No, piensa Rebecka. *Alguien* o *algo* le ha levantado la cabeza.

Un hilillo de mucosidad blanquecina le cae de la comisura de los labios y sigue discurriendo por la barbilla. Se queda colgando. Unas gotas se estrellan contra el suelo. La boca se cierra. Se le abren los ojos. Tiene las pupilas dilatadas y mira ciega hacia delante. Aun así, Rebecka siente que la está viendo por dentro, que en su interior hay cosas que ni ella misma conoce.

—No tengáis miedo. Os encontráis en un lugar protegido.

Es la voz de Ida pero, al mismo tiempo, no lo es. Es dulce y cálida.

—Aquí no os encontrará el enemigo. Solo aquí estáis seguras. Solo aquí podéis reuniros. Debéis ocultar vuestra amistad a todo el mundo.

—¿También en el instituto? —pregunta Anna-Karin.

La cara de Ida se retuerce en una mueca.

—Sobre todo en el instituto. Es el corazón del mal.

—Claro, ya lo sabía yo —susurra Linnéa.

Ida mira a su alrededor.

—El círculo lo forman siete —dice Ida—. Falta uno de vosotros. —Una única lágrima le corre por la mejilla—. Cuando se complete, habrá empezado la lucha.

—¿Y quién falta? —pregunta Nicolaus.

—Elías —responde Linnéa en un susurro.

Ida asiente. Nicolaus parece emocionado y Rebecka cree comprender cómo se siente. Falta una pieza. El rompecabezas nunca estará completo.

—Si el mal vence, las llamas consumirán el mundo —anuncia Ida—. No podéis permitiros el lujo de dudar. El mal se halla más cerca de lo que imagináis. Os está buscando. Tenéis que ejercitaros en vuestro nuevo poder, ser más fuertes estando juntas. Os necesitáis.

Rebecka cree oír susurros procedentes del bosque. Como la confirmación de seres invisibles que las rodearan. Un segundo después, Ida clava la vista en Rebecka y una voz empieza a resonarle en la cabeza, un susurro cálido y amable.

Tú tienes que guiarlas, Rebecka. No les va a gustar, pero te necesitan. Es tu cometido estrechar el vínculo entre vosotras. Pero nadie debe saber que yo te he encomendado esa misión, será nuestro secreto, ¿comprendes?

Rebecka no puede hacer otra cosa que asentir. Ida le dedica una mirada de aprobación y se vuelve hacia las demás.

—Tened confianza mutua. Confiad en Nicolaus. Pronto empezará a recordar más cosas y os será de ayuda —dice en voz alta.

Ida se vuelve hacia Nicolaus con el semblante triste. Tiene los ojos de un azul hielo empañados por el llanto.

—No confiéis en ninguna otra persona —continúa Ida—. Ni en vuestros padres y hermanos. Ni en los amigos. Ni siquiera en la persona a la que más queráis. Y recordadlo: el Círculo es la respuesta.

Ida desciende hasta el suelo y Minoo se le acerca corriendo. Rebecka y las demás la siguen. Todas se agrupan a su alrededor.

—¿Quién eres tú? —pregunta Minoo.

—Yo soy vosotras. Vosotras sois yo. El Círculo es la respuesta.

—¿Cuál es el mal contra el que debemos luchar?

No responde. Ida parpadea brevemente y la presencia extraña abandona su cuerpo. Se queda totalmente inmóvil. Un leve aroma a humo queda suspendido en el aire.

—¿Está… está muerta? —pregunta Vanessa.

Minoo le pone a Ida los dedos en el cuello con delicadeza, para comprobar si tiene pulso.

—Está viva.

—O sea, que es posible —dice Nicolaus—. Vosotras sois la Elegida. Todas lo sois.

Rebecka mira a las demás. Seis personas que no tienen nada en común se han visto vinculadas por algo superior e inexplicable. De repente, se le antoja totalmente normal que se encuentren allí, juntas. Como si esa hubiera sido la idea desde siempre.

Ida abre los ojos y las mira.

—¿Cómo estás? —pregunta Rebecka preocupada.

—Si no dejáis que me vaya ahora mismo, empezaré a gritar —responde Ida.

11

NO había espacio para todas en el viejo Fiat color mostaza de Nicolaus. Puesto que Rebecka y Minoo viven más cerca que las demás, se ofrecieron a ir a pie.

Minoo va mirando a Rebecka de reojo. Ninguna de las dos ha dicho una palabra desde que se marcharon de Kärrgruvan. El silencio empieza a pesarles.

A menos que sean figuraciones suyas. A veces es difícil distinguir la fantasía de la realidad. Pequeñas señales, casi insignificantes, se magnifican en su cabeza tan fácilmente…

En el instituto nunca tiene miedo de levantar la mano, porque allí sabe de lo que habla. En cambio ahora que está sola con una chica guapa y tan popular como Rebecka se ha quedado muda.

No debería ser difícil encontrar algún tema de conversación, con todo lo que había ocurrido durante la noche. Pero cuanto más se devana los sesos en busca de algo que decir, más se bloquea. Todo suena tan ridículo, tan increíblemente simple. ¿Cómo lo hacen las demás, las que hablan sin parar y sin importarles si la mayor parte de lo que dicen es totalmente absurdo?

—Espero que no nos crucemos con nadie conocido —dice Rebecka.

Minoo asiente, aliviada de que se rompa el silencio.

—Pues sí. Suerte que no es fin de semana. Tampoco es que entonces haya mucha gente en la calle, pero el riesgo habría sido mayor. Ahora debería estar tranquila la cosa, todavía es muy temprano y casi todo el mundo estará durmiendo. En todo caso, alguien que haya salido a pasear al perro…

Minoo querría darse de tortas. Típico. Primero no es capaz de abrir la boca porque tiene que repasarlo todo antes mentalmente. Y luego se quita el filtro y suelta cualquier cosa que se le viene a la cabeza.

—Sí, claro, eso sí —dice Rebecka con una sonrisa.

Ya han llegado a la carretera nacional. Minoo se cerciora de que no viene ningún camión antes de cruzar.

—¿Tú conocías a Elías? —pregunta Rebecka.

—No, de nada. ¿Y tú?

—No. Pero tengo la sensación de que sí…

Rebecka se detiene y se vuelve hacia Minoo. Los rizos suaves de su larga melena rojiza le perfilan las mejillas. Los ojos son entre azules y grises. Tiene las facciones y la piel tan perfectas que parece retocada con Photoshop. Es casi imposible dejar de mirarla.

—No sé cómo explicarlo —continúa Rebecka—. Pero daría igual que todas hubiésemos sido sus mejores amigas antes de que pasara esto. No llegaríamos a conocernos como lo haremos a partir de ahora. ¿Me entiendes? Ahora estamos unidas de un modo que no tiene nada que ver con quienes éramos antes de esta noche.

Minoo vacila. En cierto modo, comprende lo que Rebecka quiere decir. Esta noche, desde luego, han vivido una experiencia rara, cuando menos. Pero Minoo no tiene ninguna fuerza nueva y misteriosa con la que poder mover cosas u obligar a la gente a decir la verdad. No se siente muy cambiada.

—Bah, no digo más que tonterías —sigue Rebecka con un gesto de rechazo.

Las dos reanudan el camino.

—Me pregunto qué fuerza tendría Elías —dice Minoo, cuando el silencio empieza a pesarles otra vez.

—Puede que aún no tuviera ninguna. Ni tú, ni Linnéa ni Ida habíais notado nada especial antes, salvo los sueños.

—O sea, que a ti no te parece que Ida estuviera rara esta noche, ¿no? —pregunta Minoo.

Ha sonado enfurruñada, aunque no era su intención. Pero Rebecka suelta una risita.

—La verdad es que me das un poco de envidia —añade Minoo—. Siempre he querido tener superpoderes.

—Ya, pero quizá tus superpoderes estén en tu cerebro —dice Rebecka—. Eres tan inteligente… Quizá por eso te necesitamos.

—Así que tú puedes hacer que las cosas se muevan solas por los aires… y yo… yo puedo pensar, ¿no?

Rebecka suelta una carcajada, pero no con sorna. Al parecer, Minoo ha vuelto a hacer un chiste sin saberlo. Muy prometedor, dado que, cuando lo intenta, nunca consigue hacer reír a la gente.

—Quiero decir que en alguna parte habrá respuestas a nuestras preguntas. Y si alguien puede dar con ellas, esa eres tú. No podemos esperar a que Nicolaus empiece a recordar. Tenemos que buscar nosotras —continúa Rebecka—. Además, tal vez tú y Linnéa tengáis poderes que aún desconocéis. Los míos aparecieron de repente.

Lo que dice Rebecka tiene mucha lógica. Más vale tener paciencia. Y si ese papel de empollona que tan bien se le da puede traerles algo positivo…

Y entonces cae en la cuenta. Quizá no sea el fin del mundo, pero poco le falta. Minoo se detiene de pronto.

—¿Qué pasa? —pregunta Rebecka.

—Que mañana tenemos examen de química —responde Minoo—. Y que no me lo he terminado de estudiar.

Linnéa vive en un edificio de ocho plantas cerca del Storvallsparken. Es uno más de los edificios de la ciudad cuyas viviendas están vacías y cerradas a cal y canto.

Huele a orines en el portal. Vanessa arruga la nariz y Linnéa sonríe.

—Bienvenida al hotel de lujo —bromea.

Abre la puerta del ascensor y entran. En el ascensor hay sitio para diez personas, por lo menos, y sube muy despacio. Vanessa ve su imagen en el espejo. Parece una víctima de una película de terror a la que hayan estado persiguiendo por el bosque: el pelo enredado y lleno de hojas y la pintura corrida por toda la cara.

De pronto se da cuenta de que tiene que llamar a Wille, pero le resulta absurdo pedirle prestado el móvil a Linnéa.

Vanessa empieza a arrepentirse de haber aceptado la invitación de Linnéa de ir a su casa a ponerse ropa limpia, pero no puede volver envuelta en una manta.

Linnéa abre la puerta del ascensor y sale. Vanessa ve enseguida las letras en la ranura del buzón: «L. Wallin».

—Pero ¿es tu propio apartamento? —pregunta al entrar.

—Sí —responde Linnéa, como si fuera lo más natural del mundo, mientras abre la puerta.

Se quita los zapatos en el vestíbulo, continúa hacia la sala de estar y enciende unas lamparitas que hay en el suelo. Tienen pantallas en rosa y rojo y envuelven la habitación en un suave resplandor rojizo.

Es un apartamento de alquiler destartalado, dos habitaciones con el suelo de linóleo y papel de florecillas sobre fondo blanco. Pero las paredes apenas se ven debajo de todos los

cuadros y los pósters y las páginas de periódico que ha colgado. En la sala de estar hay un sofá cubierto con una tela roja de terciopelo de imitación. Delante hay una caja de madera pintada de negro que hace las veces de mesa. Junto al sofá hay una pantera enorme de porcelana. Unas grietas diminutas forman una red blanca en el cuerpo negro.

—Chula, ¿eh? —dice Linnéa—. El que la tiró debía de estar loco.

—¿La tiraron?

—Casi todas mis cosas son del contenedor.

Vanessa mira las fotos de las paredes con más atención. Hay una serie de fotografías horribles de animales vestidos de payaso y un óleo que parece representar un paisaje idílico, hasta que se ve la silueta de una mujer vestida de blanco, colgada de un árbol. Dos personas que sonríen cogidas de la mano, pero que tienen los ojos totalmente en blanco. A Vanessa le gustan las fotos, pero los pósters de los grupos de música no le dicen nada. La mayoría son grupos asiáticos y ella no ha oído nunca sus nombres.

El móvil de Linnéa suena de pronto. Lo saca del bolsillo y mira la pantalla, hace una mueca y lo deja en la mesa.

Vanessa descubre una gran cruz de madera que hay en la pared. Está llena de trocitos de metal plateados.

—Muy bonito —dice, por decir algo.

Linnéa se acerca, se detiene junto a Vanessa y pasa el dedo índice por la cruz. El esmalte rosa chillón de las uñas ha empezado a resquebrajarse.

—Me la regaló Elías. Es de México. ¿Ves todos estos símbolos metálicos? De todo eso es de lo que te tiene que proteger la cruz. Aquí hay una pierna fracturada, por ejemplo. Ojos llenos de lágrimas… Y un caballo enfermo.

Vanessa suelta una risa nerviosa y hace como que mira, pero en realidad solo es consciente de lo cerca que está Linnéa, tan cerca que Vanessa puede sentir el calor de su cuerpo a través de la manta. Y entonces vuelve a sonar el móvil.

—Pero qué mierda —gruñe Linnéa irritada.

Se acerca a donde está el móvil y rechaza la llamada.

—Pero ¿quién te llama sin parar? —pregunta Vanessa.

—Un chico. Que se niega a comprender que no tiene que llamar más.

Vanessa ve un destello en los ojos de Linnéa. Algo que parece… ¿compasión? Se le hace un nudo en el estómago y tiene que apartar la mirada. De repente, comprende quién está llamando, pero no piensa rebajarse preguntando directamente.

—Ajá —responde.

—Mira a ver qué encuentras en el armario —dice Linnéa señalando la puerta del dormitorio.

Las persianas están cerradas y Vanessa va tanteando la pared hasta que encuentra el interruptor. La cama es grande y está sin hacer. Pero lo que atrae la atención de Vanessa es la máquina de coser que hay en el suelo, junto a una mesa de trabajo atestada de telas y de latas llenas de bobinas de hilo y de botones.

—Ah, pero ¿tú sabes coser? —pregunta a Linnéa cuando la ve entrar.

Linnéa asiente y Vanessa comprende lo estúpido de su pregunta. ¿Para qué, si no, iba a tener una máquina de coser? ¿Qué tiene Linnéa que consigue que todo lo que ella dice parezca un error?

—Hay un espejo en el interior de la puerta del armario —dice Linnéa dándole un paquete de toallitas desmaquillantes.

Vanessa abre el armario, que está repleto de ropa. Todos los trajes son como de una versión de terror japonesa de *Alicia en el país de las maravillas*. Da igual lo que se ponga, parece que se haya disfrazado de Linnéa.

—Ponte lo que quieras —dice Linnéa antes de salir.

El teléfono empieza a sonar en el salón. Se oyen cuatro tonos. Linnéa no responde.

Las perchas hacen ruido al chocar unas con otras mientras Vanessa busca entre las prendas. Al final se decide por lo más neutral que encuentra: una falda negra, una camiseta blanca y un jersey negro de algún tipo de lana esponjosa. Se viste, se seca el pelo, se limpia la pintura delante del espejo y se quita los restos de bosque de la melena. Ya está más o menos bien.

—Te devolveré la ropa mañana en el instituto. Bueno, hoy —dice Vanessa cuando vuelve al salón con la manta en la mano.

Linnéa está tumbada en el sofá. Tiene los pies colgando por uno de los brazos.

—Hoy me voy a quedar en casa, pero no hay problema, me la das otro día —dice soñolienta.

Otro día, piensa Vanessa. Sí, claro, ahora tenemos que vernos.

Ella y Linnéa y Minoo, y Anna-Karin, Rebecka e Ida. Si la salvación del mundo depende de que consigan colaborar, la verdad es que la cosa está difícil. *Sorry* por todos los miles de millones de habitantes: Ida Holmström se interpone entre vosotros y el fin del mundo.

—Joder, cómo la odio —murmura Linnéa.

Vanessa la mira.

—¿A quién?

—A Ida. Si el mal nos persigue, espero que la coja primero a ella —dice Linnéa.

Una sonrisa le asoma a la comisura de los labios. Vanessa se sorprende devolviéndosela. Se miran unos segundos.

—Es Wille el que no para de llamarte, ¿verdad? —pregunta Vanessa al final.

—Sí.

—¿Habéis… habéis empezado a salir otra vez?

—No.

—Y entonces, ¿qué quiere?

Linnéa aparta la mirada.

—Dímelo —la anima Vanessa, con la voz tan afilada y dura como puede, para ocultar el miedo.

¿Estará Wille enfadado con ella porque desapareció así, sin más? ¿Será por eso por lo que está llamando a Linnéa? ¿Será eso lo que hace cada vez que se pelean?

Si Wille aún está enamorado de Linnéa me muero, piensa.

—Está enfadado conmigo —dice Linnéa.

Vanessa se queda mirándola.

—¿Qué?

—Es difícil de explicar. Cuando estábamos juntos, nos peleábamos un montón. A veces le da por pensar que todavía tenemos cosas que aclarar. O sea, por ejemplo, ¿por qué dije no sé qué aquella vez, hace mil años? Cosas absurdas.

No es propio de Wille obsesionarse por cosas del pasado. Ni siquiera piensa mucho en el presente.

—Discutíamos a todas horas. Y eso puede crear adicción. Uno quiere quedar por encima.

Vanessa no sabe qué decir. Si Evelina o Michelle tratan de mentirle, se da cuenta

enseguida. Pero con Linnéa se siente insegura. Y no conseguirá averiguar la verdad por Wille. No puede contárselo. Porque nadie puede saber que ella y Linnéa se hablan.

Si pudiera pensar con claridad. Lleva tantas horas despierta que la borrachera ya ha pasado a ser resaca sin que haya podido dormir siquiera.

Se dirigen a la puerta. Vanessa se lleva también un par de zapatos viejos, y siente como si tardara cien años en atárselos mientras la mirada de Linnéa le quema en la nuca.

La cerradura se resiste. Vanessa tironea del picaporte mientras prueba a un lado y a otro. Linnéa alarga la mano y abre la puerta. Vanessa vuela, literalmente, escaleras abajo.

12

REBECKA aún está despierta cuando oye el ruido de la llave en la cerradura. Oye que su madre se quita la chaqueta y los zapatos.

Luego abre la puerta del dormitorio de sus hermanos. Después, la de sus hermanas.

Rebecka ya ha estado echándoles un ojo. Hasta que no se despidió de Minoo, no se dio cuenta de que habían estado solos toda la noche. ¿Y si hubiera ocurrido algo? ¿Si se hubiera declarado un incendio? ¿O si alguno se hubiera despertado buscando a Rebecka o a su madre? ¿Si hubiera salido al balcón, se hubiera caído, se hubiera estrellado contra el suelo…?

Echó a correr tan rápido como se lo permitieron sus piernas cansadas pero, cuando llegó, todo estaba en calma y en silencio, como siempre.

Los pasos de su madre se aproximan por el pasillo y Rebecka se obliga a respirar con normalidad. Pero su madre no abre la puerta, sino que la oye continuar hasta la cocina.

Rebecka se queda en la cama, con una extraña mezcla de alivio y melancolía. Es tan obvio que su madre ya no la ve como a una niña. Ya cuando tenía cinco o seis años se encargaba de que Anton y Oskar no se pelearan y se portaran bien.

Lo mismo sucedió con Alma y Moa. Rebecka era la mejor minicanguro del mundo, eso le decían siempre.

Se incorpora en la cama y piensa en su nueva familia, a la que conoció anoche. También ellos esperan que desempeñe el mismo papel, que sea la guía, la mediadora, la que mantenga unido al grupo. ¿Lo conseguirá? ¿Tendrá fuerzas para lograrlo?

Va a la cocina y ve a su madre preparando el desayuno.

—Beckis, ¿ya te has levantado? —pregunta su madre, y le da un abrazo.

Rebecka se siente enseguida un poco más animada. Su madre y ella no tienen muchas ocasiones de estar solas.

Mientras ponen la mesa, le habla de lo dramática que ha sido la noche en urgencias. Se había organizado una trifulca terrible en el Götvändaren, el único hotel de la ciudad, que terminó con un herido al que tuvieron que dar siete puntos. Otro hombre atacó a su mujer con una sartén ardiendo, porque se le había quemado un poco el solomillo de cerdo. Una mujer mayor que trabajaba en el turno de noche de la serrería había sufrido un accidente en el que se cortó la mano izquierda entera. Y un niño se había despertado con tal miedo a la oscuridad que llegó a urgencias en un estado casi psicótico. Estaba convencido de que había monstruos deambulando por la calle, debajo de la ventana de su casa.

—Vamos, que se nota que es luna llena —dice su madre mientras pone en la mesa los cuencos de leche agria.

La madre de Rebecka tiene una teoría según la cual la gente se comporta de un modo distinto cuando hay luna llena. Puesto que la luna influye en las mareas, seguro que también afecta a las personas, ya que estas se componen principalmente de agua. Todo, desde más partos de lo normal hasta el número de delitos violentos y las dificultades para conciliar el sueño pueden explicarse, según su madre, con un «Tiene que ser por la luna llena».

—Y puede que la cosa se complique aún más cuando la luna, además de llena, está roja —sugiere Rebecka.

Su madre la mira extrañada.

—¿Qué quieres decir?

Rebecka vacila un instante.

—Pues eso, que estaba muy roja. Color rojo sangre.

—Qué raro, ahora que lo dices —responde su madre—. Algunos de los pacientes dijeron lo mismo, pero cuando los compañeros y yo nos asomamos a mirar, comprobamos que tenía exactamente el mismo color de siempre.

La madre se sirve un café.

Rebecka mira por la ventana. En el claro cielo matinal aún remolonea una luna transparente. Sigue estando roja. La madre sigue la mirada de Rebecka sin reaccionar. Es obvio que ella no ve en la luna nada extraño.

—He debido de soñarlo —dice Rebecka en voz baja.

Reflexiona un instante.

—Mamá… ¿tú has oído contar que pasara algo raro en Kärrgruvan?

—¿El qué?

—No sé, si alguien te ha contado que haya ocurrido allí algo turbio.

Su madre la mira extrañada.

—No sé a qué te refieres.

—¡Al teatro al aire libre!

—¿A qué teatro?

—¡A Kärrgruvan!

Su madre frunce el ceño.

—Me suena, la verdad. ¿Dónde está?

—Aquí, en Engelsfors.

Su madre solía ir a Kärrgruvan cuando era joven, asistía a conciertos o iba a bailar. Se lo ha contado en alguna ocasión con muchísima nostalgia. Pero ahora se echa a reír.

—Desde luego, has debido de tener unos sueños muy raros esta noche —le dice.

—Sí, será eso —responde Rebecka con un susurro.

Resulta extraño estar desayunando en la cocina como si nada hubiera sucedido, se dice Vanessa. Masticar, tragar, masticar, tragar, beber un poco de zumo y vuelta a empezar. Como si todo siguiera como siempre.

Su madre sale del dormitorio y la rodea con el brazo. Vanessa cierra los ojos. Le gusta la sensación.

Pero su madre la suelta casi enseguida. Últimamente solo se dan abrazos breves. Sobre todo, por culpa de Vanessa, que tantas veces ha protestado suspirando ante los intentos de acercamiento de su madre. ¿Cómo iba a saber que lo que Vanessa necesita ahora es, precisamente, un abrazo como los de antes?

—Han abierto una tienda nueva en el centro comercial. «Kristallgrottan» —dice su madre.

—Y es una tienda de… ¿objetos de cristal?

Su madre no advierte el sarcasmo.

—Sí, y aceites aromáticos y un poco de todo. Al parecer, hasta te leen la mano. La dueña es una mujer que se llama Mona Månstråle.

—¿Mona Månstråle?[2] Desde luego, no suena para nada a nombre inventado, ¿no?

Su madre se ríe y llena de agua la cafetera que está en la encimera.

Cuando oye el chisporroteo del café, que ya empieza a salir, se estira y bosteza.

—Mientras estabas en la ducha ha llamado Nicke. Parece que esta noche ha habido movimiento —dice, y empieza a cortar rebanadas de pan.

—Define *movimiento* aquí, en Engelsfors.

—Una pelea brutal en Götvändaren y un montón de altercados de borrachos por todas partes. Dice Nicke que nunca ha visto nada semejante. Estaba a punto de salir del trabajo cuando avisaron de que una mujer se había ahorcado colgándose de una viga en una casa de Riddarhyttan, al lado de la escuela infantil. Me ha dicho que se dirigía allí ahora mismo y que, seguramente, tardaría varias horas en llegar a casa.

—¡Oh, Dios, qué pena que no venga Nicke! ¡Acabas de arruinarme el día! —exclama Vanessa.

Al ver la expresión dolida de su madre, se arrepiente de sus palabras.

—Por favor, Vanessa. ¿Cuánto tiempo piensas seguir así? Nicke es el padre de Melvin. Tienes que aceptarlo.

—Yo lo aceptaré a él cuando él me acepte a mí.

—¿Cuándo piensas crecer?

Los remordimientos de hacía un instante desaparecen de un plumazo y tiene que morderse la lengua para no ponerse a gritar.

Su madre solo llevaba saliendo con Nicke unos meses cuando se quedó preñada y, un buen día, llegó anunciando triunfal que Vanessa iba a tener un hermanito. Vanessa confiaba secretamente en que Nicke se largara huyendo de la responsabilidad.

Pero qué va, resultó que quería ser padre, así que empezaron a vivir juntos poco antes del parto.

A Melvin lo quiere, eso no puede evitarlo, aunque al principio le gustaba solo a medias tener en casa a un bebé que se pasaba las noches llorando, pero a Nicke lo odia desde el primer momento. No se esfuerza lo más mínimo por ser amable, siempre es ella la que tiene que adaptarse. Y su madre eso no lo ve. Para los defectos de Nicke está ciega, y lo deja que haga y deshaga a su antojo.

—Crece tú —dice Vanessa entre dientes, y se dirige a la entrada.

—A mí no me hables así —replica su madre siguiéndola.

Vanessa le cierra la puerta en las narices.

—¿Has oído a las vacas esta noche? —pregunta el abuelo al entrar en la cocina con la madre de Anna-Karin después de ordeñar a los animales.

—¿Por qué? —pregunta con la boca llena de pan y queso.

—Se han pasado la noche mugiendo como locas en el cobertizo —responde su madre, y suena como un grajo. Ha recuperado la voz, pero todavía suena rara—. Por su culpa no he podido pegar ojo. Aparte de que no duermo nunca, con este dolor de espalda.

—Pues yo he debido de dormir como un tronco —susurra Anna-Karin.

—¿Ah, sí? —pregunta el abuelo—. Pues parece que no hubieras descansado.

—Espero que no te resfríes tú también —dice la madre, y enciende un cigarrillo.

El abuelo se acerca a la mesa y le pone la mano en la frente a su nieta.

—Fiebre no tienes, por lo menos.

La antigua Anna-Karin habría fingido estar enferma. Habría preferido quedarse en el territorio seguro de su habitación. Ahora todo es diferente. Por primera vez en su vida, tiene ganas de ir al instituto.

—Estoy bien —responde.

El abuelo le da una palmadita en el hombro, una palmadita muy enérgica: es el equivalente a un abrazo.

—Ha sido la luna sangrienta lo que ha mantenido despiertas a las vacas. A lo mejor también te ha impedido dormir a ti.

—¿La luna sangrienta? —se burla su madre—. Tú y tus ideas y tus abracadabras. Yo no he visto ninguna luna sangrienta.

Anna-Karin mira de reojo al abuelo. Le duelen las ganas de contarle todas las cosas fantásticas que están ocurriendo, cómo está cambiando su vida. Pero no puede olvidar la advertencia.

No confiéis en nadie.

Cuando entra en su habitación, se dirige al espejo.

Sabe que no es una belleza, pero tiene los ojos muy bonitos. Grandes y de un color verde nada común. Y tiene la boca bien formada, sobre todo cuando sonríe. Prueba delante del espejo. Tiene los dientes blancos y regulares. Algo es algo.

Se pone un sujetador normal, en lugar de uno de esos que le reducen el pecho. La mayoría de las chicas quiere tener el pecho grande, se dice. Pero cuando se abrocha los vaqueros, vuelve a fallarle la confianza en sí misma.

Debe de tener los michelines más asquerosos de todo el instituto. Elige una camiseta de varias tallas de más y se enfunda en la sudadera del chándal. Ahora vuelve a sentirse segura.

Anna-Karin prueba de nuevo y sonríe ante el espejo. A partir de ahora, piensa sonreír más a menudo.

Minoo se acerca al instituto al mismo tiempo que uno de los autobuses escolares se detiene con un silbido delante de la verja. Entre los alumnos que se bajan ve a Anna-Karin a lo lejos. Sus miradas se cruzan un instante. Anna-Karin le dirige una sonrisa tan fugaz que Minoo piensa que podrían ser figuraciones suyas, y luego vuelve a mirar al suelo. El velo de la melena le tapa la cara.

—¡Minoo! —grita Rebecka acercándosele.

Resulta increíble pensar que se despidieron hace tan solo unas horas. Y en qué circunstancias…

—Íbamos a disimular con eso de que nos conocemos —dice Minoo en voz baja cuando se cruzan.

—Pero si estamos en la misma clase.

—Ya, pero no por eso tenemos que ser amigas, ¿verdad?

Rebecka la mira extrañada y Minoo se da cuenta de que se está comportando como una idiota.

—Perdona. Me he pasado —se disculpa cuando empiezan a caminar juntas.

—Es que es todo tan extraño…

—Ya, mi madre me ha dicho que esta noche ha habido mucha gente en urgencias. Que han ocurrido un montón de cosas raras. Y tu padre, ¿ha oído algo? En el periódico, quiero decir.

—Ya se había ido al trabajo cuando me levanté. O cuando hice como que me levantaba.

—¿Tú tampoco has dormido nada?

Minoo niega con la cabeza. Casi le cuenta que se abalanzó sobre el libro de química en cuanto entró por la puerta, pero se contiene a tiempo.

—Lo más extraño es que algunos de los pacientes decían que la luna estaba roja —continúa Rebecka, y se detiene en la entrada al patio del instituto—. Pero cuando mi madre y sus compañeros de trabajo miraron por la ventana, la vieron como siempre. Y cuando las dos contemplamos la luna juntas, esta mañana, yo seguía viéndola roja, pero ella no.

—¿Quieres decir que no todo el mundo la veía igual? —pregunta Minoo.

—Eso parece. Y mi madre no sabía de qué hablaba cuando le mencioné Kärrgruvan. Era como si hubiese olvidado que existe.

Minoo siente un escalofrío.

—Puede que por eso sea un lugar protegido. Yo leí una vez en un libro que había un árbol que la gente no podía ver si no sabía de antemano de su existencia. Puede que con esto pase lo mismo… —Minoo calla de repente y se sonroja cuando se da cuenta del rollo que le está soltando—. Bueno, pero era un libro infantil, claro.

—¿Pero tú entiendes que nos estemos tomando todo esto en serio? —pregunta Rebecka.

Minoo se ríe. No, no lo entiende. Reanudan la marcha y pasan junto a Vanessa, que las sigue con la mirada sin decir una palabra.

—Parece que ha ocurrido algo —dice Rebecka.

En ese momento, Minoo advierte cuánta gente hay en el patio.

Gustaf se les acerca y le da a Rebecka un beso tan íntimo que tiene que apartar la mirada. Por suerte, lo ventilan enseguida.

Gustaf y Rebecka son como una de esas parejas perfectas que salen en la tele, y Minoo intenta consolarse pensando que esas parejas no existen en la realidad.

¿Cómo será el primer chico que me bese a mí?

Esa idea le pasa por la cabeza casi a diario, en distintas versiones. A última hora de la noche, antes de dormirse, se permite creer a veces que la respuesta es Max. Pero a la luz del día, se le antoja infantil y absurdo.

—¿Lo habéis visto? —pregunta Gustaf.

Minoo y Rebecka intercambian una mirada fugaz.

—¿A qué te refieres? —pregunta Rebecka.

—Si lo hubieras visto no preguntarías. ¡Ven!

Gustaf coge a Rebecka de la mano y le hace a Minoo un gesto para que los acompañe.

Minoo los sigue. Ahora se da cuenta de que los alumnos están divididos en dos grupos más o menos definidos y alejados entre sí. El centro del patio está vacío.

—Allí —dice Gustaf señalando.

En el suelo del patio se ha abierto una grieta. No es demasiado ancha, pero se extiende sinuosa desde la portería del campo de fútbol hasta la hilera de árboles muertos.

—Dicen que discurren por debajo varios túneles de la vieja mina, y que se han derrumbado —asegura Gustaf.

—Pues yo no creo que construyeran un instituto sobre unos túneles en desuso —objeta Minoo—. Además, las minas estaban bastante lejos de aquí.

—Bueno, puede que perforasen aquí para probar —interviene Rebecka. Dirige a Minoo una mirada elocuente cuando Gustaf no las ve. Rebecka tampoco se cree esa explicación, pero, por ahora, vale.

La grieta seguro que guarda relación con todo lo que ha sucedido durante la noche, de modo que no deben alentar a los amigos para que surjan más preguntas de lo necesario.

Se abren las puertas de entrada y la directora sale a la escalinata. Aguarda tranquilamente hasta que el murmullo se extingue en el patio.

Empieza a hablar, y cada palabra se oye tan nítidamente como si estuviera usando un micrófono.

—Tengo que pediros a todos que salgáis del patio. El centro cerrará hoy, mientras examinan la grieta.

Se oyen gritos de júbilo y aplausos dispersos. Minoo mira a su alrededor. Delante de ella están Rebecka y Gustaf. Vanessa se encuentra junto a la portería, con Evelina y Michelle, e Ida está sentada con Felicia en la barandilla de la escalinata. Curiosamente, Anna-Karin está a su lado, hablando con Julia.

Ve a Max junto con otros profesores, con una chaqueta en el brazo y el maletín en la mano; es de un guapo irreal. Detrás de él divisa a Nicolaus. Minoo tiene la sensación de que todos son piezas de ajedrez, alineadas para una partida decisiva.

—Los bomberos ya han estado aquí inspeccionando los conductos del gas y las tuberías del agua, pero quieren efectuar más comprobaciones —prosigue la directora—. Mañana recuperaremos lo que hayamos perdido en las clases de hoy.

La directora vuelve a entrar en el edificio. Rápidamente, los alumnos van abandonando el patio.

—Bueno, pues nos vemos mañana —dice Rebecka sonriendo a Minoo.

—Eso, nos vemos —repite Gustaf.

Y se alejan de allí cogidos del brazo. Minoo se queda mirándolos un instante, antes de volver la vista hacia el instituto. Observa el triste edificio, las hileras de ventanas idénticas, el ladrillo insulso, y trata de imaginarse que aquel sea el lugar del mal. Pero le resulta difícil. No es un lugar que le guste, precisamente, pero sí un sitio donde ella sabe quién es y qué se le da bien.

En el resto del mundo, no tiene ni idea.

II

13

CUANDO baja corriendo las escaleras del comedor, es como si toda ella estuviera flotando. No tiene que mirar dónde pone los pies. El miedo a tropezar se ha esfumado, como si nunca lo hubiera tenido.

La cola del comedor llega serpeando hasta el hueco de la escalera. Las chicas del final se giran, advierten su presencia y esbozan una amplia sonrisa. Se produce como una ondulación por toda la cola cuando ella se la salta. Todos irradian sonrisas de reconocimiento a su paso, uno tras otro. Muchos de los chicos apartan la mirada incómodos cuando cruzan la vista con ella. Sabe que están enamorados.

Sigue andando hasta llegar a donde están Kevin Månsson y Robin Zetterqvist, junto al puesto de las bandejas, los cubiertos y los platos. Constata que Erik Forslund no se encuentra entre ellos. Apenas se le ha visto el pelo por el instituto desde que se meó encima en el patio.

—¡Toma! —dice Kevin, ofreciéndole su bandeja y dejándola pasar primero.

Ella no responde, simplemente acepta la bandeja y va a buscar la comida.

Su cuerpo es ahora un lugar tan diferente en el que vivir… Se siente como en casa en él. Lo tiene bajo control. Sus pasos son seguros. Mantiene recta la espalda. La coleta se le balancea en la nuca a cada paso que da. Toda ella se siente libre, ligera e incuestionable. Es feliz.

—Joder qué guapa estás hoy —dice Felicia cuando llega a su mesa.

Están en una sala lateral del gran comedor, una especie de apéndice sin ventanas y con sitio para seis mesas. Una ley no escrita dice que ahí es donde comen los alumnos más populares.

—Gracias —contesta sentándose.

Tanto Felicia como Julia la miran expectantes. Parecen dos cachorrillos saltando a los pies de su ama. Si Felicia y Julia tuvieran cola, definitivamente la estarían agitando.

—Felicia y yo estábamos diciendo que parece que fuésemos amigas desde hace por lo menos cien años —dice Julia.

—Sí, no podemos creer que haga solo unas semanas —añade Felicia.

Anna-Karin sonríe y responde:

—Yo tampoco.

Kevin y Robin caminan hacia ellas. Los chicos que toda la vida se han considerado los más chulos y divertidos de la clase, quizá del instituto.

Ella se pregunta quién les otorgó esa consideración. ¿Quién los juntó a todos y los nombró reyes?

Pero no importa. Eso pertenece al pasado. Anna-Karin se ha asegurado de ello.

Robin y Kevin están ahora junto a su mesa. Ella se vuelve hacia Julia y Felicia y levanta la vista poniendo los ojos en blanco, dramática. Ellas le devuelven la mirada.

—Habíamos pensado sentarnos aquí, si no os importa —dice Robin.

Kevin aparta la silla que hay junto a Anna-Karin y hace el intento de sentarse. Ella los mira y hasta puede oír cómo aguantan la respiración Julia y Felicia.

—Creo que no —contesta simplemente, y Kevin suelta la silla como si se hubiera quemado.

—Tal vez otro día —propone Robin.

—Tal vez no —responde ella.

Robin está decepcionado. Piensa que no se le nota, pero ella se da cuenta de todo.

—Hasta luego —dice, y los despide con un gesto elocuente.

—Vale. Adiós, Anna-Karin —suspira Robin, mientras se aleja con Kevin pisándole los talones.

Felicia y Julia se ríen a sus espaldas.

—Qué par de palurdos de mierda —dice Felicia justo antes de que estén fuera del alcance de su oído.

—Son patéticamente infantiles —dice Julia.

Anna-Karin levanta la cuchara y empieza a comer de la sopa de guisantes, que tiene un color entre marrón y verde. Es de un aspecto repulsivo, pero en estos momentos se come lo que sea. Su cuerpo pide a gritos que lo nutra. Se pregunta cuánta energía le chupa realmente lo que está haciendo. Apenas puede evitar levantar el cuenco y tomárselo todo a grandes sorbos.

—¿Adónde habéis ido después de historia?

Ida suelta la bandeja delante de Anna-Karin, pero la ignora. En cambio, se sienta y mira acusadora a Julia y Felicia.

—Solo nos hemos adelantado —responde Julia.

—Para pillar una buena mesa —añade Felicia.

Ida resopla.

—Podíais haberme preguntado si quería acompañaros, en vez de salir corriendo.

—No hemos salido corriendo —protesta Felicia.

—Entonces, perdona —dice Ida y, finalmente, mira a Anna-Karin.

Es una mirada de odio. Pero ¿qué puede hacer? Ida sabe a lo que Anna-Karin puede someterla si la desafía. Anna-Karin puede conseguir que revele sus secretos más oscuros. Hacerla desnudarse encima de la mesa. Exactamente cualquier cosa. Así que Ida solo bebe un gran sorbo de agua y aparta la mirada de nuevo. Es consciente de que nunca podrá vencerla.

Felicia y Julia se encuentran ostensiblemente incómodas. Las dos buscan algo que decir, cualquier cosa, para romper ese silencio tenso. Anna-Karin no se lo pone fácil. La situación es tan molesta que Ida se siente aún más como una intrusa. Alguien cuya presencia nadie desea.

Felicia mira a su alrededor buscando algo que comentar. Su elección recae en Vanessa, que está junto al bufé de ensaladas.

—Pero, qué pinta lleva, ¿no? —dice Felicia entre dientes.

Julia e Ida ríen histéricas. Vanessa lleva un top rosa y una falda tan corta que más bien parece un cinturón.

—Ni siquiera entiendo qué hace aquí —protesta Ida, mirándola casi con ansia—. O sea, no tenía ni que estudiar el bachillerato. No parece que vaya a hacer en la vida otra cosa que parir un montón de críos.

Vanessa se gira y se las queda mirando fijamente. Julia y Felicia casi se parten de risa. Vanessa no altera el semblante. Ella solo ve a Anna-Karin que acto seguido tiene que apartar la mirada.

Sus ojos lo dicen todo. Puede que Anna-Karin engañe a todas las demás, pero es una mentira. Vanessa lo sabe. Anna-Karin también.

La antigua e insegura Anna-Karin que lleva dentro quiere soltarse el pelo y esconderse detrás.

Pero ahora es otra persona. Tiene el control.

—Yo creo que Vanessa es guay —dice Anna-Karin—. O sea, que va a su rollo.

—Exacto. Yo antes no lo pensaba, pero es verdad que va a su rollo —añade Felicia de inmediato.

Anna-Karin mira a Ida. Tiene los labios apretados hasta formar una línea fina. Se levanta

de la mesa.

—Este guiso es tan asqueroso que no hay quien se lo coma. ¿Os venís conmigo?

Julia y Felicia se quedan mirando sus cuencos. Ida espera unos segundos de más a que le respondan. Juguetea con la gargantilla de plata entre los dedos. La suelta de modo que el pequeño corazón de plata gira. Tiene un atisbo de inseguridad en los ojos que Anna-Karin no había visto nunca antes. Y cuando se va, nadie se fija en ella.

Las hojas rojas y amarillas del bosque que rodea Kärrgruvan parecen arder sin llama bajo el sol de la tarde. Minoo está sentada en el borde del escenario y mira a Rebecka que está en medio de la antigua pista de baile. Al lado de Minoo hay una torre de piezas de madera de muchos colores, que le han quitado temporalmente a la hermana pequeña de Rebecka. En ese momento, una pieza amarilla rectangular flota en el aire junto a la torre y se posa delicadamente, con un débil clic, sobre las demás.

Rebecka se frota la frente. Parpadea y se queda mirando la caja de plástico. Un cubo amarillo claro se eleva saliendo de la caja. Permanece suspendido en el aire un momento e inicia el ascenso lentamente hasta lo alto de la torre.

A medio camino, choca con una pieza azul y toda la construcción se tambalea para desmoronarse enseguida. Las piezas se desparraman por el suelo del escenario. Rebecka suelta un taco.

—Pero si lo haces cada vez mejor —dice Minoo.

—No te imaginas lo difícil que es —responde Rebecka.

Minoo siente una punzada. No, no se lo imagina. Todavía no tiene la menor idea de lo que se siente cuando, de pronto, se adquieren superpoderes. Y tampoco ha conseguido sacar un gran provecho de su cerebro. Ha pasado horas en internet y en la biblioteca, pero es difícil, por no decir imposible, cribar toda la información. La mayoría de lo relacionado con los fenómenos sobrenaturales está descontextualizado, es contradictorio o simplemente una locura.

La habilidad de Rebecka parece pertenecer a la categoría de la psicoquinesia. Aunque Minoo ni siquiera sabe por dónde empezar a buscar algo que le dé una pista del vínculo que hay entre ella, Rebecka y las demás. ¿Cómo se encuentra una profecía misteriosa? ¿Dónde están los viejos pergaminos y los libros ancestrales cuando uno más los necesita?

No ha ocurrido nada desde aquella noche en el teatro al aire libre. Ni paseos nocturnos llenos de misterio, ni sueños, ni olor a humo por las mañanas. Pero a Minoo eso no la tranquiliza, sino que la pone más nerviosa todavía. Es como si estuviera dando vueltas con una caja fuerte suspendida encima de la cabeza.

Y su supuesto guía tampoco tenía nada que aportar.

Unos días después de la noche de la luna de sangre, Minoo llegó temprano al instituto para hablar con Nicolaus. Estaba en su oficina rodeado de papeles y documentos, y parecía sudar con la chaqueta azul marino y la corbata rojiza que llevaba bien anudada al cuello.

Cuando Minoo cerró la puerta tras de sí, el conserje saltó como si hubiera soltado un petardo encendido en la habitación.

Nicolaus se levantó y ella vio que llevaba unos pantalones de pana color granate, que no pegaban con la corbata.

—¡Vete de aquí! —susurró—. Este no es un lugar seguro.

—Pero entonces, ¿podemos vernos esta noche? En el teatro. Tenemos que hablar de muchas cosas.

Nicolaus frunció el ceño con expresión de disgusto.

—No puedo… Quiero decir… No sé nada… Ni siquiera sé quién soy.

De pronto, Minoo percibió una sombra que se deslizaba por el suelo. Bajó la vista y un gato negro como el azabache se la quedó mirando. Donde debería haber tenido un ojo se abría un agujero con el borde dentado.

Minoo prefería no mirar al gato. Tenía la sensación de que podría contraer la sarna si miraba demasiado tiempo aquel pelaje enmarañado y lleno de calvas.

Nicolaus se echó hacia atrás en la silla cuando el gato se subió de un salto a la mesa y empezó a pasearse por encima de los papeles.

—No me explico qué le pasa a esta bestia —se lamentó—. Me persigue allá donde voy.

El gato, que se había tumbado junto al teléfono, giró la cabeza y escudriñó a Minoo otra vez con su único ojo.

—¿Qué quieres decir con que no sabes quién eres? —preguntó Minoo apartando la mirada con asco cuando el gato empezó a lamerse el pelaje andrajoso.

Nicolaus suspiró profundamente.

—Me llamo Nicolaus Elingius. Eso pone en mi contrato de trabajo y en los papeles que certifican que soy el propietario de mi humilde morada desde hace un año —continuó con voz temblorosa—. Pero no recuerdo haberla comprado. No recuerdo nada salvo mi existencia aquí como conserje. No me acuerdo de mi padre ni de mi madre. No me acuerdo de a quién quiero ni de a quién odio, ni de si he tenido hijos… No recuerdo dónde vivía. No recuerdo por qué vine aquí.

Se inclinó sobre la mesa, con la cabeza entre las manos, y murmuró unas frases en lenguaje arcaico que Minoo apenas pudo comprender.

—Pero una cosa sí que sabes: tú serás nuestro guía —respondió Minoo prudente.

Entonces Nicolaus levantó la cabeza y le dijo con una tristeza infinita.

—He perdido ese privilegio. Yo estaba aquí, en el instituto, cuando a Elías se lo llevaron de la faz de la tierra. Y, sin embargo, no impedí que sucediera algo tan terrible.

—No sabías…

—Querida niña —la interrumpió Nicolaus—, ¿le pedirías a un ciego que guiara a otro ciego?

Desde aquella ocasión, Minoo ha visto crecer el desconcierto de Nicolaus cada vez que se lo ha cruzado. Un día se quedó plantado en un pasillo mirando como hipnotizado una lámpara mientras los alumnos se reían a sus espaldas. Ahora lleva varios días sin aparecer.

Rebecka se acerca al borde del escenario y se eleva suavemente. Entre las dos recogen las piezas y vuelven a ponerlas en la caja de plástico.

—No me parece bien que no estemos aquí todas —dice Rebecka.

Lleva semanas diciendo lo mismo. Minoo mete en la caja la última pieza. Rebecka ha intentado reunirlas a todas en el teatro, pero la única que ha mostrado un poco de interés es Minoo.

—Seguro que al final lo comprenderán —responde.

—¿Y qué las hará comprender? —pregunta Rebecka, casi enfadada—. ¿Es que tiene que morir alguien más? ¿No basta con Elías?

Minoo preferiría que no hubiera pronunciado su nombre. El nombre es lo que le evoca la imagen que ella tanto se esfuerza por olvidar: aquella cara pálida, aquel brazo lleno de cortes, tanta sangre en el suelo y los azulejos.

—Pero ¿en realidad, qué podemos hacer? —pregunta Minoo intentando ahuyentar los recuerdos—. Quiero decir… Nos dicen no se qué de que tenemos que combatir el mal y evitar la

destrucción del mundo. Y luego, nada. Al menos nos podrían haber encomendado una misión.

—Pues eso es —asegura Rebecka—, que *esta* es nuestra misión. Lo que estamos haciendo ahora. Debemos conocernos. Y perfeccionar nuestros poderes. Eso es lo que dijo Ida. O sea, cuando no era ella.

—En cualquier caso, ya hemos visto cómo los «perfecciona» Anna-Karin —dice Minoo.

—Tengo que convencerla de que es peligroso. Intentaré hablar con ella otra vez —dice Rebecka, frotándose la frente.

—¿Cómo va eso? —le pregunta Minoo.

—No hay de qué preocuparse. Ahora aguanto más. Antes solo podía dedicarle unos minutos y enseguida me empezaba a doler la cabeza. Ahora se me pasa más rápido.

Minoo se echa la chaqueta por los hombros. Hace un frío húmedo que cala los huesos.

—Ha pasado algo más —continúa Rebecka.

Saca una de las piezas y la deja en el suelo, entre las dos.

—La verdad es que no sé si podré hacerlo en este momento —dice.

Rebecka entorna los ojos con esfuerzo. Minoo se queda mirando la pieza preguntándose qué va a pasar: por ahora no se mueve y se le ocurre que Rebecka debe de estar agotada.

Entonces lo ve. Al principio no lo comprende del todo. La espiral de humo es tan débil que una brisa tenue podría disolverla. Pero luego empieza a salir más humo y una de las esquinas de la pieza comienza a arder.

Rebecka la mira y, por un momento, Minoo teme que le prenda fuego a ella también. Tiene que reprimir el impulso de taparse la cara con las manos.

—¿Verdad que es raro? —pregunta Rebecka en un susurro.

Minoo no puede estar más de acuerdo. Al principio, la débil llama tiene ribetes azulados, pero pronto adquiere un tinte amarillo claro. Ya empieza a lamer dos de los bordes de la pieza de madera. Rebecka se inclina hacia delante y sopla para apagar el fuego.

—¿Desde cuándo te pasa esto? —dice Minoo.

—Desde ayer. Había una vela en la mesa y se me ocurrió apagarla. No fue muy difícil. Fue como… Apagarla con los dedos. Y entonces también intenté encenderla. Después me entró un dolor de cabeza fenomenal. Gustaf se preocupó un montón.

—Pero no vería…

—No, claro que no —respondió Rebecka con la mirada perdida y se metió las manos en el puño de la chaqueta—. Empieza a resultarme imposible no decirle nada a Gustaf. Esto es muy gordo.

—¡No *puedes* decirle nada!

Minoo habla con voz chillona aunque no pretendía gritar. Pero le dan pánico las palabras de Rebecka. ¿Es que no lo recuerda? *No confiéis en nadie. Ni siquiera en la persona que más queráis*.

—Lo sé —dice Rebecka.

Se queda callada un buen rato.

—Lo que pasa es que hay tantas cosas de las que no hablamos —añade.

Minoo se da cuenta de que este es uno de esos instantes decisivos en los que es posible que dos personas se conviertan en amigas de verdad.

—Han corrido ciertos rumores sobre mí —continúa Rebecka.

Minoo duda, no está segura de si debe admitir que se pasó toda la secundaria oyendo rumores sobre Rebecka. Era una de las chicas de las que se decía que tenía un trastorno alimentario.

—¿Eran verdad?

—Sí. Todavía lo son. Sé que puede volver a pasar. Ha mejorado desde la primavera. Pero pienso en ello. A menudo.

—¿Y qué dice Gustaf?

—Nunca lo hemos hablado, aunque seguro que lo sabe. —Rebecka mira a Minoo a los ojos—. Pero es que tengo tanto miedo de que, si se entera, no quiera estar conmigo. Tú eres la primera persona a la que se lo cuento.

Minoo querría que se le ocurriera algo inteligente que decir. Quiere demostrarle que es digna de confianza, ayudar a Rebecka con un montón de buenos consejos y prometerle que todo saldrá bien. Pero, de pronto, comprende que es mejor callar. Dejar que hable Rebecka.

—Cuando pienso en cómo eran las cosas antes de estar con Gustaf es como ver una película antigua en blanco y negro. Es, por así decirlo, como si él hubiera traído el color. Pero tengo la sensación de que yo sigo perteneciendo a ese mundo en blanco y negro, y de que él puede darse cuenta en cualquier momento de que no soy «de colores». Y entonces, todo se irá al garete.

—Pero él te quiere. Se nota. A lo mejor lo que tienes que hacer es, simplemente, creértelo.

—Ya me gustaría que fuera tan «simple» —dice Rebecka.

—Qué guay darte consejos, como yo tengo tanta experiencia en el tema de los tíos y de las relaciones —sigue Minoo y Rebecka se ríe.

—Vale. Te toca. ¿Tienes algún oscuro secreto que quieras compartir conmigo?

Minoo se lo piensa.

—Pues que no soy afortunada en el amor —responde—. Es patético.

—Vaya. ¿Y quién es él?

—Tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie. Quiero decir, ya sé que no lo harías, pero tengo que decir «no se lo cuentes a nadie», porque así me siento mejor.

Rebecka vuelve a reírse.

—Te lo prometo —dice.

Minoo apenas puede mover los labios para pronunciar su nombre. Teme sonar tan ridículamente ingenua como es en realidad.

—Max.

Le sale como un suspiro. Quiere que se la trague la tierra allí mismo, quedar enterrada y olvidada para siempre.

—¿Crees que te corresponde? —pregunta Rebecka, como si no fuera tan raro.

—Por supuesto que no —responde Minoo—. Aunque a veces es como si se *fijara en mí*. Claro que seguro que soy yo, que interpreto lo que no es.

—¿Por qué no intentas hablar con él fuera del instituto? Si crees que hay algo entre vosotros, seguro que es verdad.

Hace que parezca tan fácil…

—Gracias, pero creo que, en vez de eso, será mejor que me desenamore.

—Suerte —dice Rebecka, con ironía, y Minoo no puede evitar reírse.

14

EL centro comercial Citygallerian representa todo lo que Vanessa detesta de Engelsfors. Está despoblado, es feo y, sobre todo, un fracaso vergonzoso.

Lo inauguraron hace seis años con pompa y boato y con globos gratis para los niños. Ahora no quedan más que tiendas cerradas y el Sture & Co., antro favorito de los borrachos. Todo el edificio descansa en una semipenumbra permanente, puesto que nadie se preocupa ya de cambiar las bombillas. Kristallgrottan es la única apertura nueva en más de dos años.

Cuando Vanessa abre la puerta de la tienda, se oye el tintineo de una campanilla. Huele intensamente a incienso. Las paredes tienen un cálido color amarillo y el local está lleno de estanterías y de mesas atestadas de libros, atrapasueños, cuadros de delfines, velas aromáticas y frascos misteriosos. Y, naturalmente, de cristales de todos los colores y tamaños.

Detrás del mostrador hay una mujer de edad hojeando una revista del corazón. Tiene la piel apergaminada por el solárium y la melena rubia destrozada por la permanente. Lleva los labios pintados de rosa palo y los párpados de una gruesa capa de sombra turquesa. El traje vaquero tiene mariposas doradas bordadas aquí y allá.

Ajá, así que esta es Mona Månstråle, ¿eh? Vanessa no sabe qué esperaba pero, desde luego, no ver a una persona que parece sacada de un vídeo musical de los años ochenta. Cuando se acerca al mostrador, nota el olor a humo rancio y a perfume empalagoso.

—Hola —saluda Vanessa.

—¿Qué querías? —responde Mona con voz ronca sin levantar la vista de la lectura.

Vanessa se irrita. Aquel sitio tiene pinta de necesitar a todos los clientes que pasen por allí. Mona Månstråle debería estar dando saltos de alegría y lanzando pétalos de rosa a su paso.

—¿Molesto?

La mujer cierra la revista despacio y clava la vista en Vanessa.

—¿Qué quieres? —repite.

—Mi madre ha estado aquí, le leíste la mano. Jannike Dahl. Me dijo que ofrecías algo así como un dos por uno.

Deja el recibo en el mostrador y Mona lo coge, despacio, como si quisiera dejar claro que no tiene la menor intención de estresarse. Se pone las gafas que llevaba colgadas al cuello y examina el trozo de papel meticulosamente y a conciencia.

Luego mira a Vanessa y exhala un suspiro hondo y prolongado.

Vanessa está a punto de dar media vuelta, pero lleva ya varias semanas queriendo venir y la oferta acaba hoy. Su madre se sentiría muy decepcionada. Le gustaría tanto que Vanessa compartiera su interés por la interpretación de los sueños, las visualizaciones y las fotografías del aura.

—¿Algún problema? —pregunta Vanessa.

Mona resopla, se levanta y rodea el mostrador. Allí, entre una estantería repleta de libros de ocultismo y un dragón de cobre que le llega a Vanessa por la cadera, hay una cortina de terciopelo granate. Mona la aparta y entra al tiempo que le indica a Vanessa que la siga.

Es una habitación pequeña y sofocante. Las paredes blancas están cubiertas de retazos de terciopelo colgados a la ligera y sujetos con clavos, y el suelo de linóleo de color melocotón elimina todo intento de crear un ambiente misterioso. En medio de la salita hay dos sillas tapizadas de felpa roja y una mesa cubierta con un tapete morado con flecos dorados. Mona le indica que se acerque y Vanessa interpreta que el gesto implica además que debe sentarse. Uno

de los muelles de acero que hay debajo del asiento se le clava en las nalgas cuando se sienta.

—¿Qué mierda…? —dice Vanessa moviéndose un poco para encontrar una postura más cómoda—. Esta silla está rota.

—Es que tú eres demasiado huesuda —se defiende Mona sentándose enfrente.

Vanessa está a punto de responder algo sobre que el culo de Mona debe de tener un buen relleno, pero se muerde la lengua.

Se oye el tintineo de la pulsera de la mujer, que rebusca debajo de la mesa. Luego empieza a untarse las manos. Vanessa se pregunta si será algún tipo de aceite mágico cuando ve el bote de jabón. Entonces, Mona extiende las palmas.

—Venga esos puños —dice.

Vanessa coloca vacilante las manos en las de Mona. En el preciso momento en que le toca la piel, experimenta una sensación extraña. Le recuerda a cómo se siente cuando está a punto de hacerse invisible. Algo así como un viento que le soplara por dentro.

Las últimas semanas ha mejorado mucho a la hora de controlar su invisibilidad. Sabe detectarla y detenerla a tiempo. Ahora, además, está aprendiendo a hacerse invisible cuando quiere. Eso es mucho más difícil y, la primera vez que lo intentó, tuvo que esforzarse tanto que empezó a sangrar por la nariz.

Mona le examina las manos y, de repente, Vanessa se pone nerviosa. Toma conciencia de que no sabe nada de aquella mujer. El corazón empieza a latirle más rápido cuando calcula las semanas transcurridas y cae en la cuenta de que debió de llegar a la ciudad poco antes de la muerte de Elías.

Ha sido una idea pésima, Vanessa, se dice a sí misma. Una idea de pena, vamos.

—Veo que eres una joven independiente, que quieres seguir tu propio camino —comienza Mona.

—Ya, qué difícil de adivinar —dice Vanessa, notando cómo el pulso recupera el ritmo normal.

—¡Aquí no nos dedicamos a adivinaciones! —Mona la mira irritada, antes de continuar—. Quieres viajar y ver mundo.

—Dios mío, pues sí que soy especial.

No hay peligro, porque todo lo que Mona está diciendo podría aplicarse a cualquier chica de su edad. Mona es una farsante, exactamente igual que todos los gurús de su madre. Y esa farsante está moviendo la boca de tal modo que se le marcan todas las arrugas del bigote. Después parece decidirse por algo.

—*Alright*. Ahora vamos a hacerlo bien.

Le aprieta las manos más fuerte.

Vanessa nota una sensación nueva. Se siente igual que cuando Ida empezó a levitar en el teatro, como si el aire estuviera cargado de electricidad. Se le eriza el vello de los brazos. Contiene la respiración.

—Veo a un hombre —dice Mona—. Tenéis una relación complicada.

—¿Ah, sí? —dice Vanessa, tratando de parecer indiferente.

—La cosa no saldrá bien.

—Pero bueno, ¿cómo puedes decirme algo así?

Mona sonríe condescendiente.

—¿Quieres que lo dejemos? ¿No soportas la verdad?

Vanessa se aguanta. Mona sigue investigando la palma de su mano derecha. Sigue una línea con el dedo índice y le hace cosquillas.

—¿Ves esto? Estas líneas van unidas hasta el final. El amor de tu vida no es quien tú crees, pero sí es alguien a quien ya conoces. Bueno, bueno, bueno… No será coser y cantar, desde luego. Pero estáis unidos irremediablemente.

Mona suelta una risita. No, eso no es correcto: Mona *cacarea*.

—Dime, ¿qué es eso que tanto te divierte? —pregunta Vanessa.

—Ya lo comprenderás.

Mona suelta la mano derecha de Vanessa y coge la izquierda.

—Te sientes muy decepcionada por alguien. Veo que uno de tus progenitores… —comienza la mujer, pero de repente se inclina tanto que la punta de la nariz casi le roza la palma de la mano—. ¡Ajá! —exclama al fin.

A Vanessa se le seca la boca. La lengua se le pega al paladar y no puede articular palabra. Mona la mira triunfante.

—¡Lo sabía! —dice—. Espera un poco.

Se levanta y se dirige a un mueble pintado de negro. El primer cajón chirría tanto cuando lo abre que Vanessa se estremece. Mona rebusca ruidosamente hasta que encuentra lo que quiere.

Vanessa apenas tiene tiempo de advertir una bolsa de plástico con piedras de un color entre blanco y amarillo, cuando Mona sale de la habitación. Al cabo de unos segundos, vuelve con un cigarrillo humeante entre los labios y un cenicero de mármol rojo en una mano. La bolsa se balancea en la otra.

—Necesito algo más contundente —dice Mona.

Con mucho cuidado, abre la bolsa y extiende el contenido sobre la mesa. Vanessa se queda helada al ver que no son piedras.

Son dientes. Dientes humanos.

—¿Ves esas muescas? —pregunta Mona sujetando dos incisivos.

Vanessa se aparta.

—No seas tiquismiquis —le dice Mona—. Puedes estar contenta de que no utilice excrementos de animales, o vísceras.

La mirada de Vanessa se desliza hasta el tapete morado. Los dientes brillan y se aprecian en ellos unas líneas extrañas que se cruzan en diversos sentidos. En cada diente hay grabado un dibujo.

—Son signos del *ogam*, el alfabeto que los druidas utilizaban hace miles de años —explica Mona—. Aunque hay quien cree que eran más antiguos y que tienen su origen en los cultos a la diosa de la luna practicados en Oriente Medio.

Reúne todos los dientes en las manos ahuecadas y los agita varias veces. Se los oye entrechocar y tintinear. Hasta que abre las manos y los deja caer sobre la mesa. Vanessa vuelve a notar la sensación de electricidad. Es como si alguien le pasara un rallador por todo el cuerpo.

Mona le da la vuelta a varios dientes, para que todos los signos queden visibles. Luego, examina el resultado mientras da un par de caladas al cigarrillo, que aún tiene en la comisura de los labios.

—Este signo, el *uath*, significa terror o miedo —explica señalando una muela—. Y este… No. No creo que quieras saberlo.

Mona la mira retadora.

—Por supuesto que quiero.

—*nGetal* significa muerte. La muerte te ronda.

Mona da otra calada y la columna de ceniza que va formando el cigarrillo crece un poco más, tanto que amenaza con caer en cualquier momento. Mona se quita las gafas.

A Vanessa le cuesta respirar. Es como si la habitación fuera encogiendo poco a poco, como si las paredes fuesen a sitiarla y a aplastarla de pronto.

—Bueno, tampoco hay que interpretarlo todo al pie de la letra —dice Mona como si acabase de contar algo normal.

Vanessa se levanta de golpe, tironea del vuelo de la cortina que cubre la entrada hasta que consigue pasar al otro lado, al mundo normal, donde el aire es respirable.

—Hola —oye decir a alguien. Vanessa mira a su alrededor.

Es Linnéa, que está entre las estanterías. Tiene en la mano una figura de porcelana, brillante como el nácar, que representa un ángel.

—¿No es tan feo que resulta maravilloso? —pregunta.

Vanessa observa el ángel regordete, que está tocando el arpa. Nadie, salvo Linnéa, podría adornar su casa con una cosa tan grotesca y hacer de ella algo chulo.

Mona aparece en la tienda y pasea la mirada por la chaqueta de Linnéa, de imitación de piel de leopardo, la camiseta que lleva debajo, recortada y vuelta a componer con imperdibles, la falda supercorta de tul rosa y las botas de caña alta.

—Vacíate los bolsillos —ordena Mona.

—¿Y eso por qué? —pregunta Linnéa.

—Reconozco a un ladrón nada más verlo.

—Si ni siquiera tengo bolsillos —responde Linnéa.

Se da una vuelta entera y sonríe triunfal. Mona le da un tirón de la chaqueta, la investiga a fondo y comprueba que Linnéa le ha dicho la verdad.

La mujer resopla y Vanessa piensa que Linnéa es precisamente lo que ella necesita en esos momentos, después de la pirada de la fumadora compulsiva y sus signos de la muerte.

Dejan a Mona Månstråle y su tienda asfixiante.

—¿Qué mierda hacías con la vieja esa? —pregunta Linnéa, y saca un paquete de tabaco de la bota en cuanto salen del centro comercial.

Enciende un cigarrillo y se lo da a Vanessa, que lo acepta aunque a ella solo le gusta cuando está borracha. Luego, Linnéa se enciende otro y echan a andar juntas.

—Mi madre, que quería que viniera a toda costa —responde Vanessa. No quiere hablarle de la predicción de Mona, prefiere olvidarla para siempre—. ¿Qué hacías *tú* allí dentro? —se apresura a añadir antes de que Linnéa siga haciendo preguntas.

—Nada, he ido a recoger unas cosas —responde Linnéa con una sonrisa burlona y le muestra el paquete de incienso que lleva en la otra bota.

Vanessa está impresionada.

Una vez en Storvallsparken, se detienen junto a la fuente.

—¿Has vuelto por Kärrgruvan? —pregunta Linnéa al cabo de un rato.

Vanessa está pensando en Rebecka, que ha intentado convencerla varias veces de que vaya con ella, pero siempre le ha puesto como excusa que iba a ver a Wille, o a Michelle o a Evelina. No quiere pensar en lo que ocurrió aquella noche. No quiere que todo eso forme parte de su vida.

—No. ¿Y tú? —pregunta.

—No —responde Linnéa en un tono apenas audible—. Quiero saber por qué murió Elías, pero no sé qué hacer.

—Puede que tengamos que reunirnos con las demás otra vez —sugiere Vanessa tras unos instantes—. E intentar averiguar qué está pasando.

—Si hago algo, lo haré sola —responde Linnéa secamente.

Vanessa da una calada y trata de ocultar lo asqueroso que le resulta el tabaco.

A espaldas de Linnéa ve a uno de los borrachines que suelen merodear por el parque. Está bailando una danza curiosa sobre el césped color ocre. Totalmente de la olla. Pero es buena gente. Vanessa lo sabe, porque es uno de los que solía mandar al Systemet[3] a cambio de una propina, antes de conocer a Wille.

Linnéa tira la colilla al suelo y la aplasta a conciencia con la bota. De repente, parece contrariada. ¿Tendrá miedo de que Vanessa le pregunte si puede ir a su casa?

—Tengo que irme —dice Vanessa para dejar claro que no pretende que se conviertan en uña y carne de la noche a la mañana.

Linnéa no contesta. Detrás de ella, el borracho agita la cabeza. Empieza a acercárseles bailando con paso torpe y movimientos bruscos.

—¡Hola! —saluda.

—Hombre, hola —responde Vanessa, con la esperanza de que se dé por satisfecho con eso.

Pero él continúa aproximándose.

—Linnéa, ¡alegría y consuelo de mi pobre corazón! —grita el hombre con esa voz rasposa y rota que todos los borrachos terminan por adquirir tarde o temprano.

—Uno de tus amigos, ¿eh? —dice Vanessa con una risita, y mira a Linnéa.

Ella no responde. Simplemente, se aleja de allí sin mirarla siquiera.

—¡Linnéa! —vuelve a gritar el borracho.

Luego detiene su extraña danza, se queda balanceándose de un lado a otro sin moverse del sitio, observando a Linnéa con la mirada vacía y la boca abierta. Linnéa le contesta tan bajito que Vanessa apenas lo entiende:

—Adiós, papá.

15

CUANDO Anna-Karin abre la puerta, el aroma a pan recién hecho le da en la cara, donde se dibuja una amplia sonrisa.

—Hola, cariño, ¿ya estás en casa? —se oye la voz de la madre desde la cocina.

—¡Sí! —grita Anna-Karin mientras se quita la chaqueta y la cuelga en el perchero de la entrada.

Apenas ha tenido tiempo de quitarse los zapatos cuando aparece su madre y le da un abrazo fuerte y cálido. Desde que dejó de fumar, no apesta a ceniza revenida. Y la casa huele a pan recién hecho, a jabón y a aire fresco.

—¿Cómo te ha ido hoy en el instituto? —pregunta su madre.

—Muy bien. Lo tenía todo bien en el examen de historia.

—¡Pero qué niña más lista! —exclama la madre orgullosa.

Anna-Karin no siente el menor remordimiento por haber escrito al tuntún antes de utilizar su fuerza con el profesor. Lo cierto es que tiene sus reglas. En la medida de lo posible, trata de no manipular a los profesores, y a los de ciencias naturales no los toca nunca, solo a los que imparten materias inútiles como historia, alemán y gimnasia. Después de todo, no le servirán de nada cuando sea veterinaria. Y, en el fondo, ¿a quién iba a hacer feliz que ella se aprendiera un montón de cosas absurdas, que olvidaría a la primera de cambio?

—Estaba haciendo panecillos, pero luego he caído en que, ya puesta, podría hacer también unos bollos de canela —dice su madre riendo mientras se limpia en el delantal la mano llena de harina.

La sonrisa de su madre no llega a reflejarse en los ojos, pero a Anna-Karin eso la trae sin cuidado. Su madre no tardará en darse cuenta de lo agradable que es *vivir*. Y entonces la sonrisa será auténtica. Está segura.

Peppar se acerca sigiloso escaleras abajo y se detiene en el último peldaño.

—Hola, amiguito —dice Anna-Karin, se pone en cuclillas y extiende la mano.

A *Peppar* le brillan los ojos de un verde amarillento. Mueve la cola cauteloso de un lado a otro. Y no se acerca. Anna-Karin no se explica lo que le pasa últimamente. *Peppar*, el pequeñín, que hace nada ronroneaba en su bolsillo.

—Ven aquí, *Peppar* —trata de convencerlo—. Miso, miso, miso…

El animal no se mueve del sitio.

VEN AQUÍ, piensa Anna-Karin sin dejar de mirarlo intensamente a los ojos. *VEN AQUÍ AHORA MISMO PARA QUE PUEDA ACARICIARTE. SOLO QUIERO JUGAR UN POCO*.

Peppar da un bufido y huye por la escalera hacia el piso de arriba.

—¡Bueno, pues no vengas! —bufa también Anna-Karin.

En ese mismo momento suena el móvil. Es el número de Rebecka. ¿Es que no piensa rendirse? Ni ella ni las demás comprenden hasta qué punto merece Anna-Karin la nueva vida que ahora disfruta. Y no piensa disculparse.

Todo se irá al cuerno, piensa Rebecka. No conseguiré reunirlas nunca.

Se guarda el móvil en el bolsillo y busca con la mirada a Gustaf en Citygallerian, ahora sin gente. Se le olvidó la bufanda en el quiosco de Leffe cuando estuvieron comprando caramelos.

—Espérame, voy corriendo a buscarla —le dijo.

Y ya hace un buen rato que se fue. Demasiado rato.

Rebecka da pataditas de impaciencia y piensa que le habría gustado tener algo que leer. Algo distinto del libro de biología. Pasea la mirada por los escaparates a oscuras, donde su propia figura se refleja como una sombra. Parece un fantasma en el interior de los locales vacíos. Solo hay luz en la nueva tienda, Kristallgrottan.

Rebecka se acerca. En el escaparate se agolpan pirámides de latón, cartas del tarot, incienso, estatuillas de ángeles y, naturalmente, cristales de todos los colores, formas y tamaños. En un estante aparte hay joyas en un batiburrillo deslumbrante de plata y piedras baratas.

Casi todo parecen baratijas, pero se le va la mirada hacia un collar de plata con piedrecitas rojas, como pequeñas, pequeñísimas gotas de sangre alrededor del cuello. Pega los dedos al cristal. Ese collar no es de su estilo y, aun así, lo quiere. Quiere comprarlo ahora mismo, ya, y llevarlo siempre puesto.

Si tuviera dinero, claro. Si tuviera dinero *por una vez*.

Rebecka no sabe cuánto tiempo lleva allí mirando el collar cuando nota un cosquilleo en la nuca.

Alguien la está observando. Está segura.

Fija la vista en los reflejos del escaparate. Una figura desdibujada se alza detrás de ella, solo puede intuirla a la débil luz del sol que se filtra por la entrada del centro comercial. Pero la reconoce bien.

No se atreve a darse la vuelta. Transcurren varios segundos que se le hacen interminables. La figura sigue allí.

Ve que se mueve alguien en el interior de Kristallgrottan. Una mujer con un traje vaquero y una frondosa melena rubia. Va de un lado a otro hablando sola. Si levantara la vista y mirara a Rebecka… Pero la mujer se pierde detrás de una cortina y Rebecka comprende que, si la figura se abalanzara sobre ella, no habría ningún testigo. La penumbra de aquel centro comercial es perfecta para atacar a alguien, pese a que es mediodía y está en pleno centro. Solo de pensarlo se le encoge la columna vertebral de puro pánico.

Rebecka se obliga a armarse de valor. No hay nada peor que quedarse allí esperando a que suceda. Trata de convencerse de que es fuerte. Tiene una fuerza cuya existencia desconocía la otra vez que la figura la siguió.

Respira hondo y se da media vuelta al mismo tiempo que las puertas de entrada se abren con un leve silbido. La figura ha desaparecido. Gustaf aparece corriendo hacia ella. Sus pasos resuenan huecos sobre el suelo de piedra.

—Perdona que haya tardado tanto —dice Gustaf—. Leffe se toma su trabajo un poco demasiado en serio. He tenido que describirle la bufanda para que me la devuelva. Y la verdad, no me había fijado en el color de los cuadros…

Se interrumpe y la mira extrañado.

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Has visto a alguien al entrar?

—No… ¿Por qué lo preguntas?

Rebecka consigue esbozar una sonrisa alegre y despreocupada.

—No, que me ha parecido ver a un conocido —dice volviéndose hacia el escaparate de Kristallgrottan—. ¿Has visto la tienda nueva? Qué cosas más feas. Bueno, aunque algunas son bonitas.

—¿Te gusta algo en particular?

Rebecka señala el collar.

—Lo sabía —responde Gustaf sonriendo satisfecho.
—¿El qué?
—Bah, no, que estaba pensando… Pronto será tu cumpleaños… Aunque no tendría que haberlo dicho, claro.
Gustaf se ríe y ella sospecha que ya le ha comprado el collar para regalárselo. O al menos, que tiene pensado comprarlo. Es como un niño. Se le ve todo en la cara. Como si nunca hubiese tenido necesidad de aprender a ocultar nada.
—No me compres nada caro —le dice ella bajito, con la esperanza de no herirlo.
Han intentado hablar de lo del dinero, pero es difícil. Los padres de Gustaf tienen mucho y son generosos, pero en casa de Rebecka, con una familia tan numerosa, nunca sobra el dinero. Gustaf siempre le dice que su familia también es generosa, que uno da en relación con lo que tiene. Parece lógico. Si ella tuviera mucho, también daría mucho. Pero si tienes poco, cuesta recibir.
—Qué callada estás —dice Gustaf, y Rebecka se da cuenta de que llevan un buen rato andando.
—Estaba pensando en una cosa.
—A veces me gustaría poder leerte el pensamiento —sigue Gustaf, sonriendo.
—Te aburrirías enseguida —responde ella, pasándole el brazo por la cintura.

Rebecka contempla la foto de ella con Gustaf, la que tiene en la pared, junto a la cama. Era Gustaf quien sostenía la cámara, durante un paseo por las esclusas, su primera semana como pareja oficial.
Ahora apoya la cabeza en su brazo, está tumbada a su lado sintiendo el calor de su cuerpo.
—Te quiero —le susurra él, y siente su aliento cálido junto a la oreja.
—Yo también te quiero.
Los padres de Gustaf están cenando en casa del jefe de su madre, pero lo hicieron tan silenciosos como siempre. Es una costumbre que no se olvida, siempre tienen la sensación de que hay que ir con cuidado, como si alguien pudiera oírlos o entrar en la habitación de buenas a primeras.
—¿Estás a gusto así? —le susurra.
—Ummm… —responde Rebecka.
Se arrebuja pegándose un poco más a él. No se cansa de sentir su piel. Gustaf la abraza y la besa en la frente.
Fuera ha empezado a soplar el viento. La casa de Gustaf está en la última calle, antes de que el bosque se haga con el terreno a este lado de la ciudad. Existe allí una fosa común, por una epidemia de cólera. El verano pasado dieron un paseo hasta ahí. Unos bloques de piedra marcaban el lugar. Estaban fríos incluso al sol y los habían unido con una gruesa cadena negra.
La idea de la fosa le trae otros pensamientos desagradables. Rebecka recuerda la figura del escaparate y siente que se le tensan todos los músculos, como poniéndose en guardia para la defensa. Intenta relajarse de nuevo. Quedarse con la feliz sensación en la que se encontraba hacía un instante.
—¿Qué te pasa? —pregunta Gustaf.
—¿A qué te refieres?
Gustaf se retira un poco para poder verle la cara. La mira muy serio.
—Es que tengo la sensación de que estás… No sé cómo decirlo. Últimamente estás como

en otra parte.

Rebecka abre la boca para protestar, pero Gustaf continúa:

—¿Ha pasado algo?

Ella lo abraza más aún y esconde la cabeza en su pecho. No quiere mirarlo a la cara mientras le miente.

—No.

—¿Seguro? —pregunta.

—Es que estoy muy liada con el instituto —dice Rebecka.

Oye latir el corazón de Gustaf y se pregunta cómo será ser él. Tan tranquilo y tan seguro en todas las situaciones.

—Ahora vas mucho con Minoo, ¿no? —le pregunta al cabo de un instante.

Rebecka se sorprende, pero siente un gran alivio con el cambio de tema.

—Sí. Me cae muy bien, la verdad. Es inteligente. Y legal. Y, además, muy divertida. A veces me da la sensación de que ni ella misma lo sabe.

—Pues tenemos que hacer algo los tres juntos.

—Ummm.

—¿Tú crees que podría gustarle alguno de mis amigos? ¿Rickard, por ejemplo? —sugiere Gustaf.

Rebecka se imagina juntos a Rickard y a Minoo y no puede reprimir una risita. Rickard es un pedazo de pan, pero solo sabe hablar de fútbol. Nada menos idóneo para Minoo.

—¿Por qué no?

—Minoo ya está enamorada de alguien.

Simplemente, se le escapa.

—¿De quién?

Ha prometido no contarlo, y ahora está a punto de hacerlo. Le gustaría tanto poder contarle a Gustaf un secreto… sería como compensarlo por todos los que no tiene más remedio que guardar.

Pero no, se dice. No debo hacerlo. No es un secreto mío, y Minoo no me lo perdonaría nunca.

—No puedo decírtelo.

—Pues claro que puedes.

—No, se lo he prometido.

—¡Venga ya!

—¿A qué viene tanta curiosidad? ¿Es que crees que está enamorada de ti o qué?

Se echa a reír al ver la cara de Gustaf, que finge estar enfadado. Luego le pasa una pierna por encima, la inmoviliza sujetándola contra el colchón y empieza a hacerle cosquillas en la barriga. A Rebecka se le escapa un gritito y se ríe a carcajadas sin poder evitarlo.

—Venga, dímelo —insiste Gustaf entre risas.

Rebecka solo puede responder con la cabeza, apenas le llega el aire a los pulmones.

Al final, se calman y se quedan en silencio. Él empieza a besarla, pero ahora siente cosquillas haga lo que haga. El roce de la barba en el cuello la hace chillar otra vez y Rebecka sube el hombro hacia la mejilla para protegerse.

Y en aquel preciso momento, allí, tumbada con él, no se explica cómo ha podido dudar nunca de que Gustaf la quiere pase lo que pase.

16

REBECKA llega a casa cerca de la medianoche y se queda despierta dos horas más haciendo los deberes de francés. Después ya no puede dormir. La cabeza se le va todo el rato a la figura del centro comercial. Y cuando se adormila, la sigue en sus sueños.

Tengo que contárselo a Minoo, piensa nada más despertarse al día siguiente.

De pronto siente cierto alivio. En realidad, no está sola.

Cuando baja a la cocina, en la radio se oye música a un volumen discreto. Anton y Oskar todavía duermen. Alma intenta sacar a Moa de la trona y Moa suelta un berrido que le resuena a Rebecka en los oídos. Su madre está al lado de la ventana, con el móvil desportillado pegado a la oreja susurrando algo con expresión grave.

Rebecka saca un cartón de leche agria del frigorífico y mira de reojo a su madre.

—Pues no, no puedo —dice—. Tendrás que decírselo tú mismo.

Le ofrece el teléfono a Rebecka.

—Es papá.

Rebecka coge el auricular con el presentimiento de que serán malas noticias.

—Hola, Beckis… —La voz de su padre suena tensa—. Tengo una mala noticia que darte. Estaré en un congreso el fin de semana. Me voy a perder tu cumpleaños.

No debería afectarle algo tan infantil como pasar un cumpleaños sin su padre. Pero le afecta.

—Ajá —dice mirando el frigorífico, concentrándose en un imán con forma de abejorro sonriente. Todo el tiempo nota la mirada de su madre puesta en ella.

—Es muy importante que vaya. De lo contrario, sabes que no…

—Lo entiendo —lo interrumpe Rebecka—. Ya hablamos, adiós.

Su padre intenta decir algo más, pero ella cuelga.

—Beckis… —comienza su madre con una voz tan suave que le produce un hormigueo por todo el cuerpo.

Quiere consolarla pero no comprende que ese tono y la expresión compasiva no hacen sino empeorarlo todo. Rebecka solo quiere fingir que no ha pasado nada, para poder olvidarlo lo antes posible.

—No importa —concluye Rebecka rehuyendo la mirada de su madre.

Vuelve a meter el cartón de leche agria en el frigorífico. Tiene hambre, pero le da igual. El hambre le infunde esa sensación sólida y fuerte de control. Una sensación que, en el fondo, sabe que es muy peligrosa.

—Podemos comer fuera. En el Venezia.

—Tranquila —dice Rebecka—. Lo celebraré con Gustaf.

—Invítalo.

—Puede. ¿Tenemos que decidirlo ahora? Estoy muy agobiada…

Su madre le acaricia la mejilla y se tiene que reprimir para no apartarse, para no herirla.

—Está bien. Lo hablaremos más tarde —asiente su madre.

—Tengo que ducharme —murmura Rebecka y se va hacia el cuarto de baño.

—Espera un momento —le grita su madre—. Me ha llamado la directora. Quiere hablar contigo después de la última clase.

—¿Sobre qué?

—Solo es una charla rutinaria, según ha dicho.

—Vale —dice Rebecka, con el tono más neutro de que es capaz.

Después entra en el cuarto de baño, se quita el pijama, abre la ducha y espera a que salga el agua caliente.

No hay nada que se llame «charla rutinaria con el director». Tiene que ser por el trastorno alimentario. Está segura. No puede ser otra cosa.

Se mete en la ducha y deja que le caiga el agua. Solo hay una persona a la que le ha confesado sus problemas. Esa persona es Minoo.

Quedan cinco minutos para la primera clase. Minoo se sienta al fondo del aula de biología y espera a Rebecka.

No en todas las clases que tienen en común se sientan juntas, aunque cada vez ocurre con más frecuencia. Minoo sabe que deberían ser más cautas, pero ha notado que el contacto humano crea adicción. Antes de conocer a Rebecka era como si hubiese tenido congelada una parte de sí misma: esa parte que añora pertenecer a un grupo y tener amigos. Y entonces llegó Rebecka y empezó a descongelarla. Por fin entiende que una cosa es estar sola cuando una no tiene amigos. Pero pasar sin ellos cuando están ahí es más difícil de lo que pensaba.

Observa a Anna-Karin, que está sentada encima de un pupitre en la primera fila, hablando con Julia y Felicia. Ellas ni siquiera están en ese grupo. Minoo ha tenido todo el tiempo la certeza de que, tarde o temprano, Anna-Karin dejará de lavarle el cerebro a Julia, a Felicia y a medio instituto. Está tan mal y es tan peligroso que Anna-Karin finalmente se dará cuenta.

Ahora empieza a creer que puede que no lo haga. Ella misma no se imagina sin amigas otra vez. ¿Por qué iba a ser diferente para Anna-Karin?

Rebecka entra en clase solo unos segundos antes de que llegue el profesor de biología. Normalmente ella nunca llega tan tarde. Viene sin maquillar y con las ojeras marcadas. Y, a pesar de todo, es guapísima. Rebecka tiene algo que hace que Minoo no se canse nunca de mirarla. Hay tantos matices en su semblante, tantas variaciones de Rebecka, y sin embargo, es siempre ella misma.

Rebecka toma asiento junto a Minoo aunque apenas le devuelve la sonrisa. Parece totalmente concentrada en recargar el portaminas.

El profesor de biología, Ove Post, se encamina a la tarima y se dirige a los alumnos. Lleva puesto el mismo jersey de todos los días, rojo con manchas de huevo, o al menos eso espera Minoo que sean.

—Bien —dice el profesor—. Vamos a hablar del fascinante reino vegetal.

Chupa ruidosamente una pastilla para la garganta. Alguien suelta una risita ahogada cuando empieza a dibujar una célula vegetal en la pizarra. Ove explicó exactamente lo mismo en la clase anterior. Todo el mundo sabe por qué tiene siempre una pastilla para la garganta en la boca. Por qué a veces se queda dormido en la silla.

Minoo escribe algo en el cuaderno y se lo pasa a Rebecka.

¿QUÉ TAL?

Rebecka se queda mirando lo que ha escrito como si fuera un acertijo. Juguetea con el lápiz en la mano. Vacila. Y entonces empieza a escribir.

—¿Quién sabe un sinónimo de criptógama? —pregunta Ove y Minoo levanta la mano automáticamente—. Milou —dice Ove.

Alguien suelta una risa. Minoo ha desistido en su intento de que Ove se aprenda su nombre.

—Las criptógamas son las plantas que se reproducen por esporas. Las fanerógamas son

las que se reproducen mediante semillas —responde.

Kevin resopla y ella se arrepiente al instante de haber dado una respuesta más detallada de la cuenta. ¿Por qué tiene que ser siempre tan pedante? ¿Por qué es tan importante provocar la sonrisita de satisfacción de Ove y el odio de toda la clase?

Rebecka le devuelve el cuaderno y Minoo lo lee. Ha escrito varias cosas y luego las ha borrado. Y solo ha dejado:

¿LE HAS CONTADO A ALGUIEN LO QUE TE DIJE EN KÄRRGRUVAN?

Minoo se queda helada. Mira a Rebecka y se sonroja. Es inocente, pero se pone tan nerviosa que seguramente parece la embustera mayor del reino. Le quita el lápiz.

¡NO! ¿POR QUÉ LO PREGUNTAS?, escribe.

TENGO QUE IR AL DESPACHO DE LA DIRECTORA, UNA «CHARLA RUTINARIA».

Rebecka mira a Minoo con curiosidad.

PERDONA QUE SOSPECHARA DE TI, escribe entonces.

Minoo la mira y le susurra:

—Está bien.

AYER ME ESTUVIERON SIGUIENDO. NO SÉ QUIÉN, PERO LO HE VISTO ANTES, AL DÍA SIGUIENTE DE LO DE ELIAS.

Minoo piensa en la figura que había delante de la casa aquella noche. Escribe rápidamente que cree que a ella también la han estado siguiendo. Rebecka lo lee y la mira. Minoo tiene la impresión de que las dos sienten lo mismo: alivio por no ser la única. Miedo porque lo que sucedió se ha convertido en algo doblemente real.

Rebecka escribe:

TENEMOS QUE REUNIRNOS. TODAS. A MEDIANOCHE. LES MANDO UN MENSAJE Y SE LO CUENTO. TIENEN QUE ENTENDERLO YA. NO SÉ QUÉ VAMOS A HACER, PERO DEBEMOS AYUDARNOS.

Minoo asiente. Se pregunta si Rebecka es consciente de que solo ella puede mantenerlas unidas. Ella es la única que les cae bien a todas. La combinación de Vanessa, Ida, Linnéa y Anna-Karin es como un campo de minas enorme y solo Rebecka puede impedir que todo estalle.

17

—SEGURO que no es nada —dice Gustaf.

Están en la escalera. Rebecka, un peldaño por encima de Gustaf, y así son los dos igual de altos. Hablan bajito para que sus voces no retumben en el hueco de la escalera.

—Ha dicho que era una charla rutinaria, ¿no? —continúa Gustaf.

—Ya, pero ¿tú has tenido alguna «charla rutinaria con la directora»? —pregunta Rebecka.

Jari Mäkinen, el de tercero, baja corriendo por la escalera con una mochila rosa que no le pega nada. Gustaf y él se saludan con un gesto.

—Contesta —repite Rebecka cuando Jari ha desaparecido de su vista.

—No, pero a lo mejor es algo nuevo. Después de lo que le pasó a Elías y eso. Puede que quiera hablar con los alumnos que…

Guarda silencio y mira para otro lado. Rebecka traga saliva. Ya está. Ha llegado el momento de hablar del asunto.

—¿De alumnos que qué? —pregunta ella.

Gustaf la abraza y aspira el aroma de su melena.

—Qué bien hueles —le susurra.

Ella casi le da un empujón para apartarlo. Él la mira con preocupación.

—Pero ¿qué pasa?

—¿Qué es lo que ibas a decir de los alumnos como Elías y como yo?

Dilo tú, oye que le dice una vocecilla interior. No esperes a que lo diga él. Dile la verdad. Minoo tiene razón, tienes que confiar en él.

—Quiero decir que puede que la directora quiera tener controlados a los que habéis empezado este año —dice Gustaf.

La decepción al comprobar la cobardía de Gustaf, su propia cobardía, es como una presión en el pecho.

—Te espero a la salida —dice él.

—Vale —responde Rebecka en un susurro.

—Te quiero —se despide Gustaf—. Que no se te olvide, ¿eh?

Se miran y Rebecka siente que está a punto de llorar. Solo puede responder negando con un gesto.

El despacho de la directora está en penumbra. Las persianas están echadas y la única luz de la habitación es la que da la lámpara del escritorio. Las libélulas del mosaico de colores forman un círculo alrededor de la pantalla, unidas por las alas. No hay un solo papel en la mesa, ni siquiera un bolígrafo. El ordenador está apagado.

La directora lleva un traje gris oscuro con un gran broche de plata en la solapa. Parece antiguo. Tiene la blusa color hueso abrochada hasta el cuello y el pelo negro perfectamente peinado. La cara bien maquillada, como de costumbre. A Rebecka se le ocurre que más de uno diría que es guapa.

—Siéntate —dice la directora con una sonrisa forzada.

Rebecka se acomoda en el sillón que hay delante del escritorio. La directora la mira a los ojos con firmeza, pero de repente algo capta su atención.

—Perdona —se disculpa alargando el brazo para coger un pelo que Rebecka tenía en el

jersey—. Soy un poco perfeccionista.

Rebecka no sabe qué decir.

—Te preguntarás por qué quiero hablar contigo —comienza la directora, y deja el pelo en la papelera.

—No. Creo que ya lo sé.

La directora tiene los ojos oscuros, inteligentes.

—¿Y qué es lo que crees?

Sigue notando la presión en el pecho. A Rebecka le cuesta hablar.

—¿Quién se ha chivado?

—¿Que quién se ha chivado?

—¿Ha sido Julia o Felicia? ¿O ha sido Ida? ¿O la enfermera de secundaria? ¿Puede ir contando esas cosas? ¿O ha sido Minoo?

Se arrepiente enseguida de la última pregunta. Quiere confiar en Minoo. Tiene que hacerlo para que puedan ser amigas. Pero ¿por qué tenía esa cara de culpabilidad?

—¿Y qué es lo que podían decirme de ti? —pregunta la directora.

Si no cierra los ojos, empezará a llorar. Aprieta fuerte los párpados.

De pronto se da cuenta de lo agradable que sería dejarse llevar. Dejarse caer y ver cómo la salvan. Ahorrarse el miedo a que se descubra el secreto. Desvelarlo ella misma.

—Bueno, me parece que será mejor que empecemos por el principio —continúa la directora.

Rebecka abre los ojos. El desconcierto que expresa el semblante de la directora parece sincero y comprende que quizá se haya equivocado. ¿Será de verdad una charla rutinaria?

—Rebecka, ¿tú por qué crees que te he citado?

De repente le resulta imposible contarlo. El secreto la tiene atrapada otra vez. Se levanta del sillón y coge la mochila.

—Lo siento, tengo que irme —dice Rebecka.

—¡Espera! —se oye la voz de la directora, pero Rebecka la ahoga al salir y cerrar la puerta.

Echa a correr por el pasillo hacia la escalera principal. Gustaf la está esperando en la entrada. Está impaciente por arreglarlo todo. Pero ella no puede verlo ahora. Con el pánico tan a flor de piel. Tiene que estar sola un rato.

Rebecka continúa subiendo la escalera y llega a un pasillo. Luego es como si se le hubiera escapado la fuerza. Apoya la espalda en una pared y se desliza despacio hasta quedarse en cuclillas.

Entonces toma conciencia de lo acelerado que le late el pulso.

Entonces toma conciencia de dónde se encuentra.

Está sentada frente a la puerta que conduce a los servicios donde murió Elías.

Desde que lo encontraron la han tenido cerrada con llave y precintada. Está plagada de notas y de mensajes grabados.

R. I. P.

¡¡¡TE ECHAMOS DE MENOS!!!

IT'S BETTER 2 BURN OUT THAN 2 FADE AWAY

PERDÓN

LIVE FAST, DIE YOUNG AND LEAVE A GOOD-LOOKING CORPSE

PERDÓN POR TODO, ELIAS

PERDÓNAME

Con muescas muy profundas y perfectamente legibles, a pesar de que habían intentado borrarlo:

EL BUEN MARICÓN ES EL MARICÓN MUERTO

Rebecka va leyendo los mensajes uno tras otro. Abajo, cerca del suelo, han escrito algo con rotulador negro y en letras muy elegantes:

ONLY THE GOOD DIE YOUNG

Los tubos fluorescentes del techo empiezan a parpadear con un sonido tintineante, eléctrico. Y luego se apagan.

Así es.

Es una voz que en realidad no lo es, es más como uno de sus pensamientos, pero tampoco. No se parece en nada a la voz que le llenó la cabeza la primera noche, cuando le encomendaron la misión de convertirse en guía. Aquella voz era un huésped. Esta ha irrumpido en su conciencia por la fuerza.

Eso que dice ahí es verdad, continúa la voz. *El bien no puede sobrevivir en este mundo. Tú eres demasiado buena, Rebecka*.

Una vez más, siente que la colma el pánico. Es el mismo pánico que cuando la acecharon la mañana siguiente de la muerte de Elías. El mismo pánico que ayer, cuando supo que la observaban.

Eres tú, piensa. El pulso le zumba en los oídos. *¿Quién eres?*

Levántate.

El cuerpo de Rebecka se levanta inmediatamente, con la misma naturalidad que si ella misma le hubiera dado la orden.

Abre la puerta del desván y sube la escalera.

Sus pies empiezan a moverse automáticamente. Entonces se da cuenta de que la puerta está entreabierta.

Trata de concentrar sus fuerzas en cerrarla. Pero de repente algo opone resistencia, algo que la bloquea con un poder muy superior al suyo. Se le nubla la vista y nota que está sangrando por la nariz; la sangre le cae por el labio superior y le entra en la boca. Tiene un sabor metálico, a tierra, dulzón.

No te resistas, dice la voz suavemente. *No tiene sentido*.

La escalera del desván es estrecha. La sube con paso lento.

¿Qué quieres?, pregunta; pero en realidad ya conoce la respuesta. Lo comprende todo perfectamente. Fue así como murió Elías. Fue así como sucedió.

Ha llegado al final de la escalera. Hay dos puertas. Una de madera desvencijada, que conduce al almacén. Otra de acero, que da al exterior. Al tejado.

Ve cómo su mano se extiende y presiona el picaporte de la puerta de acero. Cuando se abre, el viento le da en la cara. Unas nubes blancas se persiguen por el cielo azul.

Elías estaba sufriendo. Yo lo liberé del dolor. Os estoy haciendo un favor, Rebecka.

Te lo ruego, suplica. *Te lo ruego, no quiero morir. Tengo cuatro hermanos pequeños. Mis padres… Gustaf… Minoo…* El pánico le impide formular sus pensamientos.

Todos lo superarán. Es mejor desaparecer ahora y que te mantengas perfecta en su memoria.

Los pies de Rebecka cruzan el umbral. El tejado está cubierto de tela asfáltica reluciente que crepita mientras ella se va acercando al borde.

No tendrás que sufrir nunca más.

La voz que le resuena en la cabeza se ha vuelto seductora. Suena como si fuera la única voz del mundo que se preocupa por ella de verdad, y tiene que obligarse a no escucharla.

¡Pero es que yo quiero sufrir! Lo grita para sus adentros. *¡Quiero vivir, quiero vivir!*

Las piernas se detienen a tan solo un paso del borde. Ve el patio que se extiende allí abajo, los árboles muertos y el asfalto negro con el que han rellenado la grieta. Desde arriba parece una cicatriz. Distingue la carretera, por la que en ese preciso momento está pasando el autobús. Varios alumnos corren en dirección a la parada. Si a alguno de ellos se le ocurriera mirar hacia arriba…

Por favor, suplica. *Por favor, déjame vivir*.

De repente siente que la otra presencia que ocupa su cuerpo está dudando. Ya no nota las piernas mudas. Con un mínimo esfuerzo podría apartarse del borde, si lograra concentrarse un poco…

Rebecka cierra los puños. Está a punto de recuperar el control.

No. Tengo que hacerlo.

Allí está la voz otra vez. Y sus dudas se han esfumado. Lo nota perfectamente. Nota que el otro trata de recobrar el poder sobre ella. Nota la presión de esa voluntad ajena. Pero en esta ocasión Rebecka cuenta con dos ventajas. Ahora tiene esperanza: porque ha visto una debilidad en el enemigo y porque está preparada.

Ella resiste la presión. Le duele muchísimo la cabeza. Como si el cerebro se le estuviera ensanchando hasta el límite. Siente el empuje y la tensión bajo el cráneo. Se pone las manos en la cabeza, como si quisiera impedir que le estallara. Otro hilillo de sangre le cae de la nariz.

La presencia extraña cede por fin, y Rebecka se tambalea en el borde del tejado. Se le encoje el estómago al ver el patio allá abajo.

Retrocede alejándose del borde y se desploma. No tiene fuerzas para levantarse. Mucho menos para llegar abajo.

Rebusca en la mochila hasta que encuentra el móvil. Primero piensa en llamar a Gustaf, pero comprende que no podrá explicarle qué hace allí arriba. Tiene que llamar a Minoo.

Oye pasos en la escalera del desván y se da media vuelta. El sol la ciega un instante. Tiene que hacerse sombra con la mano para ver quién está en el umbral.

Rebecka sonríe tímidamente.

—Hola —dice—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

18

UN viento gélido barre la plaza de Storvallstorget. Minoo está pensando en las palabras que Rebecka garabateó en el cuaderno: «Ayer me estuvieron siguiendo».

Se mete las manos en los bolsillos y encoge los hombros. Acelera el paso hacia la casa amarilla que hay al otro lado de la plaza. En la fachada hay un letrero de neón que dice: «Engelsforsbladet».

Desde que empezó el instituto, Minoo se ha pasado todas las semanas por el trabajo de su padre cuando vuelve a casa. Por lo general, él casi no tiene tiempo ni de decirle hola, pero a ella le encanta sentarse a la mesa de la sala de descanso, hacer los deberes, hojear los periódicos que hay por allí y notar la energía que inunda la redacción.

Minoo vuelve la cabeza antes de abrir la puerta. No hay ni una sola persona en la plaza.

No, ni una sola *persona*.

Al lado del *Engelsforsbladet* se encuentra uno de los tres bancos de la ciudad, y uno de los edificios más impresionantes del conjunto urbano: una construcción robusta del siglo XIX con columnas de mármol a ambos lados de la entrada. Allí, en la escalinata que conduce hasta la puerta, está tumbado el gato sarnoso. No hay duda de que el animal mira directamente a Minoo con su único ojo, de color verde.

El felino se levanta torpemente —no con la elasticidad de un gato— y empieza a subir los peldaños. Luego, baja la escalera otra vez. Sube y vuelve a bajar. Y por fin se tumba en el lugar inicial y maúlla una sola vez.

Cuando Minoo entra en el edificio, nota el aroma a café de la redacción. Su padre siempre dice que si se cerrara el *Engelsforsbladet*, el consumo de café de la ciudad se reduciría a la mitad. Seguramente tiene razón. A veces, Minoo piensa que sus padres podrían sobrevivir solo a base de café. Como los coches se alimentan de gasolina.

Cissi y su padre gesticulan en el despacho. Es evidente que están en plena discusión. Cissi tiene los grandes ojos azules desorbitados y el pelo corto y ceniciento parece más encrespado que de costumbre, como si fuera un erizo con las púas fuera. Minoo no puede ver la cara de su padre, pero tiene la nuca roja. Está furioso.

Cissi es el tema de conversación recurrente a la hora de la cena. Por un lado, es rápida y muy hábil a la hora de escribir. Por otro, está demasiado interesada por lo sensacionalista y es poco rigurosa con los datos. Su artículo sobre el suicidio de Elías no fue el primero que el padre de Minoo tuvo que rechazar.

Minoo se queda delante del despacho. Las voces se oyen algo amortiguadas a través de los cristales. A duras penas puede distinguir las palabras.

—¡Lo único que pretendes es sabotearme! —dice Cissi—. Tengo una oportunidad única de salir en primera página. El personal de la ambulancia llamó hace dos minutos.

—Puedes hacer lo que te dé la gana, pero no pienso sacar ni una palabra sobre ese asunto.

La voz de su padre suena contenida e intensa, y casi como la de un extraño. Minoo no recuerda haberlo oído nunca tan enfadado.

—Es un tema que interesa a toda la comunidad —insiste Cissi.

—¡Es un tema que solo le interesa a la familia de la chica!

Minoo ve perfectamente cómo Cissi prueba con otro método y cambia de táctica.

—Ya, comprendo que para ti es difícil verlo con objetividad —continúa en un tono más suave—. Como tienes una hija de la misma edad…

Cissi guarda silencio. Acaba de ver a Minoo. Su padre se da la vuelta.

—Minoo… —dice el padre.

Ha sucedido algo. Algo espantoso. Minoo se lo ve en la cara. Su padre se acerca a la puerta y la abre.

—Entra.

Cissi la mira de un modo que pretende expresar compasión, pero deja entrever su curiosidad. Su padre le pone la mano en el hombro advirtiendo con la mirada a Cissi, que sale del despacho apresuradamente.

—Ha habido un accidente… —comienza su padre.

No sabe adónde mirar. Minoo nota el calor que hace allí dentro. Un calor sofocante. El perfume de Cissi aún flota en el aire.

—Tu amiga Rebecka… ha fallecido.

—¿Qué?

Ha sonado absurdo, pero no es capaz de decir otra cosa.

—Está muerta.

Minoo siente deseos de tranquilizarlo. Es un malentendido. Alguien ha muerto y eso es horrible, pero no es Rebecka. Acaba de despedirse de ella hace un momento, antes de irse a la cita con la directora.

—No puede ser ella —dice sonriendo tanto como puede para demostrar que no pasa nada, que está equivocado.

—Ya sé que es difícil de aceptar…

—No, si es que no puede ser ella. Es imposible, de verdad. Acabo de verla hace un momento.

—Acaba de ocurrir —confirma su padre.

Minoo siente que la sonrisa empieza a dolerle.

—No quería que te enteraras así. Pensaba…

Minoo niega con la cabeza.

—No puede ser ella.

—Parece como si… No se encontraba bien. Como si hubiera decidido que no quería seguir viviendo.

Minoo recuerda lo que Linnéa le dijo aquel día en el patio: «Él no se quitó la vida».

Recuerda que entonces no creyó a Linnéa, que creyó que simplemente no era capaz de aceptar la verdad.

—¿Qué ha pasado?

Su padre duda.

—Me voy a enterar de todos modos —advierte Minoo.

—Ha saltado del tejado del instituto. Lo siento muchísimo, hija.

Su padre le pone la mano en el hombro y la mira a los ojos.

Y Minoo lo sabe. Sabe que es verdad.

—Hija mía —dice su padre con la voz quebrada.

La abraza con fuerza. Al principio ella se queda quieta, pero luego se aferra a él y, de pronto, está a punto de echarse a llorar y de contárselo todo. De hablarle de Elías, de Rebecka, de las Elegidas. De contarle que todas van a morir, una tras otra.

Pero ¿qué podría hacer su padre? ¿Qué podría hacer *nadie*? Nadie puede ayudarles. Salvo una persona, quizá.

Nota en su fuero interno el clic de un interruptor e inhibe todos los sentimientos. Tiene

que actuar, resolver el problema, advertir a las demás.

—¿Puedo usar un ordenador?

Su padre la mira dudoso.

—Hay que mantener la noticia en secreto hasta que informen a los familiares, lo comprendes, ¿verdad?

Minoo asiente y su padre le indica un puesto vacío. Ella hace una búsqueda rápida de una dirección, la memoriza y borra el historial del navegador.

—Tengo que ir a los servicios.

Nota la mirada de su padre en la espalda mientras se aleja.

En cuanto se encuentra fuera de su vista, abre y cierra la puerta de los servicios sin entrar y continúa por el pasillo hasta la salida de emergencia. Sale a la calle por una puerta lateral.

Minoo echa una ojeada a las ventanas de la redacción, pero no ve a su padre. Sabe que se preocupará cuando descubra que no está. Pero no hay otro remedio.

Empieza a correr.

Cruza Storvallstorget y entra en la calle Gnejsgatan. El corazón le late desbocado. Empieza a correr más rápido y casi se le pasa el número 7, un edificio de tres plantas con la fachada pintada de color verde. El portal se abre con un simple empujón.

Allí está el nombre, Elingius, en la única puerta del bajo.

Llama al timbre y oye unos pasos que se arrastran. Quitan la cadena. Se abre la puerta y allí está Nicolaus, con un albornoz negro. Está tan pálido que casi parece transparente y sus grandes ojos azul hielo se ven sin brillo. Se asemeja a un animal nocturno que no haya visto el sol jamás.

—Tengo que hablar contigo —dice Minoo entrando sin esperar respuesta.

Es un apartamento de decoración sencilla, las paredes del salón son de color marrón claro y solo cuentan con lo imprescindible. No hay alfombras en el suelo, no hay cortinas. De una de las paredes cuelga una cruz de plata muy bonita junto a un plano antiguo de la ciudad enmarcado, igual que el que hay colgado en el cuarto de baño de Minoo.

—¿Minoo? —dice Nicolaus.

Ella se da la vuelta y ve su expresión de extrañeza.

—Rebecka está muerta —anuncia Minoo.

No hay tiempo para contemplaciones.

Nicolaus se queda estupefacto. Parpadea. Minoo está a punto de estallar de impaciencia. Tiene que conseguir que Nicolaus entre en razón inmediatamente para que se les ocurra alguna salida.

—Dicen que se ha suicidado —explica—. Pero ya sabemos que no es verdad.

Nicolaus se desploma en una silla.

—Otra más —dice él.

—¿Qué hacemos? —pregunta Minoo.

—Es culpa mía —murmura Nicolaus—. Debería haberla protegido.

Minoo está a punto de venirse abajo. Lo único que la puede mantener en pie es no detenerse. Seguir avanzando. No pensar para nada en lo que le ha ocurrido a Rebecka. No hundirse.

—Tú sabes tan poco como nosotras qué es lo que nos persigue —dice Minoo obligándose a hablar con calma—. No puedes reprocharte nada.

—He fracasado…

—¡Ya está bien! —le grita Minoo—. He venido porque necesito tu ayuda.

—¿Cómo voy a ayudarte si no…?

—Ya lo sé —lo interrumpe Minoo—. No sabes quién eres. Pero ¿quién coño lo sabe?

Nicolaus la mira fijamente.

—No puedes escapar de esto sin más —insiste Minoo—. Ninguno de nosotros puede.

Nicolaus parpadea como si acabara de despertar de un largo sueño.

—Tienes razón. Me he dejado llevar por la autocompasión. Me he dejado poseer por el demonio de la melancolía…

—Exacto —dice Minoo rápidamente para que deje de hablar—. Tenemos que reunir a las demás e idear una estrategia. Pero sola no lo voy a conseguir. Necesito tu ayuda. *Todas* necesitamos tu ayuda.

19

—¿HOLA?

Anna-Karin entra en el recibidor. Se oye un leve tarareo procedente de la cocina. Es su madre que está cantando un éxito de antaño alegre y rítmico.

Anna-Karin siente que se le encienden las mejillas, pero Julia y Felicia sonríen tan solícitas como de costumbre.

—¡Ay, qué casa más bonita! —exclama Julia.

—Qué agradable es vivir en el campo —añade Felicia—. Y, además, me encanta que criéis vacas. Tienen los ojos así como muy inteligentes. Como si supieran mucho.

Anna-Karin ha pensado lo mismo muchas veces pero, al oírselo decir a Felicia, le parece una estupidez.

Anna-Karin nunca ha llevado a casa a ningún compañero desde que empezó en la escuela. Aunque sabe que ejerce un control total sobre la situación, el corazón le bombea de nerviosismo. Cuando su madre sale de la cocina, se le acelera un poco más.

—Hola, chicas. Vosotras sois Julia y Felicia, ¿no?

Julia y Felicia saludan, sonríen y le hacen la pelota.

—He hecho bollos —dice la madre—. ¡Venid a la cocina!

Se sientan en torno a la mesa de la cocina y la madre pone una bandeja de bollos de canela y una jarra de refresco de grosella.

—Bueno, pues ahí os quedáis, chicas —gorjea su madre—. Las vacas también tienen que comer.

Cuando sale de la cocina, se pone a cantar otra vez.

—Servíos —dice Anna-Karin, empujando la bandeja hacia Julia y Felicia.

Las dos obedecen enseguida y empiezan a masticar.

—O sea, Anna-Karin, para mí que Jari está enamorado de ti —dice Julia una vez que la madre ha cerrado la puerta.

Anna-Karin sonríe.

—Pues yo también lo creo —responde Anna-Karin y las tres sueltan una risita con la boca llena de bollo de canela a medio masticar.

No se ha atrevido a utilizar sus poderes con Jari. Lleva tantos años siguiéndolo a distancia… Pero hoy, después de la última clase, se armó de valor cuando él pasó por delante de su taquilla.

—Jari, se me ha olvidado la mochila en la sala de fotografía. ¿Te importa ir a buscármela? —preguntó.

Julia y Felicia estaban a unos metros. Soltaron otra risita estridente.

Durante un instante de terror, Anna-Karin pensó que Jari se iba a burlar de ella, que el poder no surtiría efecto con él. Pero entonces le sonrió del mismo modo en que todos le sonríen últimamente, alegre y como sorprendido de que ella quisiera hablar con él.

—Por supuesto que sí —respondió.

Tres minutos después volvía con la mochila. Tenía la frente un poco sudorosa.

—Pero no sé, casi no nos conocemos —añade Anna-Karin.

—Bueno, está clarísimo que le interesas —insiste Julia.

—Clarísimo —remata Felicia.

Anna-Karin está empezando a comprender cómo funciona esto. *Es* un placer oír a los

amigos afirmar cosas de las que es imposible que tengan conocimiento. *No, no se te ve gorda para nada. Que sí, claro que te quiere a ti. Por supuesto que va a ir bien*.

Se oye un discreto carraspeo en la puerta de la cocina.

—Hola.

Anna-Karin no se ha dado cuenta de que el abuelo ha entrado en casa. Y ahora les sonríe amable desde el umbral.

—Hola —responden Felicia y Julia al unísono.

—Estas son Julia y Felicia —las presenta Anna-Karin.

—Me alegro de conoceros —dice el abuelo, y le lanza a su nieta una mirada fugaz antes de marcharse.

Se aprecia un atisbo de interrogación en esa mirada tan breve. El abuelo se preguntará qué le está pasando a Anna-Karin. Y qué le pasa a su madre. Las últimas semanas se han prodigado ese tipo de miradas.

—¿Ese era tu abuelo?

Anna-Karin asiente absorta y piensa que el abuelo vio que la luna estaba roja. Puede que él lo *sepa*.

—Qué mono es. Como un abuelete de verdad —continúa Julia.

—De verdad —opina también Felicia, mientras mastica el último bocado del segundo bollo de canela. Traga con tanta ansia que emite un sonido repugnante desde el fondo de la garganta.

Se quedan calladas.

Julia y Felicia miran nerviosas a su alrededor. Cuando el pitido de un mensaje suena en el móvil de Anna-Karin, todas lo agradecen.

Ella coge el móvil.

Es de Minoo.

Al principio no lo entiende. Es como si estuviera escrito en otra lengua. Se queda mirando el texto.

—Tenéis que iros —les dice a Julia y a Felicia—. A la de ya.

Vuelven a estar todas reunidas. La primera vez desde la noche en que todo empezó. Hasta Ida está allí. Está apoyada en la baranda de la pista de baile, jugueteando con la gargantilla de plata entre los dedos. Lleva unos pantalones de montar de color beis oscuro, un jersey de lana verde y las botas de montar negras. El casco asoma por la abertura de la bolsa que hay a su lado en el suelo. Minoo no tenía ni idea de que Ida fuera una fan de los caballos. De pronto se da cuenta de que sabe muy poco de su vida, en general.

Ya solo quedan cinco Elegidas. La ausencia de Rebecka es tan patente que sienten su presencia más que nunca. Minoo advierte que las demás piensan igual. Es como si un actor se hubiera esfumado en plena representación. El resto de la compañía se queda allí, impotente, sin posibilidad de réplica.

Minoo gira la cabeza y se da cuenta de que el gato sarnoso acaba de deslizarse hacia la pista de baile. Se ha sentado junto a los peldaños y está lamiéndose una pata. Parece observarlas a todas con su único ojo de color verde.

—¡Zape! —exclama Nicolaus, pero el gato no se mueve.

—Déjalo —dice Anna-Karin—. Si no está haciendo nada.

El gato le devuelve el favor dirigiéndole un bufido.

Minoo cruza la mirada con Nicolaus. Él asiente una vez. Ella se vuelve hacia las demás.

—Bueno, pues quien asesinó a Elías ha asesinado también a Rebecka.

—¿Cómo sabes que no se quitó la vida? —pregunta Ida—. Es muy posible que lo hiciera. Era anoréxica perdida, eso lo sabía todo el mundo.

Minoo nota cómo surge la ira en su fuero interno. Es agradable. Es una sensación que puede permitirse manifestar.

—Cierra el pico —dice pausadamente.

Ida pone los ojos como platos. Unas lágrimas empiezan a correrle por las mejillas.

—¡Pues yo me niego a creerme esa basura! —grita—. ¡No quiero morir! ¡No quiero estar aquí con vosotras! —Su voz corta el claro aire otoñal.

—Pues tú dirás —pregunta Linnéa con frialdad—. Tendrás que elegir entre lo uno o lo otro.

Minoo siente una oleada de gratitud al ver que al menos Linnéa lo ha captado.

—¿De qué me estás hablando? —replica Ida.

—Solo podemos estar seguras de una cosa —advierte Minoo.

Hace una breve pausa y va posando la mirada sobre las demás, una a una. Tienen que comprenderlo, y tienen que comprenderlo *ya*.

—Si no nos mantenemos unidas, moriremos.

Ida se seca las lágrimas con la manga del jersey, con tanta fuerza que se le quedan rojas las mejillas.

—Nos hemos estado comportando como idiotas. Nos lo advirtieron y, aun así, no hemos hecho caso —continúa Minoo—. Rebecka fue la única que lo pilló. Nos decía una y otra vez que era un error que no estuviéramos unidas y el hecho de que ahora… ya no esté es la prueba de que tenía razón.

Las demás sienten que las ha puesto en evidencia. Todas desoyeron los esfuerzos de Rebecka por que se reunieran, porque empezasen a colaborar.

—Yo no entiendo nada… —dice Ida en voz baja—. ¿Cómo es posible que haya muerto?

Minoo traga saliva para deshacer el nudo que tiene en la garganta, el mismo que le impide respirar y pronunciar esas palabras tan importantes.

—Tenemos que empezar a colaborar —afirma—. Eso es lo que habría querido Rebecka. ¿Alguien tiene algún problema?

Ida se queda mirándose las botas.

—¿Podemos contar contigo, Ida? —pregunta Minoo.

—Sí —responde con un susurro.

—Conmigo sí —dice Linnéa.

—Y conmigo —añade Vanessa.

—Conmigo también —dice Anna-Karin.

—Y yo haré todo lo posible por apoyaros —termina Nicolaus.

Minoo los mira y recuerda lo que dijo Rebecka: *¿Qué las hará comprender? ¿Es que tiene que morir alguien más? ¿No basta con Elías?*

Pues no, no bastaba. Pero no puede ponerse a acusar a las demás. No conduce a nada.

—Rebecka me contó esta mañana que alguien la estaba siguiendo —dice—. Yo creo que esa misma persona ha estado merodeando delante de mi casa. ¿Alguna de vosotras ha notado algo raro?

—A Elías le pasó algo antes de morir —dice Linnéa—. Estaba asustado, pero no tuvo tiempo de contármelo.

Minoo asiente. Linnéa lucha por contener el llanto y a Minoo le gustaría consolarla; pero

meter de por medio ahora los sentimientos rompería el espejismo. Minoo tiene que fingir que es la líder del grupo, al menos en ese momento. Tiene que fingir que posee el control para que las demás no pierdan la esperanza. Se siente infinitamente pequeña y asustada, pero sería egoísta por su parte demostrarlo abiertamente. Esa nueva sensación frágil de unidad puede esfumarse en un instante.

—¿Nadie más ha notado nada raro? —pregunta.

Las demás niegan con un gesto, una tras otra. Minoo vuelve a tragar saliva. Si solo les ha pasado a ella, a Elías y a Rebecka… ¿Será ella la siguiente?

—Tenemos que averiguar quién nos sigue —dice.

—¿O qué? —apunta Nicolaus.

—Y tenemos que andarnos con mucho cuidado. Anna-Karin…

Minoo hace una pausa. Le resulta muy incómodo decirlo. De repente, descubre que Anna-Karin le inspira cierto temor, aunque parece tan inofensiva con esa trenca y ese gorro de lana.

—¿Qué? —pregunta Anna-Karin irritada.

—Ya lo sabes —responde Minoo.

Ida suelta una risita, pero no dice nada.

—Nadie tiene ni idea de lo que estoy haciendo. Eso es lo bueno —dice Anna-Karin.

Adelanta la barbilla como si fuera una niña enfurruñada.

—¿Estás segura? —pregunta Nicolaus—. Es posible que nosotros seamos los únicos que podemos ver tu representación entre bambalinas, pero si hay otra persona en el instituto que vaya tras la pista de la Elegida, estás corriendo un gran riesgo. —De repente su voz cobra autoridad—. Ya nos hemos enterado de que el instituto es el centro del mal. Y también ha sido el lugar donde les arrebataron la vida a Elías y a Rebecka.

Anna-Karin se ha puesto roja como un tomate.

—¿Y cómo sabéis que he estado utilizando mi poder? ¿Tan imposible os resulta que la gente me haga caso sin él?

Ida resopla pero, por suerte, mantiene el pico cerrado.

—Pues sí, es imposible —afirma Vanessa—. Nadie se vuelve popular de la noche a la mañana. Las cosas no funcionan así.

—Tienes que parar —dice Minoo.

Anna-Karin la mira indignada.

—¿Qué coño vamos a hacer? ¿Tenemos alguna pista? —pregunta Vanessa.

Minoo mira de reojo a Nicolaus. Han estado discutiendo una teoría. Ahora que ha llegado el momento de exponerla, les parece de lo más rebuscada, pero no tienen otras opciones.

—Antes de morir, Rebecka tuvo una reunión con la directora… —dice Minoo.

Mira a Linnéa con la esperanza de que entienda por dónde va. Y así es.

—Elías también —dice.

—A Adriana López la nombraron directora del instituto de Engelsfors hace más o menos un año —sigue Minoo.

—A ver, a ver —interrumpe Ida—. ¿Es que creéis que *la directora* tiene la culpa?

—La verdad es que no tengo demasiada información —continúa Minoo sin prestar atención a Ida—. Pero he encontrado algunos datos sobre ella en la red. Antes de venir aquí fue directora suplente en un instituto de Estocolmo. Y antes, parece que estuvo de profesora. No hay nada extraño en lo que he encontrado. Tenemos que averiguar más sobre su identidad.

—Es perfectamente lógico —concluye Vanessa—. O sea, el instituto es el núcleo del mal

y ella es la jefa de toda la movida.

Minoo asiente, aliviada de que no se hayan burlado de ella.

—Es la única pista que tenemos, y también la mejor —dice—. Pero debemos mantener los ojos abiertos y los oídos alerta. Vanessa, tu padrastro es policía. Si ocurriera algo raro en la ciudad, te lo contaría, ¿no?

—Puede —responde Vanessa secamente.

Y en ese preciso momento Minoo siente que el cansancio se apodera de ella. Cierra los ojos, intenta olvidarse del mundo, trata de encontrar la fuerza inexplicable que la ha sustentado hasta ahora. Pero no queda ni rastro.

Rebecka está muerta. Esa certeza la hiere con toda su intensidad y casi se tambalea.

—¿Minoo? —resuena la voz de Nicolaus.

—Me parece que tengo que irme a casa.

Poco después de que Nicolaus y Anna-Karin dejen a Minoo en su barrio, empieza a llover. La lluvia retumba en la capota del coche mientras se alejan del centro.

Nicolaus aparca junto a la parada del autobús e insiste en acompañar a Anna-Karin un buen trecho por el camino de grava que conduce a la granja. Lleva un enorme paraguas de color negro con el que ambos se protegen mientras van chapoteando por el barro. Anna-Karin está tensa, lista para defenderse si él empieza a criticarla otra vez. Pero Nicolaus no dice ni una palabra.

Ya cerca de la casa, el conserje se detiene. La lluvia tamborilea sobre el paraguas y acentúa el aroma dulzón de la tierra mojada.

—Anna-Karin, esto no puede continuar —dice—. Alguien va a salir perjudicado.

No la mira con dureza. Más bien con preocupación. Como un padre angustiado por su hija. Anna-Karin pasa de lo que piensen los demás, pero a Nicolaus no quiere decepcionarlo.

—Lo pensaré —le promete.

—Bien.

Le da una palmadita en el hombro y se da media vuelta.

Anna-Karin echa a correr bajo la lluvia y se para debajo del tejadillo del porche.

Todavía no tiene ganas de entrar. Se queda mirando cómo Nicolaus se adentra en la oscuridad con su paraguas. Sabe que tiene razón. Que Minoo tiene razón. Lo que está haciendo es peligroso. En el fondo, lo ha sabido desde el principio.

Cuando estaban en noveno fue a hablar a la clase un hombre que había sido heroinómano. Dijo que cuando probó la droga por primera vez se sintió como si acabara de llegar a casa. Anna-Karin comprende ahora perfectamente lo que quería decir. Su poder la embriaga, sí, la coloca. Colma el enorme agujero negro que ha llevado dentro casi desde siempre. ¿Y ahora quieren que lo deje?

Pues sí, se dice. No vale arriesgarse. No vale la pena que mueran más personas.

Anna-Karin contempla la oscuridad otoñal. Se siente satisfecha con su decisión. Le parece una decisión adulta.

En cuanto haya conseguido a Jari, piensa. Entonces lo dejo.

20

MINOO no recuerda cómo llegó a casa. Solo que su madre le abrió la puerta y ella casi se desplomó en la escalera a sus pies.

Cuando la metieron en la cama, supo que no volvería a levantarse en mucho tiempo.

La sola idea de sentarse a comer le produce mareos. Un té caliente y un poco de pan tostado con mantequilla es lo único que agradece. Su madre se sienta en el borde de la cama y trata de hacerla hablar, pero ella no tiene fuerzas para responder, apenas tiene fuerzas para sostenerle la mirada. Al final su madre se da por vencida. Antes de irse, abre las ventanas para ventilar un poco. Minoo no consigue reunir la energía suficiente para levantarse y cerrarlas cuando empieza a tener frío; es su padre quien las cierra cuando va a verla. Se queda de pie junto a la cama. Muy bajito, le dice lo triste que se siente por ella y que si necesita algo, no tiene más que llamarlo. Minoo cierra los ojos. Lo único que quiere es que la dejen en paz. Ni siquiera tiene fuerzas para llorar. Se pasa la noche en un puro duermevela y por la mañana está más cansada que nunca.

Vanessa la llama para contarle que, en el instituto, van a guardar un minuto de silencio por Rebecka. Minoo no piensa ir. Un minuto por toda una vida le parece una burla.

El resto del día se le pasa sin sentir nada. A veces duerme. Otras, está despierta. No hay mayor diferencia. Su padre va a casa a la hora del almuerzo para ver cómo está y la obliga a comerse otra rebanada de pan tostado. No es capaz de acabársela, echa la mitad al váter y tira de la cadena cuando él se va para volver al trabajo.

Al caer la noche, Minoo deja que las sombras se apoderen de la habitación. En esta ocasión se duerme profundamente.

Están en la pista de baile. Las hojas de los árboles arden con un rojo antinatural. Rebecka lleva un largo camisón blanco como el que Ida llevaba la primera noche. Minoo está en bragas y sujetador, y le da vergüenza porque se siente desnuda.

—Llegas tarde —dice Rebecka.

Le pasa algo raro en la cara. Hay algo que se mueve bajo la piel, que la abulta y la despega de los músculos.

Rebecka da un paso hacia ella y Minoo ve cómo lo que se mueve bajo la piel empieza a aflorar. En la mejilla de Rebecka va ensanchándose una pequeña herida. Asoma una cosa brillante y blancuzca. Es un gusano que sale de la carne putrefacta.

—Ayúdame —susurra Rebecka y extiende las manos.

Tiene negras las yemas de los dedos.

—Ayúdame —vuelve a susurrar acercándose un poco más.

Minoo trata de retroceder, pero el aire ofrece cierta resistencia, como si estuviera atravesando una masa de aguas profundas. El gusano cuelga de la herida y se retuerce más y más, hasta que cae al suelo, a los pies de Minoo. A Rebecka se le resquebraja la piel en varias zonas de la cara. Por debajo se mueve un amasijo amarillento que se arrastra sinuoso por la carne muerta.

Rebecka le pone a Minoo las manos en los hombros.

—¿Ves lo que has hecho?

Los dedos siguen moviéndose fríos por el cuello de Minoo y empiezan a apretar al mismo tiempo que la cara de Rebecka se desprende por completo.

Cuando se despierta, Minoo siente la garganta dolorida, como si hubiera estado gritando. Está empapada en sudor. Las sábanas están mojadas, el edredón huele a agrio y el almohadón chorrea como una esponja.

Pero ha recuperado las fuerzas. Cada hora que pasa allí tumbada está traicionando a Rebecka. Tiene que encontrar a su asesino: al monstruo que los mató a ella y a Elías.

Minoo se levanta, se ducha y se lava los dientes. Según el termómetro, están a cero grados. Se pone un par de vaqueros oscuros, una chaqueta de lana y una camiseta negras. Luego tiene que tumbarse en la cama un rato, todo lo larga que es, para recuperar el aliento.

Sus padres están en el trabajo, así que les envía un mensaje diciéndoles que hoy sí va a ir al instituto. Se para un instante delante del frigorífico, pero se pone mala solo de pensar en comer. Más vale irse mientras aún tenga fuerza de voluntad.

El sol ciega pero no calienta.

Ataja por el prado, y la hierba muerta y escarchada le cruje bajo las botas.

Desde ahí puede ver el instituto a lo lejos. Levanta la mirada automáticamente hacia el tejado. ¿Cuánto tiempo estuvo Rebecka en el aire? ¿Un segundo, dos? ¿Le dio tiempo de gritar?

A la altura de una gasolinera se para de repente. Letras negras sobre un fondo amarillo. Todo en mayúsculas, como si las letras estuvieran gritando.

«EL NOVIO DE REBECKA LO CUENTA TODO SOBRE EL PACTO DE SUICIDIO.»

Minoo queda bajo la luz chillona del tubo fluorescente que ilumina la gasolinera cuando entra para comprar el periódico.

Tres noticias. Cissi ha escrito todos los artículos salvo uno, que trata de «pactos similares» por todo el mundo.

Minoo recorre las páginas con la mirada. Una foto tamaño pasaporte de la directora, que se niega a hacer declaraciones. Una foto de Elías. Una foto del instituto bajo un cielo sombrío lleno de nubes, con una flecha que indica el punto desde el que cayó Rebecka. Un primer plano de un puñado de velas, flores y mensajes manuscritos con corazones, que los alumnos han dejado en el lugar donde murió.

Hay también una instantánea de la madre de Rebecka, sentada en la cocina con las manos cruzadas encima de la mesa. Y a página completa, la foto escolar de Rebecka de noveno. Minoo sabe que ella odiaba aquella foto. Roza suavemente la cara de su amiga. Es una imagen muy bonita. Debería haberle gustado.

Minoo va caminando hacia el instituto mientras hojea el periódico hasta que encuentra la entrevista de Gustaf, que también han ilustrado con la foto de noveno. Gustaf sonríe a la cámara seguro de sí mismo, como quien se ha pasado la vida oyendo decir lo guapo que es. Se diría que no tiene el menor problema. El contraste con el titular, que cita sus palabras, es desgarrador: «Jamás la olvidaré».

Pero, cuando Minoo empieza a leer el texto por encima, ve crecer su furia.

El artículo describe a Rebecka como una de las alumnas más populares del instituto. Pero la caracteriza también como una persona que «en realidad» era introvertida y depresiva. Gustaf explica que siempre tuvo el presentimiento de que Rebecka tenía la cabeza llena de pensamientos que no quería compartir con él. Habla de los rumores acerca de su trastorno alimentario («Creo que era verdad») y se presenta a sí mismo como el novio perfecto, que intentaba ayudarle de todas las maneras posibles. Luego se lava las manos: «Pero no es posible ayudar a quien no quiere que le ayuden». Lo que más indigna a Minoo es la última frase: «Seguramente estará

mejor dondequiera que se encuentre ahora». Como si lo ocurrido fuera algo positivo.

Minoo hace una bola con el periódico y la arroja a la papelera que hay delante del portón del instituto.

—Perdona, ¿puedo hacerte unas preguntas?

Minoo levanta la vista y se encuentra con la lente negra y brillante de una cámara de televisión. Le pegan el micrófono a la boca. La periodista se presenta y dice para qué canal trabaja. A su espalda hay varios periodistas más, todos con una expresión de expectación e impaciencia. Son de varias emisoras de radio y del periódico provincial, de la prensa de la tarde y de los diarios nacionales, y de los informativos de televisión.

—Tengo entendido que eras una de las mejores amigas de Rebecka, ¿no? —pregunta la periodista.

Tiene el pelo tan perfecto y reluciente que parece postizo. Minoo nunca ha visto un pelo así en la realidad. Los demás periodistas se acercan. Algunos llevan papel y lápiz, por si Minoo dijera algo de interés. Minoo siente que se le bloquea el cerebro. La cámara se acerca más aún.

—Porque tú te llamas Minoo, ¿verdad? —insiste la mujer.

Minoo ve que tiene en la mano un anuario escolar manoseado. Ve su foto rodeada con un círculo rojo. Como la de Rebecka.

—Lo que ha ocurrido es horrible. ¿Tú qué sabes del pacto de suicidio en el que ella había participado?

—No existe ningún pacto de suicidio —responde Minoo.

La lente de la cámara va repasando su cara. Es como una gran boca abierta, lista para devorarla.

—¿Tú también estás en ese pacto? —pregunta la mujer.

Minoo se la queda mirando. ¿Es que no ha oído lo que acaba de decirle?

—¿Cuántos sois?

El corazón le bombea en el pecho y siente que le vuelve el mareo. Minoo baja la vista y cruza el portón. Hace oídos sordos a la mujer que sigue gritando su nombre.

—Eso no son formas, desde luego —comenta un desconocido.

Minoo lo radiografía rápidamente. Es joven, alto y con un poco de barba; guapo, probablemente, siempre y cuando sea ese el tipo que a uno le gusta.

—La gente como ella hace que los periodistas tengamos mala fama —dice.

Minoo aparta la vista y su mirada se detiene en las flores y en las velas que señalan el lugar donde murió Rebecka. Continúa hacia la puerta de entrada. El de la barba la sigue. Le dice que es de uno de los periódicos de la tarde, aquel al que Cissi no le ha vendido sus historias.

—¿Por qué no me hablas de tu amiga para que pueda hacerle justicia en mi periódico? —le propone.

Ella se pregunta si esos periodistas no volverán dentro de poco para averiguar si otros alumnos conocían a Minoo, la última víctima del pacto de suicidio.

—Por lo menos podrías contarme lo que sepas sobre el pacto, ¿no? Como comprenderás, eso hay que pararlo. ¿O es que quieres que muera más gente?

Minoo se detiene al pie de la escalinata y se da la vuelta. El hombre de la barba la mira expectante. Como si él fuera un perro labrador y ella tuviera en la mano una pelota de tenis. Casi lo ve babear.

—Venga, Minoo. Conmigo puedes hablar. No hace tanto que yo mismo terminé el instituto, recuerdo cómo eran las cosas.

Minoo se quita la mochila y la sujeta en la mano. Sería tan fácil darle con ella en la cara.

El libro de química pesa mucho. Le haría daño.

—Ese pacto no existe —responde Minoo. Se da la vuelta y sube la escalinata.

Vanessa está al otro lado de la puerta hablando por el móvil. Se cruzan la mirada. Vanessa aparta el móvil de la oreja pero Minoo ni siquiera se para. Recorre el pasillo hasta su taquilla. Pasa de largo cuando, por el camino, ve a Anna-Karin. Está sentada encima de una mesa, junto a uno de los grupos de asientos, rodeada de admiradores que parecen estar adorándola. Se interrumpe en mitad de una frase al ver a Minoo. Por un momento, parece que ha perdido el hilo, pero enseguida se dirige otra vez a los demás y continúa hablando. Julia y Felicia sueltan una carcajada.

Minoo coge el libro de mates y el cuaderno. Los mete en la mochila y cierra la taquilla.

Cuando se da la vuelta ve a Anna-Karin allí plantada.

—¿Cómo estás? —le pregunta.

Minoo se encoge de hombros.

—Había pensado inspeccionar hoy el despacho de la directora —indica Anna-Karin en voz baja—. Dice Nicolaus que estará toda la tarde en una reunión del ayuntamiento. Puedo conseguir que el subdirector me deje entrar.

Minoo vacila. Anna-Karin no debería arriesgarse más. Por otro lado, ¿qué otra opción les queda?

—Pensaba hacerlo en la hora libre, después del almuerzo —dice Anna-Karin y vuelve a su corte.

Minoo va por el pasillo. El sudor le corre por la espalda y se le cuela por el vaquero cuando empieza a subir la escalera.

En el segundo piso ya no puede más. Tiene que sentarse y recobrar el aliento. Clava la mirada en la piedra, en los fósiles blancos atrapados en ella para siempre. Orthoceras. Minoo recuerda que se llamaban así. Ve con el rabillo del ojo piernas envueltas en vaqueros que corren escaleras arriba, oye gritos y risas, y retazos de conversaciones: *…yo creo que le gusto, lo que pasa es que no sabe cómo decírmelo… ¡Anda ya! ¡Venga ya! ¿Estás de coña? …siempre dice que no ha estudiado nada, pero ha sacado como 28 puntos de 30 en el examen…* Cuando se levanta, es como si a la sangre le faltara empuje para llegar a la cabeza. Se le doblan las rodillas y reflexiona asombrada sobre el hecho de que el dicho sea cierto, que se le *doblan* de verdad. La oscuridad se cierne sobre su campo de visión, es como mirar por un tubo que se va estrechando. Y se desploma.

Pero alguien la recoge. Cuando abre los ojos se encuentra con el semblante preocupado de Max. Está sentada en el peldaño, apoyada contra la pared. Tan cerca de él que puede respirar su aliento. ¿Y quizá también Max el suyo? Ella nota un sabor extraño en la boca que, seguramente, se traduce en un aliento asqueroso.

—¿Cómo estás? ¿Llamo a la enfermera? —pregunta Max.

Minoo aparta la cara para poder respirar con normalidad.

—No, no pasa nada. Es que no he comido —susurra ella.

De pronto, toma conciencia de que la gente los mira.

Max abre el maletín y saca un plátano. Ella lo coge y hace amago de ir a levantarse, pero comienza a ver puntos negros.

—Cómete el plátano primero —le aconseja él.

—Gracias —dice—. Ya me las arreglo yo.

Pero Max no se va.

Minoo empieza a agobiarse. No puede ni imaginarse comiendo delante de Max mientras

él la contempla, sobre todo cuando se trata de una fruta con esa forma tan pervertida.

Empieza a pelarlo muy despacio, tan despacio que espera que se canse y se marche de allí. Él no se mueve del sitio.

Se lleva el plátano a la boca. Qué va, esto no funciona. Lo parte en pedacitos y se los va comiendo, con la esperanza de no tener las manos muy sucias. Le da la impresión de que emite un chasquido al masticar. ¿Por qué no se va?

—Siento muchísimo lo que le pasó a Rebecka. Erais amigas, ¿verdad? —pregunta Max.

—Sí —responde Minoo con la boca llena de plátano a medio masticar.

Parece que Max quiere decir algo, pero se sienta al lado de Minoo y la rodea con el brazo.

Hay algo en su modo de hacerlo, tan natural, que hace que se eche a llorar por primera vez desde que murió Rebecka. El calor que le transmite el brazo de Max derrite el nudo que tenía en la garganta y las lágrimas empiezan a fluir. Alguien le lanza un silbido por el hueco de la escalera. Pero ella pasa. Pasa aunque, seguramente, parece un babuino deprimido mientras lloriquea con un plátano a medio comer en la mano.

Por favor, no digas nada, piensa. No hay nada que puedas decir y, si lo intentas, arruinarás este momento. Lo único que tiene utilidad es lo que estás haciendo.

Y Max no dice nada. Suena el timbre y los alumnos entran corriendo en las aulas. El brazo de Max sigue rodeándola. Respira firme y pausadamente.

Al cabo de un rato, Minoo se seca las lágrimas con la manga de la chaqueta. Seguramente tiene toda la cara llena de rímel.

—Tengo que ir a lavarme la cara —anuncia.

—Tómate tu tiempo —dice Max y se levanta.

Se va escaleras arriba. Cuando está a punto de desaparecer de la vista de Minoo, se da la vuelta y le sonríe dulcemente. Ella asiente como diciéndole que está bien. Cuando ya se ha ido, se sorbe los mocos y se levanta con las piernas aún débiles.

21

CUANDO el subdirector Tommy Ekberg vuelve del almuerzo, Anna-Karin lo está esperando en la puerta de su despacho. Se sorprende al verla. Luego sonríe amablemente.

—Vaya, hola —saluda.

El primer lacayo de Adriana López es un hombre bajito con la calva reluciente y un frondoso bigote. Lleva una camisa chillona de un estampado hipnótico. La barriga le cuelga por encima de unos vaqueros demasiado ajustados.

—Estaba pensando que podrías dejarme entrar en el despacho de la directora —dice Anna-Karin.

El subdirector la mira atónito. Abre la boca para decir algo.

TÚ HAZ LO QUE TE DIGO, ordena Anna-Karin.

Tommy Ekberg suspira resignado y saca un llavero gigantesco que ha ido ensanchándole el bolsillo trasero del pantalón.

—Pero ¿ahora mismo? —pregunta echando mano de las llaves, que tintinean.

Anna-Karin asiente. El subdirector va delante de ella en dirección al despacho.

Y LUEGO ENTRAS EN TU DESPACHO Y PIENSAS EN ALGO TOTALMENTE DISTINTO Y TE OLVIDAS DE QUE ME HAS HECHO ESTE FAVOR, le ordena clavándole la mirada intensamente en la nuca, donde unas escamas se balancean colgando de la pelusilla que le rodea la calva.

—Oquei, maquei. ¡Ahora mismo! —responde en plan enrollado mientras gira la llave en la cerradura. Abre la puerta de par en par y la invita a pasar con un gesto.

—Bueno, pues entonces me puedo ir a mi despacho a pensar en otra cosa.

Anna-Karin cierra la puerta al entrar. Luego se dirige al ventanal y baja las persianas. La habitación queda en penumbra, así que enciende la lámpara con la pantalla de libélulas.

Mira a su alrededor. El escritorio está limpio y reluciente. Enciende el ordenador, un PC del pleistoceno. La pantalla de aquel armatoste de plástico gris se ilumina. Se oye un runrún lento en el interior y, poco a poco, se va definiendo la imagen de una puesta de sol. Por desgracia, también aparece un cuadro de diálogo que le exige la contraseña. Anna-Karin conoce a Adriana López demasiado poco como para poder imaginar siquiera cuál podría ser.

Vuelve a apagar el ordenador. Se dirige a la estantería, saca unos archivadores al azar y se pone a hojearlos. Son los horarios, informes económicos, cartas de presentación y nóminas. Nada de interés.

De repente oye pasos al otro lado de la puerta. El pánico la arrolla como un tren. Pero consigue dominarlo. Piensa en Rebecka. Rebecka, que solo quería lo mejor para todo el mundo, que era una de las pocas que siempre se comportaba con ella con amabilidad. Que intentó mantener unido al grupo. Anna-Karin siente remordimientos solo de pensar en cómo ignoró sus llamadas y sus mensajes. Ahora debe intentar compensarlo.

Ve un bolso negro en un sillón. Es el que la directora suele llevar al hombro por la mañana cuando llega al instituto.

A Anna-Karin le sudan las manos. Tanto que seguramente le chorrearían si cerrara los puños. *La puta apestosa*.

Se dirige despacio hasta el bolso, como si tuviera miedo de que fuera a morderle. Lo coge del asa, nota que pesa bastante.

Con mucho cuidado, esparce el contenido sobre una mesita. Entre el maquillaje, los

tampones y los pañuelos hay una agenda y una llave que cuelga de un llavero con la inscripción *Hermès*. Anna-Karin mira a su alrededor. Casi le parece demasiado sencillo. ¿Y si Adriana López no estuviera en una reunión?

¿Y si ha caído en una trampa?

Anna-Karin reprime el impulso de salir corriendo del despacho. Se seca las manos en los pantalones y abre la hebilla de la agenda.

La caligrafía de la directora refleja su forma de ser: reservada y perfecta. Anna-Karin pasa rápido las hojas de la agenda. Las reuniones con Elías y con Rebecka aparecen allí anotadas. Pero ningún pentagrama, ningún comentario acerca de ir a quitarles la vida.

Anna-Karin contiene la respiración mientras localiza el día de hoy. Sí, allí está. Esa tarde tiene una reunión en las oficinas municipales entre las 13:00 y las 16:00.

Sigue hojeando. El viernes hay solo una anotación: *tren a Estocolmo a las 17:42. Número de reserva XPJ0982U*. Y el domingo: *Tren a Engelsfors a las 13:18*.

Eso significa que la directora no estará aquí el fin de semana. Que su casa estará vacía. Y que es ahí donde deben buscar si quieren tener la menor oportunidad de averiguar quién es en realidad Adriana López.

Anna-Karin coge el llavero de la mesa. Se lo mete en el bolsillo, donde cae con un tintineo.

Vanessa está sentada con las piernas en el sofá. El portátil de Wille está tan caliente que casi le quema el muslo.

—Tu ordenador está ya para el arrastre —dice Vanessa—. Vamos, que el ventilador está hecho polvo.

—¿Desde cuándo eres experta? —Wille sonríe con expresión burlona.

Vanessa se muerde la lengua.

Déjame que salve al mundo en paz, piensa.

Minoo les ha sugerido que se creen direcciones de correo electrónico alternativas para utilizarlas cuando chateen. Vanessa se pregunta si realmente es necesario. ¿Sabrá navegar por internet un ser maligno de hace mil años?

Pero quién sabe qué medidas de seguridad deben adoptar. De hecho, Rebecka ha muerto. Cada vez que piensa en eso es como si le dieran una bofetada.

—¿Qué estás haciendo con tanto secreto? ¿Estás buscando porno en la red? —pregunta Wille.

Se sienta más cerca de ella.

—Pero ¿por qué no me dejas en paz cinco minutos? —protesta Vanessa dándole un codazo.

Ida es la protagonista de la discusión que se desarrolla en la pantalla y está dando la murga con que hagan una votación para ver si van a entrar o no a la casa de la directora el fin de semana. Si la respuesta tarda más de medio segundo, Ida vuelve a mandar la pregunta, una y otra vez, como los niños de primaria cuando se ponen pesados.

YO ESTOY A FAVOR, teclea Vanessa y envía el mensaje, que las demás corroboran.

Wille se acurruca un poco más cerca e intenta apoyar la cabeza en su rodilla.

—¡Pero qué pelma! ¡Que me dejes respirar! —dice Vanessa.

—¿Pero qué es lo que es tan importante?

—¡Es un asunto privado!

Wille vuelve al otro extremo del sofá.

—Estás chateando con el otro —dice.

Trata de que suene como si estuviera de broma pero ella se ha dado cuenta del tono de voz. No se siente con fuerzas para contestar. Él está en calcetines y se pone a darle pataditas en el muslo con el pie. En la pantalla, Minoo pregunta si se llevan a Nicolaus, y la idea de que él participe en el asalto a la casa la hace sonreír. Wille la malinterpreta, claro, y cree que ella piensa que ha sido gracioso a pesar de todo.

—Y entonces ¿quién es? ¡Venga, venga, venga, dímelo!

Sigue dándole con el pie, tan fuerte que el ordenador le salta en las piernas. Vanessa cierra la sesión del chat y baja la tapa del portátil de golpe.

Trata de dirigir a Wille una mirada asesina pero la verdad es que en ese momento está tan guapo que se le olvida.

Tiene el pelo revuelto, y sonríe exageradamente. Y lleva ese pantalón de chándal gris que a ella tanto le gusta, aunque en realidad es bastante feo y está dado de sí.

—¿Vanessa? —grita Sirpa, la madre de Wille, desde la cocina—. ¿Te quedas a cenar?

—¡Sí, gracias! —responde Vanessa en voz alta.

A veces piensa que le gustaría que Sirpa fuera su madre. Siempre es amable y considerada, y es la mejor cocinera que conoce. No es una pesada ni se dedica a criticar.

—¿Qué hay de cena, mamá? —pregunta Wille.

—Espaguetis a la boloñesa.

Wille mira a Vanessa y suelta un silbido.

Lo quiero, piensa Vanessa. Todo lo demás no importa. Nos saldrá bien.

Porque existe un «todo lo demás», la otra cara del encanto infantil de Wille. Todavía vive con su madre. Y no tiene trabajo. Claro que en esta ciudad ya casi no hay trabajo, pero esa no es la cuestión; la cuestión es que él parece estar a gusto como está. Saca algún dinero vendiendo para Jonte en Engelsfors y en pueblos más cutres todavía que hay perdidos en los bosques de por allí. Ese dinero se lo pule en ropa, videojuegos y regalos para Sirpa. Porque a Wille le gusta comprarle a su madre cosas bonitas. Y Sirpa siempre se pone igual de contenta y de emocionada cuando él le regala un perfume caro o una radio nueva para la cocina. La idea de que quizá debería contribuir a pagar el alquiler o la comida no parece habérseles ocurrido a ninguno de los dos.

Pero cuando Vanessa lo ve en momentos como este, tiene esperanzas. Solo tiene que conseguir que comprenda lo estupendo que es. Demasiado como para andar con Jonte y su pandilla de pringados. Demasiado como para quedarse para siempre en Engelsfors.

Minoo cierra la sesión y pone el ordenador en reposo.

La verdad es que ya se esperaba que Ida se opusiera, pero de todas formas se siente contrariada.

Su madre le ha enseñado que todo el mundo responde a una fórmula: una combinación de química, herencia, experiencias de la infancia y conductas aprendidas. Ya en la guardería, cuando Kevin Månsson los tenía a todos aterrorizados, su madre le explicaba que seguramente ese comportamiento tendría unas causas.

Minoo piensa en Ida y se pregunta si ella responde a una fórmula. ¿La habrán oprimido sus padres lo mismo que ella oprime a los demás? ¿O será que piensa que es graciosa cuando es mala? ¿Tendrá idea de cuánto es capaz de herir a la gente? Eso debería comprenderlo, ¿no?

De repente, Minoo se da cuenta de que nunca ha mantenido una conversación seria con ella. Solo cuando se ha reunido el grupo al completo, y no cabe duda de que Ida le cae mal a todo

el mundo. Tal vez no sea de extrañar que se haya puesto a la defensiva de entrada, ¿no? ¿Puede que no le hayan dejado otra alternativa que la de comportarse como un bicho?

Minoo saca el móvil y la llama. Se oyen los tonos de llamada. Se siente aliviada, Ida no va a responder. Pero entonces se interrumpe el tono bruscamente y se oye un carraspeo en el auricular.

—¿Diga?

Minoo sopesa la posibilidad de colgar.

—¿Diga? —dice Ida con impaciencia.

—Hola, soy yo… Minoo.

—Ya, y qué.

—¿Llamo en mal momento?

Ida resopla.

—No, doy saltos de alegría.

Minoo se arrepiente muchísimo de haberla llamado directamente. Debería haberse preparado, haber ideado algún tipo de estrategia.

—¿Te vas a quedar ahí jadeando en el teléfono o qué? —pregunta Ida con un suspiro.

—¿No podríamos aparcar esto? —pregunta Minoo.

—¿El qué?

—Ya sé que no podemos ser amigas… Me refiero a nosotras cinco. Pero ¿tenemos que andar siempre discutiendo?

—Si alguien se mete conmigo, yo le respondo con la misma moneda.

Hablar con Ida es como darse cabezazos contra una pared. Una pared dura, durísima.

—Pues es lo que trato de decirte… —continúa Minoo—. Que eso no conduce a ninguna parte.

—Eso díselo a la puta, a la drogadicta y a la gorda.

Es como si le hubiera caído un rayo.

—¡Por qué no dejas de ser tan infantil! —grita Minoo.

Ida suelta una risita y Minoo sabe que acaba de perder la batalla.

—Solo digo la verdad —replica Ida con calma—. Si la gente no es capaz de asumirla, no es mi problema.

—¿Sabes qué? —pregunta Minoo—. Espero que la próxima seas tú. El mundo sería un lugar mucho más agradable si estuvieras muerta.

Cuelga el teléfono y está a punto de estrellarlo contra la pared, pero lo suelta en la cama, donde simplemente rebota. Le gustaría ser de las que echan abajo las cortinas, rompen los vasos y los platos, vuelcan las estanterías… De las que destrozan toda la casa para aplacar su ira.

Estaba intentando mantener unido al grupo por Rebecka y, en vez de eso, acaba de decir lo más prohibido. Aquello que ni siquiera Linnéa o Anna-Karin, que tienen más motivos para odiar a Ida, se han atrevido a decirle. Lo peor que se le puede decir a otro ser humano.

22

LA casa de Adriana López está a diez minutos a pie del instituto, en una zona que llaman «La pequeña calma». Minoo se pregunta si existe en alguna parte «La gran calma». En ese caso, sería un lugar al que ella necesitaría acudir ahora que tiene el cuerpo rebosante de adrenalina.

Aquí las casas están más retiradas unas de otras y hay varias parcelas desiertas. Los restos calcinados de una casa incendiada siguen allí a la espera de su demolición. Bajo la luna resulta un espectáculo espantoso.

Corre el rumor de que en el sótano de esa casa había un club secreto de intercambio de parejas. Al parecer, un grupo de matrimonios se reunía allí por las noches para intercambiar pareja y fluidos corporales. Se dice que una mujer presa de los celos prendió fuego a la casa. Cuentan que varios murieron pasto de las llamas y que aún se oyen por las noches sus espíritus, débiles lamentos y suspiros de placer y de dolor.

Minoo se estremece y se sube hasta arriba la cremallera de la cazadora. Cuando pasa por delante de la casa calcinada, se sorprende al comprobar que, aunque aguza el oído, no se oyen espíritus cachondos.

Casi se le para el corazón cuando una figura vestida de negro se desprende de las sombras, junto a la linde de la parcela. Minoo está a punto de echar a correr cuando la figura la saluda con la mano.

Es Linnéa.

Empiezan a caminar juntas calle arriba. Minoo lo pasa fatal, consciente de cada una de las ventanas que van dejando atrás y de las miradas curiosas que puede que las vayan siguiendo. Empieza a arrepentirse de haber aceptado entrar en la casa con Vanessa, la invisible.

La idea general era que Minoo debía acompañarla, dado que es «la más lista». Y la vanidad venció al miedo.

¿Se puede estar más desesperado por el reconocimiento ajeno?, piensa.

Se da cuenta de que Linnéa sonríe.

—¿Qué te hace tanta gracia? —susurra Minoo.

—Estaba pensando que seguro que este no es el tipo de actividad al que te dedicas los fines de semana.

Minoo sabe que ella es muy formal, pero odia que los demás se lo digan.

—Claro, y tú sí, ¿no?

—Relájate, anda. Sabemos que no vuelve hasta mañana —susurra Linnéa. Se la ve acelerada. Como el que está corriendo una aventura.

Doblan la esquina, entran en una calle y entrevén a Ida, que está acuclillada vigilando en medio de un arbusto. La idea es que avise a Anna-Karin, que hace guardia más cerca de la casa, si ve que alguien se aproxima. Anna-Karin es fundamental, puesto que debe convencer a los escasos transeúntes de que tomen otro camino. Pero no se atrevían a contar con Ida, de ahí que le hayan asignado el único puesto relativamente prescindible.

Minoo no alcanza a verle la cara a Ida en la oscuridad, y se alegra. No ha podido mirarla a los ojos desde que hablaron por teléfono.

—¿No podía haberse quedado en su casa? —protesta Linnéa.

—Tenemos que hacerlo juntas —dice Minoo sintiéndose la persona más hipócrita del mundo.

La calle por la que caminan es estrecha y las viviendas son escasas y antiguas. En una

pequeña parcela comunitaria que se extiende entre dos vallas muy altas se encuentra Anna-Karin. Observa nerviosa a Minoo y a Linnéa cuando las ve pasar.

—Mira —susurra Linnéa señalando el coche de Nicolaus, que está oculto al abrigo de un árbol enorme.

Él esperará allí por si tienen que salir huyendo rápidamente. A Nicolaus no le gusta el plan, pero comprende que es necesario.

Continúan caminando otros diez metros y allí, al final de la calle, está la casa de la directora.

Una valla de madera recién pintada de blanco, que casi resplandece en la oscuridad, rodea la parcela. El jardín crece de forma salvaje, aunque parece seguir un plan. Un sendero empedrado que arranca de la verja se prolonga bajo un abedul imponente y desemboca delante de la puerta. Es una casa blanca de madera y de dos plantas, con detalles de ebanistería. Dos de las ventanas del piso de arriba tienen una vidriera que representa un dibujo abstracto con cristales de colores, como los ventanales emplomados de las iglesias.

Alguien empuja la manivela de la verja de repente y esta se abre despacio como por sí sola. A Minoo casi se le para el corazón hasta que se da cuenta de que es Vanessa, que se ha hecho invisible.

—¿Me oís? —susurra Vanessa que, para esta noche, ha estado entrenando duro para que puedan oírla aunque no la vean. Minoo asiente hacia el lugar donde cree que se encuentra.

Siguen hasta la puerta de la casa. Se detienen y Minoo se pone un par de guantes finos que le ha cogido a su madre en el trabajo.

—¿Y si tiene alarma? —susurra Minoo y saca la linterna.

—Pues nos daremos cuenta enseguida —sonríe Linnéa, llave en mano.

Minoo no puede evitar admirar el valor de Anna-Karin. Le robó la llave a la directora, se fue corriendo al cerrajero, que está a un par de manzanas del instituto, hizo una copia y consiguió devolver el original sin que la descubrieran.

Linnéa gira la llave y la cerradura se abre suavemente. Presiona la manivela y las invita a pasar con un gesto irónico.

—Adelante, entrad en la casa de los horrores —dice—. Yo me quedo aquí vigilando —añade un poco más seria mirando a Minoo a los ojos.

Vanessa se materializa al otro lado de Minoo y la anima con un gesto. Luego vuelve a desaparecer al tiempo que se desliza hacia el interior de la casa a oscuras.

Minoo piensa en Rebecka y la sigue.

Minoo enciende la linterna y la dirige hacia el suelo para minimizar el riesgo de que vean el haz de luz por las ventanas. En un hueco del recibidor se ve una hilera de abrigos colgados en sus perchas. Avanzan sigilosamente por el parqué, que cruje, y Minoo tiene la esperanza de que no dejen ningún rastro.

—¿Y aquí *vive* esa mujer? —susurra Vanessa al ver el salón.

Minoo entiende muy bien por qué lo pregunta.

Es demasiado perfecto. Los muebles, robustos y oscuros, parecen más propios de un castillo. Las paredes están cubiertas de retratos antiguos y de paisajes en colores sombríos. La chimenea tiene aspecto de no haberse utilizado nunca. No se ve ningún libro ni periódicos. Todo huele a limpio. *Demasiado* limpio. Como si allí la presencia humana nunca hubiera mancillado el aire.

Continúan por un pasillo, ven la cocina, un cuarto de baño y una habitación de invitados.

Toda la decoración es del mismo estilo. Enfrente de la escalera que conduce al piso de arriba hay una sala pequeña que parece un despacho. En sus estanterías solo encuentran libros normales y corrientes: literatura, biografías y poesía. Nada de pergaminos antiguos ni de escritos en latín hasta donde alcanzan a ver.

—Vamos a subir, susurra Minoo.

Nadie responde.

—¿Vanessa? —pregunta bajito, repentinamente aterrada ante la idea de estar sola en esa casa enorme y oscura.

—Perdona, se me ha olvidado que no me ves. Te decía que sí con la cabeza —responde Vanessa a su lado.

Suben la escalera cautelosamente. Los peldaños van crujiendo bajo sus pies. Minoo toma conciencia de que, si la directora llegase en ese momento, no tendrían escapatoria. Y a diferencia de Vanessa, ella no podría bajar sin ser vista.

Una vez en el rellano donde desemboca la escalera, mira a su alrededor. El ventanuco del techo deja pasar la luz de la luna y Minoo apaga la linterna. Las sombras se deslizan por todos los rincones.

—¿Empezamos por las habitaciones de la derecha? —pregunta Minoo.

Otra vez un silencio.

—¿Vanessa?

—Perdona, sí.

Una alfombra larga amortigua el sonido de sus pasos. Minoo abre la última puerta del pasillo, donde las sombras son más densas. Entra en la habitación y vuelve a encender la linterna.

Al fondo hay una cama pulcramente hecha y una sencilla lámpara de pie. Una de las paredes está cubierta de armarios empotrados, pero no hay el menor indicio de que allí duerma nadie.

—Esta tía es una psicópata —dice Vanessa.

De repente, se abre una de las puertas de los armarios. Algo negro e informe sale volando, como un ave desesperada a la que hayan liberado de su jaula y Minoo suelta un grito. Cuando aquel ser oscuro se queda quieto, se da cuenta de que es un traje de noche muy elegante que ahora está flotando en el aire.

—Una psicópata rica —observa Vanessa en voz baja, y cuelga el vestido en su lugar—. Esto es de Prada.

Minoo abre la puerta del baño del dormitorio. En un toallero de acero pulido cuelgan ordenadamente unas toallas de felpa gruesa. En las estanterías y en los armarios se alinean hileras perfectas de productos caros con las etiquetas visibles.

—Vaya, cuánto maquillaje. ¿Tú crees que se daría cuenta si nos llevamos algo? —pregunta Vanessa. Habla con un tono inequívoco de exaltación. Minoo niega espantada con la cabeza.

»Estaba de coña —dice Vanessa.

Aun así, Minoo no puede evitar quedarse delante de los armarios para que Vanessa salga del cuarto de baño antes que ella.

La puerta contigua al dormitorio da a una habitación totalmente vacía.

Al igual que la siguiente.

Y la tercera puerta está cerrada con llave.

Minoo tironea del picaporte. Si en aquella casa hay algo interesante, no cabe duda de que se encuentra en aquella habitación.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Minoo.

Oye un sonido extraño. Débil y metálico, como si estuvieran arañando la puerta. Como si unas garras diminutas la estuviesen trasteando. Minoo da un paso atrás. Puede que la directora sea algo así como una reina del mal y, en ese caso, quizá tenga una corte de súbditos diminutos escondidos en el palacio, silenciosos y vigilantes, listos para defender sus secretos.

El picaporte baja y la puerta se queda entreabierta.

Minoo ve con el rabillo del ojo que algo cobra forma a su lado y se vuelve rápidamente.

Vanessa sonríe.

—Oye, ¿te has dado cuenta…? —comienza Minoo, cuando ve que Vanessa tiene una horquilla en la mano.

Entonces comprende por fin que no han abierto la puerta desde dentro; que ha sido Vanessa, Vanessa la fantástica, la que la ha forzado. Le daría un abrazo, pero acaba de hacerse invisible otra vez.

Entran en la habitación. Minoo apenas se atreve a respirar. La luz de la luna se filtra a través de las vidrieras y lo baña todo otorgándole un aspecto onírico. Los cristales de colores forman dibujos irregulares en el suelo. A diferencia del resto de la casa, hay allí un suave aroma a vida, papeles polvorientos y cuero antiguo. Además flota en el aire un matiz oloroso a madera quemada y un hedor intenso que Minoo no puede identificar.

Es la habitación más grande de la primera planta. Allí también hay una chimenea que, a juzgar por la tizne del hogar, sí parece haberse utilizado con asiduidad. En la pared de enfrente hay una librería. Encima de la última balda hay tres pájaros disecados: dos variedades de lechuza y un cuervo negro como la noche con el pico afilado como una navaja, que las miran desde lo alto. El contenido de la librería está protegido por dos pares de puertas de cristal cerradas con grandes candados.

La mayoría de los lomos de los libros están tan desgastados que los títulos resultan ilegibles, pero Minoo se fija en uno, *Cultos inhumanos*, y un escalofrío le recorre el cuerpo, como si hubiera rozado algo antiquísimo y totalmente maligno.

—¿Dónde estás? —pregunta Minoo.

—Junto al escritorio. Mira —la llama Vanessa, y hace visible una mano para poder señalar.

Bajo una pila de libros en diverso grado de deterioro hay un plano antiguo de Engelsfors. Al lado ven un extraño objeto de hierro con un tornillo enorme en el centro. Y dos fotografías, ampliaciones del anuario escolar de noveno. Una de Elías. Y otra de Rebecka.

—Voy a hacer fotos para que las demás lo vean —le dice Vanessa con voz tensa.

Minoo se dirige a la estantería que hay junto a la chimenea. Está llena de tarros de cristal ámbar. Las etiquetas están numeradas con números romanos. Coge al azar el número XI y desenrosca la tapadera.

En un primer momento no distingue qué son aquellas bolitas resecas.

Ojos.

Enrosca bien la tapa y devuelve el tarro a su lugar.

Los fogonazos discretos del *flash* iluminan la habitación mientras Vanessa fotografía el escritorio con la cámara del móvil.

De repente Minoo tiene la sensación de haber percibido un movimiento en el techo. Detiene la mirada en las aves disecadas. Se queda inmóvil mirándolas. A la espera de que abran el pico, de que agiten un ala. Pero no se mueven, como es lógico.

Minoo se obliga a centrarse en la misión. Encontrar pistas. Pruebas. No puede dejarse

dominar por el miedo. Tiene que pensar en Rebecka y en Elías. Está allí por ellos.

Se dirige hacia una mesita de madera que hay junto a un sillón de piel desgastada. Sobre ella ve una caja de madera de color granate y circular. Minoo la ilumina con la linterna. Una línea vertical divide la tapa en dos mitades. Una ciudad cuya extraña arquitectura, distinta de cuanto Minoo ha visto hasta ahora, se aprecia grabada con todo lujo de detalles. En el otro lado hay remolinos de galaxias y formas reptantes e innombrables. En el centro hay un hombre que tiene las manos extendidas hacia los lados como formando un puente entre ambas mitades. La línea central le divide el cuerpo por la mitad. Tiene los ojos cerrados.

—Minoo…

La voz de Vanessa le resuena muy cerca, a la espalda. Minoo se da la vuelta. Vanessa se ha vuelto visible otra vez.

—Mira hacia abajo —le pide.

¿Cómo ha podido pasar por alto aquellas líneas cuando entró en la habitación? ¿O habrán aparecido mientras estaban allí dentro?

En el suelo hay dibujado un amplio círculo blanco. En el centro hay un círculo más pequeño de aproximadamente medio metro de diámetro. En su interior hay un símbolo extraño. Tanto Minoo como Vanessa están dentro del mayor de los dos círculos.

Minoo se agacha y desliza con cuidado el dedo índice sobre la línea exterior. Está grasienta y rugosa. Y *caliente*. Aparta la mano.

—Tenemos que salir de aquí —dice Vanessa.

El aire se ondula por encima del círculo más pequeño, igual que ocurre sobre el asfalto en un caluroso día de verano. Minoo trata de salir corriendo pero le resulta imposible moverse, literalmente. Presiente un sonido sordo, una pulsión en el techo.

Una ola de calor atraviesa la habitación. El ardor del aire les dificulta la respiración. El ruido sordo del techo se oye cada vez más alto. Les vibra en el pecho como un tambor gigante.

—No puedo moverme —dice Vanessa.

Minoo lo intenta con todas sus fuerzas, pero tiene los pies como pegados al suelo. Es tal la temperatura que el sudor le corre desde la raíz del pelo por toda la frente. Vanessa extiende la mano.

—¡Estoy atrapada! —grita sobreponiéndose al estruendo. Minoo le coge la mano. En el instante en que se tocan, la presión que les tenía los pies inmovilizados en el suelo cede ligeramente. Lo justo para que puedan moverse.

—¡Corre! —exclama Vanessa.

Y echan a correr las dos, cogidas de la mano. Minoo alcanza a ver un último atisbo de la habitación y algo incomprensible allí dentro, antes de huir hacia la escalera.

Se acrecienta el retumbar sordo de tambor y las dos corren por el pasillo, escaleras abajo y a través de las habitaciones de la primera planta. Tintinean los cristales de las ventanas y, en el salón, un cuadro cae al suelo.

Vanessa abre la puerta de golpe y salen al aire de la noche. Minoo corre tras ella por entre la oscuridad hacia la verja abierta.

Ve a Linnéa con el rabillo del ojo. No hace preguntas, simplemente se les une en la carrera al lado de Minoo.

Casi cae la una encima de la otra cuando las tres entran atropelladamente en el coche de Nicolaus.

—¿Lo has visto? ¿En medio de la luz? —pregunta Vanessa a Minoo cuando ya están en el asiento trasero.

Minoo asiente. Sabe a qué se refiere Vanessa. A una figura humana que cobraba forma en una columna de luz.

23

CUANDO Minoo y Vanessa cuentan lo que han visto en casa de la directora, Anna-Karin se siente inesperadamente excluida. Es como si hubiera necesitado verlo con sus propios ojos para creerlo. Ella era la que más motivos tenía para haber aceptado a aquellas alturas que lo sobrenatural es natural. Pero mientras las oye contarlo, le suena como una historia de fantasmas cualquiera.

Anna-Karin está sentada en el escenario contemplando la pista de baile. Allí se conocieron sus padres hace mucho tiempo. Y eso más o menos es lo que sabe. Su madre suele decir que su padre era guapo y que bailaba bien.

—Si hubiera sabido lo rematadamente mal que hacía todo lo demás, habría echado a correr tan lejos como me hubieran permitido las piernas —dice siempre para concluir la historia, con una risita amarga. Y siempre parece que habría preferido salir corriendo, aunque eso hubiera implicado que ella no hubiera existido.

Ha empezado a caer una lluvia fina que resuena débilmente sobre el techo de la pista de baile. Va goteando y en el suelo de madera se han formado pequeños charcos. A los pies de Nicolaus se ha enroscado el gato negro de un solo ojo. Parece que Nicolaus ya se ha acostumbrado a él, e incluso ha tenido tanta imaginación, que le ha puesto al animal el nombre de *Gato*.

—Bueno, pues ya tenemos la certeza de que la directora es el asesino —concluye Vanessa.

—La certeza no —objeta Minoo.

—¿Cuántas pruebas necesitas? —pregunta Linnéa.

—Perdona —dice Ida—. Pero para mí que se os está escapando lo más importante.

—¿Y qué es? —replica Linnéa.

—Pues sí, te lo voy a explicar —dice Ida con un tono de voz que chorrea miel y veneno—. Lo importante no es que nosotras sepamos que es ella; lo importante es que ella sabe que hemos estado allí.

—No sabemos si nos vio —objeta Vanessa—. Si es que era ella.

Ida hace un gesto de exasperación.

—Os recuerdo que no somos del todo impotentes —dice Minoo, aunque no parece muy convencida.

—Si os enfrentáis a ella, me temo que sí —concluye Nicolaus.

Hasta ese momento ha estado ojeando en silencio las fotos del móvil de Vanessa. Ahora tiene la mirada perdida en el vacío.

—Sospecho que la directora tiene una alianza con fuerzas demoníacas.

Minoo saca un cuaderno y escribe frenéticamente.

—¿Fuerzas demoníacas? ¿De dónde mierda te has sacado eso? ¿Es que has tenido una iluminación? —pregunta Vanessa.

—Dios proteja vuestras almas —murmura Nicolaus y le flaquean las piernas.

Minoo aparta el cuaderno y lo mira extrañada.

—¿Estás bien?

Nicolaus dirige la vista hacia ella. Una vez más, está totalmente desorientado.

—¿De qué estábamos hablando?

—De la directora —responde Anna-Karin—. Y no sé qué de fuerzas demoníacas.

—¡Es verdad! Fuerzas demoníacas… La directora… —Desliza la mirada de nuevo a las fotos—. Yo he visto antes este objeto. Que Dios nos ayude.

—Valeeee… —dice Vanessa.

Anna-Karin se levanta y se le acerca mientras él sostiene el móvil mostrándole una de las imágenes. Representa un objeto de hierro con un tornillo enorme.

—Me resultaba familiar… Es un instrumento de tortura para arrancar la lengua.

—¿Cómo? —pregunta Ida con voz chillona.

—Se obliga a la víctima a meter la lengua por este aro, se atornilla y se tira de la lengua así… —Les muestra el procedimiento sacando la lengua todo lo que puede—. Luego se gira una rueda de modo que la lengua se va estirando cada vez más. Y se sigue hasta que se desgarran los músculos y se arranca la lengua. La lengua humana tiene una longitud sorprendente.

Anna-Karin contempla la imagen y se guarda la lengua todo lo que puede, como para protegerla. De repente ya no le resulta tan difícil creer en esa historia de fantasmas.

—La directora nos vio —dice Minoo en voz baja—. Estoy bastante segura. ¿Creéis que nos hará algo en el instituto?

—Allí fue donde murieron Elías y Rebecka —responde Linnéa.

—Pues ya veremos a quién de nosotros le toca el lunes —dice Vanessa.

Puede que lo haya dicho de broma, pero nadie se ríe.

24

EL lunes por la mañana, Vanessa se plantea por un instante quedarse en casa y no ir al instituto. Los sucesos del sábado la llenaban de temor, pero la idea de pasar el día en su casa, completamente sola, y esperando a que ocurriera algo horrible se le antoja mucho peor.

Nicke no ha hecho el menor comentario acerca de ningún robo en «La pequeña calma». De haberse producido una intervención de emergencia por algo tan espectacular, lo habría contado sin duda a la hora de cenar. Claro que eso no tiene por qué significar que estén seguras. Vanessa duda de que una persona que haya establecido una alianza con las fuerzas demoníacas llame a la Policía cuando advierte que alguien ha entrado en su cámara secreta de tortura.

Su madre está leyendo un grueso volumen sobre astrología. Hoy tiene el día libre y canturrea abstraída mientras toma notas hojeando el libro. Tiene una expresión tranquila en el semblante que la hace parecer más joven. Su madre solo tenía diecisiete años cuando ella nació, y a los treinta y tres, en realidad, se es bastante joven. A veces Vanessa piensa que su madre ha desaprovechado su vida. Trabaja demasiado, ¿y para qué? Madre de dos hijos y cuidadora en una residencia de ancianos, ¿en eso va a quedar su vida? ¿No tiene más ambiciones? Vanessa no piensa cometer el mismo error. No piensa precipitarse. Tiene la intención de ser joven tanto tiempo como sea posible antes de ser adulta. Quiere saborear la vida. La vida de verdad, la que existe más allá de Engelsfors. Si es que el mundo sigue existiendo. Si es que ella sobrevive el tiempo suficiente.

—Ya me voy —dice.

Su madre levanta la vista y sonríe. Parece bastante satisfecha para haber desaprovechado su vida.

—Oye, acabo de acordarme. ¿Qué tal te fue con Mona?

¿Por qué siempre se las arregla su madre para sacar precisamente el tema del que ella no quiere hablar?

—Bien —murmura Vanessa.

—A mí me impresionó muchísimo. ¿A ti qué te dijo?

—Es personal.

—No pasa nada, Nessa. Me hago cargo de que no quieres contárselo todo a tu madre. Y puede que yo tampoco quiera saberlo.

Ha dicho estas palabras con una sonrisa elocuente, como diciéndole que comprende por lo que está pasando, que entiende cómo se siente uno cuando es adolescente. Pero su madre no tiene ni idea de lo que está viviendo Vanessa. Y nunca podrá contárselo.

—No, no creo que quieras —dice bajito, y le da a su madre un abrazo rápido.

La primera persona a la que ve Vanessa al llegar al instituto es Jari. Está hablando con Anna-Karin, que agita la melena y ríe exageradamente.

—Estás como una chota —dice Anna-Karin con una risita por algo que le ha dicho Jari, y Vanessa acelera el paso para no tener que oír más.

Se pasa las clases de la mañana en total tensión. Cualquier movimiento que se produce en el aula la sobresalta. Evelina y Michelle la miran como si estuviera para ponerle una camisa de fuerza y atiborrarla de tranquilizantes. Seguramente tienen razón. Cuando baja al comedor ve a la directora junto al bufé de las ensaladas. Adriana López se sirve en el plato una montaña de zanahoria rallada. De pronto siente que todo es absolutamente irreal y ridículo.

Puede que la directora sea un demonio. Pero Vanessa ha superado el límite del tiempo que puede aguantar con el miedo en el cuerpo. Por lo menos el miedo a un demonio que come zanahorias. Llega el martes, el miércoles, el jueves y el viernes. No pasa nada. Se reúnen una vez en el teatro para diseñar una especie de estrategia. Linnéa quiere que utilicen los poderes de Anna-Karin para que la directora se delate. Minoo protesta. Rebecka también tenía superpoderes y, aun así, murió.

Vanessa tiene ganas de gritar de impotencia. No hay a quien pedir ayuda ni consejo. Están esperando su turno como animales de sacrificio. Sin ni siquiera *intentar* defenderse. Una tarde vio que la directora se metía en el coche y le entraron ganas de acercarse corriendo, abrir la puerta y gritarle: «¡Pero hazlo de una vez! ¿A qué esperas?».

Vanessa había pensado pasar el fin de semana con Wille, tratar de olvidarlo todo, pero le dijo que tenía que ayudar a Jonte con «una cosa». Michelle y Evelina están en Köping todo el fin de semana, han ido a un concierto pero Vanessa no tenía dinero.

El sábado llega la tormenta. Caen las últimas hojas del otoño y el mundo se llena del rugir de un viento que pulveriza de lluvia toda la ciudad.

Vanessa está prisionera en el apartamento. A primera hora de la tarde empieza a sentir claustrofobia. Tiene la sensación de que Nicke está por todas partes. Si va a la cocina, se lo encuentra preparando café. Si se asoma al salón, lo ve tumbado en el sofá, leyendo una novela policíaca y protestando entre dientes por la falta de documentación. Al final, Vanessa se pone a limpiar su habitación solo para tener algo que hacer.

—¿No podrías seguir con el resto de la casa? —le dice su madre como creyéndose muy graciosa.

Pero Vanessa le hace caso. Además le encanta irritar a Nicke con el zumbido de la aspiradora. No se va a quejar de que esté limpiando.

Luego se sienta delante del ordenador. No hay nadie conectado. Trata de localizar a Wille. No hay respuesta. Se asoma a la ventana.

Engelsfors es una ciudad que gana en la oscuridad, a cierta distancia, cuando solo se ven las farolas de la calle y las ventanas iluminadas. Vanessa divisa la torre de la iglesia, donde enterrarán a Rebecka el lunes. A ella le gustaría ir, pero no puede ser. No pueden desvelar que se conocían.

Frasse araña la puerta y ella lo deja entrar. El animal se tumba en la cama y suspira satisfecho. Vanessa mira de reojo el móvil que tiene encima del escritorio. Lo coge y marca un número.

Linnéa responde jadeante.

—¿Ha pasado algo?

Vanessa se queda un poco cortada. Y entonces se da cuenta de que Linnéa no espera de ella una llamada «normal».

—No, yo solo…

—Estoy un poco liada.

—Bueno, pues no pasa nada —dice Vanessa y cuelga.

Una oleada de desazón le inunda el pecho. Llama a Wille. Oye los tonos de llamada, uno a uno. Él no responde.

Frasse bosteza abriendo tanto la boca que parece que se le vaya a desencajar la mandíbula. Vanessa deja el móvil y se descarga una película de miedo. Será un alivio poder ver monstruos inventados. Cualquier cosa con tal de olvidarse de los que tiene en la cabeza, los que le susurran que su novio le está siendo infiel con Linnéa Wallin en ese preciso momento.

El viento hace temblar los cristales de las ventanas.

Minoo está buscando información sobre demonios en la red. Otra vez. Y, como siempre, sin resultado.

Las historias que encuentra parecen más bien cuentos. Intenta compararlas pero no llega a ninguna conclusión, salvo que la mayoría de las religiones y las culturas tienen o han tenido su concepción de los seres malignos. Pero, en realidad, utilizan mal la palabra *demonio*. El griego *daimon* significa, sencillamente, «espíritu» o «divinidad» o «hado». Los demonios malignos aparecieron con la cristiandad.

Minoo suspira irritada. Está convencida de que los que cuelgan información en esas páginas son aficionados, exactamente igual que ella. Muchas veces está claro que son invenciones, otras son deseos de aspirantes a satanistas y, la mayoría de las ocasiones, son rollos de fundamentalistas religiosos que la asustan tanto como los demonios, por lo menos.

Se levanta y se da un masaje en los hombros tensos. Detiene la mirada en el traje negro que tiene colgado en la puerta del armario. Compraron la ropa del funeral ayer, después del instituto. Minoo lo fue dejando hasta el último momento, hasta que su madre la obligó a ir con ella a Borlänge. Solo de pensar en el entierro le duele el estómago. Es pasado mañana y, en realidad, ella preferiría no ir, pero su madre ha insistido.

—Tienes que ir. Para superar la pena. Ya comprenderás a qué me refiero.

Los padres de Rebecka no quieren que el entierro sea un espectáculo, y han expresado su deseo de que solo los más allegados vayan a visitarlos.

Minoo no sabe si podrá. ¿Qué le va a decir a la madre de Rebecka? ¿Cómo va a poder mirar a la cara a sus hermanos pequeños? ¿Irá Gustaf? No lo ha visto desde que murió Rebecka; desde que leyó la entrevista que le hizo Cissi en el periódico de la tarde.

Minoo coge el traje y lo cuelga dentro del armario para no verlo.

Luego se tumba en la cama con un ejemplar archileído de *La historia secreta*. Pero no es capaz de concentrarse en aquellas palabras que tan bien conoce. Al contrario, los pensamientos van y vienen de la directora a los demonios, al instituto, a Max.

Max. Él es una zona franca, libre de toda la negrura y Minoo se recrea en el recuerdo de sus rasgos. En ese punto, los pensamientos discurren hacia sueños llenos de nostalgia, esos sueños que han llenado la soledad de tantas tardes de sábado.

25

LAS siluetas negras de los árboles se perfilan contrastando con el cielo grisáceo. Es uno de esos días en que no hace ningún tiempo concreto: ni sol, ni lluvia, solo una grisura inmensa que se extiende encapotando la ciudad.

Minoo avanza por el sendero hacia el pórtico de la iglesia. La grava cruje bajo sus pies. El vestido nuevo le está demasiado ajustado por el pecho y le cuesta respirar. Hay unas señoras mayores con abrigos negros en la escalinata de la iglesia hablando en susurros. Minoo observa el cabello gris y la cara arrugada de las mujeres y piensa: Rebecka nunca llegará a estar así.

Sus padres le propusieron tomarse el día libre en el trabajo para acompañarla, pero Minoo les dijo que no. Ahora ni siquiera recuerda por qué. Solo sabe que se arrepiente.

Va torturándose con diversos escenarios de pesadilla. Imagínate si hace algo mal, como llorar demasiado, empezar a reírse, desmayarse o tropezar. Imagínate que les estropea el funeral a la familia y los amigos de Rebecka. ¿Tiene derecho siquiera a estar allí, con lo poco que la conocía?

Sube despacio los peldaños de la escalinata, pasa al lado de las señoras y cruza la puerta. Ya hay gente sentada en los bancos. Todos están de espaldas a ella. Si se diera media vuelta y se marchara, nadie lo notaría.

Pero entonces ve el ataúd blanco. Junto al altar, en un caballete, hay una ampliación de un retrato de Rebecka. Es una foto muy bonita. Está sentada junto al lago Dammsjön, entorna los ojos a la luz del sol, sonríe a quien está haciendo la foto. Y Minoo comprende que tiene que quedarse.

Ella es la única de toda la iglesia que sabe por qué murió Rebecka. La única que sabe que no fue un suicidio. Y eso la obliga a estar ahí. En el funeral tiene que haber por lo menos una persona que sepa la verdad.

Mientras camina por la nave, piensa que allí también van las parejas a casarse y los padres a bautizar a sus hijos. Los padres de Minoo no son creyentes y ella no tiene costumbre de ir a la iglesia. Pero de pronto se da cuenta de qué es lo interesante de una iglesia. Contiene el nacimiento, la vida y la muerte, todo en el mismo lugar.

Minoo se sienta en el centro, intentando pasar tan inadvertida como sea posible.

Empiezan a tañer las campanas.

Se oyen sollozos.

Vuelve a mirar la foto de Rebecka, contempla la sonrisa de su semblante, tan vivo. Y es como si en ese momento tomara conciencia por primera vez de que Rebecka no volverá jamás. Jamás. Pensar en la palabra «jamás» es como mirar al fondo del abismo. Imposible de comprender. Eternidad. Infinitud. De pronto afloran las lágrimas. Teme perder el control por completo. Se cubre la cara con las manos y piensa en todo lo que era Rebecka y en lo que podría haber sido, en todo lo que no podrá sentir nunca ni ver ni oír ni amar ni odiar ni añorar ni reír. Toda una vida. Perdida.

No es Helena Malmgren, la madre de Elías, quien oficia la ceremonia. Por supuesto que no. ¿Cómo iba a tener fuerzas estando tan próxima la muerte de su hijo? Es un pastor joven. No se siente muy seguro, habla entrecortadamente y murmura durante el sermón. Minoo oye solo retazos: *…tan joven……Dios tiene un propósito……después de la muerte…* Pero no retiene nada, nada le da consuelo. Cuando el pastor habla de Rebecka, suena como si hablara de otra persona, y Minoo querría que cerrara la boca. Que los dejara en paz. Lo odia por haberse preparado tan

mal. Odia los salmos y las almas que suben al paraíso entre cánticos. ¿Cómo puede nadie suponer que existe algo hermoso y justificado en la muerte de Rebecka?

Empieza a sonar un órgano. Unas notas tímidas atraviesan el aire de la iglesia.

Los padres de Rebecka se levantan y se acercan al ataúd. El padre, un hombre alto y fornido al que Minoo no había visto nunca, tiene la cara enrojecida de tanto llorar. De vez en cuando sus sollozos se oyen por toda la iglesia atravesando incluso el manto sonoro del órgano. La madre tiene esa expresión hermética tan característica de las personas que han sufrido una conmoción. Se apoyan el uno en el otro. Detrás de ellos van dos de los hermanos pequeños de Rebecka, dos niños que se parecen tanto a ella que a Minoo le duele. Llevan trajes negros y van fuertemente cogidos de la mano mientras siguen los pasos de sus padres en dirección al blanco ataúd. Se pregunta si entienden algo. Un hombre de edad avanzada los acompaña rodeándoles los hombros con el brazo.

El joven pastor asiente solemne mirando a la familia con una expresión de compasión auténtica. La ira que Minoo sentía por él se esfuma. El joven intenta consolarlos. Es misión imposible, pero, al menos, lo intenta.

Cuando los que están sentados delante de Minoo se levantan, ella los sigue. Se acerca al ataúd con las piernas temblorosas. Vuelve a aflorar el llanto a medida que se acerca. Y le parece que es justo. Es justo que llore con la familia de Rebecka y con todos los que la conocían. No puede aliviar su dolor pero sí puede compartirlo.

Minoo advierte una gran corona de flores con lazos blancos. Está llena de lirios también blancos y en la cinta dice: «DESCANSA EN PAZ, TUS AMIGOS». Han elegido lo más neutro que han podido encontrar para no suscitar curiosidad, pero Minoo sabe quiénes la han enviado y eso le da fuerzas.

Los asistentes se acercan uno a uno al ataúd a dejar flores. Minoo no lleva ninguna. No sabía que debía hacerlo. Una vez delante del ataúd, pone encima la palma de la mano. Casi espera sentir algo. Una señal. Una descarga eléctrica. Pero solo siente la madera fría en la piel. Resulta imposible imaginar que Rebecka esté allí dentro.

Rebecka, piensa Minoo. Te prometo que encontraré al que hizo esto. Y quienquiera que sea no tendrá nunca la oportunidad de repetirlo. De hacerlo otra vez. Te lo prometo.

Después de la ceremonia sirven un café en la sala parroquial pero Minoo no tiene fuerzas para quedarse un segundo más. No es capaz de imaginar cómo deben de sentirse los padres de Rebecka con tanta pregunta y tantos remordimientos, tanta ira y tanto dolor. Es horrendo no poder contarles que su hija no se suicidó. Sale a la escalinata, se detiene y contempla la parte nueva del camposanto que se extiende al otro lado de un largo seto de boj. Allí, en alguna parte, está Elías, que era el séptimo.

Baja los escalones y continúa por el sendero de grava. Va pensando en la habitación de la casa de la directora, en las cosas horribles que allí había. ¿Cómo podrán vencer a semejante enemigo?

—Hola…

Levanta la mirada. Ve a Gustaf apoyado en el tronco de un árbol. Parece incómodo con el traje de chaqueta negro. Minoo aparta la mirada y acelera el paso. Gustaf es la última persona con la que quiere hablar en ese momento.

—Minoo…

Ella no responde, sino que empieza a caminar más rápido. Él la sigue.

—Por favor, ¿no puedo hablar contigo? —dice Gustaf en voz alta.

—¡No! —le suelta.
—No es lo que tú crees…
Minoo se para en seco y Gustaf casi choca con ella. Verlo tan de cerca hace que su ira se aplaque ligeramente. Apenas si lo reconoce. Ya no es el chico soñado que nunca se ha tropezado con ningún obstáculo en la vida. Tiene los ojos enrojecidos y la piel ajada.
—¿Qué no es como yo creo?
—Lo de la entrevista. Porque seguro que es por eso por lo que no quieres hablar conmigo, ¿verdad?
—¿Tú qué crees?
Gustaf se queda mirándola. Trata de buscar unas palabras que no encuentra.
—¡Dijiste que era mejor para ella estar muerta! —exclama Minoo.
Gustaf cierra los ojos fuertemente. Cuando los vuelve a abrir están llenos de lágrimas.
—Yo estaba esperándola en la entrada —dice Gustaf—. Estaba mirando a la calle desde la puerta… La vi caer. Estrellarse contra el suelo. No pude hacer nada…
Se le quiebra la voz. Las lágrimas le corren por las mejillas. Minoo también está llorando. Un cuervo solitario los sobrevuela y termina posándose en un árbol.
—Cissi vino a verme a mi casa por la noche —continúa Gustaf más sereno—. Sí, claro que me dijo que era periodista… Pero cuando estábamos hablando, no se comportaba como tal. Tenía la sensación de que le importaba. Y dije un montón de cosas que no tenía que haber dicho. Casi ni me acuerdo de lo que le conté. Mi madre ha demandado al periódico, pero lo que se ha publicado, publicado está…
Minoo se queda mirándolo. Sabe cómo es Cissi, debería haber supuesto lo que pasó. Y en la cara de Gustaf no hay el menor indicio de falsedad. Está diciendo la verdad. Está segura.
Toda la rabia que venía sintiendo contra Gustaf desaparece. Solo queda el dolor que ambos comparten. Minoo apenas es capaz de soportar el suyo, y no puede ni imaginarse el vacío que Rebecka habrá dejado en Gustaf.
—Tengo que preguntártelo —dice—. ¿Te dijo a ti algo de que estuviera triste? ¿Notaste en algo que no quisiera… seguir viviendo?
—No —responde Minoo—. Pero hay algo que sí sé. Tú la hacías feliz.
Gustaf aparta la mirada.
—No lo suficiente.
—No debes pensar así.
—Por supuesto que sí. Yo sabía que algo pasaba. A veces tenía la sensación de que ella quería contármelo. Si le hubiera preguntado…
—Ella también podría haber tomado la iniciativa —dice Minoo prudentemente.
—Ya, pero en lugar de eso, se tiró del tejado del instituto.
No hay nada que Minoo pueda decir. No puede contarle la verdad.
—Sus padres deben de odiarme —continúa Gustaf—. No me he atrevido a ir al funeral. No quería estropear las cosas más de lo que ya lo he hecho.
—Habla con ellos. Puede que sean más comprensivos de lo que crees.
Gustaf niega con la cabeza.
—No puedo.
Mira a Minoo y se le dibuja en la cara una sonrisa llena de dolor.
—Ella era lo mejor que me ha pasado en la vida. Me siento tan asquerosamente solo sin ella. He perdido el norte en mi vida.
Gustaf se echa a llorar y Minoo hace lo único que puede hacer: lo abraza. Con el rabillo

del ojo ve que el cuervo aletea y levanta el vuelo antes de desaparecer en el cielo gris.

26

VANESSA lleva más de una hora en la oscuridad delante de la puerta de Linnéa.

En su apartamento suena música rock a todo volumen. El vocalista canta a veces, y otras veces grita. A Vanessa siempre le ha parecido que este tipo de música suena a un dolor de cabeza de los peores, pero ahora que lleva un rato teniendo que oírla, empieza a pillarlo. Al principio casi se pone mala del estrés, pero cuando se tranquilizó y se dejó llevar por la música, le resultó extrañamente relajante. Es como si todas las tensiones y todos los miedos se transformaran en una ira de la que la música se hace cargo.

No debería estar aquí, piensa.

Pero no puede irse. No hasta que no lo sepa.

Ayer noche, bastante tarde, recibió el mensaje: «Hecho mierda. Buenas noches,». Entonces intentó llamarlo, el teléfono daba la señal pero él no respondió. Lleva toda la noche sin pegar ojo.

Sabía que Wille se cabrearía muchísimo cuando lo llamara a las siete de la mañana para pedirle que la llevara al instituto. Ella tendría que interpretar todo el repertorio: burlona, bromista, *sexy*, enfadada, indefensa, hasta que él cediera. Y entonces ya no le parecería un triunfo. Al contrario, se sentiría humillada.

Pensaba que solo con verlo sabría si había estado con Linnéa. Por eso era tan importante quedar con él aquella misma mañana. Y al principio Vanessa creyó que el silencio impenetrable de Wille mientras iban en el coche debía ser indicio de que no le había sido infiel. Porque si hubiera hecho algo, le estaría haciendo la pelota, ¿verdad? Pero luego empezó a plantearse si ese silencio no sería señal de lo contrario, de que se había cansado de ella.

Cuando llegaron al instituto abrió la puerta del coche y la cerró de un portazo al marcharse. No le importó que la gente se la quedara mirando cuando cruzó el patio, y pasó de Evelina y Michelle, que la llamaron a gritos. En cuanto entró fue corriendo a los servicios de chicas que había junto al comedor.

Todos estaban vacíos. Vanessa se hizo invisible y se puso a llorar. Callada y furiosamente.

Y entonces entró Linnéa.

Vanessa contuvo la respiración. No se atrevía ni a *pensar*. Pero Linnéa llevaba el móvil pegado a la oreja y parecía ausente. Lanzaba hondos suspiros al oír a la persona que hablaba con ella. Se colocó delante del espejo, se pasó la mano por la melena negra y se miró los dientes, como para comprobar si tenía algún resto de comida.

—Venga ya. No puedo hablar de esas cosas aquí, en el instituto —dijo—. No, pero ya que estoy aquí, pues… No quiero saber nada de eso. Es problema tuyo. Vale… Ya veo… Ummm… No lo sé… Vale… Entonces pásate esta noche sobre las nueve. No me llames más hoy.

En el móvil de Vanessa son las 21:34. Tiene ganas de hacer pis. Un número de teléfono aparece en la pantalla. Es Minoo. La habrá llamado siete veces por lo menos durante la noche, pero Vanessa piensa que puede esperar. Linnéa tampoco ha salido corriendo hacia Kärrgruvan, así que no puede ser tan importante.

A las 21:46 decide que se irá a las diez. Cuando dan las diez se dice que le dará otro cuarto de hora, aunque se está haciendo pis.

A las 22:09 se abre la puerta del portal y se enciende la luz de la escalera. Se oye el

chirrido de los cables del ascensor y Vanessa no quita la vista del cristal de la puerta. El ascensor llega deslizándose y se detiene. Divisa una figura allí dentro.

La puerta del ascensor se abre.

No es Wille.

Es Jonte.

Se acerca a la puerta de Linnéa y llama al timbre.

En el apartamento cesa la música. Llama otra vez.

Linnéa abre la puerta. Va sin maquillar y lleva unos pantalones cortos y una camiseta negra muy ajustada con un murciélago y el texto: DIR EN GREY. Mira a Jonte enfadada.

—Llegas tarde.

—*Sorry* —responde él, pero no parece que lo sienta de verdad.

Linnéa se hace a un lado y lo deja pasar.

Vanessa lo sigue. Así, sin pensarlo. Tiene el tiempo justo de pegarse a la pared antes de que Jonte cierre la puerta con llave.

Allí está, en el recibidor, sin tener la menor idea de por qué ha entrado. Tampoco tiene ni idea de por qué entra con ellos en el salón.

Mierda, piensa. *Mierda, mierda, mierda, mierda*.

Linnéa se para de pronto y se da la vuelta. Mira a Jonte extrañada.

—¿Qué pasa? —pregunta Jonte.

—¿Eres tú el que huele a coco?

Jonte suelta una risotada y se tira en el sofá, que emite un crujido. Lleva una sudadera negra con muchos lavados y unos vaqueros amplios. Saca una bolsita de hierba y un librillo de Rizla y se hace un canuto con movimientos expertos. Linnéa se sienta a su lado y apoya la cabeza en su hombro.

Vanessa hace una mueca. Sí, bueno, Jonte es guapo en cierto modo, pero es tan… cutre. Y tiene casi la misma edad que su madre.

Linnéa da un respingo y observa la habitación con mirada penetrante. Es como si estuviera mirando a Vanessa directamente. Pero no es posible. ¿O sí?

Jonte enciende el canuto y aspira profundamente.

—¿Qué puñetas te pasa que estás tan nerviosa? —le dice cuando le pasa el canuto.

Linnéa lo coge. Se levanta y va fumando hasta el portátil que tiene abierto. Pone una canción. Es una música sugestiva, la mujer que canta suena apenada e impotente al mismo tiempo.

—Ven aquí —dice Jonte, y Linnéa se le acerca, deja el porro en un cenicero y se sienta muy pegada a él.

Le da un beso y Vanessa pone cara de asco. Pero no puede apartar la vista de ellos mientras Linnéa se quita la camiseta y Jonte le desabrocha el sujetador negro, le recorre la espalda con las manos y continúa hasta el pecho.

Linnéa se tumba boca arriba en el sofá sujetándolo con mano firme por la nuca. Él se tumba encima y alarga el brazo en busca del porro. Siguen besándose y dando alguna que otra calada profunda. Linnéa se quita el pantalón con un movimiento sinuoso. Las bragas son de color rosa fucsia con corazoncitos negros. Jonte desliza la mano por dentro. Linnéa sonríe. Y de repente levanta la cabeza y mira a Vanessa.

—¿No te has hartado todavía? —dice mirando al aire.

—Qué va —susurra Jonte y le besa el cuello.

Vanessa está tan sorprendida que tropieza en el recibidor y tira sin querer una de las

lamparitas.

—¿Qué coño ha sido eso? —oye que pregunta Jonte.

—Voy a mirar. De todas formas tengo que ir al cuarto de baño —dice Linnéa.

Vanessa está tanteando el picaporte cuando algo blando le da en la nuca. Se da la vuelta. La camiseta de Linnéa está en el suelo. Se la acaba de tirar a Vanessa. Está en medio del pasillo con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo. Tiene la cara en la sombra.

—Sé que estás ahí —susurra en un tono apenas audible.

Vanessa abre la boca para decir algo pero no consigue articular un solo sonido.

Linnéa se acerca hasta la puerta y Vanessa se pega a la pared, haciendo un gran esfuerzo por dejar de mirar el pecho de Linnéa mientras abre la puerta.

—Lárgate —le dice entre dientes, y Vanessa sale a toda prisa.

Linnéa da tal portazo que resuena en toda la escalera. Vanessa corre hacia el portal y sale a la calle.

Lo primero que hace es agacharse a hacer pis junto a un arbusto. Solo después puede empezar a pensar con claridad. Se ha comportado como una chiflada y ha sido por culpa del puto fin de semana de aislamiento. Las ideas sobre lo ocurrido la corroen mientras se dirige a su casa apretando el paso.

¿Qué le va a decir la próxima vez que se vean? «Hola, siento ser una pervertida que disfruta mirando mientras los amigos se acuestan. Bueno, en realidad tú y yo ni siquiera somos amigas, pero de todas formas fue de lo más divertido y emocionante. Por lo menos para mí. ¿Y a ti qué te pareció?»

Pero lo que en realidad querría preguntarle a Linnéa es por qué anda con un pringado como Jonte. Y además aprovecharía para preguntarse a sí misma qué le importa a ella. Mientras Linnéa no se acueste con Wille, debería estar contenta.

Linnéa tiene algo que la impulsa a comportarse de un modo totalmente impredecible. ¿Por qué entró con Jonte en el apartamento? No sabe responder a esa pregunta. Puede que la única explicación lógica sea que es verdad que es una mirona.

Son casi las once y media cuando mete la llave en la cerradura de su casa. Espera que su madre se haya ido a la cama. Nicke está en Borlänge haciendo un curso, así que por él no tiene que preocuparse.

Pero cuando entra en el recibidor oye voces en la cocina. Se quita los zapatos y la cazadora tan en silencio como puede; *Frasse* aparece meneando la cola y le lame una mano. Por suerte no se pone a ladrar. Está tan concentrada en no hacer ruido que no ve el coche de juguete de Melvin. Lo pisa, sale volando y se estrella contra la pared estrepitosamente.

—¿Nessa?

Wille aparece en el umbral de la puerta de la cocina.

—Llevo toda la tarde esperándote. ¿Dónde has estado?

No lo dice en un tono acusador, sino solo de preocupación.

—En casa de Evelina —responde mientras piensa que tiene que acordarse de avisar a Evelina de que es su coartada—. ¿Por qué no me has llamado?

—¿No podemos hablar en tu habitación? —dice Wille.

Vanessa se asoma a la cocina. Su madre está sentada a la mesa con el libro de astrología, exageradamente concentrada en la lectura, como para demostrar que no pretende escuchar la conversación.

Vanessa asiente y suben al dormitorio. Cierra la puerta. Cuando se da la vuelta, Wille la

abraza. Ella se pega todo lo que puede y nota el calor de su cuerpo, y ese aroma que es tan suyo.

Es mío, piensa. Mío y de nadie más.

—Perdona que me haya portado como una niñata esta mañana —le susurra.

—Comprendo que estuvieras enfadada conmigo, después de haber desaparecido todo el fin de semana.

Wille se aparta.

—No he estado en casa de Jonte… Estuve en la cabaña de su padre.

—¿Tú solo?

—Ajá. Necesitaba pensar. No me siento muy bien últimamente.

De repente Vanessa se asusta.

—¿Se trata de nosotros?

—De todo —responde Wille—. No tengo trabajo. Vivo con mi madre. No he hecho una mierda desde que terminé el instituto.

Vanessa se muerde el labio. De eso precisamente quería ella que se diera cuenta. De que necesita forjarse una existencia. La cuestión es si habrá lugar para ella.

—He estado pensando en lo que me gustaba de mi vida y en lo que no. Y he caído en la cuenta de que no hay muchas cosas que me gusten.

A Vanessa se le llenan los ojos de lágrimas. Me lo va a decir ahora. Ahora me va a decir que quiere dejarlo. Ahora se acabará todo.

—Salvo tú —dice Wille—. Me he dado cuenta de que tú eres la única cosa buena de mi vida. Tú y mi madre. Joder, qué raro ha sonado eso.

Vanessa se echa a reír y empieza a llorar a la vez.

—¿Nessa?

—Creía que querías dejarlo —solloza.

—¡No, no! ¡Al contrario! Quiero ser el tío que te mereces. Tú eres una tía increíble. Te quiero. Y estaba pensando… ¿No podríamos prometernos?

Wille empieza a rebuscar en el bolsillo y saca un anillo de plata.

—O sea, podemos esperar con lo de casarnos, claro. Diez años si quieres. Lo único que pretendo es que todo el mundo sepa que tú y yo estamos juntos.

A Vanessa le da vueltas la cabeza. Ya no sabe qué sentir.

—¿Quieres? —pregunta Wille.

Bueno, sí. De un sentimiento sí que está segura. Lo quiere, y no lo puede remediar. Y ella también quiere que todos sepan que están juntos. Que cada uno ha elegido estar con el otro. Que han elegido descartar a todos los demás. Él le pone el anillo. Luego saca otro un poco más grande y se lo da para que ella se lo ponga.

—Ahora somos tú y yo —dice Wille.

—Somos tú y yo —susurra Vanessa—. Te quiero.

Ella lo besa en la boca y se pega a él, que le recorre la espalda con la mano bajo la camiseta y la desliza suavemente.

Se oyen unos toquecitos en la puerta.

—¡Vanessa! —se oye la voz airada de su madre.

Wille intenta separarse de Vanessa, que se aferra a él.

—Pasa de ella —susurra.

Un instante después se abre una rendija de la puerta.

—Wille, Vanessa tiene clase mañana.

La madre utiliza su voz «más seria», la que no admite oposición.

—Mierda —protesta Vanessa.

—No pasa nada —dice Wille—. De todas formas tengo que irme a mi casa.

Ella lo acompaña hasta la puerta. Va a darle un beso pero a Wille le da vergüenza delante de su madre, así que le da un abrazo.

—Mañana voy a recogerte al instituto —le promete.

Vanessa cierra la puerta. Cuando se da la vuelta observa la mirada de preocupación de su madre.

—Mira —dice Vanessa enseñándole la mano izquierda.

—¿No eres demasiado joven para anillos?

El buen humor de Vanessa se hunde como una piedra. Su madre no es capaz ni de fingir medio minuto que se alegra por ella.

—No es que vayamos a casarnos mañana —refunfuña—. Es como un símbolo de que estamos juntos.

—Lo que no me explico es por qué tienes tanta prisa en comprometerte con lo joven que eres.

—¡Joder, pero si tú te quedaste embarazada de mí cuando tenías dieciséis años! ¡Con un tío al que conociste en una conferencia en el Götvändaren! ¡Estabas tan pedo que ni siquiera te acordabas de cómo se llamaba!

—A mí no me hables con ese tono —le dice su madre con dureza.

—No me hables con ese tono —la imita Vanessa.

De pronto se da cuenta de que es el peor método de parecer lo bastante adulta como para prometerse. Su madre la mira con serenidad.

—Claro. Juega a que eres adulta. Wille y tú podéis mudaros a vivir juntos, así tendremos más sitio aquí.

Lo siente como una puñalada.

—Eso te encantaría, ¿verdad? Así Nicke y tú podríais *follar* en paz, ¿no? ¿O has conocido a otro con el que quieras tener otro hijo no deseado? Pues te voy a dar un consejo: esta vez, ¡anota su nombre!

Por un instante Vanessa cree que su madre le va a dar una bofetada. Sería la primera vez pero intuye que nunca ha faltado tan poco. Su madre se da media vuelta y se aleja hacia la cocina.

—¡Pues te vas a salir con la tuya! —grita Vanessa—. ¡Me mudo con Wille!

—¡Pues vete! —le dice su madre, también a gritos—. ¡Ya veremos cuánto aguantas!

—¡Te odio! Sirpa es mucho mejor madre de lo que tú has sido nunca.

Se va a su habitación y cierra de un portazo. Espera oír los pasos de su madre, que abra la puerta y que le recuerde que tiene que pensar en los vecinos, ¿o es que quiere que los echen de allí?

Pero no pasa nada.

Vanessa se queda en medio de la habitación. Se siente totalmente vacía por dentro. Lleva todo el día y toda la tarde sintiéndose como una bola de *pinball*, rebotando entre sentimientos extremos. Lo único que quiere hacer ahora es dormir. Alarga el brazo para retirar el edredón.

Llaman a la puerta. Vanessa se queda mirándola, tratando de decidir si tiene ganas de hacer las paces con su madre en ese momento. Pero su madre no entra, sino que le grita a través de la puerta.

—Hoy me han llamado al trabajo. No tienes que ir a primera hora. La directora quiere hablar contigo. Algo así como una charla rutinaria.

A última hora de la noche llama por fin a Minoo, que constata que las cinco están citadas en dirección a primera hora del día siguiente.

Media hora después Minoo abre la puerta de su habitación. La casa está totalmente en silencio. Camina sigilosamente por el pasillo, pasa por delante de la puerta cerrada del dormitorio de sus padres. Se oye un ruido allí dentro y se queda petrificada. Pero no es más que su padre que está roncando.

Hasta que no cierra la puerta no se atreve a respirar. Una densa niebla envuelve el jardín desdibujando todas las formas. No corre la menor brisa y tiene la impresión de que sus pasos resuenan en toda la manzana. Nicolaus la espera en el coche, oculto en la niebla, a unos cien metros. Se acomoda en el asiento del acompañante. Nicolaus está tiritando, lleva un abrigo demasiado fino y, cuando habla, le sale vaho de la boca.

—Buenas noches —saluda—. Aunque quizá sea una elección desafortunada de vocabulario para una noche fatídica como esta.

Se hace un silencio. Minoo le mira las manos, que tiene apoyadas en el volante. Tiene la piel totalmente roja y resquebrajada.

—Tienes que comprarte algo de ropa —le dice—. Un anorak, guantes, un gorro. El invierno no tardará en llegar. Puedes ponerte enfermo.

Nicolaus la mira con gratitud.

—Eres demasiado amable. Demasiado considerada. No me lo merezco. Me gustaría poder ayudaros. Sé que existe una solución, pero… No la recuerdo… —Frunce el ceño—. Es como una polilla que se mueve en las inmediaciones de mi campo de visión. Lo único que percibo es un atisbo de alas grises que se agitan.

Lanza un suspiro y se dirige a Minoo.

—No puedo permitir que os metáis directamente en la guarida del león —dice.

—No tenemos otra posibilidad. El león ha hablado con nuestros padres.

—Podríais… Hacer pellas. ¿No se dice así?

—No podemos pasarnos la vida saltándonos las clases. Además, no creo que tenga planeado matarnos cuando quiere vernos en su despacho a las cinco en pleno día, con el instituto lleno de gente.

—Puede que sea eso precisamente lo que quiere que creáis —dice Nicolaus.

27

—ADELANTE —dice la directora.

Adriana López lleva un vestido verde oscuro por encima de la rodilla, estilo años sesenta, y unos zapatos negros de tacón de una piel que parece de reptil.

Se sienta en el sillón junto a la mesita baja. Hay dispuestas dos sillas plegables. Minoo se sienta en el sofá, entre Vanessa y Anna-Karin. Ida y Linnéa optan por las sillas. Cuando se han sentado todas, el silencio se adueña de la habitación.

Sobre la puerta que da al despacho del subdirector hay un reloj. El tictac resuena estrepitosamente dando los segundos de uno en uno. A Minoo le recuerda al sonido de una bomba de relojería. El mundo puede volar en pedazos en cualquier momento.

—Sé que habéis estado en mi casa —dice la directora.

Minoo se queda pálida, siente que le desaparece la sangre de la cara.

—¿Habéis encontrado lo que buscabais? —prosigue.

Ida se levanta de la silla de forma tan repentina que la vuelca.

—Yo no tengo nada que ver con esto —dice.

Reina un silencio inmenso en la habitación. Solo el *tic-tac-tic-tac*.

—No tengo nada que ver con *ellas* —continúa con la voz quebrándosele de desesperación.

—Siéntate —dice la directora.

Su voz es el polo opuesto de la de Ida. Controlada. Segura. Imposible de contradecir. Ida coge la silla y se sienta obediente.

Adriana cruza las piernas y entrelaza los dedos sobre la rodilla.

—Sé quiénes sois.

—Y nosotras sabemos quién eres tú —replica Linnéa.

Minoo contiene la respiración. La directora atraviesa a Linnéa con la mirada. Una leve sonrisa aflora a la comisura de sus labios.

—¿Perdona?

—Digo que nosotras también sabemos. Quién. Eres. Tú —responde Linnéa mirándola sin pestañear.

Adriana suelta una risa extraña. No una risotada de verdad, sino ese tipo de sonido condescendiente con que los adultos dan a entender que no te están tomando en serio.

—Vaya, ¿así que sabéis quién soy? Ardo en deseos de oírlo. Cuéntamelo, Linnéa. ¿Quién soy?

Minoo quiere parar aquello. Interrumpir la escena, rebobinar y empezar otra vez desde el principio. Atacar a la directora es un error gravísimo.

—Tú mataste a Elías y a Rebecka —dice Linnéa.

Y ya no hay vuelta atrás. Es demasiado tarde para retractarse de nada. Pasan tres segundos, exactamente. *Tic-tac-tic*.

—Eso no es verdad —dice la directora.

—Estás mintiendo —la reta Linnéa fríamente.

—Ojo, yo no tengo nada que ver con *ellas*, ¿eh? —insiste Ida.

La directora no le presta atención.

—Pero tienes razón, Elías y Rebecka no se suicidaron —dice.

Las palabras de la directora tardan unos instantes en calar.

—Supón que te creemos, que tú no eres la asesina… pero ¿sabes quién lo hizo? —pregunta Anna-Karin.

—Perdona —la interrumpe Linnéa—. Pero a mí me parece que te lo estás tragando todo demasiado rápido. ¿Has olvidado que encontramos instrumentos de tortura en su casa?

—Colecciono objetos medievales —explica la directora con calma—. Y por trágico que sea, en esa categoría se incluyen también instrumentos de tortura. Puede que sea una afición con tintes morbosos, pero eso no me convierte en una asesina.

—Fuiste la última persona a la que vieron Elías y Rebecka antes de morir —insiste Linnéa.

—Y ahora mismo os contaré por qué los llamé a mi despacho —responde la directora dirigiéndose a Anna-Karin—. Pero primero responderé a tu pregunta, Anna-Karin: no, no sé quién es el culpable. Mi principal misión consistía en dar con vosotras.

—¿Qué misión ni qué misión? —pregunta Vanessa.

La directora alisa un pliegue inexistente de su vestido. Tiene el semblante totalmente inexpresivo. Minoo experimenta la sensación de que es una máscara que podría quitarse en cualquier momento.

—Trabajo para el Consejo. Mi misión era venir aquí y averiguar hasta qué punto es verdad la profecía acerca de este lugar.

—¿La profecía? ¿Sobre Engelsfors? —pregunta Minoo.

—Engelsfors es una ciudad muy particular —dice la directora—. Se encuentra más cerca de… bueno, supongo que podríamos llamarlo «otras dimensiones». No sabemos por qué, pero la membrana que separa las diversas realidades es aquí más delgada. La profecía habla de un Elegido, al que se despertará para proteger al mundo cuando un mal desconocido trate de atravesar la membrana y de penetrar en nuestra realidad. Me enviaron aquí para encontrar a ese Elegido. Naturalmente, el que seáis tantas complicó la búsqueda. Yo estaba buscando a *una* persona. Y acababa de dar con Elías cuando falleció.

—Elías no falleció. Lo *asesinaron* —insiste Linnéa.

—Sí —reconoce la directora.

—¿Por qué no lo protegiste si sabías que él era el Elegido? —pregunta Linnéa.

—Para empezar, el Consejo examina al año una media de 764,2 profecías en todo el mundo. Aproximadamente un 1,7 por ciento se cumple. No estaba segura de que precisamente esta fuera real; al contrario, las estadísticas indicaban que no lo era. Y no tuve tiempo de que me confirmaran que Elías era el brujo que yo buscaba.

Vanessa vuelve la cabeza y le atiza a Minoo en la cara con la cola de caballo. Minoo percibe un ligero aroma a coco.

—Un momento, un momento —dice Vanessa—. ¿Has dicho *brujo*?

La directora asiente con impaciencia.

—¿Nosotras somos… eso? —pregunta Anna-Karin.

—Por desgracia, es una palabra que arrastra unas connotaciones desafortunadas. Siempre se ha vinculado erróneamente a todo tipo de locas fantasías y vaguedades. Pero sí, eso sois, brujas. Igual que yo. Hay quienes nacen con ciertas cualidades, que por lo general salen a la luz en la pubertad. Pero la mayoría aprende al menos la magia más sencilla perseverando en el estudio.

Magia. A Minoo se le pone la carne de gallina al oír la palabra. Por supuesto que existe un nombre para todo lo que ha ocurrido. Una palabra que ha leído miles de veces en cuentos y libros fantásticos. Aun así, suena nueva y extraña en boca de la directora. Terrible y, al mismo

tiempo, tentadora. Lo fantástico es posible.

—Tal y como ha señalado Linnéa, me reuní con Elías antes de que le quitaran la vida —continúa la directora—. El propósito no era otro que comprobar si era el Elegido. En realidad, podría haber esperado hasta que saliera la luna de sangre, pero ya tenía ciertos indicios. En cualquier caso, cogí un pelo suyo y lo envié a nuestros laboratorios. A la mañana siguiente, recibí el resultado del análisis, que confirmó mis sospechas. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Creí que todo había terminado. Como decía, estaba convencida de que debía buscar a una sola persona. Sin embargo, durante el minuto de silencio por Elías, percibí actividad mágica en el salón de actos. Entonces comprendí que podríais ser varios.

—Pero ¿cómo supiste que éramos nosotras, precisamente? —pregunta Minoo.

La pregunta de Minoo tiene una segunda parte que ella no se ha atrevido a formular en voz alta. Si la directora ha podido localizarlas, ¿podrá también el mal?

—Algunas de vosotras no habéis sido tan discretas —dice Adriana López mirando a Anna-Karin, que se retuerce en el sofá, al lado de Minoo—. Aprovecharé para advertiros de que también en el mundo de la magia existen unas leyes que hay que cumplir.

—¿Leyes? —pregunta Anna-Karin con un hilo de voz.

—Tres reglas muy sencillas: no podéis practicar la magia sin la aprobación del Consejo; no podéis utilizar la magia para contravenir leyes no mágicas; y no podéis daros a conocer como brujas ante la gente normal. —Una vez más, se dirige a Anna-Karin—. Puede que el Consejo pase por alto lo que has estado haciendo hasta ahora. Después de todo, no conocías las reglas. Pero te aconsejo que dejes de ejercer la magia en el instituto con efecto inmediato.

—Pero ¿qué es el Consejo? ¿Y por qué debemos obedecerle? —pregunta Linnéa.

—Por las mismas razones por las que seguíais las leyes de la sociedad antes de que se manifestaran vuestros poderes —responde la directora—. Ahora formáis parte de la *sociedad mágica* y, en dicha sociedad, es el Consejo quien legisla y gobierna. Y debemos estar agradecidos por ello.

Linnéa resopla despectiva. La directora no se da por aludida y continúa:

—Pero, volviendo a cómo os descubrí… Parte de la profecía alude a sucesos relacionados con el calendario, entre otros, que el Elegido despertará a sus poderes una noche de luna de sangre. La mayoría de la gente no es capaz de verla y yo, por ejemplo, soy incapaz de distinguirla a simple vista. Sin embargo, es una luna que sigue su propio ciclo y había ciertos signos que sí pude interpretar. Envié a mi *familiaris*…

—¿A tu qué? —la interrumpe Vanessa.

—En virtud de un proceso complejo, las brujas pueden establecer un vínculo con un animal. Se trata por lo general de gatos, perros, ranas o aves. Elegí un cuervo. O más bien, el cuervo me eligió a mí. Por decirlo de un modo sencillo, compartimos parcialmente nuestra conciencia. Mi *familiaris* puede funcionar como mis ojos o mis oídos cuando los míos no bastan. Así que lo envié, y él os vio reunidas en Kärrgruvan. Informé al Consejo, que me ordenó que me reuniera con vosotras de una en una. Empecé por Rebecka. Mandé a analizar un pelo suyo para asegurarme al cien por cien de que era una Elegida. Por desgracia, ella también falleció antes de que me enviaran la respuesta…

—¡La asesinaron! —grita Linnéa.

Minoo se da la vuelta. Linnéa se ha puesto de pie. Está tan tensa que no para de temblar.

—¡Los asesinaron! Los asesinaron, y tú podrías haberlo impedido. ¡Podrías haberles avisado!

—Después de la muerte de Rebecka, me puse en contacto con el Consejo para solicitar

permiso para intervenir, no solo para observar. Mi petición desencadenó un intenso debate…

—¡Nosotras también podríamos haber muerto! —intenta interrumpirla Linnéa otra vez.

—… pero después de que asaltarais mi casa, se aceleró todo el proceso. Y ahora podemos diseñar un plan común —termina la directora.

—*¿Un plan común?* Eso es lo que siempre dicen las ñoñas de asuntos sociales —dice Linnéa—. Pero su idea de «común» es que ellas mandan y nosotros obedecemos. Y así es como funcionará también esta vez, ¿no?

—Esa actitud no conduce a ninguna parte —responde la directora.

—¡Vete a la mierda! —grita Linnéa de tal modo que todas, menos la directora, se llevan un sobresalto—. ¡No te necesitamos! ¡Ninguna de nosotras ha pedido tu supuesta ayuda!

La directora mira a Linnéa con frialdad. Luego se levanta, se dirige a la puerta repiqueteando con los tacones y la abre de par en par, de modo que Nicolaus casi se cae de bruces dentro del despacho.

—Creo que será mejor que entres —dice la directora con voz gélida.

—Yo… —balbucea Nicolaus.

Busca la mirada de Minoo.

—Ella no es la asesina —dice Minoo con un hilo de voz—. O eso parece.

Nicolaus da unos pasos y entra. La directora cierra la puerta y vuelve a su lugar. El conserje parece desorientado. Dirige ahora la vista a Anna-Karin.

—¿Es verdad? —pregunta—. ¿Es…?

—Es una bruja —dice Anna-Karin—. Bueno, en realidad, todas lo somos.

—Brujas —murmura Nicolaus—. Naturalmente. Brujas.

—O sea, que tú eres el guía de las chicas, ¿no? —dice la directora y vuelve a cruzar las piernas.

—Ese es mi sagrado deber, sí.

—Es que resulta muy extraño —confiesa la directora—. No hay en la profecía una sola línea sobre ningún guía. Es decir, constituyes un fenómeno interesante que debemos examinar más en profundidad. Pero por ahora, debo pedirte que te mantengas alejado de ellas. A partir de ahora, yo seré su guía y su maestra.

—No —protesta Nicolaus en tono apagado—. No, no puedo permitir…

—Por orden del Consejo, te libero de tu misión. No obstante, puedes aportar sugerencias e información. Pero a partir de ahora, yo seré la única intermediaria.

Minoo se da cuenta de que Nicolaus se debate por comprender.

—Pero… es que no se trata de ninguna misión —atina a decir—. Es mi *vocación*.

—Te preocupas por las chicas, ¿no es cierto? —pregunta la directora, haciendo acopio de paciencia—. Quieres lo mejor para ellas, ¿verdad?

—Siempre.

—Tenemos conocimientos y recursos suficientes, Nicolaus. ¿Qué tienes tú que ofrecer?

Nicolaus baja la vista.

—Nada —confiesa en un susurro—. Salvo la vida.

A Minoo casi se le rompe el corazón.

—Presento mis excusas —dice, se inclina levemente y sale cabizbajo del despacho.

—¡Nicolaus! —grita Anna-Karin—. ¡Espera!

La puerta se cierra con estruendo. Minoo observa a la directora, que parece muy serena. Para ella parece una jornada de trabajo perfectamente normal.

—Tenéis que empezar el entrenamiento cuanto antes. Es preciso averiguar qué poderes

poseéis y cómo podemos utilizarlos sacándoles el máximo partido.

—¿Cómo que utilizarlos? —pregunta Linnéa.

—En la batalla que se avecina —se apresura a responder la directora—. Mientras practicáis, el Consejo intensificará la investigación sobre la profecía y hará lo posible por dar con el culpable de los asesinatos de Rebecka y Elías.

Clava la vista en ellas, una tras otra.

—Y bajo ningún concepto podéis experimentar con vuestros poderes por iniciativa propia.

Ida vuelve a ponerse de pie. En esta ocasión, sin tirar la silla.

—¡No lo aguanto más! No puedes obligarme a participar. ¡Me niego!

La directora la observa sin el menor gesto.

—¿Estás segura de eso?

—¡Sí!

—Suspenderás todas las asignaturas. Todas y cada una.

—¡No puedes hacer algo así! —exclama Ida.

—Soy la directora de esta escuela. Además, soy bruja. ¿Tú qué crees?

Adriana López hace una pausa y mira fijamente a Ida, que vuelve a sentarse. Luego se dirige a todo el grupo.

—Ya basta por hoy. Soy consciente de que tenéis mucho en lo que pensar. Antes de iros, debo pediros que dejéis un pelo en esos sobres con membrete y que rellenéis el formulario de los poderes mágicos que habéis desarrollado. Y el lunes nos vemos a las nueve en el teatro.

28

VANESSA tamborilea con las uñas sobre la mesa del Café Monique. *Clic-clic-clic-clic. Clic-clic-clic-clic. Clic-clic-clic-clic.*

Una pareja de jubilados la mira con fastidio. Vanessa les devuelve la mirada.

Clic-clic-clic-clic. Clic-clic-clic-clic. Clic-clic-clic-clic.

Los ancianos se concentran de nuevo en sus dulces de merengue. Dios, Vanessa no quiere ser vieja nunca.

Claro que la alternativa es peor. No llegar a vieja. Vanessa deja el repiqueteo.

Se pone otro sobre de azúcar en el café. Estuvo trabajando allí unas horas al día hasta el verano pasado, cuando Monika le dijo que no podía permitirse tener empleados. De todos modos, seguía invitándola a café.

En una vitrina de pino se apilan montañas de revistas del corazón de hace varios años. Sobre el mueble hay unos ramos de siemprevivas polvorientas. Y allí está Monika, naturalmente, con sus trajes elegantes y las comisuras de los labios siempre hacia abajo. No es una mujer muy agradable, pero Vanessa la respeta, porque pelea por su café en una ciudad donde la gente piensa que es mejor tomárselo en casa.

Vanessa bebe un sorbo. Se le ha quedado tibio.

Entonces oye la campanilla de la puerta y un golpe de viento helado inunda el local. Linnéa entra resuelta y se sienta enfrente de ella.

—Hola —saluda Vanessa.

Linnéa no responde. Huele a aire fresco y Vanessa se da cuenta de que allí dentro el ambiente está muy cargado.

—¿Quieres algo? —pregunta Vanessa.

—No.

Los ojos negros de Linnéa lanzan chispas. Y a la cabeza de Vanessa acuden un montón de imágenes desagradables. La piel desnuda de Linnéa. La mano de Jonte en su pecho.

—Bueno, ¿qué querías? —pregunta Linnéa.

Vanessa se ha preparado para esta conversación, ha ido probando varias versiones, hasta componer una verdadera apología. Desde luego, ese no es su estilo, y ahora comprende por qué: a la hora de la verdad, es como si todo hubiera desaparecido sin más.

—Perdón —dice.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—Sí, pero quiero oírtelo decir.

Vanessa está tan avergonzada que quisiera salir corriendo de allí.

—Solo quería asegurarme de que Wille y tú no… —comienza.

—¿Y entonces por qué seguiste a Jonte cuando entró en mi casa? ¿O ya estabas dentro cuando llegó?

—No, estaba esperando en la puerta. No sé por qué entré con él.

Linnéa se retrepa en la silla y se cruza de brazos.

—Vale —dice al cabo de un instante—. Comprendo que puede ser una tentación. Pero si vuelves a espiarme te mato.

Vanessa asiente. Jamás se expondrá a algo así.

Se miran unos instantes. Las ventanas que hay a la espalda de Linnéa están empañadas de

vaho. Vanessa le da vueltas al anillo de plata. Linnéa no dice nada. Se queda mirando el anillo. Vanessa se pregunta si sabe qué significa.

—Wille y yo nos hemos prometido.

—Enhorabuena. De verdad —la felicita Linnéa apartando la mirada.

Vanessa se irrita.

—¿Por qué te acuestas con Jonte? —pregunta.

—¿Perdona?

—Pues eso, que no lo entiendo. En serio. Es un viejo. Y tú eres superguapa.

—Ya, claro, gracias —dice Linnéa.

Le dirige una amplia sonrisa. Vanessa no puede por menos de sonreír también.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Es un poco difícil explicar lo de Jonte. O bueno, en realidad, es completamente obvio.

Se inclina sobre la mesa. Vanessa hace lo propio.

—La primera vez que me emborraché tenía once años —explica Linnéa—. Jonte vendía aguardiente casero. Empecé a fumar a los trece. Jonte vendía hierba. Luego probé otra cosa. Y él también la vendía.

Vanessa ha oído historias mucho peores sobre Linnéa, pero le sorprende que se lo cuente así, sin tapujos.

—Luego lo dejé todo. Pero Elías… Él no era capaz de dejarlo. Obligué a Jonte y a Wille a que me prometieran que nunca volverían a venderle. Luego me enteré de que habían roto la promesa… justo antes de que Elías muriera.

—Lo sé —dijo Vanessa en voz baja.

Jamás olvidará aquella tarde.

¿Habéis oído lo del hijo del pastor? Seguramente quería fumar para estar ido a la hora de hacerlo.

—Aquella primera noche en el teatro… —continúa Linnéa—. Antes de ir allí, me pasé por casa de Jonte para echarle la bronca. Pero no fue así.

Linnéa menea la cabeza. Se le quiebra la voz. Tiene los ojos empañados, pero consigue dominarse. Se niega a mostrar más de lo necesario. Vanessa sabe cómo se siente uno cuando no quiere mostrar más de lo necesario. Nadie se toma en serio a una tía que está llorando.

—Me sentí tan sola cuando Elías murió… —dice Linnéa con un hilo de voz. Parpadea para contener el llanto—. Soy repugnante.

—Para nada.

—Tú no sabes nada de mí —afirma Linnéa con acritud—. Y tampoco sabes nada de Wille. A veces me llama y me dice que quiere volver. Siento haberte mentido, no quería hacerte daño. Pero ahora, al ver el puto anillo… No puedes fiarte de él, te lo aseguro.

Por una vez en la vida, Vanessa se queda sin palabras. Ahora que tiene la confirmación de sus sospechas, se siente hueca y nada más.

—Yo no lo quiero —asegura Linnéa, ahora en un tono más suave—. Para que lo sepas. Y, en realidad, no creo que él quiera volver conmigo. Solo quiere saber si tiene alguna oportunidad, por alimentar su ego.

—Puede que antes fuera así, pero ahora ha cambiado. Me quiere —dice Vanessa.

—Te mereces a alguien mejor —dice Linnéa.

—Igualmente.

Se miran y Vanessa piensa que debería sentirse mal, que lo que Linnéa le ha contado debería haberlo estropeado todo. Sin embargo, siente un alivio extraño. Y, como casi siempre

cuando Linnéa está de por medio, no tiene ni idea de por qué se siente así.

Anna-Karin se afana concentrada en el libro de matemáticas y resuelve problemas del teorema de Pitágoras. Al fondo del salón, el abuelo hojea el periódico. De vez en cuando, echan un vistazo a la cocina. Se oyen crujidos, tintineos, trajín.

—¿Qué estará haciendo? —pregunta el abuelo levantando la vista del periódico.

—Iba a hervir los cubiertos —explica Anna-Karin—. Para esterilizarlos.

El abuelo dobla el periódico cuidadosamente y lo deja en la mesita, al lado del sofá.

—Sé que debería alegrarme de que de pronto tenga tanta energía —dice el abuelo.

Anna-Karin finge estar totalmente absorta en la relación entre los catetos y la hipotenusa.

—Pero es que es tan extraño —prosigue el abuelo—. Antes no tenía fuerzas para nada. Ahora no hay forma de que pare.

Deja escapar un suspiro y se quita las gafas.

—Pero bueno, no nos quejaremos —dice—. Es como en invierno, nos quejamos del frío, de la humedad, de la oscuridad. Y cuando llega el verano, nos quejamos del calor.

Ahora no hay forma de que pare. Pues sí, Anna-Karin podría hacer que parase. En cuanto tenga a Jari, le pondrá fin a todo. Lo que la directora les dijo sobre el Consejo terminó de convencerla.

Claro que si su madre no tuviera ahora ese aspecto tan saludable… Sus pasos irradian fuerza. Ríe y sonríe y tiene energía. ¿No le gustaría más ser así, en lugar de esa mujer que se pasa las tardes en el sofá, como si hubiera echado raíces, fumando un cigarrillo tras otro? Exactamente igual que Anna-Karin no quiere volver a ser quien era hace tan solo unos meses.

—¿Era así mamá antes de que mi padre se marchara? —pregunta Anna-Karin.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que quizá haya conseguido ser feliz otra vez, ¿no? Y que quizá era así antes de que papá… lo estropeara todo.

El abuelo se levanta despacio, como si le costara mucho trabajo. Se acerca al sofá donde Anna-Karin, que está medio tumbada, dobla las piernas para hacerle sitio.

—A veces se me olvida que, como es lógico, tú no recuerdas cómo era antes —dice dándole una palmadita en la rodilla. La observa como escrutándola un poco—. Pero no, nunca había visto a Mia así. Tampoco cuando Staffan estaba aquí.

Por un instante, se le ocurre pedirle que le cuente algo más de su padre. Sería tan sencillo, igual de sencillo que obligar a Ida a contar la verdad sobre la lectura por Elías. Pero a Anna-Karin se le revuelve el estómago ante la sola idea. Nunca, nunca le haría algo así al abuelo.

—No me acuerdo de cómo era mi padre…

Ha visto fotografías, claro. Algunas las ha visto tantas veces que tiene la sensación de recordar el momento en que las hicieron, pero sabe que son solo figuraciones suyas. Fuera del marco de la foto no hay nada. No puede completar la información. No es capaz de imaginar la cara de su padre en movimiento. Ni de recrear su voz.

—No me explico cómo un hombre puede dejar así a su familia —dice.

El abuelo abre la boca como para responder, pero, de repente, Mia empieza a canturrear en la cocina.

Es como si su madre los estuviera oyendo hablar y quisiera convencerlos de que todo está bien, muy bien. Pronuncia cada palabra articulando tan bien como hacían antiguamente, canta con una voz alegre y alta, con una voz joven, en cierto modo.

De repente, se hace el silencio en la cocina. Nada de música. Nada de ruidos.

Un grito corta el aire. Es agudo y quejumbroso y se parece a algo que Anna-Karin ha oído con anterioridad.

El abuelo se levanta de un salto, pero ella se queda allí como congelada unos segundos. Ese grito… Cuando Anna-Karin era pequeña, tenían cerdos en la granja. Y cuando iban a sacrificarlos…

El abuelo abre la puerta de la cocina y el cuerpo de Anna-Karin despierta por fin de la inmovilidad y sale corriendo tras él.

Su madre está junto a los fogones y los mira con una sonrisa espléndida en los labios. Se limpia las manos en el delantal, con gesto frenético.

—Pero por Dios bendito… —dice el abuelo.

—Bah, es que soy de un torpe… —dice la madre en tono alegre. Tiene las manos extendidas para que las vean, y la piel de color rojo oscuro, casi morado. Se le han hinchado tanto los dedos que los anillos han quedado enterrados en la carne.

—Iba a coger los cubiertos del agua hirviendo y… —dice riendo abochornada.

De la decrepitud del abuelo no se ve ni rastro: coge las manos de su madre, se las pone debajo del grifo y abre el grifo del agua fría. Anna-Karin contempla la olla enorme que hierve al fuego y en ese momento se percata del burbujeo que emite. Del vapor.

Pienso parar, se dice. Pienso parar. Muy pronto. Lo prometo.

Pero en el fondo, no está muy segura de si será capaz.

III

29

MINOO camina con paso ligero por el sendero de grava que conduce a Kärrgruvan. Una capa de escarcha cubre el suelo, y el aire huele a nieve. Lleva pantalones térmicos, anorak, gorro y guantes, y se siente como un luchador de sumo que va de paseo.

Los fines de semana siempre se queda durmiendo hasta las diez por lo menos, a veces hasta las doce. Esta mañana ha bajado a desayunar a las siete y media. Su madre estaba ya tomándose el café de rigor y leyendo una revista ininteligible para quien no domine diez mil palabras latinas como mínimo. Levantó la vista y enarcó una ceja al ver a Minoo.

—¿Tienes mal el reloj? —preguntó pasando la página.

—No, es solo que trato de adoptar hábitos algo más sanos —respondió Minoo, y casi vomita por dentro al oírse tan dinámica.

—Minoo. No tienes por qué hacerlo todo bien a todas horas…

—Es que además vamos a ensayar una obra —la interrumpió Minoo para que no le soltara un sermón.

—Dios, daría cualquier cosa por que hubiera algo de cultura en esta ciudad —dijo su madre dejando la revista—. ¿Qué obra es?

Minoo se dio cuenta de la mentira tan estúpida que acababa de soltar.

—*Romeo y Julieta*. Es en clase de inglés.

—¿Vais a representar *Romeo y Julieta* de principio a fin?

—No, solo unas escenas.

—Bueno, de todos modos. Actuando en inglés en el primer asalto. Qué profesor más ambicioso. ¿Qué papel tienes tú?

—Todavía no lo hemos decidido. Un árbol, seguramente.

—Serías un árbol maravilloso —dijo su madre y sonrió.

Se levantó de la mesa y le dio a Minoo un abrazo.

—Que te rompas una pierna, o lo que quiera que se diga para desear suerte.

Minoo esbozó una sonrisa forzada. En cuanto su madre salió de la cocina, se dirigió a la cafetera y llenó una taza termo de café con mucha leche.

Se lo está tomando pero la cafeína no la espabila. Cuando por fin llega a Kärrgruvan se siente tan cansada que podría echarse a dormir en la pista de baile.

Y seguramente lo habría hecho si Linnéa no hubiera llegado ya. Parece todavía más cansada que Minoo y está sentada en el borde de la grada escribiendo el diario. Lleva un anorak azul oscuro varias tallas mayor que la suya y que no es para nada de su estilo.

Minoo sube la escalinata que conduce a la pista de baile. Linnéa no levanta la vista.

—Hola —saluda Minoo.

—Hola —responde Linnéa sin dejar de escribir.

Minoo bebe café, se apoya en la barandilla y se esfuerza por parlotear en lugar de mantenerse callada, sin más.

Y no porque en la cabeza de Minoo reine precisamente el silencio; siempre hay listas, cosas que debe hacer, escenarios posibles e imposibles que ella recrea. Por no hablar de las vueltas que puede darle al hecho de haber dicho algo de forma irreflexiva o de haber hecho el ridículo, así en general. A veces es capaz de recordar cosas vergonzosas de hace mil años y de sentirse totalmente abrumada. Como el día en que ella y su prima Shirin estaban jugando a que Barbie y Ken se acostaban y llegó su tía Bahar. Shirin se puso a gritar enseguida que había sido

idea de Minoo. Lo cual era cierto. Bahar simplemente se rio, pero a Minoo todavía le dan ganas de meterse en un agujero solo de pensarlo.

De repente Linnéa suelta una risita.

—¿Qué pasa? —pregunta Minoo.

—Nada, que tenías una pinta muy graciosa.

Minoo sonríe insegura.

—¿Eso es café? —pregunta Linnéa.

—¿Quieres un poco?

Minoo se acerca con la taza a Linnéa, que la coge y bebe como si fuera agua.

—Vaya, me parece que me lo he acabado —dice sonriendo.

—No pasa nada —responde Minoo y deja la taza en el suelo.

Linnéa se guarda el diario en uno de los bolsillos gigantescos del anorak.

—Empiezo a odiar a demasiadas personas de este grupo. No me explico cómo voy a aguantar verme aquí con esa tía sin estrangularla.

Minoo no sabe qué responder.

Los días siguientes a la reunión en el despacho de la directora han sido en cierto modo los mejores en mucho tiempo. Por fin tienen a alguien que les puede mostrar el camino. No ha tenido que andar cavilando sobre demonios, y ha podido concentrarse en los deberes y en seguirle la pista a Max.

Sabe que Linnéa considera que la directora no hizo nada por evitar que Elías y Rebecka murieran. Ella no está tan segura. Debe existir una razón que ellas desconocen. No puede creer que nadie permitiera que dos personas muriesen sin intervenir, solo por seguir unas reglas.

Quiere darle una oportunidad a la directora. No les queda otra alternativa. Y ella tiene un ansia desesperada de saber. Además, espera que la directora descubra que ella también tiene algún tipo de poder.

—¿Crees que tú también tienes algún poder? —le pregunta a Linnéa—. Quiero decir algún poder que no hayas detectado aún.

Linnéa la mira.

—Y tú, ¿crees que tienes alguno?

—No. Pero claro, como todas las demás… ¿Tú has notado algo?

Linnéa dirige la mirada hacia la entrada del parque, por donde aparece Vanessa. Lleva una chaqueta demasiado fina, como si no quisiera admitir que ha llegado el invierno.

Seguramente Vanessa es una de esas personas que piensan que las estaciones del año deberían adaptarse a su ropa y no al contrario, piensa Minoo con más complejo de luchador de sumo que nunca.

—Joder, qué resaca tengo —se lamenta Vanessa y sube al escenario de un salto. Al ver la taza termo, le brilla en los ojos un destello de avidez—. ¿Es café?

—No queda —responde Linnéa.

Vanessa parece decepcionada.

—Pues qué mierda, vaya mañana más estupenda… —dice, dejándose caer al lado de Linnéa.

Minoo se da cuenta de que se ha sentado muy cerca. Parece que se están haciendo amigas. Minoo no lo ha notado hasta ahora.

—¿Dónde está la Gran Bruja? —pregunta Vanessa y se mete un chicle en la boca—. Creí que estaría aquí esperando, látigo en mano.

Linnéa suelta una risita y empiezan a hablar de amigos comunes. No tardan en quedar

absortas en la conversación. No es que excluyan a Minoo, pero tampoco hacen nada por incluirla. Y, como de costumbre, ella no sabe cómo intervenir sin sonar o bien como una sabelotodo redicha, o bien como una niñata curiosa.

Minoo se sienta en el suelo de la pista de baile y saca el libro de biología. Finge que está estudiando pero lo único en lo que puede pensar es en todas las cosas de Rebecka que echa de menos.

La parada del autobús es de latón corrugado pintado de rojo. A alguien se le ha ocurrido la idea de pintarle también unas ventanitas con vistas a un jardín. Después alguien ha escrito sobre las flores la palabra «PUTA» con rotulador negro. Anna-Karin siempre ha tenido la sensación de que iba por ella.

Los días festivos solo pasan dos autobuses pero la directora dijo que podía recogerla. No se atrevía a decirle que no. La directora le da muchísimo miedo. Tiene la sensación de que sabrá lo que pasó con su madre nada más verla.

No ha pegado ojo en toda la noche. En cuanto cerraba los párpados veía el agua hirviendo y las manos de su madre. Desde luego ella no quería utilizar su poder para que su madre se hiciera daño. Al contrario. Aun así eso fue lo que ocurrió.

Lo más aterrador es que ya no está segura de controlar cómo afecta a su madre su poder. Al principio lo usaba tanto que terminó por actuar solo. Como una bola de nieve que se hubiera puesto a rodar y sobre la que ya no tenía ningún dominio. Lo mismo ocurre con Julia, Felicia y el resto de la gente del instituto. La única persona con la que siente que debe usarlo activamente es con Jari.

Un coche de color azul oscuro y aspecto caro se desliza lentamente. Anna-Karin ve que la directora va al volante. Es como si le estuvieran retorciendo las entrañas con unos alicates enormes.

Ándate con cuidado, Anna-Karin, piensa. Ándate con cuidado.

El coche llega deslizándose hasta la parada del autobús. Anna-Karin se levanta, se acerca y abre la puerta del acompañante.

—Hola —dice la directora con una sonrisa gélida—. Perdona el retraso.

—No pasa nada —responde Anna-Karin con un hilo de voz mientras se sienta.

—Tengo que hablar contigo —dice la directora y pisa el acelerador.

Los alicates dan una vuelta más. Anna-Karin no puede mirarla a la cara, sino que dirige la vista a la ventanilla, hacia el cielo gris, los árboles negros y los postes de la nieve que pasan rápidamente ante sus ojos.

—Has abusado de tus poderes de la peor manera —dice la directora—. Y creo que eres consciente.

—Yo no he… —comienza Anna-Karin, pero la directora la interrumpe.

—No es una pregunta, sino una constatación. Cierto que existen circunstancias atenuantes puesto que no habías tenido ningún guía hasta el momento. Pero las reglas son las reglas. Es mi deber informarte de que el Consejo ha iniciado una investigación.

—¿Una investigación?

—Has cometido un delito, Anna-Karin. Y sigues cometiéndolo.

Anna-Karin mira a la directora. Ahí está, con ese perfil perfecto, con ese abrigo perfecto, con ese coche perfecto. Ahí está, enjuiciándola.

—¡No entendéis nada, ni tú ni el Consejo ese!

La directora exhala un largo suspiro. Siguen en silencio mientras se acercan al barrio

residencial más elegante de Engelsfors. La directora aparca delante de una casa de color verde y se dirige a ella.

—Todavía no estás condenada. Pero tienes que parar inmediatamente.

—Haré lo que me dé la gana.

Una parte de ella está fascinada al comprobar lo impertinente que puede ser con una persona que, en realidad, le infunde pavor.

La directora la escruta con la mirada.

—Anna-Karin —dice—. Contéstame con sinceridad: ¿crees que *puedes* parar?

—Por supuesto que puedo. Pero no hago nada malo —se empecina.

La directora resopla.

—Bueno, ya hablaremos de esto en otro momento —concluye—. Por ahí viene Ida.

Anna-Karin atisba una figura rubia que se acerca a paso ligero. Se encoge en el asiento y se mira las manos. No piensa permitir que Ida compruebe lo asustada que está.

30

A las nueve y media se oye el ruido de un coche que se acerca haciendo crujir la grava bajo las ruedas. Minoo se guarda el libro de biología y se levanta al mismo tiempo que un Mercedes azul oscuro entra en el recinto del parque.

El coche se detiene, Anna-Karin sale y se dirige irritada hacia la pista de baile. Se coloca lejos de las demás con los brazos cruzados, como para demostrar su enfado.

—Hola —dice Minoo, pero Anna-Karin sigue mirando al suelo.

—Buenos días —responde la directora, que se acerca con Ida pisándole los talones.

Ida parece tan adormilada que Minoo se pregunta si podría abrir la boca aunque quisiera.

—Debe de haber sido un paseo en coche de lo más agradable —dice Linnéa.

Vanessa se ríe y Minoo se irrita. ¿Es que no pueden comportarse?

Adriana López se dirige al centro de la pista de baile con el abrigo negro entallado aleteándole alrededor de los pies. Lleva guantes de napa y un sombrero de piel muy elegante. Minoo piensa, llena de admiración, que parece un personaje de una novela rusa del siglo XIX. Lleva en una mano un gran bolso de piel negra. Lo deja en el suelo a su lado.

—Pido perdón por el retraso. —Se vuelve hacia Ida, que se ha parado en la escalinata que conduce a la pista de baile—. Ven, entra en el círculo. —Minoo mira a su alrededor preguntándose a qué círculo se refiere la directora. Cuando cae en la cuenta, se irrita ante su torpeza. La pista de baile es un círculo.

Ida da los pocos pasos que la separan de la pista de baile muy en contra de su voluntad.

—Vamos a entrar un poco en calor —dice la directora. Mira fugazmente a Vanessa y a Linnéa—. Os sugiero que os bajéis del escenario.

Linnéa y Vanessa se levantan despacio. Minoo cree que tienen tanta curiosidad como ella, aunque intenten ocultarlo.

La directora saca del bolsillo un pequeño cilindro negro y retira la parte superior, como si fuera una barra de labios. Luego empieza a dibujar un círculo en el suelo, en el centro de la pista de baile, y Minoo recuerda los símbolos de la casa de la directora.

Minoo busca la mirada de Vanessa, que observa a la directora.

Adriana López dibuja un signo en el centro del círculo. Parece absolutamente concentrada. Cuando se levanta, retira de la barra unos cuantos hilos pringosos antes de volver a taparla.

—¿Qué es eso? —pregunta Vanessa.

—Ectoplasma —responde la directora secamente.

Minoo se pregunta si esa respuesta les dice a las demás algo más que a ella.

Adriana saca un libro. Tiene la cubierta de piel desgastada y de color negro. Y es del tamaño de un libro de bolsillo normal. Lo abre y saca un objeto brillante que llevaba escondido bajo el abrigo. Parece una especie de lupa de plata, colgada de una larga cadena que lleva al cuello. Ajusta la lupa como si fueran unos prismáticos y se la lleva al ojo.

Minoo se espera que empiece a salmodiar alguna fórmula mágica con voz solemne, pero lo único que hace es murmurar unas palabras en voz muy baja, como cuando alguien que no sabe leer bien va siguiendo el texto. Una hoguera de medio metro de altura surge en el acto, llameante, en el centro del círculo dibujado.

No es un fuego corriente, sino que arde en unos tonos que van desde el cobalto hasta el azul celeste. Le lleva unos minutos darse cuenta de por qué el fuego es tan espeluznante. No es

por el hecho de que sea azul, ni de que esté ardiendo a unos centímetros del suelo, sino porque es totalmente silencioso. No se oye crepitar ni lo más mínimo.

Después de tan solo un par de segundos, Minoo nota el calor en la cara. La directora se quita el abrigo, el sombrero y los guantes, y lo deja todo en un montón pulcramente colocado en el suelo de madera, junto a la barandilla. Debajo lleva un traje gris oscuro de muy buen corte.

Minoo también se quita la ropa de abrigo y la pone en el suelo.

Entonces nota que el aire vibra alrededor de la pista de baile. Con mucha cautela extiende el brazo. Aprecia cierta resistencia, como de una membrana fina, invisible.

—Inténtalo. —Se oye la voz de la directora.

Minoo se da la vuelta. La directora la mira y asiente alentándola. Estira el brazo un poco más y atraviesa la membrana. Al otro lado el aire está frío.

—Un círculo exterior —dice la directora abarcando con un gesto de la mano la pista de baile redonda, antes de señalar el círculo más pequeño, en cuyo interior arde el fuego—. Y otro interior. El círculo exterior crea vínculos. En el interior se encuentra la fuente de poder.

—¿Y qué es la fuente de poder? —pregunta Vanessa.

—El signo del círculo interior.

—¿Pero qué clase de signo es? —insiste Vanessa.

—Si queréis que os enseñe, debemos ir paso a paso. Y tenéis que confiar en mí.

—Por supuesto —asiente Linnéa con ironía—. Mientras tanto, nos convertiremos en asesinas simplemente.

—Ya os he explicado la situación una vez. Además, existe otro factor que el Consejo me ha pedido que os aclare.

Minoo saca el cuadernito y el bolígrafo que siempre lleva encima. Desde luego, es una repelente.

—Según la profecía, al mal le será imposible rastrear a la Elegida. Al menos hasta que se aproxime la gran batalla, que tardará varios años en llegar. Creíamos que teníais algún tipo de protección mágica, que erais invisibles para el mal.

—Has dicho que la gran batalla tardará varios años en presentarse —dice Minoo sin dejar de anotar—. ¿Y esos cuántos años son?

—No es seguro. Como mínimo dos años pero, probablemente, más bien diez, según nuestros cálculos.

—O sea, que para cuando vayamos a graduarnos tendremos aquí el Armagedón. Como si no estuviera ya bastante desmotivada para los estudios —dice Linnéa.

—Esto no tiene nada que ver con el Apocalipsis bíblico —dice la directora en tono cortante.

—Pero ¿puedes contarnos a qué debemos enfrentarnos en esa lucha? ¿No crees que es hora de que nos hables de la profecía? —insiste Vanessa.

—No es tan fácil…

—¿Para qué nos has traído aquí si no nos vas a dar respuestas? —pregunta Linnéa.

—Ya basta —ordena la directora alzando una mano—. Puede que Nicolaus os permitiera que le tomarais el pelo, pero a mí no podéis tratarme así. Estoy aquí para enseñaros a dominar y desarrollar vuestros poderes, y os comportáis como niñas. No puedo enseñar los principios de la magia a unas niñas.

Nadie dice nada.

—Vuestros poderes son un gran don —prosigue—. Pero también pueden ser peligrosísimos. Para vosotras y para los demás. Ahora están en mantillas pero, a medida que se

vayan desarrollando, os costará más controlarlos.

Se vuelve hacia Vanessa.

—Puede que un día, después de hacerte invisible, descubras que no puedes invertir el proceso. Puede que te veas obligada a vivir como una sombra el resto de tus días.

Vanessa para de masticar el chicle en seco.

Debe de ser la peor pesadilla para alguien a quien tanto le gusta su propia imagen, piensa Minoo.

—Lo mismo puede decirse de las demás —continúa la directora y detiene la mirada en Anna-Karin, antes de posarla en Ida, en Minoo y en Linnéa—. Incluso de vosotras, que todavía no habéis desarrollado ningún poder.

Minoo quizá debería haberse asustado pero la palabra «todavía» le produce una alegría inmensa. Es posible que ella también tenga un poder. Al menos eso parece creer la directora.

—En el mundo siempre ha existido cierto grado de magia. La solidez de los límites entre el nuestro y otros mundos ha variado según las épocas.

—¿Qué es todo eso de «otros mundos»? —la interrumpe Vanessa.

—Nuestro mundo no es el único. Hay infinidad de mundos diferentes. Pero no vuelvas a interrumpirme —ordena la directora con tono cortante—. Los últimos milenios hemos vivido un período de sequía mágica, con resurgimientos locales aislados. Como el que tuvo lugar aquí hace algo más de trescientos años. Creo que vuestros sueños pueden ser algo así como un eco de lo que sucedió entonces.

—¿Cómo sabes qué sueños tenemos? —pregunta Vanessa.

—El cuervo oyó y vio todo lo que se dijo la noche en que os despertaron. A mi juicio, y a juicio del Consejo, quien habló a través de Ida era la Elegida en el siglo XVII.

—¿Y quién era? —pregunta Minoo—. ¿Y qué le ocurrió?

—No lo sabemos. La iglesia y la vicaría ardieron en 1675, y se destruyeron gran cantidad de documentos importantes.

La directora las mira muy seria.

—Si me he referido a los últimos dos mil años como una sequía mágica, la época que se avecina puede compararse con una crecida. Los sujetos con poderes como los vuestros han sido escasísimos, pero ahora han empezado a aparecer en diversos lugares del mundo. La batalla que tendrá lugar aquí puede alterar toda nuestra realidad.

—A eso se refería Nicolaus cuando hablaba de nuestro destino —recuerda Anna-Karin.

Adriana aprieta levemente los labios.

—Yo preferiría llamarlo misión —dice.

—¿Quieres decir que el destino del mundo se resolverá aquí, en *Engelsfors*? —pregunta Vanessa.

—Comprendo que resulta difícil de imaginar —responde la directora con un amago de sonrisa—. Pero bien podría ser. En este lugar se observa un alto grado de actividad mágica que no parará de crecer.

Minoo la escucha fascinada.

—Es decir, que no hay magia en todas partes, ¿no?

—No —responde la directora y la mira con aprobación, como si fuera una buena pregunta—. Creemos que la energía se difundirá abarcando zonas cada vez más extensas, pero en estos momentos se trata de fenómenos muy locales.

Vanessa parece pensativa.

—¿Quiere eso decir que nuestros poderes no funcionan en todas partes? Vamos, si me

fuera de vacaciones a Ibiza, por ejemplo, ¿podría hacerme invisible allí?

—Precisamente Ibiza presenta un alto grado de actividad mágica. Pero sí, lo has entendido bien. El poder no solo procede de vosotras mismas sino que, por así decirlo, debéis estar vinculadas a una fuente de poder. Y esa fuente de poder está aquí. Necesitáis a Engelsfors, exactamente igual que os necesitáis mutuamente y que Engelsfors os necesita. Todavía no sabemos por qué sois… *erais*, siete. Pero juntas formáis un círculo. Las brujas han trabajado siempre en círculo. Jamás llevaréis a cabo nada trascendente si no aprendéis a colaborar.

Da la sensación de que la directora se equivoca al reducir todo aquello a una «misión», piensa Minoo. «Destino» es una palabra mucho más adecuada. Rebecka lo comprendió. Esto es algo muy superior a ellas. Algo que están predestinadas a llevar a cabo. Pero la conclusión es la misma: están vinculadas a Engelsfors. Y entre sí.

—¿Más preguntas? —dice la directora.

Todas guardan silencio. Adriana sonríe satisfecha.

—Muy bien. Entonces, hablemos de magia. La teoría y la práctica.

31

—OLVIDAD todo lo que creéis saber acerca de la magia y de lo sobrenatural —dice Adriana López—. Os garantizo que estáis equivocadas. De eso nos encargamos nosotros.

—¿Cómo? —pregunta Linnéa.

—Entre otras cosas, el Consejo cuenta con una sección especial que revisa la información que circula por la red. En lo que encontréis ahí puede haber briznas de verdad. Algunos hechos mágicos se ocultan en las creencias populares y tradiciones, por ejemplo. Sin embargo, están tan entretejidos con un montón de absurdos que es prácticamente imposible discernir lo uno de lo otro. Eliminamos todo lo que se acerca demasiado a la verdad, y dejamos todas las chifladuras engañosas. La verdad es que los locos y los aficionados nos hacen un gran favor.

—Vamos, que además sois una especie de censura, ¿no? —dice Linnéa con desprecio.

—Estamos entrando en una era mágica nueva, así que debemos controlar los conocimientos que circulan. No os podéis imaginar el daño que pueden hacer en las manos equivocadas.

Pero Linnéa no se rinde.

—¿Y quién decide cuáles son las manos equivocadas? ¿Tú y el Consejo? Entonces, ¿quién os controla a vosotros?

La directora sonríe fríamente.

—*Quis custodiet ipsos custodes*? ¿Quién nos protegerá de nuestros protectores? Esa pregunta se la hacían ya los filósofos de la Antigüedad. Y no pienso entrar en eso ahora.

Minoo le lanza una mirada suplicante a Linnéa, que le responde con una mueca. Echa de menos algo de orden, no más caos.

La directora abre el bolso y les reparte cinco libros negros iguales, y otras tantas lupas de plata. Minoo sopesa el libro en la mano.

Pesa muchísimo para ser tan pequeño. Examina la lupa. Está segmentada en ocho partes, seis de las cuales son muy finas, onduladas y ajustables.

—Es el *Libro de los paradigmas* —explica la directora—. Y aquí tenéis uno de los instrumentos a vuestro alcance para interpretarlo.

Les muestra una lupa.

—Y aquí tenéis el otro —dice dándose un golpecito en la sien.

Vanessa suspira.

—Abrid los libros —ordena la directora.

Minoo obedece. En la primera página hay seis signos alineados uno tras otro.

Pasa la hoja. Luego otra y otra más.

—Pues yo no veo ninguna mierda de paradigma —dice Ida.

Es lo primero que ha dicho en toda la reunión.

Minoo no se ha pronunciado, pero está de acuerdo con Ida. Las páginas están abarrotadas de símbolos de distintos tamaños, todos incomprensibles. Claro que algunos parecen alineados con una especie de orden, pero otros están de cualquier manera. Hay algunas páginas en blanco. Son como el test de inteligencia más difícil del mundo, y Minoo se siente, en definitiva, una idiota.

—Seis signos —dice la directora—. Seis símbolos ordenados en constelaciones mágicas. Solo podéis descubrir su significado por vosotras mismas, estudiándolos ampliamente y con ayuda de este instrumento —explica mostrando la lupa otra vez—. El localizador de paradigmas.

—¿Qué contiene el libro exactamente? —pregunta Anna-Karin.

—Depende del ojo del que mira —responde la directora—. No hay dos brujas que vean lo mismo. El *Libro de los paradigmas* es emisor y receptor al mismo tiempo. Cada bruja debe saber muy bien lo que busca en él, y el *Libro* le mostrará lo que necesita. Es como sintonizar la frecuencia en una radio antigua.

—¿Y se ajusta con… ese chisme? —dice Ida.

—Sí. Pero si vuestros sentidos no están orientados a la búsqueda, no sirve para nada. —Adriana López tiene una mirada soñadora—. Por lo general, el *Libro* sabe mejor que nosotras lo que necesitamos. Es como si nos viera el alma.

—Ummm… Mmmuy confuso —dice Vanessa, como cantándolo.

La directora se vuelve con rapidez hacia ella y le dirige una mirada cortante.

—Al contrario —dice—. Este libro contiene todo el conocimiento que una bruja necesita. Lo que veáis dependerá por un lado del grado de desarrollo de vuestro poder, y por otro del signo al que pertenezcáis. El *Libro* contiene fórmulas mágicas y rituales. Profecías y relatos del pasado.

—¿Quieres decir que nuestra profecía tiene *este aspecto*? —pregunta Linnéa señalando un fragmento donde los signos aparecen revueltos como si un ciclón hubiera arrollado el interior del libro.

Adriana López asiente.

—Por eso no me resulta tan fácil *leeros* la profecía. Cuando llegue el momento, podréis leerla vosotras mismas, pero no todas del mismo modo.

—Entonces, ¿cómo sabéis *vosotros* lo que dice? —pregunta Minoo—. O sea, si cada cual ve una cosa distinta.

—Las brujas han escrito la profecía generación tras generación, y han dejado testimonio de lo que cada una ha visto. Los escritos se repiten en varios pasajes. O sea, que es cuestión de pura estadística.

—Vamos, que la mayoría siempre tiene razón, ¿no? —interviene Linnéa.

—Parece que tú eres la filósofa del grupo, ¿no? —contesta la directora, mordaz.

Minoo observa la mirada sombría de Linnéa y comprende que debe pararla.

—¿Qué habías dicho antes de los signos?

Adriana sostiene el libro abierto.

—En estas páginas encontramos seis símbolos diferentes, ordenados en diversas constelaciones. En cierto modo, se parecen a algunos caracteres asiáticos en la medida en que no solo tienen *un* significado. Pueden significar muchas cosas diferentes y cada signo representa un concepto. Pero, por simplificar, podemos decir que representan los seis elementos.

—Cuatro —la interrumpe Ida, que no para de darle vueltas a la gargantilla que lleva al cuello—. Los elementos son cuatro.

La directora suspira irritada, y Minoo se alegra de no haberlo dicho ella primero.

—Como os decía al principio, debéis olvidar todo lo que creéis saber. La teoría de los cuatro elementos la transmitió el filósofo presocrático Empédocles. En China y en Japón se habla

de cinco elementos. Pero la cifra correcta es seis. Y cada bruja tiene una relación más estrecha con uno de los seis en concreto.

Seis elementos, pero siete Elegidos. ¿Qué querrá decir eso? ¿Que dos pertenecen al mismo elemento? ¿O quizá que alguno de ellos sobra? Minoo siente que la invade la desazón.

—¿Y tú sabes cuál es el nuestro? —pregunta.

La directora se vuelve hacia ella con una mirada inescrutable.

—Sí. Esta mañana me llegó el resultado de los análisis. Por eso he llegado tarde. Para empezar, os diré que los poderes que tenéis son los típicos de vuestros elementos respectivos, pero eso no significa que no haya poderes que se den en varios elementos. Por ejemplo, tanto las brujas de aire como las de agua pueden aprender a controlar las tormentas. Las de metal y las de fuego pueden provocar rayos, pero no la lluvia. Es toda una ciencia aparte.

—Deja que adivine —dice Vanessa—. Soy aire, ¿verdad?

—Exacto —responde la directora.

—¿Quiere eso decir que puedo aprender a volar?

—Depende de cómo se desarrollen tus poderes —responde la directora un tanto impaciente.

Quedan cinco elementos, piensa Minoo.

—Perdona, ¿te importa que ahora adivine *yo*? —pregunta Ida—. Anna-Karin es tierra, ¿no?

—Eso es.

Ida suelta una risita burlona, que cesa de repente cuando ve la mirada de reprobación de la directora.

Cuatro, quedan cuatro, piensa Minoo, concentrándose en anotar.

—La tierra se asocia a un fuerte vínculo con la naturaleza y con los seres vivos —continúa la directora mirando a Anna-Karin—. Y con la fuerza. Tanto mental como física. Tú, Ida, eres metal.

Quedan tres.

—El vínculo de Ida con ese elemento la convierte en una médium perfecta, como pudisteis comprobar la noche que os despertaron. La adivinación y las visiones también le son afines.

Por un instante delicioso, la directora desliza la mirada hacia Minoo, antes de volverse a Linnéa.

—Tú, Linnéa, eres agua. Deberías aprender a controlar tu elemento de diversas formas…

—¿Qué era Elías? —la interrumpe Linnéa.

—Madera —responde la directora—. Una cualidad típica de ese elemento es la capacidad de gobernar y dar forma a la materia viva. Y Rebecka era fuego, igual que yo —concluye.

Minoo sueña a menudo que va al colegio y de pronto se da cuenta de que está desnuda. Y así se siente, ni más ni menos, cuando comprueba que todas las miradas se dirigen hacia ella. Es la única que falta.

—Y yo, ¿soy lo mismo? —pregunta—. O sea, si soy lo mismo que alguna de las demás.

Adriana la mira durante lo que a ella le parece una eternidad, antes de responder:

—No. Sintiéndolo mucho, no veo tu vinculación con ninguno de los elementos. Técnicamente, no deberías estar aquí.

Es peor que todos los sueños de desnudez que haya tenido en la vida. Dirige la vista al cielo, como si algo allá arriba pudiera salvarla. Lo único que ve es el aire vibrante que se amolda como una cúpula al techo de la pista de baile. Más magia. Magia que ella nunca llegará a

dominar.

—Eso es mentira —oye que protesta Linnéa—. Minoo soñó lo mismo que nosotras. Y vino aquí la misma noche.

—Minoo —la llama la directora.

Ella baja la cabeza a regañadientes y contempla a la hermosa mujer de melena negra que tiene delante, tan incuestionable con toda su sabiduría y su poder.

—No puedo explicarlo. Como no puedo explicar que seáis siete y no una sola, ni tampoco el papel de Nicolaus en todo esto. Pero estoy segura de que averiguaremos más.

Nicolaus, piensa Minoo. Somos Nicolaus y yo. Los fracasados. Aquellos para los que no hay un lugar en ninguna parte.

Y Minoo hace algo insólito en ella. Recoge sus cosas y se va en plena clase. No hace caso de las demás, que la llaman para que vuelva, y no deja de caminar hasta haber llegado a casa.

Minoo se pasó toda secundaria esperando que alguien la desenmascarase.

Y mira por dónde, ahora acababa de ocurrir. Minoo Falk Karimi es una impostora.No es nada. Y ya está confirmado de una vez por todas.

«Lasaña: ¡cualquier día es fiesta!», dice en el papel que Vanessa tiene en la mano.

—¡Joder! Aquí pone que hay que añadir 125 gramos de hígado de pollo a la carne picada —dice.

Evelina finge que se mete los dedos en la garganta y hace un sonido como si fuera a vomitar. En condiciones normales, Vanessa se habría reído, pero ahora está demasiado estresada. Tiene tantos

asuntos que atender… Su repertorio normal de platos consiste en

macarrones con kétchup o huevos fritos.

—Tiene que ser posible saltárselo sin que pase nada, ¿no? —pregunta, necesitando desesperadamente el consentimiento de sus amigas—. ¿O habrá que poner entonces más carne picada?

—Pues no lo sé —contesta Michelle tranquilamente, sentada en el suelo mientras le acaricia la barriga a *Frasse*.

Vaya, pues sí que ayuda, piensa Vanessa irritada bajando el fuego para que no se le pegue la bechamel.

—Perdona —dice Evelina—, pero ¿estás enfadada porque no compramos hígado de pollo? Es que no lo habías anotado en la

lista.

—Ya, ya lo sé —responde Vanessa, esforzándose al máximo por no estallar ante la tiquismiquis de Evelina—. Pero el apio sí estaba.

—Joder, si es que no sé *qué es* el apio.

Vanessa tampoco lo sabe, pero no piensa reconocerlo. La cebolla chisporrotea cuando la pone en la sartén.

—Da lo mismo —dice—. Tiene que salir bien sin el apio.

—Pero a ver, ¿dónde has encontrado la receta? —pregunta Evelina—. ¿En la Edad Media?

—¿Y por qué no me ayudas, mejor?

Evelina abre los ojos como platos.

—Perdona, pero nosotras hemos ido a hacerte la compra mientras tú limpiabas. ¿Lo has olvidado?

—Pero por Dios, ¡deja ya de hacer el idiota! —estalla Vanessa. Al ver la cara de enojo de Evelina, añade—: Perdona. Os agradezco muchísimo que me ayudéis, pero es que estoy tan nerviosa…

Evelina adopta enseguida una expresión compasiva y Michelle se levanta del suelo y se les acerca.

—Dime, qué hago.

—Va a salir muy bien —dice Evelina.

Vanessa siente un cariño inmenso por sus amigas, sus *verdaderas* amigas, a las que apenas tiene tiempo de ver últimamente, antes de que el estrés se apodere de ella una vez más y coja la receta.

—Michelle, ¿puedes «pelar las zanahorias y el apio»? Bueno, el apio no. Evelina, ¿tú puedes «picarlo todo muy fino»?

Como soldados obedientes, las dos chicas se sitúan junto al fregadero y cogen los utensilios y las zanahorias.

—¿Y cómo crees tú que saldrá? —pregunta Michelle.

Va pelando las zanahorias tan despacio como habla, una pasada con el pelador tras otra. Vanessa querría arrancarle la zanahoria de la mano de un tirón, pero se concentra en mover la salsa lenta y cui

dadosamente, y trata de respirar al mismo ritmo.

—Nicke odia a Wille. Piensa que es un mangante de lo peor —dice—. Y mi madre cree todo lo que dice Nicke. Y, además, no soporta que nos hayamos prometido.

Es obvio que su madre ha tolerado a Wille hasta el momento porque pensaba que la cosa no duraría. Pero desde el compromiso está aterrorizada y se ha vuelto totalmente anti-Wille. Anda siempre mareando con que Vanessa es demasiado joven para tomar ninguna decisión determinante para su vida, como si ella misma no hubiese tomado una decisión más determinante aún cuando tuvo un hijo con el primer borracho con el que se acostó.

Vanessa espera que esta noche sea el principio de algo nuevo. Piensa preparar la puta lasaña, estará buenísima y todos quedarán impresionados al ver que es mucho más madura de lo que creían.

Y Wille se ganará la simpatía de su madre, ha prometido que se esforzará.

—Bueno, pero es que Wille *es* camello —observa Michelle—. Si Nicke lo arrestó y todo.

—Pero no fue por camello. Fue cuando lo pillaron fumando en el Storvallsparken —objeta Evelina.

—Mi madre está convencida de que si fumas una vez, te tiras a la calle a prostituirte para conseguir crack al día siguiente —dice Michelle—. Cree que yo me meto algo. O sea, si un día, por ejemplo, estoy cansada: «¿Tomas drogas?». O si estoy enfadada o demasiado alegre: «¿Tomas drogas?». En cuanto no me comporto como ellos

piensan que es normal que lo haga.

—Ya, pues mis padres son iguales —confirma Evelina.

—Habrán salido de la misma fábrica que mi madre —dice Vanessa.

Michelle sonríe. Empieza a hablar del peinado que está pensando hacerse, y ella y Evelina hacen un estudio profundo de las ventajas y los inconvenientes de llevar flequillo. Vanessa tiene que

esforzarse para no gritarles que no le interesa.

En condiciones normales, el pelo de Michelle era un tema habitual de conversación. No muy emocionante, pero pasable. Ahora le cuesta tanto trabajo implicarse en serio, con lo que

tiene en su lista de tareas pendientes. Tiene que: 1) salvar la cebolla que está pegándose en la sartén; 2) salvar su futuro con Wille preparando una lasaña perfecta, y 3) salvar al mundo.

Esto último es, seguramente, en lo que más debería pensar, pero, en comparación con lo otro, no le parece tan importante en esos momentos.

32

CUANDO suena el timbre, *Frasse* ladra mientras corre hacia el recibidor y agita la cola entre las piernas de Vanessa mientras esta abre la puerta. Allí está Wille, con un ramo de flores en la mano. Lleva el pelo peinado hacia atrás y vaqueros y camiseta negros. Tiene un aspecto adulto y formal. Y va muy arreglado. Vanessa está emocionada. Verdaderamente, se ha esforzado mucho por ella.

—¿Has comprado flores?

—Son para tu madre —dice mientras *Frasse* le lame la mano.

Vanessa está feliz, le da un beso en la boca.

—Eres el mejor —le susurra, y casi tropieza con el perro de camino a la cocina.

Su madre y Nicke aguardan sentados a la mesa. Tienen en la cara una expresión de disgusto que no cambia cuando Wille entra en la habitación. Melvin, que está entretenido con el juego de construcción, es el único que sonríe.

—Hola, pequeñajo —le dice Wille alborotándole el pelo.

Luego le da las flores a su madre.

—Hola, gracias por la invitación.

—La invitación es de Vanessa. Muchas gracias —añade la madre con voz monótona, y retira el papel, que cruje ruidosamente.

Wille le estrecha la mano a Nicke, que se echa hacia atrás en la silla y le sonríe con superioridad. Vanessa odia esa sonrisa, pero no dice nada. Aquella cena demostrará que es una adulta, da igual lo que crean Nicke y su madre.

Su madre trajina en los armarios hasta dar con un jarrón adecuado. Luego lo llena de agua y pone las flores. Son gerberas, las favoritas de Vanessa. Se parecen a las de los dibujos animados.

—Muy bonitas —dice la madre y coloca el jarrón en la mesa que Vanessa ya ha puesto.

—Me alegro —responde Wille.

Se hace un silencio total y Vanessa se alegra de tener algo que hacer. Se pone un par de manoplas de cocina. El aire ardiente del horno le da en la cara cuando abre la puerta. La fuente de la lasaña está tan caliente que se quema a través de las manoplas. Se muerde la lengua para no soltar una retahíla de improperios y la deja encima de los fogones de golpe.

—¡Qué bien huele! —dice Wille.

—Vanessa se ha pasado todo el día en la cocina —explica la madre—. Sus amigas le han estado ayudando.

—No sabía que supieras cocinar —le dice Wille a Vanessa.

—Yo tampoco —responde, y empieza a cortar la lasaña en porciones.

Las burbujas de la salsa chisporrotean por los bordes de la fuente y el queso que la cubre está casi tostado, pero el cuchillo se encuentra con una resistencia inesperada. Vanessa confía en que se deba a que está poco afilado. La lasaña lleva muchísimo tiempo en el horno.

Saca del cajón los cubiertos de servir la ensalada y los pone en la fuente.

—Tenéis un apartamento muy bonito —dice Wille.

Es un comentario típico de un adulto. Vanessa se siente conmovida ante sus intentos por iniciar una conversación, pero su madre y Nicke no hacen nada para facilitarle la tarea.

—Bueno, tenemos un techo que nos cobija —se limita a decir su madre.

—No, pero de verdad que es muy bonito. El papel de las paredes es precioso…

Se le apaga la voz al final de la frase.

Por suerte, Melvin empieza a protestar diciendo que tiene hambre. Su madre lo sienta en la trona y le dice que la comida ya está lista. El pequeño empieza a dar palmaditas y todos sueltan una risita forzada, aliviados ante una distracción que les permita no tener que conversar.

Finalmente la fuente de la lasaña humea en el centro de la mesa. También hay ensalada, pan y mantequilla al alcance de todos. Vanessa se sienta en su lugar habitual. Le sirve primero a Wille; después de todo es el invitado.

—Tiene una pinta buenísima —dice la madre cuando Vanessa le sirve a ella.

—¿No estabas a dieta, Jannike? —pregunta Nicke, y Vanessa ahoga una vez más el impulso de gritarle que se calle.

Mira nerviosa a Wille cuando se lleva a la boca el tenedor con el primer trozo de lasaña. Con horror cree advertir un sonido crujiente cuando mastica. Wille hace una mueca extraña y Vanessa es incapaz de discernir si es porque quema o porque está asquerosa.

—Estaba pensando que podríamos brindar por nuestro compromiso —dice Vanessa—. Ya sé que no todo el mundo se alegra tanto como Wille y yo, pero espero que cambiéis de opinión.

La madre alza la copa de vino. Con una sonrisa fugaz, como si quisiera acabar cuanto antes.

—Salud —dice.

Nicke alza también su cerveza en el aire. Da un buen trago y ahoga un eructo, que se le escapa silbando por entre los labios.

Wille toma un refresco, igual que Vanessa, para subrayar que es un joven formal. Ella da un sorbito y lo mira a los ojos desde el otro lado de la mesa. Wille mastica despacio y le sonríe. El ambiente está más tenso que nunca. Incluso Melvin parece notarlo. Sentado en la trona remueve con el pequeño tenedor la comida ya troceada.

Su madre y Nicke comen mirando fijamente el contenido de los platos, como si allí hubiera algo muy interesante, un agujerito por el que se pudiera ver hasta China. Los cubiertos resuenan a un volumen antinatural contra los platos. *Clonc, cling, ñii. Clonc, cling*.

Vanessa no tiene nada de apetito pero corta un trozo de lasaña y se lo lleva a la boca.

Las láminas de la lasaña están medio crudas y pastosas, como plástico derretido que haya empezado a endurecerse de nuevo. Y no sabe a nada. En el campo de los sabores, es el equivalente al gris. O al beis del color de la piel.

—Esto no se puede comer —admite Vanessa apartando el plato.

—¿Qué dices? Si está buenísimo —dice Wille.

—Umm —dice la madre de Vanessa con la boca llena de color beis.

—Yo pienso repetir —asegura Wille.

Nicke no dice nada. Se dirige al frigorífico y saca un bote de kétchup, cuyo contenido prácticamente vacía en el plato.

—Ajá —dice—. ¿Y en qué estás trabajando ahora, Wille?

Wille mira a Vanessa de reojo. Los dos son conscientes de que Nicke sabe que no tiene trabajo.

—Es que es muy difícil encontrar algo en esta ciudad.

—Ya, claro, me imagino. Tú no acabaste el bachillerato, ¿verdad? —pregunta Nicke.

—Pues sí, sí que lo terminé —responde Wille.

Parece abochornado al decirlo, porque fue por los pelos. Vanessa quisiera que se hubiera sentado a su lado, para poder cogerle la mano por debajo de la mesa. Su madre carraspea.

—¿Qué tal está Sirpa?

—Está bien. Ha tenido problemas con las cervicales.

—Vaya, cuánto lo siento —dice su madre.

Vanessa se pregunta si su madre está pensando en lo mismo que ella, en que le dijo que preferiría que Sirpa fuera su madre.

—Es un trabajo muy duro —asegura la madre—. A veces tengo la sensación de que prácticamente vive en el supermercado ICA. No importa la hora a la que uno vaya, siempre te la encuentras en la caja.

—Pues sí, es peor de lo que muchos creen —dice Wille.

Nicke observa a Wille todo el tiempo con desprecio manifiesto. Ahora se vuelve hacia la madre de Vanessa y le dice en un tono completamente normal:

—Claro que trabaja a todas horas. Tiene un hijo adulto al que mantener. Un muchacho sano y fuerte por el que ella se está partiendo la espalda.

El silencio que inunda la cocina es casi sólido, tanto que Melvin abandona su juego con la comida. Tiene los ojos como platos y se está enterando de todo.

—No tenías por qué decir eso —comenta la madre dirigiéndose a Nicke.

Pero no lo dice con demasiada convicción. No como diciendo «has sido injusto y no estoy de acuerdo contigo», sino más bien como «esas cosas se piensan pero no se dicen».

—Pues sí, pero, como os decía, en esta ciudad resulta muy difícil encontrar trabajo —prosigue Wille.

—Pero no hay nada que te impida mudarte, ¿no? —pregunta Nicke.

Mira a Vanessa satisfecho. Pero ella se niega a devolverle la mirada. Solo tiene ojos para Wille. Se pertenecen. Nunca lo ha tenido tan claro. Son ellos contra el mundo. ¿Y por qué —se pregunta— va a quedarse allí sentada, callada, formal, como una adulta, cuando los supuestos adultos que hay en la mesa se comportan como niños acosadores?

El ramo de flores con el que Wille los había obsequiado se ve, de repente, infinitamente triste en medio de la mesa.

Vanessa se dirige a Nicke.

—¿No puedes comportarte como una persona normal aunque sea por una vez?

—Por favor, no os pongáis a discutir ahora —dice la madre mirando a Vanessa, como si ella fuera la fuente de todos los problemas.

Vanessa se enciende por dentro de rabia. Ya no la puede dominar más. Es demasiado injusto, demasiado incomprensible.

—Perdona, pero ¿es que no te has dado cuenta de cómo se está comportando Nicke durante toda la cena? Y en cuanto replico, resulta que soy yo la que discute, ¿no?

—Vanessa…

—¡Y tú siempre le das la razón a él! Nicke y tú sois un equipo estupendo. Sin defectos, mejores que nadie. Y yo soy tan horrible y tan rebelde y tan complicada…

—Os recuerdo que tenemos un invitado —dice la madre.

—Ah, ahora sí que te conviene pensar que tenemos un invitado, ¿no? Pero que Nicke se pase la cena picando a *mi prometido*, cuando yo quería celebrar con vosotros que *tenemos un compromiso*, eso te parece perfecto, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

La madre de Vanessa siempre dice lo mismo: «Yo no he dicho eso». Y encima, con esa mirada tristona. Su madre piensa que es muy inteligente no decir nunca nada a las claras, solo darlo a entender. Así puede hacerse la acusada inocente cuando intentas pedirle explicaciones.

—¡Joder cómo eres! —grita Vanessa—. No me explico por qué he preparado esta mierda de comida, ni por qué he invitado a Wille, ni por qué eso iba a cambiar algo. Tú ya tienes claro lo que piensas.

Su madre la mira dolida con los ojos muy abiertos.

—Tú te dedicas a no hacer nada y a compadecerte de ti misma —continúa Vanessa—. Cuando soy yo la que se ha visto obligada a vivir con el hecho de que hayas traído a casa todo un desfile de pringados. Wille es mejor que ninguno de los tíos a los que has conocido. Es mil veces mejor que *ese*…

Señala a Nicke sin mirarlo siquiera.

—Nessa enfadada —dice Melvin.

—Pues sí, sí estoy enfadada —continúa Vanessa mirando a su hermano—. Y tú también lo estarás cuando seas mayor y empieces a comprender qué padres tienes.

—Bueno, creo que debería irme —dice Wille.

—Tú no vas a ninguna parte —le ordena Vanessa—. Yo también vivo aquí.

—Estoy de acuerdo con Wille —dice Nicke—. Será mejor que se vaya.

—¡No, lo mejor sería que *tú* te largaras!

—¡Ya está bien, coño! —vocifera Nicke dando un puñetazo en la mesa.

Melvin empieza a llorar y Vanessa da un salto para cogerlo, pero su madre se le adelanta, lo saca de la trona, lo abraza y le acaricia la cabecita. Sus sollozos se convierten en aullidos, prolongados, que desgarran el corazón. Y los oídos.

—Ya está, ya está —lo consuela la madre, dirigiendo a Vanessa una mirada acusadora.

—¡Pero si no he sido yo quien lo ha asustado, joder!

—Ya vale, Vanessa —dice la madre—. Wille, creo que será mejor que te vayas.

—Nos vemos —dice Nicke con una sonrisa satisfecha—. En la comisaría, supongo.

—Gracias por la cena —se despide Wille.

Coloca la silla y deja el plato en el fregadero.

—Yo me voy contigo —dice Vanessa.

—Tú no vas a ninguna parte hasta que hayamos hablado de esto —le ordena la madre alzando la voz para hacerse oír por encima de los aullidos de Melvin.

Vanessa mira a su madre a los ojos y siente un odio puro que le recorre todo el cuerpo.

—Vete a la mierda —dice.

Se encamina al recibidor, donde Wille ya se está poniendo los zapatos. Ella hace lo propio y, al mismo tiempo, se pone la cazadora y coge la mochila.

—¡Si te vas, no te molestes en volver! —grita la madre.

—¡Descuida, no pienso hacerlo! —le responde Vanessa también a gritos.

—¡Nessa no vayas! —grita Melvin entre sollozos.

Vanessa quisiera taparse los oídos con las manos. No quiere oírlo. Lo quiere demasiado. De modo que adopta una postura fría y distante.

Sale corriendo escaleras abajo detrás de Wille. Tiene la vista fija en su nuca. Piensa que quizá esté abandonando su hogar para siempre, que puede que no vuelva nunca, y se convence de que vale la pena, de que *él* vale la pena.

33

MINOO ha fantaseado muchas veces con tomar ese camino. Solo la conciencia de lo patético que sería la ha detenido. Pero esta noche le parece muy apropiado: se ve ya tan lamentable que no importa que se humille un poco más. No le queda ningún orgullo que perder.

La zona se compone de casas idénticas de una sola planta, alguno de cuyos habitantes ha tratado de contrarrestar la uniformidad colocando abanicos y lámparas multicolores en las ventanas. Va caminando por la acera de los números pares, observando la de los impares. Se detiene bajo una farola, enfrente de Uggelbovägen, número 37.

Minoo contempla el edificio amarillo. El tejado está cubierto de tejas y de él sobresale una chimenea negra. A cada lado de la puerta hay una ventana: a la izquierda, la ventana cuadrada de un cuarto de baño con el cristal esmerilado; y a la derecha, una más grande con las persianas echadas. La casa está a oscuras.

Intenta imaginarse el aspecto de Max cuando llega a casa por la noche, se acerca a la puerta, abre y entra… Pero es como si su imaginación hubiera dejado de funcionar. Como si no pudiera imaginarse que Max viva en esa casa. Es demasiado normal. Ahí puede vivir cualquiera.

A Minoo le viene a la cabeza lo que Rebecka dijo aquella noche de otoño.

Si crees que hay algo entre vosotros, seguro que es verdad.

En estos momentos necesitaría a Rebecka. Nunca se ha sentido tan sola.

Respira hondo y al instante acuden las lágrimas. Le corren por las mejillas y le mojan la bufanda. Se le escapa un sollozo, rescata un pañuelo arrugado del bolsillo del anorak y se suena.

—¿Minoo?

Se da la vuelta y ve a Max acercándose.

Eso era lo que ella esperaba en su fuero interno. Que ocurriera algo con Max esa noche, bueno o malo, no le importaba. Puede reírse de ella, compadecerse de ella, cualquier cosa con tal de que la vea.

—Hola —dice Minoo.

Max se queda como un pasmarote. Su respiración le envuelve la cara en una nube de vaho.

—¿Qué haces aquí?

Es imposible interpretar su expresión. La mira con curiosidad.

—Salí a dar un paseo —responde Minoo—. Me sentía encerrada.

Al menos eso no es mentira.

—¿Ha pasado algo?

Minoo se encoge de hombros.

—¿Es por Rebecka? —pregunta Max.

—Um.

No se atreve a decir más.

Max asiente reflexivo. Entonces echa una rápida ojeada a la casa de enfrente y dice:

—Yo vivo aquí.

—Ah.

Minoo baja la vista con la esperanza de que no haya notado que ha ido allí precisamente para fisgar como un merodeador.

—¿Quieres venir? —pregunta.

Minoo solo es capaz de asentir.

Cruzan juntos la calle. Intenta tomar conciencia de que está a punto de entrar en la casa de Max. Con él.

Max abre la puerta y enciende la luz de la entrada.

—¿Me das el anorak? —pregunta.

Se baja la cremallera y él le ayuda a quitarse la abultada prenda.

Eso casi debería hacerla sentirse como una dama. Pero, más bien, se siente como una niña de parvulario. Mientras él cuelga el anorak, ella se quita los zapatos y piensa que ojalá no se dé cuenta de que calza nada menos que un 41.

—¿Quieres un té?

—Sí, gracias.

Max se adentra por el pasillo. Minoo ve la puerta del baño y se cuela dentro.

Cuando enciende la luz, se encuentra con azulejos grises y un suelo de linóleo azul. Es un baño completamente normal y, a pesar de ello, es como encontrarse en un lugar embrujado, porque es el baño de Max. Está lleno de pistas acerca de quién es él. Es un hombre que se cepilla los dientes con un cepillo eléctrico, pero se afeita con cuchilla. Se lava las manos con un jabón sin perfume que tiene en un dispensador. Compra la pasta de dientes en un tubo enorme. Tiene la impresión de que podría descifrar un código fundamental solo con observar el tiempo suficiente. Pero entonces, lógicamente, él empezaría a preguntarse qué está haciendo allí dentro.

Minoo se vuelve hacia el espejo y contempla su cara sin maquillar. Los granos brillan compitiendo con los ojos enrojecidos por el llanto. Si su aspecto no fuera tan grotesco, quizá pudiera pensar que Max quería que estuviera allí; que no es solamente compasión por lo patética que es.

—Eres una víctima de mierda —se susurra mirándose al espejo—. ¡Lárgate de aquí!

Abre la puerta y sale al recibidor. Se oye la música en el interior de la casa. Un segundo después aparece Max con dos tazas de té. Tiene un aspecto infinitamente amable. Por no hablar de lo guapo que está. Tanto que Minoo se sonroja hasta las orejas. Se pregunta cómo sería besarlo. Besar a alguien, punto.

Le cosquillean las muñecas y los brazos se le quedan sin fuerza.

Tengo que irme, piensa. Tengo que irme antes de hacer un ridículo espantoso.

—¿Vienes? —pregunta él.

Ella lo sigue hasta el salón. La decoración es sobria pero acogedora. En la pared del fondo hay un sofá. A la derecha hay una estantería atestada de libros, películas y elepés antiguos. En la pared de enfrente se ve un póster enmarcado. Una mujer de cabello oscuro y rizado posa medio de perfil. Lleva un vestido de seda azul drapeado. Tiene la cabeza ligeramente inclinada y la mirada grave e introvertida, atormentada. Lleva una granada en una mano y con la otra se sujeta la muñeca. La pose tiene cierta carga de angustia. A Minoo le gusta el cuadro enseguida. Es como si comprendiera a aquella mujer.

Echa una ojeada a los libros de la estantería. Una mezcla de títulos suecos e ingleses. Se alegra de que no sean las mismas novelas de siempre, que *todo el mundo* tiene en las estanterías y de las que, dentro de diez años, habrá miles de ejemplares en las librerías de viejo.

—¿Ves alguno que te guste?

Minoo se fija en *El amante* y se pone colorada.

—Sí, este es muy bueno —responde pasando el dedo por el lomo de *El lobo estepario*.

Muy bueno. Le dan ganas de darse una torta. *Interesante, fascinante, fantástico*. Cualquier adjetivo habría sonado mejor. Pero Max se muestra agradablemente sorprendido.

—Es uno de mis favoritos —dice él.

—Y estos me gustaron muchísimo —continúa Minoo señalando con la esperanza de que no se note mucho su esfuerzo por impresionarlo.

Sí, bueno, se ha leído todos esos libros y le gustan. Pero también lee otras cosas. Fantasía y ciencia ficción. Y a Max eso le parecería inmaduro, ¿no?

—*El extranjero* y *Memorias del subsuelo* —dice Max al ver los libros que está señalando. Se ríe—. No te van mucho los libros alegres, ¿no?

—Los libros alegres me deprimen —responde, lo cual es completamente cierto. Pero al oír cómo suena, sonríe avergonzada—. Y no quería ser pretenciosa.

—Vale. No está mal —dice Max correspondiendo a su sonrisa—. Sobre todo para una chica de dieciséis años.

El comentario sobre la edad le escuece un poco, pero de todas formas se siente totalmente embriagada por tanta atención. Se sienta en el sofá de color negro. Max pone las tazas en la mesa y se acomoda a su lado. Solo los separa un metro. Podría extender el brazo y tocarlo. Por lo menos, si ella fuera otra persona, mucho más valiente y guapa. Por ejemplo, Vanessa.

—Qué casa más bonita —dice ella.

—Gracias.

Luego, él no dice nada más. Simplemente se la queda mirando con esos ojos entre verdes y caramelo. Minoo desvía la mirada hacia las tazas de té que humean en la mesa.

—¿Te gusta vivir aquí? —pregunta Minoo—. En Engelsfors, quiero decir.

—No.

Minoo ve que está sonriendo y no puede evitar sonreír ella también.

—¿Tanto trabajo te damos?

—No son los alumnos, sino los demás profesores. Quieren que todo sea como siempre. Al principio pensé que tal vez se irían abriendo a ciertos cambios. Pero ya casi ha pasado un semestre…

Minoo siempre había pensado que todos los profesores formaban un frente común. Que siempre estaban de acuerdo en todo.

Me habla como a un adulto, se dice.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunta.

—No lo sé. Por lo menos me quedaré hasta el verano y luego ya veremos.

Minoo alarga el brazo para coger la taza de té con la esperanza de tragarse el grito de «¡No te vayas!» que se le abre paso por la garganta. Al coger la taza salpica un poco de té ardiendo que le cae en la mano.

—Ten cuidado —dice Max cogiendo la taza.

Sus manos se rozan y Minoo se alegra de que sea él quien tiene la taza en ese momento, de lo contrario la habría derramado encima de los dos.

—Gracias —contesta en un susurro.

Max limpia la taza con una servilleta antes de devolvérsela. Minoo tiene los dedos húmedos y el asa de la taza se le resbala. Se la lleva despacio a los labios y da un sorbito del líquido caliente.

—¿Y tú? —pregunta él.

—¿Yo, qué?

Max se gira un poco para verla de frente. Pone el brazo en el respaldo del sofá. Si Minoo se acercara un poquito más, solo un poco, podría rodearla con el brazo, como cuando estuvieron sentados en la escalera. Podría acurrucarse junto a él, apoyar la cabeza en su pecho.

—Sospecho que Engelsfors y tú no combináis bien —dice él.

Minoo suelta una risita, una risa boba y un poco nerviosa, y deja la taza en la mesa. La mano le tiembla demasiado.

—Odio esta ciudad —dice ella.

—Lo entiendo —responde Max—. Es que tú no encajas aquí.

Debe de haber advertido su preocupación en la mirada, porque alarga la mano y la pone sobre la de ella.

—Era un cumplido —le dice con amabilidad.

Tiene la mano tan caliente y tan suave. Y no la retira.

—Yo me crie en un pueblucho de por aquí, exactamente igual que Engelsfors —explica Max—. Sé lo atrapado que uno puede sentirse. Lo solitario y claustrofóbico que es. Pero después, llegas a comprender que no hay nada de malo en el hecho de no encajar. Puede que incluso todo lo contrario.

—Rebecka encajaba —dice Minoo—. Bueno, quiero decir que nadie la consideraba una persona rara, pero sí era especial.

—Rebecka significaba mucho para ti —observa Max con dulzura.

Es como una posibilidad, como un modo de decir «podemos hablar si tú quieres».

—Y no lo era solo para mí —añade nerviosa—. O sea, todo el mundo la quería. Sobre todo Gustaf, claro, su novio. Hacían una pareja estupenda.

Minoo consigue dejar de hablar y se echa hacia atrás nerviosa en el sofá. La mano de Max sigue sobre la suya. Minoo se pregunta si el reverso de la mano puede sudar. Dirige la vista hacia la mujer de la pared.

—¿Quién lo ha pintado? Me refiero al original.

Qué bien que he dejado claro que sé que es un póster y no un original, se dice.

Max retira la mano.

—Dante Gabriel Rossetti —responde con el tonillo de profesor—. Pertenecía a un movimiento artístico inglés, los prerrafaelitas. La modelo se llamaba Jane Morris. Era la musa de Rossetti. Aquí la ha retratado como Perséfone, que fue raptada por Hades, dios del inframundo. Se convirtió en la triste reina del dios de la muerte.

Minoo contempla la piel lechosa de la mujer y piensa que ella, en comparación, debe de parecer un monstruo.

—Es precioso —dice volviéndose hacia Max—. Ella es preciosa.

—¿Te acuerdas de la amiga de la que te hablé? ¿La que se suicidó? —pregunta Max con un hilo de voz.

Minoo asiente.

—Se llamaba Alice. Fue ella la que me enseñó este cuadro… Se parecía muchísimo a la modelo. Tanto que da grima. Siempre bromeaba diciendo que era la reencarnación de Jane Morris.

—Tú la querías, ¿verdad?

Minoo lo ha dicho sin pensar. Max la mira sorprendido, como si acabara de despertarlo.

—Sí —responde él—. La quería.

Minoo lo mira a los ojos.

—Eres una persona poco común, Minoo —observa Max—. Quisiera…

Se queda callado.

—¿Qué? —pregunta Minoo con apenas un susurro.

Se acerca un poco más a él, solo un milímetro, pero es como si se hubiera arrojado a un precipicio.

Es ahora o nunca.

Tiene que ocurrir, piensa. Por favor, ojalá que ocurra.

La mano de Max, que hacía un instante estaba en el respaldo del sofá, se desplaza lentamente hacia el hombro de Minoo y se detiene allí.

Es como si se hubieran convertido el uno en el reflejo del otro. Cuando él se le acerca, ella sigue su ejemplo, hasta que sus labios se rozan.

A Minoo siempre le ha preocupado hacer algo mal la primera vez que besara a alguien. Pero ahora es Max quien la está besando, y no es nada difícil. Es sencillo, es perfecto. Tiene los labios cálidos y suaves, y con cierto sabor a té. Las manos de Max van bajando por su espalda, llegan a la cintura y ella se acerca un poco más.

Entonces, él se detiene. Sus labios se separan y él se yergue en el sofá y aparta las manos.

Se lleva la mano a la frente y cierra los ojos con fuerza, como si le hubiera entrado un dolor de cabeza espantoso.

—Perdón —dice al fin—. Esto no está bien. Eres mi alumna… Y yo soy demasiado mayor para ti…

—No —lo interrumpe ella—. No lo entiendes. Puede que tenga dieciséis años, pero no me siento como si los tuviera. Con la gente de mi edad no puedo ni hablar siquiera.

—Comprendo cómo te sientes —responde Max—. Pero cuando seas un poco mayor entenderás lo joven que eres.

Le duele tanto, tanto que no se explica cómo puede seguir viva. Se levanta del sofá.

—Tengo que irme —dice.

Se precipita hacia la entrada, coge el anorak, se pone los zapatos y llega a trompicones a la puerta.

—Minoo —oye la voz de Max a su espalda.

Ella abre el picaporte y casi se cae al salir. Continúa y cruza la calle. Recorre tan deprisa como puede el mismo camino por donde llegó, sin volverse una sola vez.

No aminora el paso hasta llegar al Storvallsparken.

Las escasas farolas vierten manchas de luz en la densa oscuridad. Minoo se desploma en un banco.

Empieza a nevar, al principio solo unos copos, después cada vez más. Es la primera nevada del año.

Si me quedo aquí sentada sin moverme, la nieve no tardará en cubrirme por completo, se dice Minoo esperanzada. Y me derretiré para la primavera, más que muerta.

Un débil sonido lastimero llega flotando por el aire del parque. Minoo aguza el oído en la oscuridad. Resulta imposible señalar la procedencia del lamento. El viento silba entre los arbustos y las ramas despobladas de los árboles. Una sombra se desliza hasta el haz de luz de la farola.

Es *Gato*.

De repente, siente una simpatía inmensa por la pobre alimaña.

Los dos somos igual de miserables, se dice.

—Miso, miso —lo llama Minoo.

Gato se detiene y la mira. Luego se acerca deslizándose.

Fffffff, bufa el gato arqueando el lomo. Como si tuviera algo atascado en la garganta. *Fffffff*.

Minoo se alegra de no haberlo acariciado. ¿Quién sabe qué enfermedades puede tener?

Fffffff, insiste el gato.

Y, de repente, se da cuenta de lo que está haciendo el animal. Trata de expulsar una bola de pelo.

—Buenas noches, *Gato* —susurra y se levanta—. Y buena suerte.

Ffffffff, responde el animal y, un segundo después, se oye un tintineo y algo aterriza en el suelo, delante del gato. Un objeto pequeño que reluce bajo el resplandor de la farola.

Gato mira a Minoo como llamándola, y ella se acerca.

Allí mismo, en un charquito de vómito de gato mezclado con pelos, hay una llave.

Minoo vacila un buen rato antes de cogerla.

Como una especie de confirmación, *Gato* se frota contra las piernas de Minoo una vez, antes de desaparecer en la oscuridad.

34

LA mañana del lunes Minoo se levanta media hora antes de lo habitual.

El fin de semana se le antoja como un sueño largo y extraño. El fuego azul. Los seis elementos. El *Libro de los paradigmas, Gato* y la llave. Y Max. Sobre todo, Max.

Max la besó.

Eso es un hecho.

La besó y para él eso significó algo. Por mucho que dude de sí misma, pudo apreciarlo en su mirada.

Él quiere estar con ella. Le salta el corazón en el pecho cuando lo piensa. Max quiere estar con ella, y ella le hará comprender que está bien. No hay razón para luchar contra lo que sienten el uno por el otro.

Minoo se pone un top negro que se había comprado el año anterior, pero que no se había atrevido a usar. Es más entallado que los que suele llevar y tiene el escote un poco más bajo. En condiciones normales no se pone mucho maquillaje, salvo algo de corrector para tapar los granos, pero ahora coge el lápiz que apenas ha utilizado y se perfila con él los ojos. Se examina en el espejo y condena el resultado de inmediato. Le hace los ojos más pequeños.

Se quita toda la pintura y vuelve a empezar: se tapa los granos, se pone un poco de polvos en las ojeras para camuflar el cansancio y termina con un toque de rímel en las pestañas. Se tapa algunas rojeces que tiene debajo de la clavícula y la que tiene en el hombro. ¿Por qué conformarse con los granos de la cara cuando se pueden tener por todo el cuerpo?

Minoo deja la bolsa de maquillaje en la mesilla de noche y ve la llave. La ha lavado varias veces y la ha frotado con una solución de alcohol. Aun así, le cuesta tocarla.

Tiene una teoría sobre qué abre. Antes del fin de semana, Minoo se la habría enseñado enseguida a la directora. Pero ahora no piensa hacerlo, no después de lo que pasó en el parque. Adriana no se ha puesto en contacto con ella desde que se marchó, es obvio que ya no la considera una Elegida. Así que, ¿por qué habría de serle leal?

Se guarda la llave en el bolsillo y echa una última ojeada al espejo.

La verdad es que está más que pasable. Si entorna un poco los ojos, puede creerse incluso que es guapa.

Está nevando y una capa blanca de un centímetro de profundidad se ha extendido sobre el patio del instituto. Minoo llega temprano. Tan solo hay unas cuantas huellas solitarias que se dirigen hacia la entrada.

Al entrar en el edificio nota el olor intenso a detergente. Aún se ve el mensaje que alguien había garabateado en una de las paredes, aunque habían intentado limpiarlo.

IF U WANNA SAVE THE PLANET

KILL UR FUCKING SELF

Minoo no sabe si es el olor o el mensaje lo que le ha puesto tan mal cuerpo. Aparta la vista y continúa hacia la oficina de Nicolaus, al fondo del pasillo. Sus pasos resuenan solitarios. Los tubos fluorescentes del techo emiten un leve zumbido.

Se oye algo más. Un arrastrar a sus espaldas. Como de algo que se desliza pesadamente por el suelo.

Minoo se da la vuelta con rapidez.

El pasillo está desierto.

—¿Minoo? —se oye susurrar a alguien.

Ella se da la vuelta de nuevo. Nicolaus aparece en el umbral de la conserjería. Minoo echa una ojeada rápida por encima del hombro antes de entrar.

Nicolaus lleva un traje gris muy ajado. Todo él parece ajado y gris. Como si hubiera envejecido décadas desde que la directora lo descartó.

—Hola —dice Minoo—. Tengo que enseñarte una cosa.

—¿Ah, sí? —dice Nicolaus enarcando una ceja—. ¿Y *la mujer esa* te ha dado permiso?

—No —responde Minoo muy seria—. No le he dicho nada. Y no se lo diré si tú no quieres.

En la cara de Nicolaus se dibuja una sonrisita que cambia por una expresión más digna en cuanto se da cuenta.

—Bueno, pues enséñamela.

Gato aparece sigilosamente, se planta de un salto encima de la mesa y se sienta.

Minoo lo mira de reojo. *Gato* está observando la oficina y Minoo tiene la sensación de que trata de hacerse el indiferente. Saca la llave del bolsillo y se la pasa a Nicolaus, que le da vueltas y más vueltas mientras ella le cuenta de dónde ha salido.

—Vamos a ver, ¿quieres decir que ese animal infame ha vomitado este objeto? —pregunta Nicolaus con una expresión casi de orgullo, como si *Gato* fuera su hijo y hubiera hecho algo fantástico.

Gato suelta un maullido y se frota contra la mano de Nicolaus, que le da unas palmaditas distraídas en la cabeza, un poco demasiado fuertes, piensa Minoo. Pero *Gato* parece satisfecho. Cierra a medias su único ojo y empieza a ronronear.

—Creo que sé adónde conduce —dice Minoo—. Mis padres tienen una caja fuerte con objetos de valor. Fui a compararla y esta llave es igual que la suya. Se me ocurrió porque vi a *Gato* delante de la puerta del banco de Storvallstorget el día que murió Rebecka. Sospecho que en ese banco hay una caja fuerte a tu nombre y que esta es la llave.

—¿Por qué a mi nombre?

—Es lo único que me parece lógico. La primera vez que *Gato* apareció fue contigo, ¿no?

—Sí, eso es verdad —responde Nicolaus meditabundo—. Debo reconocer que he empezado a sentir cierto afecto por esa bestia plagada de pulgas.

Gato emite un maullido de aprobación.

—Tienes razón —afirma Nicolaus—. Debería ir al banco a preguntar.

—Bien —dice Minoo.

—Solo tengo una duda —confiesa Nicolaus—. ¿Qué es una caja fuerte?

Minoo se muerde el labio.

—Voy contigo —dice Minoo.

—No te lo permitiré. No pueden vernos juntos. Las fuerzas del mal…

—Vale, vale —lo interrumpe Minoo—. Pero no sabemos lo que hay en la caja. No deberías ir solo.

—Precisamente por eso *debo* ir solo. No pienso exponer a nadie a ningún peligro —dice Nicolaus.

Minoo deja escapar un suspiro. No puede permitir que Nicolaus vaya solo. Todavía no saben nada de *Gato* y de lo que pretende en realidad.

Comprende que debe pedir ayuda a Vanessa, a pesar de que no tiene la menor gana de ver a ninguna de las demás Elegidas después de aquella salida suya tan vergonzosa del parque.

Cuando se va de la oficina de Nicolaus, los alumnos han empezado a llenar los pasillos.

Minoo ve a Linnéa, que está hablando con una chica con el pelo azul. Por suerte no ve a Minoo mientras esta coge los libros de su taquilla y se pierde por el pasillo.

Minoo está a punto de subir las escaleras cuando oye que Gustaf la llama.

Se da la vuelta. Allí está él, con su grueso anorak y las mejillas rosadas por el frío.

—Hola —saluda Gustaf.

—Hola —responde Minoo.

Minoo nota que la gente que sube apresurada la escalera los mira. ¿Qué iba a tener que decirle Gustaf Åhlander a alguien como Minoo? Después de la muerte de Rebecka y de la entrevista en el periódico de la tarde es más popular que nunca. Naturalmente, tiene a su alrededor un enjambre de chicas deseosas de consolarlo.

Gustaf se quita el gorro y se lo guarda en el bolsillo del anorak.

—Solo quería darte las gracias —dice.

—¿Por qué?

—Por escucharme en la iglesia. Y por decirme que hablara con los padres de Rebecka. Si no, no me habría atrevido nunca. Me sentí como…, bueno, que si tú pudiste comprenderme, quizá ellos también pudieran.

Minoo se da cuenta de que tiene los ojos empañados.

—¿Qué te dijeron? —pregunta.

—Se alegraron de que fuera a verlos y no estaban enfadados conmigo. Lo entendían. Los periódicos también los habían acosado a ellos. La madre de Rebecka también se arrepiente de haber hablado con Cissi. Fue… bonito. Estuvimos llorando juntos.

Minoo comprende ahora perfectamente lo que Rebecka vio en Gustaf. Es una persona increíblemente abierta. Minoo se pregunta cómo ha podido convertirse en un ser así en una ciudad donde, a poco que un chico exprese mínimamente sus sentimientos, se lo tilda de maricón, lo que significa la muerte social.

—Qué bien —dice—. Quiero decir que me alegro de que fuera bien.

Gustaf asiente. Luego le da un abrazo. De repente Minoo piensa que le gustaría conocerlo mejor. Se termina el abrazo y Gustaf desaparece por el pasillo.

Ella se da la vuelta y está a punto de subir la escalera cuando ve a Max en el rellano superior con una taza de café en la mano. Sonríe a Minoo y continúa hacia el aula.

Minoo se queda inmóvil.

No había en aquella sonrisa el menor rastro de calidez ni el menor indicio de que compartan un secreto. No era más que la sonrisa del profesor a un alumno. A un alumno cualquiera.

Anna-Karin se baja del autobús y empieza a caminar hacia su casa.

Ha dejado de nevar y un manto blanco se extiende sobre el paisaje. No ha tenido fuerzas para quedarse en el instituto después del almuerzo, así que, por una vez, aún es de día cuando vuelve. Para Anna-Karin eso es lo peor de esta época del año: es de noche cuando va al instituto, y es de noche cuando vuelve a casa.

El abuelo está delante del cobertizo hablando con el padre de Jari, que ha estado en la finca arreglando el tejado de la cabaña del abuelo. Resulta difícil pensar que Jari y su padre sean familia. El padre es bajito y ancho de espaldas, casi como un cubo.

Anna-Karin aguarda un poco apartada hasta que el hombre se sienta al volante de su furgoneta y se marcha, y ella se queda sola con el abuelo.

—Hombre, hola —le dice al verla.

—Hola —saluda Anna-Karin acercándosele.

El hombre levanta la vista al cielo.

—Si estuviéramos en verano, pensaría que se avecina una tormenta —dice.

Anna-Karin sigue la mirada del abuelo. El cielo es como una nada interminable, de un gris blancuzco homogéneo, sin fin.

—¿Qué quieres decir?

—¿No notas que el aire está cargado de electricidad? —pregunta el abuelo—. Desde luego, se avecina algún tipo de precipitación, de eso puedes estar segura.

El abuelo gira la cabeza y la mira fijamente.

—¿No lo notas?

Ella niega en silencio. En realidad, Anna-Karin nunca ha reflexionado demasiado sobre el hecho de que el abuelo es como un barómetro viviente. Y no solo sabe interpretar el tiempo. Siempre tiene una idea clara de cómo se encuentran los animales de la finca. Es como si se lo contaran en una especie de lengua misteriosa y sin palabras. Y en la comarca ya ha ayudado a varias personas a encontrar agua con su varilla. El abuelo no le da mucha importancia a esas cosas. Sencillamente lo hace. Pero en esta ocasión parece desconcertado por lo que le cuenta la naturaleza.

—Nunca he visto nada igual, de eso puedes estar segura —murmura entre dientes, gira la cabeza y escupe en la nieve. Luego trata de esbozar una sonrisa—. Puede que esté empezando a chochear.

—Déjalo ya, abuelo —dice Anna-Karin. No soporta que el abuelo diga esas cosas.

Tiene un destello de lejanía en la mirada.

—Te digo que casi prefiero que sean figuraciones de un viejo —insiste—. Me despierto por las noches porque oigo susurros entre los árboles y, cada mañana, cuando miro por la ventana, tengo la sensación de que el bosque se ha espesado cercándonos un poco más. Como si los árboles se estuvieran reuniendo.

—¿Para qué? —pregunta Anna-Karin.

Él la mira. Se diría que los separa una distancia inaudita. Se diría que estuvieran cada uno en una orilla y que el abuelo intentara averiguar cómo cruzar hasta aquella en la que se encuentra Anna-Karin.

—Bonita mía —comienza el abuelo y luego vacila.

Todo aquello que no se han dicho se interpone entre los dos. Y son tantas cosas… Un mar de silencio que lleva existiendo toda su vida.

—Ya sé que no se me da muy bien hablar de… ciertos temas —continúa el abuelo—. Pero a los hombres de mi época no se nos enseñaban esas cosas. De todos modos, espero que sepas que yo… Que yo te quiero.

Anna-Karin se siente avergonzada. Tiene deseos de decir que ella también lo quiere, pero no puede articular palabra.

—Y te querré sin importarme los errores que cometas. Aunque hicieras algo malo yo te seguiría queriendo, y si alguien quisiera hacerte daño, te defendería hasta la última gota de sangre.

Anna-Karin asiente y nota el calor en las mejillas.

—Quiero decir que yo siempre estaré de tu parte, aunque no comprenda de qué se trata. Y bien saben los dioses que hay muchas cosas que no comprendo. Son tiempos muy extraños.

Y en ese momento Anna-Karin podría contárselo todo.

Si supieras cuánta gente ha querido hacerme daño durante todo este tiempo, querría

decirle Anna-Karin. Si supieras lo que me está ocurriendo ahora.

Es mi deber informarte de que el Consejo ha iniciado una investigación.

Las palabras de la directora le resuenan en la cabeza. No quiere ni imaginarse los castigos que un consejo de brujas puede imponerle a nadie.

Una bandada de chovas alza el vuelo desde el bosque que se extiende en la linde opuesta del prado. Sobrevuelan el aire describiendo círculos, profiriendo quejidos airados, como si algo las hubiese asustado. Anna-Karin puede oír el batir de las alas desde donde está. Se reúnen arracimadas bajo el cielo blanco, antes de proseguir el vuelo hacia las copas de los árboles.

El abuelo susurra algo en finés con la mirada fija en la dirección de las aves.

Anna-Karin lo mira. Él la mira a ella. Y los dos saben que ha pasado el momento. Ese mar sigue extendiéndose entre los dos, imposible de vadear.

35

VANESSA está en el vestíbulo del banco, apoyada en una mesa alta. Está llena de pequeños expositores con folletos publicitarios que le preguntan con entusiasmo si no ha pensado en agenciarse una nueva tarjeta de crédito o por qué no pedir dinero prestado para una nueva cortacésped o, directamente, para la casa de sus sueños.

Le ha prometido a Minoo ir con Nicolaus al banco sin que él lo sepa. Es tan terco que se niega a aceptar la ayuda que a todas luces necesita. Así que le ha tocado la tarea de hacerse invisible y vigilarlo.

¿Y se supone que él es nuestro guía?, se pregunta Vanessa observando a Nicolaus que aguarda su turno con el número en la mano.

Lleva un viejo abrigo muy grueso que parece comprado en una tienda de segunda mano.

Pero tiene que reconocer que es muy emocionante. Será la primera en saber lo que hay en la misteriosa caja fuerte. Y además le gusta la sensación de actuar a espaldas de la directora. Tuvieron clase con ella el domingo también y no fue en absoluto más entretenida que las clases del instituto. Podría pensarse que las clases de magia serían algo más apasionantes, pero se dedicaron a observar con la lupa el *Libro de los paradigmas*. Y eso solo les dio dolor de cabeza. A Vanessa le recordaba esos dibujos de puntos en los que se supone que se ven figuras en tres dimensiones. A ella tampoco le han funcionado nunca.

Vanessa observa al personal del banco, que escribe en silencio en sus ordenadores, o que habla con los clientes en voz baja para infundir confianza. Todos los que trabajan allí van pulcros y bien vestidos. Y sus pies emiten como un susurro al andar sobre la moqueta. Vanessa trata de imaginarse cómo será tener un trabajo así y le parece aburridísimo.

Lo cierto es que su madre salía con un tío que trabajaba allí. Tobías. Era tan soso como autosuficiente. Luego conoció a una joven rica de Gotemburgo y dejó a su madre en el acto, y Vanessa tuvo que consolarla y esconderle el vino de cartón.

En una ocasión en que su madre se había pasado la comida sorbiéndose la nariz, Vanessa se dio cuenta de que no podía seguir compadeciéndola por más tiempo, así que le dijo a gritos que por qué no conocía de una vez a un tío que la hiciera feliz. Su madre se la quedó mirando con los ojos enrojecidos y le dijo entre sollozos que no la entendía. «El amor duele», le dijo. «De lo contrario no es amor verdadero.»

Vanessa se niega a creer que eso sea verdad. De ser así, no tendría ningún sentido estar con alguien. Y podríamos dedicarnos a ir follando por ahí sin hacernos cargo de fregarle los platos a otro ni de lamentarnos de que no nos entienden.

Debe de ser esa la razón por la que no quiere que yo esté con Wille, piensa Vanessa. Siente envidia de que seamos tan felices.

La rabia la inunda una vez más al pensar en su madre. Siguen sin hablarse. Su madre ni siquiera le ha dejado un mensaje airado en el móvil. Está segura de que ha sido Nicke quien le ha dicho que es mejor que no la llame. Casi puede oírle decir que Vanessa tiene que «saborear las consecuencias de su forma de actuar».

Ella tampoco piensa llamar. No está dispuesta a permitir que ganen. El único al que echa de menos es a Melvin, al que dejó llorando cuando se marchó.

Se oye un pitido cuando el nuevo número de la cola aparece en la pantalla. Nicolaus mira a su alrededor un tanto desorientado. Parece que es su turno, pero es obvio que no sabe adónde dirigirse. Como si el número que parpadea acuciante encima de la única caja libre no fuese una

pista. Examina el papelito, quizá creyendo que encontrará ahí la respuesta, y Vanessa deja escapar un suspiro. Debe reprimir el impulso de acercársele y darle un empujón en la dirección adecuada.

En la caja libre hay una chica de larga melena negra. Es guapa y lo sabe. A diferencia de los demás zombis del banco, ella parece tener capacidad de irritarse y, en opinión de Vanessa, eso la honra. Está haciéndole señales a Nicolaus con gesto impaciente.

—Es el número uno —dice Nicolaus ya delante de la ventanilla.

—¿Perdón?

—La caja fuerte que se abre con esta llave. Es el número uno. Me informaron de ello cuando telefoneé esta mañana.

—¿Quiere decir que tiene una caja fuerte aquí? —pregunta la joven.

—Eso me han dicho.

Ella le sonríe con una expresión profesional, ni un milímetro más de lo necesario, mientras Nicolaus firma unos documentos.

—Es por aquí.

Nicolaus bordea el mostrador y Vanessa lo sigue. Espera no dejar huellas de nieve con los zapatos.

Recorren un pasillo que desemboca en unas rejas de seguridad de acero; la de la melena negra las abre con una llave.

—Solo hay que bajar una planta —dice—. Tengo que cerrar con llave mientras esté usted dentro.

Nicolaus parece aterrado.

—Llame por teléfono cuando haya terminado —dice.

Nicolaus asiente y empieza a bajar la escalera con pasos sigilosos. Vanessa tiene el tiempo justo de colarse detrás de él antes de que la empleada del banco cierre las rejas con un golpe tan fuerte que resuena el tintineo del metal.

Las paredes de la cámara están cubiertas de cajas metálicas rectangulares y numeradas de color gris oscuro mate. Vanessa se pregunta cuánto dinero, joyas y sucios secretos se esconden en aquellos cubos. Testamentos que desvelan la existencia de hermanos desconocidos y de hijos ilegítimos. Fotos de escenas de sexo y cartas de amor.

Allí abajo reina un silencio absoluto. En el centro de la habitación hay una mesa y una silla.

Nicolaus recorre las portezuelas con la vista. En una esquina de la fila superior está la caja número uno. Se acerca con expresión resuelta y la abre.

Vanessa retrocede cuando él se acerca con la caja y la pone encima de la mesa. Al ver el cubo reluciente de metal se pone un poco nerviosa. Nicolaus da un paso atrás y se lo queda mirando. Es evidente que él también tiene miedo de lo que pueda contener la caja. En el mundo en el que Vanessa vive en estos momentos podría muy bien tratarse de un gran agujero negro que engullese todo el universo y lo volviera del revés. O un pequeño unicornio malvado que escupiese un ácido corrosivo.

Nicolaus extiende la mano para abrir la caja pero se detiene a medio camino. Se da la vuelta muy despacio y mira a su alrededor.

—¿Vanessa?

Ella contiene la respiración.

—Sé que estás aquí.

Vanessa no se atreve a hacerse visible puesto que tiene que haber cámaras de vigilancia

allí dentro. Pero da un paso atrás y roza el abrigo de Nicolaus para confirmarle su presencia.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta.

—No lo sabía —responde—. Lo he adivinado. Hubo algo en el comportamiento de la señorita Minoo que me llevó a sospecharlo.

—Tenía miedo de que hubiera algo peligroso en la caja —susurra Vanessa.

—Y si es así, ¿cómo vas a ayudarme tú?

—Por lo menos somos dos. Y a mí no me ve nadie.

—El mal ve más de lo que creemos —susurra Nicolaus—. Tienes que salir de aquí.

—De todas formas no puedo salir. Estamos encerrados, así que ya puedes ir abriendo la caja, a ver si acabamos cuanto antes.

—¡Pues, por Dios bendito, por lo menos retírate unos pasos!

—Ya me había apartado.

Nicolaus asiente y respira hondo, como si fuera a sumergirse en el agua. Alarga la mano hacia la caja pero vuelve a detenerse.

—¿Qué pasa? —pregunta Vanessa.

—Me llena de espanto pensar en lo que habrá ahí dentro —dice.

—No eres el único.

—Tú no lo entiendes. Desde que me despertaron voy vagando por una especie de niebla. Y puede que haya llegado el momento de que se disipe. Temo las respuestas que pueda encontrar. Si es que encuentro alguna.

De repente Vanessa siente por Nicolaus una compasión inmensa. Debe de ser horrible vivir siempre como él, en la oscuridad. Aun así se ha mantenido fiel y al lado de todas ellas. Siempre ha intentado ayudarles a encontrar respuestas. A diferencia de la directora, que ya las tiene pero no las comparte.

—Puedo abrirla yo —sugiere Vanessa.

—No —dice Nicolaus respirando hondo una vez más—. Es mi destino.

—Como quieras —responde Vanessa acercándose un poco más.

Nicolaus abre la caja.

Contiene un libro negro con dos círculos perforados en la portada. Y, al lado, la consabida lupa de plata.

—El *Libro de los paradigmas* —dice Vanessa—. Y un localizador de paradigmas. Como los que utilizan las brujas.

Nicolaus saca el libro.

Debajo hay un sobre blanco. En la parte delantera se lee escrito en caracteres antiguos y sinuosos:

«A la atención de Nicolaus Elingius.»

El conserje mira de reojo hacia el punto en el que cree que se encuentra Vanessa. Se equivoca en un metro más o menos. Luego le da la vuelta al sobre. Tiene un sello lacrado en rojo. Nicolaus lo rompe despacio, abre el sobre y saca una cuartilla de papel fino. Vanessa lee por encima de su hombro.

Me dispongo a escribir estas líneas cuando llevo cinco semanas en Engelsfors. Cinco semanas de clarividencia. En cuanto regresé se retiró el velo de mis ojos y recordé mi objetivo y mi meta. Aun así me atormenta el presentimiento de que ese estado no perdurará.

Mi primera intención era escribir un informe completo de mi historia y de lo que le espera a este lugar maldito. Pero caí en la cuenta de que la carta, ¡Dios no lo quiera!, corre el

riesgo de acabar en las manos equivocadas. Ese riesgo me impulsa a elegir mis palabras con cuidado. No me atrevo a desvelar tanto como habría deseado.

Aunque el yo que lee esta carta ha vuelto a sumirse en las brumas, cuento al menos con algo de ayuda. Si puedo leer esto en un futuro ignoto, será porque mi fiel *familiaris* me ha conducido hasta aquí.

Ten consuelo, mi yo perdido. Volverá la clarividencia. La cruz de plata os protegerá a ti y a los Elegidos. Teniéndola cerca estáis tan seguros como en el lugar sagrado.

Como una última guía me doy aquí esta máxima, cuyo significado profundo he tratado de grabarme en la memoria:

MEMENTO MORI.

Minoo lee otra vez los últimos renglones antes de dejar la carta en la mesa de Nicolaus. La cruz de plata que cuelga en la pared frente a ella debe de ser la misma a la que alude la carta. Hacía tan solo unos minutos la consideraba un objeto extraño. Ahora, de repente, ha adquirido un aura de misterio.

Nicolaus tiene el *Libro de los paradigmas* abierto y está ajustando el localizador. El gato ronronea a sus pies.

Naturalmente, *Gato* es el *familiaris* de Nicolaus. Minoo no se explica cómo se le escapó ese detalle cuando la directora les contó lo de las brujas y su capacidad de vincularse con animales.

Brujas.

Como Nicolaus.

Coge la carta, la lee otra vez e intenta comprender.

Hasta Nicolaus es un brujo. Todos menos ella son brujos a aquellas alturas.

Vanessa sale de la cocina y da un salto cuando *Gato* trata de frotarse contra su pantorrilla.

—¿No podrías haber elegido a un *familiaris* con mejor pinta? —pregunta.

—*Memento mori* —murmura Nicolaus—. «Recuerda que vas a morir.» Si por lo menos recordara por qué puse esa frase…

—Pero te has acordado de que escribiste la carta —dice Minoo tratando de alentarlo—. Así que al final lo recordarás, ¿no? Y también recuperarás los poderes.

—Espero por Dios que tengas razón —exclama sin dejar de ajustar el localizador—. ¿Cómo funcionaba esto?

—Como una radio —responde Vanessa—. Más o menos.

—Al menos, ahora tenemos conocimiento de un dato importante —añade Minoo señalando la cruz—. Kärrgruvan no es el único lugar seguro donde reunirnos.

—Qué alivio —dice Vanessa poniéndose el anorak que había dejado en el suelo—. Un sitio donde no hay cuarto de baño es un asco. Y aquí podemos vernos sin que se entere la bruja mayor.

Vanessa se sube la cremallera del anorak, con la clara intención de irse. Minoo tiene la impresión de que va demasiado deprisa. Ahora todo es diferente, y necesitan sentarse a reflexionar sobre lo que eso implica.

—¿No creéis que deberíamos contárselo a la directora? Esto significa que tú también eres brujo, Nicolaus. Ahora tiene que aceptarte, ¿verdad?

—Ojalá sea así, ojalá que no sea amiga de los demonios —dice Nicolaus—. Pero tengo la sensación de que no podemos confiar en ella ni en lo que llama el Consejo.

—Por mí, bien —acepta Vanessa encogiéndose de hombros.

—¿Y las demás? —pregunta Minoo.

—Yo se lo cuento a Linnéa —dice Vanessa—. Y tú díselo a Anna-Karin.

—¿Y la señorita Ida? —pregunta Nicolaus.

Vanessa y Minoo intercambian una mirada. No les parece correcto excluir a Ida. Va contra todo lo que decía Rebecka, aquello a lo que Minoo ha intentado mantenerse fiel: que tienen que trabajar todas juntas. Pero ¿de verdad pueden confiar en Ida?

—No —contesta Minoo—. A ella no le diremos nada.

—Estoy de acuerdo —dice Vanessa.

—Ella también es una de los Elegidos —objeta Nicolaus.

—En cuanto sepamos un poco más se lo contamos —dice Minoo—. Lo prometemos.

Nicolaus la mira escéptico.

—No podemos estar seguros de que no le vaya con el cuento a la directora —dice.

La cosa funciona. Nicolaus parece contrariado, pero al final asiente.

36

LAS puertas del comedor se abren ante Anna-Karin. Dentro está oscuro, tanto que solo puede intuir el perfil de la gente que llena la sala.

No quiere estar allí. Nunca pidió que la eligieran. Pero ya no puede seguir controlando la admiración de los demás. Se ha extendido a personas en las que ni siquiera había *intentado* influir. Sencillamente se han dejado llevar por el hecho de que *a otros* parece gustarles Anna-Karin. Y este es el resultado.

La corona de santa Lucía le pesa sobre la cabeza. Unas gotas de cera aterrizan sobre el pañuelo que le protege la melena.

—Y uno… y dos… y un, dos, tres, ¡cuatro!

Es Kerstin Stålnacke, la profesora de música y de teatro, la que cuenta con entusiasmo. Agita los brazos con tal ímpetu que la túnica de rojo navideño ondea como una sábana puesta a secar. Tiene el pelo teñido de henna, encrespado por la coronilla. A la de cuatro, el séquito de santa Lucía empieza a cantar detrás de Anna-Karin.

Camina lenta la noche / por granjas y cabañas…

Anna-Karin simplemente hace la mímica de aquellas palabras tan familiares como incomprensibles mientras se adentra despacio en la oscuridad.

Las velas vierten un cálido resplandor por dondequiera que va. Los rostros se van revelando en la oscuridad. Ahí está Vanessa, que parte una galleta de pimienta en forma de corazón y se le rompe en tres pedazos. Y ahí está Minoo, que mira a Anna-Karin muy seria. Kevin se balancea en la silla tamborileando con los dedos en la mesa. Felicia y Julia sonríen como miembros devotos que son de la secta de Anna-Karin. Fueron ellas quienes la inscribieron para la elección de santa Lucía.

Tiene la sensación de que el cántico no va a terminar nunca.

En la noche inmensa y callada / ahora se oye un susurro / en el silencio del hogar / como de olas un arullo.

Las gotas de cera siguen aterrizando en el pañuelo de Anna-Karin mientras ella cruza el comedor a oscuras. Huele a vino caliente sin alcohol y a cuerpos sudorosos, y cuando se acerca al extremo de la sala, donde han quitado las mesas y las sillas para dejar espacio al séquito, nota el olor a café de una de las mesas de los profesores.

Cuando Anna-Karin se coloca en el centro, en la parte delantera de la habitación, y el séquito ocupa sus puestos formando un semicírculo detrás de ella, siente cómo la taladra la mirada de la directora. Anna-Karin empieza a sudar con el calor de las velas. Una película de humedad le cubre la cara y las palmas de las manos, que ha juntado en la obligatoria pose de santa Lucía. Al lado de la directora está Max, que le sonríe alentador. Al otro lado se encuentra Petter Backman, el profesor de dibujo, famoso por rodear con el brazo a sus alumnas en cuanto tiene ocasión, que pasea la mirada por Anna-Karin con ansiedad.

Por fin terminan los cánticos. Ida, que es dama de Anna-Karin y está a su derecha, exagera un poco el tono de voz en la última «Lucíaaaa» y se impone a todos los demás. Se nota claramente que lo que a Ida le gustaría en realidad es cantar en solitario y soltarse la melena aullando de lo lindo. Ida fue la Lucía del colegio durante toda la etapa superior. Anna-Karin solo espera que Ida consiga dominar la tentación de prenderle fuego a su pelo con una de las velas. Le inspira cierta tranquilidad que el subdirector, Tommy Ekberg, ande por allí con el extintor.

Las canciones navideñas se van sucediendo y Anna-Karin sigue moviendo los labios

solamente. Kerstin Stålnacke mueve los brazos como si acabara de pisar un avispero.

Entonces Anna-Karin ve a Jari, que camina pegado a la pared hasta que se queda a unos metros de ella. Está solo. Y únicamente tiene ojos para Anna-Karin. De repente ella sonríe con total sinceridad. Y cuando él le devuelve la sonrisa, es como si titilara y reluciera con más intensidad que ninguna de las velas que brillan en el comedor. Se siente serena. Pronto habrá pasado todo.

Vamos, duendecillos, brindad y pasadlo bien…

Anna-Karin mira a Jari a los ojos.

Aquí vivimos, muy poco tiempo / con gran trabajo y sufrimiento…

Anna-Karin oye que Ida toma impulso para la última estrofa.

«*Vaaaaa…*»

La voz de Ida se convierte en un grito afilado.

«*…aaa…*»

Se hace un silencio absoluto en la sala. La directora se inclina como si fuera a levantarse. Junto a Anna-Karin se oye un golpetazo, y ella se vuelve tan rápido que se le cae la corona de velas. Se estrella contra el suelo y algunas de las velas salen rodando. Las damas, los pajes y los duendecillos dan un salto y se apartan de las llamas, y Anna-Karin ve con el rabillo del ojo que Tommy Ekberg se apresura con el extintor.

Ida está de rodillas. Parpadea sin cesar y tiene los ojos en blanco.

Mueve los labios y Anna-Karin cree que está diciendo su nombre y se agacha para oírla mejor.

Ida reacciona rápida como una cobra. Alarga el brazo con rapidez y agarra a Anna-Karin por la muñeca.

Un rayo de luz blanca la ciega en el acto.

Anna-Karin ve un cielo azul. Y el borde de un tejado. El tejado del instituto. Está allí tumbada y se siente exhausta, terriblemente cansada. Un viento acerado le golpea la cara. Le duele y le da vueltas la cabeza. Y quiere estar con Gustaf.

Gustaf. Tiene tanto amor que darle, solo para él. Se abre paso incluso a través del dolor espantoso que le aporrea el cráneo.

Anna-Karin comprende que ya no se encuentra en su propio cuerpo. Está dentro de Rebecka. Como si fuera un parásito diminuto que observara el mundo a través de sus ojos. No puede oír sus pensamientos, pero cualquier sentimiento o impresión la traspasan como si fueran suyos.

La sensación se convierte en la añoranza de otra persona. Minoo. La única que puede ayudarle. Tantea buscando el móvil hasta que lo encuentra.

Oye unos pasos que se acercan hacia la puerta abierta que tiene detrás.

Rebecka y Anna-Karin se vuelven al mismo tiempo, en un movimiento único, en un único cuerpo.

Y ahí está él. Anna-Karin nota el desconcierto de Rebecka.

—Hola —dice—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Gustaf no responde. Se acerca pero sin mirarla a los ojos. Rebecka apenas lo reconoce. No comprende nada.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Un instante después Gustaf se inclina y le ayuda a ponerse de pie. Pero no la suelta, sino

que empieza a arrastrarla por el tejado.

—Gustaf, para… ¿Qué haces? Suéltame…

Tiene la voz muy débil. No le quedan fuerzas para gritar y el dolor que le retumba en la cabeza se lo impide más aún. Gustaf la arrastra inexpresivo hacia el borde del tejado, como si quisiera acabar cuanto antes. Rebecka trata de oponer resistencia, pero no tiene dónde apoyar los pies.

—Gustaf, para… Por favor, ¡para!

Gustaf le da la vuelta para que quede con la espalda de cara al patio, que está allá abajo. La ropa le aletea al viento. Rebecka y Anna-Karin están paralizadas por el miedo.

Anna-Karin trata de cerrar los ojos pero no puede mientras Rebecka no aparte la vista de su novio. Sigue sin poder creer lo que está sucediendo.

—Mírame —ruega Rebecka.

Gustaf la mira a los ojos. Durante unos segundos de espantoso silencio, Anna-Karin mira en el fondo frío de aquellos ojos azules. El empujón en el pecho la pilla totalmente desprevenida y cae. Se le quedan los brazos en cruz, araña con los dedos el vacío del aire en busca de algo a lo que agarrarse y luego…

Anna-Karin oye el estallido inexplicable cuando el cuerpo de Rebecka se estrella contra el suelo. Pero no siente nada. La cabeza yace extrañamente aplastada contra el suelo. No comprende cómo puede seguir con vida. Trata de respirar, pero por sus pulmones asciende un sonido húmedo y burbujeante, y se le llena la boca de sangre.

De repente es consciente de algo desconocido. Rebecka reconoce la presencia.

«Pronto habrá pasado todo», dice una voz extraña.

Y entonces siente el dolor, un dolor que no puede compararse con nada de lo que Anna-Karin haya podido sentir en toda su atormentada existencia. Es como una luz radiactiva y cegadora que calcina cada idea, cada sentimiento, cada recuerdo que es Rebecka: todo lo que fue.

Y luego: ceniza. Vacío. Una porción de cielo azul allá en lo alto. Una porción de cielo azul que poco a poco se convierte en oscuridad. Un hilo de tinta negra discurre lentamente y lo cubre todo hasta que solo queda la voz: «Perdóname».

Anna-Karin abre los ojos y se encuentra con los de Ida. Ve reflejado en ellos su propio pánico. Se da cuenta de que han vivido la misma experiencia. Ida le suelta la mano y retrocede apartándose de ella.

Anna-Karin mira a su alrededor. Se encuentra con cientos de pares de ojos. Por el suelo rueda aún una de las velas apagadas de la corona. Tommy Ekberg sigue acercándose a ellas con el extintor.

Aquí, en la realidad, el tiempo no ha pasado en absoluto.

37

TITILAN las estrellas en el cielo negro. Las ramas de los abetos están vencidas por la nieve.

Todo se ve apacible, como extraído de un poema navideño, piensa Minoo. Si no fuera por el fuego azul, que arroja un resplandor tenebroso y vacilante sobre sus caras. Si no fuera por lo que Anna-Karin e Ida acaban de contarles.

Gustaf mató a Rebecka y, por tanto, debió matar también a Elías. Gustaf es el mal al que deben detener.

—Pues yo no lo entiendo —dice Vanessa—. ¿Cómo pudisteis verlo?

Anna-Karin, que estaba sentada en el suelo un poco inclinada intentando despegarse bolitas de cera del pelo, mira a Ida y a la directora. Están esperando una respuesta. La acosadora y su víctima llevan sentadas la una al lado de la otra desde que llegaron.

—Solemos hablar de pasado, presente y futuro —dice la directora—. Pero la visión lineal del tiempo con un principio y un final es falsa. La verdad es que el tiempo es cíclico, un círculo sin principio ni fin.

Minoo mira de reojo a las demás. Vanessa escucha boquiabierta mientras habla la directora.

—Las brujas sensibles cuyo elemento es el metal pueden percibir sucesos de otras partes del círculo del tiempo, sucesos que según la perspectiva actual podrían catalogarse como «ya acontecidos» o como «futuros».

—Pues a mí eso me da igual —suelta Ida mirando a la directora con rencor—. ¿Qué puedo hacer para que no vuelva a ocurrir? Vamos, que no tengo ninguna gana de sufrir ataques epilépticos delante de todo el instituto.

—No puedes hacer nada —responde la directora—. En cambio, sí puedes aprender a reconocer las señales y así saber cuándo estás a punto de tener una visión. Trata de encontrar un lugar tranquilo y apartado si empiezas a notar sequedad de boca, una sensación intensa de irrealidad, vértigo o…

—No volverá a ocurrir —dice Ida casi como para sí misma—. No pienso permitirlo.

—Tus visiones parecen ser de naturaleza empática —continúa la directora.

Linnéa resopla y Minoo tiene que ahogar una risita. Jamás pensó que «Ida» y «empatía» pudieran figurar en la misma frase, por lo menos no sin la palabra «carece» de por medio.

—Tienes esas visiones a través de los ojos de otra persona y sientes lo que ella sienta —continúa la directora reprendiendo a Linnéa con la mirada.

—Pero ¿por qué he podido yo tener la misma experiencia si era Ida la que estaba teniendo esa visión? —pregunta Anna-Karin retirándose un pegote enorme de cera blanca. Junto con él se arranca unos cuantos pelos y hace una mueca de dolor.

—Estáis vinculadas —responde la directora.

A Minoo le parece que suena como una gurú de autoayuda delirante.

—Pues yo no creo que sea Gustaf —comenta Ida de repente.

Todas se quedan mirándola.

—No te entiendo —dice la directora.

—Gustaf no mataría a nadie. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Puede haber muchas razones… —comienza la directora.

—Vosotras no conocéis a Ge tan bien como yo —la interrumpe Ida.

—Que lo hayas bautizado con ese apodo tan ridículo no significa que seáis íntimos —dice Vanessa.

—¡¿De verdad creéis que Ge iba a matar a Rebecka, a su novia?! —exclama Ida.

—Los tíos matan a sus novias en todas partes y todo el tiempo —dice Linnéa, fría como el hielo.

—Yo tampoco estoy tan segura de que haya sido Gustaf —dice Anna-Karin—. Resulta difícil de explicar. Era él, pero no era él.

Que Ida y Anna-Karin estén de acuerdo en algo les parece tan chocante que se quedan calladas un buen rato.

—Pues yo creo que deberíamos encargarnos de él inmediatamente —dice Linnéa.

Las llamas azules del fuego le iluminan la palidez de la cara y le otorgan a los ojos un destello oscuro.

—¿Cómo que «encargarnos de él»? —pregunta Minoo.

Como es natural, ya lo sabe. Pero no puede creer que Linnéa hable en serio.

—¿Qué crees que quiero decir? ¿Qué vamos a hacer si no? Dos de nosotros ya han muerto.

—¿Quieres que matemos a Ge? —estalla Ida—. ¡Tú estás completamente loca!

Minoo mira a la directora, pero esta simplemente las observa de brazos cruzados. Es como si quisiera ver qué hacen en esa situación, como una especie de prueba.

—No podemos matar a Gustaf —dice Minoo—. No me cabe en la cabeza que se te haya ocurrido la idea siquiera.

Linnéa mira a Minoo con dureza.

—Supongo que Rebecka y tú no erais tan buenas amigas después de todo.

Linnéa parece una extraña. Tiene la mirada llena de odio y Minoo la comprende. Ella también ha pensado en vengarse. Ha fantaseado con esa idea. Pero ahora, al ver el mismo sentimiento en el semblante de Linnéa, comprende que es un gran error elegir ese camino. Que es muy peligroso.

—O sea, que no parece que te importe mucho castigar al culpable —prosigue Linnéa.

Minoo siente la ira como un perro rabioso tirando de la correa, pero la mantiene a raya.

—No podemos matarlo sin más —dice.

—Él mató a Elías.

—Pero no creo que Elías hubiera querido que fueras matando gente por ahí por esa razón.

Por un instante cree que Linnéa se va a abalanzar sobre ella, pero se queda quieta y dice, contenida:

—En primer lugar, tú no sabes una mierda sobre Elías. En segundo lugar, no es «gente». Ni siquiera es humano. ¡Es como un demonio!

—De ninguna manera.

Todas se vuelven hacia la directora. Sigue cruzada de brazos mirando el fuego azul.

—Al menos, yo lo considero bastante improbable. Los demonios muy rara vez se manifiestan en nuestro mundo bajo una forma física.

—Yo paso de tus estadísticas. Ahora sabemos quién es el asesino. Y podemos detenerlo —insiste Linnéa.

—No vais a hacer nada —responde la directora con acritud—. Manteneos alejadas de Gustaf. El Consejo se encargará de eso.

—¡Claro, como lo han hecho tan de puta madre hasta ahora! —grita Linnéa.

Todas se la quedan mirando. Ella les devuelve la mirada, una a una.

—¿Cómo cojones podéis aceptar esto sin más? ¡Se niega a contarnos cómo defendernos!

—No puedo dejar que intervengáis —explica la directora con severidad—. El Consejo me ha prohibido expresamente…

—¿Qué es lo que te han prohibido en concreto? —pregunta Minoo—. ¿Que nos defendamos? ¿Que sepamos contra qué estamos luchando?

La directora se vuelve hacia ella. A Minoo se le acelera el corazón. No está acostumbrada a cuestionar a ninguna autoridad. Y menos cuando se trata de la directora del instituto.

—Tienes razón —dice Adriana López al fin—. Os diré lo que sabemos de vuestros enemigos.

—Perdona, pero ¿has dicho *enemigos* en plural? —pregunta Vanessa.

—Os lo explicaré *si puedo hablar sin que me interrumpáis* —dice la directora.

Vanessa hace un gesto de exasperación.

—Como ya os he dicho antes, se producen luchas más allá de las fronteras interdimensionales —comienza la directora—. Eso es lo que está a punto de ocurrir aquí. Los demonios tratan de entrar en nuestro mundo y, al parecer, vosotras entorpecéis su camino.

—¿Y qué es un demonio? ¿Una especie de diablo o qué? —pregunta Vanessa—. ¿De esos que poseen a la gente? ¿Estará Gustaf poseído?

—Los demonios pueden influir en la gente —dice la directora—. Pero no contra su voluntad. En cambio, sí pueden conceder poderes a quien se aviene a colaborar. Los demonios llaman a esto «bendecir» a una persona. Los benditos pueden a su vez causar muchísimo daño. Si Gustaf está bendito, puede resultar peligrosísimo. Está en contacto directo con los demonios. Son su fuente de poder. Bajo ningún concepto debéis enfrentaros a él.

—En otras palabras, tú crees que quien ha matado a Rebecka y a Elías es una persona normal, ¿no? —pregunta Minoo—. Alguien que trabaja para los demonios, ¿verdad?

—Esa es la teoría del Consejo —responde la directora—. Trabajan con vuestro caso día y noche. Pero tenéis que ayudarnos. Ahora es más importante que nunca que estudiéis el *Libro de los paradigmas*.

—Pero todavía no has contestado a mi pregunta —dice Vanessa—. ¿Qué es un demonio?

—Es más correcta la denominación de «fuerzas demoníacas». Ellos no se ven como individuos, sino como partes de un todo más amplio. Son una especie de seres intermedios que viven entre nuestro mundo y los otros mundos. No sabemos de dónde vienen. En realidad no sabemos mucho de esos otros mundos.

—¿Y qué es lo que quieren? —pregunta Linnéa acercándose despacio a la directora.

—Todo está en el *Libro de los paradigmas* —responde retrocediendo un paso de forma casi inconsciente—. Llegado el momento lo sabréis.

Linnéa se detiene tan cerca que casi se rozan. Y entonces detecta la vacilación en sus ojos. Linnéa toma aire.

—No lo sabes. Ni tú ni el Consejo sabéis nada.

Por un instante parece que la máscara de la directora vaya a resquebrajarse. Pero la mujer recupera rápidamente el control sobre las facciones de su cara.

—No es verdad —dice.

—Por eso te pones tan pesada con el *Libro de los paradigmas* —prosigue Linnéa—. Ni siquiera vosotros sabéis cómo se utiliza. Y esperáis que lo hagamos nosotras.

—Vosotras partís de unas premisas completamente distintas, puesto que tenéis poderes congénitos… —comienza la directora.

—Exacto —la interrumpe Linnéa—. Somos más fuertes que vosotros. Nos tenéis miedo.

—Te estás equivocando por completo —dice la directora con tono de superioridad.

—No —dice Linnéa con serenidad—. Por fin lo he comprendido todo.

Sonríe triunfal.

—La directora no es nuestro enemigo —añade Minoo.

—Anda, cierra el pico —dice Linnéa—. Quiere que nos quedemos aquí sentadas mirando el *Libro* para averiguar qué es lo que nos va a aniquilar. Pero yo pienso parar todo esto.

—Sí, vamos, dispara primero y pregunta después —dice Minoo.

—Exacto —continúa Linnéa—. Y no pienso permitir que me detenga una persona que ni siquiera debería estar aquí.

Es como un puñetazo en el estómago. Minoo tiene que apartar la vista. No puede mirar a las demás a los ojos. Tiene tanto miedo de ver en ellos compasión como de ver que están de acuerdo.

—Déjalo ya —ordena Vanessa.

—¿Qué problema tienes? —masculla Linnéa.

—Sí, claro, ¿qué será? —dice Vanessa—. Será que me cuesta un poco olvidarme de eso que has dicho antes, lo de *matar* a Gustaf Åhlander. ¿Y cómo lo vamos a hacer? ¿Lo apuñalamos cuando vuelva del entrenamiento de fútbol? ¿Le prendemos fuego a su casa? ¿O le compramos a Jonte una pistola y le pegamos un tiro?

—¡Ellas han visto que fue él! —exclama Linnéa señalando a Anna-Karin y a Ida.

—¡Y aun así no están convencidas! —dice Vanessa—. O sea, ¿cómo puedes estarlo *tú*? Lo que pasa es que quieres tener a quién culpar. Eso es lo que te pasa.

Hay una calidez en la voz de Vanessa que Minoo no le había oído antes.

Linnéa mira a Vanessa y por un instante parece que va a empezar a llorar. Pero coge el anorak y se va. Vanessa la llama justo en el momento en que atraviesa el manto vibrante que rodea la pista de baile. Linnéa se detiene y se da la vuelta.

—Dijimos que íbamos a seguir juntas. Nos lo prometimos —dice Vanessa.

—Ya, pero entonces creíamos que era importante —responde Linnéa—. Y no lo es. De todas formas vamos a morir.

Señala a la directora.

—Y si creéis que ella os va a proteger, estáis equivocadas. Ha sabido mentir mientras se ha creído sus propias mentiras. Pero ya no puede engañarse ni a sí misma.

—Pero el *Libro de los paradigmas…* —comienza Anna-Karin.

—¿Alguna de vosotras puede leerlo? —pregunta Linnéa.

Nadie responde.

—Eso era lo que yo pensaba —confirma Linnéa.

Minoo siente una fugaz satisfacción reprobable. Es decir, no es la única incapaz de interpretar aquellos signos misteriosos.

—Hace falta práctica —insiste la directora.

—Y tú —dice Linnéa—. No vuelvas a dirigirme la palabra.

Para asombro de Minoo, la directora no replica.

Nadie dice nada hasta que Linnéa se ha esfumado en la oscuridad.

—Bueno —dice Vanessa—. ¿Alguien quiere añadir algo?

Minoo jamás ha oído un silencio tan elocuente.

—No sé lo que pensáis hacer vosotras, pero yo voy a emborracharme —continúa Vanessa—. Pues nada, feliz día de santa Lucía.

Las demás recogen sus cosas y abandonan la pista de baile en silencio. Al final solo

quedan Minoo y la directora. El fuego azul empieza a extinguirse. La luz tiene la intensidad justa como para que Minoo pueda distinguir las facciones de Adriana López, que mira a Minoo con expresión grave.

—Espero sinceramente que no hayas creído las palabras de Linnéa —dice la directora.

—Por supuesto que no —responde Minoo.

Es cierto que tampoco confía en ella al cien por cien, pero la sola idea de que la directora sepa tan poco como ellas mismas se le antoja demasiado aterradora como para considerarla siquiera.

—Bien —continúa la directora, relajando la expresión hasta convertirla en una sonrisa—. Minoo, no debes dar crédito a eso otro que dijo Linnéa. Siento muchísimo haberme expresado como lo hice la última vez que nos reunimos. Puede que sonara a que tú no formabas parte de esto tanto como las demás. El Consejo y yo estamos convencidos de que tienes un papel muy importante. Es solo que tus poderes están resultando más difíciles de definir.

—Vale —dice Minoo—. Gracias. Quiero decir…

Se queda sin palabras.

—¿Sabes, Minoo? —dice la directora—. Es posible que no debiera decírtelo, pero reconozco mucho de mí en ti. Te lo estás tomando en serio y no llevas la contraria por principio, sino que tienes la sensatez suficiente como para escuchar a quienes saben más. Son unas cualidades muy valiosas. A decir verdad, a veces quisiera que tú fueras la única Elegida.

—Gracias —susurra Minoo, abrumada por tanto elogio.

—¿Quieres que te lleve a casa? —pregunta la directora.

—Sí, gracias —repite Minoo.

Y solo cuando se alejan del bosque y ven las luces del centro de Engelsfors, empieza Minoo a preguntarse si realmente es un cumplido que te digan que se te da bien obedecer órdenes ciegamente.

38

CUANDO Minoo era pequeña siempre pensaba que el mes de diciembre se demoraba en una espera eterna hasta la llegada de la Nochebuena. Ahora, en cambio, los días pasan volando.

Minoo lleva todo el semestre con la creciente y horrenda sensación de ir atrasada en el instituto. No porque se haya notado en los resultados, sino porque podría notarse. Ahora trata de recuperar todo lo que puede. Se sumerge en los libros y se mantiene despierta con café, golosinas y coca-cola para tener tiempo de meterse en la cabeza toda la información. Ha empezado a llevarse al instituto un termo de café y a destacar en las clases de primera hora, en lugar de dormirse con la mejilla pegada a la superficie fresca y lisa del pupitre.

Es la fiesta de Navidad en el salón de actos. Ida canta un solo —*Gläns över sjö och strand*— y lo hace con una voz tan de quejido pastoso, de falso soul, que la reacción natural del público debería ser la de morirse de vergüenza ajena. Pero Ida recibe una salva de aplausos. Brilla como el sol mientras Ove Post, el profesor de biología, se enjuga discretamente una lágrima de la comisura del ojo.

La directora pronuncia un breve discurso y dice que la llegada del nuevo año significa que pueden seguir adelante. Todos comprenden que se refiere a Elías y a Rebecka, que hay que intentar dejar atrás lo ocurrido. Minoo busca automáticamente con la mirada a Linnéa, pero no la encuentra. Cae en la cuenta de que no la ha visto desde la noche de santa Lucía. Puede que no haya ido al instituto desde entonces.

Después, se reúnen en el aula y Max reparte las calificaciones y su valoración. Al entregarle el sobre a Minoo le dedica la misma sonrisa impersonal que siempre tiene para ella últimamente.

Esa complicidad secreta que antes había en sus miradas se ha esfumado por completo. ¿Existiría en realidad? ¿Y si solo fuera producto de su imaginación?

Pero me besó.

Se lo dice por enésima vez; es como un mantra que se ha repetido tantas veces que empieza a perder significado. En los momentos más sombríos llega a pensar que se inventó todo lo sucedido aquella noche en la casa de Max. Una psicosis propiciada por la ansiedad de las notas, amenazas de muerte sobrenaturales y demasiadas fantasías acerca del hecho de perder la virginidad con su profesor…

Minoo mira de reojo a Anna-Karin, que está a su lado, un poco más atrás, y acaba de abrir el sobre.

—¿Qué tal? —pregunta sin poder aguantar la curiosidad.

Anna-Karin duda un instante antes de responder.

La máxima nota en todas las asignaturas. *Todas*. Incluso en gimnasia.

¿Cuántas son merecidas?, siente deseos de preguntar Minoo, pero se calla y le responde con una sonrisa forzada.

—Enhorabuena —le dice.

—Gracias —musita Anna-Karin.

Minoo abre el sobre con el corazón bombeándole en el pecho. Pero todo está bien. Tan solo la valoración de gimnasia es peor que la de Anna-Karin. Pero eso no contará para la media.

Minoo es de las primeras en escapar del aula. Ni siquiera le desea a Max «Feliz Navidad». No soportaría otra sonrisa inútil. Cuando sale al patio ve el coche de su madre junto a la verja. Y siente un deseo incontenible de estar en casa. En cuanto llegue se sentará en su

habitación, se pondrá a envolver regalos de Navidad y a inflarse de galletas de pimienta.

Gustaf se encuentra junto a la verja.

Está totalmente inmóvil y mira a Minoo fijamente.

Ella busca una salida. Su madre toca el claxon y Minoo la saluda con el brazo. Para llegar hasta el coche tiene que pasar por delante de Gustaf.

No puede enterarse de que lo sabes. Haz como si nada, se dice. Es solo Gustaf. El Gustaf Åhlander de siempre. Un chico muy agradable que juega al fútbol.

Que ha hecho un pacto con las fuerzas demoníacas.

Minoo se obliga a caminar con normalidad. Rápido, pero no demasiado. Pero el corazón se le desboca como si estuviera corriendo una maratón.

Gustaf tiene una pinta de lo más normal con el anorak negro y el gorro blanco. En cierto modo eso la asusta más aún, porque este es el chico en el que más confiaba Rebecka. El que la tiró desde el tejado del instituto. Ese era, ni más ni menos.

—Hola —dice Gustaf con una sonrisa cálida cuando ella pasa a su lado—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —gruñe Minoo.

Tiene que recurrir a toda la disciplina de la que es capaz para no cubrir a la carrera los últimos pasos que la separan del coche.

Celebran la Navidad los tres solos, Minoo, su madre y su padre; una Navidad marcada por las mismas rutinas familiares de siempre. El día de Navidad se quedan durmiendo hasta tarde. Juegan al Trivial Pursuit, una edición de los años noventa y, como de costumbre, su padre se irrita por lo mal formuladas que están las preguntas. Luego Minoo se va a su habitación a ver sus regalos. El que más ilusión le ha hecho ha sido un libro enorme lujosamente encuadernado con ilustraciones de los prerrafaelitas.

Justo el que ella quería.

Se sienta en la cama medio tumbada sobre los cojines de vivos colores con el libro en el regazo. Se pone a hojear despacio las láminas con ilustraciones de mujeres pálidas y expresión grave, y de hombres con vestimenta de tiempos remotos. Se detiene en el cuadro de la Ofelia de *Hamlet*, la muchacha vestida de blanco que yace ahogándose en un riachuelo. La imagen la irrita. Ofelia tiene un aspecto encantador y hay algo casi erótico en el cuadro. Como si el hecho de que la novia de Hamlet se ahogase tuviera algo tierno o atractivo, cuando todas las personas en las que ella confiaba la traicionaron o murieron.

Minoo sigue pasando las páginas y al llegar a la Perséfone de Rossetti se queda mirándola como hipnotizada.

O sea, que así era. La chica a la que Max quería. La que se quitó la vida. Minoo sabe que la psique humana es un lugar complejo, donde ni las respuestas ni las soluciones son sencillas, pero una parte de ella no alcanza a comprender cómo era posible que una persona a la que Max quería pudiera ser tan desgraciada.

Deja el libro y cierra los ojos. Una vez más repasa los acontecimientos de la noche en casa de Max, pero les permite tomar otro curso. Max no interrumpe el beso sino que continúa, desliza una mano por debajo de su camiseta y continúa hasta el pecho…

Pero le cuesta relajarse y perderse en sus fantasías. Se siente observada, como si alguien pudiera leerle el cerebro y ver la película para adultos que está reproduciendo.

Minoo aguza el oído. Su madre está trajinando en la cocina. Vuelve a estar de mal humor, se nota en el modo en que saca los cacharros del lavavajillas. Sus padres han estado discutiendo porque los dos piensan que el otro está trabajando más de la cuenta. Su padre ha vuelto al

periódico para revisar todo el material que enviarán a imprenta después de los días de fiesta.

Minoo se levanta y va al cuarto de baño. Observa el viejo plano de Engelsfors en el que Kärrgruvan está borrado desde la noche de la luna de sangre. Se recoge el pelo en una cola de caballo antes de inclinarse para enjabonarse la cara. Se la enjuaga y termina con agua muy fría antes de examinarla a fondo en el espejo.

Una sombra negra discurre silenciosa por el aire a su espalda y desaparece por la puerta del cuarto de baño. No tiene forma definida. Podría ser una nube de humo negro o una de esas manchas que vemos cuando nos frotamos los ojos con fuerza.

Se asoma por la puerta del baño al pasillo oscuro. Allí no hay nadie.

Figuraciones mías, se dice. Solo figuraciones.

—¡Feliz Navidad, zorras! —grita Vanessa.

Sube el volumen del amplificador que está conectado al ordenador y se planta de un salto en la mesa. Luego alarga el brazo y ayuda a subir a Evelina y a Michelle. Casi se caen una encima de la otra mientras bailan. Vanessa se sujeta con la palma de la mano en el techo. Se le sube la camiseta por encima del ombligo mientras se balancea al ritmo de la música. Los tacones se hunden en el tablero de pino blando y barato de la mesa de Jonte.

Ella y Evelina bailan muy pegadas, y Michelle se agacha y se levanta mientras menea el trasero. Los chicos las miran cachondos, pero Vanessa pasa de ellos. Se concentra en sus amigas, sus dos mejores amigas en el mundo entero.

Empieza a sonar una vieja canción de Beyoncé y Jay Z, y las tres gritan de alegría. Solían bailarla en el salón de Vanessa cuando eran pequeñas —solo en su casa se podía poner música a tanto volumen—, y a su madre le gustaba tanto que siempre entraba a bailarla con ellas. Evelina y Michelle pensaban que la madre de Vanessa era la más guay del mundo y, en aquella época, también Vanessa lo pensaba. Naturalmente eso era la EAN. La Época Antes de Nicke.

Se le muere un poco la alegría cuando piensa en su madre. Es la primera Navidad que no celebran juntas.

—¡Nessa! —grita Evelina para hacerse oír por encima de la música—. ¿Cómo va eso?

Vanessa levanta la vista y se encuentra con la mirada de Evelina embriagada por el alcohol. Si alguien es capaz de comprenderla, esa es Evelina. Desde que sus padres se separaron, su madre se ha liado con todos y cada uno de los idiotas de Engelsfors. Hubo unos meses, cuando estaban en séptimo, en que Evelina prácticamente vivía en casa de Vanessa. Porque el último hombre de los sueños de su madre se había ofrecido para ayudar a Evelina a enjabonarse los lugares más inaccesibles del cuerpo mientras se duchaba. Es un nivel tan bajo al que ni siquiera Nicke llegaría.

Sí, Evelina la comprendería. Michelle también, por otra parte. Pero quién tiene ganas de hablar del tema.

—¡Pues de puta madre! —grita Vanessa a su vez con una sonrisa radiante.

Piensa olvidar toda la mierda y celebrar la fiesta como si el mañana no existiera. Verdaderamente puede que sea así, que no haya ningún mañana. Más vale aprovechar. Michelle le alarga una lata de cerveza, que ella apura hasta el fondo. Luego la lanza al otro extremo de la habitación y le da a Lucky en la espalda.

La luz le arranca un destello al anillo que lleva en la mano izquierda.

Todo se arreglará, piensa. Todo se arreglará.

Wille se aparta del grupo y se coloca delante de ella. Se le cierran los ojos y le sonríe con expresión bobalicona. Vanessa se pone en cuclillas, pierde un poco el equilibrio, le coge la cara

entre las manos y lo besa con fuerza. Wille sabe a tabaco y alcohol, y ella nota en la boca su lengua caliente y húmeda. Se sienta en el borde de la mesa, rodea con las piernas la cintura de Wille y lo atrae con ellas hacia sí. Luego, le rodea el cuello con los brazos. Una canción lenta que Vanessa no había oído antes empieza a sonar por los altavoces.

—Joder qué buena estás —le susurra.

El calor de su aliento se difunde desde la oreja por todo su cuerpo. Vanessa le da un mordisco en el labio. Él se ríe.

—Ten cuidado —le susurra mientras desliza las manos hacia sus nalgas.

—¿Nos vamos a algún sitio? —pregunta ella.

Wille no contesta. La baja de la mesa. Se abrazan. La canción cobra cada vez más protagonismo, llena la habitación mientras ellos se abrazan.

La música es como una burbuja que los envuelve a los dos, que difumina a los demás. Lo único que significa algo en el mundo es el aquí y el ahora, el calor de sus cuerpos abrazados.

—Deberíamos largarnos de aquí —le susurra Wille al oído—. Pasa del instituto. Nos vamos a Tailandia. Allí apenas hace falta dinero. Nos pasaremos los días tumbados en la playa. Las noches follando y fumando. Tú y yo solos. Es lo único que necesitamos.

Vanessa no ha estado nunca en Tailandia, pero se lo imagina perfectamente: playas blancas, el mar de un azul reluciente, el cuerpo de Wille tostado por el sol y no tener que pasar frío nunca más. Largarse simplemente y dejarlo todo atrás, a su madre, el miedo, los libros de magia y esa responsabilidad pesada como el plomo. En realidad, ¿por qué no?

La canción cesa de repente y alguien vuelve a poner hip-hop.

—Ven —susurra Vanessa, cogiendo a Wille de la mano, y suben al piso de arriba. Echa una ojeada por encima del hombro y ve que Evelina y Michelle siguen en lo alto de la mesa. Están bailando medio en broma un baile muy feo, pero consiguen parecer *sexy*. Lucky se está enrollando con una chica que tiene el pelo teñido de azul, una de las amigas de Linnéa. Pero Linnéa no está por allí.

—Te quiero —dice Wille cuando se tumban en la cama de Jonte.

Ella se quita la camiseta sudada mientras él le desabotona los vaqueros, se los baja hasta los muslos, luego hasta las pantorrillas, tironea un rato hasta que consigue sacar los pies. Después él también se quita la camiseta y se tumba a su lado.

—¿Lo dices en serio? —susurra Vanessa.

—¿Que te quiero?

—Que te largarías conmigo así, sin más.

—Nos vamos mañana mismo —le susurra Wille con voz pastosa—. No tenemos ni que hacer las maletas, no nos hace falta ropa.

Intenta quitarse los vaqueros y se cae al suelo. Vanessa se ríe y le ayuda a volver a subirse a la cama. Lo besa y le pasa la mano por los calzoncillos. Wille deja escapar un gemido y le quita las bragas, le besa el pecho, la barriga, y continúa hacia abajo.

Vanessa pasa de lo que ha ocurrido, pasa del futuro. Lo único que importa es Wille y el modo en que consigue que lo olvide todo.

Después Wille baja a buscar una cerveza. Vanessa se pone la ropa y nota que la camiseta huele a tabaco. Entra en el cuarto de baño para hacer pis y repasar un poco el maquillaje. Encuentra una botella de vino medio llena debajo del lavabo y da unos cuantos tragos mientras se arregla. Le tira unos besos al espejo con un gesto exagerado, hace una pose, se descubre el pecho y suelta una risita. Empieza a tener un buen pedo.

Cuando abre la puerta se encuentra con Linnéa, que está fumándose un cigarro apoyada en la pared. Lleva un vestido negro corto cuya parte de arriba parece un corsé, medias de rejilla y botas negras. Tiene los ojos muy maquillados bajo el largo flequillo negro. Se miran un instante.

—Pareces hecha polvo —dice Linnéa al cabo de un rato con una sonrisa.

—Pues muchas gracias —responde Vanessa devolviéndole la sonrisa.

Siente una alegría inesperada por ver a Linnéa. Esta noche parece un largo viaje en el que todo es amor. Se pregunta vagamente si no habrán echado éxtasis en el vino que acaba de beber.

—Hecha polvo pero guapa —añade Linnéa.

—Tú también estás muy guapa —responde Vanessa—. Aunque no hecha polvo.

—Solo por dentro —dice Linnéa sonriendo.

Vanessa se pregunta si Linnéa estará borracha. Seguramente es una de esas personas a las que no se les nota mucho.

—La última vez fue… Muy intenso —dice Linnéa, y Vanessa se pregunta si es su forma de decir «perdona que me comportara como una chiflada asesina».

Linnéa se echa a reír dejando al descubierto unos dientes perfectos.

Joder, qué guapa es, piensa Vanessa.

—Pero lo decía en serio —continúa Linnéa—. No podemos confiar en la directora. Ella no puede protegernos.

Vanessa le coge el brazo a Linnéa y clava la mirada en sus ojos oscuros. Nota que se pone un poco bizca. Mierda, no tendría que haberse bebido ese vino. Pero no puede permitir que Linnéa vea lo borracha que está porque, entonces, nunca la tomará en serio, y lo que piensa decirle ahora es muy importante.

—Aunque sea verdad no importa. De todos modos tenemos que seguir unidas. Nos lo prometimos.

Siente el frescor del brazo de Linnéa y, de repente, teme tener la mano sudorosa. La retira y casi pierde el equilibrio.

—Por cierto —dice Linnéa—, nosotras no somos las únicas que estamos aquí esta noche.

Vanessa no sabe a qué se refiere.

—Hay una bruja más en esta casa —susurra Linnéa con exagerado dramatismo. Y luego añade en un tono algo más serio—: Y creo que deberíamos comprobar lo que está haciendo.

39

JARI abre una lata de cerveza, que emite un silbido, y se la ofrece a Anna-Karin. Ella lame despacio la espuma que se ha desbordado y toma un trago. Desde luego que no está rica, pero tampoco es asquerosa. El sabor es más bien amargo y un poco metálico. Toma unos tragos más y ahoga un eructo.

La mayoría de la gente que hay allí es mayor. Nunca se han visto influidos por los poderes de Anna-Karin y resulta difícil controlar a todas esas personas que se mueven torpemente por la casa. Se balancean despacio hablando en pequeños grupos por todas partes. Se caen unos encima de otros y hablan demasiado alto. Anna-Karin no consigue hacerse con unas conciencias dominadas por el alcohol y, según sospecha, por otras sustancias.

La música es ensordecedora. Apura la lata de cerveza y la estruja. Jari la coge y le da otra enseguida. Ella le sonríe agradecida.

—Salud —dice Jari.

—Salud.

Las latas se entrechocan en el aire, ella echa la cabeza hacia atrás y deja que el líquido le corra por la garganta. Se acostumbra al sabor con una rapidez sorprendente. Ahora ya le parece de lo más normal.

Anna-Karin empieza a relajarse. Reduce un poco el control. No tiene demasiada importancia lo que piensen de ella todos los demás, mientras Jari siga mirándola de ese modo.

Esta noche se siente bastante guapa. Lleva un vestido corto rosa chillón con purpurina plateada. Tiene un escote amplio y le marca el pecho al tiempo que le disimula la barriga. Julia y Felicia pensaban que debería haber elegido una prenda totalmente entallada, pero hasta ahí llegaba el límite de la confianza de Anna-Karin en sí misma.

—Vaya, parece que no han matado a todos los cerdos para la cena de esta Navidad —chilla un chico totalmente pedo al que no había visto nunca. La está señalando y sus amigos se ríen a carcajadas.

Anna-Karin siente una puñalada que le resulta muy familiar. Hacía tanto tiempo que nadie le decía algo así que casi había olvidado lo mucho que dolía.

Apura la cerveza en silencio mientras maquina una venganza apropiada. Jari la sigue mirando con una expresión de adoración absoluta.

VEN. QUE SE ENTEREN.

Jari se abalanza sobre ella literalmente. Es como si llevara cien años esperando el momento y no pudiera aguantarse ni un segundo más. Aprieta los labios contra los de ella. Luego nota la punta de la lengua abriéndole la boca.

—Pero Jari, ¿qué coño haces?, en serio… —dice el chico.

Jari no responde. Le pone la mano en la nuca a Anna-Karin y se aprieta más aún contra ella. La cabeza le da vueltas mientras él mueve la lengua por toda su boca. Le cuesta seguir su ritmo. Es su primer beso y tiene la sensación de que se la estuvieran comiendo. Pero por lo menos el chico y sus amigos se han quedado callados. Anna-Karin necesita respirar. Se retira.

—¿Por qué no me traes otra cerveza? —le pregunta.

Jari abre los ojos y sonríe. Agradecido, como si la posibilidad de hacerle un favor a Anna-Karin fuera un regalo maravilloso; sale corriendo en busca de una cerveza, que están enfriando fuera, en la nieve.

—Ven —le ordena alguien al oído, tirándole bruscamente del brazo.

Vanessa.

Anna-Karin se deja conducir. Por el camino pasan por delante de Linnéa, que las acompaña a una habitación donde hay un par de chicos tumbados en el suelo jugando a un videojuego. Allí la cosa está más o menos tranquila. Se van a un rincón de la habitación, tan lejos como pueden de los chicos.

—¿Qué coño haces? —pregunta Linnéa.

—Hemos visto tu espectáculo con Jari. ¡Tienes que dejarlo ya, joder! —exclama Vanessa.

Se comportan como acosadoras. La tienen acorralada en un rincón y no paran de acusarla. Solo porque no hace lo que ellas dicen. ¿Qué quieren? ¿Que vuelva a ser la Anna-Karin de siempre, la que no se atrevía a mirar a nadie a la cara, la que siempre estaba sola?

El bajo de la música se filtra por las paredes de la habitación. Algo explota en la pantalla de la televisión y los chicos que hay tumbados en el suelo sueltan un grito.

Vanessa y Linnéa están demasiado cerca de ella. Anna-Karin no está muy segura de si dos cervezas serán demasiadas, pero sabe que quiere beberse otra. Ahora mismo.

—Dejadme en paz —dice—. Sé lo que hago.

—¿Estás segura? —pregunta Linnéa.

—Lo tengo todo controlado.

—No me lo creo —contesta Linnéa—. A mí parece que estás enganchada. Y lo de Jari, eso…

—¿A vosotras qué mierda os importa que yo tenga novio?

—No, si no nos importa —responde Vanessa—. Puedes tener todos los novios que quieras. Pero Jari no es tu novio. Es solo que lo has hechizado.

—Anna-Karin, no es que no te comprendamos —dice Linnéa—. Yo sé lo que es sentirse excluida. Yo sé lo que es querer algo que nunca podrás conseguir.

Linnéa la mira compasiva, con una expresión pastosa y pegajosa. Anna-Karin casi puede leerle el pensamiento: *Pobre Anna-Karin. Es tan fea y tan desastrosa que tiene que recurrir a la magia para que alguien la quiera. No tiene nada que le pueda gustar a nadie y puede que consiga engañar a todo el mundo, pero nosotras siempre veremos su verdadero yo. A la persona obesa, cortada, repulsiva, paleta, idiota, apestosa, grasienta, celulítica, temblona, torpona y absurda que siempre ha sido. Que se pone un vestido nuevo y por un instante se cree que vale para algo. Qué ridículo*.

—Vete a la mierda —dice Anna-Karin muy despacio.

Es tal la ira que siente que se asusta de sí misma. Le da un empujón a Vanessa para abrirse camino y salir de allí.

Aquello está hasta arriba de gente. Anna-Karin se hace hueco por entre los grupitos en busca de Jari. Tanto cuerpo caliente forma un muro carnoso. Es como una pesadilla en la que uno echa a correr pero no llega a ninguna parte. Va agachándose para esquivar los cigarrillos encendidos, saltando a un lado para que no la bañen en cerveza, buscando un resquicio por el que pasar entre tanta gente. Hasta que al final se harta.

APARTAOS, ordena.

Es como cuando Moisés abrió las aguas del mar Rojo. Abrid paso al Señor. Todos se hacen a un lado y dejan vía libre a Anna-Karin.

Ella respira aliviada. Ya puede recorrer la casa tranquilamente. Los demás están hacinados como arenques formando una onda de paredes vivientes que enmarcan su camino.

Busca por todas partes pero no encuentra a Jari. Al final cruza la entrada y abre lo que

debe de ser la puerta del sótano. Una simple bombilla ilumina las paredes paneladas de pino sin lijar y sin pintar. Anna-Karin entra sigilosamente, cierra la puerta a su espalda y baja la escalera.

En la pequeña habitación del sótano hay una caldera de calefacción y un congelador enorme, que compiten por ver cuál emite el zumbido más alto. Una vez cerrada la puerta que da a la escalera, se atenúan la música y las voces.

En una pared hay un reloj de Mora con los sinuosos dibujos típicos de la región de Dalarna, una guitarra rota y dos trineos. Restos del naufragio del pasado. Huele a piedra, a humedad, a tierra. Al fondo de la habitación hay una puerta de acero pintada de verde que está entreabierta. Anna-Karin sabe instintivamente que no debería entrar allí. Quizá por eso no puede resistir la tentación de hacerlo.

La luz la ciega. Es una habitación grande de paredes blancas. Varias lámparas de rayos ultravioleta cuelgan del techo sobre hileras perfectas de plantas de color verde. Hace mucho calor y hay mucha humedad y Anna-Karin oye un sonido agudo, como de una especie de ventilador.

En un primer momento piensa que es muy raro que alguien cultive verduras en el sótano. Pero enseguida se da cuenta de lo ingenua que es. Esas matas verdes que crecen debajo de las lámparas son plantas de hachís. O de marihuana. ¿Será lo mismo? No tiene ni idea.

Dirige la mirada a una mesa atestada de herramientas e instrumental de todo tipo y una pila de libros de instrucciones manoseados. Y allí, junto a los manuales, hay una pistola.

Anna-Karin se acerca. Es negra, con una parte marrón en la culata. Parece usada.

En ese mismo momento oye pasos en la escalera y el ruido de una puerta que se abre. Mira nerviosa a su alrededor. Los pasos se acercan. No hay donde esconderse.

Un chico alto y desgarbado entra en la habitación. Lleva un gorro gris encajado hasta las cejas. Tiene la mirada abstraída y, a pesar de todo, intensa. Anna-Karin comprende enseguida quién es. Jonte.

—Esta puerta tiene que estar cerrada —dice.

—Estaba abierta —dice Anna-Karin—. No sabía…

Jonte entorna los ojos. Se le acerca y Anna-Karin retrocede hasta darse con la mesa.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

Anna-Karin concentra todo su poder en él, intenta envolverlo en una sensación suave y agradable que emana de ella. Jonte se detiene. Ladea la cabeza. A Anna-Karin le recuerda un animal atento al peligro. De pronto se le relaja la expresión de la cara, aunque la alerta no desaparece por completo. Anna-Karin no logra dominarlo del todo. Se pregunta si tendrá algo que ver con la cerveza.

—¿Anna-Karin? —se oye la voz de Jari.

—¡Estoy aquí! —responde a gritos, quizá demasiado alto.

Siente un alivio enorme cuando ve a Jari entrar en la habitación.

—Hola, preciosa —le dice sonriendo.

—¿Quién es? —pregunta Jonte aún con la suspicacia resonándole en la voz.

—Tranquilo, está conmigo —dice Jari—. Anna-Karin, este es Jonte, el que ha organizado la fiesta.

Jari sostiene en la mano una botella transparente con un líquido marrón y le sonríe.

—Mejor que la cerveza —dice con gesto triunfal.

—Llévate a esa mierda de tía y esa mierda de bebida a otra parte —ordena Jonte con desprecio.

—Oye… —dice Jari amenazándolo y dando un paso al frente.

—No pasa nada —se apresura a decir Anna-Karin—. Ven, Jari.

—Jonte puede ser un poco raro a veces —asegura Jari. Los ruidos de la fiesta aumentan a medida que suben la escalera—. Tiene el cerebro fumado, ¿lo pillas? ¿Fumado?

Suelta una risa ronca y le ofrece la botella. Anna-Karin se detiene y la coge agradecida. Lo más probable es que Vanessa y Linnéa sigan allí arriba.

Toma un trago y por poco le da un ataque. Es como si tuviera la boca llena de napalm ardiendo, pero se obliga a tragar. Sigue quemándole mientras le baja por el esófago. Le dan arcadas varias veces y espera que Jari no se dé cuenta.

—Buen material, ¿no? —pregunta Jari sonriendo.

—Um.

Da otro trago. Esta vez resulta más fácil, como si el primero le hubiera anestesiado toda la boca y la garganta. Empina la botella una vez más, deja que el líquido le siga corriendo por la garganta.

—Oye, tómatelo con calma —se ríe Jari.

Y solo por eso, naturalmente, Anna-Karin da un trago más antes de devolverle la botella.

Cuando abren la puerta del sótano se dan de cara con los acordes estridentes de guitarras de rock.

Minoo sueña con Ofelia. Ofelia, que es Rebecka. Está ahogándose y ella trata de salvarla. Se sumerge en el arroyo. Es de una profundidad que sorprende y tiene que luchar contra la corriente para mantenerse de pie. Intenta agarrarse al vestido blanco que se mueve ondulante en el agua, alrededor de Rebecka. Pero se le escapa de entre los dedos, no consigue aferrarse a él. Rebecka la mira con ojos tristes, como si estuviera apenada por Minoo.

Minoo… Minoo, tienes que despertarte ya.

Minoo protesta en el estado de semivigilia en que se encuentra. No ha terminado de soñar. Tiene que coger a Rebecka.

Despiértate.

Abre los ojos y mira desconcertada la habitación. Poco a poco se le habitúan los ojos a la oscuridad. Las formas del dormitorio, que tan familiares le son, se perfilan con matices de gris y negro. Se esfuerza por recordar qué la ha despertado, pero le cuesta concentrarse.

Minoo…

El corazón le da un vuelco. Es una voz que no es una voz. Es como si la tuviera dentro de la cabeza, disfrazada de uno de sus propios pensamientos. Es suave y agradable, y le infunde un miedo espantoso.

Se incorpora en la cama. Tantea en busca de la lámpara de la mesita de noche, da con el cable y aprieta el interruptor.

Mira a su alrededor con el corazón bombeándole, bum, bum, bum, en el pecho. Es tanto su miedo que se siente como un animal. Solo le quedan los instintos. Apenas se atreve a respirar. Si emite el menor sonido algo terrible la encontrará.

La lámpara de la mesita parpadea de pronto.

Levántate.

El cuerpo de Minoo obedece, se levanta de la cama, empieza a caminar hacia la puerta.

Y comprende que ese algo terrible está dentro de ella.

Cuando llega al pasillo, ve la puerta del cuarto de baño abierta de par en par. Alcanza a oír el ruido del agua que corre. De una bañera que se llena. Paso a paso va acercándose a la

puerta abierta.

Nada de dolor, susurra la voz. *Nada de dolor, te lo prometo*.

Los pies de Minoo entran sigilosamente en el cuarto de baño y la puerta se cierra silenciosa a su espalda.

40

JARI conduce a Anna-Karin a una de las habitaciones más pequeñas del piso de arriba. Hay cojines esparcidos por el suelo y, en el centro, una mesa de ping-pong. Dos chicas sacan un cubito de hielo del vaso y se lo pasan la una a la otra dándose un beso. Es evidente que exageran para que las vean los chicos que están sentados en los cojines.

Anna-Karin apoya los codos en la mesa. Todo el mundo se tambalea de un lado a otro, como si estuvieran en alta mar. Si centra la vista en un punto al frente, no se siente tan mareada.

—¿Cómo estás? —pregunta Jari.

Jari, tan bueno y considerado. Con esos ojos tan bonitos. El encantamiento de Anna-Karin no puede ser la razón de que la mire de ese modo. Tiene que gustarle de verdad. Está segura.

—Estoy de puta madre —dice Anna-Karin.

Tiene la lengua como anestesiada. Tartamudeante y medio dormida, como si no pudiera seguir el ritmo. Y siente tal peso en la cabeza que le cuesta mantenerla derecha. Pero es verdad lo que dice. Está de puta madre. Está con Jari. El chico de sus sueños.

—No me he vuelto así solo porque lleve toda la vida siendo gorda y fea. Mi madre tiene la culpa. Estoy segura, joder. Me ha convertido en un ser completamente antichicos. Ella nunca…

En ese punto, Anna-Karin se ve obligada a tragarse una bocanada de vómito que le sube espumeante por la garganta antes de continuar. Carraspea y mira a su alrededor para abarcar también con la vista a los chicos que están sentados en los cojines.

—Nunca me ha dicho nada bueno de vosotros. O sea, no de vosotros en concreto, pero ya sabéis a qué me refiero. O sea, de los tíos. ¿Lo entendéis? —Anna-Karin no sabe si está a punto de reír o llorar. Todo es tan divertido y tan triste al mismo tiempo… Y todo le da vueltas—. Pero sois tan de puta madre. Lo sabéis, ¿verdad? Me alegro tanto de que existáis. Joder, está bien que haya tíos. Tíos, tíos, tíos. ¡Más tíos!

Ella misma puede oírse, totalmente ida de la cabeza. Siempre creyó que la gente borracha no se entera de lo ida que parece. Ahora sabe que cuando estás borracho *no te importa* que parezca que estás ido de la cabeza. No le importa lo más mínimo. Ni eso ni ninguna otra cosa. Es como pesar mil kilos menos.

—¿No deberías darle un poco de agua? —oye que le dicen a Jari.

¿Por qué hablan de ella como si no estuviera allí?

Anna-Karin bordea la mesa de ping-pong tambaleándose en dirección a Jari. Invierte todas sus fuerzas en conservar el control sobre él. Seguramente a los demás no les cae bien. Pero y qué. Jari es lo único importante.

—¿A quién quieres tú? —pregunta Anna-Karin mirándolo.

—A ti, por supuesto —responde Jari sin pestañear.

Anna-Karin da unos pasos hacia él, tropieza y cae directamente en sus brazos. Se da un golpe en la frente con su entrecejo, pero ella apenas lo nota. Le echa los brazos al cuello y abre la boca.

Al principio Jari la besa despacio. Ella trata de mantener el equilibrio apoyándose en él mientras piensa en la cantidad de palabras que riman con lo que están haciendo en ese momento. ¿Olisquearse, toquetearse, comerse… arañarse? ¿Agarrarse? Y luego deja de pensar por completo. Lo único que existe son sus bocas. Su lengua en la boca de él. La lengua de él en su

boca. Le lame el labio y él deja escapar un gemido. Sus dientes se entrechocan un par de veces. Anna-Karin se siente cada vez más osada. No entiende cómo se atreve a chuparle la lengua de ese modo. Recorre su cuerpo con las manos y las mete por debajo del jersey. Es delgado. Nota los músculos. Tiene la piel caliente. Un vello suave bajo el ombligo. Los dedos de Anna-Karin se mueven por sus vaqueros. Él vuelve a gemir.

—¡Pero joder! —chilla una chica—. ¿No podéis iros a follar a otro sitio?

Anna-Karin y Jari abren los ojos al mismo tiempo y miran a su alrededor como desorientados.

Jari no aparta ni la vista ni los brazos de ella mientras le dice:

—No me explico qué me está haciendo esta tía.

Anna-Karin humedece los labios como ha visto que hacen las chicas de las películas porno que ha estado viendo a escondidas. Cae en la cuenta de que seguramente también está tragándose un poco de la saliva de Jari, porque tiene la boca llena y, por alguna razón, la idea no le resulta repugnante. De hecho, no le resulta nada repugnante.

Anna-Karin se acerca y le susurra a Jari al oído:

—Vamos a buscar un sitio donde hacerlo. Quiero hacerlo ahora mismo.

Jari asiente y le da un beso fugaz en la boca. Solo con eso Anna-Karin siente impulsos eléctricos por todo el cuerpo. Quiere más. Ahora mismo.

Vuelven al centro de la fiesta. Se queda atónita al ver otra vez a toda aquella gente. Anna-Karin trata de conseguir que se aparten, pero apenas puede mantenerse en pie.

Deja que Jari vaya delante y abra paso para los dos.

—¿Al piso de arriba? —le pregunta a gritos por encima del hombro.

Anna-Karin asiente, pero entonces ve a Vanessa y a Linnéa acercarse indignadas. Qué absurdo. Le suelta la mano a Jari.

—Ve tú delante y mira si hay alguna habitación libre, yo te espero aquí —le dice.

Se cruza de brazos y las espera. Esta vez no piensa echar a correr.

El agua sale con fuerza del grifo de la bañera. Lo único que Minoo puede hacer es mirar mientras la superficie del agua asciende lentamente. El vapor ha empañado el espejo y el pijama se le pega ligeramente al cuerpo.

Minoo está ahí, en algún lugar dentro de sí misma, y quiere salir. Se encuentra atrapada en su propio cuerpo, encerrada detrás de su propio rostro. Oye que echan la llave de la puerta del cuarto de baño a su espalda. Se oye un clic. Ella trata de gritar pero el grito no llega a las cuerdas vocales.

Todos los detalles del cuarto de baño se evidencian con una claridad cristalina. Es capaz de percibir cada hilo de la esponjosa alfombra del cuarto de baño que tiene bajo sus pies. Cada estría del agua que sale del grifo. El cemento gris oscuro que une los azulejos.

¡Déjame en paz!, grita en su interior. *¡Déjame ir!*

No puedo.

Lo más aterrador es que la voz suene tan amable, tan agradable.

El grifo de la bañera se cierra. Minoo contempla la superficie del agua, donde flotan unas motas de polvo. Ve caer del grifo las últimas gotas.

Llaman a la puerta.

—¿Minoo? —dice su madre.

Suena adormilada. Minoo se la imagina al otro lado de la puerta, a menos de un metro de distancia, envuelta en su vieja bata de color rojo oscuro.

¡Mamá!, piensa Minoo. *¡Mamá, ayúdame!*

—Me he despertado, no podía conciliar el sueño y he pensado darme un baño caliente. Perdona si os he despertado —se oye decir Minoo.

—De acuerdo. Pero ten cuidado de no quedarte dormida en el agua —le dice su madre antes de marcharse.

Minoo da unos pasos al frente. El calor que sube de la bañera le da en la cara.

Pronto habrá pasado todo. No quieres seguir aquí. No tienes ni idea de lo que te espera en este mundo. Todo irá a peor. Mucho, mucho peor. Y todo para nada. Es absurdo luchar. Tú, con lo que te gusta la lógica, ya has llegado a esa conclusión, ¿verdad? No podéis vencer.

Minoo mete un pie en la bañera. El agua está muy caliente pero no llega a quemar. Mete el otro pie. Las perneras del pijama se le pegan a las pantorrillas. Le suplica a esa presencia extraña que la deje libre. Se lo ruega.

Todo ese sufrimiento, Minoo, es solo el principio. Créeme. Esto es más fácil.

El agua va envolviéndole el cuerpo mientras Minoo se sumerge en la bañera. Se le llena de aire la chaqueta del pijama, que se hincha como un globo, y ella lucha por mantener la cabeza por encima de la superficie del agua.

Por un instante puede ver lo que la retiene, una especie de humo negro que la rodea. Concentra toda su fuerza de voluntad en dispersarlo y enseguida parece que el humo se aligera un poco.

Minoo recupera el control sobre sus manos. Se agarra convulsamente al borde de la bañera. Le tiemblan los brazos por el esfuerzo.

Suéltate, Minoo.

Vuelve a perder la fuerza en los dedos. Se le estiran y se sueltan del borde de la bañera. Se hunde. El agua caliente le cubre la cara.

No tiene ningún sentido oponer resistencia.

Si su madre se ha vuelto a dormir, puede que ni ella ni su padre vayan al cuarto de baño e intenten abrir la puerta hasta la mañana siguiente. ¿Estará ya abierta la cerradura o tendrán que forzarla? ¿Tendrá Minoo bajo el agua los ojos abiertos, mirando sin ver?

La fuerza oscura tira de ella hacia abajo hasta que da con la nuca en el fondo de la bañera.

Perdón.

—Venga, ven que te acompañamos a casa —le propone Linnéa.

—Ni hablar —dice Anna-Karin.

El humo de tabaco se extiende como una neblina mezclado con otro de olor más dulzón. Anna-Karin se da cuenta de que puede que lo de beberse un vaso de agua no sea tan mala idea.

Nota un codazo en la espalda y se tambalea un poco. Por un momento cree que va a perder el equilibrio pero consigue mantenerlo moviendo los brazos.

—Mierda, ni siquiera puede mantenerse de pie —dice Vanessa.

—¡Oye, que me han empujado! —protesta Anna-Karin.

La ira que se le enciende por dentro le despeja el cerebro. Ahora lo entiende. Para Vanessa debe de ser un rollazo no seguir siendo el centro de atención todo el tiempo. Y que ahora Jari quiera a Anna-Karin y no a ella.

—No pienso ir a ninguna parte. Vosotras podéis iros si queréis.

—Yo creo que ya has tenido bastantes aventuras por hoy —dice Linnéa.

—Pienso quedarme aquí toda la noche —asegura Anna-Karin—, y voy a perder la

virginidad con Jari.

Vanessa se queda literalmente boquiabierta. Anna-Karin no ha visto nunca a nadie quedarse tan estupefacto.

—O sea, que piensas violarlo —dice Linnéa.

—Para nada —responde Anna-Karin.

—Si te acuestas con él en contra de su voluntad será violación.

—Todas sabemos que nunca lo haría voluntariamente —añade Vanessa.

—¡Pero si eso es lo único que quieren los tíos! —grita Anna-Karin—. ¿Qué tío dice que no a eso, eh?

—Anna-Karin —dice Vanessa en tono decidido—. Sé que eres muy inexperta, pero esas cosas no funcionan así. Jari es un ser humano. No alguien a quien puedas utilizar. ¿A ti te gustaría que un chico te hiciera algo así?

—No es lo mismo. Y Jari me quiere de verdad, aunque no lo creáis.

—Estás sobrepasando todos los límites —dice Linnéa.

—¿Pero cómo podéis ser tan hipócritas? —grita Anna-Karin—. Todo el mundo sabe que Vanessa es una furcia. Y tú una drogata, la hija de un alcohólico.

Se oye un estallido y de repente a Anna-Karin le arde la cara. Linnéa le ha soltado tal guantazo que todos los que están cerca se vuelven a mirar. Se hace el silencio en la habitación, salvo por la música, que retumba a un ritmo frenético por toda la casa. Anna-Karin hace todo lo posible por contener el llanto que le inunda los ojos.

Ve a Jari bajando la escalera y le sale al paso.

—¿Ha pasado algo? —pregunta mirándola preocupado.

—Quiero irme contigo a casa —responde Anna-Karin.

Las últimas burbujas de aire salen de la boca de Minoo y se elevan hacia la superficie. Se le contrae el pecho convulsamente. Lucha contra la presencia negra que quiere abrirle la boca para que los pulmones se le llenen de agua.

Le zumban los oídos, el zumbido sube y baja al ritmo del latir del corazón. Le entra el agua en la nariz, en la garganta.

¡No!

De repente nota que se atenúa la tensión.

No puedo…

Y la presencia negra, que hacía un instante ondeaba a su alrededor bajo el agua, que giraba describiendo remolinos bajo la superficie, se disipa súbitamente por completo.

No pienso hacerlo. No pienso obedecer.

Minoo saca los brazos del agua. Manotea en el aire. La adrenalina le fluye veloz por todo el cuerpo y le da la fuerza que necesita. Apoya los brazos en el borde de la bañera y toma impulso para incorporarse.

El agua rebosa, cae al suelo ruidosamente. Escupe y tose hasta que siente náuseas y al cabo de un momento puede llenar de aire los pulmones por fin, ¡por fin! Le entra un poco de agua y vuelve a toser. Esta vez está a punto de vomitar.

Minoo se levanta, le tiemblan las piernas y está a punto de resbalar en la bañera. Se apoya en el lavabo para salir del agua, tiene que sentarse en la taza del váter. Le chorrea el agua por el pelo, por el pijama. Respira con dificultad y ve cómo se va formando un gran charco en el suelo,

bajo sus pies. No se atreve a confiar del todo en que haya pasado el peligro.

Alguien aporrea la puerta y da un salto, asustada. Tiran del picaporte.

—¡Minoo! —grita su madre.

Siente un alivio tal que se echa a llorar. Quiere abrir la puerta y arrojarse en los brazos de su madre, pero ¿cómo iba a explicarle lo del pijama empapado?

—¿Qué pasa? —pregunta su madre aporreando la puerta otra vez.

Minoo respira hondo varias veces.

—No pasa nada, me he quedado dormida en la bañera —le responde ella también en voz alta.

Tiene la voz ronca, quebrada. Apenas la reconoce cuando rebota en los azulejos.

—Pero Minoo, ¡por Dios! Te dije que…

Minoo apoya la frente en las manos. Le tiembla todo el cuerpo.

—Perdón —dice su madre con voz más serena—. Es que me he asustado. ¿Quieres que entre?

Minoo se obliga a sonreír, con la esperanza de que eso le ayude a sonar despreocupada.

—Estoy bien, tranquila, solo voy a secar el suelo —responde.

Minoo se quita el pantalón y la chaqueta del pijama, que caen pesadamente en el suelo con un plas. Antes de atreverse a meter la mano en el agua para quitar el tapón, se queda dudando un buen rato.

Anna-Karin se sienta discretamente en la cama deshecha. Aún lleva el vestido color rosa chillón. Se tumba, y el pelo queda esparcido por el almohadón. Trata de cerrar los ojos para no tener que ver cómo da vueltas la habitación, pero solo consigue sentirse más mareada.

Se le ha pasado un poco la borrachera durante el largo paseo por el bosque y ahora está muy nerviosa.

—¿Y si se despiertan tus padres? —pregunta en un susurro.

—Qué va. Su habitación está en el otro extremo de la casa.

Jari se quita el jersey. No lleva camiseta debajo. Tiene la piel blanca, lisa y tensa sobre los músculos. Anna-Karin apenas se atreve a mirar, pero tampoco puede evitarlo. Él se desabrocha los vaqueros y se inclina para bajárselos. No se le ve la cara tras el largo flequillo negro.

Y allí está, con unos bóxers tan ajustados que Anna-Karin ve el contorno de lo que hay debajo. Jari se dirige hacia la cama, aún con los calcetines puestos. Por alguna razón, Anna-Karin concentra en ellos todo el pánico que siente.

¡QUÍTATELOS! ¡QUÍTATELOS!

Él se para en seco y se quita los calcetines como si le quemaran.

Luego le sonríe como disculpándose y se mete en la cama.

Se quedan un rato tumbados uno frente al otro, mientras él juega con un mechón de su melena. Desliza la rodilla hacia arriba por la pierna de Anna-Karin y se acerca un poco más, la besa despacio mientras tantea el bajo de la falda y se la sube hasta las caderas.

Todas sabemos que nunca lo haría voluntariamente.

Anna-Karin lo detiene. Le pone la mano en la mejilla y lo mira profundamente a los ojos, tratando de interpretar aquella mirada llena de deseo y un tanto empañada. ¿De verdad que quiere estar aquí conmigo? ¿De verdad que quiere hacer esto?

Anna-Karin respira hondo y le sostiene la mirada. Luego, de repente, para. Y deja de

ejercer su poder.

En un primer momento, no ocurre nada. Él la mira con una sonrisa paciente, sin comprender.

Luego, algo cambia en el brillo de sus ojos. Es como si se le hubiera caído un velo. Y vuelve a ellos la chispa.

Jari aparta la mirada. Se rasca el brazo con gesto ausente. La mira otra vez. Y la *ve* de verdad.

Anna-Karin se sabe esa mirada de memoria. La ha visto más veces.

—¿Qué coño haces tú aquí?

La habitación empieza a darle vueltas de nuevo, como si estuviera cayendo hacia atrás en una cámara lenta interminable. Siente una arcada que le recorre todo el cuerpo, como un escalofrío. Imposible de reprimir.

Se levanta de un salto y abre la puerta. La arcada toma impulso en lo más hondo del estómago. Anna-Karin mira aterrada a su alrededor buscando algún baño en el pasillo a oscuras. Montones de puertas.

Hasta que sube el vómito, un líquido agrio llega hasta la boca tan rápido como una bala de cañón. Sale corriendo al pasillo, apretando los labios más aún, lo retiene todo en la boca, le sale un poco por la nariz y solo ese poco es tan asqueroso que tiene la certeza de que habrá más en cualquier momento. Le retumba el estómago, con un sonido increíble, no demasiado diferente del mugido de una vaca.

Ve el corazón que hay clavado a una de las puertas. Tira del picaporte.

La puerta del aseo está cerrada con llave.

Hay alguien dentro.

Anna-Karin se arrodilla. La vomitona sale disparada por la boca, a borbotones, mientras le gotea por la nariz. Le tiembla todo el cuerpo, se le encoge el estómago y una nueva cascada de vómito salpica el suelo y la pared. Suena como si estuvieran vaciando un cubo de agua.

Unos segundos después se le ha pasado todo. Se limpia la boca con el dorso de la mano. No puede ni mirar lo que ha dejado tras de sí.

—¿Jari? —pregunta una mujer desde el interior del aseo.

A Anna-Karin le pesa tanto la cabeza que solo quiere tumbarse y cerrar los ojos, pero se levanta y corre sin pensar hacia la habitación de Jari. Casi chocan en el umbral.

—¿Qué coño está pasando? —pregunta Jari.

Al fondo del pasillo, alguien tira de la cadena. Seguramente, la madre de Jari, que está en el cuarto de baño. Anna-Karin mira a Jari una vez más. Tiene una expresión de asco y de desconcierto.

Y Anna-Karin sale corriendo. Corre hacia la puerta por la que se colaron en silencio Jari y ella hacía tan solo un cuarto de hora. Le cuesta coger el picaporte con la mano sudorosa, pero al final la abre. El aire frío le da en la cara, recuerda el anorak y, de un tirón, lo arranca de la percha.

A su espalda oye la voz de la mujer, que maldice a gritos asqueada. Anna-Karin comprende que ha debido de meter los pies en su vomitona al salir del baño.

Quizá debería arreglar las cosas, controlar a Jari y a su madre y hacerlos olvidar todo aquello. Pero se odia demasiado. Mira, Anna-Karin, lo asquerosa y lo imbécil que eres; mira lo que sucede cuando tratas de obtener algo que no te mereces.

Anna-Karin corre más que nunca. Corre como el viento. Atraviesa la explanada, se adentra en el bosque. Le retumba la cabeza y le duele el estómago, pero ella sigue corriendo,

corriendo, corriendo sin parar.

41

EN el coche de la directora hace frío. Minoo le envió un mensaje en cuanto entró en su habitación. Quedaron en verse allí, en un sendero de grava en medio del bosque, a unos kilómetros de la casa de Minoo.

—Empieza desde el principio —dice Adriana.

Un vaho lechoso se extiende por el interior de las ventanillas mientras Minoo se lo cuenta todo lo más detalladamente posible. Pero, por alguna razón que no es capaz de explicarse, omite el dato del humo negro. Hay algo que se lo impide, casi como si se tratara de una información vergonzosa y prohibida.

Cuando termina, la directora saca de la guantera un termo azul y dos tazas de plástico. Las llena de un líquido humeante.

—Bebe un poco —le dice dándole una de las tazas.

—¿Es… mágico?

Adriana sonríe.

—Es Earl Grey.

La directora toma un sorbito y Minoo sigue su ejemplo. El té ardiente con miel le quema la punta de la lengua.

—Desde luego, no me gustan nada estos bosques —comenta la directora pensativa. Se inclina hacia el volante y los contempla por el parabrisas—. Cuéntame otra vez lo que dijo la voz inmediatamente antes de soltarte. Intenta recordarlo con exactitud.

Minoo se esfuerza todo lo que puede, pero los sucesos de la noche han empezado a fundirse en una maraña. Le cuesta trabajo aislar datos precisos cuando lo que mejor recuerda es el miedo.

—Dijo «no», así de repente. Luego añadió «no puedo, no pienso hacerlo, no pienso obedecer».

Adriana asiente. Fuera ha empezado a nevar. Unos copos grandes y esponjosos van cubriendo el parabrisas adhiriéndose unos a otros.

—¿Crees que la voz te hablaba a ti o le hablaba a otra persona?

—¿Qué quieres decir?

—«No pienso obedecer», ¿no es un tanto extraño que la voz te lo dijera a *ti*?

Minoo trata de ordenar sus pensamientos.

—¿Quieres decir que es posible que fueran dos? ¿Y que estuvieran hablando entre sí?

—Dos o más —dice Adriana con serenidad.

A Minoo se le encoge el estómago. ¿Serían varias voluntades las que se la disputaban esta noche? ¿Y si la otra voluntad ganaba la próxima vez?

—¿Estás segura de que me lo has contado todo? —pregunta la directora—. Cualquier detalle puede ser importante.

Minoo se concentra en los copos de nieve.

—Sí.

—¿Cómo estás?

—No lo sé. Solo puedo pensar en Rebecka. Y en Elías. Ahora sé el miedo que debieron pasar. Ahora sé cómo se debatieron. Y esa voz, que parecía creerse con derecho a decidir si seguiríamos viviendo o no, que decía que todo era absurdo… Me indigna.

La directora asiente con expresión muy seria.

—Si esta noche te hubiera ocurrido algo, no me lo habría perdonado en la vida —dice—. Sé que os he decepcionado. Pero yo solo sigo las recomendaciones del Consejo.

Minoo se da cuenta de que casi suena como una disculpa.

—¿Quieres decir que el Consejo se equivoca?

—No —responde la directora con énfasis—. En absoluto. Es solo que quisiera poder hacer más por vosotros. Sé que pensáis que soy una especie de reina del hielo… —Hace una pausa breve—. Me preocupo por vosotras. Me preocupo por ti, Minoo. Lo último que quisiera es que te ocurriera algo. Y lo que les pasó a Elías y a Rebecka me atormenta más de lo que os podéis imaginar.

En otras palabras, bajo la fría superficie de la directora hay un ser vivo.

—Tienes que prometerme que serás precavida y que no actuarás por iniciativa propia —continúa la directora—. Comprendo que es difícil pero tenemos que confiar en el buen juicio del Consejo. Y tenemos que estudiar el *Libro de los paradigmas*.

Es la primera vez que la directora habla de «nosotras», sin aludir exclusivamente a sí misma y al Consejo.

—Te lo prometo —dice Minoo apurando la taza antes de dejarla en uno de los portavasos que hay entre los asientos—. Tengo que irme a casa.

—¿Te llevo?

Minoo niega con la cabeza.

—Puedo ir andando —responde saliendo del coche.

—Recuerda lo que te he dicho —insiste Adriana antes de que cierre la puerta.

Minoo asiente desde el otro lado de la ventanilla y se despide con la mano.

Cuando el coche de la directora desaparece tras una curva, Minoo coge el móvil y llama a Nicolaus. Al cabo de unos minutos de charla llegan a la conclusión de lo que deben hacer. Todo lo que le ha dicho la directora no ha hecho más que confirmar lo que ya sospechaban. Ya no es posible esperar sus instrucciones y las del Consejo. Tienen que tomar las riendas de su vida. Mientras aún la conserven.

42

SUELAS de goma que rechinan contra el suelo, gritos de alegría y de irritación, golpes amortiguados de la zapatilla al impactar contra la pelota. El gimnasio del instituto, que tan bien conoce, resulta totalmente distinto cuando el equipo del EIK entrena en él. Está lleno de otro tipo de energía, más concentrada. Pero los olores son los mismos. Sudor, suelas de goma y aire viciado.

Vanessa está sentada en las gradas, se ha hecho invisible e intenta concentrarse en el entrenamiento para que el tiempo pase más rápido. No lo consigue. Jamás ha comprendido que la gente aguante algo tan terriblemente absurdo como correr detrás de una pelota, y mucho menos mirar mientras otros lo hacen. Habrá algo así como un millón de cosas que le gustaría hacer antes que seguir a Gustaf.

Si es un asesino aliado con las fuerzas demoníacas, la verdad es que lo disimula de maravilla. Vanessa se pregunta si ha desperdiciado la mitad de sus vacaciones de Navidad dedicándose a esa tarea.

El entrenador del EIK es el padre de Kevin Månsson, un hombre musculoso que ahora no para de tocar el silbato. Vanessa mira el gran reloj que cuelga de la pared por encima de los asientos. Por fin. Los chicos que están en la pista se reúnen en un grupo. Se reparten las palmaditas de rigor en la espalda, beben agua de botellas de plástico, se dan puñetazos de broma y vociferan. Vanessa suspira de impaciencia. En momentos así se recuerda a sí misma por qué jamás en la vida se le ocurriría estar con un chico de su edad.

Baja sigilosamente de la grada y se une al grupo. A aquellas alturas ha aprendido que no debe usar perfume ni ir con el pelo recién lavado cuando espía a Gustaf. La primera vez que asistió a uno de los entrenamientos cometió ese error. Kevin Månsson saltó enseguida entre aullidos, diciendo que olía a maricón, y empezó a olisquear a su alrededor como un sabueso inquieto, ansioso por encontrar al culpable.

Lo sigue hasta los vestuarios. Los chicos empiezan a quitarse las zapatillas y las camisetas sudadas. Rebuscan en las bolsas la toalla y el gel.

Es como entrar en el universo paralelo y secreto de los chicos. Ha visto a varios de los más guapos del instituto enjabonarse en la ducha pero también ha visto que Kevin, sentado a solas en el vestuario, se descubría un grano enorme en el brazo, chupaba el contenido y lo escupía en la papelera. Hay cosas de los demás que uno no quiere saber. Hay cosas que una vez vistas no se pueden olvidar por mucho que uno quiera.

Gustaf no es como los demás. Más discreto. Como si no tuviera tanto que demostrar. Seguramente por eso todas las chicas se enamoran siempre de él.

Ahora está en la sauna. Le brilla la piel por el sudor. Está sentado entre los demás y, sin embargo, no está del todo con ellos. Vanessa ve por el ventanuco de la puerta que está fingiendo que le hacen gracia sus bromas. Ninguno de los chicos parece notarlo y Vanessa se pregunta si Gustaf era así antes de que Rebecka muriera.

Antes de que él la matara.

Si es que fue él. ¿Es posible que fuera Gustaf?

Esta mañana, muy temprano, se vieron todas salvo Ida en la casa de Nicolaus. Desde que atacaron a Minoo han quedado allí todas las mañanas para practicar cómo vencer a la magia.

Las sesiones consisten, por lo general, en que Anna-Karin trata de obligarlas una a una a

que hagan algo, mientras ellas intentan bloquearla. Anna-Karin se mostró sorprendentemente reacia, pero al final se dejó convencer.

—Bueno, pero solo pienso hacer cosas inofensivas —dice.

Un segundo después dirigió todo su poder hacia Minoo, que sintió un deseo irrefrenable de ponerse a cantar una canción pastelosa. Una estrofa entera, además del estribillo, surgieron de su garganta antes de que Minoo lograra detener el resto.

—Eso *no* es inofensivo —dijo Minoo, roja como un tomate.

Luego simplifican lo más posible los ejercicios. Por ejemplo, Anna-Karin les ordena que recojan un bolígrafo del suelo mientras ellas intentan resistir el impulso.

Para que Anna-Karin también tuviera oportunidad de practicar su defensa, Nicolaus propuso esa mañana que Vanessa se hiciera invisible con la idea de que Anna-Karin tratara de verla. Al final lo consiguió, sudorosa por el esfuerzo. Vanessa se quedó visiblemente preocupada.

—Pues es un consuelo, ahora que me dedico a seguir a un colega demonio —dijo antes de marcharse, precisamente a vigilar a Gustaf.

Minoo y Anna-Karin se fueron de la casa de Nicolaus a Kärrgruvan, donde tenían clase con la directora.

A Minoo le retumba la cabeza. Solo tiene ganas de echarse a dormir allí mismo, en medio de la pista de baile. La directora habla sin parar sobre el *Libro de los paradigmas* mientras Minoo, Anna-Karin e Ida ajustan los localizadores y hojean aquel volumen incomprensible.

—¿Minoo?

Por un instante, Minoo duda de no haberse quedado dormida. Levanta la cabeza y se encuentra con la mirada de la directora.

—¿Qué tal va eso? ¿Ves algo?

La directora muestra un entusiasmo inagotable. Minoo gira el localizador y niega con la cabeza.

—Es de capital importancia que os esforcéis —dice la directora—. De verdad que me gustaría comprender por qué Vanessa y Linnéa no se lo toman en serio. ¿Tú sabes por qué no han venido?

—No —responde Minoo meneando la cabeza.

No debería ser necesario explicar por qué Linnéa no está allí: la directora es *la causa*; pero luego está a punto de iniciar una retahíla histérica para explicar que Vanessa parecía estar enferma la última vez que se vieron, muy enferma de hecho, y por lo demás, en Navidad siempre se va a casa de unos familiares que viven en el sur, sí, en España, creía ella.

Una vez vio un programa de televisión sobre cómo descubrir a los mentirosos. Uno de los indicios más claros es que cuentan historias demasiado enrevesadas y que muestran demasiado interés en explicarlo absolutamente todo. Así que Minoo se esfuerza por tragarse cada una de las palabras que le acuden a la boca.

Por suerte, la interrumpen.

—Me parece que veo algo —se oye decir a una de las chicas.

Minoo levanta la vista. Ida está sentada con las piernas cruzadas, mirando con el localizador de paradigmas el *Libro*, que tiene abierto sobre las rodillas.

—Al principio no eran más que un montón de signos, pero ahora… ya lo entiendo.

—¿Qué ves? —pregunta Minoo—. O sea, son imágenes o palabras…

Pero nadie le presta atención. La directora se planta de un salto al lado de Ida y le cierra el *Libro*.

—¿Qué haces? —le grita Ida.

—Ábrelo otra vez —le ordena la directora—. Ábrelo y concéntrate en lo que estás buscando. Una vez que has distinguido algo del contenido del *Libro de los paradigmas*, no te será difícil localizarlo otra vez.

Ida hace un mohín, pero obedece. Frunce el ceño en un gesto de concentración caricaturesca y echa un vistazo al *Libro* con el localizador pegado al ojo. Va ajustándolo y hojeando, ajustándolo y hojeando…

—¡Aquí! —exclama de pronto—. ¡Lo veo!

La directora la mira con tal veneración que Minoo siente bullir la envidia hasta en lo más hondo de su alma.

—Bueno, pero siguen siendo signos. No veo ningún texto que pueda leer. Y aun así, entiendo lo que dice —explica Ida.

—Sí, es lo que suele ocurrir —responde la directora pacientemente—. ¿Qué te dice?

Minoo saca a toda prisa el cuaderno y escucha con expectación.

—Vale. Pues dice más o menos esto: «Eso está como hecho para una persona. Entonces funciona de maravilla. Pero si son varias las que van a entrar, siempre habrá una que se quede fuera. Y si la que se queda fuera desaparece, entonces quedará fuera otra. Y otra. Y otra. Y otra. Hasta que hayan desaparecido todas».

Minoo deja el bolígrafo. No entiende nada.

—Pero… ¿qué es *eso* exactamente? —pregunta Anna-Karin.

—Pues es… una cosa, o algo. Tiene que ver con nosotras.

—Pero ¿qué cosa? —pregunta Minoo irritada.

—Como un… Joder, ¡no lo puedo explicar! ¡Una especie de atmósfera, maldita sea!

Minoo está a punto de fallecer de frustración.

—¿Una atmósfera? Vamos, Ida, tienes que explicarlo mejor.

—¡Pues léelo tú! —dice Ida, antes de añadir con esa sonrisa suya envenenada—: Ah, perdona, se me olvidaba que no puedes.

Minoo se muerde la lengua y se acerca el localizador de paradigmas.

El Libro es emisor y receptor.

Quién sabe, igual ahora está dispuesto a emitir algún mensaje para ella también.

Con el corazón acelerado, Minoo abre el *Libro* y ve con el rabillo del ojo que Anna-Karin hace lo mismo.

Minoo se queda mirando los signos: observa y hojea y ajusta. Pero nada sucede.

—Yo no veo nada —confiesa Anna-Karin.

La directora contempla a Ida con admiración, como si fuera una niña prodigio. A Minoo le parece terriblemente injusto, pero, además, se pregunta hasta qué punto es fiable un libro que decide comunicarse con Ida, precisamente.

El negro cielo invernal se comba como una cúpula sobre el camposanto. Hace tanto frío que se pegan los pelillos de la nariz al respirar. En días así, Vanessa duda de que vaya a ver de nuevo la luz del sol. Le resulta irreal pensar que siga ahí, en algún lugar del espacio.

Llegan a una de las zonas más nuevas del cementerio. La mayoría de las tumbas tienen lápidas discretas que se hunden levemente en el suelo. Como si no quisieran llamar demasiado la atención, a diferencia de los bloques de piedra colosales que ostentan las tumbas más antiguas.

Gustaf lleva al hombro la gran bolsa de deporte, que va balanceándose al ritmo de sus pasos. Camina rápido, como si tuviera prisa, y Vanessa casi tiene que correr para no perderlo.

Gustaf gira y toma un sendero perpendicular, cubierto de nieve. Se ve que algunas de las tumbas las cuidan los familiares, mientras que otras están ocultas bajo la capa blanca. Vanessa empieza a preocuparse de que Gustaf oiga el crujir de sus pasos en la nieve, se vuelva y vea sus huellas. Trata de poner los pies en las pisadas que él va dejando y de caminar tan en silencio como puede.

Gustaf deja la bolsa de deporte. Se hunde en la nieve. Recorre despacio los últimos pasos y se acuclilla delante de una lápida rectangular de mármol negro con el nombre de Rebecka grabado. A su lado hay una piedra similar con el nombre de Elías Malmgren. Vanessa se queda helada y siente un escalofrío que nada tiene que ver con la temperatura.

Gustaf se quita un guante y pasa los dedos por el nombre de Rebecka, que está tallado en la piedra y relleno de pan de oro.

—Hola —susurra.

Luego se queda en silencio. Vanessa no se mueve lo más mínimo. Tiene las manos bien metidas en los bolsillos para calentarlas.

—Perdona que no haya venido hasta ahora —dice Gustaf—. Estaba pensando que, después de todo, la que está ahí enterrada no eres tú… Quiero decir que no estás ahí. Pero tampoco te encuentro en otro sitio. Así que aquí me tienes. Y no sé si puedes oírme, pero espero que, de un modo u otro, puedas sentir que estoy aquí, y espero que sepas que pienso en ti todos los días. Te echo de menos. Hablo contigo todas las noches, antes de dormirme. ¿Lo sabes?

Le cuesta hablar. Respira entrecortadamente y le caen unas lágrimas por las mejillas.

—No sé qué voy a hacer sin ti —continúa—. Estoy totalmente desorientado. Te echo tanto de menos que tengo la impresión de que voy a enfermar. Y no sé si podrás perdonarme algún día. Por favor, tienes que perdonarme.

Gustaf se inclina de modo que Vanessa ya no le ve la cara. Las palabras se pierden en un puro sollozo. Es tristísimo. Es demasiado íntimo. Pero no se atreve a moverse sobre la nieve crujiente.

—Tienes que perdonarme, tienes que perdonarme…

Gustaf repite esas palabras en un lamento largo, prolongado.

Vanessa baja la vista y siente las lágrimas corriendo por sus mejillas. Cuando alza la vista de nuevo, ve que Gustaf se ha levantado. Antes de marcharse, deja algo en la lápida. Se queda esperando hasta que se ha alejado un trecho. Luego, se acerca a la tumba. Sobre el mármol negro hay un collar de piedrecitas rojas como la sangre.

La verdad, es *estupendo* para todas que Ida haya encontrado un paradigma en el *Libro*, se dice Minoo. Y claro que yo también tengo un poder. Linnéa tiene asociado un elemento y no parece que tenga ningún poder, para ella debe de ser *peor aún*.

Está tan oscuro que podría ser de madrugada. Trata de evitar los charcos de hielo resbaladizo mientras camina. En el suelo hay restos de cohetes de la celebración de Fin de Año. En las casas que deja atrás brillan, encendidas en las ventanas, estrellas navideñas y candelabros eléctricos.

No se ha cruzado con nadie desde que se marchó del parque. En esta ciudad es fácil creer que eres el último habitante de la tierra.

Se detiene y aguza el oído. Silencio absoluto. Solo oscuridad, nieve y edificios aburridos.

Aun así, no se siente del todo sola.

Se da la vuelta y cree intuir una figura, negro sobre negro, al final de la calle.

Apremia el paso. Trata de parecer natural. No quiere que se note que tiene miedo.

Cuando pasa bajo el viaducto de la estación de ferrocarril, oye otros pasos además de los suyos. Resuenan en las paredes de piedra del túnel.

Un coche solitario pasa despacio. Cuando desaparece, el mundo se le antoja aún más desierto. Al otro lado del viaducto no hay casas habitadas, solo una hilera de estaciones de servicio que Minoo apenas puede distinguir en la oscuridad. Hay mucha distancia entre una farola y otra, y piensa en el humo negro, en que podría acudir flotando como parte de la noche.

Empieza a caminar más rápido, va casi corriendo.

Los otros pasos se oyen más cerca.

Más cerca.

—Minoo, ¡espera!

Es Gustaf. Se detiene y se da la vuelta.

—Perdona, ¿te he asustado? —pregunta.

No tiene sentido intentar huir. Minoo se obliga a sonreír, como si habérselo encontrado fuera una agradable sorpresa. Siente que debería decir algo pero, cuando lo intenta, se queda en un extraño carraspeo.

—No —consigue articular cuando lo tiene a poco más de un metro.

Es Gustaf. Y, a pesar de todo, no es Gustaf de verdad. Hay algo en el modo que tiene de mirar a Minoo, como si hubiera en ella algo infinitamente fascinante.

—¿Qué haces por aquí? —pregunta tratando de que suene como una pregunta inocente, como si no *sospechara* nada en absoluto.

Le parece que ha fracasado.

—Nada, había salido a dar una vuelta —responde Gustaf.

La mira intensamente. Como si ella fuera un corderito tierno y él, un lobo hambriento.

—He estado pensando en ti —le dice—. Cuando hablamos en la escalera… Fue como si todo encajara de pronto.

—¿Qué quieres decir?

Es como encontrarse en un sueño extraño. Uno de esos en los que todo resulta familiar y, aun así, todo está mal. Gustaf se acerca un poco más, hasta que sus anoraks se rozan.

—No dejo de pensar en ti —dice—. Al principio pensé que era porque me recuerdas tanto a ella… pero ahora por fin lo he comprendido. Por fin.

Lo que está ocurriendo no es real, Minoo está cada vez más segura, cada segundo que pasa. Ha debido de ir a parar a uno de esos mundos paralelos de los que hablaba la directora.

—Es que me gustas —prosigue—. Me gustas mucho.

Gustaf se inclina y la besa, pero ella no comprende lo que está pasando. Tiene el tiempo justo de notar que tiene los labios suaves y cálidos y que casi se le derriten en la boca. Que, aunque es una boca nueva para ella, no la siente como extraña. Y una parte pequeñísima de sí misma la echa de menos cuando lo aparta de un empujón.

—Pero ¿qué haces? —pregunta.

Él sisea, le agarra el anorak y la atrae hacia sí.

Minoo se suelta y Gustaf pierde el equilibrio, resbala en el hielo de la acera y aterriza de rodillas. La mira con desesperación.

—¿No comprendes que Rebecka está muerta? ¡Nosotros debemos seguir adelante!

A Minoo le repugnan sus palabras. La despiertan de esa sensación onírica y se seca la boca en un intento por borrar cualquier huella de aquel beso.

—Perdona —dice Gustaf—. No comprendo cómo he podido decir eso.

—Yo tampoco —responde Minoo retrocediendo un poco.

—Minoo…

—Déjame en paz —dice, y se da la vuelta y se marcha por la acera cubierta de hielo, aterrada ante la idea de resbalar justo en ese momento.

Quiere lavarse la boca con estropajo y enjuagársela con lejía. Lo oye gritar a su espalda.

Qué asqueroso, qué asqueroso, qué asqueroso, piensa.

No está segura de si se refiere a Gustaf o a sí misma.

Y entonces recuerda a Vanessa. La acechadora invisible de Gustaf. Ella lo habrá visto todo.

Vanessa casi ha llegado a la verja del cementerio cuando aparece *Gato*. La mira iracundo con su único ojo verde. Es obvio que tanto los perros como los gatos pueden verla cuando es invisible. Ni siquiera les hacen falta los dos ojos.

—Y tú, ¿qué quieres? —pregunta airada.

Gato maúlla y entra en un sendero muy estrecho, casi impracticable por la nieve, que se pierde por entre las lápidas más antiguas. El animal se da la vuelta y se la queda mirando como si quisiera asegurarse de que irá detrás.

Vanessa mira a Gustaf, que está esperando el autobús en la calle, un buen tramo más allá. Delibera consigo misma sobre qué hacer.

El rato que ha pasado junto a la tumba de Rebecka la hace sentirse mal. Gustaf no es culpable. Está segura de ello. Ya está bien de tanta tontería. Solo quiere irse a casa y olvidarlo todo. Entrar en calor dándose un baño, leer los libros de Harlequin que tiene Sirpa y comerse los dulces que sobraron de la Nochebuena, aunque ya solo quedan los que están asquerosos.

Gato maúlla muy fuerte y muy seguido, al tiempo que a Vanessa empieza a vibrarle el móvil en el bolsillo. Consigue sacarlo y pulsar el botón de responder, a pesar del guante.

—¿Hola? —dice.

—Solo quería que supieras que no es lo que tú crees.

Es Minoo. La oye jadear y parece nerviosa.

—¿A qué te refieres?

—A Gustaf.

—Ya, ya lo sé —dice Vanessa—. O, bueno, ¿a qué te refieres?

Minoo se queda en silencio un instante.

—¿A qué te refieres *tú*? —pregunta al fin.

—Lo he seguido hasta el cementerio.

—¿Cuándo?

—Hace un momento. Apenas unos minutos.

Minoo calla.

—No es posible. Eso no puede ser.

—¿Es que crees que estoy mintiendo o qué?

—Yo también acabo de ver a Gustaf hace un momento. Junto al viaducto.

A Vanessa le lleva un rato comprenderlo. Es como si el cerebro se le hubiera congelado en medio de tanto frío. Mira hacia la carretera: Gustaf está subiendo al autobús en ese momento.

—Pero si eso está en la otra punta de la ciudad —dice Vanessa con voz apagada—. ¿Estás segura de que era él?

—Créeme, era él.

—Pues es imposible —dice Vanessa, como si no fuera evidente.

43

EN el cobertizo no hace frío. Anna-Karin acaba de ayudar al abuelo a ordeñar las vacas. Él ha vuelto a entrar en casa, pero ella se ha quedado un rato, observando a las vacas una a una mientras intenta contagiarse de su calma.

Le suena el móvil en el bolsillo, pero no hace caso. Sabe que son Julia y Felicia. No se rinden, aunque Anna-Karin les ha dicho que está enferma.

Es el último día de las vacaciones de Navidad y, por primera vez desde que terminó la guardería, no sabe qué le espera a la vuelta.

Antes, al menos, sabía quién era. Había algo limpio en eso. Conocía las condiciones. No tener nada que perder entrañaba cierta seguridad. Entonces las cosas solo podían ir a mejor; entonces podía soñar con verse libre un día del papel que le habían asignado en aquella ciudad odiosa. Ahora, en cambio, tiene más miedo que nunca. Miedo de volver a ser la de siempre, miedo de seguir siendo la persona en la que se ha convertido.

Después de la fiesta de Jonte, dejó de usar su poder con su madre y el cambio se notó enseguida. Era capaz de emprender el proyecto de hacer unos bollos a medianoche, pero luego no tenía fuerzas para sacar las bandejas del horno, sino que se sentaba a fumar en la cocina, mientras los dulces se carbonizaban lentamente. Tan pronto le daba a Anna-Karin un abrazo tan fuerte que le hacía daño, como le gritaba que ojalá no hubiera nacido nunca. Va alternando entre la madre nueva y la madre de siempre, solo que las dos son ahora *mucho peores*.

Anna-Karin no puede imaginar siquiera lo que ocurrirá con los cientos de personas del instituto en las que ha estado influyendo con su poder. ¿Qué harán Julia y Felicia? ¿Le besarán los pies para, al minuto, cogerla y meterle la cabeza en el váter?

Oye cómo un coche se acerca y se detiene en la explanada. Oye que cierran la puerta y al abuelo, que saluda alegre, como siempre. Anna-Karin se acerca a un ventanuco muy sucio y se asoma.

Es el padre de Jari. Ahora está hablando con el abuelo, que le da un destornillador.

Jari se ha quedado en el coche.

A Anna-Karin no le da tiempo de agacharse. La ha visto. Y tiene los ojos desorbitados de miedo. Como si Anna-Karin lo asustara más que ninguna otra cosa.

Se aparta de la ventana.

Si aún no estaba segura, ahora no le cabe la menor duda. Ha tomado la decisión correcta. Jamás volverá a usar la magia para cambiar su vida. No tiene miedo de no controlar su poder. Teme no poder controlarse a sí misma.

Minoo baja deslizándose por el terraplén y continúa avanzando con dificultad por la gruesa capa de nieve. El sol, que apenas ha tenido fuerzas para salir, envía rayos oblicuos que la obligan a entornar los ojos. Pronto se ocultará tras los abetos.

El aliento se queda como un ramillete de plumas delante de la boca cuando sale al camino de grava lleno de nieve y empieza a seguirlo.

Es el último día de vacaciones. Cada vez que empieza un semestre, siente la misma mezcla de temor y expectación.

Ahora, el esfuerzo ha de ser mucho mayor. Ahora se trata de un verdadero peligro de muerte. Si alguna esperanza abriga es la de sobrevivir. Y aunque logre sobrevivir desde un punto de vista puramente físico, está segura de que el corazón se le romperá en pedazos. De no haber

dado un beso nunca, ha pasado, en el transcurso de unas semanas, a liarse con el profesor de matemáticas y con el novio de su amiga muerta, que puede que sea su asesino, que está claro que tiene un doble y que, probablemente, está confabulado con los demonios.

Apenas han pasado veinticuatro horas desde que Gustaf la besó, y no se lo ha contado a nadie. Le da vergüenza. Le da tanta vergüenza que no puede ni pensar en ello. ¿Cómo iba a poder explicarlo? En cuanto se lo plantea, ve ante sí la cara de Linnéa rezumando desprecio.

Supongo que Rebecka y tú no erais tan buenas amigas, después de todo.

Para colmo, Nicolaus le ha reñido esta mañana. Se niega a ofrecerles el piso mientras no inviten a Ida a las sesiones de entrenamiento.

—Merece las mismas oportunidades que vosotras. Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil. Si no se lo contáis, lo haré yo.

Se lo contaré. Se lo pienso contar hoy mismo, piensa Minoo. Digan lo que digan las demás.

Llega al terraplén helado cuando, de repente, intuye algo negro que se mueve por el suelo.

Minoo sabe que es *Gato* incluso antes de bajar la vista.

Gato maúlla descontento y Minoo lo observa con una sensación de calidez que la sorprende. Nicolaus no quería venir personalmente, pero ha enviado a su *familiaris*. Una parte de él.

—Bueno, pues vamos —dice Minoo.

Son un grupo tan raro, piensa Minoo mientras cruza la verja del parque.

Vanessa, que parece estar helada con ese anorak tan fino. Anna-Karin, que tiene el aspecto de una niña que ha crecido demasiado, con ese gorro puntiagudo de colores encajado hasta las orejas. Linnéa, que se esconde debajo de una piel falsa de leopardo. E Ida, con el anorak blanco.

Minoo deja la mochila en el suelo y saca unos papeles que ha impreso en internet. Está nerviosa. Pero entonces ve a *Gato*, que se tumba a su lado de un salto, y se siente un poco más fuerte. Levanta la vista y se encuentra con la mirada de Ida.

—Ida —dice—. ¿Has encontrado algo en el *Libro*?

Ida niega con un gesto mientras mastica ruidosamente un chicle. El hálito de sandía sintética llega hasta Minoo.

—Nada sobre Gustaf y un posible gemelo misterioso —dice con una sonrisa enigmática, como queriendo dar a entender que sí ha encontrado otras cosas que no piensa contarle a Minoo.

Esta se traga la irritación y pasea la mirada por sus papeles.

—Pues yo quizá haya encontrado algo —dice.

Los demás esperan. Todo está en silencio salvo por el chapoteo del chicle en la boca de Ida.

—La cuestión es cómo pudo Gustaf estar en dos sitios al mismo tiempo —comienza Minoo.

El chapoteo cesa.

—No —responde Ida—. La cuestión es por qué no vamos a la directora.

—Ya sabes por qué no podemos ir a la directora —dice Linnéa—. No piensa hacer una mierda, salvo *impedir* que nosotras hagamos algo.

—Puede que tenga algún medio de ayudarnos si se lo pe…

—Tenemos que ayudarnos a nosotras mismas —ataja Linnéa.

Le dedica a Ida una mirada tan asesina que Minoo queda impresionada. Pero Ida resopla sin más y sigue masticando el chicle.

—Imagínate lo que haría la directora si se enterara de esto —dice.

—Pero no se va a enterar —añade Linnéa—. ¿Verdad que no?

Ida no responde. *Chuing, chuing, chuing*, eso es todo.

—¿Verdad que no? —repite Linnéa.

Ida se encoge de hombros.

—Ya veremos.

Minoo pasa los dedos por sus papeles. La situación ya se le ha escapado de las manos. Carraspea un poco.

—Ida —dice—. Tenemos que poder confiar en ti.

Aunque te estamos engañando, piensa, y siente náuseas.

—No tengo ninguna razón para ser leal a ninguna de vosotras.

—Nos lo prometimos. Nos prometimos que íbamos a colaborar y que nos mantendríamos unidas.

—Estoy aquí, ¿no? —dice Ida poniendo las palmas de las manos hacia arriba—. Pero si no empiezas ya, me voy.

—Por Dios, cómo te íbamos a echar de menos —murmura Linnéa.

—Como os decía… —interrumpe Minoo antes de que se enzarcen otra vez en una discusión—. Como os decía, estuve intentando averiguar cómo es posible que Vanessa y yo viéramos a Gustaf al mismo tiempo en dos lugares diferentes. Empecé a buscar la palabra «doble» en la red y resulta que la figura existe en casi todas las mitologías.

Levanta la vista para comprobar que la están escuchando.

—Yo creía que la censura soviética de la directora eliminaba toda la información verdadera de la red —dice Linnéa.

—Pero también dijo que hay rastros de verdad en lo que queda —objeta Anna-Karin.

Minoo la mira sorprendida.

—Lo dijo, ¿no? —insiste Anna-Karin con un hilo de voz.

—Exacto —responde Minoo, que se siente como un maestro que alaba a una alumna—. En Alemania se llaman *Doppelgänger*. En las viejas sagas irlandesas se habla de un ser llamado *fetch*. Hay antiguos cuentos noruegos sobre el *vardøgern*, una especie de presencia fantasmagórica de una persona que aún no ha llegado al sitio. En el extremo norte de Finlandia se llama *etiäinen*. Todas las mitologías coinciden en que los dobles son un mal presagio. Ver a tu propio doble significa, por lo general, que te vas a morir.

Minoo hojea el montón de documentos.

—Pero tengo la sensación de que no es eso exactamente lo que buscamos. Me topé por casualidad con un montón de referencias de fenómenos similares que se llaman «bilocación». Está documentado en todo el mundo. Lo mencionan en los orígenes de la filosofía griega, en el hinduismo, el budismo, el chamanismo, el misticismo judío…

—¿Y qué es? —pregunta Vanessa impaciente.

—La capacidad de encontrarse en dos lugares al mismo tiempo —responde Minoo—. Se crea una copia que puede recabar información en un lugar mientras uno se encuentra en otro. No he comprendido muy bien si el doble tiene voluntad propia o si simplemente se lo controla a distancia. Pero es la mejor explicación que he encontrado.

—Así que solo uno de los dos Gustafs que vimos es el auténtico —dice Vanessa—. ¿Cómo era el tuyo?

—Desde luego, había algo que no encajaba —se apresura a explicar Minoo—. El que tú viste debía de ser el original.

—Y el que mató a Rebecka tuvo que ser la copia —añade Anna-Karin—. Porque como que no era él.

Minoo experimenta de nuevo la sensación de querer enjuagarse la boca con lejía. Ya no cabe la menor duda. El Gustaf al que vio, y que la besó, fue el mismo que mató a Rebecka.

—Todo encaja —dice Linnéa, que llevaba un rato absorta en sus pensamientos—. Si Gustaf es un chico tan bueno como decís, no sería capaz de mancharse las manos con un asesinato. ¿Por qué no crear una copia que pueda hacer el trabajo sucio?

Minoo nota el calor en las orejas. ¿Qué pretendería Gustaf con aquel beso?

—Minoo —dice Linnéa levantando la vista—. Tú oíste dos voces cuando intentaban matarte. ¿Podrían ser Gustaf y su copia hablando entre sí?

—Uno de los dos quería matarte y el otro no —explica Anna pensativa.

—Eso querría decir que el doble tiene voluntad propia —constata Vanessa.

Todas quedan en silencio unos instantes.

—O sea, que el peligroso no es Gustaf sino la copia —dice Anna-Karin.

—Ya, la copia que *él ha creado* —aclara Linnéa—. Vamos, que no es del todo inocente.

—¿Y cómo sabemos que la ha creado él? —pregunta Anna-Karin—. Quiero decir, ¿no puede haber surgido sola?

—La única que puede averiguar cómo funciona todo esto es Ida —se oye a Minoo decir con amargura.

—Sí, bueno, bueno. Lo intentaré otra vez —dice Ida—. Pero ¿qué creéis que diría la directora sobre que Vanessa se pase los días espiando a Ge?

—Podríais preguntarle a ella —se oye decir a una voz familiar.

Todas se vuelven con un movimiento perfectamente sincronizado y ven a la directora, que se acerca a la pista de baile. Su largo abrigo negro aletea acariciando la nieve.

Gato le bufa iracundo al cuervo de la directora, que responde desde el aire con un graznido.

—¡Yo he tratado de explicárselo! —grita Ida—. Me has oído, ¿verdad?

—Me habéis decepcionado muchísimo —dice la directora sin hacer caso a Ida. Dirige una mirada acusadora a Minoo—. Sobre todo tú. ¿No te dije expresamente que no hicieras nada por tu cuenta?

Minoo no puede articular palabra.

—Y tú, Vanessa —continúa la directora—. ¿No comprendes el peligro mortal al que te expones espiando a Gustaf? El Consejo lo considera una amenaza potencial y ha instituido…

Una risotada la interrumpe. Minoo no ha oído nunca nada semejante, y le lleva un rato comprender que es Linnéa. Se ríe de tal modo que casi le da hipo.

Todas se la quedan mirando.

—Perdón… —se disculpa Linnéa—. Pero… es que es… tan trágico.

Adriana se cruza de brazos.

—Puede que quieras contarnos qué es lo que te parece tan divertido.

La risa de Linnéa se extingue y una sonrisa burlona se le congela en la cara.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir con este juego?

—No sé de qué hablas —responde Adriana—. Tenéis que contarme todo lo que habéis averiguado sobre Gustaf…

—No —la interrumpe Linnéa sin apartar la vista de la directora—. Ahora te toca hablar a

ti. Contarnos lo que hacéis en realidad el Consejo y tú. Fingís ser tan poderosos como dioses, pero lo único que sabéis hacer es prender hogueras insignificantes. Solo podéis controlarnos haciéndonos creer que dependemos de vosotros, pero en realidad no sabéis *nada*. No *podéis* protegernos ni aunque queráis.

—Eso no es verdad —asegura la directora.

—Te contamos lo de los círculos en la casa de Adriana —le dice Minoo a Linnéa con impaciencia—. Con ellos podía teletransportarse desde Estocolmo. Eso debe de ser magia de la más potente.

Pero Linnéa no le hace caso. Concentra toda su atención, afilada como un láser, en la persona de Adriana.

—Ya tienes dos vidas sobre tu conciencia. Pero lo que quieres es que muramos todas. Quizá sea eso lo que pretendes.

—¡No!

La voz de la directora le recuerda a Minoo el grito de un pájaro. La directora aprieta los labios. Minoo puede ver el esfuerzo que está haciendo por serenarse. Pero es demasiado tarde. Se le ha caído la máscara. Ya no puede ocultar su miedo por más tiempo.

La directora respira hondo y exhala un largo suspiro.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por los círculos que había en tu casa —sugiere Linnéa—. Explícale a Minoo por qué no son tan impresionantes después de todo.

Linnéa mira triunfal a la directora y, de repente, Minoo siente un miedo atroz. No quiere oír lo que la directora tenga que decir. Si todo es mentira, si la directora y el Consejo no se revelan tan sabios y tan poderosos como ha dado a entender, prefiere vivir en el engaño. La directora ha sido la única autoridad con la que han contado hasta el momento: la única que tenía alguna respuesta. Verse totalmente solas, sin guía… Sencillamente, le parece una idea espantosa.

—Los círculos… —comienza la directora, y hace una larga pausa—. Nos llevó medio año y el poder de cinco brujas, hasta que pudimos hacer el sortilegio. Fue como el equivalente al sistema de alarma más caro del mundo. Con la diferencia de que hay que repetir todo el procedimiento cada vez que se usan. Linnéa tiene razón. La magia que me habéis visto poner en práctica con el fuego es lo único que puedo hacer sin dificultad. Todo lo demás requiere días, a veces semanas de preparativos y, casi siempre, ayuda de otras brujas.

Vuelve a hacer una pausa más breve, como para tomar aliento. Se diría que le doliera cada palabra que pronuncia, pero las va diciendo, una tras otra:

—A diferencia de vosotras, yo no nací con ningún poder. Crecí en una familia de brujas con formación y me educaron en la creencia de que el Consejo siempre hace lo correcto.

Guarda silencio un instante.

—Me siento terriblemente culpable por lo que les sucedió a Elías y a Rebecka —prosigue—. Deberíamos haber hecho más por evitar… Deberíamos haber confiado más en vosotras desde el principio.

Baja la vista en silencio. El cuervo se acerca aleteando ruidosamente, se le posa en el hombro y esconde la cabeza debajo del ala.

—¿Y el todopoderoso Consejo? —pregunta Linnéa con una sonrisa rayana en la autosuficiencia.

Se comporta como un policía sádico en pleno interrogatorio, piensa Minoo.

—Sus miembros os tienen miedo —confiesa la directora—. Las consecuencias serían terribles para mí si supieran lo sincera que estoy siendo con vosotras. Quieren que os controle;

que os obligue a hallar en el *Libro de los paradigmas* las respuestas que ellos no son capaces de ver. Y que utilice ese conocimiento para fortalecer al Consejo.

—O sea, que el Consejo es tan inútil como tú, ¿no? —pregunta Linnéa.

—Oye, no tienes por qué hacer leña del árbol caído —la reprende Minoo—. La has descubierto, con eso basta.

—Comprendo que estés decepcionada, Minoo. No es una profesora a la que hacerle la pelota, ¿verdad? —dice Linnéa.

—No, eso no es verdad, el Consejo no es impotente —la interrumpe la directora con voz enérgica—. No debéis menospreciarlo ni considerarlo inofensivo. El Consejo es una institución bien organizada y tiene infinidad de súbditos en todo el mundo, capaces de hacer juntos una magia extremadamente poderosa. Podrían recurrir a métodos drásticos para someteros.

Al decir estas palabras, mira a Anna-Karin.

—¿Métodos drásticos? —repite Linnéa con tono burlón—. Pues a mí me parece que lo que han demostrado es que no tienen ningún método en absoluto.

La directora duda un instante. Luego se desabrocha el largo abrigo. Debajo lleva, como de costumbre, uno de sus trajes elegantes y discretos, con camisa blanca. Se desabrocha los tres primeros botones.

Minoo no puede evitarlo. Aparta la vista abiertamente, con una falta de discreción reprobable. Debajo de la clavícula de la directora se ve grabado en la piel el signo del fuego. A su alrededor se extiende una red de piel requemada y deformada.

—Una vez tuve planes de abandonar la comunidad de las brujas —dice la directora con una sonrisa tristona—. Había un hombre de por medio. Puede que os parezca que esto tiene mala pinta…

Mantiene la mirada fija en Linnéa.

—Pero esto no es nada comparado con lo que le hicieron a *él*.

Linnéa tiene la cara tensa y la boca entreabierta. Da unos pasos vacilantes hacia atrás.

La directora se abrocha la camisa y se cierra el abrigo.

—Propongo que os vayáis todas a casa. Mañana empieza el instituto. Ida puede seguir buscando en el *Libro* —dice—. Pero eso es lo único que debéis hacer.

Se vuelve y mira a Minoo. Solo medio segundo de más. Hay algún tipo de mensaje en esa mirada. Un mensaje que Minoo no es capaz de interpretar.

—Eso y nada más —repite Adriana.

—¡Ida! —grita Minoo—. ¡Espera!

Ida se detiene pero no se da la vuelta.

—Tengo que hablar contigo —dice Minoo cuando le da alcance.

Ida se vuelve a regañadientes. Tiene los ojos de un azul antinatural, en contraste con el anorak blanco y con toda la nieve que las rodea. En realidad, Ida es muy bonita, como una muñeca. Una muñeca maligna, sí…

No, no debe pensar así. Ya es hora de pasar página.

—Sé lo que me vas a decir —comienza Ida—. Os habéis estado viendo en secreto. En casa de Nicolaus. Allí estamos seguras porque tiene en la pared una cruz de plata con poder mágico. Lo decía en una carta que había en una caja fuerte a la que os llevó *Gato*, *Gato* es el *familiaris* de Nicolaus. Nicolaus también es brujo. Su elemento es la madera, pero eso vosotras no lo sabíais.

Minoo se la queda mirando mientras trata frenéticamente de dar con una explicación.

¿Quién se lo habrá contado?

—Me lo ha revelado el *Libro* —dice Ida triunfal—. Me contó que habéis estado practicando magia sin mí.

Se quita un poco de agüilla de la punta de la nariz.

—Me tenéis excluida.

—No…

—Ya —continúa Ida—. Ah, será que no dijiste que querías que me muriera, ¿verdad?

—Lo siento muchísimo, estoy muy arrepentida —dice Minoo—. Mucho. Y ha sido un error ocultarte que nos estábamos viendo en secreto. Pero eso era lo que quería contarte.

—Pero es solo porque yo puedo leer el *Libro*. Me necesitáis.

A Minoo casi se le desgarra la garganta al pronunciar estas palabras:

—Sí. Te necesitamos. Y te pido perdón de verdad. ¿Piensas ayudarnos? ¿Sin que la directora lo sepa?

Ida resopla y mira para otro lado.

—El *Libro* dice que tengo que ayudaros. De lo contrario, no me mostrará nada más.

La situación con ese libro tan chivato resulta cada vez más rara.

—¿Podrías buscar algo que nos ayude a encontrar la verdad? —pregunta Minoo.

—Bueno. Pero no lo hago por vosotras. Lo hago por Ge.

44

VANESSA se despierta con frío. Está atrapada en el hueco que hay entre la cama y la pared. Tiene la cabeza llena de imágenes de un sueño desagradable. La quemadura de la directora. Gustaf junto a la tumba entregado a la tarea de desenterrar el ataúd de Rebecka. El ojo verde penetrante de *Gato*.

Se da la vuelta y contempla a su novio, que aún duerme. Wille ha vuelto a llevarse todo el edredón y se ha enrollado en él de tal forma que parece una tortilla mexicana. Solo asoma el pelo. Vanessa le da una patada pero él suelta un ronquido y se da la vuelta.

Echa una ojeada al despertador de Batman, una reliquia de la infancia de Wille. De todos modos tiene que levantarse dentro de cinco minutos. Pasa por encima de él y está a punto de perder el equilibrio cuando sale de la cama.

La habitación siempre ha parecido una excavación arqueológica con hallazgos de diversas épocas en varias capas. Desde que Vanessa se mudó con él, todo está el doble de revuelto. Ninguno de los dos es capaz de mantener el orden y, para bien y para mal, Sirpa no hace el menor caso de lo que ocurre en la habitación.

Vanessa nota algo blando y pegajoso en la planta del pie y descubre que acaba de pisar una rebanada de pan con paté.

Siente que la ira aflora en su interior como un géiser. Coge una de las zapatillas de Wille y la lanza contra la cama. Rebota en el cabecero y aterriza en la cara. La tortilla mexicana despierta a la vida.

—¿Qué coño pasa? —pregunta con voz soñolienta.

—¿Que qué coño pasa? —repite Vanessa—. ¡Pues que he plantado el pie en el apestoso bocadillo de paté que has dejado en tu suelo lleno de mierda!

Wille se incorpora aún envuelto en el edredón.

—Pero si no es mi bocadillo.

—Yo-no-como-paté —responde Vanessa articulando exageradamente como si Wille fuera un viejo sordo—. ¡Mira qué lío hay aquí!

—También es tu habitación.

—¡Yo me paso el día entero en el instituto, pero tú no haces nada! ¿No podrías limpiar por lo menos?

—Ya, joder, pero tú acabas de tener unas largas vacaciones de Navidad. Ordena tu mierda y yo ordenaré la mía —dice sacando uno de sus sujetadores, que al parecer estaba debajo del almohadón.

Se lo arroja furioso y aterriza a los pies de Vanessa.

Ella siente deseos de gritar, pero recuerda que Sirpa está en la habitación de al lado y se contiene. Se agacha, coge el sujetador y se lo tira a Wille. Aterriza en la cabeza y queda con una copa colgándole por delante de la cara.

—Venga ya —protesta Wille, pero Vanessa puede ver que, por debajo del sujetador, está sonriendo.

Vanessa recoge del suelo una revista de automovilismo y se la arroja.

—Para ya —dice Wille, que un segundo después recibe en la cara el impacto de un calcetín asqueroso que había en la silla del escritorio—. Ahora sí que… —dice retirando el edredón, sale corriendo, coge a Vanessa en brazos y se la lleva otra vez a la cama.

—¡Suéltame, tengo el pie lleno de paté!

—Me da igual.

—¡Tengo que ir al instituto!

—Qué vas a tener que ir.

—¡Pues claro que sí! ¡Se han terminado las vacaciones!

—El primer día del segundo semestre siempre es día de deportes —dice Wille y la suelta en el colchón.

Vanessa dibuja una amplia sonrisa. Se le había olvidado por completo. Tira del edredón y se envuelve en él. El día de deportes es un día libre. Eso lo sabe todo el mundo.

—Pues entonces voy a seguir durmiendo —dice—. Y mientras yo duermo, tú recoges ese bocadillo de paté asqueroso. Y me limpias el talón —añade moviendo el pie.

Wille sale de la habitación y Vanessa cierra los ojos. Vuelve a conciliar el sueño con una rapidez sorprendente. Solo se despierta un instante cuando Wille le limpia el talón con papel de cocina y le hace una reverencia después.

El dolor es tan agudo y repentino que, durante unos segundos,

Minoo se olvida de cómo respirar. Está segura de que se ha roto el coxis y ha pulverizado el hielo sobre el que ha caído.

Oye silbidos y aplausos amortiguados por los guantes e intenta reír *—no, qué va, estoy bien, no duele nada y mira qué capacidad tengo de verlo desde fuera*—, aunque las lágrimas le arden en los ojos.

Ha elegido una jornada entera de patinaje sobre hielo solo porque Max será el profesor encargado en el estadio de Engelsfors. Como es lógico, apenas si la ha mirado.

Minoo trata de levantarse. Los patines se deslizan y obligan a las piernas a doblarse en formas imposibles. Pone las manos en la superficie lisa del hielo y hace un nuevo intento. Esta vez termina aterrizando en las rodillas. Otro latigazo de dolor le sube por las piernas.

Oye que alguien se le acerca patinando. Minoo levanta la vista al mismo tiempo que Max hace una frenada perfecta, que provoca una lluvia de cristales de hielo diminutos sobre toda ella. Le tiende la mano y le ayuda a levantarse, pero está a punto de volver a caerse y de arrastrarlo consigo. Max casi pierde el equilibrio. Por un instante se apoyan el uno en el otro y casi parece un abrazo. Experimenta la vertiginosa sensación de que la va a besar otra vez. Pero Max aparta la vista.

—¿Estás bien? —pregunta soltándola con delicadeza.

No hay nada que esté bien, eso es lo que quiere decir Minoo. Querría decir montones de cosas.

—No —responde—. Me duele muchísimo la rodilla derecha. No sé si puedo seguir patinando.

—Pues vete a casa y descansa —dice Max.

Vuelve a tratarla de una forma totalmente impersonal. Le duele estar tan cerca y no poder tocarlo. Siente como si le estuviera arrancando el corazón, lo arrojara al hielo, le prendiera fuego, le escupiera, lo pisoteara, se lo volviera a meter en el pecho y la cosiera, para volver a empezar otra vez.

—Me he despedido. Solo me quedaré aquí hasta el final del semestre.

Se lo dice sin pestañear, con la mirada fija en Julia y Felicia, que fracasan en su intento de hacer piruetas a unos metros de allí.

—Eso no significa que no me gustes —prosigue con un hilo de voz—. Al contrario.

Por fin la mira directamente a los ojos.

—Me gustas demasiado.

Y luego se va. Se aleja patinando rápidamente hasta que desaparece. Minoo se queda allí, mirándolo y tratando de comprender lo que acaba de oír. El dolor se ha atenuado. Y ha ocupado su lugar un sentimiento nuevo y peligrosísimo:

Esperanza.

Anna-Karin cierra los ojos y se desliza cuesta abajo. Ha esquiado por allí mil veces y se conoce cada curva. El viento le da en la cara. La nieve susurra bajo los esquíes. Se siente libre y ligera. Abre los ojos y los guiña al sol y al ancho cielo que se extiende frente a ella, al tiempo que entra deslizándose en la siguiente curva.

Hace años, en invierno, el abuelo y ella solían hacer esquí de fondo por aquella pista y, por eso, es lo que siempre elige en los días de deporte del instituto. Es la única actividad física que se le da bien y además le encanta la sensación de ir surcando el bosque, sola entre los abetos. Nunca ha tenido que sentir miedo de cruzarse por la pista con ninguno de los acosadores. El esquí de fondo no es, precisamente, el deporte de la gente más popular.

Anna-Karin disfruta de la soledad. La necesita. Tiene que ordenar sus pensamientos ante el semestre que comienza y la empresa tan difícil que se ha prometido abordar.

Si lograra olvidar la imagen de la piel carbonizada de la directora…

Eso no es nada comparado con lo que le hicieron a él.

¿Qué le hará el Consejo a ella?

Hay un área de descanso unos metros más allá. Anna-Karin ve el tejado de madera oscura, la mesa robusta con sus dos bancos alargados y aumenta la velocidad.

Una vez allí, clava los bastones en un montículo de nieve, se quita los esquíes y los pone al lado. Se abre el anorak para dejar entrar algo de fresco y suelta la mochila encima de la mesa. Acaba de empezar a sacar la comida cuando oye el silbido de unos esquíes que se acercan.

La persona que va esquiando divisa a Anna-Karin. Se detiene, se fija bien y reanuda la marcha. Anna-Karin ve la melena rubia y deja en la mesa la botella de refresco.

Es Ida.

—¿Qué quieres? —pregunta Anna-Karin cuando la tiene delante.

—Solo venía a decir hola.

Automáticamente, Anna-Karin echa un vistazo a su alrededor. ¿Se habrán escondido en el bosque Robin, Kevin y Erik? ¿O quizá cualquiera de los demás a los que Ida ha azuzado contra ella a lo largo de los años? ¿Será posible que ya estén otra vez tras ella?

—Pues ya lo has dicho —dice Anna-Karin—. Lárgate.

—Este es un país libre.

—¿Qué pasa, que estás en secundaria o qué?

—Solo quiero que sepas una cosa —dice Ida quitándose los esquíes.

Tiene un aspecto de salud irreal, como si se hubiera alimentado toda su vida a base de vitaminas, verduras ecológicas y actividades físicas al aire libre y puro de la montaña.

—Este semestre será diferente. Me has robado todo lo que era mío, pero ahora pienso recuperarlo. Y no podrás impedírmelo. Te arrepentirás de haberme arruinado la vida.

Eso le dice Ida. Ella, que se ha pasado nueve años interminables torturándola.

Algo se quiebra en su interior, algo de lo que no había sido consciente hasta el momento. Es como la finísima membrana que hay dentro de la cáscara del huevo. Una capa protectora que, más o menos, ha mantenido a raya la masa pegajosa de la angustia, del miedo y de la ira. Ahora acaba de romperse. Y toda esa fealdad sale, se esparce por todo el cuerpo: un mar hirviente y

oscuro de odio destilado.

—Todo el mundo te odia, Ida —dice Anna-Karin—. ¿No lo sabías?

—Sí, claro, gracias a ti. Pero no te creas…

—No —continúa Anna-Karin impertérrita—. Todo el mundo te ha odiado desde siempre. Es solo que antes fingían que les caías bien. Te tenían miedo. Tenían miedo de convertirse en tu próxima víctima. No importa lo que me hagas a mí. Eso no cambiará lo que todos piensan de *ti*.

Por un instante, da la impresión de que Ida va a echarse a llorar, el llanto está ahí, bajo la piel de la cara.

—Pues tampoco hay nadie que sea amigo tuyo voluntariamente —responde.

Anna-Karin da un paso al frente e Ida retrocede.

—Puede ser, pero yo no le he hecho daño a nadie. En cambio tú sí, continuamente. Lo que yo he hecho no es nada comparado con lo que tú has venido haciendo todo este tiempo.

—¡Eres una friki de mierda!

—¿Y te extraña? Has destrozado *toda mi vida* —dice Anna-Karin.

Da unos pasos más. Ida da con los talones en un montículo de nieve.

—No he sido yo la única —responde Ida con rebeldía.

—Ya, pero tú fuiste una de las que empezaron. Nunca llegué a entender por qué me elegisteis a mí precisamente. Me pasaba las noches en vela tratando de averiguar qué tenía de malo, para poder cambiarlo. Se me ocurrieron montones de cosas que odiar de mí misma. Lo probé todo. Pero nunca era suficiente. Ni siquiera cuando me rendí, cuando hice todo lo posible para que no me vierais ni me oyerais.

Ida la mira. Anna-Karin atisba un ápice de duda que desaparece enseguida.

—No, no era suficiente —dice Ida con calma, como si quisiera que Anna-Karin percibiera bien cada palabra—. Deberías haberte suicidado.

Y la oleada tenebrosa que ha ido forjándose dentro de Anna-Karin la inunda. La inunda y ella se deja arrastrar.

Se abalanza sobre Ida. Ella pesa más, y la adrenalina la hace fuerte. Ida se estrella contra el suelo y queda debajo de Anna-Karin, que le sujeta los hombros contra la nieve y se sienta a horcajadas sobre su cintura. Ida lucha, se retuerce e intenta mover brazos y piernas, pero no sirve de nada.

—¡Suéltame! ¡No puedo respirar!

Es como si el poder fuera un ser vivo dentro de Anna-Karin. Un ser que siempre ha esperado este momento.

VETE DE AQUÍ, DEJA ESTA CIUDAD Y NO VUELVAS NUNCA MÁS.

A Ida se le dilatan las pupilas. Anna-Karin ve que trata de oponer resistencia, que se pone cada vez más roja.

VETE DE AQUÍ…

Hay un muro invisible entre Ida y ella.

Anna-Karin reconoce la sensación de las prácticas que ha hecho con las demás. Ida se resiste. Anna-Karin se emplea con más fuerza, añade toda su voluntad y toda su concentración, además de su poder, para derribar la pared que las separa. Se curva, pero no se rompe y, al final, Anna-Karin descubre que no tiene nada más a lo que recurrir.

La invade un cansancio inmenso. Se deja caer a un lado en el montículo de nieve. Ida se levanta y se tambalea, pero le brillan los ojos de triunfo. Y Anna-Karin comprende que ha caído de lleno en la trampa de Ida. Se ha dejado provocar. Eso era precisamente lo que Ida quería.

—Ya no te tengo miedo —dice Ida—. El *Libro* me ha enseñado lo que tengo que hacer. Está de mi parte.

Ida se dirige a sus esquíes y se los pone. Anna-Karin no puede articular palabra.

—Deberías seguir tu propio consejo —continúa Ida—. Deberías largarte. Mañana empiezan las clases de verdad. Y entonces todo será *como debe ser*.

Se aleja deslizándose por la pista. Anna-Karin cierra los ojos. Si se tumba y se queda el tiempo suficiente morirá congelada. Y quizá no fuera tan grave.

—Ya no puedo más —susurra—. Ya no puedo más.

45

NÚMERO 17. Número 19.

¿Qué estoy haciendo?, se pregunta Minoo mientras camina por Uggelbovägen.

Número 21. 23.

Las bombillas de sodio arrojan su resplandor sobre la calle, de la que acaban de retirar la nieve. Los montículos están marcados con puntos de meadas de perro. Pasa por delante del número 25. 27. 29.

Esto es algo que haría Vanessa. O Linnéa.

31, 33.

Pero desde luego no Minoo Falk Karimi.

Se para en el número 35 y espía la casa número 37. Hay luz en la ventana de Max. Todavía puede darse media vuelta y volver directamente a su casa. Todavía es posible. Todavía puede retirarse.

Pero si se va ahora, no lo sabrá nunca.

Recorre el último tramo hasta la puerta de Max y alarga el brazo para llamar al timbre. Se detiene al oír voces dentro. ¿Será el televisor o la radio? ¿O tendrá visita? *¿Una mujer?*

No se le ha pasado por la cabeza pensar que Max tenga vida privada. En su cabeza se lo ha imaginado siempre en una especie de vacío cuando no estaba en el instituto.

Y si ha invitado a cenar a unos amigos, ¿qué van a pensar? ¿Que Max es algo así como un tío medio pederasta que abusa de sus alumnas? ¿Y que ella es una chiflada, obsesionada con hombres mayores?

Los amigos de Max pensarían seguramente que era de lo más normal que saliera con una chica que acaba de empezar el bachillerato y, seguramente, él no se avergonzaría ante ellos. «¿Cómo os conocisteis?» «Pues, Minoo era un genio en las ecuaciones de segundo grado y así surgió el amor.» De repente, se imagina lo asqueroso que resultaría a ojos de los demás.

¿Tendrá Max hermanos, padres? ¿Qué dirían? Divertidas, las reuniones familiares. A ella la sentarían en la mesa de los niños mientras los mayores hablaban. Por no mencionar lo que dirían sus padres. Su padre se preguntaría si le había provocado algún tipo de complejo por haber trabajado tanto cuando ella era pequeña. Su madre haría un diagnóstico nada favorable y obligaría a Minoo a vivir en la consulta de la sección de psiquiatría infantil.

Aunque trataran de ocultar su relación, terminaría por salir a la luz. Las historias de amor secretas no permanecían secretas mucho tiempo en Engelsfors. Entonces, el instituto denunciaría a Max. Y nunca podría volver a ejercer su profesión.

Minoo retira la mano.

De repente, un nuevo componente ha irrumpido en su relación con Max. Se llama realidad. Antes se negaba a verla. Pero Max la ha tenido presente todo el tiempo.

Cuando seas mayor, comprenderás lo joven que eras en realidad.

Allí estaba ella, en su sofá, tratando de convencerlo de lo madura que era, cuando lo que le estaba demostrando era precisamente lo contrario.

Las voces callan de pronto allí dentro y Minoo comprende que debía de ser el televisor. Oye pasos. Max va de un lado a otro por la casa. Del salón a la cocina. Abre el grifo. Trajina con los cacharros.

Ha venido para convencer a Max de que tienen que estar juntos, de que no deben hacer caso de lo que piensen los demás. Pero ahora que, de repente, lo ha visto todo claro, no puede

seguir cerrando los ojos.

Solo hay una cosa que pueda hacer. Y una cosa que tiene que saber.

Le sorprende lo suave y melódico que suena el timbre.

Cesa el ruido dentro de la casa. Oye pasos que se acercan. Minoo sigue allí, trata de respirar acompasadamente, aunque el corazón le late alocado al ritmo de música tecno.

Gira la llave. Se abre la puerta.

La luz ilumina a Max por detrás. Lleva una camiseta blanca y unos vaqueros negros. Tiene el pelo revuelto y parece cansado. Pálido y con ojeras. No sabe cómo, pero ese aspecto lo hace parecer más guapo todavía. Parece un poeta trágico: Keats o Lord Byron. Se seca las manos en un paño de cocina.

—Hola —dice—. Perdona que venga así, sin avisar.

—Minoo… —comienza, pero ella lo interrumpe.

—Por favor, escúchame un momento. He estado pensando en lo que dijiste. Y sé que tienes razón. No podemos estar juntos.

Le duele pronunciar esas palabras. No importa que la parte lógica del cerebro lo vea todo claro. Eso no cambia el hecho de que lo quiera. Puede que más que nunca.

—No volveré a presentarme así otra vez. No le hablaré a nadie de nosotros, no tienes de qué preocuparte. Solo quiero saber una cosa…

Minoo calla. La pregunta se le antojaba tan sencilla y tan obvia en la cabeza… Ahora le parece demasiado terrible. Le mira las manos, que se aferran al paño de cocina.

—¿Qué quieres saber? —pregunta Max en voz baja—. ¿Si hablaba en serio? Pues sí, hablaba en serio. Te quiero, Minoo. Te quiero desde el día que te vi.

—Yo también te quiero —dice Minoo, y le parece de lo más natural—. Pero por fin lo entiendo. No puede ser. Lo que quería saber es… ¿Podrás esperarme?

No es capaz de mirarlo a los ojos.

—Solo me falta poco más de un año para cumplir dieciocho. Y entonces, ya no serás mi profesor.

Minoo levanta la vista y ve que Max está dudando. Lo comprende. Un año es demasiado pedir. Son eones.

—Comprendo que no puedas prometérmelo —susurra.

Max guarda silencio un buen rato.

—Un año no es nada —dice—. Te esperaré tanto como sea necesario.

Extiende el brazo y le toca la mejilla. Un roce levísimo que casi echa por tierra toda la lógica de Minoo.

Solo una noche, siente deseos de decirle. Solo una noche juntos no puede ser tan grave, ¿no? Y ve en sus ojos que él también lo desea tanto como ella.

Minoo se retira fuera del alcance de su mano.

—Tengo que irme —dice.

—Sí, será lo mejor —responde Max.

Minoo se da la vuelta y empieza a caminar. 35. 33. 31. 29. Max no cierra la puerta hasta ese momento. Ella apremia el paso. 27. 25. 23. 21. 19. 17. Se detiene. Se vuelve a mirar.

La calle está exactamente igual que antes. Pero todo ha cambiado.

Anna-Karin no puede dormir. Está tumbada de costado mirando al vacío. La persiana no está echada y por los cristales puede ver las estrellas. Esta noche le parecen más lejanas que nunca.

Mañana empieza, se dice. Mañana tengo que ir al instituto y ser Anna-Karin Nieminen, sin magia. Ella, a la que todos odian o, en el mejor de los casos, a la que nadie ve.

Debe de ser mi yo verdadero, piensa. Debe de ser mi papel en la vida. Si no, ¿por qué iba a ir tan mal cuando intenté cambiar las cosas?

En su fuero interno, ella sabía todo el tiempo que no estaba actuando correctamente. Solo que creía que valía la pena, así que desoyó las advertencias y cerró los ojos a las señales. Pero ¿qué ha conseguido? Ahora no es más feliz. De ninguna manera.

Anna-Karin cierra los ojos, pero la cabeza sigue dando vueltas como un ordenador que se ha quedado colgado. Vuelve a abrir los ojos. No tiene sentido.

Anna-Karin.

Reconoce la voz de la visión del día de santa Lucía. Es la voz del asesino de Rebecka y de Elías.

La vida no merece la pena. Sufrirás. Sufrirás día tras día.

Una gran calma se extiende por todo su ser. Nota cómo el cuerpo se le adormece mientras se levanta de la cama. Los pies la guían hasta el pasillo del piso de arriba. Un peldaño escaleras abajo, y luego otro.

Anna-Karin se deja conducir a la cocina. No opone resistencia. Lo que dice la voz es verdad, después de todo. Anna-Karin sabe mejor que nadie que la vida es un sufrimiento. La puta apestosa. La gorda. La campesina. La que tiene que recurrir a la magia para conseguir que su propia madre se preocupe por ella.

Ahora se siente aliviada. Ya no tiene que sentir miedo. Pronto habrá pasado todo. Pronto habrá pasado *todo*.

La voz no dice nada más. Sabe que a Anna-Karin no hay que convencerla.

La cocina huele ligeramente a tabaco. El reloj de la pared va marcando los segundos. Los pies se mueven por el suelo de la cocina y la llevan hasta los fogones, donde están los cuchillos. Su mano se adelanta y coge el más grande. Es una sensación extraña la de ver la mano así, ver cómo coge algo, aunque no siente nada. Como si perteneciera a otra persona.

No te preocupes. No sentirás ningún dolor.

La mano se gira, aplica la punta del cuchillo a la garganta.

Ve la casa del abuelo al otro lado de la ventana.

El abuelo existe. El abuelo la quiere.

Si el abuelo la quiere, no puede ser una inútil total. No se merece esto.

Nadie se lo merece.

De repente, Anna-Karin siente miedo. Un miedo que solo puede significar una cosa. Quiere vivir. No quiere morir.

La punta del cuchillo le roza la piel fina del cuello.

Anna-Karin empieza a resistirse. Nota cómo la otra voluntad trata de clavarle el cuchillo en la garganta. Siente el pulso latiendo contra la hoja. La piel de esa zona es tan delgada. Un corte es cuanto se necesita, y la sangre salpicará toda la cocina. Es como si una mano de hierro le agarrase la muñeca. Le tiembla el brazo por el esfuerzo mientras trata de vencerla. La frontera entre la vida y la muerte mide tan solo un milímetro.

Estás sola, Anna-Karin. Sola. ¿Por qué vas a seguir viviendo? Te mereces algo mejor. Puede que tengas una segunda oportunidad después de la muerte.

Pero ella ya no escucha. No puede dejar solo al abuelo. Y tampoco puede abandonar a las demás Elegidas en la lucha contra el mal.

Ha dejado de ser débil. No es ninguna víctima. Ha gobernado a todo el instituto. Tiene

más poder que esa mierda cobarde que ni siquiera se atreve a mostrarse ante aquellos a quienes asesina.

¡SUÉLTAME!

Su poder retumba atravesándole todo el cuerpo y el cuchillo cae al suelo con un tintineo. Anna-Karin se apoya en la encimera y contempla la hoja reluciente. Respira con dificultad.

Oye en la explanada un crujido familiar.

Anna-Karin se levanta empapada de sudor. Se acerca a la ventana.

La puerta del cobertizo está abierta de par en par, como una boca que se abre en la pared pintada de rojo. Tiene la sensación de que lo que hace un instante le dominaba el cuerpo trata de provocarla.

Se encamina a la entrada. Se pone unos zapatos forrados de piel y el abrigo más grueso, y abre la puerta.

Todo está en silencio y el viento está totalmente en calma. No hay luz en ninguna de las ventanas del abuelo.

Sabe que debería llamar a las demás. Sabe que no debería hacer aquello sola. Sabe que puede tratarse de una trampa, que seguramente lo es. Pero está harta de huir, harta de tener miedo.

Siente que, en estos momentos, sería capaz de cualquier cosa. Piensa obligar al culpable a reconocer su culpa, obligarlo a decir la verdad. Y *luego* llamará a las demás. Cuando la amenaza sea inofensiva. Entonces, quizá, habrá pagado sus crímenes. Incluso a ojos del Consejo.

Se detiene a la entrada del cobertizo. Le llega ese aroma tan familiar, que tanta seguridad le infunde. Oye a las vacas moverse dentro.

—Sal —dice Anna-Karin.

Una vaca muge débilmente. Otra resopla. Anna-Karin entra y enciende la luz.

Lo único que ve son las hileras que forman las vacas, que la miran con sus grandes ojos castaños. Anna-Karin se adentra un poco más.

El portazo es tan repentino que suelta un grito. Se da media vuelta. La puerta está cerrada. Como si la hubiera cerrado el viento. En medio de la noche apacible.

Se acerca y tantea la puerta. Está cerrada con llave. Trancada por fuera. Y entonces nota el olor a humo.

—¡No! —grita—. ¡No! ¡Déjame salir!

Las vacas mugen y patean en el cobertizo. Ellas también han notado el olor y saben lo que significa.

Anna-Karin mira a su alrededor mientras el humo se extiende como una niebla, más denso a cada segundo que pasa. Se oye un crepitar que crece hasta convertirse en un rugido.

El ruido del fuego.

Anna-Karin examina el lugar, trata de encontrar algo con lo que echar abajo la puerta. El humo le irrita los ojos. Es consciente de que ese fuego se propaga más rápido de lo normal. Viene de todas partes. Empieza a hacer un calor insufrible.

—¡Anna-Karin!

El abuelo ha conseguido abrir la puerta del cobertizo y ahora corre tan rápido como se lo permiten sus viejas piernas. La alcanza y le empuja hacia la puerta.

—¡Corre! —le grita.

Pero no puede dejar allí al abuelo. Va corriendo y abriendo para que salgan las vacas. Los animales salen despavoridos, se empujan entre sí y lanzan mugidos atronadores mientras huyen

hacia fuera, hacia la noche invernal. Algunas de ellas chocan con Anna-Karin, que cae sin remedio en el suelo de cemento. Se le tuerce el tobillo. Los pesados cuerpos de los animales retumban en la estampida, y Anna-Karin se protege la cabeza con los brazos.

Pero no ha tenido tiempo de pedir ayuda cuando ya está allí el abuelo. Acude con sus manos fuertes y poderosas y le ayuda a levantarse, y ella camina apoyándose en él.

Solo faltan unos metros hasta la puerta, están a unos pasos de la salvación. Anna-Karin no ve la viga que está a punto de caer hasta que no le da en la cabeza al abuelo, que se desploma.

—¡Abuelo!

Ya no siente su propio dolor. Tiene que sacar al abuelo de allí. Tira de él y lo arrastra y, de repente, están fuera, en la nieve, pero Anna-Karin continúa alejándose, lejos del cobertizo, lejos, hasta que no puede más.

El fuego devora la vieja madera del cobertizo con un aullido. Oye a su madre, que grita dentro de la casa, pero Anna-Karin solo tiene ojos para el abuelo. La está mirando. Abuelo, querido abuelo.

—Anna-Karin… —le dice con un hilo de voz—. Yo debería…

Y ahí se acaban las palabras.

IV

46

EL letrero de Kristallgrottan es azul noche con sinuosas letras doradas y está salpicado de estrellas y lunas diminutas. Vanessa tenía la esperanza de que la tienda de Mona Månstråle estuviera cerrada a cal y canto: otra víctima olvidada del centro comercial Citygallerian, alias el cementerio de las tiendas muertas. Pero notó el olor a tabaco y a incienso en cuanto se abrieron las puertas del centro comercial. Y ahora ve por el escaparate que hay tres clientes haciendo cola en la tienda. Mona lleva el mismo traje vaquero de la última vez y coge un fajo de billetes que le entrega un señor de una edad comprendida entre los ochenta y la muerte.

Vanessa escupe el chicle con tal fuerza que rebota en el suelo.

¿Por qué ha sido tan tonta como para sacar a relucir Kristallgrottan? ¿Por qué se dejó convencer para venir?

Naturalmente, conoce la respuesta. Están desesperadas.

El *Libro de los paradigmas* les ha indicado que necesitan ectoplasma, pero, naturalmente, se negó a revelarles cómo conseguirlo.

Vanessa está empezando a odiar el dichoso libro. Se comporta como una vieja gruñona que les hurta toda la información que necesitan. Ha zarandeado su ejemplar, lo ha amenazado con arrancarle todas las páginas si no les muestra cómo resolver el misterio de Gustaf y su doble. Pero en su localizador de paradigmas no se revela nada.

Por ahora, solo Ida puede leer el *Libro de los paradigmas*. Aunque ante la directora, con la que siguen viéndose todos los sábados, finge que no. Lo que Ida va encontrando en el *Libro* lo discuten todas en casa de Nicolaus.

Cuando el *Libro* quiso que practicaran para sentir cada una la energía de las demás, le llevó aproximadamente un cuarto de hora explicar cómo debían hacerlo. Sin embargo, el *Libro* no detallaba qué beneficio obtendrían con tales ejercicios.

—¿A mí qué me contáis? —se quejaba Ida—. Yo solo leo lo que dice aquí.

Minoo intentaba animarlas. Les decía que, seguramente, el *Libro de los paradigmas* sabía lo que necesitaban; que debía de existir una razón poderosísima para que aprendieran aquello.

No tenían mejor alternativa que confiar en la vieja gruñona que había resultado ser el *Libro* y practicar el ejercicio que les había propuesto, por absurdo que les pareciera. De una en una, fueron sentándose con los ojos vendados en la silla del salón de Nicolaus. Luego se trataba de concentrarse en saber en qué lugar exacto de la habitación se encontraban las demás.

Minoo fue la primera en sentarse, pero no pudo sentir la energía de ninguna de sus compañeras. Cuando se quitó la venda, parecía totalmente hecha polvo. «Como colgada y luego descolgada», según suele decir la madre de Vanessa, que sintió pena de Minoo.

Ida lo consiguió a la perfección al primer intento y estuvo a punto de reventar de orgullo. En realidad, le habría gustado ponerse a aplaudir y a dar volteretas por la habitación.

A Linnéa tampoco le fue mal. Ahora le tocaba el turno a Vanessa, que estaba más nerviosa de lo que esperaba. Le ataron a la nuca la venda —en realidad, uno de los pañuelos de Nicolaus, alargado y muy suave— que olía a ropa guardada durante mucho tiempo. Resultaba de lo más desagradable saber que todos la estaban mirando sin que ella pudiera ver a nadie.

Los sentidos la engañaban todo el tiempo. Tan pronto creía oír la risita de alguien como se hacía un silencio tal que llegaba a pensar que la habían dejado sola.

La cosa solo funcionó cuando Nicolaus la animó a relajarse del todo.

Entonces fue capaz de *sentir* la presencia de las demás. Débilmente al principio, pero

cuanto más confiaba en la sensación, tanto más intensa se volvía. Finalmente, no cabía la menor duda: era capaz de señalarlas a todas, una a una, dondequiera que se encontraran en la habitación.

Vanessa no era capaz de explicar cómo lo hacía. Era como si pudiera percibir a las demás Elegidas en virtud de un sentido que hasta el momento desconocía. No era el olfato ni el gusto ni el oído ni el tacto ni la vista. Era algo totalmente distinto.

El *Libro* también les ha enseñado una especie de juego del escondite mágico. O un «juego pendular», que fue lo único que Ida atinó a decir cuando explicó el procedimiento por primera vez. Una Elegida se coloca en el salón de Nicolaus mientras las demás se meten en la cocina, cierran la puerta y se sientan a la mesa, donde extienden el dibujo de un plano del apartamento de Nicolaus. Quien va a realizar el ejercicio coge la gargantilla de plata de Ida y la sostiene como un péndulo sobre el plano.

Vanessa fue la primera en intentarlo mientras Linnéa esperaba en el salón. Al principio, el minúsculo corazón de plata colgaba de la gargantilla sin que ocurriera nada de particular. Pero cuando empezó a moverla de forma pendular sobre el plano, concentrándose al mismo tiempo en Linnéa, el colgante empezó a girar en el sentido de las agujas del reloj, cada vez más deprisa, sobre un punto concreto del plano.

—Linnéa está a la izquierda de la mesa del sofá —declaró Vanessa.

Nicolaus abrió la puerta, miró en el salón y constató que Vanessa tenía razón. No siempre le funciona, pero a Linnéa siempre ha conseguido localizarla.

Claro, sí, al principio era impresionante. Pero el placer de la novedad empezó a decaer enseguida. El *Libro* insistía en que debían practicar más y más, pero no les proponía nada nuevo. El rollo de Minoo de que el *Libro* era emisor y receptor y de que lo que les mostraba tenía que ser importante sonaba más insustancial según iban pasando las semanas.

Pero ahora, dos meses después, el emisor ha cambiado por fin de frecuencia. Por fin les ha transmitido algo que les ayude a hallar la verdad sobre Gustaf y su doble.

Se oye el tintineo de una campanilla cuando Vanessa abre la puerta de Kristallgrottan.

Acordes de pling y plong de arpas sonoras, el rumor del agua y trinos de pájaros resuenan en los altavoces. Vanessa tiene la sensación de que alguien esté haciendo pling y plong usando sus nervios como cuerdas.

Está a punto de chocar con Monika, la del Café Monique, que le sonríe con tanta efusividad que los ojos casi se le pierden detrás de las mejillas. Puede que sea la primera vez que Vanessa la ve reír. Lleva en el regazo una ruidosa bolsa de plástico. Lleva el nombre de Kristallgrottan con la misma letra sinuosa del letrero de la puerta.

—¡Vanessa! ¡Qué alegría verte por aquí! —exclama, y añade con un susurro de conspiradora—: ¿Verdad que es fantástica?

A Vanessa le lleva un instante comprender que Monika se refiere a Mona Månstråle.

—Ummm, de verdad —responde—. Superfantástica.

—Suerte —dice Monika dándole un empujoncito en el brazo antes de marcharse.

Vanessa toma nota de que las estanterías están llenas de nuevos productos. Lo más llamativo son dos fuentes de cristal gigantescas con delfines que cuelgan sobre la superficie del agua, congelados en medio de su brioso juego. El dragón de cobre que había junto a la cortina roja ha desaparecido. No es solo que la tienda siga allí, sino que, además, parece que el negocio *va bien*.

Vanessa espera a quedarse sola con Mona. Se detiene ante una estantería llena de ángeles de porcelana y ojea la etiqueta con el precio del más grande. El que le gustaba a Linnéa.

La campanilla de la puerta tintinea otra vez cuando el último cliente sale de la tienda. Vanessa levanta la vista. Mona sigue detrás del mostrador, y enciende un cigarrillo.

—Supongo que no has venido a comprar un atrapasueños, ¿no? —pregunta—. Ajá. Esas baratijas son lo último por lo que se interesaría una bruja de verdad, claro —dice Mona.

A Vanessa debe de notársele en la cara la sorpresa, porque Mona sonríe tan satisfecha que se le ven todos los dientes. Se dirige a la puerta, cierra con llave y le da la vuelta al cartel de «Abierto».

—¿Cómo sabes que soy bruja? —pregunta Vanessa.

—Te lo vi en las manos. Y lo vi en los dientes. Y no es que necesitara los signos del *ogam*, en el fondo. Es que resulta tan entretenido sacar la bolsa delante de las jovencitas insolentes…

—¿Y por qué no dijiste nada cuando me leíste la mano?

—Entonces, ni tú misma lo sabías, y no era misión mía contártelo. Ese papel, por así decirlo, ya estaba asignado.

—Si viste que era bruja, eso quiere decir que tú también…

—¡Qué pregunta más absurda! —la interrumpe Mona—. Pues claro.

Cuando Vanessa les propuso a las demás Kristallgrottan, fue por probar. Creía que Mona era una adivina normal y corriente. Confusa, pero inofensiva. O más bien, *esperaba* que así fuera, teniendo en cuenta la predicción que le hizo la última vez. Si resulta cierta, será «adiós Wille, hola muerte».

Vanessa escruta a Mona. Trata de decidir lo que va a hacer ahora. Si Mona es una bruja, ¿qué clase de bruja es? ¿Conocerá a la directora? ¿Enviará informes al Consejo?

Vanessa mira a su alrededor. Contempla las fuentes de cristal. Recuerda la sonrisa de Monika. Ella que *nunca* sonríe. Mira la cortina roja; a Mona Månstråle, con el cigarrillo en la mano y el traje vaquero de mariposas. Y de repente lo comprende todo.

—Engañas a todo el mundo —dice Vanessa.

Mona enarca una ceja, pero no dice nada.

—Cuando me adivinaste el futuro, en un primer momento me hiciste una especie de abracadabra para que creyera en todas tus artimañas. Presentí que había algo, y me resistí. Y entonces te enfadaste, ¿no? Y luego me adivinaste el futuro de verdad.

—En realidad me enfadé en cuanto te vi —contesta Mona—. Y en cuanto a la predicción, creo recordar que no te gustó nada oír la verdad.

Se acerca un poco más a Vanessa y le sopla en la cara una gran nube de humo.

—¿En serio crees que la gente quiere oír la verdad en las predicciones? —pregunta Mona—. Quieren irse de aquí contentos. Con algo de fe en el futuro. Y, desde luego, joder, en este agujero es lo que necesitan.

—O sea, que para ti esto es una especie de beneficencia —dice Vanessa con ironía.

—Por supuesto que no —protesta Mona—. Es un negocio. Un cliente satisfecho es un cliente que vuelve. Y lo que hago no hace daño a nadie.

Por una vez Vanessa agradece que la directora le haya dado la murga con el Consejo.

No podéis practicar la magia sin la aprobación del Consejo.

No podéis utilizar la magia para contravenir leyes no mágicas.

Y no podéis revelaros como brujas ante quienes no lo son.

—Me pregunto si el Consejo estaría de acuerdo —dice Vanessa—. Tú te dedicas a timar a la gente. Y tu negocio es el primero del centro comercial que funciona bien desde que se construyó Citygallerian. Nada discreto.

Mona iba a dar una calada, pero se detiene con la mano a unos centímetros de la boca.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero saber si puedo contar contigo —responde Vanessa—. Guardaré el secreto de lo que haces si tú guardas el secreto de lo que hago yo.

Mona se la queda mirando como queriendo valorar si Vanessa va en serio con su amenaza. Ella le sostiene la mirada sin pestañear. Mona pertenece a ese tipo de personas que no le mostraría respeto si apartara la vista. Finalmente la oye resoplar, pero Vanessa intuye pese a todo un destello de aprobación bajo los párpados embadurnados de sombra turquesa.

—Menuda descarada eres. Mona Månstråle no es ninguna chivata, que lo sepas. Pero tampoco es una persona con la que se pueda jugar. No lo olvides.

—Te lo prometo —dice Vanessa. Duda un instante—. Necesito una cosa. ¿Tienes en el almacén mercancías que no tengas fuera?

Mona enciende otro cigarrillo con la colilla del anterior y responde con media sonrisa.

—Habla claro, dime qué es lo que quieres.

—Ectoplasma —responde Vanessa.

Mona asiente con una mueca antes de desaparecer detrás de la cortina.

Vanessa aprovecha para enviarle a Minoo un mensaje mientras espera: «Ectoplasma resuelto», escribe.

Ahora solo queda el problema de Anna-Karin.

La pulsera de Mona tintinea al otro lado de la cortina. Sale con un tarro de cristal ámbar. Está lleno de una sustancia cremosa de color claro.

—Calidad extra —dice Mona dándole el frasco.

Está caliente. Más de lo que la mano de Mona debería haberlo calentado. Vanessa gira el frasco. El ectoplasma apenas se mueve. Parece merengue medio reseco. Le quita la tapadera y lo huele, pero la crema blanca que contiene no despide ningún aroma. Es, en el mundo de los olores, el equivalente al silencio ensordecedor.

—¿Qué es esto en realidad? —pregunta.

—Materia espiritual —responde Mona.

—Ya, pues eso a mí no me dice nada. ¿Cómo se fabrica?

—No se *fabrica*. Es una sustancia que emiten las brujas cuando los muertos hablan a través de ellas.

Vanessa recuerda a Ida levitando en el parque con la boca llena de aquella sustancia blanca. Tapa el frasco de golpe y lo enrosca con fuerza. El contenido caliente del frasco tiembla levemente.

—Vaya, me parece que tienes miedo del primer ritual —dice Mona.

—¿Quién ha dicho que sea el primero?

Mona ni siquiera responde, simplemente suelta esa risa jadeante que tanto la irrita y enciende otro cigarro. Podría participar en un concurso de fumadores. Vanessa vuelve a mirar el frasco. Se siente reacia a seguir preguntándole a Mona, pero no hay otra persona a la que acudir para obtener respuesta.

—¿Es obligatorio utilizar esta… baba?

—Tanto como obligatorio… —responde Mona—. Si te dedicas a la magia ligera puedes utilizar tiza o grafito para dibujar los círculos. Si te encuentras en una habitación circular puedes usar las paredes como círculo exterior. Pero lo que mejor aglutina la energía es el ecto. Si tratas de ejercitar la magia pesada con un círculo de tiza, todo hará *puf*.

—*¿Puf?*

—Esa cabecita tan mona que tienes dejará de existir.

De repente, Vanessa se siente contentísima de que exista aquella tienda. A decir verdad, habían estado pensando probar con cualquier otra cosa si no encontraban el ectoplasma.

—¿Cuánto vale? —pregunta Vanessa.

—Cinco de los rosa.

—¿Cinco *mil*?

Eso es justo lo que Vanessa lleva en el bolso.

Desde luego, no es casualidad, se dice. No es fácil negociar con una vidente.

—¿Creías que te iba a aplicar descuento por ser menor de edad o qué? No te pienses que todo esto se escupe de una sentada. Lleva su tiempo reunir tanto como para llenar un frasco.

—Pero ¿cinco mil? ¿En serio? —la interrumpe Vanessa para no tener que oír una descripción detallada del trabajo que cuesta conseguir una cosecha de escupitajo.

—Si quieres quejarte a alguien ve y díselo al Consejo —responde Mona—. Ellos son los que controlan todo el comercio oficial de ectoplasma. Lo que significa que nosotros podemos incrementar un poco el precio para compensar los riesgos que corremos. Estoy convencida de que comprendes cómo funciona, teniendo en cuenta a qué se dedica tu novio. Por cierto, ¿le has dado puerta ya?

Vanessa no responde. Saca del bolso diez billetes de quinientas. Están arrugados. Nicolaus los tenía literalmente debajo del colchón.

Cinco mil coronas es mucho más de lo que Vanessa ha tenido nunca en sus manos. Mona las coge sin pestañear. Está claro que para ella no es una suma insólita. Mete el frasco de ectoplasma en una de las ruidosas bolsas de plástico con su logotipo y se la da a Vanessa.

—«Gracias por su visita y esperamos que vuelva» —dice—. Ya podéis venir a comprar más a menudo, porque tengo bien abastecido el almacén. La batalla interdimensional más grande de todos los tiempos: eso significa *big business*.

—¿Le vendes material también a los que colaboran con los demonios? —pregunta Vanessa.

Mona sonríe sin más y expulsa una gran nube de humo por la nariz. Parece un dragón en la cueva.

—Perdona, se me olvidaba —dice Vanessa con desprecio—. «Mona Månstråle no es una chivata.» A ti lo único que te importa es el negocio, ¿no? Todos los clientes son buenos, ¿verdad?

—Vaya, vaya, resulta que no eres tan rubia como pareces —dice Mona sonriendo con gesto burlón.

Vanessa se guarda el frasco en el bolso y se encamina a la salida sin mediar palabra.

—Todavía pesa sobre ti el *nGetal*, no lo olvides —le grita Mona mientras se aleja.

En cuanto sale a los pasillos solitarios del Citygallerian, toma conciencia de lo que ha dicho Mona. *Ya podéis venir a comprar más a menudo*. Es decir, sabe que son varias. A Vanessa ni siquiera le sorprende.

—¡Nessa!

Es una voz que lleva tres meses sin oír. Vanessa se da la vuelta y ve a su madre delante de Kristallgrottan.

—Hola —saluda su madre.

Se ha teñido el pelo de un color varios tonos más claro. Lleva una cazadora que no le había visto antes. Pequeños indicios de que su vida continúa sin ella.

—Hola —responde Vanessa.

El silencio se alza entre las dos. Hay mil cosas que decir, mil razones para callar.

—Tengo que irme —dice Vanessa.

Su madre asiente.

—Nos vemos —se despide, como si fueran dos conocidas que se han visto por casualidad en el centro.

Su madre abre la puerta de la tienda. Una nube de incienso y desaparece.

Vanessa se queda mirándola. ¿Qué esperaba, en realidad?

Te echo de menos.

Perdón.

Vuelve a casa.

47

ANNA-KARIN oye el eco de una risa a su espalda y se para en seco en medio del pasillo que conduce a la biblioteca del instituto. Se queda mirando al suelo hasta que el grupo de chicas pasa de largo. Es una vieja costumbre que acaba de recuperar. Por supuesto que no se reían de ella. Ahora ya nadie se ríe de ella.

La primera semana después del incendio se negó a ir a clase o a alejarse de la granja, en general. Se pasaba los días delante del televisor.

—Yo creía que te preocupaba el abuelo lo suficiente como para ir a verlo al hospital, aunque sea una vez —le recriminó su madre.

No había ni rastro de los cambios de humor. Había vuelto a ser la misma persona permanentemente insatisfecha de siempre.

El domingo llamaron a la puerta. Anna-Karin estaba sentada con el pie escayolado en alto y una fuente de patatas fritas en la rodilla, y no tenía la menor intención de abrir. Pero la persona que llamaba no se rindió y, al final, entró sin que le abrieran la puerta, que no estaba cerrada con llave.

La elegante figura de Adriana López transformaba la sala de estar en burda y pobretona. Anna-Karin se alegraba de que su madre no estuviera en casa.

—¿Cómo estás? —preguntó Adriana y se sentó en el sillón del abuelo.

Anna-Karin guardó silencio. Se negaba a responder ninguna de las preguntas de la directora. Había decidido no contarle nunca lo que ocurrió aquella noche. Por temerario que fuera. No pensaba contarle que el accidente no fue tal accidente. Y que estuvo a punto de causar la muerte del abuelo; que, según su madre, nunca volverá a ser el mismo.

Al final la directora se cansó del silencio de Anna-Karin. Se levantó y le dijo que esperaba verla en el instituto al día siguiente.

Cuando la directora iba camino de la puerta, Anna-Karin dijo:

—Ya he dejado de utilizar mi poder. Y no volveré a utilizarlo nunca más. Jamás. Se lo puedes decir al Consejo y a las demás. Me mantendré apartada de vosotras, es lo mejor para todos.

—Eres una Elegida.

Pero Anna-Karin tampoco respondió a eso.

La primera vez que fue a clase después de las vacaciones de Navidad se quedó un buen rato en la verja con las muletas. ¿La odiarían ahora más que nunca? ¿Sabrían ahora que esa gorda campesina apestosa los había estado engañando todo el tiempo?

Pero entonces aparecieron Julia y Felicia con Ida. Y ni siquiera la miraron. No porque la ignorasen, no porque la tratasen como si fuera aire; sino porque *era* aire. No había ni rastro de que la reconocieran.

Pero Ida vio a Anna-Karin. Retuvo la mirada en ella unos segundos. Luego fingió que se reía de algo que había dicho Felicia, y después desaparecieron en una nube de cabellos rubios y de perfumes florales.

Han transcurrido ya dos meses desde aquello y Anna-Karin es el fantasma del instituto de Engelsfors. Es como si se hubiesen erradicado todos los recuerdos de su persona. Los buenos y los malos. Hasta los profesores se olvidan de ella a veces, se les pasa por alto que ha levantado la mano o leen su nombre en la lista tras un instante de vacilación, como si no lo reconocieran.

Anna-Karin se apresura a entrar en la biblioteca y mira tímidamente a su alrededor. El

bibliotecario ni siquiera levanta la vista cuando la chica fantasma susurra un «hola».

Se esconde en la pequeña sala donde suele sentarse. Está oculta detrás de una estantería y la mayoría de la gente ni se da cuenta de que existe. Se acomoda con el libro de física en un sillón negro deshilachado. Los últimos meses se ha pasado todo el tiempo libre llenándose la cabeza de información para no tener que pensar.

—Hola —oye decir a Linnéa.

Anna-Karin ni siquiera levanta la vista. Al contrario, baja la cabeza y se esconde detrás del pelo. Ya ha dicho que no quiere hablar con ellas. Cien veces, por lo menos.

—Pienso quedarme aquí hasta que me respondas —dice Linnéa.

Pues espera sentada, piensa Anna-Karin. Llevo nueve años practicando lo de estar en silencio.

—¿A qué juegas? No puedes comportarte así. Te necesitamos. Y creo que tú también nos necesitas.

Anna-Karin sigue sin articular palabra. Pero está sorprendida. Linnéa no parece la misma. Se diría que ahora sí le importa. A ella, que siempre se mostraba tan impaciente, como si todo el mundo la irritase.

—Vale —suspira Linnéa—. Pero que sepas que ha ocurrido una cosa. Una cosa buena.

—¿El qué? —susurra Anna-Karin, muerta de curiosidad, a su pesar.

Linnéa se agacha y baja la voz.

—El *Libro* nos ha enseñado cómo fabricar un suero de la verdad con el que engañar a Gustaf. Así conseguiremos obligarlo a que nos revele todo acerca de su doble. Pero para producir ese suero, tenemos que hacer un ritual. Es una magia mucho más poderosa de la que hemos practicado hasta ahora. Y, para el ritual, tienes que estar tú también. Depende de ti y de mí: tierra y agua.

Anna-Karin piensa que debería haberlo comprendido. Linnéa quiere algo de ella, por eso fingía que se interesaba por ella.

—No —responde—. Tendréis que hacerlo sin mí.

—Anna-Karin…

—No insistas, que no servirá de nada. Vete de aquí.

Linnéa empieza a rebuscar en el bolso.

—No hasta que nos hayas ayudado —dice, y saca un alfiler y un encendedor.

Anna-Karin se encoge en el sillón. Linnéa sostiene un instante el alfiler sobre la llama del encendedor. Luego, lo guarda y saca una servilleta de papel y un tubo pequeño.

—Si no quieres participar, necesitamos tu sangre, por lo menos. El *Libro* dice que, si tú no estás a la hora de dibujar los círculos, el ritual será muy arriesgado, pero con tu sangre en el signo de fuerza, me será un poco más fácil controlar la energía. Pero solo un *poco*.

Anna-Karin comprende más o menos la mitad de lo que dice Linnéa. Las demás deben de haber aprendido un montón de cosas durante todo este tiempo.

—Con unas gotas bastará —asegura Linnéa.

—Vale —responde Anna-Karin—. Pero luego te vas.

Extiende la mano izquierda. No le duele nada cuando Linnéa le clava la punta del alfiler en el dedo índice. Pero cuando presiona para que las gotas de sangre caigan en el tubo, Anna-Karin tiene que apartar la vista. Linnéa aprieta un poco más fuerte, extrae más gotas.

Por fin, le seca el dedo. Tira el alfiler y la servilleta manchada de sangre en la papelera, tapa el tubo y lo guarda en el bolso.

—Comprendo que lo del accidente es muy duro —dice, y le da una tirita—. Pero no

puedes pensar solo en ti.

—No te enteras de nada.

—No, claro, qué voy a saber yo de lo que es una situación dura —replica Linnéa con ironía—. Gracias por tu ayuda.

Desaparece detrás de las estanterías. A Anna-Karin le palpita el dedo ligeramente mientras se pone la tirita. Abre el libro de física e intenta leer, pero no es capaz de retener una línea. Se rinde y maldice a Linnéa. Ahora tendrá que buscarse otro escondite.

—Empiezo a estar más que harta de Anna-Karin —dice Vanessa.

Minoo está sentada a la mesa de la cocina de Nicolaus. Él y *Gato* acaban de dejarlas solas en el apartamento. A Minoo le da un poco de pena, porque tiene que irse al Sture & Co y quedarse allí a esperar hasta que ellas terminen. El *Libro de los paradigmas* es muy claro: solo las Elegidas pueden estar presentes durante el ritual.

Minoo remueve con una cuchara de palo el contenido de un bol de plástico y ve cómo la sangre de Anna-Karin se disuelve en la plasta que deben utilizar para el signo de fuerza del círculo interior. Lleva un cuarto de hora removiendo y empiezan a darle calambres en los brazos. «Remueve hasta que esté bien ligado», decía el *Libro*, según Ida, como si fuera una receta de cocina.

Aparte de la sangre de Anna-Karin y de Linnéa, la papilla contiene ectoplasma, tierra de las tumbas de Elías y Rebecka, leche que se ha agriado al resplandor de la luna y los escupitajos de Minoo y de Vanessa. Ya solo falta la contribución de la saliva de Ida.

—O sea, primero se pasea por el instituto dándoselas de diva el otoño entero y nos pone a todas a parir —prosigue Vanessa—. Y ahora no quiere participar, y nos pone a parir *otra vez*. Y, que yo sepa, ninguna de nosotras se ha ofrecido voluntariamente.

—Ya —responde Minoo—. Pero no creo que le resulte nada fácil, con todo lo que ha ocurrido. Creo que tienen que vender la granja.

El incendio ha desatado los rumores. Dicen que la madre de Anna-Karin le prendió fuego a la granja para conseguir el dinero del seguro.

—Pero ¿por qué nos evita? —pregunta Vanessa—. Nosotras solo intentábamos animarla.

Minoo se pregunta lo mismo. Anna-Karin ha hecho caso omiso de todos sus intentos de acercamiento. Al principio no le parecía extraño. Pensaba que debía de estar conmocionada. Pero ahora está convencida de que les oculta algo.

—Yo creo que hay algo raro con lo del accidente —dice Linnéa, que acaba de entrar en la cocina.

—¿Por qué? —pregunta Minoo.

—Bueno, es la sensación que me da, que nos está ocultando algo.

Linnéa se acerca a la mesa y echa una ojeada a la fuente.

—Joder —dice.

—Va a ser estupendo coger esa plasta para pintar con los dedos, ¿no? —le dice Vanessa a Linnéa.

—Que alguien me sustituya aquí, a mí se me va a caer el brazo —dice Minoo.

Linnéa coge el bol y el cucharón, y empieza a remover. Minoo se sienta y la observa.

Es la primera vez que van a realizar un ritual y, dado que Anna-Karin se niega a participar, sus posibilidades de éxito se ven drásticamente reducidas. Ahora, todo depende de Linnéa.

Se abre la puerta, que se vuelve a cerrar de golpe.

—Aquí viene Ida —dice Linnéa, no con disgusto, pero cualquier cosa menos entusiasta.

Ida tiene ojeras y viene sorbiéndose la nariz. Tiene gripe, que ha arrasado en el instituto y, en teoría, debería estar en la cama.

Linnéa le da el bol sin mediar palabra. Ida tose y escupe dentro. Linnéa pone cara de asco y remueve un poco más con la cuchara.

—Qué asco —dice.

Minoo mira dentro de la fuente. Lo que, hasta hacía un momento era una masa grumosa, se ha convertido en una pasta fina de color rojizo.

—Más vale que empecemos —dice Linnéa.

Los pocos muebles que tiene Nicolaus en el salón están apilados contra las paredes. Las persianas, bajadas. Todas las luces apagadas. Ida ha encendido unas velas que ha colocado por la habitación, cuatro en cada esquina. Por alguna razón, el ritual no puede ejecutarse ni a la luz del día ni con luz eléctrica.

Parece una película de serie B cuyos protagonistas vayan a celebrar o una misa satánica o una orgía sexual, o las dos cosas, se dice Vanessa.

—Recordadlo —advierte Ida—. Una vez empezado el ritual, nadie puede salir ni cruzar el círculo exterior. De lo contrario, se estropeará todo. Así que aprovechad para ir al baño, quien tenga que ir. Mientras, yo me voy a tomar una pastilla…

Ida se dirige a la cocina.

Linnéa está en el centro de la habitación. Lleva el pelo recogido en una cola de caballo y el largo flequillo peinado a un lado. Vanessa se da cuenta de que está asustada.

El resplandor de las llamas baila reflejado en las paredes y en sus caras. Empiezan a tomar conciencia de la gravedad del momento. Es solemne.

—Vale —dice Ida entre toses, y vuelve a la habitación—. ¿Estás lista, Linnéa?

—Sí —responde esta en voz baja.

Vanessa desenrosca la tapa del frasco con el resto del ectoplasma y se lo da a Linnéa. Ella lo coge, y luego le da la mano a Vanessa.

—Si algo sale mal… —susurra Linnéa.

—Nada va a salir mal —responde Vanessa—. Lo harás bien. Y nosotras estaremos contigo todo el tiempo.

Linnéa asiente y se relaja.

Minoo se acerca y deja el bol y un frasco de cristal vacío en el suelo, a los pies de Linnéa. Si lo hacen bien, el frasco estará lleno de suero de la verdad cuando terminen el ritual.

—Suerte —dice.

—Gracias.

—Suerte —murmura Ida.

Linnéa la mira fugazmente.

—Gracias —responde otra vez—. Venga, empezamos.

Vanessa se coloca delante de la pared, junto con Ida y con Minoo. Maldita Anna-Karin. Tendría que estar aquí. No debería dejar que Linnéa lo hiciera sola. Siendo dos, la responsabilidad —y el riesgo— habría sido menor.

—El círculo que une —dice Ida.

Ya han empezado.

Linnéa respira hondo. E introduce los tres dedos centrales de la mano izquierda en el tarro de ectoplasma puro y se arrodilla. Muy despacio, comienza a describir el círculo exterior.

Sus dedos dejan en el parqué de madera clara una línea curva de perfección antinatural. Como si aquella plasta parecida al merengue tuviera voluntad propia y se dispusiera bien ella sola.

Vanessa sabe que es imposible dibujar un círculo perfecto así, sin más. Y, pese a todo, eso es lo que hace Linnéa.

Cuando el círculo se ha completado alrededor de Linnéa, Vanessa siente un escalofrío que le recorre todo el cuerpo. El silencio se hace más denso. Solo se oye la respiración de Linnéa, que se pone de pie y se seca el sudor de la frente. Ya no ve a las demás. Está completamente replegada sobre sí misma.

—El círculo que da poder —dice Ida.

Linnéa se dirige al centro del círculo. Moja la mano en el ectoplasma y empieza a trazar, igual que antes, el círculo interior. Tiene el camisón blanco lleno de sudor, que le corre por la nuca entre los omóplatos. Le gotea del cuero cabelludo. Las gotas parecen evaporarse en cuanto tocan el parqué.

Una vez cerrado el círculo interior, Vanessa siente el mismo escalofrío, solo que más intenso. Le vibra a través de todo el esqueleto, hasta los dientes. Linnéa se incorpora y se tambalea un poco.

—El signo de fuerza —susurra Ida.

Linnéa coge el bol, moja la mano en la sustancia rojiza y empieza a dibujar los símbolos de los elementos de agua y tierra, para que juntos formen un signo nuevo.

Vanessa siente que se le eriza la piel de todo el cuerpo. Un sonido sordo, apenas audible para el oído humano, llena la habitación. Le duelen las sienes. Y hay algo extraño en las sombras de la habitación.

Ahora son más.

Las manos de Vanessa buscan las de Minoo e Ida. ¿O son ellas las que quieren darle la mano? No está segura. Pero, de alguna manera, sabe que eso ayuda a Linnéa.

Linnéa coloca el frasco vacío en el signo de fuerza y pone la mano en la abertura. Su respiración rápida y fatigosa resuena por encima del ruido sordo. Se le tensan los músculos de los brazos y se le encorva la espalda, como la de un gato. Y el sonido sordo vibra en la sangre de Vanessa, asciende y desciende mientras las sombras se deslizan veloces por las paredes. Se oyen voces que susurran en lenguas antiquísimas, olvidadas. El aire adquiere un sabor salado. El pecho de Linnéa sube y baja, cada vez más y más y más rápido.

Y de repente, Linnéa aparta la mano del frasco y se desmaya.

Las llamas aletean y están a punto de apagarse. Cuando vuelven a brillar con fuerza, las sombras se han esfumado. El sonido sordo ha desaparecido y lo cotidiano empieza a filtrarse de nuevo en la habitación. Vanessa oye el televisor del piso de arriba y a un niño que corre, y suelta las manos de las demás.

—¿Linnéa?

Linnéa no responde. No se mueve.

—¿Ha terminado? —pregunta Minoo.

—Espera un poco —responde Ida.

Vanessa trata de ver si Linnéa respira. Es imposible saberlo. Le entra un miedo atroz.

—¡No rompas el círculo! —grita Ida.

Pero es demasiado tarde. Vanessa ya está junto a Linnéa. Se pone de rodillas y se inclina, acerca la cara a la de Linnéa. Siente un alivio inmenso al ver que sus labios empiezan a moverse, como si tratara de decir algo.

—Estoy aquí —susurra Vanessa, y le coge a Linnéa la mano pegajosa.

—Mierda —oye que protesta Ida—. Hemos estado con esto dos horas.

—¿Ha funcionado? —pregunta Linnéa con voz débil.

Vanessa mira el frasco de cristal, que Minoo sostiene en alto. Contiene una capa de líquido grumoso de un centímetro de grosor. No tiene el aspecto que Vanessa esperaba de una pócima mágica. Por otro lado, se pregunta qué esperaba. Algo fosforescente, quizá. Pequeñas volutas. Brillos misteriosos. Aquello, en cambio, es como si alguien hubiera buceado hasta el fondo cenagoso del lago Dammsjön para recoger un poco de agua.

—Solo hay un modo de comprobarlo —observa Minoo.

Linnéa está sentada en la cocina de Nicolaus, comiendo macarrones directamente de la olla. Después de cada bocado, toma zumo de naranja. Se la ve exhausta pero, al menos, ya no parece estar medio muerta. Vanessa se siente aliviada. El ritual ha terminado y Linnéa se encuentra bien. Que el suero funcione o no le parece menos importante.

—Yo no pienso hacerlo —dice Ida tomándose otra pastilla—. Estoy enferma, tomo paracetamol. Puede que tenga efectos secundarios.

—Anda ya —dice Linnéa, llevándose a la boca otra carga de macarrones—. Tenemos que probarlo antes de usarlo con Gustaf.

—Claro, para ti es muy fácil decirlo, como no tienes que…

—Perdona, pero ¿a ti no te parece que ya he hecho bastante por hoy? —pregunta Linnéa con la boca llena de macarrones.

Ida no responde.

En la mesa hay tres tazas pequeñas llenas de zumo. Linnéa ha puesto una gota de suero de la verdad en una de ellas.

—Nos lo bebemos al mismo tiempo —propone Minoo aterrada—. Linnéa, ¿has pensado ya alguna pregunta? Que no sea demasiado personal.

—Qué va —dice Linnéa con una sonrisa que, de repente, pone nerviosa a Vanessa.

En realidad, ella no tiene ningún secreto. ¿O sí? ¿Y si es ella quien se toma la taza con la sustancia capaz de abrir el cerebro para que Linnéa pueda hurgar en él? ¿Y si Linnéa pregunta algo que ella ni siquiera es consciente de querer ocultar?

Vanessa alarga la mano para coger la taza que hay en medio, pero Ida se le adelanta. Entonces, coge la de la izquierda. Y Minoo, la de la derecha.

—No me explico que esté haciendo esto —protesta Ida.

—Venga —dice Linnéa—. A la de una, a la de dos… ¡a beber!

Vanessa apura la taza de un trago y la deja en la mesa. Paladea despacio tratando de reconocer algún sabor extraño. Ida deja escapar un eructo ahogado.

—Minoo —pregunta Linnéa con una amplia sonrisa—. ¿Qué es lo que más temes que te pregunte?

Minoo le devuelve la sonrisa. Parece aliviada.

—No pienso contártelo —responde.

Linnéa se dirige a Vanessa y le clava sus ojos negros.

—Y tú, Vanessa, ¿qué te aterraría tener que confesar?

—A mí, nada.

Cuando oye la mentira que acaba de decir, se convence de que se ha librado del suero.

Todas miran a Ida. Es la hora de la verdad. Si no funciona tampoco con Ida, es que, simplemente, no funciona.

—Y tú, Ida…

—O sea —responde Ida—, ¿qué posibilidades hay de que te pase algo así dos veces? Me parece asquerosamente injusto que me haya tocado a mí, puesto que Anna-Karin me obligó a decir la verdad aquella vez en el parque, y no tengo ninguna gana de contaros que llevo enamorada de Ge desde cuarto.

De repente, cierra la boca. Y abre los ojos de par en par.

—Bueno, pues parece que el suero funciona bien —dice Minoo.

—¿Qué he dicho? —pregunta Ida.

—Algo que explica muchas cosas —dice Vanessa entre risas.

—¿Qué? ¡Dímelo!

—Gracias al suero, ya lo has olvidado. ¿No te parece un alivio? —pregunta Linnéa con una sonrisa burlona.

Ida se levanta, se cruza la chaqueta. Se sorbe los mocos con un sonido un tanto exagerado, como para recordarles a todas que, de hecho, está enferma, y que deberían portarse mejor con ella.

—Sea lo que sea, lo mantengo —asegura—. Y ahora pienso irme a casa y meterme en la cama.

—Que te mejores —dice Minoo.

Ida vuelve a sorberse y se lleva la mano a la gargantilla.

—Como lo contéis en el instituto os vais a enterar —les advierte.

—No te preocupes —la tranquiliza Linnéa—. No pensamos contarle a nadie que tienes sentimientos.

Cuando Anna-Karin entra en el vestíbulo, la reciben las risas del televisor. No tiene ni que asomarse a la sala de estar para saber que su madre está allí, tumbada en el sofá. Puede que se haya vuelto a dormir con el cigarrillo encendido, pero Anna-Karin no tiene fuerzas para comprobarlo.

Se dirige a la cocina, saca una caja de bolas de chocolate del frigorífico y una bolsa de bollitos de pan de la panera. Se come los bocadillos de bolas de chocolate de pie y se pone un vaso de leche. Sin embargo, no experimenta esa sensación agradable de siempre. Simplemente, se siente fatal.

Mira hacia la ventana que da a la cabaña del abuelo. Como si, de repente, fuese a verlo allí sentado en su silla, haciéndole señas con la mano para que vaya.

Se pregunta si se habrá dado cuenta de que no ha ido a verlo al hospital.

De repente, nota algo cálido y blando que se le pega a las pantorrillas. Se inclina y ve los ojos verdes de *Peppar*.

—Hola, amiguito —le susurra Anna-Karin.

Se agacha y coge al gato, le acaricia el pelaje.

Peppar ronronea. La gente se ríe en la tele.

—Bueno, al menos tú sí me quieres —le dice Anna-Karin contenta.

Sin embargo, y pese a la presencia de *Peppar*, se siente más sola que nunca. Las palabras de Linnéa le escuecen aún. Ha logrado convencerse de que se ha retirado por el bien de las demás. Porque es peligrosa y puede perjudicarlas. Pero ¿tendrá razón Linnéa? ¿No se estará comportando como una egoísta y una cobarde?

48

MINOO se concentra en las cifras que tiene delante. Una ecuación de segundo grado que debería ser sencilla. Pero, en esos momentos, no es capaz de resolverla.

Suena el timbre, es la hora del almuerzo. Ruido de sillas, libros que se cierran, cremalleras de mochilas que se abren. Minoo mira a Max y le arranca una sonrisa. Max la oculta enseguida detrás de la taza de café. A Minoo le salta el corazón en el pecho al verlo. Han recuperado la complicidad secreta que había entre ellos.

Pronto cumplirá diecisiete. Y al cabo de un año será mayor de edad. Será adulta a los ojos de la sociedad. Un año no es nada, le dijo él. Está dispuesto a esperar.

Es casi insufrible tener que verlo todos los días ahora que sabe que él la quiere. Un buen día no podrá aguantarse más, saldrá corriendo hacia la tarima y lo tirará de la silla comiéndoselo a besos delante de todos. Así que es mejor que se vaya del instituto para el verano.

Minoo sigue a la corriente de alumnos hacia el rellano de la escalera. Ha estado mirando el horario de Gustaf. Tienen el almuerzo a la misma hora. ¿Qué hará? ¿Se parará a hablar con él si lo ve en el comedor o será mejor esperar a hacerlo después de clase?

Ha podido evitarlo desde aquel encuentro junto al viaducto. Él se le ha acercado varias veces en el instituto, pero ella siempre ha conseguido escabullirse. A estas alturas le ha dado mil vueltas a lo que podría decirle pero sabe que es imposible planificar un diálogo, así que tendrá que improvisar.

Ve a Linnéa cuando llega a la planta baja y gira por el pasillo que conduce a la escalera del comedor.

Tiene la espalda apoyada en una hilera de taquillas. Erik Forslund y Robin Zetterqvist están delante. Linnéa trata de irse de allí pero Erik extiende el brazo como un rayo y lo apoya de un golpe en la puerta de la taquilla. Linnéa está atrapada.

Los demás alumnos hacen como si nada cuando pasan a su lado. Ya nadie parece acordarse de cuando Erik se meó en el patio ni de cuando Robin mendigaba unas migajas ante la mesa de Anna-Karin. Vuelven a ser los reyes.

Minoo se ajusta bien la mochila y se les acerca.

—Y entonces, ¿cuánto quieres? —oye que pregunta Erik.

—Apártate —dice Linnéa tratando de apartarlo.

—¿O es que has empezado a hacerlo gratis?

De repente Minoo siente miedo. Todos los demás han entrado ya en el comedor. Se acerca tratando de que sus pasos suenen resueltos.

—¡Contesta de una vez! —dice Robin.

—¡Ya vale! —grita Minoo.

Sus palabras resuenan en el pasillo desierto. Erik se vuelve y la mira con desprecio.

—No sabía que tuvieras novia —le dice Robin a Linnéa.

—¿Te da envidia? —pregunta Linnéa—. Tú no llegarás nunca a ver un coño en la realidad.

Linnéa le sonríe. Por un instante Minoo cree que Robin le va a pegar. Es obvio que quiere borrarle la sonrisa de un puñetazo.

Pero lo que hace es quitarle la mochila a Linnéa y vaciar el contenido. Todo queda esparcido por el suelo: maquillaje, tabaco, el móvil, bolígrafos, los libros y su cuaderno negro.

Ella trata de agacharse a coger sus cosas pero Erik la sujeta mientras Robin empieza a dar

patadas. Le pisa el móvil y le rompe la pantalla.

—Suéltala —dice Minoo.

Robin coge el cuaderno negro en el que Linnéa lo anota todo y empieza a hojearlo. Minoo entrevé las páginas repletas de la escritura de Linnéa. Tinta roja, azul, verde y negra. Bocetos y dibujos.

—¿Esto qué es? —pregunta Robin—. ¿Tu *diario*?

Linnéa intenta librarse de la mano de Erik. Como no lo consigue, echa la cabeza hacia atrás en un intento fallido de darle un cabezazo. Robin se va encendiendo cada vez más.

—Vamos a ver… —comienza.

Minoo se acerca a Robin y trata de quitarle el cuaderno, pero él se ríe de ella y la mantiene a distancia sin el menor esfuerzo, simplemente estirando el brazo. Con la otra mano sujeta el cuaderno y empieza a leer: «Todas las demás se quedan sentadas poniendo ojitos como si fueran niños perfectos en Nochebuena y como si AL fuera Papá Noel. No lo soporto más. M es la peor, siempre con esa puta gana de ser la primera de la clase, me da dolor de cabeza».

A Minoo no le cabe la menor duda de que M es ella. Le duele, pero lo único que importa ahora es quitarle el cuaderno a Robin antes de que las descubra a todas. Hace un nuevo intento y esta vez consigue rozarlo. Casi arranca una hoja, pero Robin vuelve a empujarla.

—¿No dice nada de cuando folla por heroína? —pregunta Erik.

—Espera un poco, espera un poco… —dice Robin pasando las páginas.

Linnéa se esfuerza por deshacerse de Erik. Se retuerce, tironea, da empujones, pero Erik se ríe sin más y la sujeta muy cerca de sí.

—A ti te va este rollo, ¿verdad? —pregunta jadeándole al oído.

—Suéltame —masculla Linnéa.

Robin sigue rebuscando en el diario.

«Tengo que contárselo a las demás», lee en voz alta. «Todo es tan terriblemente complicado.»

Mira a Linnéa y le sonríe con sorna.

—Mira, aquí me dan ganas de llorar —dice antes de volver al cuaderno—. «Debería haber dicho algo desde el principio. Ahora lo estropearía todo. Si lo supieran me odiarían.»

Linnéa grita enfurecida. Su voz resuena en el pasillo. Por un instante se congela la imagen. Ya está bien. Linnéa le da una patada en la entrepierna con la puntera de acero de la bota. Duro contra blando. Robin aúlla de dolor y cae de rodillas. El cuaderno se le escapa de las manos y se desliza por el suelo.

Minoo se agacha a recogerlo.

—Hija-de-puta-te-voy-a-matar —dice Erik como si fuera una sola palabra, le retuerce el brazo y se lo pone a la espalda.

Minoo nunca se ha visto involucrada en una pelea, ni siquiera de niña. No tenía hermanos con los que pelearse, y en la guardería siempre fue una niña buena. Pero ahora se quita la mochila. Pesa mucho. Está llena de libros.

Linnéa suelta un grito cuando Erik le retuerce el brazo un poco más. Minoo bloquea su cerebro y deja que actúe el instinto.

Gira la mochila describiendo un amplio arco. Le da a Erik en la cabeza, con la fuerza suficiente como para hacer que se tambalee y se caiga contra las taquillas.

Linnéa consigue zafarse de él y se tira al suelo a recoger sus cosas. Se le rompe la polvera y se forma una nubecilla blanca.

—¡El cuaderno! —le grita a Minoo.

Minoo siente la adrenalina bombeándole por todo el cuerpo cuando ve que Erik se levanta detrás de Linnéa. Casi no entiende lo que le dice.

Linnéa se incorpora con la mochila en la mano. Le arranca el cuaderno a Minoo y sale corriendo.

Minoo echa a correr también. Linnéa es mucho más rápida y no tarda en salir por la puerta del instituto. Minoo baja la escalera del comedor a toda prisa.

—¡Bolleras de mierda! —grita Erik a su espalda desde el fondo del pasillo.

Vanessa está sentada en el coche de Wille contemplando la guardería «El huertecito de arándanos» con sus columpios y el arenero cubierto de nieve. Delante del edificio de una sola planta, que tan familiar le resulta, se alza una fila de cinco muñecos de nieve regordetes.

Vanessa mira el reloj del salpicadero. Tiene tiempo. Siempre que a Nicke o a su madre no les haya dado hoy por ir a buscar a Melvin un poco antes.

—Estoy tan nerviosa —dice.

Wille se le acerca y le da un beso en la mejilla.

—¿Quieres que te espere?

—No hace falta.

—¿Seguro?

—Sí. Me pondré más nerviosa si sé que estás aquí esperándome.

Eso es solo parte de la verdad. La otra parte es que luego quiere estar sola.

—Vale, pues yo me voy a casa de Jonte —dice—. Nos vemos esta noche.

Vanessa se traga un comentario sobre las miles de cosas que Wille debería hacer en lugar de ir a casa de Jonte, pero le entran ganas de vomitar solo de pensar en lo pesada que es.

Últimamente, cuando está con Wille, se siente como una adulta, pero de la peor manera. Nunca había suspirado tanto en toda su vida como lo ha hecho desde que se fue a vivir con él. Es como si se hubiera convertido en su propia madre.

Wille todavía no le ha mencionado el correo que le envió antes de ayer con enlaces a anuncios de la página de la oficina de empleo, con los escasos puestos de trabajo que hay en Engelsfors. Ya sabe que no puede ser muy divertido ponerse a trabajar en la serrería o limpiar las oficinas municipales por las noches. Pero solo sería *provisional*. En cuanto ella termine el instituto podrán mudarse a otra ciudad. Hacer lo que quieran. Juntos.

Sale del coche y él se despide por la ventanilla cuando cierra la puerta. Vanessa lo quiere. Pero ya no sabe si eso es suficiente.

—¡Vanessa! ¡Cuánto tiempo! ¿Así que hoy vienes tú a recoger a Melvin?

Amira trabaja en la guardería desde que Vanessa era pequeña, y era su *seño* favorita. Lleva las mismas faldas de tirantes que entonces, y cada vez que la ve le vienen a la memoria la lectura de cuentos, la sopa de escaramujo y aquella vez en que la sorprendió con Kevin en la caseta de juegos.

—No, solo venía a verlo —responde Vanessa—. ¿Puedo darle un regalo? Por si tenéis alguna norma o algo…

Amira se fija en la bolsa que Vanessa lleva en la mano. Se pregunta si sabe que ya no vive en casa.

—Vale —dice—. Por una vez podemos hacer una excepción. Pero podéis apartaros un poco para que los demás niños no lo vean, ¿te parece? Si no, se arma un jaleo terrible.

—Por supuesto —responde Vanessa—. Gracias.

—Pasa al comedor mientras voy a buscarlo.

La mesa baja en la que almuerzan y meriendan los niños está recogida. Los estores azul oscuro con estampado de animales de circo en vivos colores están echados hasta la mitad y la habitación está en penumbra. Huele a plástico y a detergente. Todo está adaptado al tamaño de esas personitas, y le cuesta comprender que ella misma fue un día así de pequeña.

—Mira, Melvin. Ha venido Vanessa —le oye decir a Amira y se da media vuelta.

Ve en la puerta a Melvin, que la mira expectante. Lleva una camiseta de rayas azules y blancas, unos vaqueros con goma en la cintura y unos zuecos de goma roja. Tiene el pelo más largo y rizado por los laterales. Vanessa deja la bolsa y consigue no gritar: «¡Cómo has crecido!», que es lo que suelen decir las tías lejanas.

—¡Feliz cumpleaños! —le dice agachándose y extendiendo los brazos.

Melvin la mira. Se da media vuelta y esconde la cara entre las piernas de Amira.

Es como si le clavaran mil agujas en el corazón. Porque eso es exactamente lo que Melvin hace siempre que viene de visita gente a la que no conoce. Vanessa baja los brazos.

—¿Te da vergüenza? —pregunta Amira dulcemente.

—Llevamos bastante tiempo sin vernos. No sé si…

Se le quiebra la voz. Está a punto de echarse a llorar. Pero no puede permitirlo. No puede ponerse a lloriquear en el cumpleaños de su hermano pequeño y traumatizarlo para toda la vida.

Ya lo has traumatizado, le dice una voz interior. Yéndote de casa y desapareciendo. Normal que no confíe en ti. Puede que ni te recuerde.

Respira por la nariz e intenta tragarse el nudo que tiene en la garganta.

—Te he traído un regalo —dice sacando el paquete de la bolsa y dejándolo en el suelo—. Aquí tienes.

Melvin la mira un tanto escéptico. Luego da unos pasos. Se detiene.

—*Doz* —dice estirando el brazo y mostrando dos dedos.

—Sí, eso es. Cumples dos años —dice Vanessa parpadeando para contener las lágrimas—. Qué listo eres.

Melvin sonríe tímidamente. Ella empuja un poco el paquete hacia él. Muy despacio, el pequeño empieza a darle vueltas entre sus dedos gordezuelos. Empieza a romper el papel torpemente mientras Vanessa le quita con disimulo la cinta adhesiva.

Por fin saca un pingüino de peluche, con unos ojos enormes. Vanessa pensó que era ideal para Melvin en cuanto lo vio. Ahora, de pronto, no está tan segura de haber elegido bien.

—¡Anda, qué pingüino tan bonito! —exclama Amira.

Melvin sostiene el pingüino. Vanessa contiene la respiración. Si su hermano desecha el regalo ahora, se tira al suelo y se pone a llorar hasta que Amira la coja en brazos para consolarla.

—¿Te gusta el pingüino? —pregunta Vanessa.

—Pingu —responde Melvin agitando encantado el juguete.

Vanessa se siente patéticamente feliz y, por eso, empieza a llorar.

—Y ahora, ¿me das un abrazo? —dice.

Ya no puede aguantar más. Tiene tantas ganas de cogerlo en brazos… De sentir su cuerpecito caliente.

Melvin la mira con los ojos desorbitados. Parece asustado.

—No —dice.

Luego coge el pingüino del ala y sale dando saltitos de la habitación. Amira se compadece de ella.

—Le ha dado un ataque de timidez. Ya hace tiempo que no os veis —explica Amira. Naturalmente su madre no ha podido mantener la boca cerrada. Seguro que Nicke le ha contado

que la pesada de la hija de Jannike se ha ido a vivir con el rey de la droga de la ciudad y que se le ha ido la cabeza por completo. Vanessa querría quedarse un rato y explicárselo todo a Amira, ganársela, pero tiene que irse de allí antes de echarse a llorar desconsoladamente.

Así que se despide sin más y se apresura hacia la salida.

La guardería está en la cima de una colina. Desde allí se ve prácticamente todo Engelsfors. Ese pueblucho de mierda lleno de gente que cree que vive en el lugar más importante del mundo. Dios, cómo los odia. Dios, qué ganas de irse de allí.

Ahora que puede llorar es como si las lágrimas se hubieran evaporado.

No hay ningún lugar al que quiera ir. Ni a casa de Wille y Sirpa. Ni a casa de su madre y de Nicke. Ya no se siente en casa en ninguna parte.

Minoo está en la puerta de la biblioteca, tratando de aparentar que está relajada, cuando suena el timbre de la última clase. Mira la puerta del aula de Gustaf. Pero sigue cerrada. Puede que Ove Post esté dándoles largas con una disección.

Aparece la directora, que encamina sus pasos directamente hacia Minoo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta como si hubiera algo sospechoso en el hecho de estar esperando delante de la biblioteca del instituto.

Minoo tiene la sensación de que la directora mira de reojo hacia el aula de Gustaf.

—Esperando a una amiga.

La directora se la queda mirando unos instantes. Al final asiente y se marcha.

Por fin los compañeros de Gustaf empiezan a salir al pasillo. Minoo comienza a teclear en el móvil, con la esperanza de que parezca que está ocupadísima escribiendo un mensaje muy importante.

No ve a Gustaf hasta que no lo tiene delante.

—Hola —dice Gustaf.

—¡Hola! Te estaba esperando —lo saluda tan normal como puede.

Gustaf parece alegrarse.

—¿No me digas?

Minoo trata de centrarse en un punto de la base de su nariz, entre las cejas, para que crea que lo está mirando a los ojos, como una persona totalmente normal que no tiene nada que ocultar.

—Estaba pensando que podríamos hacer algo este fin de semana —le propone deseando que no lo interprete como que quiere quedar con él. Se le encienden tanto las orejas que se le van a encoger como dos tomates secos.

—Estupendo, ¿qué quieres hacer? —pregunta él.

—Nada, vernos. Pero tenemos familia en casa —miente—. Igual podemos vernos en la tuya, ¿no?

Superespontáneo.

—Claro. Tengo entrenamiento, pero puedes pasarte sobre las cuatro.

—¿Estás solo en casa? —Enseguida oye cómo suena y la sensación de tomate seco de las orejas se extiende a toda la cara—. Lo digo por si queremos estar tranquilos. Hablar de Rebecka o algo. No porque tengamos que hablar de ella, pero ya sabes…

—Lo sé —dice.

—Bueno, pues nos vemos mañana —dice Minoo.

De pronto, Gustaf se adelanta y le da un abrazo, y Minoo tiene que contenerse para no retroceder. Recuerda cómo la atrajo hacia sí en la oscuridad junto al viaducto. Esta vez es

totalmente distinto.

—Me alegro mucho de que quieras que nos veamos —dice soltándola—. Llevo tiempo con la sensación de que me estabas evitando.

Minoo vuelve a concentrar la mirada entre las cejas.

—¡Para nada! —asegura—. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

49

LAS paredes rugosas de la sala de espera tienen un color verde menta deprimente. A media altura han pintado una hilera de patos que picotean animosos en busca de grano. Por alguna razón, los patos hacen que el ambiente sea mil veces peor.

Anna-Karin está sentada en el sofá, con la mirada perdida. Fuera, por el pasillo, no paran de ir y venir los empleados del hospital. Algunos hablan demasiado alto, como si aquello fuera un lugar de trabajo cualquiera, no un sitio donde hay gente enferma y moribunda. Hay alarmas sonando y pitidos por todas partes.

Anna-Karin mira los patos otra vez. Se sonríen con los picos redondeados, parecen moverse al ritmo de una cancioncilla. De pronto cae en por qué son tan horribles: nadie quiere estar en esa sala. Solo están allí aquellos cuyos peores presagios se han cumplido. Pero alguien debió de pensar que la alegría de los patos se contagiaría a quienes esperen allí. Como si, no se sabe muy bien por qué, los patos compensaran la situación.

Un enfermero con los brazos llenos de tatuajes tribales se asoma a la habitación y le dice a Anna-Karin que lo acompañe. Ya han terminado las pruebas diarias que le hacen al abuelo.

Le da la impresión de que todos la miran de reojo mientras ella recorre el pasillo detrás del enfermero. *Ahí va la que no ha venido a visitar a su pobre abuelo ni una sola vez. Vaya nieta*.

El enfermero se coloca delante de la habitación del abuelo y la invita a entrar con un gesto.

Anna-Karin se queda mirando la puerta abierta. Lo que más le gustaría en ese momento es darse media vuelta y huir corriendo de allí. Cruzar a la carrera los largos pasillos y salir al aire libre, lejos del olor a hospital y a cuerpos enfermos. Lejos del abuelo.

El abuelo.

Pasa por delante del enfermero. Se lava las manos a conciencia en el lavabo y se las frota por encima de las muñecas con la solución desinfectante de un dispensador que hay en la pared.

La habitación resulta fantasmagórica a la luz débil de la tarde. Hay un anciano en la cama más próxima, con los dedos corvos como garras. Tiene los ojos fuertemente cerrados y la boca desdentada entreabierta para tomar aire. Anna-Karin se queda helada, hasta que se da cuenta de que no es el abuelo. Se apresura en dejar atrás la cama del desconocido y se adentra en la habitación.

Una cortina amarillo claro a medio descorrer delimita el espacio de la otra cama.

Primero solo ve las piernas que se perfilan bajo la manta celeste de la sanidad pública. Cuando se acerca unos pasos, ve que los brazos descansan sobre la manta. Tiene clavadas en el interior de las manos unas agujas enormes, que han sujetado con cinta adhesiva de un material parecido al papel. De ellas salen unos tubos largos. Además, tiene un tubo debajo de la manta. Anna-Karin lo sigue con la mirada y ve la bolsa de la orina, que cuelga de la cama, muy cerca del suelo.

Da unos pasos más. Ve la cara del abuelo.

Parece casi transparente a la luz pálida de la ventana. Otro tubo le sale de la nariz. Hay un gotero en el suelo, junto a la cama. Un pitido surge de un aparato lleno de cables que se pierden bajo el escote del pijama que lleva el abuelo. Es como una máquina que le inyecta diversos fluidos.

Anna-Karin da los últimos pasos y llega al borde de la cama.

—Abuelo —dice.

El hombre se vuelve hacia ella. Es como si las facciones se le hubieran encogido. La piel parece más lisa. La persona que está en la cama es el abuelo, pero al mismo tiempo no lo es. Todo aquello que *es* el abuelo, la fortaleza, ese aire despierto, vivo, inteligente… De todo eso no hay ni rastro en aquella cama.

Quiere abrazarlo, pero no se atreve. Tiene miedo de hacerle daño. Miedo de que no quiera aceptar su abrazo.

—Abuelo… Soy yo, Anna-Karin.

El abuelo la mira en silencio. Es imposible saber si la reconoce.

Entonces, Anna-Karin se da cuenta de que está llorando.

—Perdón, todo ha sido culpa mía —le susurra entre sollozos—. Perdón.

El abuelo parpadea. Parece que trata de fijar la mirada. Su madre le ha dicho que son tantas las medicinas que le administran, que está completamente aturdido.

—Me dijeron que era peligroso —prosigue—. Pero nunca pensé que pudiera serlo para otra persona que no fuera yo misma. Y mucho menos para ti. Pero ya lo he dejado.

Le coge la mano con cuidado de no tocar las agujas.

—No debería haber empezado. Debería haber hecho caso de las demás. Ahora lo sé, pero ya es demasiado tarde. Lo he estropeado todo. Abuelo, tienes que ponerte bien. Por favor, por favor.

El abuelo vuelve a parpadear. Abre la boca y consigue articular unas palabras. Anna-Karin no entiende lo que dice, pero sí oye que es finés. La lengua que tanto ha oído hablar en casa, pero que nunca llegó a aprender.

—¿Podrías hablar en sueco, abuelo?

—Han dicho por la radio que pronto estallará la guerra. Todos deben elegir bando.

—Todo irá bien, abuelo —lo tranquiliza Anna-Karin—. No debes preocuparte, tú procura ponerte bueno.

El abuelo cierra los ojos y hace un leve gesto de asentimiento.

—Mi padre decía: «si no hacemos nada ahora, sufriremos esa vergüenza para el resto de nuestras vidas».

Anna-Karin le acaricia la cabeza mientras él va cayendo en el sueño más profundo. Tiene el pelo fino y plateado. Y la frente fresca, casi fría.

—Es tu abuelo, ¿verdad? —pregunta la enfermera que acaba de entrar.

Anna-Karin asiente y se seca las lágrimas con el reverso de la mano.

—Sé que tiene un aspecto horrendo —dice, y empieza a explicarle para qué son todos los cables, las bombas y las agujas. Siente cierto alivio al saber qué hacen con el abuelo. Estas personas saben lo que se traen entre manos. Tienen un plan para mantener al abuelo con vida, para conseguir que se recupere.

»Está mejorando mucho —continúa la enfermera—. Puede que no lo parezca, pero así es.

Anna-Karin la mira a los ojos por primera vez.

Aunque no hubiera visto la foto en el periódico, la habría reconocido. La madre de Rebecka es una copia de su hija, solo que con más edad. La enfermera le sonríe, con una sonrisa también igual a la de Rebecka.

La mujer ha perdido a su hija y, aun así, va al trabajo y trata de consolar a Anna-Karin. Figúrate si supiera que es una de las personas que pueden contribuir a atrapar al asesino de Rebecka, pero que, precisamente ella, ha decidido no hacer nada de nada. Esconderse. Sentir pena de sí misma. *Si no hacemos nada ahora, tendremos que vivir con esa vergüenza el resto de*

nuestras vidas.

Minoo casi ha logrado conciliar el sueño cuando oye un ruido misterioso en su habitación. Un zumbido rítmico cuyo origen no es capaz de localizar.

El miedo la despeja por completo, y se incorpora en la cama, segura de que verá el humo negro anillándose y recorriendo las paredes, el suelo, la cama…

Pero el dormitorio está como siempre. Y de pronto se da cuenta de dónde procede el ruido. Es el móvil, que está vibrando en la mesilla de noche.

—Hola —le dice Linnéa cuando responde.

Minoo enciende la lamparita verde que tiene al lado.

—Hola —responde.

—Gracias por ayudarme hoy —dice Linnéa.

—De nada.

—Robin y Erik son unos cerdos. Eso era lo único bueno de cuando Anna-Karin usaba su poder en el instituto: que todo el mundo los odiaba tanto como se merecen. Siento que leyeran precisamente aquello… En realidad, no hablaba de ti. Bueno, sí, pero fue porque cuando lo escribí tuve un mal día.

Linnéa habla rápido, como si sintiera que debía pedir disculpas, y que quiere hacerlo tan rápido como sea posible. ¿Y eso es una disculpa? A Minoo se le encoge el estómago cuando recuerda lo que decía de M: *Me da dolor de cabeza*.

—Olvídalo —responde, deseando que fuera tan fácil.

—Vale, bueno. Te llamaba porque tengo que contarte una cosa —dice Linnéa—. Ya puedo leer el *Libro de los paradigmas*.

—Vaya, ¿desde cuándo?

—Desde hace un momento. Y he encontrado una cosa. Estoy viéndolo ahora con el localizador. Y ahora que lo he encontrado, no me explico cómo no lo había visto antes.

Estupendo, piensa Minoo. Dentro de nada, ese maldito libro emitirá mensajes para todo el mundo, salvo para mí.

—¿Y qué dice?

—Es difícil de explicar. Ni siquiera estoy segura de comprenderlo bien. Por eso quería hablar contigo. Creo que eres la única capaz de comprender lo que significa.

—Bueno, puedo intentarlo.

—Vale… Pues se trata de… Algo. No sé explicarlo. Y ese algo es en realidad para una persona. Si se reparte entre varias, la cosa va mal.

Minoo experimenta la misma sensación de cosquilleo que cuando está a punto de resolver un problema matemático de los difíciles. Lo que le está contando Linnéa le resulta familiar.

—Continúa —le dice mientras abre el cajón de la mesilla de noche y saca un cuaderno.

Linnéa lanza un suspiro de frustración.

—Lo malo es que siempre habrá una persona que quede fuera del sistema. Y si esa persona muere, otra ocupará su lugar fuera del sistema. Y luego la siguiente. Y la siguiente…

—Espera —dice Minoo.

Va pasando las hojas del cuaderno nerviosamente.

—¿Qué pasa? —pregunta Linnéa.

—Que eso mismo ya lo dijo Ida. Cuando descubrió que podía leer el *Libro de los paradigmas* —responde, y encuentra por fin la página que buscaba—. Dijo exactamente: «Eso está como hecho para una persona. Entonces funciona fenomenal. Pero si son varias las que van

a entrar, siempre habrá una que se quede fuera. Y si la que se queda fuera desaparece, entonces quedará fuera otra. Y otra. Y otra. Y otra. Hasta que hayan desaparecido todas». Dijo que era una especie de atmósfera.

En ese preciso momento todo encaja. Ahí está la respuesta. Naturalmente. Perfecto. Minoo no necesita ninguna plantilla de soluciones para saber que es correcta.

—Ya sé lo que trata de decirnos el *Libro* —asegura—. Está hablando de la protección mágica. Lo que nos comentaba la directora al principio. Lo que ella y el Consejo pensaban que nos protegía. ¿Por qué no consultas el *Libro* otra vez, ahora que lo sabes? Quizá se produzca algún cambio en lo que has leído.

—Espera un poco —responde Linnéa.

Mientras ella busca, Minoo oye que su madre sube la escalera y entra en el cuarto de baño. Seguramente, acaba de llegar del hospital. Se oye el agua del grifo.

—Vale —continúa Linnéa—. Desde luego, esto va de protección mágica. Se ha creado para una Elegida. El *Libro* trata de explicarnos cuáles son los efectos secundarios que se producen cuando debe distribuirse entre siete personas. No puede protegerlas a todas al mismo tiempo. Una de nosotras quedará siempre fuera. Es como una especie de válvula de seguridad. Esta magia no puede abarcar varias psiques, sentimientos, voluntades y pensamientos. Dice algo así como que implosionaría si nos abarcara estrechamente a todas.

—O sea, que siempre hay alguien que queda fuera de la protección —concluye Minoo—. Y mientras esa persona siga viva, las demás estamos ocultas. Pero si esa persona muere…

—… le toca el turno a otra quedar sin protección —remata Linnéa.

Minoo tantea el siguiente paso lógico del razonamiento.

—Elías debió de ser el primero que quedó sin protección —dice—. Y cuando él murió, le tocó el turno a Rebecka. Y luego a mí. Ahora soy yo la que está desprotegida.

Las dos guardan silencio un buen rato.

—Pero ¿por qué fracasó el ataque que emprendieron contra ti? —pregunta Linnéa—. No sabemos qué poder tenía Elías, pero joder, Rebecka era capaz de lanzar por los aires objetos muy pesados solo con su voluntad. ¿Tú sabes o tienes algo que ellos no tenían?

—No lo sé —confiesa Minoo.

Pero piensa en el humo negro. En cómo logró hacer que se dispersara, aunque solo fuera un instante. Le gustaría poder contárselo a Linnéa, pero sigue teniendo la sensación de que está prohibido hablar de ello.

—Supongo que nos enteraremos de todo mañana —dice Linnéa—. Cuando hayas hablado con Gustaf.

—Espero que sí.

—¿Tienes miedo?

Linnéa es la única persona en el mundo que no debería hacer tal pregunta.

—No, va a ser de lo más agradable —responde Minoo.

Linnéa suelta una carcajada. Luego añade, con voz seria:

—Suerte.

Terminan la conversación y Minoo se tumba de nuevo en la cama.

Cierra los ojos. Las ideas acuden como un alud, hasta que cree que terminarán asfixiándola.

¿Por qué tuvieron que morir Elías y Rebecka, pero no ella?

Elías murió en el instituto. Y Rebecka también.

El instituto es el lugar del mal.

¿Será que quien los persigue no es lo bastante fuerte fuera de ese escenario?

Piensa en la grieta que se abrió en el suelo de asfalto del patio.

Piensa en la luna de sangre, cuya pesadez pendía sobre los bosques susurrantes de Engelsfors.

Piensa en *Gato*, en la carta que Nicolaus se escribió a sí mismo. En las últimas palabras. *Memento mori*. Recuerda que vas a morir.

Piensa en la lista de preguntas que tiene preparada para Gustaf, la que ha escrito esa misma tarde. Piensa en el Gustaf de la puerta de la biblioteca y en el del viaducto. En el Gustaf al que Rebecka quería. En el Gustaf que tal vez la mató.

No puedo. No puedo hacerlo. No pienso obedecer.

Aquellas palabras acompañan a Minoo al mundo del sueño.

50

EL sol se filtra por las persianas entreabiertas del salón de Nicolaus. Anna-Karin está sentada en una silla, mirándose los pies. Lleva calcetines rojos. El dedo gordo izquierdo asoma por el agujero.

Se lo ha contado todo, sin mirarlo a los ojos una sola vez. Le ha hablado de su madre. Del agua hirviendo. De Jari. Del «accidente». De que en realidad fue un ataque contra ella. Que intentó hacerse la heroína y que todo terminó en catástrofe. Acaba de contarle lo del abuelo. Y ya no hay más que decir. Se lo ha contado todo, y Nicolaus sigue guardando silencio.

Anna-Karin desliza el pie por el suelo y una sustancia pegajosa se le queda adherida al calcetín. Se agacha y retira una bola de algo blanco que parece chicle.

—Ectoplasma —dice Nicolaus—. El otro día ejecutaron un ritual. En fin, tú estabas involucrada, aunque indirectamente, por lo que me dijeron.

Anna-Karin levanta la vista. Nicolaus la mira con calidez. Ella se esperaba una reprimenda, pero ahora se esfuerza por contener el llanto. Y es que desde ayer, después de ver al abuelo en el hospital, ha sufrido ataques de llanto regulares. Es como si tantos años de dolor contenido salieran ahora con toda su fuerza.

—¿Me odias? —pregunta.

—Por supuesto que no.

—Pero las demás seguro que sí, ¿verdad? Seguro.

—Nadie te odia, Anna-Karin —responde Nicolaus con voz serena—. Pero, desde luego, deberías habérnoslo contado mucho antes.

Anna-Karin asiente.

—Me daba vergüenza.

—Todos hacemos cosas de las que nos avergonzamos —dice Nicolaus.

—Pero yo he hecho demasiadas.

Nicolaus ladea la cabeza de un modo que le recuerda un poco al abuelo.

—Considera mi destino por un instante. Yo solo tengo una misión: guiaros a vosotros siete. Y ya he perdido a dos. Si hay alguien que deba avergonzarse soy yo.

—¿Y sientes vergüenza?

—Sí —responde—. Pero me di cuenta de que la autocompasión era un lugar en el que esconderme del mundo. Una especie de consuelo envenenado.

Anna-Karin no dice nada. Sigue toqueteando el pegote blanco. Está caliente.

—Has cometido muchos errores. Pero igual que tienes que aprender a perdonar a tus semejantes, debes aprender a perdonarte a ti misma. Siempre hay perdón, Anna-Karin. Si te atreves a aceptarlo.

Anna-Karin permite que las palabras de Nicolaus lleguen a su conciencia. Piensa otra vez en el abuelo.

Y te querré sin importarme los errores que cometas. Aunque hicieras algo malo yo te seguiría queriendo, y si alguien quisiera hacerte daño, te defendería hasta la última gota de sangre.

—Tengo miedo de lo que vayan a decir las demás —dice casi en un susurro—. Sería más fácil si pudiera contárselo de una en una… O al menos no a todas a la vez.

—Empieza con la que te sientas más segura. Y luego convocamos al resto.

Anna-Karin asiente.

—He estado pensando en una cosa sobre aquella noche —dice—. La persona que me atacó… Gustaf o su copia o quienquiera que fuese. Tiene que ser alguien como yo.

—¿Qué quieres decir?

—La voz que me resonaba en la cabeza y cómo me controlaba… Es casi como lo que yo puedo hacer con los demás. Quien intenta matarnos tiene que ser una bruja de tierra.

La zona de casas donde vive la familia de Gustaf se encuentra a las afueras de la ciudad. El sol de la tarde le arranca destellos al manto de nieve. Las largas ramas desnudas de los abedules se ven cubiertas de una fina capa de hielo que las hace parecer rociadas de polvo de vidrio. Más allá del prado se arremolinan las aguas negras del canal que discurren lentamente. Minoo se pregunta cuántas veces recorrería Rebecka aquel trayecto con Gustaf.

Al lado de Minoo, por donde ella camina, van apareciendo huellas de pisadas. Ella y Vanessa han dicho que tenían gripe para librarse del entrenamiento en el parque. La directora se tragó la mentira sin más. Minoo no duda de su inteligencia, pero es sorprendentemente fácil engañarla.

Entran en la última calle antes de que empiece el bosque. Las casas son de dos plantas y tienen los mismos paneles de color rojo oscuro, los mismos marcos en las ventanas.

Se paran delante de la puerta de Gustaf.

Minoo casi habría preferido llevar a cabo aquella misión en solitario.

Porque, ¿qué va a decir Gustaf si cree que están solos? ¿La desvelará como alguien que se lía con los asesinos de sus amigas muertas? ¿Qué podrá decir ella? ¿Cómo reaccionará Vanessa?

Minoo llama al timbre. Respira hondo y siente que Vanessa le da un apretón rápido en la mano. No está segura de qué significa, «adelante», «todo irá bien» o «espabila, joder, parece que te estés haciendo caca en los pantalones».

Gustaf abre la puerta al cabo de tan solo unos segundos. Acaba de ducharse y todavía tiene el pelo mojado. Así parece que tiene la piel unos tonos más oscura, le enmarca la cara y los ojos parecen más claros todavía.

—¡Hola! —dice—. ¡Pasa!

Minoo se quita los zapatos y los deja en un periódico extendido.

—Estoy preparando algo de comer —dice Gustaf dirigiéndose a la cocina—. Te gusta el atún, ¿verdad?

Minoo detesta el atún. Es comida para gatos. Pero espera no tener que comer mucho.

—¡Sí, por supuesto! —le responde.

Mira de reojo hacia la puerta cerrada. Por ahí está Vanessa quitándose los zapatos y metiéndolos en una bolsa. De repente se le cae uno, retumba en el suelo y se hace visible.

—¿Qué pasa?

Minoo se da la vuelta. Gustaf está en el umbral.

—Nada, que se me ha caído el zapato —responde Minoo buscando en su cara algún indicio de sospecha.

No ve ninguno.

—Ya voy —dice, y Gustaf vuelve a la cocina.

Minoo se da la vuelta otra vez y ve desaparecer el zapato en la nada. Enarca una ceja mirando en dirección a Vanessa con gesto de advertencia y se dirige a la cocina.

Gustaf está poniendo la mesa. Y allí está su padre. Cuando ve entrar a Minoo dobla el periódico y se levanta.

Minoo suelta un taco para sus adentros. Todo habría sido mucho más sencillo si Gustaf hubiera estado solo en casa. Pero le sonríe, le estrecha la mano y se presenta.

—Yo soy Lage.

Es bastante mayor, pero es evidente que de joven era tan guapo como Gustaf. Tiene la espalda recta y un pelo abundante de color gris plateado. Le estrecha la mano con firmeza y calidez, y Minoo tiene la sensación de que su mano se pierde en la de él, a pesar de que ella las tiene bastante grandes.

—He oído hablar mucho de ti —dice el padre.

Minoo piensa febrilmente en busca de una respuesta. El miedo la bloquea, así que sonríe simplemente con la esperanza de parecer tímida en lugar de maleducada. Lage alisa unas arrugas del periódico —es el *Engelsforsbladet* de hoy— y se lo lleva a la frente como haciendo un saludo militar.

—Bueno, os voy a dejar tranquilos —dice—. Estoy en el sótano, con el nuevo tramo de vía, por si queréis algo.

—¿El nuevo tramo de vía? —pregunta Minoo una vez que el padre se ha marchado escaleras abajo.

—Tiene la maqueta de una estación de ferrocarril ahí abajo —explica Gustaf poniendo dos vasos en la mesa—. Es chulísima. Ha construido una maqueta del antiguo Engelsfors y está poniendo las vías exactamente con el mismo recorrido que tienen en la realidad. Por aquí hay montones de tramos de vía que no se han utilizado desde que funcionaban la mina y la fundición.

—Suena… Muy chulo —dice Minoo.

Gustaf se ríe y sirve refresco de cola para los dos.

—Vale, no era eso lo que quería decir —responde—. Siéntate.

Minoo obedece y Gustaf empieza a comer enseguida con mucho apetito. Minoo escarba un poco en el atún sin dejar de observarlo. Se pregunta en qué lugar de la cocina se encuentra Vanessa. ¿Le habrá puesto ya el suero a Gustaf en la comida? ¿Notará el sabor? ¿Qué le pasará? ¿Habrá una parte no humana de él que lo note y reaccione? ¿Sabrá ya lo que piensan hacer?

Minoo apunta a una gran hoja de lechuga. La dobla concienzudamente con los cubiertos y clava el tenedor en el centro del pequeño envoltorio verde. Se lleva el tenedor a la boca, la abre y entonces ocurre lo que ella sabía que iba a ocurrir: la hoja de lechuga se despliega justo cuando se la va a meter en la boca. Se le queda toda la barbilla pringosa de vinagreta.

Tiene la sensación de haber oído la risita de Vanessa. Gustaf le sonríe.

—No sé cómo lo hago —dice Minoo.

—A mí me pasa igual —dice Gustaf—. Tendrías que verme comer tacos.

Se pregunta si está mintiendo solo para que ella se sienta mejor. Nunca ha visto a Gustaf hacer nada con torpeza.

—Pero los tacos no valen —dice Minoo—. Es un plato que lleva la humillación incorporada.

Gustaf suelta una carcajada.

—Rebecka decía que eras graciosa.

Y entonces advierte un movimiento levísimo en la superficie del vaso de Gustaf, que se quiebra levemente.

Vanessa le acaba de poner el suero.

—Me alegró mucho que propusieras que nos viéramos —continúa Gustaf—. Tú y yo somos los que mejor conocíamos a Rebecka. No sé por qué me parece importante que nos mantengamos en contacto. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí —responde Minoo.

Tiene que hacer un esfuerzo para no quedarse mirando el vaso de Gustaf.

—Hablaba mucho de ti —continúa.

Se lleva el vaso a la boca y da un par de tragos. Minoo se obliga a beber un poco del suyo.

No mires, piensa. No lo descubras todo mirándolo.

—¿Le has notado algún sabor extraño a este refresco? —pregunta Gustaf.

Ya está. Ya está.

—No.

Minoo niega resueltamente con la cabeza y toma unos tragos más por si acaso.

—Acabo de abrirlo —dice pensativo.

Luego se encoge de hombros.

—Espero que no sea porque esté cogiendo la gripe. Cuando voy a caer enfermo todo me sabe raro.

Y entonces apura el vaso.

Mierda, está a punto de soltar Minoo.

Se queda como paralizada unos segundos. Casi espera que Gustaf se caiga de la silla agarrándose la garganta con las dos manos.

—Estoy un poco mareado —dice.

Minoo traga saliva.

—¿Y si nos vamos a tu habitación? —propone.

Gustaf parece desconcertado.

—Para que puedas descansar un rato.

—Sí, quizá sea lo mejor.

Habla con voz monótona, pero se levanta de la silla.

Por Dios, piensa Minoo. Ida no reaccionó así. ¿Y si le hemos puesto demasiado?

Minoo oye pasos en la escalera. Pesados y rápidos. Las ideas se precipitan en su cabeza porque, ¿dónde se pasa escondido los días enteros el doble de Gustaf? ¿Qué mejor lugar para ocultar a un doble que *el sótano*? Y Lage, su padre, puede que sea parte del plan, o incluso el que lo haya planeado todo, o que todo sea un error terrible y que tanto Lage como Gustaf sean inocentes, pero ahora, por desgracia, Minoo le ha administrado a Gustaf una dosis letal de un suero mágico, así que puede que dentro de poco esté muerto.

Minoo se levanta de un salto y sujeta con el brazo a Gustaf, que parece que está a punto de desmayarse.

Se abre la puerta del sótano y sale Lage.

—Pensaba preguntar si hay comida suficiente para mí también… —comienza, pero entonces repara en Gustaf.

—¿Cómo estás, Gurra? Te veo muy pálido.

—Pues estaba bien, luego me he mareado un poco, pero ya me encuentro bien otra vez.

Lage se acerca y le pone a Gustaf la mano en la frente.

—Por lo menos no tienes fiebre —confirma un tanto inquieto.

—Minoo dice que debería echarme un rato, y me parece una buena idea —dice Gustaf.

—Puede que se haya pasado un poco con el entrenamiento —dice Minoo, y se dirige a Gustaf—. Ven, vamos a tu habitación.

Lage mira a Gustaf preocupado.

—Avísame si se pone peor. Estoy ahí abajo.

—Sí, sí —responde Gustaf.

—Mi madre es médico —dice Minoo—. La gripe que corre por ahí es bastante traicionera. De repente, te contagias y te pones malísimo.

Minoo coge a Gustaf del brazo y se deja guiar por él hasta el dormitorio de la segunda planta.

—¿Puedes encender la luz? —pregunta Minoo una vez dentro de la habitación a oscuras.

—Sí —responde, y se desploma pesadamente en la cama.

A Minoo le lleva un rato comprender que es como cuando los niños quieren hacerse los graciosos y te dicen que sí a todo.

—¿Dónde está el interruptor? —pregunta Minoo.

—A la derecha de la puerta.

Minoo enciende la luz y la oscuridad desaparece instantáneamente. Gustaf tiene la cama sin hacer. Por lo demás, la habitación está bastante ordenada.

En la pared que hay junto a la cama se ve una fotografía de Rebecka y de Gustaf. Sus caras llenan toda la imagen y es imposible saber dónde están, solo se deduce por la luz que es al aire libre. Se los ve felices. En aquella centésima de segundo, cuando la cámara congeló el instante, no tenían la menor idea de lo que les esperaba.

O quizá Gustaf sí lo supiera, se dice Minoo. Puede que la imagen represente algo completamente distinto de una pareja feliz. Puede que en realidad se trate de un asesino y su víctima.

Nota un débil empujón en la espalda. No es difícil de interpretar. Vanessa piensa que Minoo debería darse prisa, y tiene razón. No saben cuánto dura el efecto del suero. Una gota duró más o menos un minuto en el caso de Ida. Minoo ha calculado que deberían contar con diez minutos por lo menos. Pero ya han perdido parte del tiempo. Y Gustaf es más grande que Ida. Minoo se sienta en el borde de la cama. Lleva la lista de las preguntas que ha preparado en el bolsillo del vaquero. La deja donde está.

—¿Querías a Rebecka?

—Sí —responde Gustaf sin dudarlo—. Más que a nadie en el mundo.

—¿Le pediste perdón cuando fuiste a visitar su tumba?

Gustaf asiente y una lágrima le rueda por la sien desde la comisura del ojo hasta que desaparece en su melena rubia. Está tumbado, totalmente inmóvil, y mira a Minoo asustado.

—¿Tuviste algo que ver con su muerte?

—Sí —responde.

Minoo se queda helada.

—Cuéntamelo —se obliga a decir.

—Fue culpa mía. Todos decían que Rebecka tenía trastornos alimentarios, pero yo fui demasiado cobarde para preguntarle abiertamente. No quería que se pusiera triste, ni que pensara que era un pesado. No llegué a darme cuenta de que fuese tan grave. Tendría que haber intentado hablar con ella.

Sigue mirando a Minoo con los ojos muy abiertos y el miedo en la mirada.

—Tú crees que Rebecka se suicidó, ¿verdad?

La pregunta parece desconcertarlo.

—Sí —dice—. Saltó del tejado del instituto. Fue culpa mía. Si hubiera sido mejor novio eso jamás habría ocurrido.

Minoo echa un vistazo a la foto preguntándose si Rebecka puede verlos desde algún sitio. Espera que no, porque se avergüenza muchísimo de lo que está haciendo.

—¿Tú estabas con ella en el tejado? —pregunta.
—No. Estaba esperándola abajo. Fue a la reunión con la directora.
Gustaf le pone la mano en el brazo. Tiene los dedos fríos.
—Esperaba que la directora sacara el tema del trastorno alimentario. De que la obligara a abrirse, y así no tendría que hacerlo yo. Fui un cobarde.
—¿Has hecho algo especial este otoño? ¿Te has puesto en contacto con algo?
—No entiendo la pregunta.
Minoo vuelve a notar en el hombro el empujón de impaciencia, como un recuerdo de que se les acaba el tiempo.
—¿Te has puesto en contacto con algún demonio?
Gustaf vuelve a mirarla con desconcierto. Como un niño al que le hacen una pregunta de adulto.
—¿Te has estado dedicando a algún tipo de actividad sobrenatural? —continúa Minoo.
—No.
Está claro que no tiene ni idea de lo que le habla.
—Puede que ni tú mismo lo sepas. Piénsalo bien. ¿Ha ocurrido algo extraordinario?
Él niega con la cabeza.
—¿Oyes a veces una voz en la cabeza que te dice que hagas cosas?
Él vuelve a negar.
—Si yo digo «la luna de sangre», ¿qué me dices tú?
—¿Naranja sanguina?
—¿Tienes un doble?
—No —responde débilmente—. No creo.
—No puedo más —dice Vanessa de repente.
Minoo comprende perfectamente cómo se siente. Ver a Gustaf tan asustado y tan indefenso es más de lo que ella misma puede soportar. Se siente como alguien de la Inquisición. Pero tiene una pregunta más y espera de verdad que Gustaf no diga nada del beso porque, a diferencia de él, Vanessa no olvidará nada después.
—¿Me seguiste por el centro el otro día? ¿Y luego nos vimos en el viaducto?
—No.
—Nos vimos allí y… estuvimos hablando. ¿No lo recuerdas?
—No.
—Y a pesar de todo estuviste en el cementerio al mismo tiempo. Fue el día en que acudiste a la tumba de Rebecka por primera vez. Te encontrabas en dos lugares al mismo tiempo. ¿Cómo lo hiciste?
Gustaf menea la cabeza.
—¡No entiendo nada! —dice—. Me estás haciendo unas preguntas rarísimas.
Minoo no puede más. Trata de despegarse del brazo los dedos de Gustaf pero él la sujeta con mucha fuerza. Minoo le acaricia delicadamente los dedos con la esperanza de que así se tranquilice.
Y funciona. Él afloja la mano y ella se suelta y se levanta.
—Perdona.
—No sé por qué me pides perdón.
—Por todo esto.
—Yo te aprecio, Minoo —confiesa él sorprendido.
—Y yo también te aprecio —dice y de pronto se da cuenta de que lo dice de verdad—.

Me gustaría poder contarte cómo murió Rebecka. Pero no fue culpa tuya.

—¿Pero qué haces, Minoo? —le susurra Vanessa.

Pero Minoo no le hace caso. Es facilísimo no hacerle caso a una persona invisible.

—¿Puedes intentar acordarte de una cosa? —pregunta Minoo—. Trata de conservarla en algún lugar de tu cabeza. ¿Me prometes que lo intentarás?

—Te lo prometo —responde Gustaf.

—*No fue culpa tuya*. Rebecka te quería.

Las lágrimas vuelven a aflorar a los ojos de Gustaf y Minoo hace un gesto de asentimiento, tratando de grabar aquel mensaje en su subconsciente.

—Ella nunca te habría abandonado voluntariamente —dice.

Gustaf esboza una sonrisa, pero no la termina de dibujar.

—Me siento muy cansado —dice.

—Pues creo que deberías dormir un rato.

Gustaf cierra los ojos, y Minoo y Vanessa se quedan hasta que se ha dormido. Luego salen muy despacio para no despertarlo.

51

VANESSA se ha dado una buena ducha, y aun así no tiene la sensación de estar del todo limpia. Cuando se despidió de Minoo acordó con ella que no le contarían nunca a nadie lo que Gustaf había dicho. Enviaron un mensaje a las demás diciéndoles que estaban seguras de que no sabía nada de su doble. Nada más. El resto no le importa a nadie. A ellas tampoco, por supuesto. Por eso se siente tan sucia. No quiere volver a hurgar en los pensamientos más profundos de otra persona.

Ahora está prácticamente inhalando el guiso de salchicha que ha preparado Sirpa para la cena. Vanessa va ya por la segunda ración, pero no hay señales de que se le vaya a aplacar el hambre. Como siempre que se ha pasado mucho rato siendo invisible, el cuerpo le pide alimento. Muchísimo alimento.

—Tranquila, Nessa —dice Wille, sin poder aguantarse la risa.

—Tú ocúpate de lo tuyo —le dice con la boca llena de arroz con tomate a medio masticar.

—Si sigues así llegarás a pesar una tonelada.

—De todos modos, seguiría siendo más guapa que tú.

Se sirve más leche y se la toma de un trago.

Sirpa los mira nerviosa.

—Perdona que devore de esta manera —se disculpa Vanessa—. Es que estaba tan rico. Como siempre.

—Pues me alegro de que te guste —dice Sirpa.

Parece que lo dice de verdad, pero Vanessa sabe que tiene que ser difícil para ella alimentar una boca más. Además, una boca insaciable.

Claro que Vanessa le entrega todos los meses la mitad de la ayuda estatal, pero eso no da para mucho.

—Muchas gracias por la comida —dice y se traga el último bocado de salchicha.

Empieza a quitar la mesa. Está demasiado nerviosa para quedarse sentada. Cuando Sirpa hace amago de ir a levantarse, le dice que por qué no se va a ver la tele. Sirpa le sonríe agradecida y se dirige al salón. Wille no se mueve y se balancea en la silla mientras se prepara una bola de rapé.

Vanessa apila los platos sucios en el fregadero y lo llena de agua. Luego empieza a limpiar un plato con el cepillo. El agua está tan caliente que empieza a sudarle la frente. Es estupendo poder concentrarse en algo totalmente cotidiano. Frotar y hacer espuma hasta que desaparezcan los restos de comida.

De repente nota unas manos en la cintura.

—¿Sabes? —dice Wille y le da un beso en la nuca—. He visto un anuncio de un viaje a Tailandia muy barato dentro de una semana.

—Yo tengo clase.

Tailandia, Tailandia, Tailandia. Los últimos meses no ha hablado de otra cosa.

—Pues pasa —murmura Wille—. Nos largamos. Creo que puedo conseguir que Jonte me suelte algo de dinero.

Ella se hace a un lado para librarse de sus manos, pero vuelven a la carga enseguida, y Vanessa se las sacude con más resolución.

—¿Qué pasa? —pregunta él.

—¿No puedes dejarme tranquila un solo segundo?
—¿Por qué estás tan arisca?
—¿Y por qué te pegas a mí como una lapa todo el tiempo?
Wille se queda detrás de ella. Vanessa nota que irradia decepción.
—Solo quiero hacerte unos mimos.
—Y yo quiero que me dejes en paz, ¿vale? ¿Tanto te cuesta comprenderlo?
—Lo que no comprendo es por qué estás tan cabreada a todas horas —dice Wille y vuelve a sentarse a la mesa.
Vanessa va secando la vajilla mientras espera. Sabe que no puede estar callado mucho tiempo.
—He estado mirando los enlaces que me enviaste —le dice al fin.
Ella se da la vuelta con un vaso en una mano y el paño de cocina en la otra.
—Yo creo que eso no es para mí —continúa.
Vanessa aprieta el vaso con tal fuerza que debería romperse.
—¿Es que no has encontrado nada que te guste?
—Joder, Nessa, yo no quiero dedicarme a las ventas por teléfono.
—¿Y qué coño quieres entonces, Wille?
Él se ríe sin convicción, parece que no comprende lo enfadada que está.
—No lo sé… A mí me parece que estoy bastante bien como estoy. Como estamos.
—Y luego, ¿qué?
—¿Cómo que luego? —dice él.
O sea, Vanessa es la que sabe que se acerca el fin del mundo y, a pesar de todo, es *Wille* el que no quiere pensar en el futuro.
—Si quieres un trabajo mejor, tendrás que empezar a estudiar.
—Anda ya, si yo era un desastre en el instituto.
—También puedes estudiar formación profesional.
—Ya, pero… No sé.
—Así que estás *satisfecho* con la situación, ¿no? ¿Lo dices en serio?
—Bueno, tener un apartamento propio estaría guay, claro. De eso a lo mejor puedes encargarte tú cuando termines el instituto y empieces a trabajar, ¿no? —propone Wille bromeando, y Vanessa se da cuenta de que se cree muy gracioso.
Nada le gustaría más que estrellar el vaso contra la pared. Y seguramente lo habría hecho si no fuera de Sirpa. Igual que todo lo que tienen a su alrededor. Puesto que están viviendo en el apartamento de Sirpa. Y Vanessa no quiere explotar allí. No puede hacerse responsable de lo que ocurriría.
Deja el vaso en la encimera y el paño de cocina en la mesa delante de Wille.
—Ya puedes relevarme —dice.
—¡Nessa, si estaba de broma! Ya sé que esto no se sostiene, pero no sé qué voy a hacer.
—Ya sé que estabas de broma. Pero tengo que salir un rato. Si quieres que sigamos juntos, la mejor sugerencia que puedo hacerte en estos momentos es que cierres el pico.

Vanessa pasea por la ciudad sin saber adónde ir. No para de darle vueltas a la cabeza. Vueltas, vueltas y más vueltas, como un tiovivo que provoca el vómito.
En estos momentos existen demasiadas Vanessas y ella ya no sabe cuál es la verdadera. La Vanessa de cuando está con Michelle y Evelina, por ejemplo, es completamente distinta de la que trata de salvar el mundo. Luego está la Vanessa que tiene que ser cuando está con Wille para

que la cosa funcione, y la Vanessa que trata de no ser una carga demasiado pesada para Sirpa, además de la Vanessa que intenta sacar por lo menos un aprobado en el instituto… Se ha perdido en todas esas personalidades.

Mira los bloques altos que la rodean. Ha llegado al barrio de Linnéa. Suena la música de varios pisos. Es sábado por la noche y ella no se ha dado ni cuenta. ¿Desde cuándo es su vida tan aburrida que ni siquiera tiene planes para el sábado por la noche?

Emborracharse quizá le ayude. Evelina y Michelle hablaron de una fiesta, ahora lo recuerda.

Se para un momento. Duda. No quiere estar sola, pero tampoco quiere verlas. Piensa en cómo Michelle provocará a Mehmet, con el que ha empezado a salir; ya sabe que Evelina se quejará de que «nunca va a conocer a nadie», aunque las tres saben que es la más guapa.

¿Cuándo fue la última vez que tuvo ganas de verlas de verdad? Han pasado tantas cosas en su vida desde el verano pasado… Y hay tantas cosas de las que no puede hablar con ellas.

Habría sido más fácil seguir siendo la Vanessa de siempre. Madre mía, cómo le gustaría poder serlo.

Mira hacia los últimos pisos del bloque. Tal vez no haya llegado allí por casualidad.

Dirige los pasos hacia el portal de Linnéa, coge el ascensor, sube y llama a la puerta. No le abren y se siente decepcionada. Porque se da cuenta de las ganas enormes que tenía de ver a Linnéa.

Llama por segunda vez. Y de repente se oye el ruido de una cisterna. Cuando Linnéa le abre la puerta, ve que lleva la misma camiseta de Dir En Grey de aquella noche con Jonte.

—Hola —saluda Vanessa.

—Hola —dice Linnéa.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Es sábado por la noche —dice Vanessa—. ¿No deberías estar divirtiéndote?

—¿Y quién ha dicho que no me esté divirtiendo? —dice Linnéa.

Lo ha dicho tan seria que Vanessa se echa a reír.

Linnéa se la queda mirando durante medio segundo. Y luego empieza ella también. Es una de esas risas histéricas de que-me-ahogo-que-no-puedo-parar-de-reír y Vanessa no recuerda cuándo fue la última vez que se rio así. Se ríen hasta llorar de risa y, entonces, cometen el error de mirarse a los ojos y vuelta a empezar.

Se sientan en el sofá y se ponen a hablar. En el ordenador de Linnéa suena una y otra vez una lista de reproducción con chicos tristones y chicas que tocan la guitarra pero, por extraño que pueda parecer, a Vanessa no la deprime. Al contrario, la música y el tenue resplandor rojo la envuelven en una sensación agradable.

La conversación fluye sin problemas. Linnéa le cuenta lo que le ha enseñado *El libro de los paradigmas* sobre la magia protectora. Y Vanessa, que le pusieron a Gustaf el suero en el refresco, pero omite todos los detalles sobre lo que dijo.

—¿Sabes que yo estuve saliendo con Gustaf un tiempo? —pregunta Vanessa.

Al ver la expresión estupefacta de Linnéa, suelta una risita.

—Una tarde entera, cuando estábamos en primero. Tenía yo entonces un truco… El niño que consiguiera subirse en el columpio conmigo durante la pausa del almuerzo podía ser mi novio el resto del día.

—Así que te vendías barata ya en aquella época, ¿no? —dice Linnéa con una risa afilada.

—Figúrate si hoy fuera así de fácil saber con quién tiene una que salir —dice Vanessa

riendo también.

Se ríen de cuando Ida tuvo que confesar que está secretamente enamorada de Gustaf. Hablan de que siempre había cinco o seis chicas dando vueltas con la bicicleta alrededor de su casa con la esperanza de que él se asomara a la ventana y las viera.

Con magia o sin ella, siempre ha embrujado a las chicas.

Luego empiezan a hablar de Minoo y de si es lesbiana o no.

Vanessa está totalmente convencida de que lo es. Linnéa dice que no, que de ninguna manera.

—Yo creo que me cae bien, pero no la entiendo. O sea, es que nunca sé cuándo está cabreada y cuándo simplemente es Minoo —dice Vanessa.

Linnéa se echa a reír y asiente.

—A mí me parece que Minoo está un poco enfadada conmigo —dice.

—¿Por qué?

—Nada, un malentendido.

Linnéa no le explica nada.

—Las Elegidas formamos un grupo bastante raro —dice Vanessa.

—¿A que sí? Si no, míranos a nosotras dos —suelta Linnéa con una risita.

—¿Quién iba a pensar que tú y yo íbamos a estar aquí hablando así? Si te odiaba. O por lo menos estaba celosa por lo de Wille.

Pero por Dios, qué estoy diciendo, piensa Vanessa.

Aunque la verdad es que le parece estupendo. Casi se le había olvidado lo que era estar así de relajada. Y sabe que necesita hablar de Wille. Si hay alguien que pueda entender lo que piensa, tiene que ser Linnéa.

—No quiero romper con él, pero tampoco lo soporto.

—¿Y tienes que *vivir* con él?

—Es un poco complicado —responde Vanessa.

Se resiste un poco a contarle por qué no puede vivir en su casa. Le parece tan banal cuando se imagina cómo sonará la historia en los oídos de Linnéa. Linnéa, que no tiene madre. Linnéa, que tiene un padre que baila borracho en el Storvallsparken.

—No me explico cómo puedo estar enamorada de alguien que me saca tanto de quicio todo el tiempo —sigue Vanessa—. Ni por qué me saca tanto de quicio una persona de la que estoy enamorada.

—Pues a mí no me preguntes —dice Linnéa retrepándose en el sofá.

—¿Por qué no?

—Porque no se pueden dar consejos sobre relaciones ajenas.

—Pero en el Monique me dijiste…

—Fue un error.

Linnéa se sienta con las piernas cruzadas y mira a Vanessa.

—¿No lo entiendes? —pregunta—. Creo que te mereces a alguien mejor que Wille. Pero si te lo digo y rompes con Wille, cuando te arrepientas te enfadarás conmigo. Y si sigues con él, sabrás en todo momento lo que yo pienso y me odiarás por ello.

—Pero yo no voy a…

—Quiero decir que no me interesa ser la chica a la que luego puedas culpar de todo —la interrumpe Linnéa.

Vanessa no sabe qué decir. Tiene la sensación de que le han dicho un cumplido muy bonito y muy raro al mismo tiempo.

—Pero, por lo menos, a mí ya no me llama —dice Linnéa.

Vanessa se hunde un poco más en el sofá. Se le viene a la cabeza el aspecto que tenían Jonte y Linnéa cuando se acostaron aquella noche. Tiene la sensación de que haya pasado una vida entera.

—¿Sigues saliendo con Jonte?

—*No* —responde Linnéa—. Le atribuyo toda esa historia a un trastorno mental transitorio.

Vanessa suelta una risita y se acomoda en el sofá de modo que sus pies quedan contra las piernas de Linnéa.

Siente que todo se arreglará. Como sea.

52

MINOO se encuentra en el bosque cercano a Kärrgruvan. Es primavera y las hojas de los árboles relucen de un verde rabioso. Casi hace daño a los ojos. Oye el rumor del agua y mira al suelo.

El arroyo discurre junto a sus pies. Mil soles diminutos centellean en la superficie. Pasan revoloteando un par de mariposas negras. Es extraño que sepa que es un sueño aunque aún no se ha despertado.

¿Minoo?

Es Rebecka, que la llama.

¿Minoo?

Minoo aprieta el paso. Empieza a correr siguiendo el arroyo. Debe encontrar a Rebecka. Pero sus pies se hunden todo el rato en la tierra húmeda. Un poco más a cada paso.

¡Minoo!

Está atrapada, no puede seguir adelante.

Y allí, en el agua, ve a Rebecka. Está tumbada boca arriba con un camisón blanco y el largo pelo rojizo flotando alrededor del pálido rostro. Está mirando al cielo y tiene la boca abierta, como en éxtasis. Lleva en una mano una guirnalda de flores de tonos tan intensos que parecen sobrenaturales en contraste con las negras aguas.

Es Ofelia ahogada.

—Tú no eres Rebecka —dice Minoo enfadada y decepcionada a un tiempo.

Rebecka la mira. Es la cara de Rebecka. El cuerpo de Rebecka. La voz de Rebecka. Y aun así, no lo es.

El arroyo murmura a su alrededor, pero ella flota impasible en medio de la corriente. Habla, pero no mueve la boca.

La mujer que posó para este cuadro se llamaba Elizabeth Siddal. Después contrajo una grave enfermedad. Solían mantener caliente el agua de su bañera con velas, para que no se enfriara. Pero un día, las velas se apagaron. El artista no reparó en ello, tan absorto en su trabajo como estaba. Y la pequeña Lizzie no dijo nada. Sufrió en silencio. Todo para que él pudiera cumplir su visión. Tiene su precio que te reduzcan a una imagen para que la disfrute otro.

En algún punto de la realidad, llaman al timbre, pero Minoo se aferra convulsamente al sueño.

—¿De qué hablas?

Creía que tu superpoder residía en tu cerebro, Minoo. Tienes que despertarte ya. Tienes que ser valiente y verte a ti misma como te ven los demás. Y tienes que relajarte.

El sueño se disipa y, de repente, está despierta. Vuelve a sonar el timbre.

El padre de Minoo está sin afeitar y tiene las ojeras marcadas. Anna-Karin nota que le huele el aliento a café cuando le dice que no está seguro de que Minoo se haya despertado.

Anna-Karin piensa que quizá debería haber esperado una hora más antes de venir. Pero tiene que hacerlo antes de que la abandone el valor.

El padre de Minoo la invita a pasar. No es que esté exageradamente limpio, pero todo parece ordenado. El padre grita mirando hacia el piso de arriba y le dice que tiene visita.

—¡Ya voy! —responde Minoo.

Anna-Karin se quita el abrigo y lo sigue hasta el salón.

—¿Quieres tomar algo? ¿Café? ¿Té? ¿Leche? ¿Agua?

—No, gracias —murmura Anna-Karin contemplando la habitación, que es muy luminosa.

Los muebles parecen caros. Cuatro estanterías llenas de libros con un mueble para el televisor cubren una de las paredes. En el resto hay arte de verdad, no las copias de siempre adquiridas en Ikea ni los cuadritos con refranes bordados que tanto le gustan a la madre de Anna-Karin. «En la intimidad del hogar, cada cual hace su libre voluntad», «Hogar, dulce hogar», «Sol en ventana, sol en el alma». Por toda la casa. Como si tratara de convencerse a sí misma. Anna-Karin siente un escalofrío de vergüenza al imaginar lo que pensaría el padre de Minoo si viera esos cuadritos.

Se ve la gran cocina de muebles blancos y el suelo de madera oscura. La puerta del despacho está entreabierta y dentro, sobre el escritorio, hay un portátil flamante junto a una taza de café que aún humea. Y más estanterías llenas de libros.

¿Cuántos libros se pueden tener en casa?, piensa Anna-Karin. ¿Y cómo tienen tiempo de leerlos todos? ¿Es posible?

Detiene la vista en un cuadro que no representa nada, es solo un montón de colores y formas. Sabe que su madre se reiría de él y diría que cualquier niño de cinco años sería capaz de pintar algo así. Pero a Anna-Karin le gusta.

—Soy Erik Falk —se presenta el padre de Minoo dándole la mano.

Anna-Karin se da cuenta de que lleva un rato mirando como una tonta. Le estrecha la mano y lo mira a la cara una décima de segundo.

—Anna-Karin Nieminen —dice con un hilo de voz. Le parece formal y extraño que se hayan presentado con el apellido—. Minoo y yo estamos en el mismo curso. Vamos a hacer un trabajo juntas.

—¿Es lo de la obra de teatro?

Anna-Karin no tiene ni idea de lo que le habla. Abre y cierra la boca como un pez fuera del agua. Y así es, más o menos, como se siente en esa casa.

—Minoo comentó que ensayabais los sábados.

—Exacto —responde Anna-Karin, y comprende que ha estado a punto de estropearle a Minoo la coartada para los encuentros en el parque—. Aunque hoy vamos a estudiar química —dice con la esperanza de que el padre de Minoo no siga preguntando.

Por fin se oyen pasos en la escalera y Minoo aparece en el umbral. Lleva el pelo negro recogido en una cola y aún tiene los ojos un poco hinchados por el sueño.

—Hola —dice sin poder ocultar la sorpresa.

—Bueno, qué, ¿nos ponemos con la química? —pregunta Anna-Karin.

Minoo cae enseguida.

—Sí, vamos a mi cuarto.

Anna-Karin se hace una idea totalmente distinta de Minoo al ver la naturalidad con la que se mueve por esas habitaciones. Como si no fuera nada extraordinario vivir en una casa tan grande rodeada de objetos tan bonitos.

Recorren el largo pasillo del piso de arriba. Hay una puerta entreabierta y Anna-Karin atisba un cuarto de baño con un viejo plano de Engelsfors en la pared. La bañera es profunda y

con patas. Ahí fue donde atacaron a Minoo.

La invita a pasar a su cuarto y cierra la puerta.

El papel de las paredes es de rayas amarillas y blancas y realza los tonos cálidos del suelo barnizado. La colcha roja está puesta sobre la cama de cualquier manera y en la mesilla de Minoo hay un grueso volumen de arte. Las estanterías están llenas de libros en hileras perfectas, seguramente, por orden alfabético.

Todo el caos de la habitación de Minoo se concentra en el gran escritorio que hay delante de la ventana. Pilas de libros y de cuadernos que amenazan con ahogar un portátil cerrado.

—Así que no es Gustaf —dice Anna-Karin.

—Por lo menos, no el verdadero —responde Minoo—. Quiero decir… Él no sabe que tiene un doble maligno.

Anna-Karin se dirige a la cama y se sienta en el borde.

—Me alegro de que no sea Gustaf —dice—. Aunque eso signifique que seguimos sin saber quién lo hizo.

Minoo se sienta a su lado. Espera.

Anna-Karin no sabe por dónde empezar. Finalmente, respira hondo y empieza con lo que le parece más importante.

—Perdón —se disculpa—. Perdón por haber estado desaparecida.

Mira a Minoo de reojo. Sus ojos oscuros la miran muy serios.

Anna-Karin siempre le ha tenido a Minoo un poco de miedo. Muy a menudo, parece seria, casi enfadada. Uno puede sentir en todo el cuerpo cuándo Minoo se impacienta, cuándo piensa que eres lento o pueril, o cuándo te equivocas. Y con esa mirada láser…

—Sabes lo del accidente, cuando ardió el cobertizo, ¿verdad? —comienza Anna-Karin—. Pues no fue un accidente.

No se lo cuenta todo. Tal y como se lo contó a Nicolaus. Empieza con el incendio y omite el episodio de Jari y lo de su madre. A pesar de todo, le resulta difícil confesarlo, sobre todo el hecho de que no se resistiera al principio, de que casi le diera la bienvenida a la muerte.

Cuando llega a la parte del abuelo, empieza a llorar otra vez. Se seca enseguida las lágrimas con el reverso de la mano. No quiere que Minoo crea que se ha puesto a llorar para ganarse su simpatía.

—¿Por qué no habías dicho nada hasta ahora? —pregunta Minoo al fin.

Está enfadada, tal y como Anna-Karin pensaba. Pierde el valor.

—Me daba vergüenza. No debería haber ido al cobertizo yo sola.

—Cuando opusiste resistencia, ¿viste algo?

Anna-Karin no está segura de a qué se refiere.

—No vi a quien lo hizo.

—No, pero ¿viste alguna otra cosa? ¿Algo extraño en el aire o algo así?

—No, ¿por qué me lo preguntas?

Minoo menea la cabeza.

—Nada, olvídalo.

Ya no parece tan enfadada y Anna-Karin se siente tan aliviada que se le escapa otro sollozo. Puede que haya esperanza de que la perdonen.

—Si no hubiera utilizado mis poderes en el instituto… Todas me lo advertisteis —continúa.

Minoo frunce el ceño.

—¿Y qué tiene eso que ver con el ataque?

—Quien me atacó debió de notar que había utilizado la magia, como me dijisteis. Y además, encaja con lo que sabemos de la protección mágica. Nicolaus me habló de ella. Si tú eres la que está fuera, yo debo seguir bajo protección. Pero quien me atacó tal vez supiera que yo era una Elegida…

Anna-Karin guarda silencio. Respira.

—He estado pensando en una cosa —continúa al cabo de un instante—. Creo que quien quiere matarnos tiene el mismo elemento que yo. O sea, que es una bruja de tierra. Quizá por eso pude oponer resistencia. Y quizá por eso no ha vuelto a intentarlo. Porque yo era demasiado fuerte.

—Esa voz… —dice Minoo—. ¿Es la que utilizas cuando consigues que los demás hagan lo que quieres?

Anna-Karin se sonroja.

—Más o menos. Aunque nunca me he apoderado del cuerpo de nadie por ese medio.

Minoo asiente despacio.

—¿Crees que podrías conseguir que una persona crea que vio a alguien que no estaba allí? —pregunta.

—No lo sé —responde Anna-Karin—. Quizá. No he probado nunca.

—Si las brujas de tierra pueden hacerlo, quizá eso explicaría por qué Rebecka vio a Gustaf en el tejado. Si Gustaf solo era una ilusión, y quien había allí era otra persona… Pero no puede ser…

Mira fijamente a Anna-Karin.

—El fuego. ¿Estás segura de que era mágico?

—Bueno, empezó tan de repente y surgió de varios focos al mismo tiempo. Y además, tuve algo así como una sensación…

—Ya, pero las brujas de tierra no deberían poder recurrir a la magia del fuego, ¿no?

—Pues no —responde Anna-Karin.

Minoo tiene la mirada ausente y, al mismo tiempo, concentrada al máximo.

—Pero Rebecka sí podía —dice como para sus adentros—. Y habría podido hacer que se cerrara de golpe la puerta del cobertizo.

—¿Qué quieres decir? ¿Rebecka?

Minoo abre un cajón de la mesilla de noche. Saca el cuaderno que siempre parece llevar encima y empieza a hojearlo.

—Cuando Ida y tú vivisteis la muerte de Rebecka, dijiste que algo ocurrió. Justo antes de que muriera. Que fue como si se quemara por dentro.

Anna-Karin asiente. No es un recuerdo que le agrade evocar.

—¿Y si fue el asesino, que le quitó la magia? —prosigue Minoo.

—Sí —continúa Anna-Karin sin aliento—. Fue como si le quitase *todo lo que era ella*.

—¿El alma?

Anna-Karin asiente otra vez. No sabe si cree en el alma, pero es la mejor palabra para describirlo.

Minoo está absorta en sus notas. Anna-Karin no quiere molestarla. Mira a su alrededor contemplando la habitación. Alisa la colcha roja. Repara en el libro que hay en la mesilla.

En la portada hay un cuadro que representa a una pareja que se está besando. Anna-Karin se limpia cuidadosamente las manos en los vaqueros antes de atreverse a coger el libro.

Es pesado. Lo abre casualmente por la mitad, como si Minoo mirase a menudo esa página. En casa de Anna-Karin también hay algún libro así. Gruesos libros de tapa dura sobre el

ser humano en la Edad de Piedra, que siempre se abren por las páginas en las que aparecen copulando en la gruta sobre pieles de animales.

Anna-Karin contempla la imagen que está impresa en el grueso papel satinado del libro. Representa a una mujer de pelo oscuro con un vestido azul. Tiene una granada en una mano y parece tristísima. Y, en cierto modo, le resulta familiar.

—Creo que ya lo tengo —dice Minoo.

Anna-Karin levanta la vista. Minoo deja el cuaderno y la mira a los ojos.

—Si el asesino es una bruja de tierra, puede haber utilizado su poder para inducir a Elías al suicidio. Cuando Elías murió, adquirió su poder. La directora dijo que las brujas de madera pueden «gobernar y dar forma a distintos tipos de materia viva». Puede que eso implique que una bruja de madera sea capaz de cambiar de forma, ¿no? Como con una especie de disfraz mágico, quizá.

—Así que… después de matar a Elías… el asesino podía adoptar la apariencia de quien quisiera, ¿no?

—Eso no lo sabemos —responde Minoo—. Pero al menos pudo adoptar la apariencia de Gustaf.

—Y luego adquirió el poder de Rebecka…

—Telequinesia y fuego. Eso fue lo que utilizó en el cobertizo.

Minoo se levanta de la cama y empieza a caminar de un lado a otro mientras habla. A Anna-Karin le recuerda a la directora.

—Tenemos que sintetizar lo que sabemos —decide. Se suelta el pelo y se pone la goma en la muñeca—. El asesino es una bruja de tierra. Cuando nos va matando, se apodera de nuestra alma y de nuestra magia. Ahora tiene la madera y el fuego. No consiguió matarme a mí, ni tampoco a ti. ¿Por qué?

—Porque yo soy también bruja de tierra —sugiere Anna-Karin otra vez—. Y quizá porque fuera del instituto es más débil, ¿no?

Minoo se detiene y la mira con aprobación.

—Yo había pensado lo mismo. El instituto es un lugar maligno y todo eso…

—Pero ¿por qué te dejó vivir a ti?

—Quizá porque se dio cuenta de que no tengo ningún poder.

—No creo —responde Anna-Karin—. Después de todo, tú también eres una Elegida.

A los ojos de Minoo vuelve esa mirada ausente y concentrada.

Está de perfil y la luz de la ventana le ilumina el pelo.

Anna-Karin mira el cuadro de la mujer del vestido azul. Y luego vuelve a mirar a Minoo.

—A propósito de dobles —dice—. La del cuadro es una copia tuya, vamos.

Le da la vuelta al libro y se lo muestra a Minoo.

—Qué va —dice Minoo.

—Que sí —insiste Anna-Karin—. Puede que no todas las facciones con detalle, pero en conjunto, se te parece muchísimo.

Minoo se queda mirando el cuadro como si fuera un poema en chino y Anna-Karin le hubiera pedido que lo leyera.

—Pero ella es guapa —dice al cabo de un instante.

Anna-Karin baja el libro. Minoo no lo ha dicho como lo harían Julia y Felicia, como pidiendo que le digan un cumplido, sino que lo piensa de verdad.

—Tú también eres guapa —asegura Anna-Karin.

Minoo resopla y se da media vuelta.

—No hace falta que mientas —dice.

—No miento.

Minoo parece irritada.

—Para empezar, soy el monstruo de las espinillas, por si no lo has notado.

—Joder, pero yo también tengo granos —admite Anna-Karin.

—No tantos como yo.

Ahora es Anna-Karin quien se irrita.

—No, claro, puede que no *tantos, exactamente*. Pero hay quienes lo tienen mucho peor. Y además, tú eres guapa. Vamos, que podrías ser la reencarnación de esta mujer.

Anna-Karin señala el cuadro con el dedo índice al decir esas palabras.

De repente, Minoo se queda pálida por completo. Casi parece que se va a desmayar.

—¿Qué te pasa? —pregunta Anna-Karin preocupada. Se siente un poco tonta. En realidad, es absurdo discutir por eso. Si Minoo es guapa o no.

—No me encuentro muy bien —murmura Minoo—. Perdona. Creo que debería meterme en la cama otra vez. Gracias por contármelo.

Anna-Karin cierra el libro y se levanta de la cama. Minoo intenta sonreírle educadamente.

—Vale, entonces me voy —dice, y Minoo asiente.

Anna-Karin se queda un instante, a pesar de todo. Todo le resulta un tanto extraño. Pero, puesto que Minoo no añade nada más, le da una palmadita torpe en el hombro y le dice que se mejore.

Cuando baja, ve al padre de Minoo leyendo el periódico en la cocina. No se da cuenta de que Anna-Karin está ahí, y ella tampoco le dice nada. Se pone el abrigo y sale tan silenciosa como lo haría *Peppar*.

53

MINOO tiene libre la penúltima clase. Sube a lo alto del edificio del instituto y recorre el pasillo que desemboca en la puerta del desván. Ya han vuelto a abrir los servicios. Durante las vacaciones de Navidad, cambiaron la puerta llena de pintadas, pero ya han empezado a llenarla de mensajes nuevos.

Algunos son por Elías, otros por Rebecka, pero hay varios que tratan de otras personas, de otras vidas.

Minoo empuja la manivela y entra. Para ser los servicios de un instituto, resultan antinaturales de lo limpios que están. Aunque la gente haga pintadas en la puerta, no suele utilizarlos. Algo los disuade.

Los azulejos blancos brillan alrededor de Minoo. Ha vuelto allí donde todo empezó.

Se acerca al baño en el que murió Elías. Como es natural, no hay el menor rastro. ¿Qué esperaba?

Minoo se vuelve hacia el lavabo. Han retirado los espejos. ¿Tendrán miedo de que a alguien se le ocurra imitar a Elías?

Pero Minoo se alegra de no poder ver su imagen reflejada en ellos. Lleva demasiado tiempo estudiándola, la ha examinado demasiado a menudo. Y siempre ha odiado lo que ha visto.

Cuando Anna-Karin le dijo que se parecía a esa mujer tan hermosa del cuadro, no la creyó, al principio. Pero cuando usó el término «reencarnación», todo encajó de pronto.

Tienes que despertarte ya. Tienes que ser valiente y verte a ti misma como te ven los demás.

«Reencarnación.» La misma palabra que utilizó Max.

Te quiero, Minoo. Te quiero desde el día en que te vi.

Aquella no fue la primera vez que la vio.

Minoo se parece a la mujer del cuadro. La mujer del cuadro se parece a Alice. Su gran amor. Por eso no pudo matar a Minoo. Sería como ver morir a Alice otra vez.

No pienso hacerlo. No pienso obedecer.

Max es el culpable. Él mató a Elías. Él mató a Rebecka. Él intentó matar a Minoo y a Anna-Karin.

Es terrible lo bien que encaja todo y, aun así, no puede creerlo.

Saca el pequeño frasco marrón del bolsillo de la chaqueta.

Tiene que cerciorarse.

—Si quieres mudarte a casa otra vez, tenemos que fijar unas reglas.

Vanessa y su madre son las únicas en el Café Monique. Fue Vanessa quien propuso que se vieran allí, en terreno neutral. Ahora empieza a arrepentirse. Le gustaría encontrarse en un lugar donde pudiera gritarle a su madre sin cortarse. Incluso dar un portazo.

—¿Reglas? —repite enarcando una ceja.

Su madre da vueltas en la mano a la cucharilla. Apenas ha probado el café y el pastelito de mazapán está intacto en el plato.

—Pues sí, porque no podemos estar como antes.

—En eso estoy de acuerdo —dice Vanessa, y toma un sorbo de café, segura de que están pensando en cosas totalmente distintas.

—No he sido lo bastante dura. Has podido salir de fiesta y andar con chicos demasiado

pronto.

—De tal madre, tal hija, ¿no? —le suelta Vanessa.

La cucharilla se detiene en la mano. Su madre la mira a los ojos.

—Sí, supongo que sí.

—Pero ¿ha llegado el momento de cambiar? ¿Es hora de actuar como una madre de verdad, o qué?

¿Por qué le hablo así?, se pregunta. ¿Por qué lo estropeo todo desde el principio?

—Si vas a mantener esa actitud…

Su madre hace amago de ir a levantarse.

—Perdona —se disculpa Vanessa.

La palabra le deja en la boca un regusto repugnante, pero su madre vuelve a sentarse. Eso es lo que importa.

—Pero tienes que ver las cosas también desde mi punto de vista —continúa Vanessa.

—¿No crees que lo intento?

Vanessa vuelve a tomar un poco de café, para no responder que no a gritos.

—No lo sé —dice al fin—. A mí me parece que no te preocupa. No has llamado una sola vez. Ni siquiera en Navidad.

Lo dice rápidamente, para que no le tiemble la voz.

—¡Por supuesto que me preocupa! —responde su madre.

Vanessa no se atreve a confiar en su voz, así que se encoge de hombros.

—Le he pedido a Sirpa que no te diga nada, pero hemos hablado una vez a la semana, como mínimo —dice su madre—. Pensaba que lo mejor sería que tú te pusieras en contacto conmigo cuando estuvieras preparada.

Se inclina para acercarse a Vanessa, pero ella se echa hacia atrás en la silla.

—Dime la verdad, ¿por qué quieres volver a casa? —pregunta su madre, fingiendo que no ha pasado nada—. ¿Es que no van bien las cosas entre Wille y tú?

—Todo funciona de maravilla entre Wille y yo —contesta Vanessa con un tono de rebeldía, con un tono que evidencia que está mintiendo.

Mira por la ventana.

—No me parece que esté siendo justa con Sirpa —dice.

—¿Solo por eso? —pregunta su madre.

Vanessa se mira las manos. Hasta ahora no se había dado cuenta de que también ella está dándole vueltas a la cucharilla.

Sabe lo que quiere decir, así que, ¿por qué le cuesta tanto trabajo?

—Os echo de menos. A Melvin y a ti.

—Y nosotros a ti. Muchísimo.

La voz de su madre está a punto de quebrarse, y Vanessa no se atreve a mirarla a la cara. Teme echarse a llorar.

—Yo lo único que quiero es que la cosa funcione —dice su madre, y deja escapar un hondo suspiro—. Lo único que quiero es que seamos una familia.

—Lo mismo que yo —dice Vanessa—. Pero tienes que decirme una cosa: ¿no te parece que, de alguna manera, aunque sea un poquito, tampoco Nicke se comporta bien todas las veces? Puede que no sea *solo* culpa mía que no funcione, ¿no?

—Yo nunca he dicho que solo sea culpa tuya —responde su madre con ese tono de mártir que Vanessa odia por encima de todo.

Cierra el puño, se clava las uñas, que forman pequeñas medias lunas rojas en la palma.

—Bueno, ¿qué decías de unas reglas? —pregunta Vanessa con serenidad.

—Solo podrás salir los fines de semana.

Vanessa no protesta. De todos modos, es experta en entrar y salir sin hacer ruido, sin que su madre se entere de nada.

—No pienso impedir que te veas con Wille —dice su madre—. Solo quiero pedirte una cosa. Por favor, Vanessa, ten cuidado. No te metas en nada raro. ¿Puedes hacerme esa promesa?

—No sé de qué hablas, pero sí, claro.

—Y además, puede que no sea una buena idea que Wille venga a casa en lo sucesivo.

Su madre dice estas palabras sin mirarla a los ojos. Vanessa comprende de inmediato que es Nicke quien ha impuesto esa condición.

—Tampoco creo que a él le apetezca —dice Vanessa con acritud—. Después del trato que recibió la última vez.

—Lo comprendo.

Puede que no sea mucho, pero su madre nunca ha estado tan cerca de reconocer que Nicke ha hecho algo mal.

—Por cierto, hemos arreglado la tubería de la ducha —continúa con un atisbo de sonrisa—. Así que ahora no se despelleja uno por las mañanas.

—¿Ha conseguido Nicke…?

—No —responde su madre—. Al final, tuvimos que llamar a un par de fontaneros. No les quedó más remedio que deshacer todo lo que había hecho Nicke y empezar desde el principio. Ha resultado el doble de caro que si los hubiéramos llamado desde el primer momento.

Ahora sí, lo que Vanessa ve en la boca de su madre es, definitivamente, una sonrisa. Puede que, después de todo, haya algo de esperanza.

Tienen física a última hora y trabajan por parejas. Minoo deja que Levan, su compañero, construya una rampa por la que debe deslizarse un vagón minúsculo para… no sabe qué. No es capaz de concentrarse en el problema. No puede pensar. Evita mirar a Max. Evita mirar a Anna-Karin. Tiene que esforzarse por no empezar a hiperventilar. Levan trabaja, toma medidas. Minoo va anotando como un autómata.

Tiene la otra mano en el bolsillo, acariciando el frasco. Mira de reojo la taza de café de Max, que está en la mesa. Quedan cinco minutos de clase. Max está al fondo del aula, de espaldas a ella, explicándole algo a Kevin Månsson.

—Voy a sonarme la nariz —le dice a Levan.

Se acerca despacio al otro lado del aula. El dispensador de papel de cocina está a un lado, detrás de la mesa del profesor.

Mira de reojo en dirección a Max. Sigue inclinado sobre Kevin, explicándole. Le gustaría oír lo que están diciendo, para saber si están en medio de una conversación o a punto de terminarla. Por irónico que parezca, la supervivencia de las Elegidas y el futuro del mundo dependen de Kevin: de que sea lo bastante torpe para necesitar la ayuda de Max el tiempo suficiente como para que Minoo pueda hacer lo que tiene que hacer.

Minoo saca el frasco del bolsillo. Tiene los dedos resbaladizos y se le escurre, pero no llega a caérsele al suelo.

Desenrosca el tapón con el cuentagotas. La taza está en la mesa, a tan solo unos centímetros. Queda más o menos la mitad de café.

Y él siempre lo apura antes de que acabe la clase.

Minoo echa una ojeada nerviosa por encima del hombro. Todos están concentrados en las

rampas. Max sigue con Kevin. Es ahora o nunca.

Hazlo ya, se dice.

Estira el brazo, aprieta la goma del cuentagotas y lo saca, insegura de que haya caído dentro. En el frasco solo quedan unas gotas. Levanta la vista con el corazón desbocado.

Max ha terminado con Kevin y se pasea por el aula con las manos a la espalda.

¿Lo habrá visto? No lo sabe. No tiene ni idea.

Tiene la cara inexpresiva. Normal.

Minoo hace como que se suena y vuelve a su sitio. Ha concluido la primera parte.

Entonces se oye el sonido vibrante del timbre. Levan ya ha recogido todo el material y la mira enfadado. Ha tenido que hacer todo el trabajo él solo.

—Perdón, hoy estoy tan cansada…

—Ya —replica él brevemente, mientras mete las cosas en la mochila.

Ella guarda los libros en la suya tan despacio como puede, mientras van saliendo los últimos alumnos. ¿Por qué tardan tanto hoy, precisamente? Tiene ganas de gritarles que salgan corriendo, como hacen siempre.

Pero al final solo quedan ella y Max. Tiene la taza en la mano. ¿Se habrá tomado el café? Trata de interpretar la expresión de su cara.

—¿Todo en orden? —pregunta Max.

Ella se obliga a esbozar una sonrisa, le tiemblan las comisuras de los labios.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Está claro que te pasa algo —insiste él.

Ella se acerca a la mesa. Lo mira a los ojos. A esos ojos preciosos entre verde y caramelo. Los ojos de un asesino.

La mira mientras se toma hasta la última gota de café. Se le mueve la nuez mientras traga.

Max carraspea. Traga una vez más.

—¿No está muy… cargado esto? —pregunta.

Y Minoo comprende que ha funcionado.

—¿Fuiste tú? —le susurra—. ¿Fuiste tú quien mató a Elías y a Rebecka?

Aguardar la respuesta le parece una caída en el vacío, más rápido cada milésima de segundo.

—Sí —responde Max.

Y esa es la respuesta. Que lo cambia todo.

El amor que ha sentido por él, el mismo que tan grande y tan eterno le parecía, ha dejado de existir. Jamás pensó que uno pudiera dejar de querer a alguien de forma tan repentina. Pero el Max al que ella quería tampoco existe. No ha existido nunca.

—¿Fuiste tú quien suplantó a Gustaf en el viaducto? —pregunta Minoo.

—Sí, quería estar contigo.

—¿Y por qué Gustaf, precisamente?

—Porque parece que te gusta. A todo el mundo le gusta. Rebecka confiaba en él.

—¿Sabes quiénes son las demás Elegidas?

—Solo tú y Anna-Karin. Me faltan tres.

Minoo siente una gratitud inmensa al saber que Vanessa, Linnéa e Ida no corren peligro.

Un segundo después, la asalta un pensamiento terrible. Lo que Anna-Karin sugirió ayer, algo sobre lo que no ha reflexionado.

…el asesino podía adoptar el aspecto de cualquiera…

—¿Te has hecho pasar por alguna otra persona? ¿Por mí, o por Anna-Karin?

—Lo he intentado —responde Max—. Pero, por alguna razón, solo puedo hacerme pasar por otros hombres. Me dijeron que algunos tenemos esa limitación, que solo podemos adoptar la apariencia de personas del mismo sexo.

—¿Te dijeron? ¿Quiénes?

—Los que me han bendecido —responde Max sin pestañear—. Ellos me hablaron de vosotras. Y me dijeron lo que tenía que hacer.

—¿Los has visto? ¿Los conoces?

—No. Al principio no eran más que voces que resonaban en mis sueños. Pero ahora también se presentan cuando estoy despierto. Siempre están conmigo. En estos momentos, me están pidiendo que guarde silencio, pero no puedo.

—¿Por qué? —pregunta Minoo—. ¿Por qué quieres matarnos?

—Cerré un trato con ellos. Pero ahora ha cambiado.

Mira a Minoo con ojos llorosos, y sonríe.

—No tienes de qué preocuparte, Minoo. Hay un nuevo plan para ti.

A Minoo se le eriza el pelo de la nuca.

—¿Un plan? —pregunta.

—Aún no me han contado los detalles. Lo que cuenta es que han accedido a dejarte vivir. Es lo único que me importa.

—Ya, pero no tienes el menor problema en matar a las personas que no te importan, ¿no?

—No es que me guste, pero es necesario.

—¿Necesario?

Max parpadea. El suero ha dejado de surtir efecto. Centra en ella la mirada, como si acabara de tomar conciencia de que está ahí.

—¿De qué estábamos hablando? —pregunta.

Minoo abre la boca, pero no puede articular una sola palabra. Es como si se le hubieran agotado las mentiras.

Y Max lo comprende.

¿O será que los demonios se lo han contado? *A ellos* no les ha afectado el suero. A Max se le enfría la mirada.

Minoo trata de ir hacia la puerta, pero él le coge la muñeca, con fuerza. Y tira de ella.

—Suéltame.

Lo dice con voz débil, como en uno de esos sueños en que no puedes gritar, solo susurrar.

—¿Qué has hecho?

—Nada.

—¿Qué has hecho? —repite Max.

—No sé de qué me estás hablando —responde Minoo en un murmullo—. Tengo que irme.

Max la suelta por fin.

—No te haré daño, Minoo —asegura Max en tono suplicante.

Minoo siente náuseas al recordar que lo ha besado.

¿Cómo pudo besarlo *dos veces* sin comprender que era el asesino? ¿Y cómo podrá contárselo a las demás?

—No sé de qué me hablas —insiste Minoo, y sale corriendo del aula, escaleras abajo.

54

SE han reunido alrededor de la mesa, en la cocina de Nicolaus. Él está apoyado en la encimera, acariciando abstraído a *Gato*.

Minoo tiene los hombros tensos y tan encogidos que parece que los tenga colgados de las orejas. Se inclina con las manos sobre la mesa. Ahora tiene que ser fuerte. Tiene que contárselo todo. Al otro lado de la mesa está Anna-Karin. Ella también se ha visto obligada a desvelar sus secretos.

Minoo ha ensayado en la cabeza una y otra vez lo que iba a decir, tratando de armarse de valor; tratando de ahogar la vergüenza que, en el fondo, sabe que no debería sentir, pero ¿de qué le sirve, si la *siente* con tanta fuerza?

Y ahora, todo el mundo la está mirando.

—Es Max —dice—. Max es el asesino.

No era así como tenía pensado empezar.

—¿Max? —pregunta Anna-Karin.

—¿Qué Max? —dice Vanessa.

—Nuestro tutor —responde Anna-Karin—. Y nuestro profesor de mates y física.

—¿El guaperas? —pregunta Ida.

—¿Y por qué iba a ser él? —insiste Anna-Karin.

Y Minoo se lo cuenta todo, sin mirarlas a la cara. Les habla de Max y de Alice y de la mujer del cuadro, de la noche en que fue a su casa, del beso junto al viaducto, de la copia de Gustaf, que era Max todo el tiempo, de todo lo que Max le confesó en el aula.

Lo único que no les cuenta es el plan del que le habló Max, el plan que los demonios tienen preparado para ella. Es demasiado aterrador.

—¿Cómo has podido ser tan imbécil? —pregunta Vanessa.

—No lo sabía —balbucea Minoo—. No lo supe hasta ayer…

—No me refiero a eso —la interrumpe Vanessa—. ¡Hablo del suero! ¡Podría haber ocurrido cualquier cosa! ¿Cómo pudiste usarlo con él tú *sola*?

—Era responsabilidad mía —responde Minoo.

Linnéa lleva todo el rato mirando a Minoo sin decir nada. Pero ahora se adelanta y sonríe con frialdad.

—Vale, ¿y qué habría pasado si Max te hubiera matado a ti? Nunca habríamos sabido que él es el asesino.

—Solo quería estar segura de que era él —reconoce Minoo.

—Exacto. Para no tener que contarnos vuestro secretito sin necesidad, ¿no?

Minoo no sabe qué responder.

—Y besaste a Gustaf cuando creíamos que era el asesino —continúa Linnéa—. No sé qué pensar.

—Él me besó a mí, pero *yo lo aparté de un empujón*.

—Pero, por un instante, te gustó —dice Linnéa—. Aunque creías que era el asesino, te gustó.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta.

Es como si Linnéa la estuviera disecando en vivo, extrayendo todas las piezas y demostrando lo repugnante que es y lo perturbada que está.

—¡Bueno, joder, ya vale! —le grita Vanessa a Linnéa—. Jonte le vendía droga a Elías y tú, ¿qué hiciste con él, eh?

Minoo no sabe de quién están hablando, pero es obvio que ha sido un golpe para Linnéa, que se ha quedado callada y se ha hundido en la silla.

—Ya está bien —interviene Nicolaus—. No creo que ninguna de vosotras tenga la conciencia inmaculada. Tenemos que continuar.

—Pero ¿qué vamos a hacer? —pregunta Ida.

—Lo que sea, tenemos que hacerlo deprisa —dice Anna-Karin—. Ahora Max sabe que Minoo lo sabe.

Las demás van tomando conciencia de sus palabras.

Se han pasado todo el otoño y todo el invierno esperando este instante. Han estado practicando y preparándose. Pero la espera ha terminado. No hay tiempo para más preparativos. Y, al mirar a las demás, Minoo se pregunta si alguna de ellas está lista para enfrentarse a Max. La persona que ya ha matado a dos de ellos.

—Ya sabéis lo que pienso —dice Linnéa—. La gente como él no debería vivir. Ha elegido bando.

—Estoy de acuerdo —dice Ida.

—Es una persona —les recuerda Nicolaus.

—Exacto —replica Linnéa—. Solo es una persona. Tiene que ser posible matarlo, aunque esté bendecido por los demonios.

—No matarás —dice Nicolaus.

—Ojo por ojo, diente por diente —responde Linnéa.

—¿Por qué no nos dejamos de citas bíblicas? No podemos matarlo —concluye Minoo.

—Tú no tienes nada que decir aquí —dice Linnéa—. Tú sientes algo por él.

Minoo está a punto de protestar cuando Anna-Karin se levanta y clava la vista en Linnéa.

—Conmigo no contéis para matar a un ser humano —dice—. No podemos transgredir ese límite.

—Empate a dos —dice Linnéa—. Tú desempatas, Vanessa.

Minoo piensa que todo aquello es absurdo. Allí están, votando si van a matar o no a una persona.

—Estoy de acuerdo con Anna-Karin —dice Vanessa.

Linnéa fija la mirada en la mesa.

—Bueno. Pues entonces no hay nada más que decir.

—¡Oh, qué bien, todas tan amigas otra vez! —exclama Ida con ironía al cabo de unos instantes—. ¿Soy la única que no ha terminado de digerir que Minoo se haya liado con un *profesor*?

De repente, *Gato* suelta un largo maullido y sale del cuarto de estar como un rayo.

Un segundo después, la cabeza de Ida cae de golpe hacia delante, como si tuviera algo muy interesante en la barriga.

Minoo siente una especie de descarga eléctrica. La reconoce desde la noche del parque, la noche en que empezó todo.

La silla de Ida se desplaza lentamente apartándose de la mesa con un chirrido. Las patas dejan unas marcas alargadas en el suelo de madera.

Reina un silencio sepulcral en torno a la mesa. Todos miran a Ida.

La silla se para en seco. El aliento se convierte en una nube de humo apenas perceptible. Y luego, Ida se vuelve… ¿más alta?

No, Minoo acaba de darse cuenta. La silla está flotando en el aire.

—Ha vuelto —murmura Nicolaus.

Ida levanta la cabeza y las mira con las pupilas dilatadas. Un hilillo de ectoplasma le corre por la comisura del labio.

—Hijas mías. Me alegro tanto de veros… —dice Ida con esa voz cálida y suave que no le pertenece—. Pero es terrible comprobar que aún no os tenéis confianza. Tenéis que confiar plenamente las unas en las otras si queréis salir victoriosas.

Las mira una a una, y Minoo cree advertir que se demora un poco más en Linnéa.

—Tenéis que enfrentaros juntas al enemigo. Debéis estar unidas. Solo así podréis vencerlo. El círculo es la respuesta. El círculo es el arma.

—¡Tienes que darles algo más de información!

Es la voz de Nicolaus. Se acerca a Ida. Tiene la mano extendida y quiere tocarla, pero no se atreve. Ida lo mira a los ojos.

—Es cuanto puedo decirles —responde—. Y cuanto necesitáis.

—¿Quién eres tú? —pregunta Minoo—. ¿Eres ella? ¿La bruja del siglo XVII?

Ida mira a Minoo.

—Sí. Pero ya no hay tiempo para más preguntas —responde, y Minoo oye su voz dentro de la cabeza:

Relájate.

Ida la mira con las pupilas enormes.

Todo depende de eso. Relájate.

Un leve aroma a humo se difunde por la habitación.

55

LA otra cama de la habitación del abuelo en el hospital está vacía y hecha con las sábanas muy tirantes. Están solos. Anna-Karin, su madre y el abuelo.

Mi familia, piensa Anna-Karin.

Su madre tamborilea con los dedos en el larguero metálico de la cama del abuelo. Es obvio que pronto tendrá que salir a fumar. Ya se ha quejado de que no haya salas de fumadores allí dentro. Ni siquiera un balcón. Seguro que hay que atravesar todo el hospital hasta la entrada principal.

Anna-Karin le mira los dedos nudosos y cortos, en los que aún se aprecia la huella del agua hirviendo. De repente, los dedos se quedan quietos.

Por un instante, cree que ha obligado a su madre a parar sin querer. La mira de reojo, un tanto nerviosa, pero está como siempre.

Anna-Karin no puede dejar de mirarla. Puede que sea la última vez que estén juntas. Existe el riesgo de que no sobreviva a esta noche.

Su madre se retuerce en la silla.

—Pero ¿qué pasa? —pregunta.

—Nada.

—Ya. Bueno, voy a salir a fumarme un cigarro —dice su madre, y se levanta de la silla.

Cuando se ha marchado, el abuelo abre los ojos. Como si hubiera estado fingiendo que dormía todo el rato. Le sonríe abiertamente a Anna-Karin.

—¿Gerda? ¿Eres tú? —pregunta.

—No, abuelo. Soy yo, Anna-Karin, tu nieta.

No parece oírla y le indica que se acerque con un movimiento débil de la mano. Anna-Karin se inclina hacia él. El abuelo la mira examinándola.

—Ha llegado la hora, ¿verdad? —pregunta—. Estamos en guerra, ¿no?

Anna-Karin asiente. Sí, estamos en guerra.

Fue Minoo quien, finalmente, formuló el plan una vez que la bruja del siglo XVII hubo abandonado el cuerpo de Ida. Un plan en el que Anna-Karin desempeñará el papel más importante. Un plan en el que ninguna de ellas cree de verdad, eso lo sabe. Pero tienen que detener a Max *ya*.

El abuelo entorna un poco los ojos a la luz. Pide agua y Anna-Karin le acerca despacio el vaso de plástico azul con la pajita. Es como ayudar a beber a un niño.

—Me gustaría ser lo bastante joven y fuerte como para llevar uniforme —dice el abuelo con expresión soñadora, después de haber bebido—. Yo era tan pequeño la última vez. Mi padre, él sí fue a la guerra.

—No pienses en eso ahora —le dice Anna-Karin—. Solo debes preocuparte por ponerte bueno otra vez y volver a casa.

—Bueno, yo no soy ningún fanático de la guerra, ya lo sabes, Gerda —dice—. Pero tampoco soy uno de esos pacifistas. Hay guerras que son necesarias. Hay cosas por las que debemos luchar. Hay que arriesgar la vida para poder hacer lo correcto.

—Lo sé —responde Anna-Karin.

—El oso es más agresivo cuando se ve acorralado. Recuérdalo —dice el abuelo.

—Lo recordaré.

Parece que ya ha dicho lo que quería. Se relaja y vuelve a cerrar los ojos. Anna-Karin le

coge las manos y se mantiene así hasta estar segura de que se ha dormido profundamente.

—Adiós, abuelo —susurra—. Te quiero.

Al otro lado del parabrisas se extiende el lago Dammsjön, congelado. Wille ha aparcado el coche muy cerca de la orilla. Hace un día templado. Nadie se ha atrevido a salir a patinar sobre el hielo.

Vanessa ve de pronto su imagen en el espejo lateral. Ha envejecido. No es que le hayan salido arrugas ni nada parecido, pero se ha hecho mayor. Más adulta. Ve algo en su mirada que no había antes.

Baja la ventanilla un poco para respirar el aire húmedo, el suave aroma que anuncia que la primavera no tardará en llegar, a pesar de todo. Todo está en calma. Solo el viento silba débilmente entre las copas de los árboles.

—Ya te echo de menos —dice Wille.

—Pero si estoy aquí.

—Sabes lo que quiero decir.

Ayer noche, en cuanto llegó a casa de Sirpa, les contó que volvía a casa de su madre. Sirpa pareció aliviada, pero se esforzó por ocultarlo.

Wille acaba de ayudar a Vanessa a llevar las maletas con sus cosas a la calle Törnrosvägen.

Sabe que Wille tiene miedo de que lo deje, pero él no tiene ni idea de que puede que ese sea el último día de su vida.

El nGetal aún pesa sobre ti.

Vanessa mira por la ventana. Ahí está el lugar donde suelen encender hogueras en verano. En el bosquecillo, su escondite secreto, no hay en esta época del año más que arbustos de ramas desnudas. Han ocurrido tantas cosas desde la última vez que estuvieron aquí, la noche de la luna de sangre… Y mañana habrá pasado todo. Esta noche irán a buscar a Max. Cualquiera que sea el final, todo habrá terminado.

Wille interrumpe el hilo de sus pensamientos, le coge la mano y la aprieta con fuerza.

—¿En qué estás pensando? —pregunta.

—En nada en particular.

¿Cómo podría decirle que se está preguntando si podrá ver aquel lugar un verano más?

—Ya sé que soy un desastre —dice—. Pero lo intento. Se me tiene que ocurrir qué es lo que quiero hacer. Quizá antes las cosas fueran más fáciles para la gente como yo, porque no había tanto entre lo que elegir. Ya sabes, trabajaban en la mina o algo así toda la vida.

Vanessa lo mira y aprieta fuerte la mano ella también.

—Seguro que la vida en aquella época era una maravilla —dice—. Seguramente, yo habría muerto mientras cocía nabos después de dar a luz a nuestro decimoséptimo hijo.

Vanessa trata de reír, pero Wille la mira muy serio.

—Yo no quiero vivir sin ti.

Se abrazan los dos, muy fuerte. Lo besa despacio y trata de no pensar en nada más. No existe el pasado, no existe el futuro.

Lo estrecha más fuerte aún, se aferra a él con una desesperación que no le es propia. Quiere sentirlo tan cerca como sea posible, lo que resulta bastante complicado con una palanca de marchas de por medio.

—Ven —dice Vanessa pasando al asiento de atrás, y se quita el anorak.

Minoo cierra el sobre y lo deja en el cajón de la mesilla de noche.

«Queridos mamá y papá», comienza la carta.

Naturalmente, no ha escrito lo que van a hacer esa noche, pero les cuenta una verdad más importante: lo que siente. Que los quiere. Que si, para cuando encuentren la carta, a ella le hubiera ocurrido algo, nunca deben pensar que fue culpa suya.

Si esta noche no consiguen hacer de Max un ser inofensivo, puede que encuentren sus cadáveres mañana mismo. Cinco jóvenes que se han quitado la vida en una especie de gran fiesta de despedida, según el famoso pacto de suicidio.

Minoo se levanta de la cama, sale al pasillo y baja la escalera. Para variar, sus padres están sentados en el mismo lugar, cada uno leyendo un libro en el salón. Suena muy bajito un disco de música clásica. Ravel.

Siente una calma extraordinaria, cuando debería estar muerta de miedo. Por primera vez desde que todo empezó, tiene un objetivo claro. Saben quién es el asesino y que deben detenerlo.

Relájate. Todo depende de eso, Minoo. Relájate.

Esas palabras se han convertido en parte de ella. No sabe lo que significan y, sin embargo, hay algo en ella que *lo sabe*.

Es como cuando se le ocurrió el plan. Cuando Ida se desplomó en la silla, en la cocina de Nicolaus, y volvió en sí, lo vio clarísimo.

Anna-Karin tiene que obligar a Max a rechazar la bendición de los demonios. Luego, lo obligará a ir a la Policía y confesar los asesinatos de Rebecka y Elías.

O sea, que es Anna-Karin quien debe iniciar el ataque, pero todas deben participar.

El círculo es la respuesta.

Minoo piensa otra vez en el asalto a la casa de la directora, en que ella y Vanessa no pudieron moverse hasta que no se cogieron de la mano. Y solo cuando Ida y Anna-Karin se cogieron de la mano el día de santa Lucía, pudieron compartir la visión de Ida. Y Vanessa, Ida y Minoo se cogieron de la mano durante el ritual en el que crearon el suero de la verdad.

Toda esa charla sobre que son un equipo, unidas por un vínculo, no es solo charla, es un hecho concreto.

Juntas son más fuertes. Cuando enlazan sus energías, la suma es mayor que las partes.

Esta noche irán a casa de Max. Llamarán a la puerta.

Anna-Karin debería emprender el primer ataque con la ayuda de la invisible Vanessa. Obligarán a Max a entrar en la casa. Luego los seguirán Linnéa, Ida y Minoo. Y aportarán su energía a Anna-Karin, mientras ella lucha contra Max.

El círculo es el arma.

Minoo se queda un instante en el umbral del salón. Mira a sus padres. Piensa en lo que ha escrito en la carta y confía en que sea suficiente para que comprendan cuánto los quiere.

Su madre levanta la vista del libro y Minoo entra, se sienta en el sofá, en medio de los dos.

—¿Estás mejor? —pregunta su madre.

—Sí, me parece que no era gripe —dice Minoo.

Hoy se ha saltado las clases por primera vez en su vida.

—Tengo la sensación de que hiciera un siglo desde la última vez que estuvimos aquí sentados los tres —dice su madre, y rodea a Minoo con el brazo, le acaricia el pelo distraída.

—Ummm —responde Minoo, apoyando la cabeza en su hombro.

—No nos has dicho qué quieres que te regalemos por tu cumpleaños. No falta mucho, ya sabes. Estamos en el límite, si es algo que tenga que encargar.

—Tengo de todo, no necesito nada —dice Minoo, y lo dice con el corazón en la mano.

Su padre no levanta la vista del libro, está totalmente absorto en la lectura. Está bien, así debe ser. Es una noche de martes normal y corriente. Minoo quiere estar allí, escuchar el piano y el débil rasgueo al pasar las hojas del libro.

56

VANESSA llega tarde.

No ha sido fácil salir de casa. Ha comido con su madre y con Melvin. Su madre estaba encantada con la cita que ha pedido para hacerse un tatuaje. Una serpiente que se muerde la cola. Al parecer, es una especie de símbolo del karma. *Frasse* estaba tumbado debajo de la mesa de la cocina, ventoseó y olisqueó con interés el resultado. Luego bostezó y se volvió a dormir. Melvin jugaba en el suelo con el pingüino y varios utensilios de cocina y, de vez en cuando, le aporreaba a Vanessa la pierna con un batidor para llamar su atención.

De camino a casa de Nicolaus, trata de mantener esa sensación de calidez en su interior.

El sol se está poniendo sobre la ciudad y el cielo tiene un color rosa intenso. Vanessa evita los charcos de agua derretida y los que están helados, tan resbaladizos y peligrosos.

Suena el móvil y Vanessa lo saca del bolsillo.

Es Minoo.

—¿Dónde estás?

Suena estresada.

—Ya no tardo.

—¿Linnéa está contigo?

—No.

—La he estado llamando, pero tiene el móvil apagado.

Vanessa se detiene. Mira a su alrededor en el aparcamiento vacío que hay detrás del centro comercial Citygallerian. Ve a un borracho solitario que, sentado en un banco, da patadas a una paloma que se atreve a acercarse demasiado. Al principio cree que es el padre de Linnéa, pero al fijarse bien se da cuenta de que no.

—Voy a su casa a ver —dice—. Si aparece, llámame. El cielo del atardecer se refleja en las ventanas del edificio de sucio hormigón, las transforma en rectángulos de rojo y oro.

Vanessa se dirige con paso rápido al portal. Tiene el presentimiento de que algo va mal. Algo va fatal. Trata de dar con una posible explicación a lo ocurrido. Linnéa debe de haber perdido el móvil. O se lo habrá olvidado en casa. Seguro que ahora mismo va camino de casa de Nicolaus, Minoo llamará en cualquier momento para avisarle.

Porque Linnéa no las traicionaría, ¿no? No haría una cosa así, ¿verdad? No ahora, que van a enfrentarse al asesino de Elías.

El ascensor tarda en subir mientras Vanessa sigue pensando que puede haber ocurrido algo que haya retenido a Linnéa. Que es posible que Max la haya descubierto. Sería fácil hacer creer a todo el mundo que se ha suicidado. Murió su madre, murió su mejor amigo, el padre es alcohólico… Solo el hecho de que lleve ropa rara la convierte en una candidata obvia a ojos de Engelsfors.

Por fin se detiene el ascensor y Vanessa sale al rellano. Se queda totalmente callada y atenta. Silencio absoluto. Se pregunta si, aparte de Linnéa, vive alguien más en esa planta. Las dos puertas más próximas no tienen nombre.

Trata de hacer como cuando practicaban en casa de Nicolaus, de sentir si Linnéa está en el apartamento, pero le resulta imposible. Hay demasiados rastros de Linnéa allí dentro, el aire está cargado con su energía.

Vanessa detiene la mirada en el suelo. Un suelo de hormigón verde con salpicaduras de pintura blanca y negra.

Unas huellas de suelas mojadas llevan hasta la puerta de Linnéa.

Son huellas grandes, de un hombre.

Vanessa siempre detesta a la tía imbécil de las películas de miedo que hace exactamente lo que ella va a hacer ahora. La que no llama a sus amigos o espera a que lleguen refuerzos, sino que entra sin más en la casa desconocida donde el asesino en serie espera agazapado a la próxima víctima.

Pero se trata de Linnéa. No hay tiempo que perder. Se concentra hasta que el campo de invisibilidad la cubre entera.

Muy despacio, baja la manivela.

La llave no está echada. Vanessa entra sin hacer ruido en el recibidor del piso de Linnéa y cierra.

Hay alguien en la sala de estar. La figura se perfila al contraluz de las ventanas, y tarda un rato en ver quién es.

Jonte.

Lleva el anorak azul oscuro que le ha visto a Linnéa algunas veces. Se queda mirando la entrada, directamente a Vanessa.

Ella se queda petrificada. ¿Es que puede verla?

Pero Jonte frunce el ceño y entra en el dormitorio de Linnéa. Vanessa oye que abre el armario, rebusca entre la ropa y abre y cierra los cajones. Está buscando algo, es obvio, y tiene prisa.

Vanessa duda. Jonte no debería estar allí. ¿O será que Linnéa mintió cuando le dijo que ya no se veían? ¿Sabrá él dónde se encuentra?

Minoo sigue sin llamar. Es decir, Linnéa no llegado aún a casa de Nicolaus.

Vanessa se hace visible y entra en la sala de estar. Jonte oye sus pasos y sale del dormitorio.

—¿Qué coño haces tú aquí?

Tiene la mirada insólitamente alerta.

—¿Qué coño haces *tú* aquí? —responde ella—. ¿Y dónde está Linnéa?

—No lo sé. La puerta estaba abierta cuando llegué.

Vanessa se asusta de verdad. Desde luego, no es propio de Linnéa no cerrar con llave.

—Creía que ya no salíais —dice.

—Yo también. Pero hoy se presentó en mi casa…

Jonte se queda en silencio. Mira extrañado a Vanessa.

—¿Es que os habéis hecho amigas de pronto?

—Más o menos —responde Vanessa sucintamente.

Jonte la mira muy serio.

—Ha hecho una tontería muy gorda. Tengo que encontrarla enseguida. Si sabes dónde está…

—¿Qué ha hecho? —lo interrumpe Vanessa.

Jonte obvia la pregunta.

—Si la ves, llámame —dice—. Voy a darme una vuelta por el centro, a ver si la encuentro.

Se dirige a la puerta, pero Vanessa se interpone. Jonte la mira amenazante, pero no puede asustarla, ya tiene demasiado miedo.

—Aparta —le dice Jonte.

—¡Dime lo que ha hecho!

Lo ve vacilar y ataca de nuevo.

—Si no me lo dices, no podré ayudarle.

Jonte suspira.

—Tienes que prometerme que no le dirás nada a Wille.

—Ni una palabra.

Jonte asiente y continúa.

—Cuando vino a mi casa, estaba muy estresada. Solo se quedó un momento. Pasaron varias horas hasta que me di cuenta de lo que había hecho.

—¿¡No puedes decirlo de una vez!?

Vanessa casi se lo grita a la cara.

—Tenía una pistola en el sótano —dice Jonte despacio—. Linnéa se la ha llevado.

Minoo no puede quedarse quieta.

Va de un lado para otro por el salón de Nicolaus con el móvil en la mano. Ida y Anna-Karin están sentadas. Se las ve tensas, serias. Nadie ha dicho una palabra en los últimos diez minutos.

Todas se sobresaltan cuando suena el móvil de Minoo.

—Es Vanessa —dice antes de responder.

Escucha e intenta entender lo que Vanessa le está contando.

Todo lo que dijo Linnéa sobre la venganza no eran solo palabras. Nunca se planteó seguirlas esta noche. Pensaba resolver aquello por su cuenta, a su manera.

Piensa pegarle un tiro a Max.

—Voy camino de casa de Max —dice Vanessa.

—¡No! —grita Minoo—. ¡Es demasiado peligroso!

Nota las miradas de las demás. Nicolaus aparece desde la cocina, con *Gato* pisándole los talones.

—Tengo que detenerla —insiste Vanessa.

Está claro que no piensa dejarse convencer fácilmente. El cerebro de Minoo trabaja a toda máquina en busca de un argumento que impida que Vanessa caiga directamente en manos de Max. Ni siquiera tiene capacidad para estar enfadada con Linnéa: la situación es demasiado crítica. Todo el plan se ha venido abajo.

—Por favor, Vanessa, espera. No resolverás nada si vas tú sola. Ni siquiera sabemos si Linnéa está allí.

—Si le ocurre algo…

Minoo detiene la mirada en el plano de la ciudad que está enmarcado y colgado junto a la cruz de plata.

—Danos diez minutos —pide—. Intentaremos encontrarla primero.

—¡No podemos esperar! —grita Vanessa.

—Bueno, pues cinco minutos. Danos solo cinco minutos. Tengo una idea. Por favor.

Vanessa guarda silencio un instante.

—Vale —dice al fin.

Minoo cuelga.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Nicolaus.

Ella cuenta rápidamente lo ocurrido, continúa hablando incluso cuando Ida y Nicolaus tratan de interrumpirla con preguntas.

—Tenemos que encontrar a Linnéa —dice al terminar.

—Querida niña, nunca creí que… —se lamenta Nicolaus—. Pensaba que no eran más que palabras, todo eso de la venganza.

—Sí, yo también —confiesa Minoo descolgando el plano de la pared—. Ida, tienes que encontrarla con el péndulo.

Minoo coloca el plano sobre la mesa mientras Ida se quita la gargantilla y se acerca.

—Es una zona demasiado grande —dice Ida mirando el plano—. No sé si funcionará.

Anna-Karin se levanta y se acerca a Ida.

—Cógeme la mano.

Ida duda un instante, pero finalmente le coge la mano derecha. Anna-Karin le tiende la izquierda a Minoo.

Ida empieza a balancear el péndulo sobre la casa de Max. Pasan los segundos. Todas las miradas se centran en el minúsculo corazón de plata.

—No está allí —confirma Ida, y Minoo siente un alivio inmenso.

Ida continúa balanceando el péndulo sobre Engelsfors, del barrio de Max hacia el centro de la ciudad.

—Inténtalo en el instituto —dice Anna-Karin de pronto.

Ida desplaza el péndulo hacia la zona donde se encuentra el instituto. El colgante empieza a describir amplios círculos de inmediato.

—Está allí.

—¿Max está con ella? —pregunta Nicolaus.

—No lo sé, no puedo sentir su energía.

—Inténtalo —la anima Minoo.

—Puede que sea más fácil si tú piensas en él. Tú lo conoces mejor que nadie —dice Ida irónicamente.

—Yo también voy a pensar en él —dice Anna-Karin.

Minoo cierra los ojos con fuerza y piensa en Max. Trata de imaginarse que lo tiene delante. Le ve la cara que, hace tan solo unos días, significaba algo totalmente distinto. Entonces, él representaba la luz en su vida. Ahora, es la oscuridad.

Tú lo conoces mejor que nadie.

No, piensa Minoo. Al contrario. A mí fue a quien más engañó.

—Lo he encontrado —dice Ida, y Minoo abre los ojos.

La cara de Ida brilla de sudor. Baja la mano con la gargantilla.

—Él también está en el instituto.

57

NICOLAUS deja el coche en el aparcamiento, detrás del instituto, y apaga el motor. La calefacción, que iba zumbando a los pies de Minoo, se oye cada vez menos hasta que queda en silencio y los limpiaparabrisas se detienen.

Ha empezado a nevar otra vez. Los copos caen esponjosos y se posan sinuosamente sobre el mundo.

Minoo contempla el edificio del instituto de Engelsfors, envuelto en sombras. Unas farolas arrojan su resplandor amarillo sobre el patio. Las ventanas son rectángulos negros. Es imposible ver a través de ellas. Aunque quien esté dentro sí puede ver lo que hay fuera.

Tienen que cruzar el aparcamiento, que está bien iluminado. O eso, o el patio, no menos iluminado. No hay donde esconderse de camino al edificio.

Alguien golpea la ventanilla de Minoo, que da un respingo sobresaltada.

Es Vanessa.

Abre la puerta y un aire frío entra a raudales en el coche.

—Linnéa está en el comedor —dice—. He sentido su energía. Está viva.

Habla sin dejar de mirar nerviosa hacia el edificio.

Nicolaus saca un llavero enorme y se lo entrega a Vanessa.

—Esta es la llave que abre la entrada a las cocinas, junto a la zona de carga y descarga. De ahí arranca un pasillo que conduce directamente a la cocina.

—¿Max está con ella? —pregunta Minoo.

—No lo sé. A él no he podido sentirlo.

—Perdona, pero ¿alguien ha caído en la cuenta de que esto puede ser una trampa? —pregunta Ida.

Minoo le echa una mirada por el retrovisor. Se siente como una idiota. Ni siquiera se le había ocurrido. Lo único que tenían en la cabeza era que debían salvar a Linnéa.

—Como lo del abuelo de Anna-Karin en el cobertizo —continúa Ida.

—Puede ser —dice Anna-Karin—. Pero no tenemos elección. Hay que arriesgarse.

Ida no parece satisfecha, pero deja de poner objeciones.

—¿Seguimos con el mismo plan? —pregunta Vanessa.

—Sí —responde Minoo.

Se da la vuelta para ver la reacción de Anna-Karin, que asiente sin decir nada.

Hay tantas cosas que Anna-Karin querría contarle a Nicolaus, y que querría agradecerle… Pero no tienen tiempo.

Minoo sale del coche y baja el respaldo del asiento. Ida sale con dificultad, pero Anna-Karin se queda rezagada y su mirada se cruza con la de Nicolaus.

—Me gustaría ir con vosotras —dice.

—Nos hace falta alguien que nos espere aquí —responde Anna-Karin.

—Rezaré por vosotras.

Las cuatro cruzan el aparcamiento corriendo. El edificio del instituto se alza perfilándose sobre el cielo nocturno. Es como si creciera ante los ojos de Anna-Karin. Trata de no pensar en lo vulnerables que son en el espacio abierto.

Suben a la zona de carga y descarga, donde una ancha puerta de acero les da acceso al interior del instituto. Vanessa saca el llavero.

—Espera un poco —dice Ida.

Tiene las manos en los bolsillos y está mirándose las botas.

—Si yo muero y vosotras os libráis… En los establos hay un caballo. *Troja*. ¿Alguna de vosotras podría asegurarse de que lo cuiden y de que esté bien?

—Sí, yo puedo encargarme —responde Anna-Karin.

Ida asiente sin mirarla a los ojos.

—Vale —dice Vanessa desapareciendo a la vista de todas—. Venga, vamos a entrar.

Vanessa abre la puerta. Resulta sorprendentemente fácil y se desliza sin hacer ruido. Ante ellas se extiende una rampa que desemboca en la oscuridad.

Anna-Karin saca el móvil y enciende la luz.

—Apaga —susurra Minoo—. No sabemos lo que hay ahí dentro.

Vanessa le coge la mano a Anna-Karin y las cuatro forman una cadena. Ida va la última y Vanessa a la cabeza.

Cuando han entrado las cuatro, Ida cierra la puerta. La oscuridad que las envuelve es compacta de un modo que Vanessa no conocía hasta ahora.

Las cuatro se quedan inmóviles, atentas.

Solo oyen su propia respiración, y el sistema de ventilación, que emite un leve zumbido.

Vanessa empieza a moverse hacia delante con cautela, de la mano de Anna-Karin. Con la mano izquierda tantea la superficie rugosa de la pared.

No se atreve a sentir si Linnéa sigue viva. Invierte toda su fuerza en mantener la invisibilidad. Y en no echar a correr presa del pánico.

Es como ser ciego, caminan con los ojos abiertos como platos, pero sin ver nada. Es imposible saber cuánto han caminado ni lo que espera justo delante.

Tiene todo el cuerpo en tensión, hiperactivo, listo para reaccionar al menor movimiento. Al final, Vanessa no sabe si es el silencio o la ventilación lo que le zumba en los oídos. Empieza a creer que oye susurros mezclados con el ruido.

Vanessa…

La voz suena asustada, quejumbrosa. Pero está viva. Linnéa está viva.

Vanessa apremia el paso, nota que Anna-Karin y las demás no pueden seguirla del todo, pero ella no se detiene.

Cuanto más se adentran en el instituto, más difícil le resulta mantenerse invisible. Encuentra una dificultad extraña para algo que, normalmente, funciona sin problemas.

Toca una esquina y se detiene, va tanteando el aire con la mano. Los dedos rozan una superficie lisa. ¿Una puerta? Da con el picaporte. Lo empuja despacio. Naturalmente, la puerta está cerrada. Entre susurros, le pide a Anna-Karin que encienda la luz del móvil. Tienen que correr ese riesgo.

Vanessa saca el llavero y va buscando la llave a la luz del móvil de Anna-Karin. El entrechocar de las llaves provoca un tintineo ensordecedor en aquel espacio claustrofóbico.

Por favor… Por favor… Ayudadme…

Hay tal desesperación en la voz, tanto dolor… A Vanessa le tiembla la mano cuando por fin encuentra la llave que entra en la cerradura. Se abre con un clic. Anna-Karin apaga el móvil antes de que Vanessa entreabra la puerta.

Anna-Karin entra en la cocina agachándose detrás de Vanessa, que sigue invisible.

A la derecha hay un gran espacio abierto de forma rectangular que da al comedor. Es ahí donde los alumnos se sirven la comida de los expositores que están en el lado de la cocina. Desde el comedor entra en ese espacio una luz tenue, se refleja en las largas superficies de acero y en los azulejos de las paredes. Junto al lavavajillas, ahora mudo, se ven los recipientes de plástico de varios colores, colocados en sus estantes. Huele a detergente, a comida, a vapor de agua y a metal.

Anna-Karin empieza a gatear por el suelo. A la izquierda del rectángulo, en la pared, hay un par de puertas giratorias que dan al comedor. Ahí, en algún lugar, está Linnéa.

Se detiene junto a las puertas, que se abren con una lentitud infinita cuando Vanessa entra en el comedor para inspeccionar.

Anna-Karin se gira y mira a Minoo y a Ida, que están acurrucadas en el suelo, detrás de ella. Las dos asienten: ya puede empezar a actuar.

Anna-Karin cierra los ojos. Se concentra.

Va dejando fluir el poder que tiene dentro, temerosa de que salga como una ola, de que la ahogue. Sin embargo, empieza a surgir lentamente de su cuerpo.

Y luego, se detiene.

Nunca había experimentado esa sensación. El poder sigue ahí, pero como una corriente débil y menguante, donde antes corría como un torrente.

El miedo se apodera de ella.

Puede que venciera a Max en la cocina de su casa, pero ahora están en su territorio.

El instituto es el lugar del mal.

Al entrar en el comedor, Vanessa se detiene e inspecciona el espacio.

Las sillas están boca abajo en las mesas. La única luz procede de la habitación lateral, donde se encuentran las mesas más populares, para los alumnos más populares.

Le late el corazón, bum-bum-bum, a medida que va acercándose.

Cuando se acerca oye una voz que habla bajo y rápido. En un primer momento cree que es Linnéa, pero luego se da cuenta de que es una voz de chico.

Suena joven. Más joven que Max.

Hay algo que no encaja.

Vanessa pega la espalda a la pared y avanza despacio. No quiere correr riesgos innecesarios. Nunca se ha sentido tan insegura de su poder, de si funcionará.

—Por favor —dice la voz—. Cuéntame. Créeme, yo no quiero hacer esto.

El corazón de Vanessa late más rápido aún. Casi ha llegado a la entrada del pequeño comedor lateral. Se arrodilla y recorre el último tramo gateando. El aire está cargado de magia. Y ella va adentrándose cada vez más en el campo de fuerza, cada vez más cerca de su centro, lo que le exige mayor energía para poder mantenerse invisible.

Observa, a la vuelta de la esquina, el interior de la sala.

Han apartado las mesas de modo que en el centro queda un espacio abierto.

Linnéa está sentada en una silla. Tiene los tobillos sujetos a las patas con una cinta adhesiva y las manos atadas a la espalda. Se le ha corrido el maquillaje y tiene la mirada exhausta, febril.

—No te hagas esto —dice el chico de la sudadera negra que está acuclillado delante de ella—. Simplemente, dime quiénes son las demás.

Vanessa no le ve la cara, pero ahora está segura de que no es Max.

Linnéa aprieta los ojos. Emite un débil gemido.

Vanessa.

Otra vez le resuena esa voz en la cabeza. Y por un instante de vértigo, atisba brevemente lo que le está pasando a Linnéa.

Es una lucha a vida o muerte. Una presencia extraña trata de implantarse en su conciencia, pero ella se resiste con todas sus fuerzas. Y es superfuerte. Aunque esa fuerza extraña no para de ejercer una presión enorme, ella la mantiene a raya. Sin embargo, ya empieza a cansarse. No aguantará mucho más, Vanessa lo siente con total claridad.

Entonces se levanta el chico. Y Vanessa ve quién es.

Elías.

Es tal la sorpresa que está a punto de perder la invisibilidad.

Porque parece de verdad que es Elías. Vivo.

—¿Recuerdas cuando andábamos por las esclusas? —le pregunta a Linnéa con la voz impregnada de nostalgia—. Nos sentábamos allí a fumar y a charlar. Y decías que, si me caía, tú irías detrás. ¿Te acuerdas?

—Tú no puedes saber eso —solloza Linnéa.

—Fuiste tú quien se chivó a mis padres la vez que intenté tirarme de verdad. Por tu culpa me mandaron al psiquiátrico. Al principio te odié por eso, pero luego comprendí que lo hiciste por amor. Yo sé que me quieres, Linnéa. Soy tu hermano. Y tú eres mi hermana en todo, salvo de sangre.

—Calla… —se lamenta Linnéa.

—Mírame —dice Elías dulcemente, concentrándose en ella.

Linnéa parpadea un poco y vuelve a abrir los ojos.

—Sé que no eres Elías.

Vanessa ve la pistola. Está encima de una mesa. Antes se declaró en contra de matar a Max, pero ahora no dudaría en hacerlo para salvar a Linnéa.

—Quién sea yo no tiene la menor importancia —responde con suavidad—. Elías te espera, te espera, Linnéa. Volveréis a estar juntos. Deja de resistirte.

Linnéa niega con la cabeza. Vanessa empieza a deslizarse hacia donde está la pistola.

—Vamos —ruega Elías—. Solo necesito dos nombres más. Dime quiénes son y todo habrá terminado.

Elías se inclina y queda a unos centímetros de la cara de Linnéa. Le clava la mirada.

—Dímelo —le susurra.

Y Vanessa siente cómo crece la magia que irradia del cuerpo del chico. Sin perder de vista la pistola, sigue avanzando hacia la mesa. Apenas se atreve a respirar. Solo faltan unos metros. Una vez convenció a Nicke de que le enseñara cómo se usa una pistola. Ahora trata de recordarlo. ¿Dónde estaba el seguro?

Linnéa se retuerce en la silla.

—Minoo… —dice.

—Eso ya lo sé —responde Elías paciente.

—Anna-Karin…

—Uno más. Dame un nombre más y me daré por satisfecho.

—¡No!

La voz atormentada de Linnéa resuena en el comedor. Minoo siente un dolor físico al

oírla.

Vanessa ya tendría que haber vuelto.

—No podemos esperar más —le susurra a Anna-Karin—. ¿Puedes controlarlo desde aquí?

Anna-Karin la mira aterrada y niega con la cabeza.

—No —le confirma en un susurro—. Si lo viera, quizá… pero no lo sé.

—Pues entonces tenemos que ir donde están ellos —la interrumpe Minoo.

Se vuelve hacia Ida y añade:

—Las tres.

Vanessa casi ha alcanzado el objetivo. Una mano primero, una rodilla después.

Elías sigue delante de Linnéa. Tiene las manos relajadas, colgando a los lados, y una rigidez extraña en la cara, como si fuera de plástico.

Un plástico que, de repente, se derrite y se convierte en otra cara. El cuerpo se llena de músculos, crece unos veinte centímetros.

Max.

Se lleva una mano a la frente y se presiona con los dedos.

—¡Dijisteis que sería más fácil! —grita al aire—. ¡No quiero, no quiero hacerlo!

Vanessa se pone a gatas y se estira para coger la pistola. Si consigue usarla bien, dentro de unos instantes todo habrá terminado. Ni siquiera Max puede sobrevivir a una bala.

Justo cuando va a cogerla, Max echa mano de la culata. Han estado a un milímetro de rozarse.

—No quiero hacerte daño —dice apuntando a Linnéa con la pistola—. Pero si no me dices quiénes son las otras dos, tendré que matarte.

—¿Y crees que me importa? —responde Linnéa con voz ronca sin apartar la mirada.

Max se guarda la pistola en la cinturilla del pantalón. Mira a Linnéa. Y, de pronto, levanta la mano y le da tal bofetada que vuelca la silla.

Vanessa ahoga un grito.

Y Max se da la vuelta.

Sonríe sorprendido al verla.

—Vaya, pero si eres tú —dice con tono suave.

Vanessa no se lo piensa dos veces, se levanta y se abalanza sobre él.

Max barre el aire con el brazo.

Anna-Karin ha llegado a la mitad del comedor cuando aparece Vanessa volando por los aires, catapultada por una fuerza invisible.

Se estrella de espaldas contra una mesa. Las sillas caen al suelo con estrépito. Anna-Karin ve que Vanessa se eleva a un metro del suelo y después cae como un rayo con un alarido de dolor y se queda clavada al entarimado.

Minoo se apresura a cogerle la mano a Anna-Karin y la aprieta fuerte. Ida le coge la otra mano. Anna-Karin siente cómo la energía de las dos le fluye por todo el cuerpo. Y una vez más, siente su poder, aunque está lejos de ser tan fuerte como cuando lo usaba habitualmente allí mismo, en el instituto.

Max sale de la sala lateral y aparece en el comedor. Se concentra en Vanessa, que se debate clavada al tablero. Anna-Karin comprende que solo tienen una oportunidad y que es ahora, un instante antes de que las haya visto.

SUELTA A VANESSA, le ordena. *DÉJALA EN PAZ*.

Max se da la vuelta.

Minoo vio los remolinos de humo negro alrededor de Vanessa mientras salía catapultada por la habitación. La habían envuelto entera como una densa capa de bruma oleosa.

Ahora advierte que de Max emana más humo. Lo dirige hacia Anna-Karin que, un segundo después, suelta a Minoo.

El cuerpo de Anna-Karin sale propulsado violentamente hacia arriba, se estampa contra el techo y se queda allí unos segundos, aplastado contra las planchas de color blanco. Luego, el humo la arrastra a una velocidad irracional por todo el techo, hasta que se da con la pared del fondo. Y desde allí se desliza hacia el suelo, donde se queda tendida.

De repente, Minoo nota también vacía la otra mano.

Ida la ha soltado. Y corre hacia la cocina.

Pero no llega muy lejos. El humo se mueve tras ella raudo y silencioso.

Cae al suelo. A su alrededor se prende un círculo de fuego. Minoo le ve el terror en la cara detrás de las altas llamas que la tienen prisionera. Un ligero olor a linóleo quemado se extiende por la habitación.

Minoo se vuelve hacia Max. El humo negro sigue rodeándolo mientras él se acerca. Le baila alrededor describiendo formas en el aire. Es como un ser vivo. Es casi hermoso. Seductor.

—Minoo —dice con una sonrisa.

Eso es lo peor de todo. Que se alegre tanto de verla. Como si lo que acababa de hacer no tuviera ninguna importancia.

—Sé que ahora mismo no lo comprendes —continúa—. Pero lo único que quiero… Lo único que he querido todo el tiempo es que estemos juntos. Tú y yo nos pertenecemos.

Le hierve la sangre de rabia.

—Ya, pero yo no quiero —responde sorprendida de lo fuerte y segura que suena.

Max se detiene. Parece ofendido. Lo negro se le enrosca por todo el cuerpo, envía unas largas antenas que se acercan a Minoo, pero se apartan en el último momento.

Minoo no se mueve.

Le vibra el cuerpo con señales desconocidas. Algo se retuerce en el aire como un torbellino a su alrededor, sale de ella, la embriaga con su poder.

—Minoo —dice Max, le flaquea la voz—. ¿Qué estás haciendo?

—Relajarme.

El humo negro que llena el espacio entre los dos se vuelve denso.

Pero no procede solo de Max. Sale a raudales de Minoo, se enrosca en volutas que forman largos tentáculos negros.

Es poderosa. Tiene la fuerza de todo un ejército. Tiene conexión directa con algo que es increíblemente más poderoso que ella. Son muchos. Son uno. Todos juntos, se mueven hacia Max.

Él la mira presa del pánico. No puede moverse. El humo lo rodea, le impide huir mientras ella se le acerca, los envuelve en un tornado negro.

—Por favor, Minoo —dice Max, de rodillas a sus pies—. Yo te quiero.

Pero sus palabras no la conmueven.

Sabe lo que tiene que hacer.

Le pone la mano en la frente.

Cierra los ojos y lo *ve*.

La bendición de los demonios.

Descansa sobre Max como una aureola negra. La magia de los demonios. El humo negro que exhala el cuerpo de Minoo lo ahoga.

El aura se debilita y desaparece. Al final no queda ni rastro. La bendición se ha roto.

Siente que la fuerza vital va abandonando a Max, su mano la va absorbiendo, la llena y la hace aún más fuerte y poderosa.

Hay algo atrapado dentro de Max, algo que lucha por salir a la superficie, y Minoo ayuda a tirar.

Es como un peso que se suelta de pronto.

Y a Minoo se le llenan los ojos de lágrimas, porque ahora la siente con toda claridad.

Rebecka. Ha estado prisionera en Max todo el tiempo. Su alma la irradia entera, la llena de luz. Todo lo que era Rebecka existe en Minoo un instante. Y luego desaparece. Por fin es libre.

Poco después llega Elías. Minoo lo reconoce enseguida, como si hubieran sido amigos toda la vida y mucho antes, incluso. Su alma la atraviesa y se esfuma también.

Minoo hunde los dedos en el pelo de Max, le aprieta la frente. Su cuerpo va perdiendo fuerza y ella se arrodilla despacio junto a él cuando cae de costado y se queda allí, inerte.

Y Minoo se llena de él. Impresiones, pensamientos y sentimientos, todo lo que ha experimentado. Todo lo que es *él* la recorre por dentro como a través de un sentido cuya existencia ignoraba hasta el momento.

Recuerdos.

Max arrastra a Linnéa desde su coche hasta el patio del colegio. La lleva atada de pies y manos, pero ella trata de oponer resistencia.

Él abre la puerta de su casa, donde hay una joven desconocida con flequillo largo y negro. Saca una pistola, dice que va a morir por lo que le hizo a Elías. Pero él se da cuenta de que duda, de que no disparará. No es una asesina. Y Max comprende que es una de las Elegidas. Que ella le ayudará a encontrar a las otras. Es un regalo.

Luego se despierta como de un sueño y ve que está en el aula, con Minoo. *Ellos* le susurran que se ha descubierto. Están *enfadados*, pero él tiene miedo. Miedo de que ella lo malinterprete, de que no comprenda que jamás le haría daño, de que se pertenecen.

El cobertizo arde y las vacas mugen aterradas. Él sale corriendo de allí con *Sus* reproches resonándole en la cabeza. *Ellos* amenazan con no cumplir su promesa, con no dejar que Minoo siga viva, a pesar de todo.

Minoo pregunta si él puede esperarla. Y sí, puede esperarla eternamente.

Max está en el aula mirando a Anna-Karin, pensando en cómo ha cambiado a lo largo del semestre. Él sabe cómo funcionan esas cosas. ¿Por qué no se ha dado cuenta antes?

Minoo está tan guapa cuando la ve junto al viaducto… Sabe que no debería, pero la besa de todos modos. Ha llegado a otro acuerdo con *Ellos*: la dejarán vivir.

Aquel instante terrible de la bañera, cuando se atrevió a oponerse a *Ellos* por primera vez.

El primer beso.

De repente, se presenta en la puerta de su casa y se pregunta si está soñando.

Se entera de que Minoo es la persona a la que tiene que matar.

Le arranca a Rebecka el alma del cuerpo, al mismo tiempo que le pide perdón.

Rebecka cae.

Se da la vuelta y ve su cara bajo la apariencia de Gustaf.

Rebecka en el centro comercial Citygallerian.

Pone a prueba el poder de Elías por primera vez. Se ve a sí mismo en el espejo transformándose por primera vez en Gustaf, la persona en la que confía Rebecka, la que puede acercársele sin problemas, en caso necesario.

Ve acercarse a Rebecka, que ha salido a correr, sabe que es su próxima víctima. *Ellos* le advierten, entre susurros, que ella es más fuerte que el primero. Que debe prepararse a conciencia.

La profecía estaba equivocada, le dicen las voces. *Los Elegidos eran siete. Quedan seis*.

Se encuentra en la calle, delante de la ventana de Minoo. Habría preferido que ella no hubiese encontrado el cadáver de Elías. Se pregunta cómo está y le gustaría consolarla.

Ve cómo sacan del instituto la camilla con el cuerpo sin vida de Elías y siente un alivio enorme. Por fin ha pasado todo.

A través de la puerta cerrada de los servicios oye que el espejo se rompe en mil pedazos.

Entra en el aula y ve a Minoo por primera vez. Alice ha vuelto a la vida.

En el interior de Max, Minoo advierte otro peso, en lo más profundo. Como un ancla que arrancan del fondo y que poco a poco va subiendo a la superficie.

Su alma.

Los recuerdos acuden cada vez más deprisa.

Max cuelga el póster de Perséfone, que se parece tanto a Alice que le duele mirarlo. Es una tortura placentera.

Tantas noches como se ha pasado despierto pensando en lo terrible que es lo que se ha comprometido a hacer. Se dice que la causa lo merece. Alice lo merece.

Odia Engelsfors desde el primer instante. Se parece a la ciudad en la que él se crio.

Los años en la facultad, las mujeres que pasaron por su vida, amigos a los que desprecia en secreto. Los que creen que no hay más mundo que el que ellos pueden ver a simple vista.

Ellos le han prometido que recuperará a Alice. Una nueva oportunidad.

Años de culpa.

Y todo se ralentiza otra vez.

El entierro es como una neblina. Nadie sabía, nadie comprendió lo desgraciada que era.

La Policía llamó por la mañana. Han encontrado su cuerpo en las rocas, al pie de la casa.

La fiesta está en pleno apogeo y la música retumba por todas las habitaciones. Tiene un subidón de adrenalina y le tiembla todo el cuerpo. Ahí está el Amigo. «Si alguien te pregunta, he pasado toda la noche contigo», dice Max, porque de repente ha descubierto algo nuevo de sí mismo. Aun así, se sorprende al ver que los ojos del amigo se llenan de lágrimas, y asiente. Max sigue bajo los efectos de la embriaguez que le ha producido saborear la magia por primera vez. Hacer que otros obedezcan sus órdenes.

Quiere que ella muera. Prefiere que no sea de nadie, si no puede ser suya. Si ella se suicidara… Lo desea de todo corazón. Y entonces ella se levanta, se pone de pie en el alféizar de la ventana. Sabe que es él quien la obliga a hacerlo. Se miran un instante, estupefactos. Y ella obedece su deseo y se arroja al vacío.

Las ventanas están abiertas para dejar paso al cálido aire estival y ella está acurrucada en el alféizar, con la frente apoyada en las rodillas, y dice: «Por favor, Max, vete». Él trata de convencerla de que la quiere, de que son el uno para el otro. «¿No me has oído? No quiero verte nunca más», dice ella.

Alice, a la que tanto ha querido, la que le ha mostrado el cuadro y con la que se ha reído del parecido tan asombroso entre ella y Perséfone.

Alice, la primera vez que la vio. Desde entonces sabe que ella lo hará feliz.

El alma de Max no tardará en alcanzar la superficie. Minoo advierte un grito que va cobrando fuerza y llena cada rincón de su cabeza. Es Max, que grita de dolor. Ella le está haciendo daño.

Minoo intuye las tinieblas de su infancia y sabe que, si no lo deja ya, estará haciendo lo mismo que Max hizo con Rebecka y con Elías. Le arrancará el alma, se lo arrebatará todo.

Relájate.

Minoo se va relajando poco a poco, lo va soltando, siente cómo el peso se va deslizando de nuevo hacia el fondo. Se extingue el grito. Todo queda en silencio.

Minoo abre los ojos.

El humo negro ha desaparecido.

Está arrodillada en el suelo. Max tiene la frente roja justo allí donde ella presionaba hacía un instante. Tiene los ojos cerrados. El pecho se le mueve ligeramente.

Ya ha pasado todo.

V

58

EL aire de junio es fresco y limpio tras la lluvia, como si alguien hubiera abierto las ventanas de par en par y hubiera ventilado el mundo entero. El suelo aún está resbaladizo y embarrado aquí y allá. A Anna-Karin le cuesta empujar la silla de ruedas del abuelo por la explanada hacia la casa. Nicolaus se ofrece a hacerlo, Anna-Karin se lo agradece, pero prefiere hacerlo ella. Tiene que hacerlo sola.

El abuelo mira fijamente hacia delante, sin decir nada. Anna-Karin no sabe si reconoce el lugar, pero no quiere preguntarle. Los momentos de lucidez son cada vez más frecuentes y ella sabe que, en esas ocasiones, se siente humillado si nota que lo están tratando como a un inválido.

Va mejorando. Pero su madre se niega a darse cuenta. Cuando Anna-Karin propuso que lo dejasen ver la granja por última vez, ella dijo que no tenía ningún sentido.

—Comprenderás que lo único que conseguiremos es que se altere y se irrite. Si es que reconoce el sitio.

Nicolaus le ayuda a subir la silla de ruedas al porche.

—Te espero aquí —le dice—. Tómate el tiempo que necesites.

Anna-Karin lo mira agradecida y cierra la puerta. Por suerte, el vano es lo bastante ancho como para que quepa la silla.

Entran en el vestíbulo vacío. Continúan hasta la cocina. La sala de estar. La salita, que dejaron de usar cuando murió la abuela.

Ya no hay nada que esconda los desperfectos. El papel de la pared, que se ha despegado por los laterales, la pintura de los listones del suelo, que está descascarillada, y las manchas amarillentas del techo en los lugares donde su madre se sentaba a fumar.

No sabe por qué, pero las habitaciones parecen más pequeñas ahora que están vacías. ¿No debería ser al contrario?

Allí cabían sus vidas. Y ahora no son más que habitaciones.

Esa es la diferencia, piensa Anna-Karin. Antes era un hogar. Ahora es solo una casa.

El abuelo sigue callado pero, cuando salen de allí, se echa hacia atrás y le acaricia la mano a Anna-Karin.

Nicolaus les ayuda a bajar del porche. Ella tiene miedo de hacer algo mal, de volcar la silla y que el abuelo se caiga y se haga daño. No quiere ni pensar en lo que diría su madre si algo ocurriera. Ella no sabe que están allí. Ni siquiera sabe que Anna-Karin todavía tiene una llave de la casa.

Anna-Karin enfila la cabaña del abuelo y empuja la silla. Sigue la mirada del anciano, que se ha fijado en las obras que ya están en marcha allí donde antes se alzaba el cobertizo. El padre de Jari, que ha comprado la granja, ha decidido dedicarse a la cría de cerdos.

—No se parece en nada a lo que había —dice el abuelo.

—No —responde Anna-Karin—. En nada.

Ya no huele a café en la cabaña del abuelo. Cuando Anna-Karin lleva la silla hasta la cocina vacía se pregunta si habrá hecho lo correcto llevándolo allí. Está tan desolado, tan abandonado, la cocina, el dormitorio y el viejo baño. Anna-Karin mira al abuelo preocupada. Parece absorto en sus pensamientos. Lo conduce hasta la ventana junto a la que solía sentarse.

Se acuclilla a su lado y mira por la ventana ella también. Ambos contemplan la casa grande. Los prados, donde ya no pacen las vacas. El ocaso de los primeros días de verano en las copas de los abetos.

Qué hermoso es esto, piensa Anna-Karin.

Comprende por qué los abuelos eligieron precisamente aquella granja, y precisamente en aquel lugar, hace ya muchos años, cuando Engelsfors era una ciudad llena de confianza en el futuro.

—Anna-Karin —dice el abuelo.

Ella lo mira a los ojos, totalmente despiertos.

—Staffan no era una mala persona —continúa—. Tu padre. Tenía miedo, pero no era malo.

Anna-Karin se queda muda un instante. Le cuesta articular las palabras al preguntar:

—Y entonces, ¿por qué se fue?

—No lo sé. Fue algo entre tu madre y él. Pero él te quería, Anna-Karin. Te quería, a su manera.

—No lo suficiente —murmura notando el calor de las lágrimas rodándole por las mejillas.

El abuelo extiende el brazo y se las seca.

—Hizo mal en desaparecer. Pero creo que, para empezar, no tenía dentro de sí mucho amor. Mia se sentía atraída por esos hombres, los que no tenían mucho que dar. Pero el amor que tenía, te lo dio a ti. Lo poco que tenía que dar te lo dio a ti, Anna-Karin. No digo que fuera suficiente, pero creo que debes saberlo.

Anna-Karin le coge la mano. Tiene la piel mucho más fina que nunca, como si hubiera perdido espesor.

—Llevo trabajando toda la vida —continúa el abuelo—. Trabajaba, comía y descansaba. Y luego, vuelta a empezar. Pero últimamente he estado pensando… no he sido justo contigo, Anna-Karin.

Ella niega con un gesto.

—No digas eso, abuelo…

—Soy un viejo, así que puedo decir lo que quiera —la interrumpe—. Y te digo que no lo he hecho bien. He cerrado los ojos a cómo te sentías. Cuando aquellos niños perversos te hacían la vida imposible, Mia siempre me decía que no me involucrara, que también a ella la trataban igual de pequeña y que sobrevivió. Y que, si yo decía algo, sería peor. Pero debería haber intervenido.

Aprieta con fuerza la mano de su nieta, que nota que ha recuperado parte de la fuerza de antaño. Una fuerza que le aflora a la mirada cuando le dice:

—¿Podrás perdonarme, Anna-Karin?

—Soy yo quien debe pedir perdón. El incendio fue culpa mía.

—Responde a mi pregunta —la interrumpe el abuelo—. Si no, nunca me sentiré en paz.

Anna-Karin ahoga un sollozo y asiente.

—Lo único que querías era recuperar parte de lo que otros te habían estado arrebatando toda la vida —continúa—. Fuiste demasiado lejos, pero también eso fue culpa mía. Debería haber hablado claro contigo, y haberte dicho que debías custodiar y cuidar tu don, no abusar de él.

Anna-Karin no se sorprende siquiera.

—Lo sabías, ¿verdad? Lo has sabido todo el tiempo.

—Solo aquello para lo que me da la inteligencia, que no es mucho —responde el abuelo—. Ahora, quisiera salir al aire libre.

Salen a la explanada. Nicolaus está sentado en el coche, y los saluda con la mano cuando

pasan por delante.

Anna-Karin lleva al abuelo por el sendero de grava que discurre entre los sembrados. Vuelve a sumirse en su mundo nebuloso, pero sigue hablando, alternando palabras en sueco y en finés.

A veces la llama Gerda, a veces Mia o Anna-Karin. Le habla de la familia de zorros que tenía la guarida junto al lindero del bosque. La previene contra los falsos profetas. Le habla de los refugiados noruegos que, durante la Segunda Guerra Mundial, acogieron los antiguos propietarios de la granja. Le recuerda las noches que pasaban jugando a las cartas en la cocina con los padres de Anna-Karin, mientras la abuela Gerda hacía pan sin levadura y cantaba al son de los viejos discos que sonaban en el gramófono. Anna-Karin se pregunta si serían las mismas canciones que su madre cantaba el otoño pasado.

Finalmente, el abuelo guarda silencio. Anna-Karin gira la silla y vuelve al coche.

El abuelo tiene que volver a la residencia de ancianos de Solbacken.

Es solo provisional, dice su madre, mientras ella y Anna-Karin se instalan en el piso del centro.

Pero Anna-Karin lo sabe. En el piso hay una habitación en la que podría vivir el abuelo, pero su madre no se ha llevado allí sus cosas. Ha decidido dejarlo en Solbacken.

59

LA luna llena es como una sombra blanca en el pálido cielo matinal. Minoo sigue el riachuelo.

Va descalza y con las piernas al aire, y nota la humedad del césped empapado de lluvia que va pisando al caminar.

Dos plumas negras aparecen flotando en el agua. Un segundo después, nota el olor a humo.

Minoo.

Levanta la vista. Al otro lado del riachuelo ve a Rebecka. Se parece tanto a la de verdad que casi duele.

Otra vez ha vuelto el color a su cara. Y la vida a sus ojos.

—Sé que no eres Rebecka. ¿Por qué no muestras tu verdadera identidad? —pregunta Minoo.

¿Sabes quién soy?

—Eres la que habla a través de Ida. La persona con la que hemos soñado todas. La bruja del siglo XVII.

Rebecka no responde. Minoo se siente insegura de pronto, no sabe si está despierta o si está soñando.

—¿Qué quieres? —pregunta.

Estoy preocupada por ti, Minoo. No puedes llevar esto tú sola.

—¿A qué te refieres?

Sabes a qué me refiero.

Minoo mira a Rebecka, que parece resplandecer sobre el fondo oscuro del bosque.

Tienes que contárselo a las demás.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

Sí.

—¿Estás segura? ¿Nada más? Como, por ejemplo, ¿por qué no tengo asociado ningún elemento? ¿Por qué consiste mi poder en tomar el alma de las personas? ¿Soy como Max? ¿Es esa la razón de que los demonios tengan un plan para mí? ¿Y por qué no han hecho nada, ahora que saben quiénes son las demás Elegidas?

Necesitas la ayuda de las otras.

—Vete a la mierda —responde Minoo. Y en ese momento, se despierta.

Minoo olvidó cerrar las persianas anoche, y ahora entra a raudales la luz del sol. Los pájaros trinan a todo volumen en el jardín. Hay un tono casi desesperado en su canto: «¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!».

Es la primera vez en más de tres meses que recuerda un sueño. Ni siquiera suele recordar las pesadillas, pero se despierta con los músculos tensos y doloridos, como si hubiera reñido una batalla mientras dormía.

Abre el armario y ve el vestido celeste que llevó en la fiesta de final de curso en noveno. Lo mira con desprecio. Ahora le parece patético haber ido hasta Borlänge a comprarse un vestido que solo pensaba llevar unas horas. Le parece patético que entonces creyera que esas horas fuesen tan importantes.

Se pone el vestido y se peina con los dedos.

Sus padres se han ido a trabajar. En la mesa de la cocina hay un ramillete de lirios del valle con un sobre apoyado en el jarrón. Minoo lo abre y saca la tarjeta, con una foto de un prado estival. «¡Feliz verano! Un abrazo de papá y mamá», se lee en el dorso. En el sobre hay, además, una tarjeta regalo para comprar en una librería por internet.

Minoo se queda mirando la tarjeta un instante, sigue con el índice la letra sinuosa de su madre. Se alegra de que sus padres no estén allí. Supone un esfuerzo horrible fingir que todo es normal cuando está con ellos. No sabe cómo se las arreglará para conseguirlo durante todo el verano.

Es como si el cristal de una ventana la separase del resto del mundo. Nada de lo que sucede al otro lado del cristal le afecta de verdad. Se siente muda por dentro. A veces la asusta esa sensación de adormecimiento. Pero es preferible a todo lo que había antes en su interior. La desesperación, el pánico, el dolor.

Deja el sobre en la mesa de la cocina, mira el reloj y constata que debería haber salido hace un cuarto de hora. Coge la mochila y un par de zapatos de verano bastante desgastados. No piensa darse prisa.

—¿Dónde se habrá metido? —pregunta Adriana López.

Vanessa, Linnéa, Ida y Anna-Karin están sentadas en la pista de baile, con la ropa para la fiesta de fin de curso. En el caso de Anna-Karin no se puede hablar de fiesta sino solo de ropa: vaqueros y la sudadera del chándal de siempre.

Ida, en cambio, lleva un vestido blanco y se ha sentado en las manos para no mancharselo.

Linnéa está con las piernas cruzadas, al lado de Vanessa, mordiéndose las uñas. Hoy las lleva lila. Lleva un vestido que terminó de coser el día anterior, de cuadros blancos y negros, con muchos lacitos negros y una falda de tul debajo. Linnéa le ha cosido un lazo enorme a Vanessa en el vestido rosa, justo debajo del escote. Ayer le pareció una buena idea. Ahora, en cambio, Vanessa se pregunta si no parece un paquete de regalo.

La directora va de un lado a otro por el escenario. Para variar, se ha desabotonado un poco la blusa. Vanessa se esfuerza por no mirar la quemadura.

—Está en camino —dice Ida—. Ya la siento.

Unos minutos después, aparece Minoo. Lleva un vestido azul claro que Vanessa reconoce de la fiesta de noveno y el pelo revuelto como una nube negra alrededor de la cabeza.

—Siento llegar tarde —se disculpa con ese tono monocorde que suele usar últimamente.

La directora asiente.

—Siéntate —ordena impaciente.

Minoo sube al escenario y se sienta junto a Vanessa.

—Comprendo que tenéis ganas de iros a la fiesta, pero antes quiero hablar con vosotras. Os traigo buenas noticias —dice la directora—. El Consejo ha decidido que podéis empezar a entrenar magia defensiva este otoño. Nos pondremos con ello en agosto.

Si no fuera tan lamentable, Vanessa se habría echado a reír. Ahora, después de casi un año de la muerte de Elías, le parece al Consejo que ha llegado el momento de que aprendan a defenderse.

La directora ha «congelado las sesiones de entrenamiento» desde el mes de abril. Seguramente, hasta ella empezó a cansarse de que no encontraran nada en el *Libro de los paradigmas*. Al final ni siquiera tenían que mentirle. Desde que vencieron a Max, el *Libro* ha

estado mudo. Nada de rituales, de prácticas ni de consejos incomprensibles. La vieja gruñona ha estado más gruñona que nunca.

Las Elegidas se han visto regularmente en casa de Nicolaus para hacer los ejercicios de magia de siempre. Minoo solo ha participado pasivamente y las demás no han protestado.

No saben nada de su poder. La teoría de Nicolaus es que, cuando venció a Max, ella actuó como un espejo, reflejando su magia. Nadie sabe lo que hay dentro de Minoo, lo que puede hacer en realidad. Nadie lo dice en voz alta, pero le tienen miedo.

—Así que al Consejo le parece que *ya* sí hemos alcanzado la madurez para aprender algo de autodefensa, ¿no? —pregunta Linnéa.

—La situación lo exige —responde la directora—. Es cierto que la cosa ha estado tranquila desde Navidad, pero quien atacó a Minoo entonces puede seguir por aquí cerca. Aguardando el momento.

Lo único que la directora sabe de Max es lo que sabe todo el mundo: nada en absoluto. Fueron muy meticulosas a la hora de elegir las pistas que encontraría la Policía cuando llegara al instituto.

Fue Nicke quien encontró a Max inconsciente en el comedor. Había, además, una pistola sin registrar, con las huellas de Max. Los periódicos especularon sobre si el suceso guardaría o no relación con el pacto de suicidio, pero el interés por la noticia no duró demasiado. La historia no resultaba igual de emocionante sin un cadáver sangriento de por medio, ya que solo tenían a un profesor de matemáticas en coma.

—Puede que parezca que ha pasado el peligro —continúa la directora—. Pero esto no ha hecho más que empezar. Lo que habéis vivido hasta ahora no es nada en comparación con lo que se avecina. —Hace una pausa—. Sé que tenéis grandes capacidades. Habéis madurado durante este año y habéis hecho grandes cosas.

Si tú supieras… piensa Vanessa.

—Tengo muchas ganas de seguir trabajando con vosotras este otoño. Ahora tenéis que iros, si queréis llegar a la fiesta —advierte la directora.

Y entonces les sonríe con tanta sinceridad y calidez que Vanessa se sorprende.

—Que tengáis un buen verano, chicas. Desde luego, os habéis ganado unas vacaciones.

60

ANNA-KARIN está sentada al fondo contemplando el salón de actos abarrotado. Ida, Julia y Felicia forman parte del coro que está en el escenario. Están resplandecientes.

Jari no ha venido. Se graduó hace unos días y la mayoría de los de tercero no están hoy en el instituto. Anna-Karin aún se avergüenza cuando lo ve y, seguramente, seguirá pasándole lo mismo el resto de su vida. En cierto modo, le parece bien. Le parece justo.

En el centro de la sala están Erik, Kevin y Robin, uno al lado del otro. Se repantigan tanto como pueden y están hablando en voz alta, a pesar de que Ove Post los ha mandado callar siseándoles. Erik hace señas a Ida con la mano, trata de hacerle perder la concentración. Anna-Karin ha oído rumores de que están saliendo. Se le ponen los pelos de punta solo de pensar en los hijos que tendrían.

Anna-Karin piensa en lo que dijo el abuelo:

«Cuando aquellos niños perversos te hacían la vida imposible, Mia siempre me decía que no me involucrara, que también a ella la trataban igual de pequeña y que sobrevivió».

Su madre casi nunca le ha contado nada de cuando era pequeña. ¿A ella también la acosaban en la escuela? ¿Por eso es como es? ¿Fue ella otra Anna-Karin? ¿Romperían los acosadores algo que fue imposible reparar?

«A Mia le atraían esos hombres, los que no tenían mucho que dar.» Quizá pensaba que no merecía nada mejor.

Anna-Karin se pregunta lo maltrecha que estará ella. Si alguna vez llegará a sentirse libre de ese odio suyo. Y, si no lo consigue, ¿terminará como su madre?

Porque el odio sigue allí, en su interior. A veces emerge como si estuviera en ebullición, amenazando con desbordarse. Y entonces le cuesta contenerse y no usar la magia. Pero ha resistido. No por la comisión de investigación del Consejo, sea cual sea su resultado. No, ha resistido por las demás.

Lo hace por Vanessa, que pasa a escondidas una botella de refresco entre Michelle y Evelina. Anna-Karin puede oler el alcohol desde donde está.

Lo hace por Linnéa, que está sentada con los alternativos, se apoya en el hombro de una chica de pelo azul y, de vez en cuando, mira a Vanessa.

Lo hace por Minoo, que estaba sola hasta que Gustaf Åhlander llegó y se sentó a su lado. Anna-Karin ha tratado de hablar con ella. Sabe lo que es sentir miedo de tu propio poder, de lo que puedes llegar a hacer. Pero Minoo se niega a abrirse. Ha dejado fuera al mundo entero.

Lo hace incluso por Ida, que lleva enamorada de Gustaf desde cuarto. Ida, que adora a su caballo, *Troja*. Son dos pistas hacia otra Ida más humana, y a eso debe aferrarse Anna-Karin.

Exactamente igual que los hermanos no se eligen, tampoco las Elegidas han tenido esa posibilidad. Y exactamente igual que los hermanos, tienen que aprender a convivir.

Evelina y Michelle chillan borrachas en el oído de Vanessa, una a cada lado, como si formaran unos auriculares enormes.

—¡Vente! —le gritan.

—Pero si ni siquiera tengo ganas de hacer pis —ríe Vanessa.

—¡Bueno, tú ven! ¡Es nuestra noche! —insiste Evelina bebiendo directamente de la botella.

Vanessa vuelve a reír.

—Os espero aquí —dice empujándoles hacia los arbustos, más al pie de la colina de Olsson.

Ella se agacha y se tumba encima de Wille. Mehmet, Lucky, Jonte y algunos más también están allí. Suena la música de un altavoz portátil. Besa a Wille, y él le devuelve el beso, y todo lo que necesita saber existe en ese beso. Todo se arreglará.

—Mira, ahí está esa tía —dice Lucky.

Vanessa se aparta de Wille a disgusto y levanta la vista.

Mona Månstråle está fumando en el sendero. Lleva una chaqueta de ante marrón con flecos. Y calza un par de botas con espuelas. De verdad, con espuelas.

Y Mona Månstråle mira directamente a Vanessa, y dibuja una sonrisita. Es como una provocación. Vanessa se levanta tambaleándose con los tacones y se coloca bien la lazada del escote.

—¿Qué haces? —pregunta Wille.

Ella se ríe, la cabeza le da vueltas.

—Ahora mismo vuelvo —responde.

Se acerca tanto a Mona que esta se incomoda. Mona retrocede un paso.

—¿Me invitas a un cigarro? —dice Vanessa.

Mona le enciende uno y se lo da. Se miran mientras dan una calada. El tabaco de Mona es fuerte. Sabe como a picadura de calcetín viejo.

—¿Querías algo o qué? —pregunta Vanessa.

Oye a Evelina y a Michelle reír como locas entre los arbustos.

—Hace mucho que no se te ve el pelo —responde Mona irritada.

—Puede que ya no necesitemos tus mejunjes.

—Los necesitaréis. No tenéis ni idea de lo poderosos que son vuestros enemigos.

Pero no consigue asustar a Vanessa que, precisamente hoy, ha decidido pasar de todo eso. Pasar de la responsabilidad, de pensar en el Apocalipsis y en Nicke y en todo el mal que hay en el mundo. Es verano y están de vacaciones.

—¿No me vas a decir que voy a moriiiir? —pregunta Vanessa.

Le disgusta oír cómo tartamudea, porque le resta parte del efecto a sus palabras.

—Pues quizá deberías ir otra vez a la escuela de adivinas porque, como puedes ver, estoy viva, y mucho —añade.

Mona suelta una carcajada.

—No puedo ver *toda* la verdad acerca del signo —dice.

—Vaya, no me digas. ¿Por qué no me sorprende que reinterpretes tus predicciones cuando ves que no se han cumplido?

—El *nGetal* significa la muerte, desde luego —dice Mona—. Pero la muerte también puede simbolizar subversión, cambio. Dejar tras de sí algo y empezar otra cosa nueva. Volver a nacer, por así decirlo. Toda tu vida se vuelve del revés y tienes que reconsiderarlo *todo*.

Mona se acerca un poco más y le pone los labios en el oído. A Vanessa el olor a tabaco y a incienso casi le da náuseas.

—En tu caso, el *nGetal* estaba muy próximo al *muin*. El amor.

Mona se retira y le echa en la cara una nube de humo.

—Que lo pases bien —se despide, antes de alejarse.

Vanessa se queda pasmada en medio de la nube de humo.

—¿De qué coño hablabais? —grita Wille.

Vanessa se queda viendo cómo se aleja Mona.

Se siente casi sobria. Tira el cigarro de calcetín de Mona, pisa la colilla y se da media vuelta.

El sol arranca destellos al agua del canal. Al otro lado está la iglesia. El cementerio. Sabe lo que tiene que hacer.

—¡Nessa! —le grita Michelle desde los arbustos.

Pero ella ya está en camino.

Minoo cruza el cementerio. Lleva el sobre con las notas doblado dos veces. La máxima calificación en todo, salvo en gimnasia, como siempre. Pero no sintió el alivio habitual, sino más bien el recuerdo del alivio.

Cuando todos se abrazaron y se desearon lo mejor para el verano, ella se escabulló del aula. Luego se dirigió al riachuelo con el que había soñado la noche anterior. Aunque sabía que era imposible, esperaba que Rebecka estuviera allí, esperándola.

No fue así.

Desde que Minoo sintió el alma de Rebecka, ha abrigado la esperanza pueril de que vuelva. Desde el lugar en el que ahora se encuentra…

Cuando atisba la tumba de Rebecka, Minoo ve que ya hay alguien allí. No, no junto a la tumba de Rebecka, sino junto a la de Elías.

Es Linnéa.

Minoo se detiene y sopesa la posibilidad de marcharse. Pero Linnéa se da la vuelta en ese momento.

—Hola.

—Hola —responde Minoo, y se acerca.

Linnéa tiene un ramo enorme de rosas rojas. Aún lleva el plástico puesto.

—Las he robado —dice—. Es algo así como una tradición. Elías siempre robaba flores para mí. Un día llegó a mi casa con un macetero, del Café Monique.

Minoo sonríe. Le resulta extraño, como si hubiera olvidado cómo se hace.

Linnéa se sienta entre la tumba de Elías y la de Rebecka.

—La directora lo sabe —dice—. Sabe que fue Max, y sabe que nosotras hicimos que ahora esté donde está. También sabía que estábamos practicando en casa de Nicolaus.

A Minoo le lleva unos instantes comprender lo que acaba de decir Linnéa. Es tan típico de ella soltar afirmaciones capaces de revolucionar el mundo así, sin avisar.

Minoo está a punto de protestar cuando, de pronto, comprende que eso lo explica todo.

La mirada tan extraña que le dirigió la directora en el parque el invierno pasado. Ahora comprende que trataba de animarla. La directora tenía que transmitir las órdenes del Consejo. Por eso les dijo que no persiguieran a Gustaf. Pero sabía en todo momento lo que estaban haciendo, y las dejó que siguieran. Se tragó sus evasivas, sus mentiras. Debió de comprender muy pronto que estaban entrenando por su cuenta. Y cuando Max cayó en coma, no debió de costarle mucho adivinar lo que había pasado.

—¿Cuándo lo supiste? —pregunta Minoo.

—Lo sé desde hace un tiempo —dice Linnéa, mientras escarba con el pie en el césped—. Me alegro de que hayas venido. Llevo tiempo queriendo hablar contigo de una cosa, pero no sabía cómo decírtelo… Lo que ocurrió en el comedor. No puedes seguir ignorándolo. Acabará matándote. Ya te está matando.

—¿A qué te refieres? —susurra Minoo.

—Tú querías a Max. Era un asesino, pero tú lo querías. No es algo que se supere así, sin

más.

—En cuanto supe que era él…

—Ya, ya lo sé —la interrumpe Linnéa—. Pero antes, te inspiraba tantos sentimientos… Y te debió de resultar repugnante cuando supiste lo que había hecho. Yo me odiaría a mí misma si supiera que había estado colgada por el asesino de Elías.

—Ya lo he superado —asegura Minoo.

—Vale, ya lo has superado. Quedamos en eso —concluye Linnéa—. Pero no has superado lo del humo negro.

Minoo se la queda mirando. Linnéa sabe cosas que no le ha contado a nadie.

—Comprendo que te cagaste de miedo —dice Linnéa—. Pero la cosa no mejorará porque no lo cuentes. Puede que juntas averigüemos por qué tu magia y la de Max eran tan parecidas, y por qué nadie podía verla.

—¿Y tú cómo sabes eso? —la interrumpe Minoo.

Tiene la sensación de que debería saberlo. De que debería haber sumado dos y dos hace tiempo.

—¿Recuerdas que Vanessa dijo que, aquella noche, podía oírme en su cabeza? Pues era algo nuevo. Ni siquiera me di cuenta de que lo estaba haciendo. Pero…

Duda un instante. Se retuerce las manos, como si estuvieran luchando.

—Empezó el verano pasado.

—Vale —dice Minoo con el tono más neutral posible.

—Al principio no comprendía qué era. O sea, es que era tan… imposible. Al principio solo pasaba de vez en cuando. Simplemente, pillaba cosas.

No es capaz de decirlo, comprende Minoo de pronto. Y quiere que lo diga yo.

Y, de repente, todo encaja. De repente, halla la explicación de miles de momentos raros.

—Puedes leer el pensamiento —dice Minoo—. Ese es tu poder. Y lo has tenido todo el tiempo.

Al principio, parece que Linnéa vaya a negarlo. A retractarse de todo. Pero al final se relaja y asiente.

—La primera vez que nos vimos, era muy reciente —explica—. Poco antes de que encontráramos a Elías. Sabía que fuiste a los servicios porque tenías la costumbre de refugiarte allí en el recreo. Simplemente, esa información apareció en mi cabeza.

Minoo no sabe qué decir. Recuerda todo lo que ha pensado de Linnéa desde entonces, y en todo lo que ha pensado estando con Linnéa. Y luego, empieza a pensar que está pensando en todo eso y que puede que Linnéa le esté leyendo el pensamiento ahora mismo.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —pregunta Minoo.

—¿Y tú me lo preguntas? Me callé porque sabía que todas reaccionarían como tú acabas de reaccionar ahora. No tengo que leerte el pensamiento para saber que te aterra pensar qué pensamientos te habré leído.

Linnéa parece al borde del llanto.

—No tienes ni idea de cómo era al principio —continúa—. A veces era como si todas las personas con las que me cruzaba me gritaran directamente en la cabeza al mismo tiempo. Por eso escribí en el diario que me dabas dolor de cabeza. Porque piensas *tanto*… Pero la peor era Anna-Karin. Sus planes de controlar a los demás eran como el grito de un primate en el oído.

Linnéa la mira suplicante.

—Pero ahora he aprendido a controlarlo. Casi siempre. Solo a veces oigo cosas sin querer. Pero cada vez lo hago mejor.

—Pero tú fuiste la que más duramente trató a la directora por no decirnos la verdad. Cuando tú misma…

—¡Eso es, precisamente! —la interrumpe Linnéa—. Trataba de deciros que la directora sabía mucho menos de lo que daba a entender.

—Pero ¡podíamos haber utilizado tu poder todo ese tiempo! ¡Quizá habríamos podido encontrar a Max mucho antes!

—Lo intenté —confiesa Linnéa—. Intenté leer los pensamientos de todos los sospechosos. Se los leí a Gustaf, y cada vez que pensaba en Rebecka, se sentía tan culpable… Creía de verdad que había sido él. A Max ni se me ocurrió comprobarlo, porque apenas sabía quién era hasta que tú nos hablaste de él.

—¿Lo sabe alguien más?

—Sí, la directora.

Minoo ya no puede sorprenderse de nada.

—¿Y cómo lo sabe?

—Le leí el pensamiento cuando nos enseñó las cicatrices. Pensaba en el hombre al que quería y en lo que hizo con él el Consejo. Me quedé sobrecogida. Y ella se percató de mi reacción. Entonces lo comprendió. O quizá lo supiera de antes. Leer el pensamiento es un poder típico de las brujas de agua. O, al menos, eso es lo que dice el *Libro*.

Minoo guarda silencio un buen rato. Debería estar enfadada con Linnéa. Iracunda. Pero Linnéa tiene razón. Ella también guarda un gran secreto. Un secreto que aún no sabe si está lista para compartir con las demás.

Pero tendré que hacerlo algún día, se dice. Linnéa tiene razón.

—¿Me odias? —pregunta Linnéa.

—No. Pero tienes que contárselo a las demás.

Linnéa asiente y deja escapar un largo suspiro.

—Yo no pienso decir nada —continúa Minoo—. Pero no puedes esperar más de la cuenta.

—Tú tampoco —dice Linnéa y, en ese momento, ve algo.

Se levanta muy despacio. Minoo se da la vuelta.

Vanessa aparece caminando hacia ellas con el vestido rosa entallado. Se le hunde uno de los tacones en el césped y se tambalea. Suelta una retahíla de tacos que llegan hasta donde están las dos amigas.

Linnéa le tira a Minoo del brazo y señala. Ahí viene Anna-Karin, caminando con las manos en los bolsillos y el largo cabello agitándose delante de la cara.

Minoo nota que las lágrimas le queman los ojos.

Mira a su alrededor por el cementerio y, efectivamente. Por el otro lado viene Ida. Empuja la bicicleta por entre las tumbas.

Minoo siente enseguida una serenidad total.

Todas se reúnen en torno a las tumbas de Elías y de Rebecka. Se miran, pero ninguna dice una palabra. Nadie tiene que explicar su presencia allí.

Ellas son el Círculo. Han luchado juntas para salvar sus vidas. Y volverán a hacerlo otra vez.

Linnéa coge el ramo y lo divide en dos. Coloca uno sobre la tumba de Elías. Y el otro, en la de Rebecka.

Minoo piensa en las almas de Rebecka y de Elías. En lo vivas que las sintió en el instante en que las dejó en libertad.

—¿Creéis que están aquí ahora? —pregunta Anna-Karin.

Minoo niega con un gesto. No sabe explicar el porqué pero, de repente, tiene una certeza absoluta.

—No —dice—. Están donde tienen que estar.

Le coge la mano a Linnéa y añade:

—Igual que nosotras.

Agradecimientos

GRACIAS a Marie Augustsson, nuestra editora, que ha sido fantástica, que sintió la magia desde el principio y jamás dudó de nosotros; o, al menos, supo ocultarlo muy bien. Gracias a Sofia Hahr, nuestra redactora, que miró con ojos nuevos lo que nosotros ya no éramos capaces de ver. Animadoras con pompones, globos y tarta para Eva Ehrnström, Karin Rowland y todo ese equipo extraordinario de Rabén & Sjögren/Norstedts, la agencia de *Millenium* que le ha facilitado a nuestra criatura las mejores condiciones posibles para salir al mundo entero.

Gracias a Lena, Maria, Lotta y Peter, de Grand Agency. Nos habéis guiado y nos habéis hecho sentir siempre como Elegidos.

Gracias a Kim W. Andersson, que consiguió convertir lo difuso de nuestras sugerencias en tres ilustraciones de portada mucho más bonitas de lo que jamás hubiésemos podido imaginar.

Gracias a Pär Åhlander, que logró encontrar una forma que resumía todo lo que queríamos transmitir y que no se rindió hasta alcanzar la perfección.

Gracias a Catharina Wrååk, que leyó el primer capítulo en un estadio inicial y nos dio unos consejos excelentes, que nos ahorraron bastante trabajo innecesario.

Gracias a Tommy y a Stefan Runarsson, que nos enseñaron cómo era el día a día de Anna-Karin en la granja, y a Anna Bonnier, que nos ayudó a llenar las lagunas en el pasado de Linnéa. Gracias también a Maria Sadeghzadeh y a su familia, a Elisabeth Östnäs y a Camille Tuutti.

Mats quiere dar las gracias a Margareta, que nos dejó montar en su preciosa casa un campamento de escritura para dos, y por haber tenido una hija tan magnífica, naturalmente. Sara quiere dar las gracias a su madre por leerle, apoyarla, animarla y por estar siempre dispuesta a hablar de libros, de escritura y de la vida en general. ¡Gracias por todos los relatos!

Sara quiere dar las gracias a Margit y a Micko Strandberg por la cálida acogida durante nuestro viaje de investigación a Bergslagen y por tener un hijo tan inteligente y tan guapo, naturalmente. Mats quiere darles las gracias porque siempre puede ir a casa, encerrarse en su antigua habitación de niño y bajar a la primera planta solo cuando la comida está en la mesa. Os quiero más que a nadie en el mundo, sabed que es verdad.

Mats quiere dar las gracias a Micke: cuando dos personas obsesionadas se ponen a trabajar juntas, puede resultar bastante patológico de vez en cuando, así que gracias por permitir que secuestrara la cabeza de tu mujer casi todo el tiempo. Tu paciencia conmigo ha sido infinita… ¿o no? Sara querría escribirle a Micke un discurso de agradecimiento de diez páginas, mínimo, por su apoyo incondicional, su entusiasmo, su humor, su paciencia, su amistad y su

amor. Lo cierto es que a veces no hay palabras suficientes.

Sara quiere dar las gracias también a su hermana Sofia por su entusiasmo, sus buenos consejos y por *Frasse*. Y a su padre, Claes, por las buenas observaciones, por el juego LucasArts y porque me enseñaste a escribir a máquina correctamente.

Un millón de gracias a quienes habéis leído el manuscrito en diversos estadios, por vuestros valiosos comentarios y vuestro apoyo. Algunos son: Elin Borowski, Elisabeth Jensen Haverling, Siska Humlesjö, Viktoria Aponte Persson, Mathilda Elfgren Schwartz, Johanna Paues Darlington, Rickard Darlington, Minna Frydén Bonnier, Anton Bonnier, Hans-Jörgen Riis Jensen, Anna Andersson, Emelie Thorén, Johan Ehn, Lina Neidestam, Pär Åhlander y Levan Akin.

Gracias a todos nuestros amigos y colegas por vuestro apoyo y por haber aguantado mientras estábamos perdidos en Engelsfors; y porque, cuando volvíamos a la realidad de visita, lo hacíamos como un extraño ser de dos cabezas.

Y el agradecimiento de honor a Typhoid Mary, alias Helena Dahlgren, que nos puso en contacto porque intuía que nos caeríamos bien. No te podías ni imaginar entonces hasta qué punto tenías razón; ni qué monstruo estabas a punto de crear.

Dedicamos este libro a nuestro yo adolescente.

Título original: *CIRKELN*
Diseño de cubierta: PÄR ÅHLANDER
© Mats Strandberg y Sara B. Elfgren, 2011
© de la traducción, Carmen Montes Cano, 2012
© Maeva Ediciones, 2012
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

NOTAS

[1] Primeros versos del poema «When I am dead, my dearest», de la poeta británica Christina Rossetti (1830 - 1894), Francisco M. López Serrano (*trad.*). (*N.de laT.*)

[2] Månstråle, el apellido del personaje significa «rayo de luna». (*N.de laT.*)

[3] Forma abreviada de *Systembolaget*,únicos establecimientos comerciales suecos con licencia para la venta de bebidas alcohólicas. Solo se permite la venta a mayores de veinte años. (*N.de laT.*)